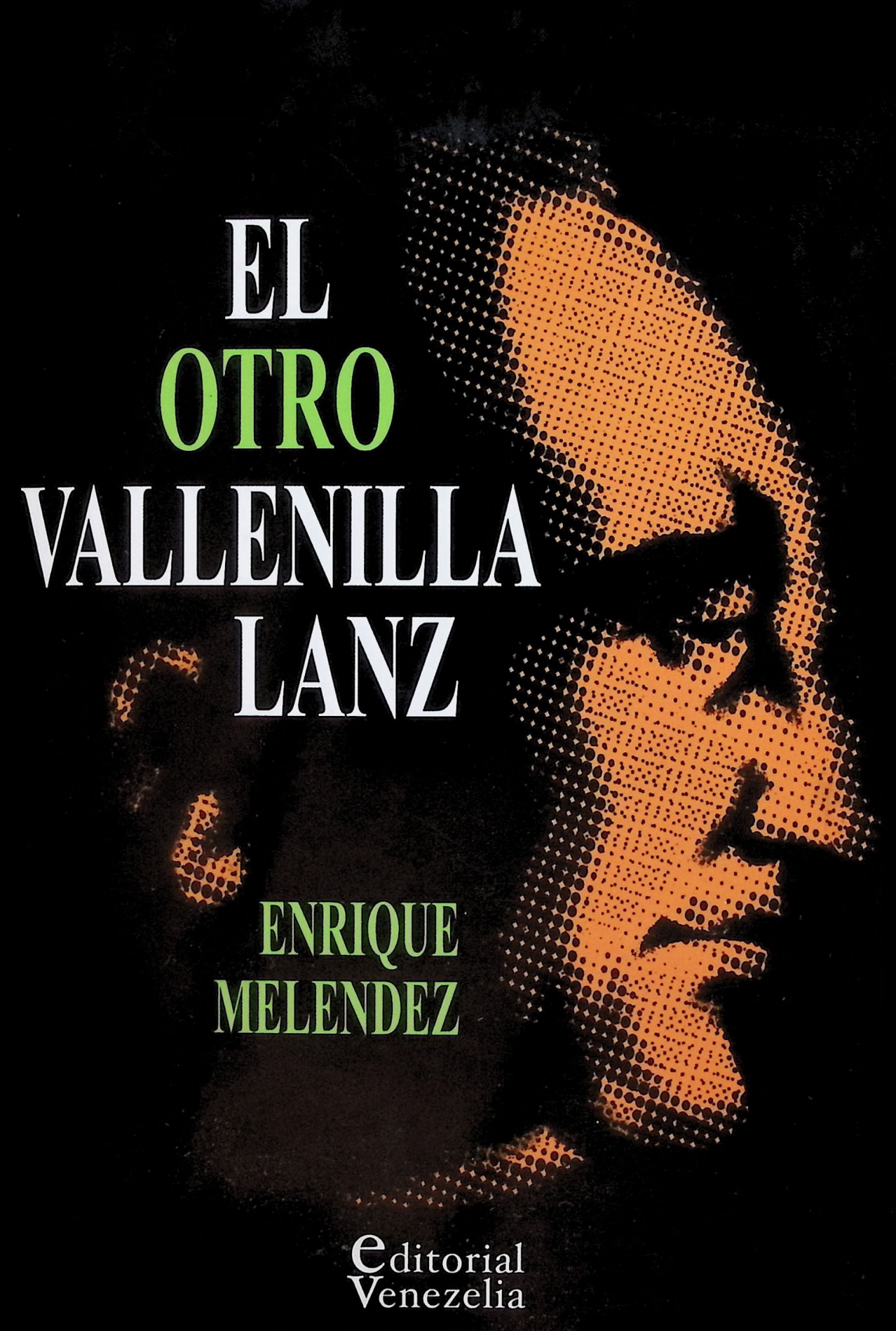
# EL OTRO VALLENILLA LANZ



ENRIQUE MELENDEZ

Editorial Venezelia

Enrique Meléndez nació en Carora, Venezuela, el 21 de febrero de 1953. Egresado de la Universidad Central de Venezuela con el título de licenciado en comunicación social en el año de 1979; posteriormente obtuvo un diploma de estudios en el Instituto de Altos Estudios de la América Latina, Universidad de la Sorbona, Francia.

ENRIQUE MELÉNDEZ

# EL OTRO VALLENILLA LANZ

Editorial
Venezelia

# LIBRO PRIMERO

# I

Caracas, 1 de agosto de 1997

Sobre la historia de los apellidos de nuestro biografiado converge toda una situación excepcional, pues el primero de su ascendencia que llegó al país era de apellido Arana, y, por ser muy dado a llamarse con uno y otro patronímico, pasó que dicho apellido quedara borrado por el nombre de su aldea de origen, a la cual mencionaba junto con éste, sucediendo que, como el nombre de la aldea era más sonoro, Ballenilla, éste terminó por cobijar al otro, y así él y su descendencia en esta patria pasaron a ser a secas Ballenilla, un Ballenilla al que más adelante se le iba a cambiar por Vallenilla, y a esta situación se agrega el que él iba a adoptar el segundo apellido de su padre y no el de su madre, y en virtud de que aquél en este país era una cabeza notable para la época; un notable entonces se caracterizaba porque era rico e ilustrado, y aparte de que había sido un hombre con un cierto éxito literario, en especial, en el ensayo histórico, y como este señor se apellidaba con primero y segundo patronímico, nuestro personaje se va a llamar como él, Laureano Vallenilla Lanz.

En esto se parecía a Carlos Delgado Chalbaud, hijo de Román Delgado Chalbaud, héroe de la resistencia gomecista, y quien iba a alterar esta situación, en el género de sus apellidos, por conveniencia social, a modo de llamar la atención sobre el hecho de su origen, al momento de proponerse alguna meta, sobre todo, en lo que atañe a su promoción de político, y de manera que esta gente se cobijó a la sombra de algún buen padre, a pesar de que no dejaba de lucir su interesante personalidad, como este Delgado Chalbaud que, en ese sentido, se encaminó hacia la presidencia de la República.

El hecho radica en que en este país no falta siempre un padrino para todas las cosas, un padrino que envía a la gente con cartas de recomendación donde fulano, y que como en Venezuela el poder siempre se ha tomado por la vía de la filiación, más que del mérito, ha quedado una visión bastante deformada de lo que es éste en su esencia administrativa, de modo que a la postre esta situación se ha visto reflejada en nuestro Estado, un Estado paternalista, y es así como hemos malinterpretado las grandes categorías de la democracia burguesa, como son la igualdad, la libertad y la fraternidad en nuestras formas de gobierno. El hecho también podría venir por el lado castizo, y en esta oportunidad habría que hablar de la cadena de apellidos, con que hila su nombre el hispánico, cosa de la cual se mofaba Voltaire, y de modo que a falta del "de", a falta en este caso del "Arana de Vallenilla", se acudió al hecho de pegar dos apellidos de gente notable en nuestro patronímico, y así hubo un Febres Cordero, que hoy en día es sinónimo de linaje en este país, como lo fue en su oportunidad el Vallenilla Lanz.

La gente de este Laureano estuvo muy ligada a los procesos de esa Venezuela de tendencia anarquista, que nos había legado el Libertador, y uno de los orgullos de su familia consistía en el hecho de que los federalistas de Juan Crisóstomo Falcón habían adoptado el lema "Dios y Federación", que había vertido su bisabuelo, el comandante José de Jesús Vallenilla, durante la llamada "Revolución de las Reformas", en el año 1835 y es así como se traía a la memoria el hecho de su condición de guerrero, además de su acertada disposición de propagandista político. Se trataba de una época en la que la pauta de los hombres la marcaba la guerra, y en razón de un espíritu beligerante, que había dejado la génesis de la República en la conciencia de los venezolanos. Se atravesaba el período en el cual el Libertador había vaticinado que la patria iba a entrar al peor estado del caos primitivo, y como tal no existía la justicia, la guerra era el plato del día.

Su bisabuelo había sido un hombre de montoneras, cosa por la que muere muy joven, dejando una viuda con tres muchachos, enfilados de la misma manera para la guerra, sólo que por el momento la viuda los cría al lado de una figura de un guerrero, por cierto, ya que guerrero ha sido el hombre con quien contrae nupcias por segunda vez, un hombre que la triplica en edad, pero quien necesita atención, y se trata de una figura importante, porque había sido uno de los edecanes del Libertador. De modo que esta gente se cría al lado de una figura legendaria, patriarcal, alguien que orienta a los críos, por lo demás, por el camino de la historia, y es así como a la larga veremos a un estudioso de la misma dentro de la descendencia, influido un tanto por el eco de la voz de este "abuelastro", y es así como rastreamos también que su familia va a estar marcada por ese orgullo del venezolano, que consiste en declararse descendiente del Libertador, aun cuando, como se observa en este caso, el asunto sea en forma indirecta, es decir, por intermedio de uno de sus más allegados; porque, por lo demás, su familia también hacía gala de otro acontecimiento consanguíneo de nuestra nación, y es que su bisabuelo se había casado con la prima del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, y así que los Vallenilla pertenecían a las familias más tradicionales de nuestro país.

Sus tíos-abuelos habían sido hombres que habían nacido también enfilados para la guerra, mas no así su abuelo, que se establece en Barcelona, una vez graduado de médico en la Universidad de Caracas y se casa con la hija del licenciado Lanz. Aquellos profesaban una suerte de comunismo primitivo, pero desfasado de la realidad contemporánea, ya que la revolución venezolana no se había dirigido sino a eliminar un sistema de castas, que era lo que había imperado durante la Colonia, y no de clases sociales; luego, en su defecto, no había ni la categoría del burgués ni la categoría del proletario, que eran las que distinguía el comunismo contemporáneo, por lo que se estaba en una anarquía absoluta, y era porque nuestra patria no encajaba

en el espíritu de la democracia moderna. Si nosotros tomamos en cuenta la facha de un montonero, como sus tíos-abuelos, nos daremos cuenta de que allí no había sino un líder de aquel comunismo que Marx iba a calificar, en su teoría, de utópico; eran hombres que se cruzaban de cananas; armados hasta los dientes, y arriaban con sus respectivos peones, que habían sido los esclavos de sus antepasados; una suerte de pastores de almas, que no creían ni en el progreso ni en la ciencia; pues eso le sabía a la misma brujería que ellos practicaban; compartían el rancho con sus tropas en medio de las sabanas, es decir, congeniaban con una suerte de barbarie, de regreso al caos, y el cual se canalizaba a través de una ideología igualitarista, propia de los cristianos de la talla de Juan El Bautista, y así que eran hombres que tenían una recompensa más temprano que tarde, que era la muerte, y lo que aconteció fue que sus tíos-abuelos murieron muy jóvenes, al igual que el bisabuelo. Esta era una ética que profesaban los hijos del prócer José Gregorio Monagas, Julio y Domingo, a quienes conoció Laureano, padre, siendo muy niño, porque eran vecinos suyos en la casa de su familia en Barcelona; ciudad a la que, por cierto, había ido a parar el ex gobernante, famoso el tercio por haber aprobado el decreto de la abolición de la esclavitud en este país.

Uno de los condiscípulos de don José, el abuelo de nuestro Vallenilla Lanz, en la universidad había sido el presidente Antonio Guzmán Blanco, uno de aquellos que decíamos que hacían gala de su parentesco con el Libertador; con quien éste más adelante iba a compartir una ducha en la laguna de Gamboa de Caracas, una laguna cubierta de bambúes y de aguas heladas, que está al norte de la ciudad; en las faldas de El Avila; en una pasantía que don José había dado por la capital, junto con su hijo Laureano, y el hecho es interesante de destacar, toda vez que aquél célebre abogado, que era el abuelo de nuestro remoto Vallenilla Lanz, se había tornado un crítico implacable en su casa de Barcelona contra el gobierno de Guzmán Blanco, y de modo que Laureano, padre, se sorprende por tan ambigua situación, cosa que por lo demás le arrancará una explicación a don José. Caracas era una ciudad cundida de cafetales, y el gran producto nacional era el café; estamos en una laguna que además de bambúes se rodea de tal cultivo y sus aguas son muy frías, de modo que se trata de una ducha de manantial, medicinal, y por medicinal la toma el entonces presidente de la República, y si estaba don José allí era porque se lo había traído de arrastras. Una casualidad los había unido ese día.

Una parte de la prole de don José Vallenilla Cova será también guerrera, de modo que habrá dos hijos suyos, que se levantan contra Cipriano Castro; esto ya en la primera década del siglo XX; son encarcelados, son puestos en grillos en el Castillo San Carlos de Maracaibo, y no es sino la pluma mágica del hermano de ambos la que los pone en la calle, ya que a éste le da por decir, a propósito del estruendoso fracaso de la revolución de Manuel Antonio Matos;

que para él es más honroso ser enemigo de Castro aquí en Venezuela, que amigo de Matos en el extranjero, y así aprovecha para denunciar que hay dos Vallenilla Lanz engrillados en el Castillo de San Carlos; suscita compasión el hombre, y así que don Cipriano le reconoce el hecho, y, al tiempo que le otorga el nombramiento de cónsul en Amsterdan. La pluma de Laureano habrá de ser la clave de su éxito en ese momento, y se pudiera decir que éste se trata de una suerte de autodidacta, a pesar de que no ha dejado de pasar por la universidad y, en especial, por la Universidad de Caracas. A uno de sus tíos lo han engrillado junto con un loco, y así que éste le pega cuando le da la gana, lo perturba con sus trajines esquizofrénicos; habla demasiado; una mañana amanece muerto sobre su cuerpo, y a su lado pudriéndose permanecerá por varios días, amén de que la temperatura del lugar es sofocante, y así que a la postre termina acostumbrándose al pestilente olor. Sin embargo, la pluma suya los libera a ambos hermanos; felicidad, por lo demás, para una madre que sufre por los predios de Barcelona, y así que habrá un destino para cada uno de aquellos tres hermanos, tan pronto este señor se embarca para Amsterdan. Es su primera salida fuera de las fronteras de Venezuela, y su primer destino será París, donde entra en contacto con una peña de intelectuales hispanoamericanos, entre otros, José Gil Fortoul, pero en lo fundamental en la que conoce al gran Rubén Darío. Sobre sus espaldas trae un cierto bagaje de investigación histórica, y es así como entra en contacto con la metodología del positivismo, que está en auge en algunas escuelas europeas, y que le servirá de mucho para su posterior trabajo histórico en lo que respecta a sus estudios sobre los orígenes de nuestra República, tópico al que recurre con una cierta insistencia.

Hay una sociedad afrancesada en Venezuela, porque París, para ese momento, constituye la metrópolis más importante, desde el punto de vista cultural del occidente, y se ha llegado a la conclusión de que la civilización más exquisita es la francesa. El propio Rubén Darío se centra en Versalles, esto es, en el corazón de la aristocracia gala, en lo que atañe a su estética, y eso porque allí él ve una suerte de restauración de la antigua civilización greco-latina, que no dejó de ser tampoco una civilización de búsquedas estéticas. ¿Cuánto tiempo permanece en Europa Vallenilla Lanz? Hay un dato curioso de resaltar en este viaje suyo, y es que por allá se casa por poder con una linda muchacha, de quien se ha enamorado en Caracas, y la que lo seguirá posteriormente, uniéndose a él en la ciudad de Amsterdan. Se trata de un hombre de prestigio desde el punto de vista intelectual, y quien no dejará de frecuentar tertulias y conferencias, sobre todo, en París. Es el momento del auge del salón para café, y así que en estos establecimientos hace el futuro padre de nuestro Vallenilla Lanz valiosas amistades. Se presenta, por lo demás, el día en que tiene que atender a Cipriano Castro, que pasa por la capital francesa

camino de Berlín, y el hombre es tan descarriado, que lo arrastra para el *Maxim's*, a pesar de que no cargan la indumentaria apropiada, y de que se han tomado demasiados tragos, trajinando por los bulevares de la ciudad. La menudencia de hombre, que es don Cipriano, hace que le improvisen una mesa en un lugar discreto. Pero don Cipriano no es nada grato para aquellos ciudadanos. Don Cipriano tiene encendida a toda Europa en contra suya, ya que él ha apelado a una suerte de nacionalismo patriotero, y así ha entendido que hay que enfrentar a las grandes potencias internacionales. La primera razón de su irreverencia consiste en negarse a pagar la deuda externa venezolana. Allí en Europa se le tiene por "el cabito", y, en ese sentido, se le compara con Napoleón. La prensa francesa está toda llena de caricaturas de su persona, lo que hace poner tenso al historiador, mientras lo acompaña. Resulta que don Cipriano ha hecho ese viaje en procura de un doctor berlinés, de quien le han hablado que cura su mal, y si deambula por las calles parisinas es porque ha tenido que atenerse a la circunstancia. He allí el émulo del Libertador, y un hombre que se considera llamado a forjar la segunda independencia del suelo patrio, en esta oportunidad, del llamado imperio occidental. Por esto los filósofos modernos consideran que la América Latina siempre ha querido fomentar, en su conciencia, la idea de una utopía aparte, "la sociedad del contra-progreso"; pero volviendo al periplo en que andan don Laureano y el presidente venezolano, hay que destacar también que en ese momento su edecán, el general Juan Vicente Gómez lo despoja del poder, sobre todo, con el apoyo de los Estados Unidos, y así que es triste y desventurado andar con aquel señor.

En Europa han nacido dos hijas del matrimonio Vallenilla Planchart, a continuación viene el regreso a Venezuela, y así que don Laureano se asienta en el país con la intención de darle un vuelco a la investigación histórica. A su juicio; ésta peca de demasiado épica, y hay que hacerle honor a la verdad; lo que significa no tergiversar el escenario histórico en función de un esquema maniquéico de las circunstancias. Es así como plantea una frase lapidaria, que generará una discordia en nuestro país: "nuestra guerra de independencia fue una guerra civil". El hecho, además, es que él cuenta con argumento para ejemplificar esta situación. En ese sentido, don Laureano se dedica al periodismo, al tiempo que está presente en su vida la actividad intelectual. Se reúne con grupos de intelectuales, sobre todo, en redacciones de periódicos, donde funcionaban por entonces las peñas literarias, pero, en lo fundamental, su trabajo consiste en estar en bibliotecas. Su hermano Baltasar, también de regreso del extranjero, donde ha estado por Trinidad, a la salida de Cipriano Castro, se ha dedicado a la política, y en ella se ha transformado en una figura destacada, y de modo que en estas condiciones viene al mundo Laureano Vallenilla Planchart; viene al mundo en una casa que

ha comprado su madre, antes de su regreso a Venezuela, por intermedio de un apoderado, por lo que se pudiera decir que nace en una cuna de oro. Repetimos, su padre es para el momento una figura notable. Ha sido Superintendente de Instrucción Pública, director del Archivo Nacional, y a la larga una figura ligada al régimen de Juan Vicente Gómez, al punto de que será el director y luego el dueño de El Nuevo Diario, el periódico del gobierno, amén de que Mariano Picón Salas lo calificará como el sociólogo del gomecismo. No pasemos por alto que en el año de 1910 ha obtenido el premio de un certamen literario, organizado por la gobernación del Distrito Federal, a propósito del centenario de la revolución de independencia.

¿Cómo era la Caracas de la época? Quizás una de las visiones más drásticas que nos ofrece Vallenilla Lanz, padre, acerca de la decadencia del venezolano se halla en el cuadro patético que nos muestra en su obra *Cesarismo Democrático* de la Caracas de la época en que el Libertador la visita por última vez, y a la que antepone el retrato negativo de la otra ciudad en la cual transcurrió la niñez del héroe: "aquel grupo de caballeros distinguidos y de mujeres encantadoras que tanto subyugaron al Conde de Ségur; aquellas mansiones que habían sido asilo de la felicidad, todo había sido arrasado, todo había sido destruido, no por los españoles sino por el torrente incontenible de la democracia"; y esa había sido, para comenzar por ahí, la ciudad capital durante casi todo el siglo XIX: una ciudad ruinosa; afectada por hechos que habían ocurrido al comienzo de dicha centuria; como lo habían sido el terremoto de 1812 y la incursión de las tropas de José Tomás Boves, también por esa misma época; unida a la desidia del gobernante; que no se ocupó por construir edificios públicos, y no es sino un señor de nombre Guzmán Blanco, quien viene afrancesado, y le da un toque de elegancia a la misma; de forma que cuando nuestro Vallenilla Lanz viene al mundo, hay una Caracas que ha comenzado a remozarse unos cuarenta años atrás, cuando entonces llega el famoso héroe de la Guerra Federal con ánimo edificante, y se da a la construcción de una infraestructura pública, como decimos hoy en día; al tiempo que la ciudadanía adopta el famoso estilo sevillano, en donde prolifera el vitral y la ventana interior, para la fabricación de sus casas particulares.

Este remozamiento, por lo demás, lo ha permitido la permanencia de Juan Vicente Gómez en el poder, con quien se acaban las guerras; sobre todo, con quien se extinguen los caudillos locales, y que de alguna manera el pueblo lo intuye, es decir, que se trata de un pacificador, cuando éste declara en un refrán que "con Guzmán Blanco comenzó su carrera y con Gómez la acabará", aludiendo de paso a una situación que se da en algunas casas distinguidas, y es el hecho de que se tienen de adorno dos cuadros, y estos son el de Antonio Guzmán Blanco y el de Juan Vicente Gómez. Se trata de una patria sumida en la abyección, y existe todavía el doctor José de Jesús Paúl,

que dice que le falta carácter a Gómez, ya que le parece que se deja guiar por los intelectuales, y éste ha pasado toda su vida en la sociedad caraqueña más bien como un segundón. Se estrena en el poder para el momento. Ya la historia se encargará de refutar al notable doctor Paúl, y en lo que tendría razón el pueblo, porque en verdad con Gómez ya se extinguirá ese espíritu anarquista, que había privado en la conciencia de la gente, la perpetuidad de una situación de facto.

La ciudad de Caracas se compone de una docena de calles de largo por unas doce de ancho, en cuyo centro sobresale la catedral con su reloj, ya que se trata de una ciudad de techos bajos; techos rojos, y valga la referencia porque siempre se hablará de la ciudad de los techos rojos, y los que permiten mirar la hora en el reloj desde todos sus ángulos; con un núcleo central, que será la plaza Bolívar, situada justo al frente de la catedral, alrededor de cuyo radio de acción vendrá la periferia, conformada por los barrios de los descendientes de los esclavos; además de uno exclusivo, que comenzó a levantar José Antonio Páez en lejanos días del siglo XIX hacia el suroeste de la capital, y que está edificado a la manera de los elegantes barrios franceses.

En síntesis, la Caracas que ve nacer a Laureano es una Caracas que ha tenido tiempo de maquillarse, gracias a una cierta pacificación del país y a un cierto impulso de progreso, que le ha dado un hombre un tanto comprometido con la ilustración, como sería Guzmán Blanco; un impulso que ha reactivado la economía del país, sobre todo, su sector agrícola, y el cual genera la mayor parte de los ingresos, junto con una cierta actividad comercial; de forma que se trata de una ciudad compuesta por comerciantes; pequeños fabricantes, sobre todo, artesanos del cuero; "cacaos", esto es, los grandes propietarios de las haciendas, precisamente, de cacao, además de café, de la periferia caraqueña; determinados profesionales liberales, y, además, de la burocracia estatal.

Se trata de un momento en el que hay una intención más cautelosa en el modo de ser de la gente; intención que está planteada por una categoría, como la que encarna don Laureano, quien se propone sin prejuicio de carácter patriotero indagar en la esencia de nuestra sociología, y por esto apela al dato histórico. Mariano Picón Salas sitúa la llegada de nuestro país al siglo XX a partir de la década del treinta; pero, por esta misma vía, también podemos decir que, a partir de conciencias como la de don Laureano, se puede decir que, al menos, una parte de Venezuela –un cenáculo de individuos– sí se ha puesto acorde con los tiempos contemporáneos, que es lo que hay detrás de la metáfora del ensayista criollo, y no se olvide que el gomecismo fue un gobierno manejado por gente ilustrada, y por lo cual, como hemos visto, había notables que consideraban al general Gómez más bien como un instrumento de poder de un par de eminencias grises.

Un siglo de guerra ya basta, parece decir el sentimiento popular, y así que

hay una teoría llamada a demostrar que en este país no nos estamos sino desgarrando nosotros mismos, sobre la base de una decadencia, que ha dado lugar una ideología democrática mal comprendida, y por lo cual hemos anarquizado nuestra patria, y así esta teoría revisa la tragedia de cada uno de nuestros héroes, porque desde Miranda, pasando por Sucre y hasta llegar al Libertador todos son trágicos. He allí el primer extrañamiento que propende a realizar Vallenilla Lanz en la psiquis del venezolano: él nos muestra que ninguno de ellos terminó feliz, al contrario de lo que supone la épica criolla concerniente a sus respectivas personas o lo que aparentaba decir la leyenda de Eduardo Blanco sobre lo que él llamaba la *Venezuela Heroica*. Hay un desmantelamiento de todos los nichos históricos en su teoría, y en lugar de divinidades, allí lo que encontramos son seres de carne y hueso, y lo que significa que hay un cambio en el orden epistemológico de este país; a pesar de que don Laureano no va a estar ligado a ninguna universidad o centro de investigación de tipo científico. En eso se parecía a los escritores españoles de la generación del 98, que se acostumbraron a tener cada uno un periódico, en particular, desde donde filosofar sobre la vida. He aquí que nos encontramos con que este sujeto se posesiona de El Nuevo Diario, justo unos dos años después de nacido Laureanito. Su obra, por lo demás, no deja de ser libro de cabecera para mucha gente en la América Latina. Su prosa es exquisita; un hombre que, como se dice en el argot literario, se deja leer.

Estamos ante lo que se conoce como un hombre teorético, al igual que una pléyade de sujetos, que conformaban las peñas literarias de los periódicos, a los cuales él concurría, y que de alguna manera estaban ligados al gobierno gomecista; de modo que Laureanito viene al mundo en un hogar ilustre, en la casa de un reputado escritor; un hombre que se cartea y sostiene polémicas con los principales intelectuales de América Latina; será un "hijo de papá", toda su vida, y esto nos ofrece una explicación aún mucho más profunda de la razón por la cual utiliza su famoso Vallenilla Lanz, y no Vallenilla Planchart, que era el patronímico que le correspondía por su madre, para llamarse. Nace un 6 de agosto de 1912

## II

Pero también esto estriba en el hecho de la propia ausencia de aquélla. Estamos ante un ser que va a crecer sin madre. Doña María ha fallecido repentinamente, y la primera escena de desolación, que encontramos en su vida está en el momento en que es llevado de la mano por la sirvienta de una casa vecina, a quien se le han dado órdenes de apartarlo de una escena más trágica, como sería el ver salir a su madre en féretro de su casa, y así que el

triponcito cae entre manos femeninas; el grupo de sirvientas de la casa vecina son las primeras que se ocupan de él; el niño estalla en llanto; hay una de las señoritas de la casa, que ha aparecido; a ésta le tiende los brazos; lo mete en el cuarto y le hace ver lo natural que es el hecho de que la madre de uno se muera. Están sentados en su cama, y ella lo consuela. Al día siguiente regresa a la casa; lo siente todo extraño: su padre llora con sus dos hermanas en una cama. He allí las primeras escenas que se han quedado grabadas en la mente de Laureano. Lo más probable es que su a padre le gustaba huir de los recuerdos; a la muerte de doña María, su familia se ve obligada a abandonar la casa y pasar unos días en una hacienda de café en Los Dos Caminos, que pertenece al escritor Manuel Díaz Rodríguez, amigo de su padre. No olvidemos que aquella casa la había comprado doña María por intermedio de un apoderado desde París, y esto obliga a don Laureano no sólo a pasarse una temporada lejos, allá en la hacienda de su amigo, sino, además, que a su regreso también se hospede por un tiempo casa de sus primos Melchor y Hercilia Centeno Vallenilla, aumentando la carga familiar; pero allí sobra el espacio,asi como sobra la generosidad. Sobra el espacio en el sentido de que casa de don Melchor también se van a meter, además de los hijos de don Laureano, su madre, dos hermanas suyas solteronas; los hijos de Baltasar Vallenilla Lanz, que han quedado huérfanos, pues éste ha muerto de una leucemia, y como eran muchachos sin madre, no ha sido posible sino el recogerlos en esta casa. A la hora del almuerzo, cosa que es lo que más le divierte a Laureanito, se reúnen en la mesa unas veinte personas, amén del médico particular de don Melchor, que también se agrega a ella de vez en cuando. Allí se discute sobre acontecimientos relativos a la I Guerra Mundial y cada cuál toma partido de acuerdo a la circunstancia, hecho que genera discusión, porque hay un germanófilo en el conjunto. Son los primeros recuerdos de este niño que, repetimos, va a crecer sin madre. Se trata de una ciudad que se reúne toda, después de la misa de la tarde, a oír la retreta en la plaza Bolívar, y mostrar sus mejores galas; así que hay un viejo criado de la casa, que se encarga de llevarlo a este espectáculo, un viejo de noventa años, que se apoya en un bastón, y que en su mocedad acompañó las milicias de su tío abuelo Agustín Vallenilla Cova; también un guerrero, que la familia lo conservaba como una reliquia, y se le tenía para precisar cosas, porque poseía una memoria de elefante. De modo que allí había un viejito, que lo sacaba a pasear de tarde en tarde; lo llevaba donde su padrino, que le ofrecía regalos muy ostentosos, y lo trataba como un adulto; lo llevaba donde su abuela materna, y quien vivía con una tía loca; obsesionada con el recuerdo del hijo recién muerto; un angelito, a quien tenía al lado de los santos en un retrato, y en un ambiente en el que permanecía siempre una vela encendida; era una tía que se la pasaba sentada en un mueble en aquella casa, y sus ojos siempre estaban enrojecidos, por el hecho de su llanto.

Su marido se mantenía a prudente distancia, y le caía muy bien el chico, cuando José Reyes lo llevaba para allá, porque entonces tenía ocasión de sacarlo para el botiquín de la esquina, y allí le ofrecía caramelos.

Resultaba que su primo, Pedro Centeno Vallenilla, pintaba por encargo un Cristo para la iglesia de Santa Teresa, y José Reyes, entusiasmado, se lo elogiaba al punto de decirle que aquel Cristo iba a hacer milagros. En la cabeza de Reyes andaban demasiadas supersticiones; se trataba de un negro, descendiente de esclavos, que se había criado casa de la familia Cova, esto es, casa de su bisabuela Francisca, y de quien habíamos dicho que estaba emparentada con el mariscal Antonio José de Sucre. He allí por qué termina siendo un lugarteniente de su tío abuelo Agustín Vallenilla Cova. En su haber cuenta con el grado de comandante, otorgado por la propia persona de Antonio Guzmán Blanco, y así ha logrado ponerse en una pensión vitalicia, que le proporciona el Estado, y que recibe por haberse declarado héroe de la guerra de la Federación. En realidad, el único combate que le registra don Laureano, en el que participó, fue el mismo día que Guzmán Blanco lo ascendió a comandante, y eso por una salida graciosa suya, y fue que le tomó el pelo al susodicho general, en lo que respecta a un hecho determinado de estrategia guerrera, que se planeaba delante de él, y parlamento en la cual vino a meter su lengua; lo que le valió una amonestación por parte de su patrón, quien lo acusó de entrometido; sucedía que Guzmán Blanco proyectaba una acción para determinada fecha, y éste, con el empacho del venezolano que le viene por igualitarista y trepador, le refuta que aquello no iba, y que no iba porque era el día de su cumpleaños; aunque episodio en el que el tiempo le dio la razón, por lo que respecta al momento de tomar determinada ciudad, que era lo que estaba en mente de Guzmán Blanco: la crecida de un río se pone de su parte; no es posible cruzarlo el día que estima éste; se hace necesario postergar la fecha, y de modo que el tercio no se impone a las circunstancias sino sobre la base de una salida graciosa. El venezolano es un hombre de audacias; dice la teoría Vallenilla Lanz, y obsérvese que don Laureano siempre dijo la verdad en torno a aquel arribista, comandante improvisado, que falseó situaciones, porque un Estado paternalista se lo permitía, y así vivía en una suerte de mentira permanente, por lo que respecta a su verdadero rango socio-cultural.

¿Qué significa esa sobre valoración de una obra, en el caso de la que pinta el primo de Laureano, Pedro Centeno Vallenilla, por lo que respecta a José Reyes? Eso significa que el rango suyo está por encima de él, y que como tal se le tiene por un simple ignorante. Si algo explora la teoría de Vallenilla Lanz es en la psiquis de este hombre igualitarista y trepador, que ha surgido, sobre todo, de las estepas del llano, y que como tuvo por condición el de ser pastor, antes de ser guerrero, entonces resulta un nómada; alguien que no está interesado en fomentar la cultura del progreso para nada. Es así como divide

a los hombres latinoamericanos; ellos son o los montañeros, que constituyen la representación del orden, o los llaneros, que son los que representan la anarquía; seres luciferinos, y no se olvide que el diablo venezolano está muy ligado a las sabanas. El diablo es el primer ser igualitarista y trepador de la creación: he allí el arquetipo exacto del llanero. José Reyes viste paltó levita oscuro y usa cuello almidonado, atuendo al que complementa con un bastón, que porta en su mano derecha, y dos gruesos volúmenes empastados, debajo del brazo izquierdo; ya que se trata de un hombre que no sale sin libros a la calle. ¿Pero no se trata de un ignorante? Se podría responder esta pregunta con un refrán que está muy de moda en la Caracas de hoy: dime de lo que presumes y te diré de qué careces. Estamos en una sociedad que se presume ilustrada. En el fondo hay una mentira en todas las costumbres; se trata de un país falseador de situaciones, y así la gente del grupo de Vallenilla Lanz se pondrá a la tarea de ofrecerle una visión de mundo más real a ese pueblo tomista y cristiano, de manera de depurarlo de su conciencia supersticiosa. Resulta que hay un pintor en la familia, y ese es un dato que no se puede dejar pasar. Así tenemos que ese Pedro Centeno Vallenilla se contará en la historia de la pintura de nuestro país como uno de nuestros más eminentes retratistas; pintor figurativo, apasionado sobre todo de la anatomía del cuerpo masculino, y por lo cual contrató una serie de modelos a lo largo de su vida de trabajo artístico, que hoy en día alegran el espíritu de algunos gays, y que en verdad recreaban aquellos tipos que los griegos idearon para representar a sus "Apolos". No sin razón, por el momento, pinta la escena de un Cristo por encargo para una iglesia; en nuestro tiempo alguno de vez en cuando le hace un homenaje, y entonces se lanza una retrospectiva de una parte de su obra en algún museo nacional, ya que hasta el tercio alguna vez fue pintor de Mussolini, si es que al caso vamos a apelar a lo que fue su celebridad. De modo que la interpretación estética, que le hace al cuadro de Centeno Vallenilla, este José Reyes es sobrenatural, pero esto en el fondo refleja lo deslumbrado que lo tiene. Hay allí un halago, de modo que aquí salta a la vista el otro rasgo del venezolano, y que consiste en sobredimensionar las cosas. Por todas partes hay un mundo de valores exagerados. También a Laureanito lo saca a pasear, además de este José Reyes, alguna que otra vez por las calles caraqueñas, Isaías, un isleño que se encarga de conducir el coche de su papá, al que llaman "victoria", y el cual es arrastrado por dos caballos moros; aparte de que otro concertado, Chicho, saca a la tropa de los menores algunas tardes en el Ford del tío Melchor, y se habla de una tropa, porque además de los hijos de Laureano y de Baltasar, su hermano, también están los hijos del matrimonio Centeno Vallenilla; un tropel de chicuelos, entonces, que también salen a recorrer aquella Caracas de la década de 1910; una infancia feliz, sin duda alguna; todo es felicidad en aquella casa, en la que sólo hay una cosa triste, y es el cuarto donde murió el tío

Baltasar, cuarto en el cual su padre de vez en cuando se encierra a meditar, y es cuando entonces se siente el efecto de resignación de su soledad de viudo sobre sus críos, como lo demuestra Laureano, que ve aquello con una cierta preocupación.

Pasado el reconcomio de éste, con respecto a la antigua casa, se produce el regreso a ella. He allí la orfandad de un niño, y la cual se mide en el momento en que éste es buscado por Isaías en la "victoria" al mediodía en la escuela, para llevarlo a almorzar a una pensión, y donde come con gente adulta y desconocida. Así está ausente una figura entrañable, que lo espera con una mesa preparada, y papel que pudieran hacer sus dos tías, junto con su abuela materna, quienes también cohabitan bajo su mismo techo; sin embargo, su padre no quiere que Laureanito atraviese tanta calle, en esa Caracas tan congestionada como se ponea esa hora.Aun cuando él también se siente feliz en aquella pensión, donde hay más de una mano femenina dispuesta a darle afecto, y donde se le tiene tolerancia en cuanto a la índole de sus juegos.

¿Qué es lo que más le impresiona al crío? El hecho de que lo lleven al diario que dirige su padre. Así está en contacto con sus trabajadores; un señor que usa una leontina de moneditas de oro y que se muestra muy cariñoso con él; gente que viste de levita y de chaleco, además, se fuma en pipa, y cuando la Caracas está muy fría, ya que es una ciudad de clima muy templado, salen a relucir las capas, como las que usa un escritor, que acude a la redacción del periódico, cuyo nombre es José Rafael Pocaterra. En ese sentido, Laureanito ve pasar a ministros, diplomáticos y destacados intelectuales por esa sala de redacción, al tiempo de que allí está la flor y nata del humorismo venezolano, representado en una serie de caricaturistas, que la posteridad los ha reconocido como los pioneros de tal género en Venezuela.

Don Laureano es un hombre de salidas, como todo venezolano, salidas que pertenecen a un cierto humor ácido, de manera que también, en el periódico, existe un anecdotario suyo relativo a la materia. El hecho es que hay un descendiente de José Antonio Páez, que reclama porque le han cambiado el Páez por un Pérez en un artículo, que le ha publicado el órgano, y su padre le sale al paso con el cuento de que, en verdad, "usted ha sido durante toda su vida más Pérez que Páez".

Allí hay una Venezuela volcada hacia la magnificación de la epopeya paecista, ya que en medio de tanto dictador se ha llegado a la conclusión de que el hombre más esclarecido, que ha tenido Venezuela, se llama José Antonio Páez, el famoso "centauro del llano"; el verdadero creador de la nacionalidad venezolana, y traemos a colación este hecho, porque la teoría de Vallenilla Lanz, justo lo que persigue es demostrar que el proceso de democratización en Venezuela, se ha llevado a cabo a tal punto de que un bandolero, como lo había sido aquel general en su juventud, ha llegado a ser presidente

de la República, y por aquí proclama el hecho don Laureano de que el poder tiene un complemento mágico, y es la particularidad de que civiliza a las personas, de modo que, a la larga, hace de ellas arquetipos éticos de ciudadanía, y esta sería la segunda faceta de Páez, con respecto a estos procesos de democratización, quien llegó a poseer una cierta ilustración al final de su vida. Por esto, en las páginas de don Laureano, alcanza gran valor esta figura, pero quien ejerce a su juicio un sistema presidencial al estilo de Bolívar, a quien no tiene empacho en llamarlo dictador, sólo que el Libertador tiene demasiada clase, y así no entra en el espectro de la categoría del caudillo que maneja la teoría Vallenilla Lanz; categoría en la cual entraría más bien un José Tomás Boves, el José Tomás Boves de quien decía Juan Vicente González, con su típica conciencia monárquica, que había sido el primer demócrata de Venezuela; todo sobre el fondo de la masa política criolla, cuyo concepto también evocábamos hace rato, y que la llama inculta y bárbara, necesitada de líder paternalista. Así, Páez se convierte en la referencia fundamental de su teoría, habida cuenta de la tragedia que se cierne sobre un José Tomás Boves, y habida cuenta del proceso de ilustración del susodicho, y que lo convertirá en el caudillo modelo, por excelencia: un hombre que había gobernado durante dieciocho años a Venezuela en una forma ejemplar; época a la que el recién citado González llamaba dorada; dieciocho años de crecimiento en todos los sentidos; aunque ya esto es harina de otro costal. De modo que la Venezuela del segundo decenio del siglo todavía le da vivas a José Antonio Páez; como de pronto cualquier sujeto le puede restar sus méritos militares en un artículo, y hay quien sale en defensa de éste, por ejemplo, el biznieto suyo, Francisco de Paula Páez.

Hablábamos de una sociedad afrancesada, y ésta se tomaba muy en serio la política de los salones y de la ocasión del té o del café en alguna casa de familia de cultura europea, ocasiones en las cuales el padre de Laureanito no dejaba de ser una figura de importancia, sobre todo, cuando se trataba de acudir donde una dama millonaria, quien reunía un cierto número de invitados en un terreno, que tenía en El Paraíso, debajo de un rosal, y en donde hacía acto de presencia don Laureano, en especial, los días de asueto, cosa que solía ser muy a menudo, ya que don Laureano y la dama, en cuestión, sostenían una amistad muy intensa, lo que incluía, por lo demás, llamadas telefónicas a diario, de modo que cuando iban a aquel lugar la conversación entre ambos era larga; mientras había un niño que se aburría, porque no tenía con quien jugar, ya que los hijos de doña Concha eran grandes, prolongándose esas charlas hasta más allá del mediodía, cuando ya no quedaba nadie, y entonces había un traslado, desde El Paraíso hasta la casa de Caracas de doña Concha: casa que, por cierto, no estaba ubicada muy lejos de la sede del periódico de don Laureano, la cercanía de ambos era inminente; había un traslado,

decíamos, de padre e hijo en la "victoria" para almorzar con la dama. Tenía reputación de muy exquisita la mesa de esta señora, o cuando no, los comensales, se dirigían casa de la mejor amiga de doña Concha, de doña Emilia Ibarra de Berrios Parejo. Don Laureano era padrino del hijo mayor de doña Concha, aparte de que ellos eran primos: he allí la explicación de aquella gran afinidad, y que se canalizaba en un contacto diario de carácter platónico. El propio hogar de los Vallenilla era objeto de visita asimismo, y, en este sentido, diríamos que la soledad de viudo de aquel joven padre era mitigada en parte por una activa vida social.

¿Se trataba de una costumbre para la época el abandonar las casas cuando una persona moría, o el hecho se suscitaba porque don Laureano era muy cobarde de sentimientos? Lo cierto es que la prole de don Laureano va a aparecer, junto con él, en otra hacienda en las afueras de Caracas, y la cual es propiedad de un vecino suyo, acaudalado exportador de café, ya que su madre, Josefa María Lanz, ha fallecido. La hacienda está situada en una zona que llaman Los Chorros, nombre derivado de una caída de agua; un chorro que desciende de las cumbres de El Avila, y que forma un pozo; el cual con los días Laureanito va a descubrir, a medida que se habitúa a esta nueva forma de vida, como va a descubrir a un grupo de chicuelos de su misma edad y condición, con quienes va a compartir duchas de agua fría en aquel manantial. La zona se llena de quintas, parte de la sociedad mantuana también ha adoptado la costumbre del burgués de vivir en las afueras de la ciudad, lejos del mundanal ruido, y para esto han escogido el este de la periferia caraqueña, a modo de levantar sus respectivas mansiones y a las que llaman quintas, una de las cuales, como se decía, es ocupada provisionalmente por la familia Vallenilla Planchart. Hay allí una urbanización de casas de estilo americano que un boticario con visión de futuro ha edificado, en especial, en un terreno no cultivable de la hacienda de café de su familia, y llamamos la atención con respecto a lo del estilo americano, ya que salta a la vista una diferencia que se gesta en la vida de la Caracas de ese entonces, y es que, al contrario de lo que sucedía con El Paraíso, que era un barrio afrancesado, de este lado de la ciudad las cosas son a lo americano, y en esto, por lo demás, ya se siente el influjo que comienza a ejercer Estados Unidos sobre estos pueblos, a pesar de que no deja de aparecer alguna regia mansión, que pertenece a una hacienda de café, la cual colinda con las faldas de El Avila, y la que se saldría del conjunto de la urbanización, ya que evoca un estilo un tanto más colonial. Se trata de una explanada larga y extensa, donde Laureanito cuenta unas cinco o seis haciendas, cada una de ellas está concentrada en una regia mansión de este estilo; hay la más flamante, que es la que posee el doctor Victorino Márquez Bustillos, presidente provisional de Venezuela, y la cual está ubicada no muy lejos de la que ocupa la familia Vallenilla Planchart. Hay un

tranvía que los trae y que los lleva, en especial, a su padre y a los padres de sus amiguitos, que son jóvenes empresarios, como él. Sobre esta suerte de urbanización americana se levantará esa urbe mediocre y de mal gusto, que es hoy en día Caracas; sin embargo, por el momento la vida transcurre allí un tanto bucólica. Los baños son desde las diez de la mañana, y a ellos concurren hasta adultos; hay pesca; hay cacería de animalejos, y, por si fuera poco, el tripón no va por el instante para la escuela. Es así como llega a posesionarse de un burro, mientras sus otros compañeros andan a caballo, un burro al que hay que curarle primero unas gusaneras con las que llega, pero con el cual se termina encariñando Laureanito. En casa suya viven dos criadas; una de ellas su cargadora, y la otra es la dama de compañía de sus dos tías solteronas; unas tías a quienes no les ha quedado sino venirse detrás de su hermano Laureano, a raíz de la muerte de la viejita, quién sabe sí también por cobardes de sentimientos. ¿Viejita? Ella era la última de una dinastía por quien lloraba José Reyes, y quien el día que fallecía, él rezongaba en un rincón de la casa, que si misia Josefa María desaparecía, inmediatamente después le tocaba el turno a él. La historia vuelve a repetirse; con ocasión del entierro, también a Laureanito se lo llevan para una casa vecina, recuérdese que no han pasado muchos años de aquello, y así que, a raíz de esta muerte, su padre arrastra a ambas tías para esa casa de la periferia caraqueña, y entonces en la comparsa también se añade Faustino, otro concertado de don Laureano. En total, son nueve personas, contándolo a éste y toda la comparsa siguiente. La casa pertenece a don Ramón León, padre de Gustavo y Carlos Augusto, amigos de Laureanito. ¿Cómo va la educación del niño? Por el instante, una de sus tías se encarga de ponerlo a repasar algunas lecturas, y por tres veces a la semana viene una maestra de Caracas a darle lecciones de gramática castellana y francesa, así como de matemáticas. El hecho, además, es que su padre consigue que le alquilen una casa un tanto más amplia en el mismo barrio, y para ésta se van los Vallenilla, en su conjunto, de inmediato.

El chamo exhibía una conducta muy traviesa; la que se había comenzado a manifestar en un conjunto de diabluras, que era capaz de hacer en la pensión de Teresa Guevara, donde comía en sus tiempos de escolar; algo tremendo; un chamo que era capaz de meter la perrita pequinesa, que tenía la señora, en la mesa de noche de la habitación de un cliente inglés; formándose posteriormente un samplegorio, y así que para el preciso momento en esta urbanización al chamo lo acusa el vigilante de la casa de don Victorino, de haber descalabrado a piedras el espantapájaros del huerto de dicha residencia, y de modo que le sale su templón de orejas a Laureanito. Sin embargo, éste se venga llamando a El Nuevo Diario y allí hace poner un social, haciéndose pasar en el teléfono por su tía, en el cual se anuncia la boda del vigilante con una de las sirvientas de su casa, justo, con su cargadora,

quien sostenía diálogos de vez en cuando con el susodicho; por lo que ésta se armó de una rabia madre, al saber lo de la nota, que en el acto la pobre hizo maleta, y se despidió de aquella casa; no obstante la rogativa y súplica de las tías. En ese sentido, su padre cambia de política, con relación a los cargadores de este niño, y esta vez hace venir un empleado del periódico, de modo que se concerte en la exclusiva vigilancia de este diablillo. Es así como se pone en un caballo también, porque el chamo es sentimental y el padre lo ha descubierto llorando, cuando se ha sabido en la casa que don Laureano va a tener que despedir al isleño, ya que piensa salir de su "victoria", junto a los dos caballos moros, y de modo que su padre, a objeto de consolarlo, le garantiza que le va a comprar un caballo, y el cual resultará, pasados los días y puestas las cosas en su lugar, otro moro, proveniente de los valles del Tuy, un caballo negro de crines sedosas; del que no se quiere bajar el primer día que se lo llevan, para la lidia de una de sus tías, quien temerosa advierte lo del peligro de una insolación. Evoquemos lo que se decía sobre el mundo de valores falsos en el cual vive el venezolano, a través del nuevo cargador de Laureanito; este es un sujeto que porta lentes sin necesitarlos, y en la calle se hace pasar por cronista del diario, cuando su oficio es el de portero, y por esto en el medio redaccional se le tilda de "doctor". Decimos redaccional al medio de los caricaturistas del periódico, quienes le tienen una historia inventada, y es que ellos dicen que una de las obras de Tomás comienza: "La Vía Láctea es un pote de leche condensada derramada en el firmamento", de donde al niño al saber la historia le nace preguntársela; le interroga por el grado de veracidad de aquella especie al buen hombre, que ahora lo acompaña, y éste va y le responde:

-Yo tampoco cultivo el ramonismo, el ramonismo de Don Ramón Gómez de la Serna.

Observemos que se trata de una época en la que el portar lentes es sólo para personas que saben leer. El venezolano se cree su propia mentira. La carencia de un proceso ilustrativo en estos pueblos, no sólo se ha sentido por la poca capacidad de instrumentación de nuestra razón, desde un punto de vista técnico, sino también en nuestra psiquis y por esto pecamos de incautos. Es así como Tomás se pone en un burro, que hereda de Laureanito; ambos se hacen muy amigos, y por esta vía participa de las grandes cabalgatas, que ahora realiza un grupo de chicuelos hasta los pueblos de Guarenas y de Guatire, es decir, la periferia más intrincada de la región caraqueña. Observemos que hay paz en Venezuela. En otrora esta zona era de salteadores de caminos, ya que se trataba de una Venezuela que había entrado en una profunda decadencia, como lo había demostrado la teoría Vallenilla-Lanz, y que como tal sus hombres vagaban por los campos hambrientos; unos feroces; otros explotando la viveza criolla a través de una conducta rebuscadora, como los

personajes de los cuentos de Arturo Uslar Pietri, y quienes se salían con las suyas en su diario merodeo, gracias a las mañas de su picardía. Lo cierto es que en aquella Venezuela en la que se había criado su padre, por ejemplo, era imposible andar un grupo de chamos, y chamos mantuanos por aquellos campos sin otro alguacil, más que el pobre Tomás, quien por problemas de locomoción se quedaba muy atrás, a medida que los caballos descontaban ventaja, y el burro era de trote corto, y así que había que esperarlo cada tanto de tiempo, de modo que era un alguacil sin potencialidad alguna, desarmado; pero por fortuna la gente de los pueblos y de los caseríos salía a saludarlos con ese espíritu abierto del venezolano, y era cuando entonces se corroboraba que la paz había llegado en frases como:

-Se acabó la guerra.

Eran niños harapientos quienes salían a saludarlos, barrigones y tostados por el sol. Sus casas eran de barro y con techo de palma, y quienes veían en aquel grupo de "lecheros" –sujetos con suerte en la vida-, como ellos los llamaban, la tranquilidad y la paz en las carreteras de Venezuela. Desde hacía años de años no se había vuelto a saber lo que era alzamiento en este país.

Se trata Laureanito, para seguir con lo de su espíritu atrevido, de un carajito a quien la mano de Dios lo tiene amparado, ya que su temperamento hiperkinético lo hace descubrir a un bobo, al que tienen amarrado en el solar de la casa vecina, y el que sufre de ansiedad, sometida ésta hasta bajo la vigilancia de un enfermero alemán, y lo descubre porque, el hecho de tener en casa un bobo de esta naturaleza, no es una cosa fácil de ocultar, de modo que el chamo atraído por la curiosidad de sus alaridos, se monta en una mata de guayaba, y, en efecto, desde allí contempla el cuadro patético de la existencia de un ser humano, quien está en sus últimas; amarrado de una cadena. En su contemplación, el bobo lo descubre a él; hay una suerte de complicidad entre ambos, que se traduce en que éste le lanza una fruta, el bobo la engulle y le pide otra, y esta situación, para resumir la historia, degenera en el hecho de que el crío se aparece un día cargado de frutas, además de todo lo que ha encontrado en la cesta de la basura de la cocina de su casa, y aprovechándose de que la puerta del corral de su vecino está abierta, le ha entregado un paquete al bobo con todo eso, quien ha hecho estragos, en ese sentido; se ha comido todo, incluidas unas conchas de plátano, lo que implicará para el bobo una indigestión; indigestión que provocará la venida urgente del doctor, y quien le practica una cura de desintoxicación, en la cual descubre todo lo que ha engullido éste. Nadie se explica lo que ha sucedido; el enfermero alemán alega que es un misterio, ya que para él pasa desapercibida esta convivencia entre el niño y el bobo, que se ha profundizado hasta el hecho de que el primero se ha tomado la molestia de llevarle un cuadernito de las aventuras de *Búfalo Bill*, y al cual el bobo también ha intentado de-

vorar, y lo que expresa el doctor es que el niño hubiera hasta perecido, producto de una crisis de furia del bobo, como acostumbra darle a estos enfermos; cuando entonces éste se ve conmovido por la situación de misterio, que se ha suscitado con el episodio de la indigestión del bobo, y así que confiesa su travesura. Su padre le felicita su decisión, pero lo cual será el primer motivo para que éste le ponga un cargador varón y no hembra, además del otro relativo a la broma que ha echado con su famosa crónica social. Aunque, además, el niño tiene otro amigo que también es bobo, pero un bobo más por el efecto de una fiebre tifoidea, que lo ha dejado tullido, y que sobrevive porque pertenece a una familia ricachona, que también lo tiene en un tratamiento de rehabilitación, y quien antes de que apareciera Tomás, y sólo existía el burro, se montaba en sus ancas con Laureanito, y juntos se largaban a ir de excursión a las haciendas de los alrededores. Algunas veces le amarraban a la bestia un quitrín inglés, que estaba en la casa de este otro retrasado, de modo que había chance también para que su hermana Finita participara en los paseos. Por contra, hay un muchacho que es el más listo de la partida, hijo del ministro de Guerra y Marina, que posee una cultura superior a la de su edad, y que a la larga induce a Laureanito a ser también un consumado lector.

Es así como Laureanito lee a Verne y a Salgari. Su amigo José Joaquín Jiménez es gran admirador de su padre, lo que significa que es un espejo para Laureanito, que entonces ve a su progenitor reflejado en los ojos del otro, y así que lo induce a la lectura trayéndole libros; aparte de que Laureanito escucha la parla histórica, que se mandan su papá y don Vicente Lecuna, y por aquí descubre, por lo demás, que él está emparentado con el mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre. Observemos que a pesar de que Venezuela ha estado sumida en procesos igualitaristas, como lo demuestra la teoría Vallenilla Lanz, el poder no funciona sino sobre la base de un césar, un dictador: un esquema vertical de pueblo. Pero, por otra parte, también José Joaquín le trae a Laureanito una historia de Venezuela, que a medida que la lee su padre se la aclara, y de forma que, celoso, el mucamo Tomás le critica estas lecturas; considera que él debe leer verdadera literatura, y, en ese sentido, demuestra que por esas cosas ha llorado, con el patetismo de hacerlo un día que le trae una obra de Vargas Vila, interrogándose de paso acerca de que quién no había llorado por esas cosas, en el momento en que se la entrega.

El impacto grande en aquella casa se recibe cuando don Laureano se presenta con el automóvil, un Essex de cinco pasajeros, y el cual viene conducido por un chofer criollo facilitado, entre tanto, por la familia de don Arístides Calvani, y automóvil que es estrenado con un viaje a Maracay, para ir a visitar al general Juan Vicente Gómez, figura que ha hecho un alto en sus asuntos de gobierno; ha dejado en la presidencia al ostentoso vecino de Los Chorros,

y ha preferido más bien dedicarse por estos lares a su oficio tradicional, que es el de productor agropecuario. En el fondo, la imagen que lleva el niño en el viaje es la del poder, y catapultada por la idea que tiene de Gómez en la proyección de un hombre grueso, cuya mano, al contrario de todo el mundo, está enguantada; algo excepcional en el país. En una ocasión, en un viaje que había hecho su familia a Macuto, su cargadora de entonces le había mostrado al hombre en la distancia, sentado debajo de un kiosco en medio de un grupo de personas, aparte de que no dejaba de rodearlo el elemento militar, y así que este viaje constituía para el niño como una especie de encuentro con una suerte de ícono de la República, la referencia más particular del país.

En Guayas, una población del estado Miranda, se detienen para desayunar en una posada de camino, y allí consiguen que el presidente del estado Guárico, general León Jurado, está retenido por un accidente de su automóvil. ¿Es don Laureano tan conocido así? El sujeto se dirige hacia él en actitud de completa cordialidad cuando se da cuenta de su presencia, y así demuestra que lo tiene en la más alta estima. El está ayudando a un mecánico en los tejemanejes de la reparación del vehículo, pero abandona esta situación tan pronto determina el género de viajante, que ha llegado en el Essex; aparte de que de pronto en la posada ponen el desayuno; el general Jurado da órdenes de que se vaya a la mesa, y así se une al grupo de don Laureano, su primogénito y el chofer, en el momento en que sirven carne frita, huevos, arepa y café con leche. Son cuatro los ocupantes del carro, ya que éste se vendrá con ellos, y así que se orientan hacia Maracay.

En la vía el niño oye contar a su padre episodios de la guerra de independencia, a la manera de su conciencia racionalista, como lo hemos subrayado; pasan por La Victoria, y así refiere el lance de Ricaurte, el cual le suena a don Laureano que está un poco recargado por el afán propagandístico del Libertador, en favor de la promoción de la causa independentista, lo mismo que le suena exagerado el lance de Girardot en Bárbula, quienes mueren en sendos sitios, pero al parecer no en las condiciones tan heroicas, como las hizo aparentar el Libertador, a propósito de su parte de guerra.

Frente al general Gómez, a cuya casa se han dirigido tan pronto han llegado a la capital aragüeña, la figura suya se le ofrece al chamo toda encapotada. Se trata de un hombre mayor; forrado de pies a cabeza; de contextura fuerte y de voz de altoparlante. Lleva uniforme de seda, sombrero de panama, botas con polainas; un bastón, además de sus excepcionales guantes. Cada palabra suya es seguida, y a cada ocasión se le celebran las ocurrencias. Laureanito nunca había visto de cerca al general Gómez, a pesar de que era amigo de dos de sus hijos, con quienes se bañaba en la playa cuando entonces coincidía la comitiva presidencial con ellos en una estadía en Macuto, comitiva a la que se le mostraba desde lejos al muchacho, de modo que se diera

cuenta de que el que estaba en medio del círculo era la cabeza de la República de Venezuela.

La conversación, por lo general, gira en torno de la paz. Al estar Gómez presente no se habla sino de que ésta se ha asentado en Venezuela; ha entrado por la puerta grande, y esto deriva en hablar bien de las batallas del Caudillo de Diciembre, y de la forma como había neutralizado a cada cacique local, y a través de lo que se conoció como la Campaña Restauradora; era cuando entonces Castro le escribía unas cartas donde le decía que él era el libertador del libertador, no perdamos de vista que éste sufría de veleidades tales como el creer que en ese momento tiene arrinconadas a las grandes potencias mundiales; razón por la cual se ríen de él por intermedio de caricaturas.

También en aquel encuentro con el general Gómez otro el tema fuerte de la conversación será el concerniente a un relato, que se encarga de narrar don Laureano, en un corredor de su casa, y el cual versa sobre la firma de una tregua entre los generales Juan Crisóstomo Falcón y José Antonio Páez, en uno de los tantos capítulos de la Guerra Federal, digamos de un modo literario, hecho suscitado en la sabana venezolana, y para el cual había asistido Eduardo Blanco, en calidad de secretario de Falcón, por lo que a éste se le instruía de que parara la oreja, a propósito de un cierto diálogo que se había suscitado debajo de la carpa, donde se llevaba a cabo aquel acuerdo; una suerte de distensión en aquella reunión, y el testimonio es importante, ya que se trata de un asunto de Páez, y el cual se refería a su participación en la Batalla de Carabobo. Al "centauro" se le había pedido que contara el episodio de su protagonismo en ésta, y lo que daba lugar a que se instruyera a Blanco a que observara en Páez en aquel momento una suerte de Aquiles, sobre todo, porque Venezuela está pendiente del florecimiento de una producción de género épico, que le cuente sus hazañas, y por esto todavía Eduardo Blanco hacía de las suyas a comienzos de siglo, sobre todo, en el gobierno de Cipriano Castro. Era centro de atracción de aquella Venezuela que le veneraba su obra. El espíritu de Vallenilla Lanz era contestatario ante esta situación, ya lo hemos dicho; lo cierto es que se trata de una Venezuela embadurnada de historia, que mantiene al día las fechas de las batallas, a pesar de esa reticencia que comienza a mostrar un hombre como Vallenilla Lanz.

Juan Vicente Gómez es un sujeto tozudo, a quien el pueblo lo conoce como "el bisonte"; el último gran césar latifundista que ha tenido este país. ¿Cómo le cae el chamo al susodicho, cuando don Laureano se lo presenta? El viejo general le regala un paquete de gomitas, y que las valora el general León Jurado, entre bastidores, en unos 20 mil bolívares; porque hay que ver lo que significa un regalo del general Gómez, según piensa el general guariqueño cuando ya van en el carro, en oportunidad en que salen con el caudillo a dar un paseo. A éste lo agarra por una mano, para llevarlo la

pulpería de la esquina, tan pronto lo conoce, y la voluntad del general Gómez es tan seguida, que cuando ven el séquito que se encamina hacia la pulpería, del lado de allá sale una persona con un paquete de gomitas. Se lee en la cara que el general Gómez viene con la intención de comprarle caramelos al chamo, y de modo que le interpretan el pensamiento.

Pero lo que más le impresiona a Laureanito es la personalidad de Juan Vicente Gómez en tanto que productor agropecuario. El tipo se interesa por la ternerita rayada; indaga que si el pará ya ha sido sembrado. Estamos ante el más prominente hacendado que tiene este país, y así que este sujeto, que antes había sido un pequeño propietario en el Táchira y llega al poder a través de los hombros de Cipriano Castro, es poseedor de una extensión grande de latifundios, que van desde los dedicados a la ganadería, hasta los dedicados al café y al cacao.

Don Laureano ha ido por varios días a Maracay, y así que realiza una jornada de actividad social muy intensa, visitando casas, contactando gente que antes ha sido amiga suya en Caracas, y que se ha venido a sentar sus reales a la región aragüeña, conjuntamente, con el general Gómez, como la familia de un jovenzuelo, que ya sabe conducir automóviles, y que posee una erudición bastante avanzada para su edad, que se llama Arturo Uslar Pietri, jovenzuelo que vive allá con sus padres, y nos referimos a él, en el sentido de que entrará en amistad con Laureanito; uno de los tantos amigos de éste. El centro de aquella Venezuela es Gómez, y es así como su familia se emparenta con la sociedad tradicional caraqueña, con los llamados mantuanos. Parte de esta sociedad se ha ido a vivir con éste en Maracay, como la familia de Uslar Pietri, que es muy allegada al clan gomecista, y de modo que los Vallenilla aprovechan para conocer a la estirpe de esta familia tachirense, que reina ahora con el patriarca en una Venezuela bucólica. Pero lo más curioso de este señor es que su estilo miliciano no va a estar inspirado al estilo bonapartista, como Antonio Guzmán Blanco, sino al estilo bismarkeano, y lo que nos retrotrae al género de conversaciones que sostienen los Centeno Vallenilla, cuando abordan el tema de la guerra mundial en sus almuerzos; es decir, en este país hay germanófilos, y ese era el giro que el benemérito Juan Vicente Gómez le va a dar a la fisonomía de las Fuerzas Armadas, empezando por el corte de sus uniformes, y los que evocan la figura del Káiser. ¿De dónde proviene aquella germanización de las situaciones? En todos los rincones hay germanófilos, como sucede con los almuerzos de los Vallenilla, apesar de una sociedad afrancesada o, para decirlo al modo de Darío, versallesca. De haber sido Gómez un hombre ilustrado al modo de Guzmán Blanco, quizás le hubiera dado un giro a las situaciones de esta forma, y quién sabe qué impulso lo lleva a ser germanófilo. Para el general Gómez hay kioscos, que se improvisan en medio del campo, bajo los cuales tempera él y su corte, mientras Victorio Márquez

Bustillos, que sí es afrancesado, le resuelve los asuntos en Caracas.

En Los Chorros la familia Vallenilla merodea por dos años; regresan ellos para ver morir a José Reyes, quien había quedado como cuidador de la casa de Caracas, y quien le lega al chamo todas sus pertenencias, incluido el machete que portaba el día que lo ascendieron a comandante, y por esto el muchacho lidia, y a consecuencia de estas lidias y de su testarudez el chamo terminará en la escuela. Sus dos tías deciden inscribirlo en el colegio de La Salle, que recién se instala en Caracas, y de manera que al hacérsele los debidos exámenes, éste se ubica en el tercer grado.

## III

Ha llegado el momento en que el chamo comienza a extender la rama de sus amigos. Está bajo la educación de unos sacerdotes, que acaban de abrir un colegio en una casa antigua del centro de Caracas, y en el plantel cuenta con la hazaña de haberle puesto un apodo a un hermano, que también les imparte unas materias, relacionado con una tira cómica que aparece en un diario capitalino, y su fama se extiende por el colegio al punto de que la cosa llega a oídos del hermano; éste en un comienzo no se lo perdonó, pero luego llegó a la conclusión de que estaba cometiendo una tontería, y así que entre maestro y alumno se dieron unas paces excelentes, que se manifestaron en una cálida amistad, mientras el chicuelo crecía, y era trasladado para otro colegio, ya que a sus tías le recomendarían que lo inscribieran en el San Ignacio, cuya congregación, al igual que los lasallistas, sentaba su enseñanza en Venezuela, y de donde vendrían nuevas amistades para éste, entre ellas, el futuro presidente Rafael Caldera, que se destaca en las aulas de aquel colegio de jesuitas. Es decir, estamos ante un grupo de niños que pertenecen a la clase media alta de este país. ¿Se trataba de una sociedad clerical? Si algo había demostrado la teoría de su padre era el hecho de que Colombia y Venezuela eran países de naturaleza diferente, ya que, a su juicio, el primero estaba regido por una sociedad clerical y, el segundo, por una sociedad personalista. Eso era el aspecto que marcaba la diferencia entre ambos, según la teoría Vallenilla, de modo que de acuerdo a esta pauta, la pregunta planteada con anterioridad se podría responder negativamente, sólo que es dato interesante el hecho de observar que en este momento varias congregaciones de religiosos se instalan en el país, en afán de impartir educación, y que una y otra compiten en una suerte de mercado perfecto. Se trata éste de un chamo a quien el papá le dice un día: "La vida se defiende de este modo", y entonces le enseña a dar puñetazos. He aquí que Laureanito viene herido y revolcado de vez en cuando, sin embargo el chamo es un gallito inexpugnable, y lo que es su papá le

aplaude estos envalentonamientos. Es así como le va a dar por ir de continuo a la redacción de El Nuevo Diario, y allí conoce a un militar azteca, una suerte de diplomático, que ha enviado el gobierno de su país, y quien usa una gorra de piel de tigre, que le llama la atención al chamo, y la que viene a quedar en sus manos, luego de que se gana la simpatía del miliciano. Se trae a colación este hecho, porque esta gorra será objeto de pleitos una y otra vez en la escuela. De modo que hay un chamo envalentonado, que anda de su cuenta por esa Caracas de comienzos de siglo, y quien, por lo demás, va con frecuencia al periódico de su padre.

Para aquel momento un periódico no sólo era un centro que se prestaba para la tertulia política y literaria, sino que también se prestaba para el espectáculo de la farándula, lo que estaba al día en la cartelera de los caraqueños: las comparsas o compañías, con sus respectivos elencos, que pasaban por la ciudad; los artistas afamados se daban cita allí y nótese que el mundillo diplomático también tenía acogida en estos rincones; esta gente era noticia de las páginas sociales, y así que allí había el interés de la publicidad. No sin razón se acuñaba por ese entonces el término de publicista y el cual iba dirigido a un hombre del tipo de don Laureano, es decir, quien tenía a su cargo un medio de comunicación. Eran momentos en los cuales éste reflexionaba en torno a la ciencia y el progreso; hay quien señala que don Laureano estaba muy influido por Comte, Spencer, Taine, y a quienes cita, por lo demás, in extenso a lo largo de su trabajo. Pero lo más pintoresco de esa época del periódico era la gente que también trabajaba en las redacciones; cuya cultura se medía por los libros que había leído cada cual. Esta era una gente que transitaba entre Salgari y Alejandro Dumas, pero que tenía muy presente la idea del enciclopedismo, y así que había la comedia del sujeto ilustrado, cosa que entonces nos lleva al famoso Tomás, cargador de Laureanito en la casa de Los Chorros, y nos hace ver que su caso no era único, que resulta que esta era la comedia que vivía media Venezuela, y que por fortuna había los sarcásticos en el asunto, los entendidos en el melodrama, y así existía un doctor Valverde, que caía de vez en cuando por la redacción del periódico, y a quien se le tenía como el hazme-reír, ya que en lugar de cine, decía "cisne", género del que se confesaba aficionado, aparte de que confundía toda la parafernalia de la filmografía de Hollywood, y en lugar de hablar de ***Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis***, hablaba de ***Los Cuatro Juanetes del Sapo del Calixto***; confundía así mismo los nombres de los actores y, en ese sentido, Leoncio Martínez, uno de los caricaturistas, a quien la posteridad le va a reconocer sus méritos de humorista, se lo vacilaba, lo trajinaba con una y otra afirmación; Leo lo ponía a que le corroborara una serie de absurdos, y aquello era que generaba una carcajada colectiva entre el personal de El Nuevo Diario, mientras el doctor Valverde no caía en cuenta. Leo usaba unos pequeños aros de caucho en los bíceps; man-

gas de camisa en un lugar donde abunda la levita, y viene a hacer tan buena amistad con aquel niño, que entonces lo lleva a las corridas de toros del Nuevo Circo o del Circo Metropolitano. He allí una Caracas que se divide en dos bandos por dos toreros, y que está pendiente del pasodobles de moda, en el cual a ambos se les menciona. Entonces salían trovas de cantantes por toda la ciudad a cantar de botiquín en botiquín, y así era como se oía ese pasodobles. Es decir, una ciudad que vivía pendiente de los pasodobles y de las corridas de toros, como los pueblos castizos, y que en términos culturales vivía un mundo en el cual estaban representados a través de una cierta comedia colectiva los grandes valores de la Ilustración. Así, el cronista social del periódico también tiene su historia, ya que el susodicho se ha circunscrito a vivir en el mundo de Dumas y de Salgari, y de modo que el marco de referencia de don Juan Miguel Alarcón, acerca de la vida, está orientado de acuerdo a la obra de estos dos autores, a quienes acude una y otra vez en su ejemplarización de las circunstancias, cuando aborda un tema con alguien, y la historia que se quería contar es que este sujeto, el día que iba a ser sometido a una operación en el pie, alterado por una crisis de nervios, preguntaba a gritos:

-¿Es uno un gran poeta o un personaje de Salgari?

Se trata de una ciudad que, al paso que le canta a sus toreros, también vive del estribillo, como el que le escribe Francisco Pimentel, "El Jobo", a otro cronista social, que también frecuenta la redacción del diario, un sujeto a quien lo beca el gobierno de Cipriano Castro para que estudie canto en el extranjero, y en ocasión de su regreso, una vez concluidos sus estudios, el día que se presenta resulta que se le va un gallito, y aquello es el despelote para él. El pobre termina como cronista social, y así que hay unos estribillos del humorista, que aparecen en las columnas del diario, a manera de consuelo para el amigo; lo cual tiene mucho que ver con ese humor ácido que, decíamos, posee el venezolano, porque éste en su condición de tomista, que no racionalista, también ha hecho unos ciertos votos de pobreza en algún momento de la constitución de su nacionalidad, y esto nos ha hecho sentir que vivimos en el mejor de los mundos.

Laureanito por el momento está para la diversión, a pesar de que no deja de mostrar sus dotes de lector, de lector consumado de la historia de Venezuela, de temas filosóficos y de literatura, en general. Su afición en los deportes no la constituye el fútbol, como sí la equitación y el tenis, a pesar de que Venezuela está invadida por la fiebre del fútbol, que precisamente ha llegado con las nuevas congregaciones de religiosos educadores. Para la equitación, Laureanito cuenta con dos amigos, que son Celso Lerma y Félix Key, y además de que su cuadra de caballos se ve favorecida con un póney negro, que le regala el ministro de Argentina en Venezuela, don Eduardo Labougle, un póney poblado de crines, que casi le llegan hasta el suelo, y al cual habrá

que amansarlo a base de terrones de azúcar y de caricias, que correrán a cargo del chamo, quien, por lo demás, se muestra diestro en estas cosas, y así que el póney llega a complementar esta amistad con el rechazo a toda persona que no sea él o, en última instancia, el caballerizo de la cochera Talavera, donde lo cuidan al póney, el famoso Félix Key, y quien hasta se toma la libertad de ponerle lacitos multicolores a las crines del caballito. El póney llama la atención de los habitantes de Los Teques, hacia donde van de excursión con él, junto con el otro caballo, ya que una de las diversiones del chamo continúa siendo las cabalgatas hacia los pueblos más intrincados de la periferia de Caracas, y donde hay gente que ha visto espantos, y así que se da una compenetración con el medio social, que les sale al paso en esta oportunidad, una gente en la que habrá hasta familiares de su nuevo acompañante, que es el recién nombrado Félix Key. En una de esas haciendas está concertada una hermana suya, ya que su madre no puede con tanta carga familiar, en total suman muchos por casa, y la madre de ambos es viuda, de modo que son dos hermanos que se tienen que ganar la vida ya en plena adolescencia, y uno de ellos está a cargo de la cochera Talavera.

El hecho es que la empleada de servicio de la casa de Laureanito canta el pasodobles, donde se exalta la gloria de dos toreros, que disputan en la plaza, cuando se presenta la temporada, y así que el chamo influido por la circunstancia del espectáculo taurino en la cotidianidad del caraqueño, decide transformarse en torero, por lo que le da a él, junto a otro grupo de chamos, que se ponen en el instrumental de la fiesta brava, por dedicarse de vez en cuando a torear a Perrone, un italiano medio bobo, quien hace los mandados en la sastrería vecina a su casa, y para lo cual la tropa de pequeños ha conseguido un par de cachos en el matadero de Palo Grande, cachos que son adosados a una silla vieja, y con esta es la que embiste Perrone, a modo de hacer de toro, aunque si se descuidan mucho los muchachos, el tipejo se lanza contra ellos, como un verdadero miura. Se trata de un grupo de chamos que han encontrado un par de maestros del arte de torear en las personas de los hijos de un hotelero, que se ha instalado en el barrio, y así se ponen al día en lo que es una verónica, un farol, un pase por lo alto. Sobre todo, Perrone se enfurece cuando entre la cuerdita se le tilda de "el tuerto", y así que, sobre la carne que se le ofrece de los chamos, embiste sin contemplación alguna.

No muy lejos de la casa de Laureanito está el Teatro Municipal, cuya plaza, a la larga se transformará para esta pandilla, al tiempo que circo de toros, pista de patinaje, y así que Laureanito también se aposta con sus diminutos vehículos en dicha plaza, y tanta es la fiebre del ejercicio del patinaje, que termina estableciendo una gran amistad con el conserje del teatro, un tal Mazzantini, un sujeto que le llama la atención por lo enorme de gordo, y quien es célebre por sus periódicas peleas con su amigo, que es el jefe civil de la parro-

quia Santa Teresa, ya que uno y otro recogen pomagás para el secretario de la gobernación de Caracas, en afán de adulancia, y así que cuando llega la cosecha y las matas de los alrededores de la plaza comienzan a dar sus primeros frutos, ambos discuten por el hecho de determinar cuál de los dos habrá de llevarle la primera cesta de pomagás al mencionado funcionario. Gracias a Mazzantini, el chamo tiene acceso en el anfiteatro hasta el vestuario mismo y ver picones, porque un grupo de coristas de Esperanza Iris se cambian de ropa delante de él, sin darse por aludidas ante esos infantiles ojos suyos. Estamos ante un chamo que se gana el cariño de las personas con suma facilidad, cosa que ha demostrado en el círculo de su padre, pero también con este Mazzantini. El susodicho se ha quedado varado en Caracas, como desecho de una compañía de zarzuela, que pasa en tiempos del general Joaquín Crespo por la ciudad, y así que el antiguo cómico pega en el país, gracias al cargo que obtiene de guardián del teatro, y en el cual se hará eterno. El chamo es tan carismático que, entonces su profesor de cuarto grado, el padre Villoslada, se toma la molestia de sonsacarlo en el colegio, para preguntarle cosas sobre José Santos Chocano, un poeta, amigo de su padre, asiduo visitante del periódico, y quien, por lo demás, es amigo suyo también. Laureanito tiene nada más y nada menos que un libro de este Santos Chocano, autografiado por él mismo, y con el cual le da en la cara a su humilde profesor de cuarto grado, quien también es poeta, y quisiera que este Santos Chocano se dignase en poner la vista por un momento en su producción.

A este rasgo de su simpatía, habría que agregarle el hecho de que el chamo es un desenvuelto bailarín, capaz de salir a bailar en las fiestas, sin mayores ruegos, con las muchachas, y fiestas donde, para variar, luce su ropa de gala, que consiste en trajes de paño, que sus tías le han encomendado en dos reconocidas tiendas francesas. En cuanto a lo del baile, Laureanito cuenta también con numerosas amigas, y, quienes como él, se esmeran por aprender los ritmos de moda, que serán el *fox trot* y el *one step*. Cada tanto tiempo él es invitado al festejo del cumpleaños de un amiguito del vecindario, y así aparece una orquesta que se manifiesta con rumba, y, como hay tímidos en el grupo, a éstos hay que sonsacarlos a empujones, mientras que Laureanito sale sin mayores ruegos. A propósito de la ropa, los días domingos, Laureanito se pone, para ir a misa, el uniforme de gala del colegio, que consiste en alpaca negra y pantalón de dril blanco, cuando en su cotidianidad usa gruesos trajes de dril de cuello cerrado; pantalones cortos y fuertes; medias negras o marrones; zapatos de suela, muy fuertes también, pero muy chillones, una indumentaria nada elegante, pero apropiada, por una parte, al clima de Caracas que es templado y, por otra parte, al trajín de la escuela. Abunda, asimismo el sombrero de pajilla en la testa de estos críos.

¿Cuál es el rendimiento de Laureanito a su paso por el colegio? A pesar

de que no sale bien en las matemáticas, lleva las otras materias con buenas calificaciones, y un cierto género de autosuficiencia de la cual es víctima, lo lleva a ser travieso al chamo, tan travieso como ya lo había demostrado en la pensión de Teresa Guevara, y así que en el colegio se le tenía por una suerte de instigador de situaciones, bandidito el tipo; la persona que estaba llamada a pagar los peos. Por lo demás, en un momento determinado, su padre le contrata un profesor de matemáticas, especialmente, para que adelante los exámenes de fin de año y, en ese sentido, Laureanito rinde al punto de que logra sacar 17 en la prueba final, y lo que le merece, que se vaya tranquilo para Macuto, a veranear en sus playas, donde su padre tiene también una casa, y en cuyas avenidas la triponada por las tardes se pone a patinar.

A Laureanito lo impresiona el hecho de que el colegio San Ignacio crezca en proporciones gigantescas por año escolar. A medida que se abre un período, el plantel se llena de nuevas caras. Se trata de un instante en que se pone en auge la educación privada en este país, y los jesuitas, sobre todo, se expanden. A la congregación se le presenta la oportunidad de adquirir la casa del presidente Raimundo Andueza Palacios, y así el San Ignacio crece, pues además de la capilla que instalarán en ella, también allí se impartirán los cursos de bachillerato. La educación es rígida, por eso es que gusta en la Caracas de ese momento; aparte de que la rigidez comprende también lo religioso, y así hay la obligación de ir a misa a diario, bien temprano en la mañana; las clases se extienden hasta el mediodía, hay un receso para ir al almuerzo, de modo que por la tarde existe otra jornada más, que concluye a las 5:00, cuando el resto de colegios de Caracas ha concluido este turno a las 4:00. En ese sentido, Laureanito le estará agradecido a los jesuitas el hecho de haberlo encaminado hacia cierta estructura existencial muy regida por la disciplina.

En la biografía de Domingo Alberto Rangel sobre Juan Vicente Gómez se afirma que a su hermano, Juancho, entonces vicepresidente de Venezuela, lo matan por sodomita, y el autor de la biografía se basa en el hecho de que las condiciones en las que muere hacen pensar en un crimen pasional, y de los del tipo que suelen ocurrir entre hombres solitarios, como sería el caso del funcionario, en cuestión. El acontecimiento en sí importa en esta historia, toda vez que este Juancho, al momento de ser presentado el muchachito al caudillo, en aquella oportunidad en que, junto con su padre, había visitado Maracay, había tenido un cierto comportamiento femenino al repreguntar las mismas cosas, que le había formulado el hermano minutos antes; cuando entonces se encaminaban a comprar, en la esquina el paquete de gomitas:

-¿Vas a la escuela, sabes leer?

Cosa que le había dejado una fuerte impresión al chamo, en vista de que aquella naturaleza femenina provenía de un cuerpo fornido, monumental; de bisonte, como era la fisonomía de los Gómez. Es decir, constituye una

muerte que le incumbe por alguna referencia, a pesar de que don Juancho no era un hombre allegado a su casa. Se trataba de un tipo huraño, quien frecuentaba el teatro, envuelto en una capa como las que usaba José Rafael Pocaterra, de camarita -como se le decía entonces al hecho de llevar una cámara fotográfica al hombro, y de allí la expresión "cámara", para dirigirse a fulano, es decir, uña y carne aquella relación-, y encima de eso llevaba siempre un pañuelo de seda en su nariz, a manera de no resfriarse. ¿Fue un crimen de Estado? El problema es que esto ocurre en la casa de gobierno, y entonces hay el manejo de la idea de que se trata de una venganza de tipo político; que se le ha descubierto en planes de conspiración contra su hermano, hecho en el que pecará hasta el propio hijo del jerarca; y siendo así estamos en presencia de un filicidio. Se reúne un grupo de chamos a ver pasar el cortejo fúnebre por Puente Hierro, mientras hay una población que no dice nada, y que sólo se atiene a mirarse las caras, más especialmente porque a los días ya todo ha sido olvidado. Al tipo lo acribillan con veintitrés puñaladas. Así no se procede en forma oficial, tiene que ser una pasión muy grande la que produzca un móvil de esta naturaleza.

¿Se da un encuentro con la muerte? Resulta que hay un niño que muere en el vecindario, muere de una peritonitis, hecho que obliga al grupo de compañeritos suyos a congregarse en el cementerio, para el momento de su entierro. Hablábamos de un encuentro con la muerte, porque este primer contacto con el misterio da lugar a que el grupo de chamos, semanas más tarde, en una suerte de travesura, se acerque hasta la tumba del compañero desaparecido, y la travesura alcanza el hecho de que Laureanito y su grupo de compinches ronden por entre las tumbas, y así el muchachito se tope con el panteón familiar donde se lee: "María Planchart de Vallenilla Lanz, 1916". ¿Acaso era un llamado del más allá? Los compañeritos se dan cuenta de esta situación, y acuden presurosos a rodearlo. Seguidamente se impone un silencio misterioso. El niño estaría llamado por una serie de hitos, que reportarían una cadena, y los que lo llevarían hasta la sepultura de su madre.

Don Laureano también acerca al chamo a la idea de la muerte, a causa de la enfermedad de la artritis, de la que padece de vez en cuando, y por esta razón éste se tiene que ausentar por varios meses del hogar, lo que se traduce en orfandad para el niño o el hecho mismo de que queda bajo la responsabilidad de otras manos, como son a las que pasa donde la familia Centeno Vallenilla, casa donde lo dejan como en la época de su primera infancia. Don Laureano se ve en la necesidad de trasladarse para Macuto, que cuenta con un clima propicio para su cura. Así el chamo también tiene su mundo con don Melchor, a quien éste acompaña en el carro, sobre todo, en ocasión de ir a visitar una virgen, que está en casa de una familia caraqueña, grabada en una piedra, y de la cual don Melchor es muy devoto. A continuación el niño pasea con el

tío por El Paraíso, y cuando no se enfilan hacia la casa de algún amigo, en plan de visita, terminan comiendo sándwiches y pastelitos en La India. De vez en cuando el chamo baja al litoral a visitar a su padre. Caracas entonces está unida a las costas del mar Caribe por un tren, que se toma en la estación de Gato Negro, y como aún no puede andar tan de su cuenta, para este trajín lo acompaña un amigo de su familia, Carlos Jurado, señor ya mayor, y con unos hijos que son unos potentados en el comercio caraqueño. El doctor Jurado baja en calidad de temporadista para las playas de Macuto. Uno de sus hijos posee una lancha, que le llama la atención a todo el mundo en el litoral, y lo que se quería decir, en el fondo, es que este sujeto tiene un sirviente trinitario, que pertenece al clan de su primo Pedro Centeno Vallenilla, el famoso pintor, puesto que ha sido modelo suyo, y allí está grabada su figura, en uno de sus cuadros.

El otro hecho que marca al chamo, en cuanto a la evolución de las cosas que ocurren en su entorno, y que ubicábamos a partir del encuentro en el más allá con su madre, son los cambios que ve operarse en su casa de Reducto. Así ésta, a la larga, pasa a transformarse en una estructura de dos plantas, y la cual nada evocará de la vieja casona que comprara doña María a principios de siglo. Ahora hay una azotea, que el chico dispone para jugar con sus compañeros del barrio. Estamos ante una ciudad que cobra conciencia de su arquitectura, a partir del capítulo de la paz, del cual venimos haciendo mención, pero una conciencia donde no dejará de estar presente lo ingenuo, con relación al gusto que se impone, ya que una parte de las casas adquirirán el aspecto de un baño, pues los caraqueños de la época abusan del mosaico y de la baldosa en el zaguán, aun cuando no deja de haber una cierta exquisitez en lo que se refiere a los vitrales, que han tomado los espacios de las puertas interiores, cosa que ya había arrancado desde el siglo pasado; al paso de que desaparecen los árboles de los patios, para dar lugar a más mosaico, y así que cuando éste es de baja calidad, la casa termina pareciendo una ducha. Estamos ante la ciudad que adopta el estilo sevillano, como decíamos, en detrimento de la Caracas de casas con soportales y con columnas barrigonas, que habían caracterizado más bien a un estilo castellano conocido durante la colonia.

Hay un dato curioso, y es que la casa de Laureanito está ubicada en los límites de la zona, que llaman de tolerancia, a partir de los cuales entonces se halla una hilera de casitas, y que son habitadas por mercancía erótica, a la que se le da el nombre de "francesita", sea la nacionalidad que sea; lo cierto es que abunda el elemento europeo entre ellas, cuando no deja de haber alguna criolla; una mercancía por la que se paga una tarifa hasta de veinte bolívares.

-¡Veinte bolívares! Ni que fueras Pola Negri.

Así escucha el chamo hablar al vulgo. A éste ya se le comienza a manifestar el vello en su piel, y, en consecuencia, hay una "francesita" que lo persigue con la vista. Le sonríe, de paso, mientras el chamo pasa para el botiquín

de Blas Murria a comprar un helado. Aquí es costumbre que Laureanito se encuentre con un grupo de hombres, apostados en la puerta del bar; jóvenes que escuchan a Fernando de La Concha, quien se sienta en el mostrador del negocio, y se pone a tararear canciones con una guitarra; gente de la clase del doctor Manuel Silveira, que resulta ser el novio de una muchacha vecina de su casa; además de un flaco alto, apuesto de figura, que en lo adelante lo espera la silla de Miraflores, en calidad de presidente de la República, y que Laureanito sabe de quien se trata, ya que por el momento dirige las paradas de los cadetes de la Escuela Militar, en su calidad de director de la misma, antes de que la tropa entre a la Iglesia de Santa Teresa, para oír la misa dominical de la mañana, a la cual acude también Laureanito con su tía. En lo adelante se sabrá que su nombre es Isaías Medina Angarita. Es decir, cuando Laureanito se acerca por este predio, previa picada de ojo de la "francesita" todo le resulta familiar. Es así como experimenta sensaciones extrañas, con respecto al prójimo, que le vienen por el lado de espiar al elenco de coristas de Esperanza Iris en el Teatro Municipal, y de aquí el chamo ha pasado a recortar las estrellas de la revista Cine Mundial, que se muestran desvestidas, aparte de que tiene un cráneo montado con la cupletista, que actúa en el Nuevo Circo, y al punto de imaginarse un matrimonio con la tipa o con la tía, como diría un castizo. Abriga un platonismo tal que sufre, entonces, porque la gente prefiere otra cupletista, que le hace la competencia a ésta en el Teatro Olimpo, un lugar por lo demás que tiene más caché que el otro.

Son los últimos rasgos que le quedan al país de la influencia cultural española, una país donde, decíamos, está impuesto el pasodobles, y es así como en otro de los viajes, que realiza junto con su padre a Maracay, tiene la oportunidad de toparse con una pianola, a la cual pedalea, mientras aprovecha el tiempo en la casa que los acoge; caja de resonancia donde está el repertorio completo de los trovadores caraqueños, con los pasodobles más populares del momento, lo cual, como decíamos, está muy presente en la vida del chamo, como en la de cualquier otro venezolano de su época. A esta altura evoquemos la imagen de la empleada de servicio de su casa tarareando el pasodobles de moda, donde se exaltan las hazañas de dos toreros. Se hospedan casa del coronel Roberto Ramírez, administrador de bienes del general Gómez, la mansión más suntuosa de la ciudad.

He aquí un ícono que constituye una referencia permanente en la vida de Laureanito: el general Gómez; un ser de alto perfil, a quien se le muestra como algo excepcional alguna vez en su vida, y lo que supone que hay un entorno de este sujeto donde cabe Laureanito, y es así como tiene la oportunidad de ver en carne propia al soberano; un sujeto mostachudo, de mirada vivaz y altanera, aunque escondida en unos diminutos ojos, más bien mirada de felino; general a quien siempre rodean grupos de personas, elegantemente

trajeadas, tal y como se aprecia en las fotografías. ¿General? El atuendo lo dice; cuello a lo Mao; charreteras doradas, y dorados los botones de la blusa. La primera vez que lo vio estaba el sujeto debajo de un kiosco allá en Macuto; sentado en una silla de mimbre, con bastón y mano enguantada, una imagen que será recurrente en la vida de Laureanito: también en Maracay el general siempre está debajo de un kiosco; un tanto en la distancia, a pesar de los círculos de personas que lo rodean, a medida que anda y desanda, una distancia como de un metro, la propia de los caudillos frente a su pueblo, y entre esos grupos de personas se cuenta su padre, de forma que Laureanito tiene el privilegio de ser testigo de su vida; de sus cosas, de sus ocurrencias, que son muy seguidas, muy buscadas y muy celebradas; no olvidemos que Mariano Picón Salas hablaba de "unos sociólogos del régimen", y éstos eran su padre, un tal Pedro Manuel Arcaya, un tal César Zumeta.

Un personaje singular aquí estos círculos; que le llama la atención a Laureanito es el padre Carlos Borges; un poeta prestado al sacerdocio, a quien le encanta el brandy, para hablar de la bebida preferida del hombre de la época; le gusta caerse a palos, dicho de un modo corriente, con ocasión de las fiestas de los íntimos del gran jerarca; un hombre a quien don Laureano bromea con el cuento de que en su poesía no deja de apreciarse un cierto misticismo erótico, y concepto que el cura Borges invierte, para justificarse, en erótico misticismo; primero, porque alega que el hecho es verdad, y, luego, porque celebra la estética de la frase. Se trataría de un hombre contrario, venga al caso una interpretación literaria, a otro poeta de la época, José Antonio Ramos Sucre, a quien más bien lo perseguía el lenguaje de la oración, porque le parecía lascivo. ¿Fue un cura laico? ¿fue un cura libre? Posee al menos todas las características del cura que cae simpático en el seno del pueblo: le gusta el aguardiente, y con ello la conversación, y luego la vida y después la canita al aire, alguna que otra vez: era un poeta prestado al sacerdocio, justo, porque una gran pasión mística lo llamaba. De hecho, en plena madurez colgó los hábitos; en vista de que era demasiado enamoradizo, y ya cuando se vio como un viejo verde, en medio de estos menesteres, volvió al apostolado: "Maldita la virgen –decía desde los púlpitos, para sorpresa de los feligreses-, maldito Jesucristo: eso dicen los condenados, cuando están hirviendo en las pailas del infierno".

En este caso de las luces del gomecismo nosotros pudiéramos hablar de un cesarismo ilustrado, en el cual habría una excepción, y este sería el del propio jerarca, quien no sabía leer. Allá en San Juan de Los Morros, hacia donde también se extendían los trajines del general Gómez, en su calidad de productor agropecuario, Laureanito había tenido la oportunidad de comprobar que el Caudillo de Diciembre no lo sabía, al momento de ver una película, donde un secretario, que estaba sentado a su lado, le leía las letras, que traducían los diálogos del rodaje. ¿Productor agropecuario? Gómez hacía venir a

los sabios doctores por esos predios, Venezuela adentro, para que le presentaran cuentas, en su condición de ministros, o se sometiera a su consideración el texto del discurso, que debía pronunciar con motivo de su mensaje anual al Congreso, discurso que se lo había encomendado a un hombre como Laureano Vallenilla Lanz; de manera que para eso estaban los automóviles, que lo metían al funcionario al corazón de Los Llanos, tierras guariqueñas, empaquetados de casimir, como era a la usanza en la época, y así que se instalan en el Hotel de Los Baños, cuando él y su padre se allegan a una ciudad de cerros grises, que de noche se tornan negros, y a los que se les da el nombre de morros. De esta forma Laureanito tiene la oportunidad de ver a su progenitor muy cerca del jerarca, a la sombra de un árbol, distante ambos de la muchedumbre; don Laureano volcado sobre sus páginas, el general Gómez asintiendo cada cierto tiempo. ¿Una suerte de padrino? Allá al final de esta primera etapa de su vida, y antes de que se marche para Europa, tampoco deja de estar presente la figura del caudillo, ahora en calidad de dadivoso, pues con ocasión del último viaje que hagan padre e hijo a Maracay, con la finalidad, justo, de despedirse del caudillo, éste le dará a Laureanito diez morocotas en una bolsita de cuero; lo que nos hace entonces asociar a su figura en el caso suyo con el de un padrino, y un padrino investido de una cierta condición especial, donde estaría de por medio la República. Persona y República se encarnan en este caso en el general Gómez, y así hay una suerte de paternidad un tanto abstracta, y que Laureanito se ve favorecido en este caso por el hecho de su cercanía con el mismo, es decir, una paternidad abstracta que se ejerce, algo más que un padrino, y la que adquiere un carácter feudal. No pasemos por alto el hecho de que al momento de la despedida, cuando el caudillo se entera de que el chamo se va con el objeto de continuar sus estudios en el extranjero, le dice:

-Es bueno que estudie para que defienda la causa, como su padre.

Pero antes de que entremos al tema de su estadía en Europa, por el momento debemos revisar dos aspectos, y son, en primer lugar, que su padre se casa, a pesar de lo que habíamos dicho en un principio, que parecía como un ser resignado a ser viudo toda la vida, y, en segundo lugar, que el chamo tiene su primera aventura de amor. Su padre se casa con una mujer que pertenece a una de las familias tradicionales caraqueñas, mantuana por los cuatro costados, quien se expresa en dos lenguas, además del español, y que, en resumidas cuentas, viene a ejercer el papel de madre suya en un momento en que aún lo necesita, pues no perdamos de vista que Laureanito todavía está en la adolescencia, además de madre de sus hermanas también, y en lo que sí viene a producirse una modificación con la llegada de este ser nuevo a su casa, es que sus tías solteronas se tienen que ir de su hogar, enfilan hacia la casa de don Melchor, y a pesar de que ésta no quedará muy retirada de la suya, eso significa dolor para Laureanito, y tengamos en cuenta

que él es un ser muy amoroso.

En cuanto al romance, éste está lleno de ternura, más si nos atenemos al hecho de que es la parte femenina la que en todo momento toma la iniciativa en este caso. Se trata de una tipa casada, además, y quien convive con su marido muy cerca de la casa de Laureanito, y éste desde la primera vez que la ve, la tipa lo seduce. ¿Había perspectivas con la susodicha? Si hubiera sido una casada satisfecha no cae en pos de ella, pero el chamo siente el flechazo desde el primer momento en que la conoce, quizás por una cierta atmósfera de atracción, que se produce de inmediato, justo, lo que nos lleva a hablar de perspectivas, en la ocasión de esa primera vez, cuando la tipa se ha pegado detrás de él y de su tía, al momento de regresar de una misa en la iglesia de Santa Teresa. Laureanito había sido testigo de un convenio entre el esposo suyo y una de las "francesitas" del callejón del Municipal, un catire alto y elegante, y hasta se podría decir de muy soberbio trato, de modo que por allí se dejaba ver que había un frente abierto.

¿Acaso la tipa percibía que a Laureanito le daba un vuelco su corazón cada vez que la veía? El hecho es que ella lo llama en el momento en que él pasaba por el frente de su casa, con el cuento de que quería mostrarle el álbum familiar, y es así como nace entre los dos la ternura, que se ve colmada con un beso, beso al que le siguen más caricias, y las que se prolongan por varios días en una forma consecutiva, en la medida en que el tercio se cebe, y caricias cuyo final lo veremos en el momento en que la tipa decida desnudarse en la sala de baños, hacia donde lo ha conducido al chamo, y lo invite a participar de una ducha con ella, y apelando al hecho de que Laureanito ya está en la edad de masturbarse, en este caso más bien estaríamos en presencia de una iniciación, que de una violación, a pesar de que don Laureano diría lo contrario.

## IV

Estos amores continuarán siendo platónicos durante la travesía en barco, por el camino que llevará a Laureanito a Europa; sin embargo, el vapor en un primer momento, hará una travesía por el mar Caribe, de modo que ha llegado el instante en que éste destapará todo por una imprudencia relacionada con una fotografía, la cual es descubierta por su padre, una fotografía que conserva el chamo en su cartera, y en la que se ve muy borrosa la imagen de la chica; lo que va a pasar a continuación es que el chamo tendrá su desahogo frente al padre. Resulta que estos amores interrumpidos vienen a constituirse como el tormento suyo a lo largo de la travesía.

-Hay secretos que deben guardarse- constituye la respuesta del padre.

Sin embargo, el vapor navega hacia nuevos horizontes, por lo que Laurea-

nito no tendrá sino que conformarse con la novedad de las ciudades nuevas, que recién va conociendo. Al paso ya les sale Curaçao, seguidamente Panamá, donde tienen una estadía de un par de días, y donde los espera un almuerzo de gala, casa del presidente de la República, Roberto Chiari, amigo de su padre. En ese sentido, Laureanito quedará impresionado con la simpleza de este hombre, con relación a un mandatario como Juan Vicente Gómez; pues aquí lo que había era un pequeño despacho, con una secretaria, un edecán, que es su propio hijo, y sin guardias ni policías. Téngase presente que nosotros hemos hecho ver que el entorno de Gómez es apoteósico, con público de primer y segundo estrado. El almuerzo le da la oportunidad a don Laureano de codearse con las personas notables de Panamá, además de la gente del gobierno, ya que no olvidemos que este hombre vive de la gloria literaria, aparte de que como representante del gobierno gomecista ha viajado recientemente a este país para participar en los actos que se han celebrado, con motivo del centenario del Congreso Anfictiónico, convocado por el Libertador en ese territorio, donde tiene oportunidad de estrechar vínculos entre algunos de los individuos, que ahora conforman el séquito de invitados, y en el cual no deja de haber algún director de periódico, "un publicista", como el propio don Laureano.

De nuevo marchan a la deriva; se embarcan en un buque frutero que, justo, los llevará a La Habana y Nueva York. En la primera ciudad, Laureanito tendrá la ocasión de demostrar una vez más su condición de hombre hecho y derecho, cuando le entrará a golpes, con la ayuda del bloque de una cámara fotográfica, a un sujeto, fanático político, que irrumpe en la escena, en el momento en que se disponen los Vallenilla Planchart a abordar un automóvil, en la puerta del hotel; surge de la nada el sujeto y se avalanza contra don Laureano, armado de un palo:

-¡Muera Gómez! ¡Abajo el apologista!

En esta pelea Laureanito lleva todas las ganas de ganar, en razón de que le ha echado adelante al agresor, lo ha lanzado contra el suelo; el tipo se ha incorporado bañado en sangre; ha sacado además un cuchillo, con el cual corta el traje de Laureanito, y lo logra rasguñar a nivel del vientre, aun cuando puede más el bloque de la cámara fotografía, que con fuerza Laureanito se la pega por la frente al elemento, y así que lo derriba de nuevo, y ya viene gente a separarlos. He allí que su hazaña adquiere repercusión. Enseguida corre la especie en el entorno diplomático y llega a oídos del presidente cubano, quien le envía un salvoconducto al chamo, de manera de librarlo del arresto policial bajo el que se encuentra, con la orden de que se presente de inmediato en el Palacio de Gobierno, ya que al hombre la curiosidad lo mata, y quiere conocer al protagonista del hecho en persona; cosa que justificará más adelante alegando la circunstancia de que él sufrió igual percance, al salir en defensa de su padre, en unas condiciones un tanto parecidas, y esto lo tiene el general Ma-

chado por una gran virtud; y de modo que con esta hazaña se gana la amistad del soberano de Cuba, y ya observamos a un Laureanito, que tiene una gran capacidad de defensa, como se dice en criollo, un palo de hombre. Pero lo fundamental que tiene este hecho es que en esta oportunidad también medimos el grado de proyección, que posee su padre, con relación a su estatura literaria, de modo que este hombre está conectado con las principales figuras del poder de la América Central, y gracias a la promoción de su obra, la que goza de gran aprecio en la América hispánica.

El viaje se extiende hacia Nueva York y aquí, aparte del sector oficial que lo recibe, en su calidad de diplomático, don Laureano no deja de ligarse con un miembro de la resistencia gomecista en el exilio, sólo que su amigo entrañable, el escritor Jorge Luciani, quien reside en los Estados Unidos, y este Jorge Luciani se transforma así en amigo de Laureanito, al tiempo que se encarga de conducirlo por la ciudad, mostrarle las peculiaridades neoyorquinas, en especial, su apoteosis arquitectónica. Estamos en la gran babilonia del progreso; la famosa metrópolis de los rascacielos. A medida que Laureanito lo interroga por la gente que está en el exilio; Luciani le hace ver que José Rafael Pocaterra ejerce en Canadá la docencia en un colegio, en calidad de profesor de castellano y que su amigo José Joaquín Jiménez se prepara para ingresar a la West Point.

Hay que observar, por otra parte, que a don Laureano lo asalta mucho el hecho político, la salida de un fanático antigomecista, y así que Laureanito presencia ahora un desplante, que alguien le hace a su padre, por intermedio suyo, y el hecho viene porque este sujeto le saca a relucir su condición de militante del partido de Gómez, en momentos en que está presente él y Luciani en su propia casa de Nueva York, a propósito de una visita; acusa en ese sentido a don Laureano de haber abandonado la Buena Causa, por lo que le da a entender a Luareanito que allí, a su juicio, no hay sino un traidor, y para lo cual invoca la camaradería que privó en un pasado entre ambos, cuando entonces militaban en ideales comunes, camaradería que ahora considera rota. Este sujeto se encuentra en las mismas condiciones que Luciani, desterrado de su patria, y es así como durante la presentación a él de Laureanito, una vez que se han apostado en su casa, se vienen a cuento las ramas familiares, y así sale a relucir la memoria de Baltasar Vallenilla Lanz, que también fue muy amigo de este sujeto, y que gracias a él éste dispensa a Laureanito de permanecer en su residencia, y como el rato es largo el que pasan allí, Laureanito aprovecha para oír a los dos hablar de una causa antigomecista; reflejada, por cierto, en un periódico que se edita a nombre de toda la colonia venezolana en el exilio norteamericano, y donde no se menciona con su nombre de pila al caudillo de Venezuela, sino que se le dice Juan Bisonte, periódico que va a parar a las manos de don Laureano por la vía de Laureanito, obsequio, precisamente, de su enemigo.

¿Cuál es el destino que lleva éste, a propósito de todo? Laureanito debe ir a estudiar a Suiza. En la ciudad de Nueva York se mantienen unos días; las relaciones de su padre se extienden también hacia esta metrópoli, y así la familia es objeto de atención por parte de un magnate petrolero, mister William F. Buckley, amigo de don Laureano, y quien pone para ello a su disposición, como guía del grupo, a su secretario particular, mister Venett, un sujeto que se aparece en la mañana con un Packard gigantesco, conducido por un ceremonioso chofer de librea, y de modo que así se ve agraciada la familia Vallenilla en la ciudad de los rascacielos. Hay un venezolano que ha hecho fortuna con el negocio clandestino del licor en Nueva York, que por el momento está prohibido en los Estados Unidos, pero que se sirve en los cafés y restaurantes en tazas de té; el tipo es un verdadero truhán en la distribución de la mercancía, de modo que este sujeto termina siendo también amigo de su padre; se trata éste de un ser que se agrega a la lista de la gente que colma de atenciones a don Laureano, y así sucesivamente caso por caso, personas que reconocen las virtudes de éste, y que se relacionaron con él en algún momento en Caracas, durante una estadía en esta ciudad por algún asunto de negocio. Lo cierto es que su hijo, decíamos, llevaba como destino Suiza, y para lo cual toman un vapor, luego de la permanencia de unas dos semanas en Nueva York, vapor que zarpa una medianoche alegre, en la que hay una orquesta en el muelle que los despide, y la que se apaga poco a poco, mientras en el interior de la nave otra orquesta se hace dueña de la situación, ritmos contagiantes, festivos. El camarote de Laureanito ha quedado bastante retirado de los que ocupa el resto de la familia, en otro puente, y he aquí algo para mitigar las penas; hay un par de norteamericanas, que se instalan al lado del camarote de Laureanito, y así es que hay sabor con estas gringas, primero, porque Laureanito se baña con ambas en la piscina, y segundo, porque también baila con las tipas por las noches en el salón del show; así las cosas transcurren sin que se sienta el tiempo; dos semanas se cuelan rápido: llegan a Cuxhaven, puerto vecino a Hamburgo; hay una metamorfosis en la esencia de la orquesta, ahora no es rumba la que entona al llegar, sino una marcha, una marcha que "ralentiza" las situaciones, y que hace sentir al pasajero como Laureanito que, definitivamente, ha entrado en una nueva dimensión. Hacia Hamburgo enfilan los Vallenilla en tren, en compañía de las dos gringas, que Laureanito ha terminado por integrar a los suyos, y con quienes el susodicho va a pasear por las calles de Hamburgo, incluidos ejercicios de remo en el Alter, y si hemos dicho calles es porque la triponada, además, se mete por barrios de tolerancia, donde hay unas rameras que, por repugnancia con las otras muchachas, lo llaman a él también con una cierta actitud de malicia; aunque sus acompañantes nada le paran a esto, tanto que hasta el trío tiene que ser desalojado de un show pornográfico en el que se han metido en un teatro,

ya que se alega que son menores de edad. Laureanito recoge la impresión de una Europa que está impactada por las grandes hazañas de la aviación, y las cuales consisten en atravesar los océanos. Es decir, Laureanito participa de una cierta animosidad que hay en el ambiente de la época, debido a los primeros pasos que se dan en materia aeronáutica.

¿Cuál de las gringas está enamorada de Laureanito? El viaje continúa, y junto con ellas llega éste a Berlín. El hecho es que el padre suyo también tiene referencias en esta ciudad; por una parte, lo recibe Fernando Díaz Paúl con su señora ecuatoriana, en cuya casa se instalarán, y luego recibe la visita de un viejo alemán, un tal coronel Warnecross, una persona a quien conoció don Laureano cuando hacía unos servicios secretos para el gobierno del Káiser Guillermo II, a finales del siglo, XIX en algunas islas venezolanas: Margarita, La Blanquilla, La Tortuga, y de modo que durante una corta estadía que Warnecross, justamente, tiene en Caracas entra en contacto con el entonces joven escritor. El alemán no se va del país sin antes no tener una refriega, y así es que se complica con un sujeto en Maracaibo, ciudad a la que pasa a continuación, alguien que lo conmina a un duelo; éste lo mata de un disparo, de inmediato la justicia venezolana actúa; lo pone preso, lo llevan posteriormente al Castillo de San Carlos. ¿Cómo es que entonces sale del país? El asunto no se lleva a cabo sino por la vía de la fuerza; un rescate del gobiemo alemán, que envía a un buque armado, el cual se aposta en las costas de Puerto Cabello, mientras sale de él un lanchón cargado de fusileros marinos a reclamar su preso; intimidado el alcalde de la cárcel se los entrega; el gobierno del general Crespo no considera oportuno reclamar por el hecho, y Warnecross permanece tranquilo en Alemania. A pesar de todo, Warnecross cuenta con una pléyade de amigos en Venezuela, y así su nombre será recordado entre algunos círculos caraqueños, con quienes se cartea, de modo que para siempre el país quedará sembrado en su alma, lo cual lo demuestra además con el apego suyo a Laureanito, a quien entonces se encarga de mostrar la capital germana.

A propósito de Warnecross, Laureanito se mete en el alemán, y entiende un tanto lo que les profiere éste a los judíos, cuando embiste contra ellos en la calle, a medida que los amenaza con su bastón, y clama por el regreso del emperador, que definitivamente acabe con dicha plaga. En el bastón de Warnecross anda un filoso estuque, estuque que tiene que ver con el puño de plata de éste, donde se enrosca, de modo que allí se combinan el arma más rudimentaria, como sería el garrote, con el arma más sofisticada, como sería el estuque, realizado en plata; basto y espada: la insignia del guerrero; y lo cual hace volver a Warnecross más agresivo contra el elemento judío; y la ventaja es que todo lo que el viejo esgrime contra uno y otro, mientras la capital germana es un escenario por el que ruedan, Laureanito lo entiende; Laureanito no confronta ninguna incomodidad auditiva, en ese sentido, y esto se debe al hecho ade-

más de que toma clases de alemán, ya que su padre le ha contratado a un profesor para que aproveche el tiempo en una estadía en la ciudad berlinesa, que habrá de ser un tanto larga, pues hay que tomar en cuenta que don Laureano habrá de seguir un tratamiento para un mal que padece en las vías digestivas.

-Ese Káiser es un vagabundo-. Le refiere Fernando Díaz Paúl al oír a Warnecross hablar acerca de su aventura, cuando entonces el emperador lo había "mandado a buscar". Lo que dice el viejo es que aquello era natural, es decir, que el emperador intercediera a su favor; que se mandara con una acción armada en el extranjero, y le pusiera un precio a su rescate. Warnecross es un hombre tieso, que gesticula con ademanes fuertes, y se expresa con un tono agresivo, de modo que pareciera un hombre rudo, pero aparte de su incontinencia frente al elemento judío, se trata de un ser pacífico al punto de que se deja chancear por Díaz Paúl. Si Laureanito no anda con Warnecross, es porque entonces anda de su cuenta por las calles de Berlín, y esto además en razón de que el ambiente de la clínica donde se va a recluir su padre lo aburre, a pesar de que allí coinciden varios venezolanos al mismo tiempo, quienes también están en trance de curarse de males parecidos a los de don Laureano, cosa que constituye justo la especialidad de la casa, a pesar de que uno de los compatriotas anda mal orientado, y cree que se trata de una clínica general, cuando lo que sufre es de un pie, que sin embargo el doctor no escatima de ver, y así terminan poniéndose de acuerdo en que lo que necesita el tercio es un par de zapatos un tanto especiales para su torcedura, que por lo demás sufre en la respectiva extremidad. El sujeto es especial, porque aparte de esa desorientación, anda también desubicado en eso de comparar a las ciudades, y mete a Caracas en Berlín, como si no hubiera corrido tanta agua debajo del puente entre lo que sería la distancia de una y otra civilización; son las peculiaridades de los latinoamericanos, perdidos en un mundo para el cual han sido arrastrados por las fuerzas del destino de lo que se conoce como modernidad.

El fin del periplo se acerca para Laureanito, tan pronto como su padre abandone la clínica, y la familia se ponga en disposición de continuar el viaje. En la estación termal de Baden-Baden se detienen antes de entrar a territorio suizo; de nuevo Laureanito padece por las limitaciones de su edad, con respecto a las diversiones que ofrecen los puntos donde pernoctan, y tomando en cuenta que éste ya es un adolescente con una conciencia muy despierta. El destino final de Laureanito lo constituye la ciudad suiza de Lausana, a donde se residenciará para seguir una suerte de estudios de complementación cultural, y con vistas a hacer más adelante el bachillerato francés. En la ciudad vive su primo-tío Vicente Vallenilla Lecuna, con su señora Cecilia Díaz Paúl, además de su primo Ernesto, a quien Laureanito tiene un año sin ver, y quien lo sorprende con una perorata de cosas, que sabe decir bien en francés. En el internado, donde ha de estudiar Laureanito, además, se educan unos cuarenta

y cinco muchachos, y de modo que una vez que lo inscriben en éste, se produce una situación que ha venido causando una cierta tristeza a Laureanito, y es el hecho de que tiene que distanciarse de su familia. He allí algo que lo ha venido perturbando a lo largo del viaje, pero está dicho que su deber es el de educarse en Suiza, como todo buen mantuano venezolano, y es así como su padre entonces continúa rumbo a París, junto con sus hermanas y madrastra, mientras que a él lo dejan al cuidado de un grupo de educadores, que se encargarán de fomentarle una educación bastante esmerada, ya que se trata de un colegio muy selectivo, donde funciona el alumnado por grupos de ocho, de manera que se sienta que la enseñanza es bien particular, y donde Laureanito asimilará materia vista, ya que las finas costumbres de su familia le han permitido granjearse un cierto conocimiento de la cultura francesa, cosa que se ve en este plantel, lo mismo que la parte relativa a la literatura; no pasemos por alto aquellos momentos cuando Laureanito se inicia en la lectura de los grandes clásicos, en ocasión de la temporada de Los Chorros, aquel famoso Tomás, quien se complacía trayéndole libros de Vargas Vila; luego, una parte de lo que Laureanito leía será materia viva en estas aulas, y así que por esta vía él se siente sobrado, mas no así en las matemáticas, donde Laureanito siempre ha fallado, y en estas circunstancias no habría lugar a la excepción, y a pesar de que en este plantel el profesor que está a cargo de la materia es duro y exigente, y de modo que espabila a todos, aun cuando, Laureanito se las ve gorda.

## V

Sin embargo, éste no estará solo en Lausana, pues no pasemos por alto que su tío Vicente está instalado en esta ciudad, de manera que el día libre, que goza en el colegio, lo pasa con esta familia, y tomando en cuenta que hay un primo en la casa de su misma edad, a quien conoce desde tiempos remotos, y quien viene a ser ahora su compañero de correrías, por lo que se refiere a la diversión en Lausana. Laureanito tiene libre los miércoles y los sábados un par de horas, y, en especial, los sábados se juntan ambos primos para asistir a un té danzante, que se realiza en el hotel Beau Rivage, y al cual asiste una muchedumbre de chicos de su edad.

Su primo-tío es descendiente de uno de los grandes generales de la familia Vallenilla, y a quienes utilizó Guzmán Blanco para pacificar algunas regiones del país, y el hecho resulta interesante de destacar, toda vez que el general Pedro Vallenilla, primo hermano de su abuelo, fue el héroe pacificador de Los Andes, persona que se introdujo en esta región con dos oficiales, por cierto, subalternos suyos, que a la larga vinieron a establecerse en sendos pueblos andinos; se casaron con distinguidas damas de la localidad que los acogió, y

así vinieron a procrear dos futuros militares, que por cosas del destino llegarían a ser mandatarios de este país, y en eso entraba el famoso Isaías Medina Angarita, a quien Laureanito encontraba cada tanto, cuando las ganas de comer helados lo impulsaban a ir al botiquín, que quedaba más allá del callejón del Municipal, y en cuyas puertas, apostados, solía estar una comparsa de tipos, de la cual uno era él; para ser el otro Eleazar López Contreras, el individuo que justo sucedería a Juan Vicente Gómez. Hablamos de todo lo que implica el gobierno de los andinos en este país.

En el plantel está toda la gama de profesores en lo que atañe al carácter de cada uno, de modo que allí hay desde el rudo o el arrebatado, como el famoso profesor de matemáticas, hasta el comediante, el desesperado, y quien llora cuando alguien no sabe la lección, sobre todo, de italiano, que es su especialidad; así como vemos que hay toda una gama de caracteres en el cuerpo de la docencia, también observamos que hay toda gama de materias, que comprenden las lenguas modernas y clásicas; las disciplinas humanísticas y las ciencias puras. Y así como Laureanito en el francés siente contento de sí mismo, porque una gran parte de las cosas que él ve es ya materia asimilada, no sucede así con el latín, asignatura ante la cual experimenta más bien vergüenza, ya que, en ese sentido, le ganan algunos de sus compañeros de estudio, quienes leen e interpretaban a Virgilio, por lo que entonces se da a estudiar, y a solicitar la ayuda del joven profesor, a cuyo cargo corre la cátedra, en la tarea de una serie de traducciones, que Laureanito emprende desde la lengua latina: Cornelio Nepote, Julio César, Cicerón, y mientras se impone esta espinosa tarea, se van colando las semanas, y es cuando se da cuenta del fenómeno de la distancia con la primera carta que le llega de su padre. He allí un tanto el sabor nostálgico que se siente con la primera separación de la familia, y el cual viene dado por el recurso de la intermediación.

El hecho es que ya se acerca la navidad, y Laureanito padece del mal de la lejanía, que viene con el espíritu que se impone en esa época, aparte de que la situación se liga con las vacaciones escolares, de forma que Laureanito siente la tentación de ir a pasar esos días con su primo, el pintor Pedro Centeno Vallenilla, quien se encuentra en Roma, y es así como parte para esta ciudad, además de que allí están otras amistadas de su padre, como José María Casas Briceño y Andrés Mata, que acogerán a Laureanito, de forma que en medio del camino, Laureanito, hasta conseguirá "una guía"; a pesar de que éste conoce la ciudad eterna, también, en compañía de su primo Pedro. ¿Una guía? Resulta que en una visita que hará a una casa de familia, que conoce a través de su primo Pedro, se pone en contacto con una modelo de ojos verdes, y quien se ofrecerá para mostrarle Roma a Laureanito allá en lo adelante. Laureanito ha tomado un tren, junto con un norteamericano, compañero de estudios suyo, y quien va a Roma a reencontrarse con su madre. En la estación

a Laureanito lo espera, no sólo su primo Pedro, sino también Casas González y su esposa. Es así como en el curso de una fiesta, que le ofrece su primo Pedro a la comunidad hispanoamericana, radicada en Roma, conoce a una pareja de vecinos, quienes más adelante invitarán a Laureanito a almorzar, y en el curso del almuerzo aparecerá una "linda guía de ojos verdes". Laureanito está en el momento en que le echa ojo a cuanta pierna se le atraviesa en el camino, y así se ha venido morboseando las de una tipa, que se le ha sentado en el frente, durante la travesía del tren, y eso que el travieso lee unas cartas de un amigo de don Laureano, diplomático que merodea el mundo de Laureanito por órdenes suyas, llenas de recomendaciones, sobre todo de que "Aprenda el consejo de José, hijo de Jacob, y de la mujer de Putifar".

Pero no siempre don Laureano es víctima de un fanático, de la intolerancia radical, como hombre público, puesto que también hay reconocimientos a su talento literario, y aquí podría citarse el caso de un famoso escritor franco-venezolano, Caracciolo Parra Pérez, quien sostiene con Laureanito un diálogo alrededor de la figura de don Laureano, en tanto que escritor, reconociéndole las virtudes del famoso ***Cesarismo Democrático***, y entonces aquí no es un desplante lo que sale a relucir, sino una deferencia hacia el ilustre hombre de letras, y la cual se ve colmada con un regalo, que le hace el viejo Parra Pérez a Laureanito, un regalo que consiste en una obra suya escrita en francés: ***Miranda et la Revolution Francaise***. El sujeto se desempeña como ministro de Venezuela en Italia, a cuya casa lleva el poeta Andrés Mata a Laureanito, una de las grandes amistades de su padre, y su estampa no deja de recordarle aquella de José Gil Fortoul; un sujeto que, por cosas del destino, ya no era franco-venezolano, como sí anglo-venezolano hasta el colmo de haber perdido el acento criollo, y hablar como en el contexto de la lengua inglesa.

Pero lo más importante que tiene este viaje, no es el hecho de haber estado en Roma, sino de haber pasado Laureanito por la ciudad de su madre, que era París, y en la que la ubicaba a ésta, ya que si existían fotos de dicha señora, las mismas se habían tomado en lugares de esta gran ciudad "gris", como la percibía Laureanito, en especial, en los Bosques de Bolonia, cuando ya habían nacido las dos hermanas mayores de éste, y las que aparecen recién nacidas entre aquellos daguerrotipos familiares. Resulta que el regreso de Laureanito se produce vía París, y tiene la suerte de que el tren, en el cual viaja, pernocte un día en la famosa ciudad luz. Laureanito le da un susto a alguien; el famoso gringo, con quien ha viajado hacia Roma, cuadra el regreso también con él, y así que se vienen los dos, junto con la madre de éste, hacia Suiza, por la mencionada vía, y le da un susto a esta gente en el sentido de que desaparece el día de su *sejour*; trastornado lo vuelve una ciudad, de la que tanto ha oído hablar a su padre, y en la que termina buscando el

espectro de su madre, como aquella vez, siendo muy niño aún, la había buscado en el cementerio, a través de la muerte, como concatenación de un hecho funerario relacionado con un niño vecino; ahora la buscaba en el de la fotografía, que era la única parte donde la había visto encarnando su alma, por lo que entonces el escenario de la gran ciudad lo había inducido a buscarla en carne propia quizás por la vía de un milagro, quizás por la vía de alguna gran alucinación. En el momento en que su amigo y su madre se disponen a llamar a la policía, desde el hotel donde se han hospedado, a manera de reportar su desaparición, Laureanito regresa exhausto, obnubilado, un tanto despabilado y dispuesto a hacer maletas para continuar el viaje: no ha pegado un ojo en 24 horas.

El gringo ha tenido en la cabeza que se trata de un asunto de faldas, y como tal se lo pregunta a Laureanito, lo que nos mete en el mundo sentimental de estos chicos, donde uno celebra con el otro sus conquistas, y es así como otro día el compañero de habitación suyo en el internado, que es un alemán, entra al aposento radiante de felicidad y con la noticia de que un par de damas esperan a Laureanito en el salón del plantel, una de ellas de notable belleza, detalle que es lo que llena de suspicacia a éste; dama quien resulta ser Teresa de la Parra, una escritora venezolana, que anda de paso por la ciudad en su camino hacia un sanatorio suizo, en el cual se debe recluir por un tiempo para sanarse de una enfermedad pulmonar, y ha dado un toque en Lausana en calidad de emisaria de su padre, a manera de que se informe, asimismo, por la suerte del muchacho. Se trata, Teresa, de un ser frágil, casi idéntico a una mariposa, volátil y luminoso, asimismo, como este insecto, cuando entonces no son manos masculinas las que necesita para que la protejan, sino unas manos femeninas, como son aquéllas, las que constituyen las de su compañera; una muchacha cubana, su amiga entrañable, una tal Lidia Cabrera.

Es así como se configura una trilogía a partir de entonces, ya que Laureanito proseguirá una amistad con las dos, y eso en cierto sentido porque Teresa le da un tratamiento de tía a Laureanito, condición a la que nada le cuesta amoldarse éste, si tomamos en cuenta lo que fue su crianza con la presencia sempiterna de dos tías hasta su plena adolescencia, y de modo que así le permiten en el internado a él que aproveche la tarde que tiene libre los miércoles para acudir, donde el par de damas, a comer, y esta situación da origen a un entendimiento total, sobre todo, entre Laureanito y Teresa; lo que es Laureanito, éste pretende visitar a su amiga en el propio sanatorio, y lo cual le es prohibido por ella; le habla en términos literarios:

-No, el ambiente de un sanatorio no es adecuado para un chico como tú. No debes ver esos enfermos color de cera que toman el sol de la montaña, echados en sillas de extensión.

Y es así como Laureanito se transforma en uno de los pocos privilegiados que se cartean con esta ilustre dama, poseedora de una prosa exquisita, dama a quien llega a idealizar al punto de que termina menoscabando la admiración que siente por su novia de Caracas, que por esos días coincide en el hecho de enviarle una carta, y entonces éste termina comparándola, en cuanto a su estilo, con aquellas que le envía Teresa, y por esto llega a decepcionarse; mucho más si tenemos presente que Laureanito está en un proyecto ambicioso, con respecto a su persona, y el cual se pone de manifiesto a partir del momento en que regresa de Roma, y descubre que sus lagunas culturales son enormes. Uno de los profesores de Laureanito, y a quien le confía el alumno esta inquietud, le responde un tanto para su consuelo:

-Si la falta de saber se redujera a esos aspectos de la cultura, el problema no sería tan grave.

Además, la propia Teresa es muy exigente, y para no decirle que sus cartas están llenas de lugares comunes, le objeta el que éstas están escritas con cosas fáciles de hallar en el ***Larousse***, y así Laureanito navega entre dos aguas, la de su novia y la de Teresa. Además, Teresa lo induce a leer a Anatole France, lo encamina por el mundo de las luces, lo que ya presupone el carácter de tía que tiene ella en esta relación; la carta de la novia, aparte de todo, le ha llegado a Laureanito un año después de su partida, y por lo cual lee el testimonio con una cierta frialdad.

Es así como va a dar también a Lausana don Andrés Mata, el famoso director fundador de El Universal, y con cuya estadía aumenta la colonia venezolana en esta ciudad, partiendo del hecho de que, aparte de sus tíos-primos, también hay un par más en Lausana de familias criollas, y que están muy presentes las unas con las otras a través de una entrañable amistad, todas compuestas de gente mantuana. Don Andrés gusta salir a caminar con Laureanito, y ambos se desplazan a paso lento, a manera de no molestar una aneurisma de la que padece su acompañante, aneurisma que en su lenguaje ha pasado a llamarse piñata, y así le recrimina a Laureanito el hecho de que camina demasiado rápido, lo cual le causa molestias a su "piñata", y esto embiste la circunstancia, ya que don Andrés es un excelente conversador, narra historias relativas a episodios de su vida, que no dejan de ser interesantes, toda vez que ha sido un hombre ligado al poder venezolano y, así, los hechos en los que se ve envuelto, le causa satisfacción a Laureanito oírlos, y por esto él se toma la molestia de esperar al viejo, tan pronto éste lo regaña con el cuento de su piñata, y disminuye su marcha, mientras recorren Lausana.

En otra época don Andrés ha sido secretario de Juan Pablo Rojas Paúl, y lo acompaña en su viaje por el exilio, luego de ser despojado de la presidencia de la República, por Raimundo Andueza Palacios, y, según don Andrés, si alguna idea de consuelo lleva ese hombre en la cabeza, es la sensación de

que ahora no le dirán más "Cara de Gallina", apodo que le tenían en Caracas; aun cuando al llegar a la República Dominicana e instalarse en la ciudad capital, quizás impulsado por los nervios, se le mete una paranoia en la cabeza, y le recrimina a alguien la presunción de querer decirle "Cara de Gallina", lo cual lo coloca en desventaja frente a toda la comunidad, que entonces termina por reparar en el asunto, y confirmar el apodo en tierra propia, relativo a su fisonomía. Laureanito es muy solicitado en virtud de que es hijo de un destacado intelectual, aunque también él entabla fácilmente empatía con las personas, y la afinidad entre don Andrés y él viene por el hecho de que ha habido una coincidencia en lo que se refiere al hotel donde se alojan en Roma, coincidencia que ha permitido que ambos entablen trato, y es así como don Andrés se une a la comparsa, que constituyen él y su primo Pedro, y que se dispone recorrer Roma, en procura de mostrársela al recién llegado. En Lausana, don Andrés se ocupa de recortar artículos de la prensa extranjera, que pone cada tarde en el correo, cuyo destino es el periódico suyo en Caracas: "Soy -le dice a Laureanito cuando éste lo visita en su habitación del hotel- el redactor goma-tijera".

Hay una gran afinidad entre Laureanito y su primo Ernesto, y la que va desde ser compañeros de colegio, hasta ser compañeros de clanes para el sorteo con las chicas. Ellos son dos, que planean episodios juntos, numeritos de adolescentes con chicas de su misma edad, y entre uno de esos planes figura el que se van juntos a una playa francesa, a pasar las vacaciones de verano, clan al que se unirá un muchacho de Puerto Cabello, recién llegado al plantel, un tal Oscar Henrique Pérez Mena, un músico polifacético; toca violín y piano, además de ser barítono. En el camino habrá chicas, en efecto, unas chicas húngaras con aspecto de gitanas, a quienes conocen en la playa, y así se conforma un grupo que llama la atención por el carisma personal de cada cual, y por esto se animan a andar con ellos dos muchachos más; uno griego y uno venezolano, ambos pasan vacaciones en esa playa, y a la que se dirigen Ernesto, Oscar y Laureanito tan pronto les dan el asueto de verano en el colegio; el muchacho venezolano, por cierto, anda en compañía de su madre, una mujer que llama la atención por su belleza, sobre todo; una tal Flor de María Gómez de Cárdenas, de la estirpe del patriarca venezolano.

De paso para Deauville, nuevamente, Laureanito pone los pies en París. Esta vez la estadía es un tanto más prolongada. Allí el trío de chamos se aloja en un hotel, y lo que siempre ha sucedido en el caso de Laureanito, en lo que se refiere a la proyección universal de su padre, aquí de nuevo habrá una apelación a su nombre, desde el punto de vista de su literatura, tan pronto Laureanito se dirija a la Legación Venezolana y allí encuentre a César Zumeta, en calidad de Ministro en Francia; un hombre de la misma profesión de don Laureano, autor de varios ensayos, y quien no tiene empacho en hacerle ese

reconocimiento a Laureanito, en lo que se refiere a las virtudes de su padre. Estamos ante un compatriota que le reconoce valentía a don Laureano, desde el punto de vista de lo que escribe, a pesar de que si bien es cierto que el pensamiento de Zumeta no deja de estar orientado por el escepticismo, con respecto a los males del continente hispanoamericano, el de don Laureano es positivista. ***El Continente Enfermo*** se llama una obra de Zumeta, y lo cual se presta para decir, en el binomio de la obra de su padre y la de éste, a propósito de una conjunción que hace Zumeta cuando le habla a Laureanito, que "nuestro continente está enfermo de cesarismo democrático". Aquí radica la diferencia entre ambos. Don Laureano cree en una evolución de la sociedad, y como tal se encuentra con el tópico de la totalidad, que representan los pueblos hispanoamericanos, en tanto que culturas dispersas, y por eso termina ensalzando una especie de raza cósmica, como la que proclama Vasconcelos, llamada a plantarse en un futuro en este continente, por lo que así demuestra que no sufre de los prejuicios raciales, que habían anidado el alma de sus antepasados, a través del sistema de castas coloniales, al tiempo de que es de la corriente que piensa que no en balde había ocurrido ese mestizaje en la América hispánica, y así habla de una suerte de "emporio racial", una suerte de mestizaje predestinado, y es por aquí por donde su pensamiento se toca con el de Vasconcelos; en tanto que Zumeta, en dos palabras, a esta "raza cósmica" la ve perezosa, carente de iniciativa para fomentar la civilización del progreso en sus sociedades.

A todas éstas, entre Laureanito y su padre se ha venido forjando una amistad intelectual, y que consiste en el hecho de intercambiarse libros, de modo que van paquetes para Laureanito cada tanto tiempo, y así son obras relativas a la producción criolla; escritores de varias épocas de Venezuela; además de aquellas de carácter histórico, como una historia política y militar del país, escrita por Luis Level de Goda, y esto produce a continuación el hecho de que las paredes del cuarto suyo se vean colmadas de libros. Entre los paquetes viene la mano metida del propio Gil Fortoul, quien, como se ve, continua frecuentando su casa como en aquellos tiempos en los cuales él era un niño, viene metida en el sentido de que él también se habría de tomar la molestia de incluir entre los paquetes su famosa ***Historia Constitucional de Venezuela,*** y Gil Fortoul se torna interesante a esta altura, toda vez que nos permite reparar en el hecho, y téngase como un dato marginal, de que él no deja de ser tampoco, en algún momento, víctima de la salida de un fanático, enemigo de la dictadura gomecista y quien guarda rencores en su alma, y así hay el testimonio de una acción violenta, a la que se ve sujeto, poco después de desvanecida la dictadura de Gómez, y de la cual sale herido con unos aporreos, cuando alguien le da con un objeto contundente por la sien, y esto es precisamente lo que no sucede con don Laureano. La amistad de Laureanito y su

padre comprende también el aspecto de la correspondencia, y esta correspondencia no dejará de estar exenta de análisis relativos a las figuras de los héroes de nuestra guerra de independencia y, como tal, don Laureano ensaya a través de las cartas algunas semblanzas de las grandes figuras históricas venezolanos con su conciencia de sociólogo; un tanto a la manera de un médico que comienza a diagnosticar, en este caso, el mal de una sociedad, y así que le plantea esquemas alrededor de personalidades como José Antonio Páez, José Tadeo y José Gregorio Monagas, Julián Castro, Manuel Felipe de Tovar, Juan Crisóstomo Falcón, todos "leyendas": acertadas unas, tergiversadas las otras; a modo de hacerle ver hasta donde llega la parte de mito en ellos, y hasta dónde llega la parte de verdad; ya que su preocupación es que Laureanito ponga los pies en la tierra en materia de historia venezolana, es decir, que deje atrás la imaginería a la que es muy dado su compatriota en este contexto, y llame las cosas por su nombre. Alguna que otra vez le tiembla la mano a don Laureano en esas cartas y es cuando le confiesa que la estadía suya en ese internado significa mucho sacrificio económico y sentimental para él, lo cual es para pedirle, de paso, que se apure.

En lo que atañe a Teresa de la Parra, Laureanito logra ir a Leysin, donde se encuentra el sanatorio en el cual se cura ella, junto con la hermana de otro venezolano, quien se allega hasta Lausana, en su viaje hacia aquella ciudad, y así Laureanito se cuela en esta suerte de peregrinación, y lo que es éste se topa con aquella figura encarnada en Teresa, que ella ha forjado a través de una metáfora, a propósito del mundo de la tuberculosis, a fin de persuadirlo a que no se atreva a ir a Leysin; la consigue como una muñeca de cera, envuelta en sábanas, sentada en una poltrona en la terraza del segundo piso de la residencia, y la pobre sufre la pena de haber descubierto a Proust, y de no poder imitarlo: ella le alega a él, que se trata de un hombre desocupado, y el que se puede entregar veinticuatro horas del día a la escritura de su obra, cuando a ella la asalta la nostalgia porque alguien la estafa en ese momento en Caracas para despojarla de una casa, al arbitrio de un abogado rebuscón, y por el momento le hace bulla el fantasma de la cotidianidad, que se le mete en su música interior. Son descubrimientos posteriores que hace Laureanito: a continuación pasa a convertirse en fanático de Proust.

Hay un cierto espíritu deportivo, presente también en el colegio, por lo que Ernesto y Laureanito, siempre forman parte de equipos, que se seleccionan en el colegio, sobre todo en fútbol y en remo. El fútbol es de obligación, y en el remo Laureanito va con una escuadra, que le corresponde a su edad, que es de 16 años, mientras que Ernesto va con los de 14 años. En cuanto al rendimiento escolar de ambos, el hecho se traduce en que saben hablar y escribir bien en francés, al tiempo que Laureanito, en lo particular, ha hecho grandes progresos en el latín. Uno de los profesores organiza una excursión a Italia, en la que se

enrola una comitiva que lo acompaña, y es así como Laureanito se viene a empapar de la estética de los grandes maestros del arte del Renacimiento, estética profusa por toda Florencia; hacia donde se dirige, en especial, la excursión.

Transcurre el año de 1928, y en Venezuela sucede algo muy importante para los anales patrios, y es la famosa celebración de la Semana del Estudiante, hecho que corre a cargo de la juventud organizada, bajo la famosa Federación Nacional de Estudiantes, y quien forma parte del alumnado de la UCV; celebración que tiene repercusión en virtud de su carácter de protesta, que contiene en el fondo, a pesar de que viene revestida con una máscara de gracia, ya que se trata de la festividad de unos carnavales, y en el programa está de por medio la coronación de una reina de los estudiantes, y de la lectura de unos poemas de un tal Pío Tamayo, hechos que se habrían de registrar en el famoso Teatro Municipal; pues no olvidemos que entre sus rasgos, el venezolano tiene como manera de protestar el humor, y así que se monta un show, un parapeto se declara, y en esta oportunidad la juventud de la UCV marcha por toda Caracas, con el grito en la boca que alude a la manera de caminar de Juan Vicente Gómez, que era sacando la pata, y de donde viene sácala-patalajá, cosa que corean los ucevistas, de un modo solaz e inocente, cuando les da por salir del teatro en bandadas; mas esto se escucha con reticencia en aquella Caracas abyecta, que se ha acostumbrado a ver a Juan Vicente Gómez como una suerte de ícono de la soberanía nacional, impuesto por el destino, y circunstancia que lleva a pensar que lo que está ocurriendo es algo grave, y, en efecto, así lo testimonia el hecho de que enseguida son detenidos una gran cantidad de estudiantes. Esto lo sabe Laureanito por vía de Jorge Luciani, quien se lo reporta a través de una carta. No pasemos por alto que quien acude en ese momento a la universidad es de clase patricia, de modo que caen unos cuantos mantuanos en la redada, y quienes se vienen identificando con la ideología comunista, porque si algo hubiese que reconocer es que el igualitarismo excesivo, que ha privado en la sociedad venezolana, ha llevado a ser a nuestra burguesía comunista, y de forma que allí están en la nómina de los detenidos apellidos de gente de las familias más tradicionales de la sociedad caraqueña.

En la Semana del Estudiante lo importante estriba en que ya hay una ola de modernidad tras el pronunciamiento de los jóvenes ucevistas; aquí la protesta viene imbuida en el marco de lo ideológico, repercusiones lejanas de la famosa revolución bolchevique rusa, es decir, estamos ante el propio fenómeno histórico, el avatar que, como decía Hegel, estaba llamado a encontrarse cada pueblo en su destino tras el paradigma impuesto por las repercusiones de la modernidad, y si tomamos en cuenta, además, que la mayor parte de los líderes de esta asonada serán los futuros gobernantes del país, en cuyas cabezas anda el ideario marxista-leninista, y el cual ha llegado, como les ha llegado las obras de la filosofía de la Ilustración a la generación de los héroes

independentistas, en forma clandestina. He allí el marco de la discusión contemporánea, el cual tiene que ver con la ideología proletaria versus la ideología burguesa, discusión que está presente en todos los rincones del mundo, excepto el de Venezuela, y en razón del carácter colonial y tomista de su sociedad, y de modo que aquí la ciudadanía piensa que la permanencia de Juan Vicente Gómez en el poder es un mal necesario, y de eso está convencido un hombre como César Zumeta, a quien Laureanito, de paso, no dejará de visitar en París, mientras se dirige de vez en cuando a esta ciudad a pasar sus vacaciones del colegio; conversación que viene al caso, porque ambos, en ocasión de un encuentro, caen en el tema del suceso de la Semana del Estudiante, pues estamos en un momento en que la patria tiembla con el hecho de volver a la anarquía, la cual ha imperado hasta antes de la llegada de los andinos al poder, es decir, de los grandes hacendados tachirenses, que sí han sabido poner orden, y de allí que halla conciencias como la de Zumeta, que están convencidas de que hay que temerle al hombre de salón, en tanto que gobernante, y esto se llega a expresar con el dicho de que hay que temerle a la liga de democracia con brandy, de modo que el hombre de provincia pasa en esta oportunidad el examen, ya que sus maneras rústicas de gobernar son las que convienen al país, según lo piensa la gente, única forma de enfrentarse a la anarquía. Lo demás, son secretarios, que se van reproduciendo en una serie de miniaturas, y de allí que se haya hecho muy famoso en la idiosincrasia del venezolano el personaje de una novela de Rómulo Gallegos, conocido como Mujiquita, un famoso amanuense del alcalde de un pueblo, y quien no deja de ser una caricatura de hombres como Laureano Vallenilla Lanz, José Gil Fortoul, Pedro Manuel Arcaya, es decir, "los sociólogos del régimen".

En ese sentido, Zumeta se transforma en una referencia para Laureanito, y así observamos que éste trata de inculcarle maneras cosmopolitas al joven amigo, y por lo que lo induce a abandonar su preferencia por comer caraotas –frijoles negros-, plato típico del venezolano, y como los de esta patria tenemos por arquetipo la vida del Libertador, éste termina haciéndole ver que el famoso héroe había desterrado este plato de su ingesta diaria, por lo que entonces Zumeta se encarga de llevarlo, en ese sentido, para los grandes restaurantes parisinos. Zumeta parte de un punto de vista que tiene que ver con la alimentación de un pueblo, y por lo tanto considera que el *esprit* de la cultura francesa radica en el hecho de que ha habido una tradición de vinos y gastronomía exquisita, y es esto lo que lo lleva a despotricar de las famosas caraotas negras, que nunca fallan en la mesa del venezolano, y así Laureanito refina su paladar, mientras visita a Zumeta cada tanto en su casa de París, con ocasión de sus vacaciones escolares.

Recién llegado de Venezuela, se encuentra en la capital francesa Román

Delgado Chalbaud, un hombre al que lo acaba de exiliar la dictadura gomecista, luego de una prisión de doce años en La Rotunda de Caracas, y a quien Laureanito conoce en ocasión de una cena navideña, que ofrece un venezolano a un par de familias de compatriotas, y entre los invitados también él es uno. En la oportunidad, Laureanito conoce asimismo a Carlos Delgado Gómez, futuro presidente de Venezuela, pero quien será conocido en los anales patrios como Carlos Delgado Chalbaud, y, por supuesto, la madre de éste, una tal Luisa Elena Gómez. El susodicho es unos años mayor que Laureanito, aun cuando su padre lo presenta en la ocasión como "Carlitos", y Carlitos, por otra parte, es un joven vivaz, simpático, de manera que rápido entabla amistad con Laureanito, y es así como llegan a proporcionarse sus respectivas direcciones, a modo de franquear amistad. La familia Delgado Gómez ha sufrido mucho, como consecuencia de la separación, que han significado doce años de prisión para el padre, y de toda una situación de amedrentamiento, en que se ven envueltos madre e hijo, de modo que no hay recuerdos gratos en la mente de esta gente, con respecto a Venezuela. El hecho es que Gómez y Román Delgado Chalbaud rompen una amistad, sostenida por muchos años, y la cual es vulnerada, luego del descubrimiento que hace el primero de que su compadre conspira en contra suya. Ambos eran amigos de verse todas las tardes juntos para ir a misa; una amistad entrañable, y, en ese sentido, si algo le sacó el general Gómez al susodicho fue esa falta de fidelidad, con respecto a su persona; utilizó las mismas palabras que están referidas en La Biblia al famoso Juez que le hizo ver a David lo perversa que había sido su conducta frente a determinada situación; palabras convincentes al punto de que éste termina condenando al victimario, que sería a sí mismo, y a través de una pregunta que se ubica en una tercera persona, protagonista de una vileza, y que le formula el juez. Este reacciona ante la pregunta pidiendo la pena de muerte para el victimario, cosa que constituye la misma reacción de Delgado Chalbaud, y la nobleza en este caso de Juan Vicente Gómez radica en que no sigue su consejo, sino que le perdona, y es cuando a cambio de ello vienen estos famosos doce años de prisión, de los cuales hablábamos, y en los cuales hay grillos en los pies suyos, además de las penas en que se ven envueltos los Delgado Gómez. En el propio París a esta gente se le mantiene a raya. Salvo los exiliados, entre quienes se contaría aquel famoso agresor de don Laureano, a quien Laureanito se va a encontrar por casualidad en un rincón, sin que el sujeto deje de pelarle los dientes y de mostrarle el puño, el mundillo diplomático venezolano ni se preocupa por destapar a esta gente.

La llegada de Pascual Casanova, amigo de infancia de Laureanito, aumenta más la nómina de venezolanos en el colegio, la cual llega a la cifra de cinco, si es que tomamos en cuenta que el compatriota, que ellos han conocido en las playas de Deauville, ya a esta altura ha logrado traslado para aquel inter-

nado suizo, seducido por el carisma del grupo; de modo que la norma obliga a la docencia a prohibirles hablar en español entre ellos mismos, lo cual en un comienzo se hará difícil, aun cuando habrá de llegar el momento en el cual todos asuman la francesa como lengua matriz, y así al final dejen de hablarse por señas, que es la única forma que adoptan para comunicarse. El colegio adquiere la casa de un antiguo hotel en las alturas de Grindenwald, de modo que hay cuatro meses de estadía en este lugar, lugar en el que las nieves permiten deslizarse, y así que Laureanito de pronto está esquiando, lo cual no deja de ser un espectáculo exótico para su temperamento de hombre tropical.

Pero al tiempo que aumenta la nómina de los venezolanos en el plantel, Laureanito es testigo de la desaparición de un compatriota suyo en Lausana, casado con una mujer suiza y residenciado en esta ciudad, y a quien lo consume una enfermedad, que se la manifiesta en algún momento a Laureanito con el lamento de que se trata de un mal pesado; no pasemos por alto que en esa época no había mucho control sobre las enfermedades venéreas. He allí uno de los integrantes de la famosa colonia de venezolanos, de la cual hablábamos hace un instante. ¿Qué impulsa al mantuano venezolano a instalarse en esa época en Lausana? ¿qué influjo ejerce esta ciudad suiza sobre la Venezuela gomecista, al punto de que fueran a parar a ella muchachas y muchachos venezolanos para formarse en sus institutos educativos con rango de internados? Así que se agrega a la lista el famoso Pascual, y a través de quien Laureanito se mide que va a ser un sujeto menudo, más bien, ya que éste le lleva una cabeza de altura, siendo de la misma edad; aun cuando el entusiasmo de la compañía los hace planear alguna vez un viaje a París.

Si algo da que hacer de las hijas del general Gómez es su notable belleza, de modo que Laureanito se topará con una hermana de aquella Flor María, que había conocido en las playas de Deauville, una mujer tan hermosa como aquélla, y quien está casada con un millonario de apellido Méndez, sujeto que llama la atención en la patria de los galos por el género de vida dispendiosa que lleva. Por esto los mesoneros le llueven para atenderlo, ya que el tipo siempre gratifica con buenas propinas, a modo de hacerse tratar como un verdadero aristócrata. De manera que en esta oportunidad, Laureanito entrará en el círculo de esta gente, y contemplará la atención francesa puesta a la disposición de su persona, en un exquisito café, cerca del teatro de la ópera, a donde acude con mucha frecuencia monsieur Méndez. Se trata justo del café en el cual Laureanito capta a un hombre que le pela los dientes y le muestra el puño; el individuo a quien había golpeado en La Habana, ya que el sujetillo frecuenta el mismo lugar en compañía de Román Delgado Chalbaud.

La sombra del general Antonio Guzmán Blanco aún está en París, y lo está no sólo porque su descendencia más directa vive aún en la ciudad, sino porque también hay gente que llevó trato cotidiano con él, como sería el propio

mayordomo de Julio Méndez, que fungió en otra época de mayordomo de Guzmán Blanco, y quien conocía los intríngulis de la familia de este señor, cosas que, por lo demás, interesan a Laureanito, y sobre las cuales indagan en una oportunidad en que *monsieur* Caisso se presta para acompañarlo donde el sastre de su acaudalado amigo, en un trance en que a Laureanito le da por ser esnobista, y así que tienen ocasión de rondar alrededor de aquel famoso personaje, que tuvo una estrecha vinculación con el país de los galos, sólo que no llegó a hablar bien el francés y, en ese sentido, se valía del servicio de terceros, como este Caisso, que al mismo tiempo se expresa en español. Por aquí comienzan a destapar el asunto, mientras caminan ambos casa del sastre, por el hecho de que Guzmán no hablaba bien el francés, y esto ocasionaba más de un enfado en su persona, ya que los hijos del susodicho se habían asimilado de un modo absoluto a la cultura francesa, incluidas sus hijas casadas con gente de la nobleza de este país, y al tener el español por segunda lengua, se comunicaban entre sí en francés, y lo que desorientaba al padre, que de inmediato prohibía que se hablase tal lengua en su cara. Luego estaban dos figuras cercanas al ex-jerarca, que eran su hijo, Juan, y a quien llamaban Guzmán Negro, pero por el hecho de su color; su padre lo había tenido en Curazao; de madre negra, y éste era el amanuense en sí de Guzmán Blanco, la persona llamada a comunicarlo con el mundo político-económico francés y europeo, en su conjunto, ya que se trataba de un políglota, que hablaba varias lenguas, y de forma que, para despecho de la mujer de Guzmán Blanco y de su hija solterona, el sujeto tenía despacho en el palacete de la familia, uno que adquirió el viejo, recién expulsado de la presidencia de Venezuela, en la *rue Laperouse*, y en el cual también se ubicaba su bureau particular; aparte de que a ellas tampoco les gustaba el otro sujeto, el segundo que rondeaba la vida de don Antonio, ahora un hermano suyo, un tal Juan de Mata, y quien sí vivía en la casa, a diferencia de Guzmán Negro, y no les gustaba a las damas en razón de que enamoraba a las mujeres de servicio, y la moral privaba en el hecho de que eso no se lo perdonaban ellas a él. El sujeto pecaba de avaro, por lo que el día de su muerte encontraron una fortuna en billetes y monedas de oro, forrados en su colchón. Pero si esta hija solterona de Guzmán Blanco era achacosa, no así lo eran la Duquesa de Morny y la Condesa de Noé o la última de ellas, que se había quedado, por cierto, en Venezuela, casada con Manuel Antonio Matos, la que gozaba de mayor fama por su belleza, y a quien Guzmán Blanco la encontraba la más parecida a él. Pero en lo parecido, su cagada, como decimos en criollo, la constituía Guzmán Negro, y en razón de que este sujeto había asimilado todo lo de su persona, pues sus hijos varones habían sacado más bien la fisonomía de su madre, y esto era lo que más enfadaba a doña Ana Teresa, que no podía dudar de la paternidad de su marido en el caso de aquel sujeto, y por aquí comenzaban sus celos, en una

extensión que no abarcaba límites, y los cuales no dejaban de ser justificados, ya que don Antonio tenía fama de que si le ponían una escoba delante, se enamoraba de la escoba. El viejo había olido que nadie quería nada con él en Venezuela, a raíz de que el más conspicuo de sus secuaces se negó a votar a favor de ciertas contrataciones en el Congreso de la República, las cuales beneficiaban sus negocios, y donde vino a reparar en el hecho de que se tenía que ir -frase lapidaria en la historiografía venezolana- "porque las gallinas en este país están cantando como los gallos. ¡Vámonos Ana Teresa!" El momento estelar de Guzmán Blanco lo constituye el día que Napoleón III y su mujer Eugenia le ofrecen una recepción en el famoso palacio parisino, construido en época de la Comuna, y en el que queda asentado que se trata Guzmán Blanco de un primo suyo, por lo que desde entonces lo conoce como *mon cousin*, y *mon cousin* a raíz de su exilio en la ciudad luz, la frecuenta con una cierta asiduidad en su hospedaje del hotel Continental. Asimismo, Guzmán Blanco está estrechamente vinculado a Doña Isabel II de España, a quien tiene de vecina, aparte de que su vida se habitúa al hecho de ir todos los días a la terraza del Gran Hotel, hacia donde lo transporta un landó antes del mediodía, y donde pulula un mundo que lo divierte, rutina de la que es difícil a la larga zafarse, mucho más cuando se está en una avanzada edad, como la de Guzmán en esa época, y este fue el tren vital que llevó éste hasta el día de su muerte, y la que le llegó antes de tiempo, si es que reparamos en el hecho de que, si tenía dispuesto fallecer en Venezuela, como era su mayor deseo, y de acuerdo a lo que le dictaba su mal, justo, en el momento en que preparaba maletas para emprender el regreso, la luz se le apagó. Dijo antes de fallecer:

-Liberal, soy liberal.

No pasemos por alto que el liberal en ese entonces guardaba una estrecha relación con las teorías del comunismo, al estilo de la de la Comuna parisina, ya que se concebía la idea de la desaparición del Estado en ambas, por lo que se estaba un tanto lejos de aquel concepto que acuñará Marx de "dictadura del proletariado", que se conocerá más tarde, y que entonces abrirá la brecha entre los dos puntos de vista. Alguien pudiera colegir que, en el fondo Guzmán Blanco lo que estaba era planteando el credo democrático, del cual somos partícipes hoy en día, y que se ha impuesto como una generalidad en el mundo entero. El detalle que viene a continuación nos habla de la importancia del personaje: horas más tarde de su fallecimiento se presentará en casa el pintor Madrazo para hacer un dibujo de su rostro a la luz de una lámpara de kerosene.

Pero el viaje de Laureanito y Pascual no llega sólo a París; en esta oportunidad el par de chamos se acogerá a la invitación, que les hace un compañero del colegio, un británico, quien los induce a ir a su país, y así pasan un fin de semana los dos en un palacete en las afueras de Londres, donde vive

dicho compañero con su mamá; palacete del que les quedará un recuerdo muy grato, sobre todo, para la persona de Pascual, a quien una rubia desteñida, entrada en años, se le escurre en su cuarto por la noche, mientras el marido duerme una borrachera de oporto, licor que ha bebido hasta la saciedad en medio de una cena opípara, que ha transcurrido con la presencia, por lo demás, de Laureanito y Pascual, y en la cual participan también dos parejas de invitados de la mamá del compañero, de modo que hay un conjunto de unas ocho personas, que se sacian por completo de aquel manjar, por lo que existe uno que va a la cama directo, y ése mientras duerme deja soltar unos peos que expulsan a su pareja bien lejos de la cama.

Por vía de Zumeta en París, Laureanito se entera de la noticia de la muerte de Román Delgado Chalbaud, a quien lo han derribado, como consecuencia de una aventura militar, destinada a tumbar a Gómez, y la cual se lleva a cabo a través de un buque, famoso por su nombre "Falke", y en donde no sólo pierde la vida el personaje, que recién ha conocido Laureanito en la famosa ciudad luz, sino también otro personaje, que así mismo ha conocido en ésta, un tal Armando Zuloaga Blanco, un joven, perteneciente a una familia ricachona, vecino de Laureanito, cuando entonces los Vallenilla Planchart pasaban la temporada en Los Chorros, y la expedición ha sido lanzada desde un puerto de Polonia, utilizando, en esta oportunidad, Zumeta el calificativo de "capitán Araña" para aplicársela a alguien, en razón de los resultados; aquellos dos sujetos que han propiciado la máxima del "armémonos y partid" en esta expedición, "capitanes arañas" que serían Rufino Blanco Fombona, que embarcó, a juicio de Zumeta, a la gente y se quedó en tierra, y José Rafael Pocaterra que desembarcó la gente y se quedó a bordo.

Además, Laureanito coincide con Pedro Manuel Arcaya en un momento determinado en la famosa ciudad luz, y en una visita que hacen ambos al Louvre, Laureanito comprueba la erudición de aquel hombre, que también había sido visitante asiduo de su casa en su niñez, un hombre que había nacido en la provincia de Venezuela, pero quien abrazaba una cultura cosmopolita, y la cual la había comenzado a cimentar desde su adolescencia, según le comenta, cuando descubre a Goethe, y entonces le da por aprender el alemán, para captar al poeta en su propia lengua, y así que la visita no se transforma sino en una evocación de recuerdos, que son las lecturas que ha realizado don Pedro Manuel, de forma que sitúa cada cosa en su lugar: asoma por una ventana a un tal Carlos IX, y en su retrovisión lo pone a contemplar los sucesos de la Noche de San Bartolomé; evocaciones y más evocaciones; como si él mismo hubiera sido testigo de los hechos, y del Louvre el par de compatriotas se dirige hacia el *boulevard de Saint Germain*, y se empapan de librerías; Charles Mourras:

-¿Ha leído usted De Damus a ***César o La Investigación sobre la Monar-***

*quía*?- le pregunta don Pedro Manuel.

Asimismo, él ha aprendido el francés para leer en su propia lengua a Comte, de modo que estamos frente a un hombre con una existencia ordenada, como él mismo se la encuentra; un hombre con preocupaciones profundas; el tipo faústico, que todo lo anhela, y el que cada día se sale de la generalidad de los hombres en esta era de la cibernética y de la especialización, que vive la humanidad. En nuestro tiempo es raro el espécimen de tal calaña; en la época de Laureanito ya comenzaba a escasear, y lo cual lo demuestra éste al preguntarle al sujeto por la forma cómo ha hecho para asimilar tal género de erudición; un hombre de los del tipo de su padre, por lo demás, y de aquí que sus búsquedas, desde el punto de vista de la creación, se sitúan en las mismas perspectivas de don Laureano; porque no pasemos por alto que ambos militan en la misma religión del positivismo, sólo que si en la sociedad utópica, que ambos proyectan para nuestros pueblos, el criterio de don Laureano se va hacia una sociedad heterogénea, el de don Pedro Manuel se va hacia una sociedad donde predomina el blanco, y así se infiltra la corriente del europocentrismo en lo que sería su ideología, y de modo que alguien hasta le ha llegado a ver que el sujeto tiene inclinaciones por la doctrina del nacionalsocialismo, y de aquí que él parezca teutón; si algo le aprecia Laureanito a medida que se desplazan por las calles parisinas es su aspecto ario, a pesar de ser latino, y de haber nacido en la provincia de Coro. ¿Reminiscencia de un pasado en el cual estuvieron los Welters de por medio? No olvidemos que Coro fue posesión alemana, mediante concesión de la corona española. Arcaya es un hombre alto, rubio, con la cabeza al rape a la manera germana, a su acompañante le da por relacionarlo con un profesor del bachillerato alemán o uno de esos catedráticos de andar pesado, que descienden dignamente del tranvía frente al Politécnico de Zurich. En cuanto al compromiso con el gobierno del general Gómez, don Pedro Manuel aún ha llegado un tanto más lejos que su padre, en sus lazos con éste, ya que ha ocupado la cartera de Relaciones Interiores; se trata de un hombre clave en el entorno del general Gómez, y siendo "premier" se ve en el apremio de enfrentar una escaramuza, que le tienden al gobierno en el año 1925 todos los cuarteles de Venezuela y, en ese sentido, él repasa con Laureanito los pormenores de ese fatídico 7 de Abril.

La dictadura de Gómez se tambalea con tantos embates que tiene que afrontar; lo que es Gómez resulta invencible, y es así como le llega a Laurenito una nueva carta de lamentos de Oscar Luciani desde Nueva York, y en la que le expone lo de la fatalidad de la famosa expedición de Delgado Chalbaud, por lo que Luciani llega a tal convencimiento, y es así como éste percibe que las hallacas ocupan un sitio prominente en el destino del venezolano, ya que Luciani no hace sino quejarse de que no se las podrá comer a éstas en el diciembre próximo, y esto tiene que ver con la nostalgia

que le da a los venezolanos cuando pasan una navidad fuera de su tierra, que entonces se ponen nostálgicos con este plato decembrino, y el cual cuando se extraña refuerza la creencia de que los años en el extranjero, si es que se está en condición de desterrado, constituyen una suerte de "pasos perdidos", por lo que Laureanito infiere de las cartas de Luciani que las hallacas en el fondo simbolizan el regreso a la patria.

Su preferencia por París no implica el hecho de que Laureanito no recorra el resto de Europa; cada asueto es aprovechado para marcharse con su primo Ernesto o con Pascual, a modo de presenciar en detalle las principales urbes del Viejo Continente, y lo que es más esencial es que a Pascual a última hora le regala su padre un carro, de modo que ambos hacen un recorrido en él por una buena parte del Mediterráneo, recorrido que no será más que una despedida, ya que a Laureanito le ha llegado la hora final de su vida en el mencionado colegio suizo; ahora debe marcharse a Roma, y así que la emprenden, juntos y alegres, en compañía de unas chicas inglesas que pondrán la nota en el medio del camino, y quienes se irán a Francia con Pascual, con ocasión del regreso a casa, mientras que Laureanito desvía hacia la ciudad eterna.

## VI

Dos cartas de recomendación que lleva éste en su bolsillo, firmadas por su padre, y dirigidas a dos eminencias colombianas, diplomáticos residenciados en Roma; uno de ellos, el ministro de Colombia en Italia y, el otro, un sacerdote con influencia en la Universidad Gregoriana, diplomático asimismo acreditado en la Santa Sede, es decir, una carta lleva a la otra; nos permiten retomar un cabo que habíamos dejado suelto, con relación al pensamiento de don Laureano, cuando entonces decíamos que él establecía una distinción entre Colombia y Venezuela por el hecho de que la primera se regía por una sociedad clerical, mientras que la segunda se regía por una sociedad personalista, de modo que por este par de frases a don Laureano se le tenía en Colombia por ateo, por lo que al llegar Laureanito donde el presbítero y doctor Restrepo Sáenz con una carta de recomendación de su padre, en la que le solicita intermediación para que su hijo ocupe una plaza en esa casa de estudios, la situación se presta para el humor, por lo paradójico del asunto de enviar un ateo a su hijo para que se forme en una universidad jesuita, y decimos que nos permite retomar un cabo suelto por el hecho de que, precisamente, ésta constituía la razón por la cual los procesos de democratización colombianos nunca habían dado lugar, a juicio de Vallenilla Lanz, a que un bandolero de la estirpe de Páez, alcanzara la presidencia de la República, y es así como los tres personajes que se han congregado en el despacho de aquel presbítero

colombiano, bajo el concurso de un par de cartas, luego del humor por la situación recién aludida, ruedan hacia el campo de los conceptos, y de aquí vienen a reparar en el hecho de que lo que impera en Colombia, por oposición al "cesarismo democrático venezolano", es un "cesarismo teocrático"; de modo que el nuevo destino de Laureanito lo constituye la Universidad Gregoriana.

Por lo demás, éste llega a Roma en pleno verano; cuando hay sólo turistas en la ciudad, y la mayor parte de la gente de la colonia venezolana disfruta sus vacaciones. Laureanito se inscribe en la Universidad Gregoriana, pero en vista de que la misma no comienza clases sino un cierto tiempo después, éste se acoge a la condición de turista, y es así como comienza a rodar en compañía de unas gringas, que ha conocido en el hotel donde se instala; recorren las ruinas históricas de los centros turísticos de la región romana, gringas que se ponen románticas en el atardecer, y que se lo dicen y se lo confiesan en el oído, y es así como Laureanito viene a gozar un mundo en compañía de estas tipas. Son dos chicas que invierten mucho dinero y tiempo en tarjetas postales, que envían a sus amigos de los Estados Unidos, y ya les llegará el momento de irse, aun cuando también Laureanito tiene suerte con una chica que conoce en el templo de las Vestales, en compañía de un doctor venezolano, que se encuentra de paso y recorre Roma con él; una italiana que les ve el afán por conocer, en el cual anda ella también, ya que se trata de una tipa muy culta, de modo que se empata en la comparsa de los criollos, y esto viene a parar más adelante en una amistad asidua entre ella y Laureanito. La tipa es unos años mayor que éste, ella además le lleva a nuestro Vallenilla Lanz carretera en lecturas, y así que hay una nueva tía en el camino suyo; una tía tan propia y tan original como Teresa de la Parra, y ésta, al igual que aquélla, le saca de su bolso autores franceses, que entonces Laureanito no conoce o conoce a medias, y se empapa del mundo de Flaubert, así como conoce a Stendhal, Anatole France, Baudelaire, al tiempo que ruedan hacia Italia, por lo que le presenta a un autor de nombre Alberto Moravia, un sujeto nuevo en el panorama literario; la amistad se ha intelectualizado, además, porque ella se prepara para el bachillerato francés, y lo cual coincide con las expectativas de Laureanito, ya que éste también tiene como destino prepararse para el mismo, al tiempo que hace algunos cursos en la Universidad Gregoriana, y éstos el día menos pensado comienzan a correr; de pronto Laureanito se ve entre seminaristas y clases en latín, que en un principio le resultan difícil de asimilar, ya que no es lo mismo el latín clásico que el latín clerical; sin embargo, termina por meterse en aquella nueva versión de esta lengua.

El vínculo con los colombianos le da a Laureanito la oportunidad de conocer a Jorge Eliécer Gaitán, quien no dejará de visitarlo a éste, y así acontece que en un saloncito con que cuenta en un pequeño apartamento del centro de Roma, en el que se ha metido, frente a la plaza España, se forma, los días

feriados, una agradable tertulia, donde Gaitán algunas veces está presente, quien resulta un hombre que está al día en lo que Laureanito llama como la antropología de la política, y la que suelta en frases como:

-Este es el siglo de las masas. Hay que trabajar y vivir para las masas. Mussolini y Stalin persiguen los mismos fines.

No pasemos por alto que este Gaitán fue muerto a balazos en las luchas intestinas colombianas, a propósito de la celebración de un mitin en el cual él era el orador principal, y esto en el momento en el que ya había llegado al cenit del liderazgo político colombiano, así que Gaitán era una personalidad envolvente. Su credo de que todo era masificación, no respondía sino a que en el mundo se había impuesto el concepto de la totalidad, en tanto que respondía al marco de la cultura industrial, y así observamos que quienes mejor reproducían ese concepto en la realidad, a juicio de Gaitán, eran Mussolini y Stalin, cuando entonces congregaban al pueblo y lo sumaban en una compacta masa en una plaza pública, como un solo hombre, a modo de embeberlo con una retórica cargada de radicalismo social. Y del concepto de la masa, se pasaba al concepto de la individualidad, que estaría representado por el propio Gaitán, y quien moriría víctima de la masa; una mano anónima surge de pronto, en medio de ésta, y lo acribilla a balazos, pero esto es ya historia política colombiana, lo cual es meternos en camisa de once varas. ¿Por qué lo mataron? Hay un episodio bastante parecido al suyo con Luis Carlos Galán en tiempos recientes, a quien también acribillan en una concentración política, lo que nos muestra que la historia se repite una y otra vez en el devenir de los pueblos. De modo que hay una peña de amigos muy cercana a Laureanito, en la que además de colombianos también habrá compatriotas suyos: gente esta última en el fondo sibarita; bohemios eternos; aquél, que dice estudiar medicina y prolonga toda una vida sus estudios, vive en una pensión en un pueblo de la periferia de Roma, donde más vale no ir en plan de visita, porque el dueño de la misma no respeta ni una sotana o no han respetado a uno de los dos sacerdotes colombianos, condiscípulos de Laureanito en la Gregoriana, que se ha tomado la molestia de acercarse allá; el otro venezolano, que está casi en las mismas condiciones que el primero y presenta una situación mejor, le fornica la mujer al vecino de al lado, como es testigo este mismo cura un día en que, debido a la confianza que reina entre ambos, irrumpe en el apartamento y entonces encuentra que su amigo está en su mejor momento: "fornicación" y "adulterio" alega el sujeto de la sotana, ya que él conoce bien la dama en cuestión, y se aleja por donde entró; un mundo picaresco, como es el mismo que se respira en la atmósfera de la Roma de esa época. En el fondo, Laureanito encuentra que se aburre en esta ciudad.

La escolaridad en sus estudios universitarios fue algo que despachó rápido, a medida que pasaron los meses, y lo que dio lugar a que éste se matri-

culara en el "bachillerato francés", por lo que tuvo que pasar por una prueba de aptitud académica, certificada por un par de profesores franceses. Es así como lo encontramos siendo alumno de un liceo de París, compartiendo, de paso, el apartamento con su hermana mayor, que recién se ha casado e instalado en París con su esposo, y en el liceo redunda su amistad con el compañero de banco, que le ha tocado en el curso; el sujeto milita en el partido de los monarcas franceses, un partido por el cual es capaz de levantarse temprano, para vender su respectivo órgano periodístico el domingo en misa, ya que el sujeto está encantado con la idea de una restitución de la reyecía, de que el poder se vuelva a concentrar, a la manera del siglo XVIII, en el Palacio de Versalles. El condiscípulo de Laureanito está convencido de que el desbordamiento de la democracia en la Edad Media conllevó a la instauración de la monarquía. He allí un amante de la Restauración: raro espécimen. Se trata de un momento en el cual está presente la revolución proletaria, como idea de una gran confabulación de los hombres oprimidos, y así que la inmensa generalidad, por snobismo, está que marcha en esas filas a favor del proletario; el arquetipo de la humanidad viene a erigirse en el bolchevique, como el modelo de una ética de progreso, y así que este amigo de Laureano pasa por un sujeto raro en su época.

Por otra parte, Laureanito recibe invitaciones de César Zumeta para comer en algún buen restaurante, y nombrar a Zumeta en estas páginas ya se hecho sinónimo de intercambio de informaciones entre él y Laureanito, en lo que a acontecimientos políticos se refiere, y de allí deriva la conversación hacia estos temas, mientras degustan de algún buen plato, y de lo que se trata en el momento es el tema de la caída de la bolsa neoyorquina; transcurre el año de 1929, y por lo cual en la opinión pública mundial viene a recobrar ánimo la vieja y peregrina idea de que el capitalismo toca a su fin, tal y como lo ha vaticinado la doctrina marxista, de acuerdo a sus ciclos, y se traen a colación en esta oportunidad estos diálogos entre Laureanito y don César, en razón de que por aquí se mide el grado de avanzada en el que se encuentra este último, puesto que maneja ya para el momento a un autor que será clave en estas circunstancias, como lo será Keines, y así le habla a éste de un libro profético de dicho autor llamado *Consecuencias Económicas de un Tratado de Paz.*

-Ni Lloyd George ni Clemenceau le hicieron caso-, era la opinión de Zumeta.

Pero tampoco Zumeta es un hombre interesado por el marxismo, aunque comprende el efecto que ha tenido éste sobre la masa de los oprimidos, y al cual se le podría mirar como símbolo de la justicia, según las palabras del propio Zumeta, y es por que para la época se le aprecia como una posibilidad inminente, a pesar de que en su fondo no comporta sino una quimera.

Hay una pléyade de escritores con quienes se codea Laureanito, gente

de la talla de Arturo Uslar Pietri, Pedro Emilio Coll, gente con quien se topa en la Legación de Venezuela, además de su sempiterno amigo Zumeta, y en quienes nosotros observamos que se da ese hecho, de que todo el que es intelectual en este país recibe un cargo diplomático, llamándole la atención en esta oportunidad en la patria de los galos la presencia allí de un poeta venezolano, un tal Salustio González Rincones, también pintor el individuo, y quien, por lo demás, se halla tan arraigado al suelo parisino, que encuentra hasta medicinales las baldosas del mismo. Se trata de un hombre que frecuenta la bohemia diseminada en cafés y librerías del viejo París, de modo que funciona en un círculo cerrado dentro de una secta de amigos, en una especie de figura geométrica trazada por inquietudes intelectuales, un círculo cerrado, que no se extiende más allá del perímetro del Bosque de Bolonia, y esto, en el fondo, lo que nos está diciendo, además, es que el sujeto tiene más de quince años que no vuelve al país.

Don Pedro Emilio Coll se ha establecido en París con un cierto discurso sobre la pobreza, discurso donde no deja de estar presente el espíritu de los famosos votos que ha hecho el venezolano al respecto, propios de su mentalidad tomista, y los que se manifiestan en el propio cuento que le echa don Pedro Emilio a Laureanito, a propósito de su condición de ministro de Fomento, cargo para el cual fue nombrado en una oportunidad, y de modo que cuando un vecino suyo se lo consiguió trajeado para la circunstancia, y camino del palacio de gobierno, cuenta don Pedro, sin aspavientos, que le ripostó:

-Guá, ¿y este no es Pedro Emilio?

En la pobreza más indigente vive don Pedro Emilio, y esto nos permite observar las condiciones de conformidad en las que se ajusta su espíritu. Se trata de un sujeto que no ambiciona nada, y por esto se alienta con una filosofía posesiva de las cosas, y la cual consiste en decir que él es rico en lo que no posee, algo que lo acerca a la felicidad del estoico, y quien ha persuadido a su mujer, con respecto a su credo, que asegura el susodicho que no le compra a ella zapatos de segunda mano sino de segundo pie, y cosas así por el estilo, propias de una persona que pregona un distanciamiento con respecto a los objetos- fetiches del capitalismo, y lo cual se presta porque entonces no existe una acción, con respecto al tiempo que se vive, y que se menciona con el "ubícate".

En cuanto a Arturo Uslar Pietri, éste se encuentra en el umbral de su carrera de escritor y, en consecuencia, prepara lo que serán sus primeras obras. Ambos se dan cita de vez en cuando para un café parisino, a modo de hablar y de divertirse, al punto de gastarle sus buenas bromas a un empleado de la embajada de Venezuela, compatriota de ambos, y quien lleva radicado muchos años en París, y así que el tercio se las cree todas, cuando hay una anónima dama, por la que se hacen pasar el par de bromistas,

que lo llama y lo cita para determinado sitio; precisamente, éste será el café donde Laureanito y Uslar Pietri se acomoden estratégicamente, y así que hay una coincidencia, la dama no aparece; el tercio se ve en la alternativa de tener que agregarse a la parranda de ellos.

Pero, aparte de todo, hay un venezolano que llama fuertemente la atención de Laureanito; se trata del representante de una firma importadora venezolana, y quien lleva muchos años de vida en la ciudad luz; un hombre que se da el lujo de coleccionar trajes; obsesionado por la ropa es capaz de mandarse a hacer trescientos fluxes por año; el sujeto está desbordado de ropa, y a éste es uno de los señores que Laureanito contacta por intermedio de su padre, a través de una referencia epistolar. Es un hombre que ha llegado a integrarse a la sociedad francesa, al punto de que ha sido presidente de uno de los clubes más exquisitos de París. El forma parte de una cierta clase de venezolanos con éxito en esta capital, como el doctor Santos A. Dominici, el doctor Alberto Smith, a quienes Laureanito más adelante también conocerá, y que se han destacado en campos profesionales, relativos a su respectiva especialidad, a manera de llevar una vida decente, y lo cual compensará su condición de desterrados de la dictadura gomecista, ya que estos dos últimos lo serán, pero no aquel caballero, que entonces está en la ciudad gala desde finales del siglo XIX. Así llama la atención también un músico venezolano de nombre Reinaldo Hann.

¿No es una gran suerte el tener un padre, a quien de pronto nombran embajador de su país, en el lugar en el cual uno mora en el extranjero? Laureanito se siente agraciado por esa circunstancia. Don Laureano de pronto resulta nombrado ministro de la Legación de Venezuela en Francia, en razón de que de pronto el sujeto quiere pasar unos años en París, por lo que viene en busca de la paz y la tranquilidad a través de la plenipotencia, para utilizar el lenguaje de Zumeta, quien viene al caso, además, porque, en consecuencia, él deberá renunciar a la suya, sólo que no se produce malestar en su persona en el entendido de que va a hacer carrera de hombre público en nuestro país; lo que entonces permite que el traspaso de mando en la respectiva embajada, entre ambos funcionarios, se realice en la más completa armonía, y el no recelo de don César, con respecto a don Laureano se mide en el hecho de que éste acrecienta su amistad con Laureanito, al punto de que llega a contarle una historia íntima, y la que tiene que ver con su origen, ya que se trata él de un hijo expósito; abandonado a las puertas de un hospital, a la manera de Moisés, en una cesta, de forma que es recogido por Tomasa Zumeta, una lavandera, que va a darle crianza, al tiempo que una mano anónima colocará mieles en el camino; aparecerá con el maná, sin saber de donde proviene toda aquella provisión para ese ser que cría, y para sus adentros ella interpreta que es más incidental, que accidental, lo cierto es que de pronto aparece una mano

anónima que la provee con monedas de oro, que le dan para la manutención suya y la del muchacho, ya que se dice que el padre de esta criatura no es sino un señor potentado, y este resulta ser Antonio Guzmán Blanco, quien ha procreado este hijo en una dama de la alta sociedad caraqueña, una mujer que por temor al qué dirán, se ha desprendido del niño, por lo que habrá de llegar un día en que ya no se podrá seguir con la estrategia del accidente, para hacerle llegar dinero a la pobre lavandera, y lo cual se presta con la ocasión de un acto cultural, que le organizan al presidente de Venezuela, cuando Cesarcito cuenta apenas catorce años, y es el niño más sobresaliente del pueblo aledaño a Caracas, en el cual habita con su madrastra, y es así como el niño, después de demostrar sus luces con la lectura de un discurso muy mesurado, adquiere una beca, que le da derecho para estudiar en Francia, y garantizada por el soberano presente, su supuesto progenitor, que ha quedado convencido del talento del niño, de modo que, parte de la educación de este sujeto en el país de los galos será asumida por él, de acuerdo a las palabras que le cuenta don César a Laureanito, confesiones íntimas como decíamos, y que demostraban el grado de confianza que le tenía este viejo a él.

¿Qué le dice el mundo francés ahora a don César? A los franceses, en especial, les admira el aspecto del refinamiento, además del señorío y la elegancia en el lenguaje, cuyo origen, a juicio de Zumeta, se halla en la etapa de la Monarquía, y por lo que éste llega a la conclusión de que, definitivamente, hay etapas útiles en la vida de los pueblos.

-Nuestro Libertador fue más grande porque era, ante todo, un gran señor, cuyos modales y gustos refinados inspiraban respeto y admiración. No se concibe héroe que coma con los dedos y hable groseramente. Recuerde los consejos de Bolívar para su sobrino Anacleto Clemente. Son tratados de urbanidad: "Aprenda a bailar, Anacleto. El baile es la poesía del movimiento". ¡Qué hermoso, verdad!

Estamos ante un hombre que dice que las enfermedades tropicales han diezmado más población, que todos los generales montoneros de nuestras guerras intestinas, y la causa que le atribuye don César a esta debacle la sitúa en la mala alimentación del venezolano, individuo que poco a poco empobreció su ingesta diaria con la aparición de la caraota, a diferencia del francés que varió su menú a medida que se civilizaba, y con la cual se envició, al punto de que se vino a poner en forma sempiterna en la mesa de los hogares venezolanos, y esto porque, precisamente, las guerras civiles arrinconaron a nuestro compatriota en puntos donde sólo se podía servir de la agricultura del conuco; en el conuco proliferó la siembra del mencionado frijol, y así que el venezolano se volvió vicioso con respecto a éste, en detrimento de una nutrición completa y balanceada, por lo que vino a quedar mal alimentado, carente de las defensas necesarias para enfrentarse a los males producidos por su

medio ambiente (paludismo, dengue), y gracias a las cuales, a juicio de Zumeta, el venezolano antepasado de éste, pudo no sólo sobrevivir en el trópico duro, sino emprender grandes acciones, como la llevada a cabo, bajo la empresa del ejército mercenario del Libertador, de darle libertad a varias naciones; un pueblo que, por cierto, se alimentaba del hervido de carne de res con verduras. A juicio de Zumeta, hubo una decadencia de las costumbres del venezolano, a medida que éste descendía un peldaño más en su caída hacia el último grado de la barbarie, y eso se palpaba en su mesa, que se había vuelto pobre y mediocre. De la idea del monoalimento de Zumeta se podría inferir la idea del monoproducto, que también privó en la economía del venezolano, al punto de ser a la larga un país monoproductor, carente de iniciativa para diversificar las reglas del juego, y así se ha configurado una personalidad como la de Pedro Emilio Coll que proclama del modo más indiferente frente al progreso que él es rico, sí señor, rico en lo que no posee. No sin razón en nuestro himno nacional se dice: "Y el pobre en su choza libertad pidió".

Antes, se ha pasado un detalle importante, y es el acontecimiento del encuentro de Laureanito y su padre, después de muchos años de no verse, y el mismo se produce a partir del instante en el cual éste lo distingue en la distancia, entre la bruma marina, adosado al puente del vapor; parado Laureanito en el muelle de El Havre, hacia donde se ha movilizado desde París en compañía de su hermana y cuñado, instante en el cual comienzan a blandirse los saludos; de allí Laureanito pasa a notar que está su madrastra, Carmen Luisa, a su lado, y que, a continuación, está su hermana Finita. Es así como entiende que se han colado cuatro años desde entonces, cuando se despidieron en Lausana.

-Tienes el mismo aspecto y el cuerpo de tu abuelo Vallenilla -le dijo su padre ya en el momento en que puso el pie en tierra firme.

¿Acaso esto reconfortó a Laureanito? En cierto sentido sí, puesto que lo primero que le decía la gente caraqueña, como César Zumeta, en el instante en que lo conocía era que él había sacado más de su madre, que de su padre, por lo que se podía considerar más un Planchart que un Vallenilla, y he aquí que su padre lo viene a reconfortar con semejante comparación. Ya Laureanito se encuentra en plena época en que se prepara para los exámenes finales, relativos a su curso de bachillerato, y de los cuales habrá de salir bien, a pesar de los embates que sufre por esos días, como consecuencia de la instalación de su familia en París, unido al prestigio social de su padre: fórmula nada recomendable para un jovencito como Laureano, y así que siempre hay una persona de visita en casa atrayendo el oído suyo, por lo que al final se verá precisado a refugiarse donde un compañero de estudios, en cuya casa abunda el espacio, y es bien acogido; he allí los tantos embates que sufre Laureanito. De modo que sale bien en la prueba final, según se decía, aun cuando él no va a celebrar, como sus demás compañeros, en la playa o en la montaña,

puesto que su hermana está encinta y tiene que estar pendiente, al igual que los suyos, para el momento del alumbramiento; aparte de que su padre se instala en el apartamento de la misión diplomática, el cual resulta un tanto más acogedor, y en el cual Laureanito contará con una alcoba para él sólo, lo que entonces lo hace sentirse con comodidad para aquellos días de asueto en la ciudad de París.

No será sino a Laureanito a quien levantan una madrugada para que vaya en busca de la enfermera, mientras le corresponde a su cuñado ir en busca del médico, tan pronto y como su hermana entra en el trance; Laureanito tropieza con una puerta que no es, una vez que ha contratado un automóvil, que lo espera en la calle, y anda en busca de la enfermera; "siempre se equivocan", exclaman del otro lado, y ruegan a Dios para que esa situación se acabe; "la puerta es la de enfrente". En efecto, allí vive la señora, y al final la historia concluye con lo más importante que es el nacimiento de la criatura, y a quien le pondrán el nombre de Ramón.

En el fondo, Laureano no deja de ser muy pegado de estas hermanas, tanto es así que él integra círculos sociales, junto con ellas, y los familiares de los representantes diplomáticos de otros países; tipas muy especiales las hermanas de Laureanito, y por esta vía va a tener la oportunidad de acudir a una fiesta, donde se encuentra el presidente de la República francesa, un hombre al que se considera el menos culto de los jefes de Estado que ha tenido la patria de los galos en los últimos tiempos, aunque sí el más astuto. Un sujeto moreno, de mechas negras cayéndole en la frente, empotrado en una corbata blanca, famosa por su permanencia sempiterna alrededor de su cuello, una suerte de centro en el conjunto de su traje, que también lo conforma un chaleco crema y un flux de levita negra. En la distancia de las mesas lo ve Laureanito. El susodicho gobierna bajo el período conocido como la Tercera República, y en cuyo gabinete hay hombres que a la larga van a hacerse amigos de su padre, y gracias al contacto que tiene con ellos César Zumeta, hombre que facilita los primeros encuentros.

## VII

El hecho es que Laureanito también tenía que enamorarse de alguien en estas condiciones, en las que, como hemos dicho, conformaba círculos sociales con sus hermanas. Finita lo lleva donde unas amigas, compatriotas venezolanas, y aquí está el flechazo de Laureanito; desde entonces establecerá un diálogo con una persona que continuará al día siguiente y se hará eterno al paso de los meses, hasta que algún día se sientan, ella y él, de pronto comprometidos en una de noviazgo, en un momento en que descubren que ya no

son amigos, y entonces la chica lo conmina a que hable con su padre. La muchacha se llama Elena y es hija de un doctor Bueno, precisamente, el pediatra que veló la infancia de Laureanito, de modo que allí había hasta parentesco, y entonces el señorito comienza a salir con La Nena; en todas partes se encuentran; en todas las cosas coinciden; hay una interacción total en todos los sentidos entre ambos; a Laureanito le ha entrado el amor por una de las ventanas de su corazón, y así que acuerdan casarse; todo transcurre en el marco de una colonia de venezolanos, que son testigos de esta situación, empezando por los padres de cada uno de ellos, que no reparan y que sí reparan en el asunto, luego sus respectivos hermanos, y así sucesivamente: Laureanito termina empatándose con Elena. Esto no significa que Laureanito abandona el mundo por completo, porque hay que tomar en cuenta que pasa una Semana Santa con sus amigos de Lausana, a donde regresa para recordar buenos tiempos, y así que tiene sus desapegos con la muchacha, sólo que está centrado en ella, y de modo que Laureanito se afirma en materia de estudios, ya que se ha acordado la boda para cuando finalice éstos, y tomando en cuenta que Laureanito se dedica a la carrera de abogado, pues hay que entender que éste ha sacado su bachillerato en las dos partes, tal como se hace en Francia, y en términos de escogencia decide estudiar derecho. La familia de la novia de Laureanito se encuentra residenciada en París, y así que todo transcurre entre parientes, como le hace ver el suegro, cuando él termina participándole lo del noviazgo.

Son los momentos en los que a Laureanito le da una pasión devoradora por conocer el discurso del contrario, tomando en cuenta que él es de pensamiento oligarca, como todo buen mantuano criollo, y así que busca en el marxismo. Se ve que César Zumeta tiene una influencia en estos momentos en su vida, porque, primero que nada, aborda el asunto con él; le pregunta su parecer por el hecho de que un joven de su edad se pasee por el famoso precursor del socialismo científico; lo que viene a continuación es la respuesta de un hombre que nada contra la corriente, en términos intelectuales; cuando no sigue la tradición, que es declararse marxista, pues pasa a decirle que lo mejor de Marx no es sino el Manifiesto Comunista; lo que significa que todo cuanto ha escrito este hombre no se circunscribe sino a un simple panfleto; pues todo lo demás, a juicio de Zumeta, de su teoría es inabordable, especialmente, ***El Capital***; le confiesa que si conoce de marxismo, es por lo que ha leído en otros autores acerca de lo que es dicha teoría, y no de la propia vena de Marx. ¿Fue ***El Capital*** un monumento a la petulancia, "el efecto Rousseau" llevado a sus últimas, una obra de élites llamada a ser objeto de fetiche de las multitudes en ese siglo XX? Observemos lo descabellado de una situación en la cual hay una obra llena de reflexión profunda, sobre la condición económica de los hombres, donde no deja de haber un cierto compendio enciclopédico;

un bagaje de cultura milenaria; obra que está llamada a ser consumida por la menos instruida de las clases sociales, como es la de los obreros, y es a partir de aquí de donde nace la pantomima culturosa en el escenario de la revolución proletaria; como lo hace ver Zumeta, gente que se confiesa marxista y se jacta de saberse las obras del maestro de memoria.

¿Pero, por qué Laureanito no consultaba más bien, en ese sentido, a su padre? Ya él sabía de antemano cual iba a ser la respuesta suya; don Laureano se había aprendido de memoria párrafos del discurso de incorporación a la academia francesa de Renán, y el cual consideraba un texto pleno de virtudes; notemos que hay en ese sentido una especie de fervor religioso de parte de don Laureano, sólo que volcado hacia la ciencia; he allí su ideología positivista, y lo que significa que por esta vía él jamás le iba a recomendar la lectura del marxismo a su hijo, cuando más bien lo guiaba hacia Taine, Spencer, Durkheim, es decir, sus propios maestros, y quienes, al contrario del igualitarismo, proclamado por Marx, tienen una escala jerárquica para medir la cosas, y observan a la sociedad como un todo biológico, regido por ciertas leyes.

Don César Zumeta se ha ido para Venezuela, se ha investido de presidente del Congreso Nacional; se ha recibido con todos los honores que sólo se le conceden a los favoritos del régimen; sin embargo, no se ha podido amoldar a la vida del "venezolano de la decadencia", como lo definió José Rafael Pocaterra, y ha regresado más apesadumbrado que nunca. Compara la Venezuela de Guzmán Blanco con la del presente, y repara en el hecho de que aquí no está el espíritu de aquella época, por lo que considera que en términos de historia se ha dado un paso atrás, y así como repara en el hecho de que Gómez no tiene sucesor en el país, también habla de que éste adolece de una referencia política en quien confiar, y el momento coincide con el auge del petróleo, y así que hay un nuevo componente en la conversación del venezolano, y el cual viene dado por el fenómeno del comercio del "aceite pesado", fenómeno que causa una profunda transformación en la sociedad venezolana en todos los sentidos; atravesamos la época en que de país agricultor nos transformamos en país minero, y así que cambian los hábitos y cambia la orientación de Venezuela, pero en el marco de lo que se decía, esto es, sin dejar de ser un país monoproductor. La visión de Zumeta está nublada por el hecho de la revolución proletaria, que el marxismo ha convertido en revolución obrera, y por esto "el maestro" de Laureanito encuentra que el líder encaminado a suceder a Gómez en el poder será concebido en el medio de los obreros petroleros, y decimos esto porque si pensamos en Betancourt, observamos que éste proviene más bien del sector universitario, diríamos en términos marxistas, de la pequeña burguesía, a pesar de que sí estaría bien situado en la pauta que lleva el país por la senda del comercio del "aceite pesado", y por esto su obra capital llevará por título: ***Venezuela: Política y Petróleo.***

¿Se educa Laureanito para ser gobernante de este país? Esto es algo que intuye Carlos Delgado Chalbaud, con quien también se encuentra éste de vez en cuando. ¿Se comerán las hallacas este año en Caracas? Delgado Chalbaud no lo cree, y más bien llega a la conclusión de que el gomecismo no se acaba en Venezuela sino con la muerte del jerarca. A continuación, el capítulo siguiente les corresponde a ambos, a quienes él ve potencialmente unos gobernantes. Es decir, estudian para ser líderes de este país, sólo que no están en el lugar más apropiado para formarse, puesto que ya el mundo de Latinoamérica ha cambiado de rumbo, a raíz de la anexión de Puerto Rico y Cuba por parte de Estados Unidos; de modo que es en Harvard donde se está formando el nuevo espíritu, por lo que el proyecto político de ambos está llamado a fracasar. Ambos se empapan de cultura clásica, cuando lo que comienza a operar es la razón tecnocrática. Es por esto, además, que falla la visión de Zumeta, en cuanto al líder genuino que debe suceder a Gómez, pues no pasemos por alto que el marxismo, en el fondo, no es sino razón humanística, y así a través de Zumeta observamos el terror que siente determinado individuo, en esa época, ante la toma universal del poder por parte de los proletarios, al caer en trampas como la de Rousseau, y pensando en un devenir histórico derivado de un orden de cosas, y así Zumeta se fija en un líder proveniente del sector de los obreros petroleros, cuando, repetimos, el líder que surge, que sería Rómulo Betancourt, proviene de la pequeña burguesía, y se ha dado cuenta de que en Venezuela no tiene vida un partido obrero, como sí un partido policlasista.

Aquí habría que destacar la visión profética de Arturo Uslar Pietri, quien para aquella época seguía viviendo en París, y con relación al carácter de dictadura que alcanza el Estado bolchevique, y el cual se mide a través de unos famosos planes quinquenales del gobierno soviético, y decimos que es una revelación, para el momento, en el sentido de que, finalmente, la historia no le daría sino la razón al entonces joven Arturo Uslar Pietri, en virtud de que lo que se está forjando a través de dichos planes, según lo ve éste, es la transformación del sistema comunista en capitalismo de Estado, lo cual ya es tergiversación de las situaciones.

Lo cierto es que Laureanito está de acuerdo con Uslar Pietri en ese sentido, y por lo que no termina de congeniar con la teoría marxista, y como estamos en la época de la militancia, de la filiación a algún credo político, Laureanito por momentos se interesa por la teoría fascista, y con la cual no ha dejado de tener contacto, sobre todo, durante su estadía en Roma, a pesar de que la teatralidad de Mussolini, junto a algunos desaciertos de su política lo llevan a mirar este campo ideológico más bien con ojeriza. Hay que destacar en este punto que las exégesis relativas al pensamiento de su padre, llegan a la conclusión de que en el fondo su teoría no representa sino una suerte de pre-fascismo. Es decir, estamos entre familia, y lo inquietante es

que a Laureanito le llama la atención un grupo de socialistas franceses, liderados por León Blum. Al mismo tiempo, se ve tentado con otro frente que tiene abierto a un lado, y el cual lo representa la figura de Zumeta, quien lo invita a mirar a Hitler, no a su cultura sino a su estrella, desde el punto de vista de su porvenir político; en lo que Zumeta peca de europocentrista, si se toma en cuenta que el alemán representa para ciertos círculos la máxima expresión de la civilización europea, el pueblo que se considera que ha tenido las más precisas definiciones acerca del ser en la tradición filosófica occidental, y por lo tanto el llamado a ser la vanguardia de la humanidad por el hecho de poseer una más amplia visión metafísica; pero a pesar de que Laureanito no se deja meter gato por liebre, y así ve en la tesis de Zumeta una suerte de racismo. En ese sentido, Laureanito se considera escéptico frente a la realidad de su tiempo; cree, sí, como buen joven educado por jesuitas, en la equidad social, y por aquí se explica el origen de sus simpatías por aquel grupo de socialistas, que se expresa a través del periódico El Popular.

Observemos que uno de los capitanes "araña", de los que hablaba Zumeta, que habían embarcado a Román Delgado Chalbaud en la aventura del Falke, rebosa de satisfecho con el cargo de gobernador en una provincia de España, cargo que ha surgido de una componenda política, y, en ese sentido, Pío Baroja habla de un capricho de un gobernante Lerroux, que ha sido el de la idea; habla en un momento en que Laureanito le realiza una visita, a la cual nos referiremos enseguida, pero antes hay que fijarse en el hecho de que, mientras este sujeto está en la gloria, esto es, Rufino Blanco Fombona, el mártir de la fracasada aventura, Román Delgado Chalbaud, con su desaparición ha dejado una familia casi en la ruina, y con una amargura, como la que le expresa su amigo Carlos a Luareanito. Algo que calificaría Zumeta como una injusticia, en una conversación posterior, cuando Laureanito le traiga al caso semejante novedad, y de allí la expresión tan escéptica, que suelta éste, de que este no es el reino de los justos, sino de los pecadores. Un día, Pedro Emilio Coll sonsaca a Laureanito, a objeto de que lo acompañe a visitar a Pío Baroja, que está de paso por París, y es así como del tema de su padre, "una figura del Greco", como lo define el escritor español a don Laureano, nombre que sale a relucir a propósito de la presentación, terminan en el episodio de Blanco Fombona, en tanto que gobernador de una provincia española; y lo que supone que Pío Baroja ha conocido a don Laureano con ocasión de su estadía en Francia, a comienzos de siglo, y así el maestro lo evoca en su juventud, sentado en una mesa de un café, en compañía de Rubén Darío, Amado Nervo, Vargas Vila, cuando entonces formaban parte de una cierta bohemia hispanoamericana, asentada en París: "Una figura del Greco".

Entre tanto, los amores de Laureano y Elena marchan viento en popa. Hay paseos que se dan en grupo, y en los cuales están anotados ellos, aparte

de que coinciden en el hecho de que para navidad los padres de ambos alquilan sendas quintas en la costa vasca de España, de modo que la compañía siempre es constante. Es así como Laureano se inmiscuye en la vida de la familia Bueno, y esto redunda en el hecho de que todo el grupo va a los conciertos, que entonces se ofrecen en la ciudad, y es así como tienen coincidencias y diferencias en cuanto a los gustos de cada cual.

Su padre le ha encomendado la misión de atender a los viajeros que pasan por París, y esto es algo muy divertido; compatriotas, sobre todo, que vienen en busca de algún tratamiento para la curación de una enfermedad, y detrás de cada uno de estos pacientes se nota un rasgo particular; he allí lo fructífero del asunto, como el de un señor, dueño de un taller mecánico de Valencia, paralítico de las dos piernas, por lo que en su labor de guía, Laureano se tercia al tipo para conducirlo hasta el taxi, y el hecho se presta porque el sujeto es liviano, y resulta fácil transportarlo. ¿Qué sufre el sujeto? Además de que "tengo los cauchos desinflados, ya no me prende el arranque", expresión con la cual describe el mal del que padece, por lo que añade que quiere entrar en contacto con un médico, que lo ayude a dar en su persona "con el empuje de un motor de ocho cilindros". Por esto hablamos de sujetos excepcionales. No se trata del típico tullido, que siempre está encolerizado en una silla de ruedas, sino alguien jocoso, y quien, para el colmo, una noche se le desaparece a Laureano, y resulta que se ha escapado a parrandear con un taxista; un bohemio que ha tenido la chanza de irlo a buscar a su cuarto, una vez que ha captado sus señas, emitidas desde la ventana del hotel, debajo de ésta se encuentra establecida una flota de taxis; un individuo sin complejos ante el mundo, y resulta que lo que ha hecho en compañía del taxista es recorrer todos los sitios nocturnos de la ciudad de París, y por esto hablamos de un bohemio en este caso, la persona del taxista, y quien se ha prestado para enredarse con él en todos los pormenores de la bacanal, de forma que al acudir de nuevo Laureano en la mañana del siguiente día al hotel, se consigue con que los dos tercios están llegando, y que han sido vanas sus preocupaciones nocturnas, con respecto al paradero del susodicho.

Ya no será una obligación, sino un deber para nuestro Vallenilla Lanz, visitar al general Gerardo Machado de Cuba, que se asienta en la ciudad de París, luego de ser derrocado de la presidencia de la República, y esto vale para don Laureano en el sentido de que ahora va a comenzar a preocuparse por la suerte de su país, y que de pronto husmea que no está lejos el momento en que éste se vea envuelto en una situación parecida, es decir, haya una transición hacia otro régimen, lo que se podría interpretar como que don Laureano pone sus barbas en remojo.

Pero la preocupación de don Laureano le viene por el hecho de que también las noticias que llegan de Venezuela son terribles, en lo que atañe a

las condiciones miserables en las que se debate la vida de su compatriota. El general Gómez está viejo y enfermo; los ministros le ocultan la verdad para no mortificarlo.

Entre tanto, en la Francia, en la que vive nuestro Vallenilla Lanz, hay un momento de una gran tensión social; pues no deja de perfilarse la idea del advenimiento del comunismo, y por lo cual éste es testigo de grandes acontecimientos políticos en París, y los cuales tienen por protagonistas a los dirigentes más destacados del ala izquierda francesa, para hablar en plural, a cuyos mítines asiste, aun cuando Laureano también acompaña de vez en cuando a su amigo, Roger Colas, su antiguo compañero en el liceo, en sus quehaceres de activista político, y así también se enreda en actos del partido monárquico, a pesar de que a Laureano no se lo ganan los gestos de los oradores, copiados del estilo de Mussolini. En realidad, Laureano está cuadrado con la gente de la Tercera República, dirigida por hombres que considera en su mayoría eminencias, y regidos por un espíritu democrático, donde se le da cabida a todas las tendencias.

Reconozcamos a este Colas, amigo de Laureano, como alguien que va contra la corriente, tomando en cuenta su condición ideológica *royaliste*, aunque, en su conjunto, la posición del hombre de la época propende a ser estatista, esto es, a reproducir el capitalismo de estado que Uslar Pietri detecta en Rusia, lo que significa que se atraviesa por un momento en el cual la creencia en un Estado intervencionista es la que predomina en el mundo, en detrimento de la teoría del liberalismo económico, y esto por el efecto del *crack* bursátil del año 29, que ha traído como consecuencia la aplicación del *New Deal* de Roosevelt, para poder salvar la economía de los Estados Unidos, y donde se observa que la conciencia americana termina aceptando que, inevitablemente, ésta tiene que ser intervenida por el aparato estatal; los Estados Unidos se dejan llevar por la tesis devaluacionista, para corregir los desequilibrios fiscales como diría un economista.

Por aquí comienza don Laureano, para terminar en el Estado bolchevique, a propósito del tema, en cuestión, cuando es de hablar con su primogénito; elogiando sus famosos planes quinquenales, lo cúal constituye ya pensar en una programación económica, algo que, por lo demás, admite don Laureano, y esto entonces corrobora la observación de que la generalidad de las personas está ganada por la idea de un Estado intervencionista, amén de una conciencia como la de don Laureano, cuya teoría tiene como fundamento el hecho de que hay una persona que pregona: el Estado soy yo.

Es así como a Roosevelt se le siguen sus pasos en Venezuela, de forma que se lleva a cabo también una devaluación de la moneda para cubrir el déficit fiscal que genera en el presupuesto la caída de la producción del café y del cacao.

Pero nada más impresionante como la pesadumbre de César Zumeta, con respecto al futuro de su patria. La pesadumbre de la cual se hablaba, que había confrontado, una vez que regresaba de la condición de "hijo de don Antonio", con la que se había recreado en el país. ¿Construía frases don César? El hablaba más de necesidades que de problemas, a propósito del mal de la civilización que veía en su compatriota: "El venezolano -le decía a Laureanito- necesita curarse, educarse, comer, vestirse, y para ello se requiere el acondicionamiento previo del país. Hay que urbanizar a Venezuela, compañero". Frente a un pueblo bucólico y en estado de abulia, a Laureano le sonaba ambicioso este plan de urbanizarlo. En el rincón de su patria se le había tratado como el hijo de "don Antonio", era un desarraigado este don César, de inmediato le solicita al gobierno el nombramiento de embajador para la Sociedad de las Naciones, que tenía su sede en Ginebra, y el régimen, que lo tiene a la cabeza del poder legislativo, además de honrarlo con designaciones, como la de Individuo de Número de la Academia Venezolana, le otorga el plácet de embajador ante el organismo multilateral, y éste, ni corto ni perezoso, se esfuma del país; de modo que llega con una profunda pesadumbre de alma; con la enfermedad del escéptico en su grado más alto, y de modo que en una de sus pasadas en esos días por París, con motivo de un asueto diplomático, digamos así, deja entusiasmado a Laureano para que asista a los debates, que se van a escenificar en determinado momento en la Sociedad de las Naciones Unidas, a propósito de la invasión a Etiopía por parte de Italia, y ya que don Laureano se niega a intermediar en este caso, para que el gobierno del general Gómez le conceda un plácet a su primogénito, don César le recomienda a éste que se dirija directamente al benemérito, cosa que se destina a hacer Laureano en lo inmediato, y por lo que recibe una respuesta favorable del general Gómez.

De forma que así lo vemos a éste entrar a formar parte de la delegación que encabezan dos conocidos suyos, como son el propio don César y Caracciolo Parra Pérez, además del doctor Diógenes Escalante, y a quien Laureano también tendrá oportunidad de tratar en forma consuetudinaria en el futuro inmediato. Durante largos años ha sido nuestro representante diplomático en Inglaterra; un hombre culto, con algún significado en la historia venezolana; cuyo rostro largo; caballuno, aparece como partido por la mitad, en las fotografías que la posteridad nos ha legado suyas, debido a una carrera que él se hace a manera de peinado por todo el centro de su cabeza, y la cual le separa en dos hemisferios, bien diferenciados, su poblado cabello, y así da la idea de un corte longitunidal por todo el medio del mismo; un rostro caballuno con gríngolas, y éstas serían unos lentes gruesos de carey, que hablan de una avanzada miopía. Es así como Laureano camina con Escalante por las noches las calles ginebrinas, por lo que en la conversación saldrá a relucir el tema de Venezuela, y, en ese sentido, Escalante demuestra que no está lejos de la

corriente de su padre cuando piensa que el porvenir del país es algo que le incumbe a las nuevas generaciones, y por el momento desdeña el tema de la política, aduciendo que nadie está en los nuevos tiempos pendiente que si de dictaduras o democracias, repúblicas o monarquías, discusión que más bien le correspondía a sus abuelos, puesto que, a su juicio, el tiempo suyo no se fija sino en la distribución de las cargas fiscales y el presupuesto, y por esto él piensa que un presupuesto bien conducido es aquel llamado a beneficiar las masas populares, lo cual no es más que un chantaje en su caso, y máxime cuando Escalante mismo reconoce que éstas, por todas partes, piden más igualdad que libertad, arguye que la enfermedad del venezolano es el igualitarismo. Escalante es del mismo modo de pensar de don Laureano en cuanto a que la política hay que verla con pasividad, pero nótese que él también termina tomando partido a favor de un Estado, ente que estaría llamado a ejecutar un presupuesto a favor de los humildes. Hay que tener presente que también Diógenes Escalante es un hombre formado en el humanismo clásico, alumno de Rousseau, por lo demás. El hecho es que Laureano viaja a Ginebra; contempla la conferencia; en el fondo se siente allí un asomado, ya que se da cuenta de que se trata de un juicio que se le sigue a Italia; de modo que se ve envuelto en un pleito de las grandes potencias, lo que lo lleva a sentirse subalterno en aquel medio, aun cuando puede más su vocación de político, y así él sigue con interés todos los debates.

Se trata lo de su vocación de político, además, porque hay una conversación que también lo exhorta, y es la de su padre y la del propio Zumeta, quienes le presentan la realidad de un político latinoamericano en unos términos más bien deplorables, por lo que atañe a su destino, y por esto su padre lo conmina a que primero se haga de un capital económico, y de esa manera se le hace ver un panorama de corte trágico, por lo que respecta a la vida de un hombre público latinoamericano, y quien debe afrontar una y otra vez el destierro, tan pronto ha caído en las malas, cuando no, el saqueo de su casa de habitación. Lo del saqueo es de vieja data, según lo investiga Zumeta, una amenaza latente para todo político latinoamericano, si es que está condenado a caer en la desgracia, y a Zumeta le llama la atención en sí el significado psicológico que tiene esta acción, y en el cual se trasluce, por parte del venezolano, un cierto fetichismo por los objetos del hombre público en desgracia, algo que se conservará como una reliquia: bajas pasiones, y que salen a relucir en este círculo de personas, en razón de que en ese mediodía de la década de 1930, desde Cuba hasta Venezuela se están generando una serie de cambios, que traen consigo la desaparición de los regímenes políticos ya existentes, para modificarlos por otros, y esto, como hacíamos ver atrás, también está muy presente en la mente de don Laureano, sobre todo, a raíz de la caída de su amigo Machado.

En diciembre del año 35 se cuela el rumor de que Gómez está gravemente enfermo; que en una gira que hizo de Maracay a Caracas se le agravó un mal; regresó de inmediato; a continuación fue víctima de una larga agonía, y ya para el 18 del mes en curso se tenía la noticia de que había fallecido. Entonces el viejo don Laureano acuña la expresión, recogida en las memorias de nuestro Vallenilla Lanz, de que "murió el loquero": una de las expresiones más policiales de su prosa, y la que ha llamado la atención de más de un historiador; sobre todo, por su carácter sociológico demasiado criollo: una frase desprejuicia, una frase desenfada. Dice entonces en esa ocasión:

-El general Gómez me ha dado muchas veces la impresión de esos loqueros de antiguos manicomios que empleaban la terapia de la lata del agua y del látigo. No curaban, pero mantenían orden en el establecimiento. Fue un hombre importante y patriota, a su manera y de acuerdo con su formación. Veneraba la memoria del padre de la patria. Un mediocre no se mantiene veintisiete años en el poder. Le quise mucho, sincera y desinteresadamente, porque conmigo fue atento y caballeroso. Quedo pobre después de una larga colaboración con él; pobre a conciencia, pues nunca quise traficar con mis ideas. Me he limitado a exponerlas, y las juzgo valederas para muchos años, a menos que en Venezuela se cumpla un proceso radical de transformación.

Es así como la camarilla de los exiliados en París se ve de fiesta, y hay algunos que hasta de la emoción no cree lo de la muerte. Existe gente en la colonia que tiene unos veinte años o más en su carácter de exiliada, gente que ha tenido que domiciliarse en esta capital, y así ejerce sus respectivas profesiones, como el doctor Santos A. Dominici, quien se ocupa del ejercicio de la medicina.

En ese sentido, una pléyade de sujetos prepara su regreso, y entre quienes se encuentra el doctor Alberto Smith, héroe del gobierno del general Joaquín Crespo, cuando entonces ocupaba el cargo de ministro de Obras Públicas, y era joven y buen mozo; ingeniero de profesión. Ya para la década de 1930 era un viejo enclenque y adiposo; uno de los primeros desterrados de la tiranía gomecista, y su caso había sido parecido al de Dominici en el sentido de ganarse la vida gracias a la posesión de un título, una manera de llevar la condición del exilio con una cierta dignidad, aun cuando el hecho de su emoción, con respecto al regreso a su patria, iba hasta en idealizar para aquel momento las moscas de Caracas. Así recuerda el héroe del famoso poema de J. A. Pérez Bonalde, ***Vuelta a la Patria***, el cual tuvo mucha difusión en el siglo pasado, y que vale por todo el conglomerado que se va, mientras a los Vallenilla les toca el turno de esperar. Es una familia desterrada de hecho.

El saqueo de su casa, derivaba luego de que perencejo era movido del poder por cosas del destino, y a continuación venía el exilio, como el que ahora sufría todo el género de personas que iban llegando en tropeles a París; en otrora figuras cimeras del gomecismo que el pueblo iba echando al

destierro, y quienes los Vallenilla acogían en su techo, mientras se instalaban en algún domicilio de la ciudad, y lo cual lo hacía esta familia con cierto agrado ya que no se trataba de gente del común; antes bien, había allí magistrados, ex ministros y hasta alguno que otro ex presidente; conmilitones de don Laureano, entiéndase así.

¿Ex presidentes hemos dicho? He allí algo que refleja la voluntad de Gómez. En esto de los presidentes interinos él era justo, y valoraba la trayectoria de determinado funcionario a la hora de delegarle esta potestad, por lo que entonces algunas veces terminaba eligiendo eminencias grises; gente sin perfil y sin ambición, sólo porque por derecho le correspondía, después de examinarse que era un ejemplo de mérito al trabajo; dedicada toda una vida a un sector laboral, en particular; un presidente de la Corte Suprema de Justicia, pongamos por caso, y que estaría representado por uno de esos raros personajes que llegaban por esos días a su casa. Gente trágica, además, y la que no iba a tener la mejor fortuna en el papel asignado, ya que al subestimarse para el cargo, se prestaba la figura para ser objeto de manipulación del medio, y así terminaban a la postre poniéndole la renuncia al jerarca, y para lo cual debía trasladarse a Maracay, por lo que a continuación venía un episodio muy triste para la persona que se veía en estas circunstancias. Llegaban en tropeles por esos días a París, se hospedaban casa de los Vallenilla o Laureano, hijo, los llevaba a algún buen hotel, lo que daba comienzo a una amistad y así éste se enteraba de cosas.

Pero, además, por la vía de los conmilitones de don Laureano, no sólo el susodicho percibe la composición del poder gomecista, sino que además se entera del chisme de alcoba del palacio, como el que le refiere el general José María García, quien se desempeñó como edecán del general Cipriano Castro, y, en ese sentido, fue testigo de la amistad que por años cundió entre el escritor Manuel Vicente Romerogarcía y el susodicho; dos hombres putos, en el sentido literal de la palabra, aparte de que muy dados a la parranda; por lo que entonces Romerogarcía tenía alcoba en Miraflores, al lado del caudillo, de forma que estaban juntos para el momento de embochincharse, y así se iban para el Kiosco de Nicanor, en Puente Hierro, hacia donde se les hacía venir "un ganado", que ya no era criollo sino uno que llamaban "americano": rubias, altas y fornidas, como le gusta al hombre de la época la mujer, y lo llamado a resaltar en este hecho consiste en que Romerogarcía era invisible a los ojos de doña Zoila, la mujer de Castro; ella decía que el único que no tenía que ver con la vida de su marido, en el sentido de sonsacarlo, era Romerogarcía, y éste pasaba por un santo inocente a los ojos de doña Zoila. Esto tendría su agradecimiento, a través de un gesto de honradez, que se le iba a ver a Romerogarcía, una vez depuesto el régimen de Castro, y que se traduciría en la facultad que asume el susodicho, el 19 de diciembre de 1908, de protestar por

las condiciones en que se ha impuesto el nuevo régimen, y para lo cual se vale de una hoja suelta, que reparte en Caracas el día mencionado. Inmediatamente después, Romerogarcía abandonaría el país. El es de obra publicada ya en esa Venezuela de comienzos de siglo, e incluso en las universidades se le tiene por el iniciador de la novela en Venezuela.

Hay una recomposición del escenario político venezolano, de acuerdo a lo que hemos visto que unos se van y otros se vienen; cruce de destinos, por lo que en ese momento don Laureano tiene en la boca el tema del tránsfuga y la repetición de los hechos históricos, sólo que en distintos escenarios, y es así como le viene a la cabeza la idea de que la manifestación del 4 de febrero, de la cual se ha tenido noticia en ese instante, encabezada por Jóvito Villalba, y dirigida contra las figuras del gomecismo, tiene como espejo aquella que había encabezado un tal José Mercedes López contra las figuras del guzmancismo, y las cuales se hermanaban en el hecho de que ambas manifestaciones reciben el saludo; la una del recién nombrado presidente Juan Pablo Rojas Paúl, alias cara de gallina, quien la ve pasar desde el balcón de la Casa Amarilla; la otra del también nuevo presidente venezolano, Eleazar López Contreras, quien la ve pasar desde el balcón del Palacio de Miraflores. Tengamos presente que don Laureano es sociólogo y, en ese sentido, percibe estos rasgos del venezolano como presentes en el carácter nacional. El tema del tránsfuga viene al caso, porque así don Laureano repara en la circunstancia de que un cambio de régimen por otro implica traiciones, delaciones, y esto, además, le llega a don Laureano por el hecho de que él tiene puesta la cabeza en la idea de que de un momento a otro su hogar será saqueado, y así piensa en su biblioteca; aunque, a decir verdad, la familia Vallenilla no corre la misma suerte de otros, en ese terreno, quizás porque la mente de don Laureano es muy fuerte para estar presente entre sus libros, como una mano invisible que los protege; no corre la misma suerte de otros cuyas propiedades han sido mudadas, según el orden de una lista que se ha cumplido en forma rigurosa, y para lo cual se han adiestrado bandas, que sacan los muebles y arrancan baños y ventanas, a modo de introducirlos en un camión, que luego cargará con ellos hasta el destino que le depare la suerte de una subasta, dirigida por una cierta mafia que se ha especializado en tales menesteres. En esa Caracas de apenas doce mil habitantes, donde todo el mundo se conoce, se habla de una familia de El Paraíso que ha hecho un gran negocio con tal asunto. Pero, ¿por qué la familia Vallenilla no ha sido víctima en esta circunstancia? He allí el gran misterio porque, por lo demás, se sabe que este clan anda en la famosa lista. Por otra parte, su padre se ve precisado a abandonar la casa respectiva de la misión diplomática, ya que presume que de un momento a otro deberá abandonar el cargo, como en efecto ocurre; el hecho es que su sustituto viene a ser el doctor Santos A. Dominici, de quien hablábamos hace un momento,

un Santos A. Dominici, por cierto, que no ha logrado fijarse en el país, a pesar de aquel gran entusiasmo por regresar.

¿Hemos mencionado a un López Contreras? Estamos ante un hombre que se ha granjeado el respeto de intelectuales de la talla de don Laureano, quien alguna vez a éste le reconoció méritos delante de Juan Vicente Gómez, y sapiente el viejo jerarca no le permitió que le destapara esta cifra. Entonces le proponía que permitiera que se mencionara su nombre para la Academia Venezolana, por lo que el general Gómez le recomendó:

-No se meta con el ejército, Vallenilla.

La generalidad del entorno de los Vallenilla duda que López Contreras culmine su mandato, lo cierto es que Laureanito lo recuerda cuando entonces asistía a los aniversarios de El Nuevo Diario, trajeado con elegantes uniformes de seda, junto con otras personalidades ligadas al régimen, y así compartía en medio de los cocteles, que ofrecía su padre. Se trataba de un hombre alto y longuilíneo, que se había enrolado en la revolución "restauradora" de Cipriano Castro a la edad de 14 años, a pesar de la oposición de su familia, que lo había mandado a buscar en medio del trayecto; el chamo volvió a reincidir en el hecho, y al final los jefes militares andinos acordaron con los suyos que se responsabilizaban por su custodia, de modo que este hombre llega a Caracas con el famoso ejército de los 60. Aparte de que Laureano también lo recuerda porque se trata de un comandante de alto rango de la jurisdicción militar caraqueña, y el sujeto proviene del ministerio de Guerra y Marina.

El problema es que López Contreras es un hombre letrado, y en Venezuela en ese momento hay la convicción de que el hombre de salón no es el llamado a ejercer la potestad suprema, quedando este papel más bien para el hombre rural, el tipo hacendado, y el que no está lejos del militar, a quien imita en el hecho de la disciplina, a la que hay que acogerse en las faenas del campo, y entonces ambos llevan un tipo de vida rígida, con incidencias sobre la dureza del carácter, sólo que el hacendado, como lo había sido Gómez, se impone sobre las circunstancias por el hecho de su independencia económica; de allí a declararse comandante supremo del ejército es asunto de un decreto presidencial, cosa que sucede a la inversa, más bien, en el caso del hombre "de toga" en estos países, que medra al amparo de la administración pública, y a quien lo han hecho doblar más de una vez la cerviz, y la tragedia de estos sujetos consiste en darse cuenta del papel de títeres de que terminan siendo objeto por parte de los factores de poder. Aparte de lo frágil que se ve por lo magro de cintura, he allí por qué se piensa que López Contreras no dejará de ser un fracaso.

¿Hemos hecho mención de una agresión a Gil Fortoul? Entre las noticias que llegan de Caracas está la de que un fanático enardecido le ha dado unos silletazos en la frente durante una corrida de toros en el Nuevo Circo, y por

lo cual se examina el hecho de su confianza ante un medio que no deja de exhibir tendencias a "comerse los muertos"; a escanciar, hasta en sus últimas, los cadáveres políticos en una suerte de euforia colectiva, que no deja de mostrar la tragedia de este pueblo, por lo que podríamos considerar como su incapacidad epistemológica o, dicho de otra manera, su espíritu de voracidad. No sin razón opina Zumeta, en tanto que se torna en el informante de Laureano acerca de este hecho, que se le cobra su ***Historia Constitucional.***

-Si hubiera escrito ***Bolívar: conductor de tropas*** o ***El Callao Histórico,*** a lo mejor sería presidente de la República.

Obsérvese que en esta reflexión de Zumeta está presente el desenmascaramiento de la indiferencia ante sus grandes necesidades, que asume el venezolano, el miedo a la verdad, y que lo lleva más bien a preferir el discurso ingenuo, que se pudiera colegir de un texto épico llamado a cantar las gestas patrias. El mismo Gil Fortoul confiesa en una de sus obras que él es de un país de perezosos.

¿Hemos dicho que Diógenes Escalante se transformará en una figura de primer orden en la historia contemporánea de Venezuela? El ha viajado en un primer momento al país, porque el gobierno de Eleazar López Contreras le ha ofrecido la cartera de Relaciones Interiores; observemos sus pasos; pero luego hay un hombre que se acerca tiempo después donde los Vallenilla, a propósito de su regreso a París, con la finalidad de venir a buscar a los suyos, y les confiesa:

-Aquello es un desorden y puede producirse de un momento a otro una revolución.

Pues en verdad, Escalante regresa a propósito de tal finalidad, pero con el nombramiento de embajador en Washington, desentendiéndose de esa forma de su patria, lo cual viene a ser el mismo caso de Zumeta, desde el punto de vista de su desarraigo con Venezuela, ya que para haber abandonado tan alta investidura como era la del "premier" del gobierno de López Contreras, con miras a ser presidente de la República algún día, ya que Escalante poseía todas las condiciones para llegar a serlo, se necesitaba sufrir del desarraigo. Su caso es parecido al de Salustio González Rincones, al de César Zumeta, al de Carracciolo Parra Pérez, gente que ya no pega en el país, y a quien el servicio exterior los ha desarraigado, para mencionar un justificativo. Observemos que Escalante no se lleva consigo a su familia a Venezuela; al partir para el país viaja con la mente puesta en el cargo de embajador en Washington, sólo que sabe que se lo tiene que ganar por el hecho de una carambola, y de esta forma le acepta a López Contreras la plaza de ministro de Relaciones Interiores.

# VIII

Dos vacíos bien importantes se van a producir en el entorno de nuestro Vallenilla Lanz, y de los cuales uno está llamado a deprimirlo, y el otro a conmoverlo: por una parte, la familia de su novia decide regresar a Venezuela, y con ello se llevan a La Nena, y por lo que éste se ve en la necesidad de tener que asumir con coraje la situación; lo que significa, hacerle frente a sus estudios que está a punto de terminarlos, para presentarse en el próximo diciembre a Venezuela, a manera de casarse; una separación momentánea, y en la que se ve precisado a garantizar su compromiso matrimonial; por otra parte, la muerte de Teresa de la Parra, cuya noticia también le llega por esos días. En el primer caso ambas familias acuerdan el compromiso de sus hijos para el próximo diciembre; en el segundo caso, ya más íntima la situación, el hecho va al corazón de Laureano, tratándose de aquella guía espiritual que alguna vez fue Teresa en su vida, en tanto que tuvo alguna influencia en su orientación cultural, y, por encima de todas las cosas, alguien que lo impresionó bastante. ¿Qué fue lo primero que salió a relucir en ocasión del comentario sobre el asunto entre él y su padre? La belleza de Teresa, y la cual se patentizaba en su pluma; una pluma de la que habían brotado unas tres novelas, desconocidas hoy por la generalidad de los venezolanos. La primera carta de su novia la recibe desde España, a propósito de una escala que ha hecho el buque en el que viajan, y donde no dejan de asombrarse por el acontecimiento que significa el estallido de la guerra civil.

Por lo que se refiere a esta situación, el tema tampoco toma desprevenido a Laureano, ya que el mismo está en la atmósfera de la opinión pública de la época; está en la boca de su padre, pues entre don Laureano y su hijo se producen conversaciones al respecto, y de modo que ambos miden las consecuencias del hecho belicoso, pues a don Laureano le parece que el mismo será rudo y ceñido, y para lo cual invoca el espíritu de lucha del español, y de cuya historia don Laureano se ha empapado por completo, y no sería venezolano éste si no citara al Libertador, a quien coloca como uno de los más auténticos representantes de la estirpe; el temple del carácter del español lo mide a través del héroe. Le dice a Laureano:

-Recuerde hijo, a aquel explorador inglés que por la selva de Guayana va en solicitud de un ave de rapiña para su colección. De repente ve un enorme simio subido en un árbol y lo apunta con la escopeta, pero el supuesto mono grita en castellano: ¡No dispare!, y el hombre deja caer el arma y exclama: ¡Que grande es España!

Pero, además del escenario sangriento del país ibérico, se cierne en el panorama de dicha opinión pública la gran amenaza de las ideologías, ninguna de las cuales termina de convencer a Laureano, y así éste piensa que el socia-

lismo bolchevique, a su juicio, se ha vuelto una entidad burocrática y policial, y para lo cual éste acuña el concepto de capitalismo de Estado, como Uslar Pietri. Mussolini hace de las suyas en ese momento, a propósito de la invasión a Etiopía, aun cuando para Laureano el problema grande de la humanidad lo constituye Alemania, sobre todo, la desbandada de Hitler. Se está en la época de la supremacía del Estado; cuando ha llegado a su máximo apogeo la idea del aparato burocrático, que lo controla todo. Francia y Alemania se emparentan en el hecho de que ambas aprueban sendos decretos de aumento de las jornadas laborales; Francia, por otra parte, acomete la medida de devaluar la moneda; al igual que los Estados Unidos; de modo que el liberalismo está de capa caída; a pesar de que, en lo particular, Laureano abriga la idea de que es el liberalismo el que tiene la razón, y lo que lo induce, en ese sentido, a condenar a esa Francia, donde él vive.

Una voz desconsolada llama un día el teléfono a su casa para anunciar la muerte de su cónyuge; uno de los tantos venezolanos, amigo de los Vallenilla, y este episodio se podría tomar como un anuncio de mal agüero; ocasión en la cual la familia va a estar de duelo, y el cual viene dado por el hecho de que don Laureano fallece. Es así como siente un dolor muy fuerte un día, y el cual lo achaca a una caída que se ha dado en el baño; el dolor viene con fiebre y escalofríos, por lo que se detecta que la afección no tiene su origen sino en una pulmonía, pulmonía que está en su último grado; ya no hay nada más que hacer: a continuación el mal estado se le agrava a don Laureano, por lo que éste, a los pocos días después; muere rodeado de su descendencia, y, en especial, en los brazos de Laureano; ocasión de duelo, como ya lo habíamos dicho.

Don Laureano habrá de ser enterrado en el cementerio del *Pere Lachaise* y, para sorpresa de su hijo, éste reposará al lado de la tumba de Oscar Wilde, a propósito de un vistazo que éste lanza en derredor. Acuden al entierro varios venezolanos, entre ellos, Carlos Delgado Chalbaud, y quien después de haber estado en Venezuela, regresa con una beca, que le ha otorgado el gobierno de López Contreras, a objeto de que se especialice en el arte militar, pues lo primero que ha hecho al llegar al país ha sido asimilarse a las fuerzas armadas, y por lo cual rinde un curso de complementación en Versalles.

También a este curso asiste el famoso José Joaquín Jiménez, quien se ha casado, y ostenta el grado de capitán del ejército venezolano. Son dos los que asisten a las exequias de don Laureano, al igual que otro séquito numeroso; no pasemos por alto que éste fue un escritor con mucho éxito social: en ese entierro hay alguno que otro periodista francés de renombre.

Don Laureano no muere apostasiando de sus enemigos, como sí exigiéndole a su descendencia la misericordia para ellos. Pero don Laureano se va con la satisfacción de haber triunfado en la vida, a pesar de que alguien lo podría acusar de pusilánime, por haber permanecido fiel a un régimen dictatorial.

En ese sentido, él muere con la esperanza de que la posteridad le va a comprender y a justificar este hecho, y por esto él termina invocando el perdón para sus enemigos. Por lo demás, Laureano guarda una importante referencia de la conducta de su padre, por lo que respecta a la crianza de su prole, a manera de estar satisfecho con la educación recibida por él.

A continuación, nuestro Vallenilla Lanz acelera los preparativos para su regreso a Venezuela, y estos preparativos van desde las reválidas, que tiene que hacer para el ejercicio de la profesión, por lo que se refiere a los estudios que ha realizado, habiéndose graduado de abogado, hasta despedirse de algunos amigos, y uno de éstos sería César Zumeta, y de nuevo se trae este personaje a colación por el hecho de las ideologías; por lo cual nos damos cuenta de que Laureano es una persona tolerante, si se observa que Zumeta está colmado de entusiasmo, gracias al triunfo de las ideologías, y el que se palpa a través de Stalin, Mussolini, Salazar, y, sobre todo, porque ellos encaman el espíritu de la edificación, la ingeniería técnica, según su parecer, y lo que los lleva a elogiar la tesis del hombre tecnocrático, de modo que si nosotros pudiéramos extender el concepto de esa tendencia artística, que se conoció a comienzos de siglo como futurismo, hasta un intelectual de la talla de César Zumeta, nosotros pudiéramos hablar de conducta futurista en su caso, ya que esta concepción era de esta misma índole, en el sentido de idear todas las esperanzas en el progreso, y esto era algo que Zumeta veía no sólo en Europa, sino también en los Estados Unidos con el *New Deal* de Rosselvelt. En el plano inmediato, Zumeta era pesimista; en el plano mediato era positivista, pues por una parte él pensaba que el mundo y, en especial, los países de la América Latina estaban amenazados por serias convulsiones sociales, pero que hombres como Laureano estaban llamados a combatir la demagogia, que era la causa principal de la ruina de nuestros pueblos, y, en ese sentido, le recomendaba a éste que se uniera a las corrientes, que proclamaban la idea del progreso. Había un paradigma en la historia venezolana y este era Antonio Guzmán Blanco, de cuyo proyecto de edificación pública, a través de obras monumentales, se mofaba Cecilio Acosta en su época; sin embargo era este el ideal que debía llevar Laureano en su carrera de político. El susodicho argumentaba que estábamos en la época en que era más importante la muerte de un ministro, que la muerte del hermano del rey, y justo por el carácter de valor que había tomado el hombre tecnocrático de la talla de un Román Cárdenas, que era el caso que citaba de Venezuela.

Llegado el mes de diciembre, como lo tenía planeado, Laureano abandona París, y se dirige a Boulogne, lugar donde tomará el buque que lo dirigirá a suelo patrio. A su lado viaja monsieur Méndez, el famoso yerno de Gómez, derrotado, recriminándole al prójimo, que ahora ya no sea más su amigo, puesto que le ha vuelto la espalda, tan pronto se le ha visto en una casa de em-

peño, y el pobre viaja desconsolado; sorprendido de la ingratitud humana. Méndez se dirige a Nueva York, por lo que ambos toman unidades diferentes; hay trasatlánticos de un lado a otro en el puerto.

El viaje comienza con un mar agitado, que obliga a recogerse a algunos pasajeros, y a pesar de que Laureano y un señor ya mayor, vecino, por cierto, de su camarote, resisten la situación, y hasta se dan el lujo de llegarse hasta el puente de la nave. Su vecino es un viejo caraqueño, hacendado, dueño de varias fincas en el estado Aragua, y quien regresa al país estimulado por algunas ideas agraristas, un tanto con el proyecto del rescate del campo ante la avalancha que ha significado el enclave petrolero.

¿Se puede hablar de libertinaje sólo en esta época actual? En realidad, hay una familia venezolana que viaja también en este trasatlántico, y a la cual Laureano contacta, toda vez que se informa por la presencia de sus integrantes; unos seres curiosos, por lo demás, ya que se trata de una familia de un solo hijo; un maricón destapado; un sujeto con ínfulas de escritor, y quien se vale de una filosofía que llama vitalista, para declarar los siete principios de la maldad, y cosas así por el estilo, una suerte de Nietzsche tropical, un Nietszche con melena y ojos amanerados, y hablamos de libertinaje en su caso porque una obra que le facilita a Laureano, justo, registra una serie de consideraciones sobre la pederastia, el alcoholismo y otros vicios, de los cuales se declara adicto el autor. El hecho es que estos padres alcahuetes le financian la edición de estas vagabunderías que escribe este hijo melenudo. No se pase por alto que estamos en la década de 1930, con un capítulo un tanto más matizado de la famosa década de "los años locos", como se conoció la de 1920, y así la cultura que se vino a generalizar en la sociedad moderna en la década de 1960, ya andaba esporádicamente en sujetos de la talla como el que integraba esta particular familia de venezolanos. Los susodichos se dirigen también a Venezuela, y el señor, por lo demás, ha sido amigo del padre de Laureano, por su condición de acólito de Juan Vicente Gómez; una condición que da derecho a la familiaridad entre los conmilitones, como se habrá visto, y, en ese sentido, regresa al país porque ha tenido que abandonar el cargo de cónsul de Venezuela en Barcelona. En una oportunidad, el señor Ochoa le preguntó al padre de Laureano, según una historia que éste le cuenta a él, por el origen y el nombre de la madre del Negro Primero; de modo que don Laureano, al no tener ese dato en su cabeza le respondió que lo más probable era que siendo "el Primero", el tercio no había venido al mundo, sino por generación espontánea: he allí un tanto la fama de ocurrente de don Laureano.

En el área de las sillas de extensión, Laureano conoce a una pareja de salvadoreños, que llevan rumbo a su país, después de haber cursado unos estudios doctorales en Alemania, pero pareja que no deja de hablar mal de la dictadura que gobierna a El Salvador, toda vez que viene horrorizada porque

tiene noticias de que el régimen ha propinado una matanza colectiva de indios, bajo el argumento de que constituyen células comunistas, y esto los lleva a hablar de una ferocidad en sus acciones. Aparte de esto, la pareja destaca lo de la desigualdad social también en el país, que se nota pronunciada, y considera que el régimen está montado sobre la base de la injusticia.

El regreso a la patria se siente con la puesta en escena del azul del mar Caribe, y el cual ya es lenguaje para Laureano siendo conocido suyo, lo mismo que la brisa tibia del trópico, y las filas de los cocoteros. Por entonces boga la nave en Barbados, y la que se dirige hacia Trinidad, donde pernocta en la madrugada, a modo de darle un día a la tripulación para que merodee en las calles de Puerto España, mientras se lleva a cabo el proceso de descarga y recarga de aquélla; Laureano se entretiene en la ciudad, y así es como, ya en pleno viaje, cuando ya la nave ha zarpado en la noche, Laureano despunta en la madrugada de su cama, lleno de ansiedad e impulsado por la idea de estar en aguas venezolanas, se allega hasta el puente principal para ver salir el sol; pasan unos margariteños en unos veleros, y uno de ellos lo saluda:

-Adiós cuñado.

Lo cual le hacer recordar la reflexión de su padre en torno al carácter confianzudo y entrador del venezolano; trato que nadie se lo ofrece en ningún otro lugar del mundo sino aquí; lejos de la distancia de la cultura europea, y la cual implica la utilización del "usted" o el segundo personal del plural.

Lo demás es la fauna marina, tanto de peces, como de aves que percibe Laureano, a medida que se acercan a La Guaira; de modo que al final se pinta la silueta de aquella persona por la que es objeto de una ansiedad, se pinta la figura de su novia, junto con otras caras conocidas y amigas de Laureano, en el muelle del puerto.

# LIBRO SEGUNDO

# I

Al llegar a Caracas, una vez trasladado desde La Guaira, bajo el cortejo de La Nena y sus hermanas, Laureano experimenta esa impresión que consiste en determinar que lo que uno veía en su infancia como algo gigantesco, no era más que una cosa reducida; de modo que aquella ciudad que lo vio nacer se le vuelve mínima en esas circunstancias y, a tal respecto, habría que tomar en cuenta que éste se había ido muy mozuelo, de forma que aún conservaba un tanto la visión infantil de las cosas que él había dejado atrás, y eso es lo que le viene al reencontrarse con aquel mundo, a propósito de su vuelta a la aún ciudad de los techos rojos. He allí la Caracas de la década de 1930, de la que decía don Rómulo Betancourt que era una suerte de Berna pequeña, con sus entonces veinte mil habitantes.

Lo primero que se le plantea a Laureano es la necesidad de fijar residencia, ya que él no tiene hogar propio en la ciudad, dada su condición de huérfano, y es así como lo vemos arrimarse casa de una tía-prima suya, donde también viven sus dos tías, y de aquí nuestro personaje repara en que tiene que casarse, lo cual se fija en lo inmediato; de acuerdo a los planes de la pareja, la boda queda señalada para el último de enero, corre el mediodía del mes de diciembre; lo que viene a continuación son los famosos compromisos de oficialización de la ceremonia, despedidas de soltería, etc.

De boca en boca anda que Venezuela está tomada por el comunismo; cosa que se la dice por esos días alguien a Laureano; uno de esos tantos amigos suyos, en una conversación particular. Pero un comunismo más a la manera de José Tomás Boves; el comunismo del asalto y del saqueo; de donde resulta que Laureano se va a conseguir con que Perrone, el célebre "toro" del juego de la fiesta brava del Municipal, ha salido convertido en héroe del 14 de febrero de 1936, al encabezar los saqueos, que se llevan a cabo ese día; cosa que no sólo la corrobora él con sus palabras, sino que se jacta de ello. El tercio se vanagloria del hecho de que ha vendido en cien bolívares un piano, que ha logrado extraer casa de la familia Pérez Soto. Es decir, hay una Venezuela que le rinde culto al igualitarismo hacia abajo, y esto es lo que conoce el amigote de Laureano como comunismo. Este da en la ocasión una vuelta por el barrio de su infancia, como es natural cuando se quieren refrescar cosas, y donde se encuentra que su casa no es que ha sido objeto de saqueo, ya que ésta fue eximida de tales desmanes a la larga, sino que ha sido alquilada a una firma francesa, que ha dispuesto un negocio en ella. Nuestro Vallenilla Lanz se asoma a la puerta de la casa, como buscando el aire de familia por largo tiempo empozado allí, y, como un ser eterno le parece la fila de bachacos, únicos sobrevivientes de aquella vida que él compartió allí con sus hermanas.

Otro día es a Los Chorros hacia donde se dirige, y donde ahora se refugia la burguesía emergente, la burguesía del petróleo; como en otrora había sucedido con El Paraíso, barrio que había sido levantado por la burguesía del café y del cacao; de modo que como se decía en su momento, esta era la parte americanizada de Caracas; aquella la afrancesada, es decir, la parte decimonónica; mientras que aquí se respiraba la modernidad, y hablamos de una influencia yankee hasta en el hecho de que se funda un centro con el nombre de Country Club, a la altura de un barrio donde ya vive lo más exclusivo, desde un punto de vista social; club del cual Laureano, por lo demás, es accionista, en virtud de que su padre es socio fundador, de manera que estamos ante un acaudalado señor, porque hay que tomar en cuenta también que para entonces la acción del mismo ha cobrado mucho valor.

De inmediato se abre el período de reanudación de una serie de amistades, que cosechará el joven Laureano, la de Román Cárdenas, la de Gumersindo Torres, sujetos muy significativos para la época, ex ministros de Hacienda del régimen gomecista y, como tal, gente muy vinculada a su padre; aparte de la de Uslar Pietri, que ya se ha instalado en Caracas.

Siguiendo esa misma política, le da también por visitar a su familia, lo cual se presta para rememorar cosas, como aquella ansiedad de la cual había sufrido una tía suya; tía que permanecía siempre con los ojos enrojecidos de tanto llorar por aquel angelito que había perdido, y que ahora, a través del reencuentro, Laureano veía que aún ella estaba marcada por la tragedia. Se trataba de una persona que coincidía perfectamente con el rostro de su hermana Finita, un detalle que quizás lo había percibido en su más remota infancia, y que ahora lo refrescaba con conocimiento del rasgo de cada una; pertenecía a la familia Planchart, hermana de su madre.

Caso parecido al de Laureano, con relación a los apellidos, se encuentra en el hijo del presidente de la República que, como su padre, se hace llamar asimismo Eleazar López Contreras. Este sujeto se consigue a Laureano en una policlínica, hacia donde ha sido citado por cierto doctor, y de modo que éste entra al poder por la puerta grande, puesto que ambos, Eleazarcito y Laureano, han sido compañeros de estudio en el San Ignacio del Loyola, y la ocasión se presta para renovar una amistad, de manera que Eleazarcito termina recomendándole que solicite una entrevista con su padre, que es lo que llamamos puerta grande. En realidad, Laureano no la necesita o no era de su incumbencia el pedírsela; a pesar de que al gobierno le interesa, como se lo ha hecho ver Eleazarcito, y a esa altura el propio ente anda en pos de Laureano; lo que se demuestra porque días más tarde recibe una llamada del palacio de Miraflores, por la que se le convoca a una entrevista con el presidente de la República. Un doctor Carlos Aristimuño Coll, también persona muy ligada a su padre, ha sido el factor para que se lleve a

cabo el encuentro; éste le ha esbozado el curriculum de Laureano a López Contreras a través de una pequeña esquela, y es así como el presidente se ha dignado recibirlo. ¿Qué hablan ambos sujetos? Lo curioso es que Laureano se pregunta por el objeto de su presencia allí, cuando entonces el longuilíneo López Contreras se da a expresarle sus planes de gobierno.

Ya a esa altura, Laureano no tiene la mejor impresión de Rafael Caldera, a quien se tropieza, por cierto, en una esquina, regreso de la famosa entrevista. En el fondo, él interpreta que éste representa los intereses de los godos conservadores, y por esto lo compara con Manuel Antonio Matos o con el propio José Antonio Páez, el auténtico conservador, a su juicio; no pareciéndole más que sumisa esa actitud asumida por este dirigente estudiantil, un sujeto que para Laureano no es más que un apaga fuegos, y lo cual se aprecia en el hecho de que para el momento su papel se remite a dividir el movimiento juvenil comunista, que ya es una amenaza en la universidad, con otra fuerza de orientación socialcristiana, cabe decir, una suerte de falangismo criollo; fuerza formada también por jóvenes salidos del famoso colegio jesuita, y a éstos se añadirían los salidos de La Salle que, al final de cuenta, era la misma gente; de allí el rango socialcristiano del movimiento, y así pudiéramos hablar de un falangismo. En consecuencia, tal actitud le ha permitido a Caldera que el presidente López Contreras le dé un alto cargo en la Oficina Nacional del Trabajo, que es lo que no le termina de aprobar Laureano, por aquello del oportunismo, y así que la impresión que le causa su ex condiscípulo, en ese sentido, es que él es quien mejor encarna la ideología goda de este país.

La futura familia suya recibe un espaldarazo con el regalo de una casa, que le hace su suegro a su novia, de manera que Laureano llega presto para casarse, y aparte de que ya cuenta con trabajo. En el Banco Agrícola y Pecuario necesitan una persona que ocupe el cargo de consultor jurídico; su amigo Uslar Pietri lo propone para el mismo, y se trae a colación esta circunstancia porque, de pronto, Laureano mira remolón la idea de asumir tan importante tarea en las vísperas de su boda; duda al pensarlo, pero se le comprende y se le concede un par de semanas para que disfrute de la luna de miel. Es decir, todo esto está condicionado a la idea de este matrimonio, y, entre tanto, Laureano se hace acreedor de ciertas pertenencias de su padre, como la biblioteca; además de su escritorio y el cual instala en una de las salas de la casa, tratando de reproducir el antiguo estudio de Don Laureano, y para el que se trae también un retrato al óleo de su tío Baltasar Vallenilla, y la fotografía con autógrafo del general Gómez; más que un decorado, allí lo que hay es una reproducción, y cosa que signa mucho la vida de Laureano, ya que no olvidemos que éste tendrá siempre un espejo delante, y éste será su padre, a quien tratará de encarnar en una y otra circunstancia.

La propia vida de ambos parece como igual, en el sentido de que los dos hacen un viaje al extranjero, se enlazan por allá, y luego regresan al país a compartir con sus consortes. Laureano había encontrado un rincón de su casa donde erigirle un museo a su padre, y así había reproducido su mundo, en el cual se movía un actor ausente, pero presente a través de él: un negativo de don Laureano, en términos de identidades.

Laureano se pone en un carro Chevrolet, como todo buen rico de la época, ¿rico? Para el momento en que él lleva a cabo esta unión cuenta con un cierto capital financiero; lo que le ha quedado de cada uno de sus padres, como la famosa acción del Country Club, y la casa, y esto y aquello. Lo que significa que él llega con una cierta base económica a aquel matrimonio. Aparte de que su futura mujer es hija de uno de los hombres más ricos de este país.

Pero, además, está su trabajo en el BAP, del cual ya se ha hecho mención, y de donde es llamado a las cuarenta y ocho horas, luego de haber sostenido la famosa entrevista con la directiva de esa entidad; por lo que Laureano se ve comprometido desde un principio, y así que percibe el primer salario, y su emoción nos hace pensar por todos, cuando recibimos la primera paga en la vida, ya que son las lágrimas más espontáneas las que surgen a continuación en su faz, luego de caer éste en sus manos. En la oficina hay una secretaria que le coquetea por la vía de la antipatía; una tipa que al final cede ante su indiferencia, y quien resulta ser una escritora, que se propone publicar un libro con un seudónimo, hermana de un famoso escritor venezolano en esa época; sin embargo, Laureano está muy comprometido con la familia Bueno, y esto nos da pie para hablar del matrimonio, el cual se habrá de realizar en la más estricta intimidad, dado el rigor de duelo por el que atraviesa Laureano; aparte de que con una luna de miel muy corta, disfrutada entre Macuto y Maracay; ante la vista tenemos un par de europeos que se quejan de la manteca con que cocinan en los restaurantes venezolanos, y así que dura muy poco esta escapada de este par de muchachos en *voyage de noces*. Con relación al trabajo, mencionábamos a la novel escritora, quien termina haciendo una gran amistad con Laureano, y aparte de ella también éste percibe que en el ambiente reina una gran cordialidad. Su sueldo es poco, se nos escapa decir, y, además, le han salido con el chantaje de que él es un niño rico, que no necesita de muchos reales, y Laureano se conforma ante la situación, pensando en el hecho de que a la gente de su clase, en este país, siempre lo han venerado, a pesar de que la mentalidad de la gente cree que las jerarquías se han derrumbado.

He allí quizás el dato por lo cual él le cae antipático a la joven escritora; lo asume autosuficiente, con una delicadeza fingida; lo cree falso, en dos palabras, y este estigma no deja de perseguir a Laureano, más si se toma en cuenta la relación de compromiso con el régimen caído, que asumió su progenitor.

Es así como más de un envenenado con la propaganda izquierdista, despotrica de los famosos "sociólogos del gomecismo"; de los intelectuales abyectos a Juan Vicente Gómez, quién sabe si a propósito, por lo que éste se ve en la necesidad de asumir el achaque en silencio; como ocurre con un asiduo visitante de la familia Bueno, hacia donde se dirigen los jóvenes esposos todas las tardes, luego de que Laureano regresa del trabajo; individuo que entonces se pone a aludir determinadas situaciones, a manera de vilipendiar la camarilla gomecista; un sujeto influido por la prensa comunista española de la época, de donde Laureano se explica el origen de algunos términos que utiliza en sus descargas; un sujeto que también tiene mucho de comediante, y quien no deja de asumir aquel papel, que hemos visto en los hombres de comienzos de siglo, que se valen de toda una parafernalia para que los crean cultos, sólo que en esta oportunidad el sujeto se dice lector de Eca de Queiroz y Waldo Frank; aparte de que se permite silbar óperas de Wagner. Una parafernalia, habíamos dicho, que ahora se nos plantea con el hecho de ser comunista, y sobre todo, como en el caso del individuo, que se cita, con el haber participado en las famosas jornadas de febrero del año 28, las cuales, a su regreso, Laureano se consigue conque se han convertido en el gran acontecimiento de la política venezolana en los últimos cincuenta años, considerándose el amigo héroe de la jornada, y por la circunstancia de haber sido detenido junto a los grandes dirigentes de la misma. Estamos en el momento, además, en que el gobiemo de Eleazar López Contreras prohibe los partidos extremistas, y es así como se va una serie de sujetos al destierro, a quienes se consideran "agitadores de oficio"; por lo que el amigo de los Bueno y contrincante político de Laureano, de pronto se siente llamado a meterse en este séquito, y lo primero que se le ocurre es ir a darle el parte a éste, quien lo disuade con su silencio. Su señora le ofrece un whisky, se da cuenta enseguida de que Laureano no le ha seguido la comedia, se siente con su verdad en medio del espectáculo, y es así como decide devolverse para su casa. Es el instante en el cual se piensa que el régimen bolchevique es sinónimo de trabajo, y, en ese sentido, Laureano no le encuentra cabida a un compatriota suyo, como éste en dicho régimen, pues el tercio, a propósito de la detención de la que fue objeto el día del levantamiento estudiantil en febrero de 1928, se dedicó a la vagancia, y es así como cuenta con tiempo de sobra, como para aprenderse de memoria ciertas partes de las óperas de Wagner. Se trata de un señor, además, que practica el motociclismo, por lo que se deduce que esa huida, supuesta suya, del país no es más que ganas de viajar; de disfrutar de su dinero, en dos palabras.

Una de las personas que encuentra Laureano en el ministerio de Hacienda es Ramón Eduardo Tello, a propósito de sus visitas al ente, donde Arturo Uslar Pietri tiene un alto cargo; de modo que los tres conforman una tertulia por la que pasan temas importantes. Habría que señalar, al paso, que

el trabajo en el BAP, de Laureano, consiste en redactar una Ley de Crédito Agrícola. Es así como se entera de que el gobierno prepara una reevaluación de la moneda; cosa que viene al caso, porque ya hemos hecho mención del cambio experimentado por el país, en el ámbito de su economía, de modo que una medida de tal naturaleza en la política cambiaria implica que hay una solidez, achacable ésta a la expansión de la industria petrolera, y luego porque la medida, una vez aprobada, marcará un hito en los anales económicos de este país, ya que desde entonces y hasta el final de la década de 1950, nuestra moneda se cotizará en tres treinta bolívares por dólar. La medida viene acompañada con un estímulo a los productores.

A la larga, la asiduidad suya al despacho de las finanzas se va a traducir en trabajo; éste es asimilado por una comisión, que labora en la revisión de las leyes fiscales, comisión que integran altos representantes del mundo de las finanzas, y que se reúne algunas tardes en el propio despacho de Hacienda. En este sentido, se trata de ajustar la administración pública a los nuevos esquemas contemporáneos, ya que, por lo demás, la concepción que prevalece sigue siendo la misma de la época de Guzmán Blanco, cuando entonces no había idea alguna sobre la función contralora, y la vigilancia se llevaba a través del sistema de corte de cuentas. Pero, curioso, Laureano en esta oportunidad está más de acuerdo con el punto de vista del corte de la cuenta, y como tal lo intenta imponer en la comisión; aun cuando ésta finalmente aprueba la creación de la contraloría pública. ¿Acaso en esto había algo de su influencia francesa? En las discusiones, Laureano apela al hecho de que el sistema del corte de cuentas es el que, a su juicio, ha conducido a Francia a ser una nación honesta y eficaz.

Nuestra burguesía es comunista, porque aún sueña con la sociedad de las castas y no con la sociedad de las clases, lo que implica privilegios, y es así como Laureano, de pronto, encuentra en los balances financieros del BAP que hay una gran cantidad de créditos, que pertenecen a lo que se conoce como la cartera inmovilizada; siendo los deudores connotados mantuanos y esto se oculta bajo el manto de una ideología agrícola, que profesa la propia burguesía; de modo que los créditos no han sido amortizados por un problema de que el propietario, de pronto, se vio en la ruina, como consecuencia de un aguacero que arrasó la cosecha, por ejemplo, sino porque la inversión la destinó a viajes al exterior; a su vida dispendiosa, en dos palabras, y así la entidad acusa pérdidas y pérdidas, mientras el propietario contumaz quiere que se le siga financiando con aquello de la ideología agrícola; de que la agricultura, y que si patatí y que si patatá. En ese sentido, hay que entender que aquella famosa frase de Uslar Pietri de sembrar el petróleo, que por aquellos días escribe por la prensa, y que ha tenido un gran impacto, como consigna de un proyecto de desarrollo, de entonces a esta parte, de

seguirla al pie de la letra no significa sino despilfarro, y esto es algo que ha demostrado el pensamiento económico venezolano de los últimos años.

Encima de que Laureano se consigue con que en el campo todo ha perdido su valor; lo que significa que los activos dados en garantía al BAP, sobre todo, fincas, por los productores que han sido beneficiados con estímulos, se han venido al suelo, y lo que se añadiría a las pérdidas de la entidad. Al respecto, Laureano se pregunta si no sería mejor devolver estas fincas a manos privadas responsables, hagamos la salvedad, ya que los experimentos, que realiza el propio BAP con comunidades campesinas, han conducido a grandes fracasos, y esto partiendo de la psicosis de cleptomanía que persigue al venezolano, que se roba todo; se roba los utensilios de trabajo; arranca los servicios sanitarios, algo que pertenece a la voracidad de nuestra yo salvaje.

Todas las tardes él y su mujer se movilizan casa de la mamá de Elena, en Los Chorros, como ya se tiene entendido, y hacia donde también concurren, los días domingo, a propósito de un almuerzo que se hace en familia, y para el cual asiste un séquito numeroso de personas; cosa que le trae a la memoria de Laureano los célebres almuerzos familiares de los Vallenilla; pero, en especial, porque los comensales se enfrascan en acaloradas discusiones de tipo político, como en aquella época.

De otro lado, está la vida de bohemio que lleva Laureano en la ciudad, y así se hará asiduo visitante de algunos periódicos, entre ellos, El Heraldo y El Universal, y en razón de que éste comienza a ostentar algunas columnas, en lo fundamental, en el segundo. Esto, unido al hecho de que nuestro a Vallenilla Lanz le da por frecuentar algunas peñas literarias, que se forman en algunos sitios públicos, un tanto estimulado por uno de sus integrantes, como sería el caso de Pedro Sotillo, que lo lleva un día donde el Club de los Siete, al que pertenece Arturo Uslar Pietri y otros conocidos de Laureano, y con quienes almuerza en un restaurante de Caño Amarillo, alguna que otra vez. Laureano está empapado de lo que ahora llaman mundo culturoso, y, en ese sentido, también en este mundo no dejará de asaltarlo un incidente desagradable, por lo que respecta a una ofensa contra la memoria de su padre, como el que sucede con un escritor de nombre Mariano Picón Salas, de quien se entera por la prensa que piensa ofrecer una serie de conferencias, acerca de los intelectuales que rodearon el gomecismo, y la cual comenzará con Laureano Vallenilla Lanz, según la nota del periódico; por lo que entonces Laureano le sale al paso con una cosa dura escrita contra Picón Salas, menudencias que no vienen al caso citar, y orientada en un tono tan enfurecido que, por si acaso, su amigo Pedro Sotillo se niega a publicarla por El Universal, y de allí salta éste a La Esfera donde no sólo se publica, sino, además, se destaca en primera plana. Meses antes había procedido de igual modo con un joven escritor de nombre Juan Liscano, amigo suyo desde la infancia,

y quien acusaba a su padre, junto a Pedro Manuel Arcaya, de ser ambos los escritores venezolanos más abyectos del régimen gomecista, a través de un artículo de periódico, que le llegó a propósito de su estadía aún en París y, por consiguiente, éste le había respondido también a través de otra carta, enviada de respuesta al mismo periódico, y donde le enristraba cosas duras, relativas a su familia y a la forma como ésta se había prestado para el más abyecto servilismo en los tiempos de Cipriano Castro. Trapos y trapos al sol.

Su acercamiento a los periódicos quizás se debe a que tiene a su lado, como vecino, en la oficina contigua del Banco Agrícola y Pecuario a un periodista, que también le hace la imagen corporativa a la institución, para decirlo en el lenguaje moderno de la publicidad, y quien tiene una crónica diaria en El Heraldo. No es su apellido Gris, como el famoso español cubista, aunque toda su indumentaria consiste en ropa de ese color, aparte de que se esmera por andar impecablemente, y esta elegancia, además, forma parte de una filosofía suya, y la que consiste en diferenciarse del prójimo a través de la apariencia, ya que le parece que todo negro, que se respete, debe andar bien vestido, y por esto ante la sugerencia de Laureano de que se cambie para el traje blanco, ropa más apropiada para el trópico, se muestra renuente, alegando que así parecería un mesonero; de modo que se trata de un mulato con un cierto éxito profesional, sobre todo, en el área del periodismo corporativo, como decíamos, y que es en grado extremo exigente con su apariencia; un hombre al que le va bien en su oficio de "come-muertos", ya que su labor, en esta nueva etapa histórica venezolana, será la de perseguir las figuras del gomecismo a través de una serie de artículos incisivos, implacables, llenos de veneno.

Esto nos da pie, entonces, para pensar que Laureano se vestirá de blanco, frescos trajes de dril, cortados por los mejores sastres de Caracas; al contrario de la generalidad del venezolano que, como se hacía ver en un principio, viste de casimir grueso, y de modo que la apariencia para esa época de nuestro héroe es la de un aristocrático joven meridional. Un hombre con dos entradas bien pronunciadas en su frente, según se aprecia en las fotografías que se hace para ese entonces, una de las cuales viene inserta en la edición de sus memorias, y en donde ya se le ve una calvicie prematura, y la que pronuncia mucho más su frente; amén de que está vestido de blanco, a propósito de una toma que se le hace en un acto público, donde pronuncia un discurso; un traje de dril blanco, de corte cruzado, con camisa de cuello largo, y cortaba negra a rayas blancas.

Sin embargo, la conchupancia con el famoso periodista "de gris", no le será muy beneficiosa a la larga a Laureano, si es que se toma en cuenta que el mencionado sujeto comete el desliz, un día, de revelar en su columna, que la nueva Ley de Crédito Agrícola, que está a punto de aprobar el Ejecutivo, es

obra de Laureano Vallenilla Lanz, hijo, una infidencia que produce malestar en el ministerio de Agricultura, y así que el joven Vallenilla Lanz se ve metido, de pronto, en un grave aprieto; que va a tener como consecuencia la renuncia suya al cargo de consultor jurídico, y lo que viene a continuación demuestra que es verdad ese dicho, que dice que cuando a uno se le cierra una puerta, se le abre otra, a propósito de la oferta que le cursa por casualidad Arturo Uslar Pietri, al mismo tiempo, de que ocupe su cargo en el ministerio de Hacienda, mientras él va de seguidas al ministerio de Relaciones Exteriores. Es un aliciente para el director del BAP cuando Laureano le explica que él, de todos modos, pensaba renunciar, alegando lo de la oferta del ministerio, y así que recoge sus peroles y se marcha.

## II

El gobierno de López Contreras en lugar de colocarse el predicado de bolivariano, como era el lema suyo que aparecía por todas partes, ha debido escoger más bien el de gomecista, y en razón de que la sombra aún de este régimen se sentía sobre el suyo, un gobierno de arrogancia y abyección; las mismas caras de la época del general Gómez; un gabinete exitoso, por lo demás, aquel que él había escogido, debido a que en el país se sentía el efecto de la nueva bonanza económica, y así había una banca, según lo notariaba Laureano en su nuevo cargo, que se nutría del ahorro interno, y lo cual era indicativo para éste de que el país crecía.

Pero el decano de los ministros venezolanos, el hombre de las finanzas públicas, por excelencia, que es Román Cárdenas no está en ese gabinete. El ha sido inquirido por el gobierno de López Contreras para que forme parte del equipo; aunque se trata de un hombre que ha estado al frente del ministerio de Hacienda casi un decenio, cuando entonces inicia su labor en 1913, y no viene a salir de allí sino en el año 22; un hombre al que la fama lo persigue porque ha puesto a marchar al país en tiempos de la conflagración mundial, en el instante en que se han resentido nuestros ingresos fiscales; por lo que entonces actúa como un buen ministro de pensamiento liberal, y es procediendo a recortar el gasto público, lo que implica una rebaja en el sueldo a todos los empleados públicos, y de aquí que la alta sociedad caraqueña y maracayera, estatista al fin, se enemistare con él, y esto es el argumento que le saca, en realidad, Cárdenas a López Contreras cuando le plantea lo de que ocupe un cargo en su gabinete; le dice que nadie como el general Gómez puede defenderlo en una circunstancia como esa, cosa que trae a colación en sus diálogos con Laureano. He allí uno de los hombres a quien frecuenta mucho también éste.

En aquellos días de la infancia de Laureano, cuando entonces su padre pernoctaba con el rebaño, casa de su tío político, el ingeniero Melchor Centeno Grau, quizás éste recibía, justo, la titularidad del ministerio de Hacienda de manos de Cárdenas en el año 22, también ingeniero como él, y anótese como algo curioso en la historia de las finanzas públicas de este país, cosa que entonces señala que no fue desacertada la escogencia de Gómez, para el momento de nombrarlo a él, a pesar de que Cárdenas lo primero que le había puesto enfrente había sido su etiqueta de ingeniero; lo cierto es que el caudillo lo ve mejor administrador que otra cosa, y de manera que en este orden comienzan a dejar sus huellas los ingenieros en las finanzas públicas venezolanas. Su tío político ratifica a casi todo el personal de su antecesor; dicho sea esto para señalar que un reducto del mismo sería el portero del ministerio, y a quien se había traído Cárdenas de una lavandería al comienzo de su gestión; sujeto entonces que ha visto pasar por allí a varios titulares; una institución, digamos así, y que también se ocupa de colar café y hacerle los mandados al personal; alguien que, por lo demás, cumple ciertas exigencias al pie de la letra, como la de avisarle la hora del baño a uno de los oficinistas, quien se ducha delante de todo el mundo, a la orilla de un estanque, en donde nadan unos peces de colores.

Se trata de un personal que se hastía del poco trabajo que tiene que desempeñar, al punto de que sobre unos libracos, en donde se acumulan guarismos relativos a la deuda pública venezolana, los dos contadores colocan sendos periódicos humorísticos o sendas novelitas de vaquero, y así se olvidan por un momento de las minucias de aquel documento. Pero Laureano encuentra que la deuda pública es mínima en Venezuela, casi inexistente, y es por eso que éste descubre el ardid de sus dos subordinados, ya que le parecen demasiado grandes aquellos dos libracos para tan poco ejercicio contable. Luego, Laureano lleva el ambiente de la oficina a una novela francesa de finales del siglo XIX; el mismo escenario, se quiere decir, y para el colmo en ésta rueda una escopeta, cuyo lugar de custodia debe ser la cojitranca mesa del director de Crédito Público, que es el cargo que él ocupa; pero que, por razones de complementación de salario, ésta tiene puesto en la casa de empeño los últimos de mes, cuando el mundillo de los empleados está limpio, y necesita suplementos. Así que este aparato se mueve hacia esos postreros días del mes, lleva cierto destino; entonces sacará la escopeta el famoso portero del escritorio del director de la oficina, a quien hay que complicar, de paso, en el asunto; a modo de venir, a su regreso, con cuarenta bolívares, que son los que dan en la casa de empeño por ésta, y los cuales serán repartidos, equitativamente, entre los empleados. Existe una vieja historia con esta arma, como existe una fuerte dependencia con ella. La misma le fue incautada a un chino en el puerto de La Guaira, que presentó cierta comedia a la hora de

registrarse en la aduana, y desde entonces su ubicación había sido el cajón del escritorio del director del departamento de Crédito Público, y lo que recuerda Lozano es que la misma está allí desde hace unos veinte años; la fuerte dependencia viene por el hecho de que también desde entonces la misma siempre ha ido a parar a la casa del empeño, por lo que el propio Lozano no ha dejado de tener sus buenos sustos con esta arma; por no portar el permiso respectivo, a pesar de que al aparato se le envuelve muy bien; pero ha caído en la desgracia Lozano, aun cuando no ha sido sino víctima de un arresto de un par de horas, suerte, por lo demás, la de este Lozano, al igual que sus compañeros de trabajo.

Una iniciativa de Laureano consiste para ese momento en impulsar los estudios fiscales en el país, a través de los cuales se forma el personal que necesitan las finanzas públicas venezolanas. Se trata de una aspiración del ministro de Educación de entonces, y quien se la manifiesta a nuestro Vallenilla Lanz; en ese sentido, se le encomienda para que se encargue del respectivo estudio del tipo de educación que se debe ofrecer allí; lo que hace Laureano con idoneidad, de forma que al final de la tarea encomendada, para la inauguración del plantel, éste se sobra con un discurso, como se lo reconocerá el propio presidente López Contreras, ante quien lo pronuncia, lo cual constituye el segundo encuentro que tendrán ambos sujetos. Loable iniciativa, ya que Laureano hace todo esto con un gran desprendimiento, pues el Instituto de Administración Comercial y Hacienda, como así se llamará la escuela, no cuenta con presupuesto para pagarle a los profesores en el primer semestre; sin embargo, es una inversión que Laureano hace; teniendo presente que él imparte allí dos materias, en razón de que hay satisfacciones de grandeza espiritual para su ego. Se trata, además, de un ejercicio intelectual, si se toma en cuenta que Laureano se aboca a reflexionar en torno a un par de libros, que ha traído desde Francia, y esto constituye el bagaje de sus clases.

Pero, en lo que respecta a sus encuentros con el presidente López Contreras, Laureano, además, tiene ocasión de topárselo una y otra vez más, ya que él termina siendo de su entorno también, cosa en la que imita a su padre, con relación a Gómez, y lo que es Laureano, éste no deja de aparecer en las fiestas de la máxima jerarquía de este país. Esto significa que el susodicho está vinculado a los altos círculos de la capital, y es así como transcurre su vida, entre reuniones, fiestas, saraos, y donde se topa con gente: López Contreras, Isaías Medina Angarita, el futuro sucesor de éste, y quien, de paso, se ha convertido en el ministro de Guerra y Marina del gobierno lopezcontrerista, y todo este mundo es familiar para Laureano, y el cual ha salido de las entrañas más solapadas del gomecismo, como se decía atrás, ya que las primeras esferas penan en el extranjero, como consecuencia de un exilio, de forma que lo que se ha impuesto con López Contreras no es sino personal

subalterno de otro tiempo; mucho andino aún en las componendas, entiéndase así, y, en ese sentido, es de alto perfil la figura de Medina Angarita en el seno del gabinete, un hombre oriundo del Táchira, quien está unido por un extraño paralelismo con López Contreras, tomando en cuenta la historia de los padres de ambos, que habían entrado a aquella tierra en un pelotón del gobierno de Guzmán Blanco, y el que, justo, comandaba un tío-abuelo de Laureano. Así él lo había visto a Medina Angarita en su niñez sin mayor investidura, apostado a las puertas de un botiquín; aunque lo distinguía también como jefe de tropas en las formaciones militares, cuando entonces traía los cadetes de escuela militar a misa en la Iglesia de Santa Teresa, cerca también de la casa de Laureano. Es éste un hombre alto, y quien deja de ser aquel joven delgado, de pronunciada calvicie; para trasformarse en ese sujeto sanguíneo y de ancha cintura, con aspecto de Buda, como se le conoce a través de las fotografías de la prensa de la época. ¿Mucho andino? Obsérvese que entre los círculos políticos se habla de una candidatura a senador por el estado Táchira de Diógenes Escalante, a objeto de promocionarlo como fórmula para una posible presidencia de la República, y la que sería la otra carta de López Contreras, frente a ésta de Medina Angarita que, demás está decir, ya se ha consolidado. Escalante salió en su niñez del Táchira, apenas si conoce dos o tres personas de su medio; sin embargo, ésta es una decisión del aparato gomecista, en virtud de que él es el diplomático en quien más fe poseía Gómez. El hecho es que Escalante sí le confirma la especie a Laureano, en un momento en que se lo encuentra en el ministerio de Hacienda, cobrando una orden de pago; Laureano se presta para conducirlo hasta la sede de la Tesorería Nacional, mientras él se entretiene con el diálogo; husmea cosas, se mete en su vida política, son pasos muy bien cobrados aquellos los de Laureano, y por esta vía se entera, asimismo, que Escalante ha sido, justo, el autor de la literatura del Plan Trienal, que el presidente le ha presentado al Congreso, proyecto que ni siquiera él mismo deja de considerar un disparate, y lo que supone que López Contreras le tiene depositada una gran confianza.

En este instante, Laureano tiene la oportunidad de juntarse con un viejo amigo de la época de Los Chorros, con Eugenio Mendoza, un compañero que ha tenido mucho éxito en los negocios, y quien cabalga, junto con éste, largas jornadas a caballo, ya que Laureano se ha puesto en un alazano tostado de media sangre y entero, para utilizar el lenguaje de las caballerizas, y el cual se convierte en un verdadero tormento para las amazonas que montan yeguas. Ambos se levantan bien temprano todos los domingos, y se marchan, junto con sus respectivas parejas, hacia Los Mariches. Se trata éste de un joven que ha venido desde el puesto de contable de un almacén, hasta convertirse en un floreciente comerciante, sin poseer un título universitario. Es así como las mujeres le llueven para la época, y al instante de escoger

su pareja, y acordada la boda, ésta es celebrada rumbosamente, con asistencia hasta del propio presidente de la República.

Laureano está adscrito a algunas revistas francesas y, en ese sentido, se empapa de las novedades bibliográficas, que se han producido en la ciudad luz, y esto lo comparte con algunos amigos criollos o, en especial, con uno de los empleados del ministerio con quien participa de inquietudes intelectuales: un sujeto a quien conduce hasta su casa en el carro, por las tardes, cuando ambos salen del trabajo, ya que éste vive en un pueblito aledaño a Caracas, que se llama Antímano. ¿Hay un olfato intelectual en la persona? He allí cómo este sujeto intuye que un tal Jean Paul Sartre va a ser un filósofo famoso, y esto lo dice por un artículo suyo, que viene insertado en una de las revistas, que le ha facilitado Laureano, y la honradez intelectual suya consiste en reconocer que, entre tanto, él le ha pasado por encima al texto; lo que demuestra la insignificancia para ese momento del que décadas más tarde será el gran pensador francés existencialista:

-Ese hombre es un revolucionario en filosofía -le dice a Laureano-, será célebre.

Precisamente, otra de las peñas literarias que Laureano frecuenta de cuando en cuando en la Caracas de entonces, es la que conforma este sujeto, junto con un funcionario medio de la administración pública y un coronel del ejército, y quienes se denominan "Los morenos", y eso por la predominancia de este color en la piel de ellos. Seres en el fondo desprejuiciados, ya que más que racismo, lo que ha habido en el trópico son prejuicios; nada acartonados, porque de pronto les da por celebrar un chiste de lo más cursi, y en esto no escapan de ser venezolanos.

El criollo es un ser de ocurrencias, como diría Cecilio Acosta, por su espíritu ingenioso y feliz; pues resulta que José Gil Fortoul se consigue, según le relata a Laureano en una oportunidad en que lo pasa a saludar por el ministerio, con que cierto día, estando él investido de presidente de la República, en momentos en que se desplaza en un carro presidencial por las calles de Caracas, en compañía de sus hijos y sobrinos, que van disfrazados de capitanes, además de un perro lobo, se le antoja decir a un borracho:

-Ni presidente ni capitán ni perro. Eso no es más que un carro.

¿Qué le queda a Gil Fortoul? Reírse. Si algo hubiese que reconocerle a éste fue su humildad. Observemos cómo el sujeto se desplaza en un automóvil por Caracas investido como presidente de la República. No fue un hombre de negocios, aun cuando no se pudiera negar que otras figuras del gomecismo se enriquecieron en el poder, lo cierto es que este ilustre notable termina viviendo con una pensión del Estado, que se otorga por haber estado en la primera magistratura. No pasemos por alto, además, que Gil Fortoul ha asimilado por sus venas la cultura de la razón ilustrada, y que proclama, junto con

la época, que por encima de todas las cosas está la civilización. Estos positivistas cada uno tenía una pose; Pedro Manuel Arcaya le producía a Laureano la impresión de un profesor alemán universitario; Gil Fortoul le producía la impresión de uno inglés, y así que de tarde en tarde el viejo maestro se toma la molestia de ir a visitar al hijo de su gran amigo y colega de profesión, como se deduce de aquí.

Hay una parte divertida del trabajo de Laureano, y la que consiste en revisar las gacetas oficiales del régimen de Guzmán Blanco, entre otros, porque quizás le produce interés el tono costumbrista que se respira en ellas, y en donde se reseñan hasta las recepciones que ofrece el Ilustre Americano. También esculca entre alguno que otro nombre; resonancias que le producen recuerdos, ocurrencias de algún sujeto, que ha leído en otra parte, como aquel general Cornelio Perozo, director de correos, que frecuentaba la casa presidencial muy a menudo, y a quien habían puesto a cambiar un corset, que no le había quedado bueno a la cuñada de Guzmán Blanco, una vieja solterona y caprichosa; por lo que el funcionario, para diferenciarse de aquella prenda, a la hora de hacer la diligencia, alegó que se trataba de una tarea que si no la cumplía, tendría inevitablemente que retirarse de la política. He allí una vez más, puesto de manifiesto el humor del venezolano: entonces se decía en Caracas que una enfermedad, de la cual sufría este sujeto, y que le había tumbado los dientes, como parte de su lengua, se debía a que el fulano violaba la correspondencia, que se tramitaba por la oficina a su cargo, por capricho de doña Ana Teresa y de su cuñada, la famosa vieja caprichosa. Pero el tercio era capaz de prestarse para el papel de borrego, en virtud de que tenía la posibilidad de manipular las cuentas. El borrego es borrego hasta cierto punto. El hecho produce cólera en la persona, que ejerce el poder, en efecto, como fue el caso de Guzmán cuando dedujo que el susodicho le había agregado un cero a una orden de pago, que había librado a favor suyo, y mediante la cual se le financiaba la reconstrucción de su boca, un tratamiento que se seguía en Curazao, en la clínica de un doctor famoso, de quien le habían dado referencia a Perozo; de manera que sus alforjas se fueron bien cargadas con seis mil pesos, en lugar de los seiscientos que estipulaba la orden de su jefe. El ministro de Hacienda era don Eduardo Calcaño, un reputado economista de la época, y de modo que en una rendición de cuentas de uno al otro salió a relucir lo del pagaré por los seis mil pesos, por lo que Guzmán no atinó sino a decir:

-¡Qué bandido! Le agregó un cero al papel. Si eso hace sin dientes, como será cuando se ponga la plancha.

Al tiempo que Laureano revisa lo que ha sido la memoria y cuenta del ministerio en un pasado, también repara en el futuro más inmediato, que le espera a la patria, y es aquí donde viene a jugar cierto papel la figura de Ramón Eduardo Tello, su superior en el ministerio, ya que éste prevé que

la gran conflagración mundial, que amenaza con estallar, está próxima, y la experiencia le dicta que el hombre precavido vale por dos, de modo que su labor más inmediata consiste en abocarse, junto con su asistente, que es Laureano, a preparar las finanzas públicas para cualquier eventualidad que se pudiera presentar, derivada de algún efecto dominó, digamos así. En el plano internacional está el peligro latente de Hitler, que comienza a invadir la llamada Europa del Este, y el hecho es que hay mucha gente que regresa a América, como las hermanas de Laureano, quienes acuerdan volver a Caracas. El tiempo está turbio, hay densos nubarrones, como se diría en términos metafóricos, y la conclusión a la que llegan don Ramón Eduardo y Laureano es que el acuerdo de Munich, apenas sirve para encubrir las ambiciones de Hitler. Se ha señalado que la teoría de Vallenilla Lanz es precursora del nazi-fascismo, y, sin embargo, Laureano no se muestra seducido por Hitler. Lo considera un "iluminado", que no tiene más virtud que la de arrastrar multitudes; "pintor de brocha gorda", uno de los calificativos que le tiene, y a quien considera bastante lejos del "príncipe del pensamiento", calificativo que entonces guarda para Bismark. A los ojos de Laureano el régimen suyo es un régimen falso; toda la valentía de Hitler consiste en apoyarse en una "admirable" organización militar, como considera al ejército alemán; por lo que una victoria suya no se puede anotar como parte de un talento innato de su condición de líder. Hay de falso en ello en lo que, justo, Nietzsche le criticaba al drama wagneriano: sólo acartonamiento; nada de contenido. Hitler es un hombre entusiasta, formado en la atmósfera de un mundo exaltado por hombres como Gobineau y Lawrence, que creen en la supremacía de la raza aria, pero donde sólo hay un actor, que no pretende sino representar un delirio, el delirio de "grandeza histórica" de un pueblo, y es por esta vía por donde éste termina reproduciendo el papel de un personaje de Wagner, según el punto de vista de nuestro Vallenilla Lanz.

De modo que Tello y Laureano le salen al paso a cualquier efecto dominó, que se pudiera presentar por una eventualidad, derivada de una ola de crisis, como había ocurrido en el año 29, y es así como sale a relucir el nombre de Román Cárdenas en estas circunstancias, ya que ambos sujetos reparan en el hecho de que, en la oportunidad, no es necesario apelar a aquellas medidas draconianas, de las cuales él tuvo que echar mano, puesto que ya no es sólo de la recaudación tributaria de la que depende el país, y hasta observan que, de alguna manera, el erario público se verá favorecido en esta próxima coyuntura, ya que se estima que el precio del petróleo va a subir; aparte de que la nación cuenta con suficientes recursos en lo que hoy en día se conoce como las reservas internacionales. Es así como se ve la naturaleza del carácter volátil que va a tener el petróleo, a continuación, en la vida económica venezolana, a pesar de que en esta oportunidad el arcano de la Rueda de la Fortuna

favorece al país. Téngase en cuenta que el papel que realizan ambos en el ministerio es el de elaborar, en coordinación con los diversos entes estatales, el proyecto de presupuesto que debe ser presentado al Congreso de la República.

Por sugerencias del propio Tello, Laureano invierte en el mundo financiero del alto capitalismo, y por esta vía adquiere acciones de la Bolsa de Nueva York; pero además invierte en el área de bienes y raíces de Caracas, de forma que, con ocasión de un arqueo que hace en un momento determinado de sus cuentas, repara en que ha recuperado el doble de lo que había gastado con motivo de su viaje a Venezuela; aparte de que la familia acuerda adquirir una casa en Los Chorros, donde van a vivir sus hermanas, y aquí habría que contabilizar también parte de su capital. Quizás un detalle sin importancia es referir que Laureano, de pronto, hace una compra nerviosa de neumáticos para su vehículo; estima que este producto va a escasear durante la guerra; no obstante, así vemos una época, en el que cada uno expresa una forma de psicosis, cosa que se traduce en una suerte de fetichismo, y, justo, por la cercanía de la conflagración; pues ¿en qué cabeza cabe que de los insumos de la industria automotriz, sólo va a escasear este producto?

Pero no anda muy equivocado Diógenes Escalante, cuando le dice a Laureano que el famoso Plan Trienal del general López Contreras no es más que una sarta de disparates, pues a esa misma conclusión llega Tello, quien analiza el proyecto que allí se expone, con ojos de estadígrafo, y lo que resulta es que las obras prometidas van mucho más allá de lo que la capacidad del país puede; una exageración de cosas, algo sólo llamado a entusiasmar a las masas incultas, y de donde concluye éste que al presidente lo mueve mucho la irresponsabilidad.

## III

Entre el ministro Parra y Laureano se da una amistad, que le permite a éste ganarse la confianza de su superior, al punto de que aquél se lo lleva en su carro alguna que otra tarde para el Country Club, donde toman un par de aperitivos, y es así como se da el hecho de que, de pronto, lo coloca al frente de la Dirección de Aduanas; un cargo un tanto peligroso, sobre todo, por la condición moral suya, en un medio en el cual sólo cuenta el ser corrupto; se trata de un puesto en el que se puede combatir el contrabando, el problema estriba en que hay que vérselas con gente desalmada y cruel, a la hora de un conflicto, capaz de jugarse cualquier cosa; lo que no será obstáculo para Laureano que, entonces, irá al fondo del asunto, y así comienza a decomisar cosas en su labor de jefe del control aduanero del país; todo al pie de la letra, en una especie de búsqueda de un modelo de funcionario probo, y avalado

por el propio Parra, quien lo insta a crear la comisión revisora de la normativa de las multas aduaneras, en el plano interno, y a poner en práctica lo que se denomina un museo de aduanas; museo en el cual se clasifica la mercancía que se trae al país, de acuerdo a ciertas denominaciones.

Se trata del momento en que ese mundo de las transnacionales petroleras, del que se ocupa hasta el detalle Betancourt en ***Venezuela Política y Petróleo***, sienta sus reales en el territorio nacional, con un cierto apetito voraz, y con nada de decencia; al punto de que Betancourt denuncia vilezas por parte de las compañías, en lo que atañe a la forma como saquean la materia prima del país, y la miseria que pagan por ésta; el petróleo da mucho que hacer para la época, y así que Laureano se ve inmiscuido en sus vicisitudes en este instante, en el que nace una intriga en su entorno, porque se ve parcializándose por la *Standard Oil* en cierto litigio, que se le sigue a ésta por unos compromisos, que se niega a reconocer; Laureano considera que a la transnacional le asiste la razón, y lo que consigue es que le dirijan un anónimo al ministro Parra, donde se le acusa a éste de vendido al capital foráneo, y cosa que llega al caso, cuando ambos hacen su acostumbrado paseo en automóvil por las tardes.

Su concepción de un Intendente de Aduanas, como se le conoce hoy, modelo se mide por el hecho de que, al llegar, abre una licitación, para contratar el transporte que debe trasladar la sal desde las salinas de Araya o de la isla de Coche, transporte que actúa bajo el sistema del monopolio; en connivencia con algún jerarca del gobierno, y la democracia que instaura Laureano, en ese sentido, permite que en lo inmediato el flete baje de precio.

Después de leer los ***Diarios*** de Rufino Blanco Fombona, nadie se explica cómo pudo sacar nuestro Vallenilla Lanz a semejante bárbaro de su oficina; tomando en cuenta que el susodicho se presenta un día cobrando un par de facturas que le debe el ministerio, a propósito de unas habilitaciones, y ya que el empleado de la dirección de Aduanas le aconseja que se dirija a la dirección de Administración, éste se torna malcriado e intransigente; hace salir a Laureano de su despacho, y es así como nuestro personaje lo conmina a que abandone la oficina. Estamos ante un ser pendenciero, duelista y, para ser psicólogos, narciso; con la facha de un jefe civil de pueblo, esto es, con faja ancha sosteniendo sus pantalones, sombrero no menos ancho, y de vera debajo del brazo; tal cual lo termina de detallar Laureano, a continuación; cuando va entonces éste a quejarse donde el ministro, y el ministro lo cita de inmediato para su despacho; ambos se consiguen frente a frente, y quien dobla la cerviz es el propio Blanco Fombona:

-Dispénseme. Estaba ofuscado. Se conoce que usted también es calentón, de buena raza.

En esa época de virilidad excesiva, éste era el tercio que se ponía una

flor en la boca, y caminaba con ella por los bares del entorno de la Plaza Bolívar de Caracas, a la manera de un afeminado, de modo que alguien le dijera algo, y éste por respuesta le acomodara un verazo. Medía más de un metro ochenta de estatura, aparte de que era musculoso porque alzaba pesas. Cada media hora tenía un peo con alguien, por lo que cada media hora se batía a golpes con un incesante rival; mujeriego el tercio; pero hay quien duda de ciertas cosas, relativas a conquistas amorosas, que él coloca en sus famosos *Diarios*. El hecho es que priva la amistad que reinó entre su padre y Blanco Fombona, sostenida por una admiración mutua, cosa que lleva a decir a Blanco Fombona que el viejo Laureano es la inteligencia más preclara que ha conocido en su vida; elogios de esta naturaleza, y lo que se quiere referir es que el episodio con el ministro termina en un agasajo, en el sentido de que Blanco Fombona invita a Laureano a almorzar, y lo que viene a continuación, en términos de diálogo, refleja el testimonio de un ser desarraigado, alguien que se ha pasado veinte años fuera del país; que descubre que sus luchas y desvelos no han sido más que sueños de un romántico, que la nueva Venezuela eso no se lo agradece, y es así como cae en cuenta de que más vale que se hubiera afiliado al partido de Gómez. Entre otras cosas le dice:

-Nosotros fuimos la generación desgraciada, un grupito de intelectuales reducido y sometido por burros; sitiados por el hambre. Quiera Dios que te corresponda una época mejor, más civilizada.

Pero a las figuras cimeras del gomecismo todavía se les acosa, y esto se observa en el juicio que se le sigue a Pedro Manuel Arcaya; sujeto que tiene que presentarse por esos días en Venezuela desde los Estados Unidos, en el momento en que el Procurador General de la nación lo acusa de una supuesta malversación de fondos públicos. Habría que advertir que, durante el juicio, Arcaya cuenta con público en la Corte Suprema de Justicia, ya que se le aplaude en el instante en que le saca al acusador una carta de debajo de su manga, y la que consiste en demostrar que uno de los beneficiarios de esa partida de fondos es el presidente de la República, el propio Eleazar López Contreras.

Y si algo no le perdonaba Laureano a Mariano Picón Salas era eso, el ensañamiento contra su padre, que ya lo había demostrado en hechos, como seguir llamándolo, junto a Arcaya, precisamente, los sociólogos del gomecismo, y esta intolerancia la iba a manifestar, una vez más, con ocasión de un almuerzo, que se realiza por esos días en el Country Club, y para el cual están invitados él y el escritor andino; Picón Salas en la ocasión es toda simpatía con él, Laureano, por el contrario, ni lo destapa:

-¿No le parece Gabriel Tarde un sociólogo trasnochado?, le pregunta Picón Salas.

-Si nos seguimos por su apellido... -le responde Laureano.

Entonces se lo han sentado al frente durante el almuerzo, y Laureano lo considera una carga porque, en efecto, el tercio demuestra que es un hombre culto, sólo que ve en él una suerte de estanque de sabiduría, y la que se le derrama a borbotones. He allí la parte de la carga, y si mencionamos el hecho de que el tercio es achilenado, y que martilla a Chile para todo, a propósito de la influencia que éste tiene de su cultura, ya nos imaginaremos el grado de aburrimiento de Laureano; luego, hay la impresión en éste de que el sujeto no es más que un narciso de la palabra, de que no quiere sino oírse, y esto lo ha comprobado porque, a la larga, le ha puesto más atención a la conversa, que al apetito. Así ha estado entre uno y otro bocado, con unas manos llenas de gestos, y encima la paja loca de su parla. Aparte de que éste lo mira mal por una cierta fragilidad, que encuentra en Picón Salas, al punto de compararlo como un perrito faldero; un ser que para entrarle, en un comienzo, se ve en la necesidad de llevarse las manos a la altura del pecho, como manía de una inseguridad. Un ser alto, rubio; con la chaqueta mal abotonada y gafas de miope. Es así como le dice:

-Quería conocerlo. Ignoraba que don Laureano había dejado descendientes. Lo supe después de una mala interpretación dada por usted a unas declaraciones mías. He olvidado el incidente. Le ruego olvidarlo también.

A la mañana siguiente, refiriéndole el acontecimiento a alguien, se entera de que el sujeto le ha vendido su biblioteca a la nación; lo cual lo considera un acto de corrupción, pero no tanto por la existencia de un sobreprecio, por ejemplo, sino porque opina que lo que hay allí no son más que libros viejos, basura, en su conjunto. Y eso sin entrar en detalles del famoso banco, que decía Laureano que había quebrado el papá de Picón Salas, y de su huida hacia Chile.

En el ministerio hay un denunciante de oficio, es decir, lo que antes dijimos que era un asesor de imagen corporativa, un periodista, un tal Alejandro Gómez, a quien el ministro tiene enclaustrado en Hacienda con un sueldo de quinientos bolívares, de modo que suelte cosas, como esa de los Picón Salas, en ese eterno combate de negaciones y descalificaciones, en los que cae el venezolano en el ámbito de la opinión pública. Es un ser inmodesto, en un medio en el que está el humor por delante, y así hay el que le sale al paso a otro cuando se pone a decir cosas, como que tiene una cita con el secretario de la presidencia; fanfarronadas de este tipo, a modo de que se sepa el tipo de vida pública que lleva, y fanfarronadas para las que posee respuestas irónicas el doctor Pedro Silvera Rodríguez, uno de los empleados de la oficina, que mandan a callar, por lo demás, al fanfarrón, y a quien Gómez le tiene el apodo del "indio"; un cañón que éste le tiene, porque sabe que, en el fondo, le molesta el mote, y así están el uno y el otro, en una suerte de concurso verbal:

-Buenos días, indio.

-Buenos días, negro del carajo.

Hay un Rolando Anzola, un poeta, que ya no es entre el personal que se gasta sus bromas; esta vez es por teléfono que las echa, y su víctima preferida es un sastre, amante de la fiesta brava, a quien enreda con un marcado acento español, refiriéndole cosas relativas a una corrida fantasma, que se prepara para una próxima fecha, a modo de crear expectativa en el pobre, quien se ve impelido a preguntar por el sujeto de cierto nombre, homónimo del suyo, que se menciona en el grupo de toreros participantes, y es así como Anzola le responde:

-Antonio Lippo el come mierda

Y el contagio de la risa de éste cuando cuelga la bocina conduce a una carcajada colectiva.

En sus conversaciones con el viejo Ramón Eduardo Tello, Laureano enfoca el problema arancelario venezolano, al cual le ha hecho una seguidilla, como parte de la responsabilidad de su cargo, y de allí que lo encuentre a éste demasiado excesivo; algo que dificulta la libre importación, y que, en cierto sentido, incide sobre el control de la calidad de la producción industrial: he allí el problema, en su esencia; normativa que es desconocida gracias a la nula competencia que va a privar en el país, por una parte, y al soborno, por la otra, y esto quizás por una equivocada política de protección a la industria nacional. El venezolano es mal fabricante porque es tramposo, y a Laureano le consta el caso de un sujeto, que introduce láminas de zinc de baja calidad al país; les hace la permanente con una máquina especial, y cada una de ellas la vende como de primera, lo cual es una deformación de lo que se entiende por cultura del progreso. He allí el escepticismo del campesino venezolano frente a los productos de la modernidad, y el por qué éste se arraiga a su techo de paja, que no es más que un emporio de chipos, y de otros animalejos, que nos causan las enfermedades.

Lo que tanto temía Laureano trasciende el primero de septiembre de 1939, cuando al atardecer compra un vespertino, atraído por un titular, y en el cual se informa lo de la invasión a Polonia por las tropas alemanas. Se cruza, además, la información de que Francia y Gran Bretaña le han declarado la guerra al *Reich*, de modo que el escenario noticioso es bélico; cosa para preocupar a Laureano no sólo por la perturbación que le depara la conflagración mundial en sí, sino también porque su mente se va hacia el medio francés en el que convivió; los profesores amigos suyos de la Facultad, además de sus ex condiscípulos y, en especial, hacia su amigo Roger Colas a quien supone ya en trance de movilización de acuerdo a la línea de su partido.

De aquí en adelante, Laureano no va a estar sino para las redacciones de periódicos, las cuales, además, se ven muy concurridas por esos días, ya que los que tienen acceso a ellas quieren poseer la información de primera mano,

y en esto Laureano entra en nuevos contactos. Le atrae la amistad de un sujeto moreno, cabello gris liso, piel aceitunada, y quien conforma una peña con un par de poetas y filósofos, que se reúne todos los atardeceres en la botillería de Vicente Turco a comentar en grupo las novedades; un ser más bien formado en la praxis, que en la teoría, como Laureano lo puede comprobar una vez que determina que en su preparación no hay abundancia de cultura, aunque éste lo considera el primer revolucionario que conoce en la escena política venezolana; si es que se toma en cuenta que los otros, que ha conocido Laureano del pasado, esto es, los jefes montoneros nunca se han acercado al pueblo; al contrario de Valmore Rodríguez, quien viene de sostener una larga actividad en el movimiento sindical de las compañías petroleras del estado Zulia, y quien figura para ese momento como una de las cifras de la izquierda venezolana. He allí por quien Laureano se interesa. El sujeto carga detrás de su pasado el hecho de haberse enrolado en las filas del ejército norteamericano, en momentos en que se desarrolla la primera guerra mundial, y luego el haber participado en las luchas clandestinas que se libraron en este país en contra de la dictadura de Gómez. De tarde en tarde Laureano lo lleva a su casa en automóvil, y es entonces cuando sale un tropel de críos a recibirlo en la puerta, al estacionarse éste frente a ella; se trata de un sujeto que posee una familia numerosa, y así es un ser limitado de recursos, a pesar de que Laureano consigue algo para él, y es el hecho de que se le pague una colaboración fija en un periódico, cosa por la que Valmore no dejará de estar agradecido.

Y eso que en un principio éste sentía prejuicios por la condición de *play boy*, como se decía entonces, de Laureano; ya que pertenece al aristocrático mundo del Country Club, cuando Laureano le hace ver que, justo, esto no es más que un prejuicio, si se toma en cuenta que, para integrar la nómina del mencionado club, no se necesita ser potentado, y que la prueba está en que éste había sido fundado por su padre y José Gil Fortoul, entre otros; es decir, a juicio de Laureano, el club de la burguesía emergente es tan democrático como el país.

Porque, además, éste parte de que en Venezuela no ha habido posibilidad de conformación de una cierta capa aristocrática, toda vez que las fortunas que imperan en su medio no pasan de los cien años. El estado de semi-anarquía, en que ha vivido el país, no ha permitido el florecimiento de fortunas seculares, de modo que se pudiera hablar de una selección de familias, que a la postre terminan refinando su espíritu, ya que aquel estado de semi-anarquía implica la continua llegada de los bárbaros, con su voracidad caribeña, y esto, como si se tratara de una plaga de langostas, acaban con títulos nobiliarios, posiciones, encumbramientos, y de modo que el que es rico hoy, mañana es pobre: "categorías económicas inestables caracterizan el medio", elucubra Laureano con su visión de mundo sociológica. Sucede como el cuento del loro, a

quien se le está enseñando a vivir sin respirar y, justo, cuando ya lo aprende, el pajarraco se muere.

En ese sentido, Laureano cae en cuenta de que en Venezuela es rara la familia apegada a las reglas y a la etiqueta social, de modo que no hay cultura de la reliquia. No se heredan los objetos de valor o las obras de arte de generación en generación; verbigracia, vajillas que datan del siglo XVIII, por lo que el venezolano está en una constante renovación; todo es nuevo, la vida comienza una y otra vez, como en el mito de Sísifo, y de aquí que cada pareja, que forma un hogar, comience por comprarlo todo, desde el mobiliario de la sala, hasta las pailas de las cocinas, porque todo se va en los saqueos.

Atrás hablábamos de fetichismo: es aquí donde la psiquis del venezolano se desborda pensando que él es dueño de todo cuanto no posee, a la manera de don Pedro Emilio Coll, y así ve una suerte de fetiche el objeto que ha sido obtenido producto del saqueo; tanto por la hazaña de poseerlo en medio de desmanes; como por el hecho de haber pertenecido a la clase pudiente. He allí lo que la propia teoría Vallenilla Lanz conoce como igualitarismo hacia abajo. No el subir hasta el nivel de alguien, sino en bajarlo, en un contrasentido civilizatorio: no puede haber tradición de reliquias en una sociedad tan volátil, como la nuestra. Venga al caso, dice Laureano, Francia, que es un país con una aristocracia perfilada, y donde no sólo la costumbre de la reliquia familiar se contempla entre la burguesía emergente, que es la primera contagiada, sino que también en el seno de las propias familias de obreros se recibe en herencia un cuadro, una bonita mesa, un juego de cubiertos, que datan de unos doscientos años atrás, y que marcan una estirpe. De esta manera, en la familia Vallenilla pasa por un milagro la conservación de la biblioteca de su abuelo José, y aquí habría que anotar un cierto pesimismo en Laureano, toda vez que él considera que, aún así, nada puede decir que ésta esté a salvo. El proyecta su destino político, junto con el de sus hijos, y así señala que a uno o a otros se la van a saquear algún día, y así nada va a atestiguar sobre las veleidades intelectuales de los ancestros de aquella rama consanguínea.

¿Hemos dicho que Valmore Rodríguez es una cifra connotada en la izquierda venezolana? Hacia esos terrenos trata éste de atraer a Laureano; sin embargo, aquél piensa que una "violencia revolucionaria" no tiene razón de ser en Venezuela, y así que considera que las condiciones están dadas para una reconstrucción del país desde otro punto de vista, de la continuidad y no de la ruptura, y entonces habla más bien de partir del principio de la paz; así como de aburguesar a las masas de proletarios venezolanos. Laureano viene de un país donde los procesos de democratización han permitido el aburguesamiento de sus ciudadanos. Observa que el voto de pobreza es algo que persigue mucho la nacionalidad venezolana, y lo cual es algo que no sólo se aprecia en el modo de ser de gente como don Pedro Emilio Coll,

que proclama una filosofía cínica de la pobreza, sino en el propio himno de la República, sobre todo, en la estrofa que dice "y el pobre en su choza, libertad pidió". Le dice Laureano, en ese sentido, a Valmore que, en lo particular, él no es pobre un carajo.

¿Qué partes de la guerra se transmiten por esos cables de las agencias internacionales? El mapa europeo adquiere nuevas configuraciones, a raíz de la invasión de unos estados por otros. Se trata del momento en que Stalin se adueña de Estonia, Lituania y Letonia, mientras Hitler hace de las suyas con Polonia. Por otra parte, Laureano recibe carta de su amigo Roger Colas, quien se encuentra en la Línea Maginot, y a quien le da por calificar esa guerra de fastidiosa, algo como decir que no se ha oído un solo disparo en el sector que ocupa. A continuación se desatará la invasión a Bélgica y Holanda por parte de las tropas alemanas, lo que significa que enseguida están éstas en París, y así que cae una Francia en manos del todopoderoso ejército teutón, cosa que hace lamentar a Laureano y, en este sentido, su casa se ve visitada por gente de esta nación, que está en Venezuela en calidad de residente, y lo cual da lugar para que más adelante, Laureano, junto con su amigo Jacobo D. Dib, conformen el Comité Venezolano de Francia Libre.

Para la época, Jóvito Villalba es uno de los más descollantes líderes de la política venezolana, protagonista de los sucesos de febrero de 1928; ex presidente de la famosa Federación de Estudiantes de Venezuela, y el sujeto viene al caso porque una visita suya a la oficina de Laureano en el ministerio le traerá algunas consecuencias que lamentar allá en lo adelante, y ya a partir de aquí se anuncia un cambio en las condiciones existenciales suyas. Lo cierto es que Villalba no conoce a Laureano; lo que no significa que no sean amigos, y aquí entra el hecho de la tradición familiar, una amistad que viene por ancestros, por cuestión de abuelos; entonces entrañables para la época en que habían vivido, aparte de que otro de los Villalba había sido maestro y amigo de su padre; y así que desde aquella primera oportunidad, en que Jóvito se digna acercarse hacia la oficina de éste, en busca de un par de contratos para un grupo de margariteños, dueños de unas goletas, y quienes quieren dedicarse al negocio de transportar sal; desde aquella oportunidad, se decía, ambos sujetos hablan como si se conociesen de toda la vida. Laureano le encuentra un gran parecido a Villalba con su primo José de Jesús Vallenilla, lo que implica el que en algún momento ambas ramas se han cruzado consanguíneamente.

No se pase por alto que Laureano se ha dedicado a combatir el monopolio, que hasta ahora ha existido en esta área del transporte, y así que viene una acusación por esta vía. Jóvito no deja de ser considerado un subversivo en ese momento, de tal forma que el presidente López Contreras le manda a decir, por intermedio del ministro Parra, que ya ha llegado a oídos suyos el hecho de que recibe comunistas en su oficina. Luego de lo cual éste comienza

a ventilar la posibilidad de labrarse su independencia económica, cosa para la que, además, lo incita un colega amigo suyo, quien lo anima para que ambos abran un bufete jurídico, y de la noche a la mañana este hecho se va a hacer realidad.

## IV

En ese momento, Arturo Uslar Pietri ha sido nombrado ministro de Educación, persona a quien no dejará de acudir Laureano en estas circunstancias, y es así como, por este conducto, nuestro personaje va a ser llevado de nuevo hasta el presidente Eleazar López Contreras, y quien de momento tiene cosas que hablar con él. Quizás éste considere intempestivo el modo como ha abandonado el gobierno. Estamos ante un joven que se ha decidido a trabajar por su cuenta, y así que por aquí comienzan sus respuestas, pero ante todo obsérvese que esta situación se presenta en las mismas condiciones que la primera. Hay un conducto que se libra a favor de que Laureano entre en comunicación con el ciudadano presidente, cosa en la cual intervino la primera vez un viejo amigo de su padre, en las presentes circunstancias es "su compadrito"; tanto en el uno como en el otro caso Laureano recibe senda convocatoria del palacio. Es así como le trae a colación el mensaje, mandado a decir con el ministro Parra; no era para que se fuera a marchar: simple advertencia; en dos palabras, el presidente no quiere que se vaya. Algo descubre Laureano, no obstante, y es el hecho de que trabajando, en forma independiente, gana más, y así le queda tiempo para dedicárselo a su mujer, con quien sale ahora a deambular algunas tardes por los alrededores de la laguna de Gamboa Caracas, de modo que le rechaza la petición a don Eleazar, y éste a partir de aquí queda con una soberbia inmensa, y que se la pinta el día que se lo encuentra en la inauguración del Teatro Boyacá, una sala de espectáculos que abre su primo Vicente Vallenilla Lecuna, cuando que ni lo mira; mientras la esposa de éste, doña María Teresa, rebosa de afectos hacia él.

Téngase presente que a Laureano le sobra en aquella administración pública lugar donde ubicarse, a propósito de la soberbia de López Contreras, y para el caso tráigase a colación sólo el hecho de que el ministro de Guerra y Marina, Isaías Medina Angarita, se le ha puesto a su orden, con ocasión de un encuentro, que se ha de suscitar, como consecuencia de la participación, por parte de Laureano, en un conflicto de competencia entre la Contraloría General de la República y el ministerio de Guerra y Marina, conflicto en el cual éste ha intermediado en calidad de funcionario del ministerio de Hacienda, y así el ministro ha llegado a tal disposición con respecto a Laureano, tan pronto lo consigue en este tejemaneje. En el conflicto se tiene que interpretar lo

que es material de guerra, ya que hay una disposición en la ley, en la que se establece que no es competencia de la Contraloría el inspeccionar dicho material; el ente, en cuestión, quiere que se aclarare la ambigüedad de este término. Lo que alega Laureano favorece al ministerio de Guerra y Marina, ya que amplía el concepto de material de guerra hasta la comida de la tropa; aunque el agradecimiento por parte de Medina Angarita no viene por el hecho de que haya favorecido éste el estamento militar, sino porque él siente por el otro una gran deferencia.

Aquí llegamos al instante cuando Laureano demuestra que, por encima de todas las cosas, está La Nena, su mujer, y a través de un episodio que se desarrolla con unas prostitutas una noche en una casa, que tiene Medina Angarita en El Valle, con ocasión de un sancocho que le prepara la señora del coronel Ulpiano Valera Rato; comida de soltero, como se lo explica para el momento en que lo invita. Aparecen unas fulanas en medio de la función, y hasta una de ellas se larga a ofrecer un recital con poemas como "La Casada Infiel", de Federico García Lorca, y "Nocturno", de José Asunción Silva; las tipas se ponen bravas porque, a medida que transcurre la velada, en la cual hay abundancia de whisky y pasapalos, la parte masculina se muestra muy pasiva, y así que no llegan a nada; comienzan a recriminarle a Medina Angarita el hecho de que las hayan dejado como unas zoquetas dos horas sentadas, sin que los caballeros hayan sentido motivación alguna por ellas. ¿Y qué es lo que tanto absorbe a éstos, para mantenerse en un total estado de confidencia? Por una parte, la guitarra de Fernando de la Concha, que ha estado por allí; los chistes de Enrique Khol y, por la otra, los cuentos de las aventuras políticas de un tal Manuel Silvera, un hombre que había sido amigo de infancia de Laureano por razones de vecindad allá en la casa de Reducto. La hoja de militancia activa de Silvera comienza con su participación en los sucesos de la Semana del Estudiante de febrero de 1928; luego se suma a un alzamiento en la población de Guatire, al que lideriza un sujeto a quien se le apoda el "Piquijuye", un sujeto que va a terminar en la cárcel de La Rotunda, al igual que Silvera, después de lanzar una proclama, en la cual anunciaba que colgaría al tirano y a sus satélites con las tripas de los curas. Es decir, Silvera pertenece a la Generación del 28, una generación de héroes, y es de héroe en ese momento el mostrar las marcas de los grillos, que se llevaban cuando se estaba en La Rotunda, como lo hace, a continuación, Silvera a modo de patentizar su martirio.

Se trata del momento en el cual López Contreras está en el dilema de renunciar a la presidencia o ejercer por dos años más, ya que el ejercicio para el que ha sido electo comprende siete años; sin embargo, al comienzo de la década de 1940 el medio venezolano quiere renovación en la estructura del poder, y de hecho esto ha creado una división en el país político: hay

quienes apoyan la candidatura de Diógenes Escalante; hay quienes apoyan la candidatura de Isaías Medina Angarita. Sobre el primero pesa el hecho de haber sido ministro de Relaciones Interiores, y en donde hay los saqueos contra las figuras prominentes del antiguo régimen, y tan pronto ha caído el gobierno del general Gómez, y por esto se habla de una traición de López Contreras. Se trata de una política de Estado que él promueve, y la que consiste en ir contra las figuras de alto perfil del gomecismo, a manera de ganar aplausos por esta vía, y ante un pueblo enfermo de rencores y, en este sentido, hay un destape de pasiones en el colectivo al permitírsele saquear, verbigracia, el 14 de febrero de 1936, y escenario que ahora se le achaca a Escalante, pero, sobre todo, por su actitud de desidia durante el desmán. He allí la interpretación del viejo Vallenilla Lanz, que viene al caso, al respecto, cuando entonces éste analizaba la participación de Jóvito Villalba en la manifestación, que había dado lugar a estos saqueos, y la cual había gozado, por lo demás, del saludo del presidente de la República, al momento de pasar ésta por Miraflores; hecho que ya había acontecido, a su juicio, en la época de Rojas Paúl, quien también se había prestado a saludar a la manifestación, que iba a linchar en aquel instante al guzmanblanquismo, desde el balcón de la Casa Amarilla; lo cual corroboraba su tesis de que las sociedades tendían a reproducir los sucesos una y otra vez, de acuerdo a las características de sus tendencias pasionales, y que una y otra vez se repetían las mismas escenas demagógicas en la historia de nuestro país. ¿Acaso el gomecismo ofendido se venga en la persona de Escalante, en esta oportunidad? Este habla, en ese sentido, de una guerra sucia; en especial, se lo comenta a Laureano una tarde en el automóvil, con ocasión de un paseo que dan; charla en la que entonces Escalante explica que no sólo se le achaca el haber dirigido dicha reacción antigomecista, sino que también se le acusa de izquierdista. La situación se ha dado gracias a la osadía de Laureano, que le ha tocado el tema, esto es, lo relativo a la promesa que le ha hecho el presidente López Contreras de apoyar su fórmula electoral, según se dice entre bastidores, cosa que le confirma Escalante, y su intención en esta oportunidad no es dejarse interrogar sino para caer en el terreno de la política, y así solicitar a Laureano orientaciones al respecto. Le reconoce que con él se permite hablar de estos temas por la confianza que le tiene, y de allí le pide que le confeccione una lista de un grupo de jóvenes que quieran formar un gobierno. Con independencia de la guerra sucia, además, sobre Escalante pesa el hecho de que se ve un instrumento de poder de López Contreras, y es esto lo que lo vuelve entonces muy vulnerable a los ojos de la sociedad caraqueña, que en las presentes circunstancias prefiere al famoso ministro de Guerra y Marina.

Ya habíamos asomado que Laureano ahora goza de un cierto ocio, gracias a una holgura de tiempo que le queda, y esto por el éxito que ha significado

la apertura de aquel bufete, en compañía de su socio Ruiz Alfonso, el cual se mide por el hecho de que si en un principio ellos habían pensado arreglárselas sin secretaria, al final de cuentas terminan contratando una; todo abogado recuerda siempre su primer caso y, en esta oportunidad, Laureano se las ve frente a uno que le trae un conocido suyo del ministerio, con quien ha llevado trato por cuestiones de rutina de trabajo, y el caso, en cuestión, consiste en que este sujeto aspira a que se revoque una ordenanza que existe para el régimen de la importación, y la cual estipula que todo aquel producto de salsa de tomate que no venga en envase de vidrio tiene prohibida la entrada al país; el tercio es el representante de la firma del Monte en Venezuela, alega que la compañía tiene grandes problemas para la colocación de su mercancía en el país, dada la naturaleza de su envase de tipo enlatado; por aquí se entabla el litigio: Laureano se basa en el hecho de que los envases de la firma, en cuestión, están diseñados con una protección anti-oxidante, y así logra convencer al funcionario del ministerio de Hacienda, es decir, Laureano se impone en su demanda; por lo que comienza a extenderse su fama de abogado competente; y de manera que, como se señala, el bufete, que abre con su colega en un edificio nuevo en el centro de la ciudad, se ve de pronto lleno de clientes; hay el despliegue de una gran actividad, y así que se incorpora una secretaria al trabajo, lo que significa que hay un mundo ante el cual litigia Laureano, y del que habría que aprovechar de decir que el mismo está compuesto por una rara fauna de picapleitos, que se dicen abogados sin serlo, y quienes están para estafar a los extranjeros o a la gente de la provincia, además, de la gente de valía que también se conoce en el sector. ¿Es acaso masón el procurador Lázaro F. Reyes LL B? La pregunta se hace en virtud de esas letras que acompañan a su firma, y que parecieran hablar por un maestro de alto grado en una secta secreta, y así sucesivamente. Hay cada caso en este mundo.

Estamos en el momento en que Caracas se reconstruye, y, en ese sentido, hay inmigrantes que se enriquecen rápido en el país, gracias al oficio de la construcción, y el cual está dando grandes resultados porque la gente tiene poder de compra. El venezolano de hoy mira esa circunstancia, y dice que allí se palpa el efecto de la transición de una economía agrícola a una economía minera; lo cierto es que de pronto el bufete Vallenilla-Ruiz atraerá gente que viene en busca de asesoramiento legal para la constitución de una compañía, como es el caso de un italiano, cuyo sistema de vida impresiona a Laureano; el susodicho vende casas en la zona de Guaicaipuro, al paso que construye una colosal fortuna, lo que lo lleva a realizar trámites y, así, cae de cuando en cuando por el bufete suyo. Lo que le impresiona a éste es la forma como vive el italiano, mientras construye su colosal fortuna; el tipejo almuerza con un pan salado, salchichón y Pepsi-Cola. Estamos ante la gran oleada de inmigrantes que impulsa hacia nuestro país la segunda guerra

mundial. He allí la nueva composición de Venezuela, ya que a la larga el suelo los arraiga, y sus modernas técnicas de trabajo son aprovechadas en un momento en que el país ha emprendido su modernización.

Un hecho curioso viene a ser la aparición de un alemán, enviado por el ministro de Alemania en Venezuela, en la oficina de Laureano; un señor que quiere invertir capital en el país, sólo que necesita dos voluntarios honestos, de manera que le tengan algunos papeles financieros, en calidad de apoderados, ya que es en el ámbito de los valores venezolanos donde quiere hacer la inversión, y, en ese sentido, Laureano y Ruiz Alfonso vienen a ser esos candidatos. El alemán se ha enamorado del país, y quisiera tener como una especie de raíz en él; pródigo el sujeto, por lo demás; le dice a Laureano que si al cabo de unos diez años él no aparece, entonces que dispongan ambos del capital invertido. No obstante, habrá agradecimiento de parte de Laureano; una entrañable amistad vendrá a continuación, un mutuo reconocimiento que comprende por parte de ambos en descubrir la capacidad, tanto del uno como del otro, de expresarse bien en francés, aparte de que el señor Seligmann le sale una noche a Laureano con unas sonatas de Chopin y de Mozart, que interpreta al piano, y en el instante en que lo ha invitado a cenar a su casa; en síntesis, a la larga el alemán deja un amigo en Venezuela.

Aunque en un país de pedigüeños no resulta extraña la presencia de una limosnera en aquel bufete de niños bien; la Negra María, una anciana, que todavía conserva el vivo retrato del general Crespo en su memoria, a quien le componía la ropa, ya que pasó a ser la lavandera oficial de la Casa Amarilla, en un momento determinado de su vida que coincidía con la llegada al poder de aquél, y con lo cual le pedía dinero extra al fulano, cuando la ocasión se le brindaba, y se acostumbró a decir "dame una locha"; al siguiente presidente le hizo lo mismo, que fue Cipriano Castro, y éste pelaba enseguida por un monedero enchapado en oro, y sacaba un luis; el general Gómez le regalaba cien bolívares, y ahora López Contreras sólo le propina veinte bolívares, por lo que lo califica de "lechero" cuando se va de lenguas frente a Laureano. Por su parte, el susodicho le propina cinco bolívares; sin embargo, primero tiene que ponerse a hablar y por esta vía repita las historias una y otra vez. Ella, de otro lado, había sido la mujer de uno de los edecanes de Crespo.

¿El hecho más desconsolador para Laureano en ese momento? La muerte de su amigo francés Roger Colas, cuya noticia le llega a través de una carta. Laureano calcula que falleció a pocos días de enviarle correspondencia desde la Línea de Maginot, cuando entonces le decía que le resultaba muy fastidiosa esa guerra. La conducta irredenta de los alemanes continúa siendo el tema de la palpitante actualidad. A la peña que se forma todas las tardes en la botillería de Turco, y en donde se aborda la situación, se agrega Carlos Delgado Chalbaud, quien ha regresado de Francia, luego de haber hecho el curso militar

en Versalles, y así hay leña para los debates, sobre todo, porque allí hay orgullo patrio, que no es más que prejuicio, y se ve con satisfacción como Hitler humilla a la petulante Francia y a la arrogante Inglaterra, como se había acostumbrado decir desde el siglo XIX en estos países; prejuicio de tercermundista. Lo que es Laureano, como Delgado Chalbaud, ambos no ven en Hitler sino un desquiciado mental, y ya habíamos observado lo que Laureano, en particular, pensaba de aquél: aventurero, comediante, ventajista; lo mismo que lo comparaba con el *Führer* verdadero, con Bismark, a quien lo veía haciendo otro papel en la historia de esos días, a propósito de las intransigencias del presente soberano de los alemanes. Delgado Chalbaud abunda en consideraciones similares a las de Laureano.

Amistades, que también cultiva éste, en ese momento, son las de Guillermo Tell Villegas Pulido y Victorino Márquez Bustillos. El primero lo impresiona por su memoria; sujeto que ha conocido al mariscal Juan Crisóstomo Falcón, y habla hasta del perro San Bernardo de este famoso caudillo federalista, que se extasiaba de calor, y se echaba manotadas de agua en una corriente que fluía de la fuente de una casa, propiedad de un tío suyo; donde Falcón se hospedaba, cuando los afanes de gobierno lo traían a Caracas, porque el sujeto no gobernaba sino desde los campos de batalla, donde estaba ocupado en la tarea de reducir a cada cacique local, que era lo que había reproducido la Guerra Federal a lo largo del territorio nacional, en una lucha pertinaz e incesante, o cuando no, estaba ocupado en las faenas de la tierra en sus haciendas de Coro, y de esta forma le huía a la responsabilidad de gobernar; a la capital no se acercaba, además, sino sólo hasta seis kilómetros de distancia de ella, que era donde quedaba la famosa casa de su tío, en la hacienda Sans Souci, y donde permanecía echado en una hamaca, mientras el Designado, como se decía en términos políticos, entre ellos Antonio Guzmán Blanco, le rendían las cuentas; de modo que el susodicho sufría una suerte de radicalismo bucólico, con respecto a Caracas, y en lo que no dejará de imitarlo el general Gómez, que entonces ponía a sus ministros a meterse provincia venezolana adentro, a modo de lograr de él una rúbrica de mucha urgencia administrativa. Era traductor de Tácito y Tito Livio, según le expresaba Villegas Pulido a Laureano, y luego le recordaba una de sus excentricidades, en cuanto a su régimen alimenticio, y el cual llamaba la atención porque se componía de un solo plato: mondongo de chivo con granos de maíz; además de conservas de leche de cabra. Por cierto que el tercio sufría del vicio del godo rabo de uña, que no deja de ser sirvientero, de modo que eran sirvientas las que abundaban en esos días en la hacienda Sans Souci.

Pero el tema de la política no lo desarrolla bien Laureano, sino con Victorino Márquez Bustillos. En esos momentos el susodicho es uno de los más aguerridos críticos del gobierno de López Contreras, una figura a la que

de paso no le otorga ningún mérito, ya que considera que no ha llegado a la cúspide sino gracias a las componendas de un pacto de alcoba; por lo que esta resistencia, como más adelante lo comprueba Laureano, no va a dejar de tener tampoco su parte de conspiración, y así Márquez Bustillos se va a ver envuelto en un complot que se prepara ante la pertinacia de López Contreras por imponer la candidatura de Diógenes Escalante. En ese sentido, Laureano se entera de esta situación, gracias a que alguien le lee una proclama, confiado el sujeto en que éste está también comprometido con ellos, a modo de pedirle su opinión, y al respecto Laureano dice que la proclama está construida con un lenguaje pasado de moda. Este quiere menos populismo en el texto. De pronto nuestro personaje se lo plantea a Márquez Bustillos; el viejo amigo se lo asienta y, en ese sentido, le pide que guarde discreción.

Será del mismo parecer Laureano, con respecto a lo que escribe Rómulo Betancourt: lenguaje pasado de moda. Es Valmore Rodríguez quien lo pone al tanto de este nuevo líder, mencionado por nosotros páginas atrás, un sujeto que ha sido uno de los expulsados del régimen de López Contreras en el año de 1937; pero individuo, de paso, que ha rodado suelto por el mundo, gracias a que se ha escabullido del cordón policial que lo tiene preso; se ha quedado en el país organizando el partido, y así Laureano lo juzga un hombre infatigable para el trabajo político, a pesar de su lenguaje desfasado. Este primero que nadie se da cuenta de la ambigüedad de Betancourt de ser, por una parte, estatista en economía, pero, por la otra, liberal en política. Así lo interpreta de acuerdo a los escritos, que le muestra Valmore Rodríguez a él, y que se dan a conocer a través de artículos de prensa por algunos periódicos del área del Caribe. Ya la firma Betancourt es conocida, además, por un libro que ha publicado, libro que Laureano no ha leído, aun cuando sí ha tenido referencia suya. Pero en lo fundamental lo considera un ser de consignas, quizás, llamado a triunfar por su trabajo de hormiga.

En ese momento la expectativa del venezolano estaba puesta en lograr que en la República se aprobara el voto universal para todos los ciudadanos, lo cual era la consigna central del movimiento de Valmore Rodríguez. Este hablaba de un fortalecimiento del poder por esta vía, y lo cual implicaba el quiebre absoluto de la hegemonía andina. Cuando Laureano observa por primera vez a Valmore se da cuenta que está frente al primer socialista de nuestro país, lo cual le mostraba, de paso, que las concepciones de Zumeta, con relación a los "caporales" en el poder, ya estaban por completo desubicadas de realidad venezolana. Sin embargo, Laureano no concebía lo otro, y era la posibilidad de la democratización de la vida ciudadana del país, de modo que se escogiera libremente a los gobernantes, y por aquí, como diría un kantiano, por la puerta de atrás volvía a meter éste su ideología goda, que se basaba en el paternalismo, y así veía una tendencia al caos en los

procesos de democratización; consideraba que por esta vía el pueblo quedaba a merced de demagogos, que rápido eran presa de su propia irresponsabilidad: de modo que, al no poder cumplir las promesas, el pueblo se encendía, se formaba una hoguera, había la necesidad de un linchamiento colectivo, y era cuando se le preparaba el terreno al nuevo dictador.

¿Quién le dice cosas a Valmore Rodríguez? Este le habla por primera vez de un descontento en la oficialidad joven de Venezuela y planteamos esta interrogante, en virtud de que estas palabras se las confirma luego Delgado Chalbaud. Hay descontento en el sentido de que los oficiales de academia miran con un cierto desdén a los oficiales montoneros, a pesar de que éstos son los que tienen el poder, y son los que abusan del atropello. Así que hay humillación para rato en estas circunstancias, y entonces es cuando en lontananza se avizora una nueva clase política; una expresión, no se olvide, de Delgado Chalbaud.

## V

En las navidades de 1940, Laureano se ve entre la vida y la muerte, a propósito de un acceso que le produce una muela cordal; pieza que le ha sido extraída por un odontólogo, a causa de unas molestias que le generaba; a medida que avanza en el tren, que lo llevará a Macuto, lugar donde lo espera su mujer, la hinchazón se le presenta, de forma que, al llegar, lo primero que hace es buscar cama; un doctor lo examina al día siguiente y le prescribe un líquido desinfectante, pero el cual no surte ningún efecto, ya que el acceso se le acrecienta; casi se le oculta el ojo derecho. Es preciso venirse para Caracas; para lo cual se moviliza la familia Bueno. Ya en su casa, cierto doctor procede de inmediato a operarlo; de modo que la última escena de este recuerdo amargo, que le queda a Laureano, es el momento en que le colocan una máscara de gas en su cara, y decimos amargo porque todo será en balde, a continuación o, mejor dicho, a destiempo: el acceso no estaba en su fase de supuración, que es cuando se le puede drenar; de donde resultó que Laureano botó mucha sangre, en efecto, aunque enseguida la cara se le volvió a hinchar. He allí el Jinete de la Muerte que ronda por entre sus sábanas. Son días de fiebre y de delirio, durante los cuales una voz sale de su dormitorio para clamar que no lo dejen morir. Hay amargura, además, en éste porque piensa que le va a quedar una cicatriz en la cara, a la manera del general Elbano Mibelli, y como se lo ha hecho ver alguien a modo de consuelo. El milagro viene a ser un medicamento francés, que le suministra otro médico por fuertes dosis; contrae el acceso; la cara poco a poco se le repone: la infección cede, vuelve a la faz de siempre; el propio hecho de

quedar desfigurado ya es una forma de muerte, puesto que hay un no-ser en el fondo. Una convalecencia larga viene a continuación, supurada de nostalgia por el hecho, además, de que todo esto transcurre, como se decía, en medio de las navidades de 1940, y así que debe permanecer en cama; a Laureano no le han quedado ni fuerzas para hablar, a la larga se va a terminar refugiando con su mujer en la casa de veraneo de la familia Bueno en Macuto: un mes de reposo. Un trance, del que le queda una tenue marca en la cara; un trance en el cual dejará de ser uno para entrar en otro, y quien entonces se caracterizará por llevar una cicatriz, a la manera del famoso ex gobernador de Caracas.

También Isaías Medina Angarita se ha visto entre la vida y muerte en esa época; éste ha tenido que guardar reposo por una cierta convalecencia, debido a una enfenmedad; enfermedad que quizás tiene que ver con alguna resistencia psicológica, y de la cual ha sido víctima ante la difícil tarea que le espera, como es la de presidir la República. Estábamos en que había dos candidatos a la presidencia de Venezuela, y que él era uno de ellos; lo que es este sujeto ve un día tan inminente el suceso, que entonces cae postrado víctima de un mal. He allí otra forma de muerte, cosa en la que coincide con Laureano, como se decía, y con quien va a coincidir también transitando un día por las calles de Los Chorros, pues no se olvide que la familia de la mujer de Laureano tiene casa en este burgo, como Medina Angarita por el momento se hospeda donde el coronel Ulpiano Varela, y lo cual da ocasión para un pequeño diálogo. ¿Qué es lo primero que le confiesa éste a Laureano? Que ha estado muy nervioso. Así como la fama atemoriza, el poder produce lo mismo; lo que en criollo vernáculo se define como estar cagado de guapo: tal género de conflicto padece Medina Angarita; confesión que se la hace, al tiempo que ambos caminan hacia las faldas del Avila, ya que Los Chorros está pegado de la montaña.

-Tiene que cuidarse, general, -le replica Laureano- para que llegue fuerte a la presidencia de la República.

-¡Carafita! ¿y me tienen de candidato?- Se muestra sorprendido y le cambia el tema. No se lo admite sino que, de inmediato, se va al burgo de Los Chorros, y se ponen a hablar ambos sobre una casa que piensa construir Medina Angarita allí mismo.

Lo cierto es que la candidatura suya está en el centro de la jugada, con independencia también de la candidatura de Diógenes Escalante, quien se ha instalado con la familia en su antigua propiedad de El Paraíso; lo que significa que está metida de por medio la mano del presidente de la República, y cosa que le ratifica por segunda vez Escalante a Laureano, en ese sentido, en condiciones parecidas a la vez anterior. Aparte de que aquella campaña que, por lo demás, alentaba López Contreras desde la silla de Miraflores, llamada

a convencer al país de la necesidad de que éste permaneciera por dos años más en el poder, de pronto se descubre que ya resulta inútil, porque los ánimos están caldeados a favor de uno y otro candidato, y es así como sale a relucir lo de la guerra sucia, que decíamos que se cierne en torno de Escalante, y que éste la califica con estos términos, aunado al hecho de que Escalante intuye que, a última hora, López Contreras "lo va a dejar en la estacada", y esto es motivo de conversación también entre él y Laureano, cuando entonces éste lo va a visitar en su casa de El Paraíso. Hay dos serios opositores, que objetan la candidatura del célebre diplomático, y que son Victorino Márquez Bustillos, como ya se ha visto, y el temible general León Jurado. Es así como aseguran que la candidatura de Escalante no pasa. Por otra parte, Medina Angarita se ha granjeado el apoyo del interior de la República, cosa que se observa en comunicados que, de pronto, aparecen por la prensa, comunicados que expresan formas de adhesión a su candidatura, y lo cual hace suponer que éste es el virtual presidente.

En otra ocasión en que Laureano visita a Escalante, lo encuentra convencido de que gente como Márquez Bustillos y Jurado han logrado persuadir a la cúpula militar de que emplace al presidente en torno al asunto, así que hay una especie de conjuración en el país; se dice que López Contreras sale pálido de una reunión donde ha estado con un grupo de generales; se afianza Medina Angarita en sus aspiraciones; Escalante reflexiona; no deja de observar el hecho de que, en verdad, se trata de un hombre que ha estado muchos años fuera del país, que sus aspiraciones presidenciales son vanas, y que si algo le exige la realidad es estar empapado de la política vernácula, como ya una vez lo demostrara, con ocasión del momento en el cual le pedía a Laureano que lo pusiera al tanto acerca de los jóvenes, que formaban la oposición en este país. De él no se puede decir que es un neófito en la materia, sino un ignaro en ella. Se le da su suposición, al respecto de que considera que López Contreras, a última hora, lo va a sacrificar, quizás, por el hecho de que, de repente, percibe que la situación no está a su favor y que su mudanza hacia Venezuela no es sino un hecho inútil, como se demuestra a continuación, ya que su próximo destino será el de ser embajador en Washington, luego de que Medina Angarita, lo llame y le haga la misma oferta, que antes le había hecho López Contreras, es decir, el de nombrarlo ministro de Relaciones Interiores, de modo que concurse su nombre en el escenario nacional; en dos palabras, venda su imagen, si es que acaso conserva sus aspiraciones presidenciales, y esto lo ha tomado Escalante por una disculpa del otro. He aquí lo grande en que se nos va transformando este Escalante, y cosa que hacíamos ver páginas atrás, cuando entonces lo observábamos insignificante, al lado de Laureano por las calles de Ginebra; apático a la política, porque a su juicio lo más

importante del momento era la economía. La política había sido cosa de sus abuelos, consideraba. Se refería entonces al llamado fin de las ideologías, pero lo que da a entender que en este terreno estaba desorientado. Hay una pregunta que no dejan de hacerse los estudiosos venezolanos de la historia, con relación a su figura, y es el ¿por qué la camarilla andina siempre lo quiso ver en la cúpula del poder? Por su fama de hombre culto, que en el fondo no lo era, si es que nos atemos al juicio que emitía entonces, a propósito de la política, cuando caminaba por las calles de Ginebra con Laureano. Era un diplomático muy eficiente, en efecto, y esto le granjeaba el otro prestigio, pues no se olvide que los grandes intelectuales de este país por lo general terminaban en la diplomacia.

De inmediato se van a producir un par de encuentros entre Laureano y Medina Angarita, ambos en el Country Club, y en los que se establece la famosa prodigalidad gallega, que consiste en pelearse el uno con el otro por hacerse cargo de la cuenta. En el primer momento Medina Angarita anda en la categoría de presidente electo; ocasión en la cual Laureano lo chancea, y se impone en lo de brindarle un whisky. Entonces Medina Angarita le habla de su asunción, fijada para el 5 de mayo próximo, de modo que Laureano pasa a ser uno de los invitados al brindis, que habrá de ofrecer, inmediatamente después, el susodicho en su casa. El segundo encuentro se produce cuando ya Medina Angarita ha recibido el mando, entonces se deja ver por los salones del Country, y así al abordar a Laureano casi en las mismas condiciones de la vez anterior, lo chancea ahora éste a él, de modo que es él el que paga el whisky; también tiene que decirle algo a Laureano en la presente oportunidad: anunciarle que lo tiene en un proyecto gubernamental, de modo que le previene que pronto recibirá una llamada telefónica del palacio de Miraflores. Ha sucedido que entre Laureano y Arturo Uslar Pietri, quien va a convertirse en el cerebro político del gobiemo en lo inmediato, se ha producido un diálogo en el que caen en el destino de suyo, y su posibilidad de que Laureano se vuelva a encontrar con el lema de Dios y Federación, y pase a rubricar su firma en papeles oficiales; en el diálogo éste le ha dicho tajante al otro, que si él acepta formar gobierno, se conformaría con la secretaría de la gobernación de un estado.

Se trae a colación esto, porque es que es por ahí por donde comienza Medina Angarita cuando lo tiene enfrente; tan pronto ha sido citado al palacio, éste justo comienza por revelarle el hecho de que ha llegado a oídos suyos que, al parecer, Laureano ha manifestado deseos de volver a conseguirse con el lema de Dios y Federación, etc. Lo conmina a que acepte la secretaría de la gobernación del estado Miranda, no muy lejos de Caracas y en cuya gobernación, de paso, ha sido nombrado el general León Jurado.

No se pase por alto que este León Jurado había sido aquel famoso sujeto,

que un buen día se lo habían encontrado su padre y él, accidentado en el camino hacia Maracay, cuando entonces don Laureano estrenaba un carro; un sujeto que se había abalanzado sobre ellos, al verlos descender del automóvil y, en especial, sobre su progenitor, a quien lo había saludado con gran confianza.

Así no termina Laureano de comunicarle la noticia a su mujer, cuando de pronto tocan la puerta de su casa; el general León Jurado en persona. Viene en plan de presentarle una estrategia a Laureano:

-Nos vamos los dos solitos en el carro; tú manejas; de manera de no levantar sospechas de miedo.

El sujeto es un hombre con el aspecto de un alemán; tiene los ojos grises y el cabello rubio, sólo que un cabello tomado por las canas. Cuenta a los menos sesenta años, aunque su corpulencia y su agilidad física lo aparentan más bien un hombre de cuarenta. El día acordado salen ambos de Caracas; una densa neblina les sale al paso, mientras viajan; al final se allegan a la plaza principal de Los Teques, donde están la casa de gobierno y el cuartel de policía. Nadie los ha reconocido en el trayecto, y eso que han tenido que aminorar la marcha frente a una alcabala militar. Están en pleno centro de la capital del estado, y la toma del gobierno se realiza por la vía de la sorpresa, ya que al abordar a un hombre en la plaza Bolívar, y preguntar por el antiguo gobernador con su nombre y apellido, ese hombre vuela, y grita hacia la casa de gobierno que le avisen al coronel Ramón Ayala que ahí está el general León Jurado. Nadie lo esperaba a éste, porque no era conocido; sin embargo, todo el mundo estaba en alerta; el coronel Ramón Ayala se hace objeto de atención enseguida. Aparece jadeante, mientras Laureano se da cuenta de que es sujeto conocido por él, ya que la familia Ayala era asidua visitante de su casa en la época de su niñez. Se saludan en el acto los antiguos amigos, luego de este preámbulo se concentra gente a su alrededor, estando aún todos en la plaza; un séquito de empleados y comerciantes, que van apareciendo al tiempo de que se riega por toda la ciudad, que ya han llegado las nuevas autoridades, y es así como de las ventanas surgen caras; gente mirando. La población de Los Teques ha sido sorprendida. A continuación pasan a juramentarse en la casa de gobierno. Hay un recorrido por las oficinas. Los empleados se muestran tímidos; el coronel Ayala le presenta el despacho al nuevo gobernador, lo mismo hace el secretario saliente, con respecto a Laureano; más adelante se produce la firma de papeles atenientes a la transmisión de mando y, por último, la rendición de cuentas. He allí el momento en que Jurado le previene a Laureano que si él quiere, puede hacerse cargo de ese despacho, ya que su intención no es la de estar sembrado las veinticuatro horas del día allí; aun cuando la educación de Laureano le obliga a ser discreto en tales circunstancias, y así que se conforma con el cubículo, que se le ha sido mostrado.

Se decía páginas atrás que Uslar Pietri iba a ser el cerebro político del nuevo régimen; un sujeto que, como lo hemos visto, se ha formado en el París de los años veinte; los famosos años locos, y que como tal viene investido de conciencia occidental, lo que implica que será un régimen comprometido con instaurar el modo de vida de lo que se conoce como la Europa de la razón ilustrada, y esto se traduce en batallas, que se llevan a cabo.

El gomecismo ilustrado pasa a gobernar con Medina Angarita, y esta clase le va a dar la apertura cultural al país; justo, cuando hay cerebros, como el de Uslar Pietri, que se han formado en universidades europeas, por lo que llegan con la iniciativa de crear conciencia ante las grandes necesidades del país, y esto se traduce en batallas que se llevan en el ámbito de salud pública para combatir las enfermedades, que entonces diezman más población que los propios jefes montoneros, como el paludismo; batallas en las que se destacan figuras prominentes de nuestra medicina, pero también batallas que se dan en el ámbito de la infraestructura; en la construcción de carreteras y escuelas en todo el país. A pesar de lo rudimentario, Jurado está empatado en esta corriente. Laureano siente que este sujeto padece del mismo afán igualitarista de los grandes caudillos del siglo XIX, que se ligaban con sus secuaces en lo que respecta a la ejecución de ciertas acciones, y cosa de la que no escapó ni el propio Libertador, sólo que aquí, en el caso de Jurado ya no van a estar dirigidas hacia lo hazañoso, sino hacia la mística laboral. Una vez Laureano sorprende al gobernador con el agua hasta la cintura, colocando las vigas de un puente sobre el río San Pedro. Es sujeto, además, de manejar tractores, si es que se trata de abrir una trocha; un hombre que está en todo. Además, su casa le recuerda a Laureano a aquellas de los caudillos-taita, téngase por caso a José Gregorio Monagas, en las que se concertaba la gente; lugares donde se practicaba la caridad cristiana, y el afán igualitarista de Jurado alcanza hasta el punto de sentarse con los obreros a almorzar en plenas faenas, descalzos éstos y sin camisa. Es así como la vida de Jurado no se rige por horarios convencionales: de pronto se levanta a las 3:00 de la madrugada, y se larga a inspeccionar obras, ya que entre sus tareas una es la de recorrer el estado, por lo que están a su disposición dos choferes en la casa de gobierno, o uno y medio, puesto que hay en el par aquél que sufre de una enfermedad en los testículos, y los que se le hinchan de vez en cuando, y así cuando el pobre no se puede levantar, y si es que acaso el gobernador lo llama, éste le responde que no puede ir porque "las tiene" hinchadas, por lo que el gobernador no pasa de llamarlo vagabundo; que despierten al otro entonces; algo que se aprecia muy común ya en aquel ambiente, pero que en el fondo no deja de tener su gracia. Se trata, además, León Jurado del tipo de venezolano que nunca creyó en doctores, y que le metió a la medicina de las hierbas, y de hecho el sujeto carga siempre consigo una

botella de una bebida, que ha preparado a base de una mata llamada tuatúa, y de la cual se bebe un vaso todas las mañanas:

-Tú ves -le dice a Laureano-, con esta agua me mantengo fuerte. No hay enfermedad que la resista.

Jurado es dueño de una hacienda de cocotales en el estado Falcón, como también es dueño de una flota de goletas de transporte, lo cual le permite a éste llevar una vida dispendiosa; un ser pródigo, al punto de que no toca el sueldo de la gobernación, y esto por el temor de que le digan "camaleón". Hay voluntad de progreso en la gente que llega a gobernar con Medina Angarita, aun cuando el pueblo está desorientado en cuanto a sus necesidades, y esto se mide por el hecho de que lo primero que le pide la gente a Jurado, cuando va en plan de visita hacia los poblados, es que arreglen los cementerios o que les envíen bustos del Libertador, cuando la realidad da cuenta de que allí faltan otras cosas: alumbrados, cloacas, carreteras, escuelas.

Entonces Laureano se aboca a organizar la administración del gobierno regional desde su base; encontrándose, al respecto, conque los libros en los que se llevan las cuentas se rigen por una contabilidad anticuada; las facturas y los vales se colocan en un par de ganchos, colgados en la pared, a la espera de ser cancelados en la debida oportunidad; el desorden impera por doquier. El general Jurado se trae a un anciano, pero un veterano contabilista, de modo que éste se encargue de modernizar el sistema de contabilidad; reforma que le corresponde a Laureano oficializarla a través de un decreto, y gracias al cual se canalizan también todos los ingresos del estado, en especial, aquellos procedentes de las loterías, que en Miranda se destinan a juntas de beneficencias, y todo esto se dice en razón de que, de pronto, Laureano se ve en la posibilidad de emprender la construcción de obras, que están pendientes, merced a la garantía que le granjean las nuevas entradas.

Este se ha trasladado con su señora hacia un chalet, que alguien le alquila por un tiempo, y chalet porque el clima de la zona se presta para la evocación de los Alpes suizos; luego se muda para una regia mansión en Los Teques, propiedad de un alto general gomecista. Ahora va poco a Caracas, y más bien es la familia de su mujer la que continuamente merodea por el lugar. Así Laureano tiene oportunidad para salir a cabalgar en bestia a muy tempranas horas de la mañana, a manera de recorrer los campos tequenses, que entonces tienen fama de ser muy olorosos por la profusión de eucaliptos. A las ocho en punto está Laureano en la gobernación, y así vemos que su rutina es diferente de la del gobernador; que se ciñe al horario de trabajo, como todo trabajador normal, y que incluso tiene oportunidad de hacer la siesta en su propia casa.

Ajustadas las cuentas, pasa Laureano a ocuparse del sector educativo del estado, y lo que nos muestra que no viene en plan de cacería de brujas,

contra supuestos corruptos de la administración pública anterior, sino que considera que lo más prioritario es abocarse a revisar la educación de la región, de forma que con ayuda de un inspector, facilitado por el ministerio respectivo, se realiza un censo al nivel del área de la docencia, a modo de determinar el grado de instrucción de cada maestro, y así resulta que un alto porcentaje de éstos apenas saben leer y escribir; de aquí se procede, en consecuencia, a hacer una selección, a manera de ejecutar un plan de complementación magisterial; a clausurar algunos centros educativos, a objeto de reagruparlos en núcleos grandes, y es así como viene a surgir la idea del comedor para los más necesitados, y lo que produce una revolución educativa en la zona, puesto que hay un auge en la matrícula escolar; de pronto ésta se ve abarrotada de personas que quieren ingresar al sistema; revolución que le será reconocida a León Jurado por el ministerio de Educación en su debida oportunidad, luego de comprobarse que en un 40 por ciento ha crecido la población escolar.

No sucede lo mismo con la oposición política, presente en la asamblea legislativa, lo cual viene al caso porque ésta sí anda en plan de cacería de brujas, y juega a la persecución de cualquier iniciativa gubernamental, cuando no a la crítica infundada; de modo que este constituye el primer embate que se consigue Laureano en su carrera de político, ocasión que entonces se le brinda para él lucirse y desenmascarar sendos propósitos; lo cual da paso, además, para que en el momento de las consideraciones, a Laureano se le colme de elogios por parte del resto de la representación parlamentaria; gente notable de la región; poetas unos, periodistas y abogados otros.

Para cerrar con el balance de su gestión; habría que reconocerle tres cosas más a Laureano, en este paso por la gobernación mirandina. Por una parte, éste se dedica a recoger a una serie de enfermos tuberculosos, que la miseria del campo los empuja hacia la ciudad en busca de asistencia médica; sujetos para quienes no hay cupos algunas veces en el hospital, y quienes se ven forzados a hospedarse en pensiones, con el consiguiente problema de que a larga arrastran un pleito con los dueños de los establecimientos, ante quienes las más de las veces no tienen cómo responder; algo por lo que se preocupa Laureano que, entonces, cuando no los puede alojar en cualquiera de los albergues de la gobernación, los emplea en alguna cosa de modo que se ganen unos reales. Por otra parte, se ocupa del sanatorio mental, que lo constituye un asilo ubicado en Ocumare del Tuy; un sitio que es para abjurar de la propia condición humana, por la forma como se les hacina a setenta locos podridos de mierda y de abandono, y a quienes se les sujeta con unas cuerdas que los tienen marcados a los pobres, mantenidos bajo un régimen de plan, ya que las autoridades del mismo parten del principio de que al loco no lo cura sino el cuero. En cosa de tres meses, él y Jurado, levantan

un hospital psiquiátrico en San Pedro de los Altos. Por último, Laureano se ocupa de llevar luz a las principales poblaciones de la región, y así de nuevo se impone la inventiva de una voluntad que lo persigue todo en la búsqueda del triunfo del progreso, ya que éste, en vista de que no cuenta con mayores recursos en el presupuesto de la gobernación, para proveerse de plantas eléctricas nuevas, adquiere cierta cantidad de unas readaptaciones, que hace un alemán radicado en Caucagua a partir de motores viejos de automóviles, y que generan electricidad, de modo que al presentar su debida memoria y cuenta, éste diría: "así logramos multiplicar los servicios de luz eléctrica en la región".

López Contreras es un hombre cuyo aspecto impresiona, porque es un alfiler de largo; cuello de jirafa y con un una cara de cuchillo, que le viene por lo aguileño; alguien ha encontrado apropiado llamarlo longuilíneo. A su hacienda de Los Teques viene éste a temperar de vez en cuando, sujeto a quien sí le han caído encima los cazadores de brujas, tan pronto ha dejado el poder, de modo que si no se le acusa por peculado, se le acusa por malversación, y lo que se quería contar es que esto tiene mal al susodicho, según Laureano lo puede comprobar el día que lo visita. El viejo sabe que se ha repartido dinero; pone como ejemplo el caso del ministerio de Obras Públicas, un despacho en el que no se supo administrar el presupuesto; sin embargo, en su lenguaje ambiguo habla de unas obras que era necesario hacer, porque había demasiada necesidad y miseria en el pueblo venezolano. Su lenguaje no es nada claro cuando habla de un "cierto dinero" del que hubo que desprenderse, ¿en la construcción de unas obras?, para evitar una guerra civil, que hubiera resultado más costosa, y entonces refunfuñando, quizás, reconoce cosas.

¿Se trataba de un presidente, en verdad, como decía Márquez Bustillos, ungido a la sombra de un pacto de palacio, y como tal un hombre improvisado? Se había hecho sentir notable en la camarilla andina por haberse forjado una gran cultura, aparte de que contaba con el mérito de que había sido un soldado que había llegado herido a Caracas, cuando entonces Cipriano Castro había emprendido la revolución desde Cúcuta con su ejército de los "sesenta"; sin embargo, él mismo le reconocía a Laureano una especie de improvisación en su persona, ya que a continuación, le iba a confesar que no estaba preparado para ejercer funciones de gobiemo, a la hora de la verdad, y esto lo alegaba por el hecho de que consideraba que el régimen patriarcal de Juan Vicente Gómez había impedido la formación de la generación de relevo, como se dice en términos políticos; habría una cierta falta de autoridad en López Contreras, señal de que a un pueblo lo han dejado con una autoestima muy por el suelo, y una idea que podría abrigar una imaginación, como la de Laureano, era la de que López Contreras había perdido una batalla, en la querella limítrofe que sostiene nuestro país con Colombia,

por inseguridad suya; una batalla por la que se le despojaba a la nación de una parte de su territorio, ya que a juicio de Laureano éste se había apresurado a firmar un tratado, surgido a partir de unas negociaciones de última hora, y mediante el cual se fijaban unos nuevos límites, beneficiando más la parte colombiana; tratado que López Contreras se iba a tragar.

Pero, a medida que Laureano percibe esta situación, también repara en la falta de autoridad que puso el gobierno de López Contreras frente a los saqueos del famoso 14 de febrero de 1936, por la desidia que había sentido frente al desarrollo de los mismos, quizás, para granjearse la simpatía de las masas populares. Había un canto de gallinas, como diría Guzmán Blanco, en la presente oportunidad, con independencia del oportunismo que significaba la situación. Ya en otro terreno López Contreras resultó eficaz, y así en un balance, que Laureano podía evocar en un instante, en torno a su obra de gobierno, le reconocía el haber comenzado "la urbanización" del país, justo, a la manera de Zumeta; aparte de que el medio venezolano le rinde culto al considerar que en el año 1936 se inicia el siglo XX en nuestros anales históricos; cosas que ha dicho un escritor de la talla de Mariano Picón Salas, y lo que coincide con el inicio de su gobierno, todo lo cual nos muestra que ya, desde la misma época de López Contreras, la conciencia de "la razón instrumental" se ponía al servicio del país, y cuya continuación, entonces, en lo relativo a su obra de gobierno, se vería reflejada en la generación de relevo, que se impondría con Medina Angarita.

Inocente Palacios es uno de los líderes políticos expulsados en el año 1937, junto con Rómulo Betancourt, por el gobierno de López Contreras, bajo la acusación de ser comunistas; un amigo de infancia de Laureano, y con quien se va a suceder la misma situación, que ya una vez se presentara con Jóvito Villalba, y la cual, por lo demás, había derivado en su salida del gobierno. Resulta que Palacios le viene a pedir un contrato a Laureano para la construcción de alguna obra pública, ya que él, junto con un colega amigo, ha registrado una compañía constructora; Palacios le cae simpático a Laureano; se le consigue el que se dedique a pavimentar las calles de Los Chorros, la calidad de la obra que hace este sujeto aquí invita a Laureano a darle nuevos contratos; lo que da de todo esto, es que a éste un día lo sorprende una llamada telefónica del Palacio de Miraflores. Ya no es a través de un intermediario, como se le sindicó la vez pasada; ahora es directamente el presidente el que lo conmina; estamos ante una especie de requisitoria, y es así como saca a relucir el hecho de que, según lo ha sabido éste, ahora Laureano se dedica a ayudar a los comunistas, por lo que su respuesta coincide con una observación, que hacíamos nosotros páginas atrás, sobre la comedia de los mantuanos venezolanos de hacerse comunistas, es decir, que considera que ese comunismo no es sino una forma de rebeldía de muchacho consentido,

y el que no tiene nada que perder en este mundo; tres palabras bastan para que Medina Angarita se convenza, y así ambos llegan a la conclusión de que lo mejor para estos sujetos es brindarles oportunidades de trabajo. Además, de la misma opinión es Arturo Uslar Pietri, esto es, de que es necesario darle oportunidades de trabajo a todos los hombres, con independencia de su conciencia ideológica, y esto en cierto sentido tiene que ver con la manera como Medina Angarita llevará las cosas en su gobierno, y en el que se va a dar una libertad que hará decir a los humoristas que, en verdad, en tiempos del general Gómez se escribía mejor.

La figura de Rómulo Gallegos también se mueve en el escenario de Laureano, toda vez que ya se había movido en el radio de acción de su padre, de quien había sido compañero de trabajo en la Superintendencia de Instrucción Pública, cuando ambos estaban empleados en la misma, y de modo que el maestro tiene cosas gratas que recordar de quien ha sido su superior en aquel momento, cosas que trae a colación en un diálogo que sostiene con Laureano, cuando lo ha ido a visitar en plan de venderle algunas obras suyas; entonces el escritor coloca por remesas parte de su producción en algunas oficinas públicas, y así se produce una promoción estatal de sus respectivos libros; por lo que el maestro Gallegos tendrá éxito con Laureano en la oportunidad, y esto por el respeto y consideración que aquél le amerita, de forma que para él es un honor tener en la oficina a aquel sujeto, que se dirige en una voz pausada y grave; el autor de una novelística que marca escuela en el ámbito hispanoamericano, con independencia del acartonamiento del que se le acusa a sus personajes.

Hemos visto que el atropellamiento de Jurado no es sino inocencia, ganas de servir, espíritu de pobreza de alma, y esto es algo que le reconoce la población mirandina, que casi lo llora el día en que se despide de estas tierras. A Jurado lo encargan de la gobernación del estado Lara, y así se ve una comitiva de carros, que se moviliza el día que se despide, y que lo acompaña hasta el límite del estado Aragua; lo que no significa que Laureano se vaya, puesto que a éste el propio Medina Angarita le ha solicitado que se quede. Así en el momento en que Jurado le plantea la posibilidad de llevarse a Laureano, el presidente se adelanta a la jugada, y hace venir al palacio al susodicho, a modo de advertirle que ni en sueños se plantee la posibilidad de acompañar a Jurado, si es que acaso éste le hace alguna proposición. Sin embargo, también Laureano tiene planteado no adentrarse más allá de Los Teques, en lo que se refiere a vivir en la provincia venezolana, a pesar de la gran confianza que le inspira Jurado. Se entenderá, en consecuencia, con el nuevo gobernador, con el doctor Angel R. Bustillos, quien viene de la gobernación de Portuguesa; un señor mucho más protocolar que Jurado, y quien de inmediato se da cita con Laureano para un restaurante de Caracas,

de modo de abordar una y otra situación. He allí una persona con quien Laureano se entenderá muy bien por espacio de unos tres meses; hasta que reciba, como sucede siempre con él, una nueva llamada de Miraflores, y en la entrevista, que sale de allí, Medina Angarita le ofrezca la secretaría de la gobernación de Caracas, de acuerdo a lo prometido por éste, en la ocasión del diálogo, de que lo iba a mejorar de situación, y aparte de que el ofrecimiento se deriva también de un conjunto de acontecimientos que se registran en el alto gobierno: se produce un cambio de gabinete, y así que Laureano se acoge a la propuesta, pero no sólo por el ascenso en sí, sino también porque esto significa ahorro para su bolsillo; hay que tomar en cuenta que, en el fondo, tiene dos frentes abiertos con casa en Caracas y casa en Los Teques. El hecho es que los acólitos de López Contreras son los que salen del gobierno, se ha producido el tradicional rompimiento que se da en la estructura del poder venezolano en el sentido de que un caudillo, al sentirse ya con raíces en la presidencia, le da la espalda al precedente; sin embargo, la transición no se produce con saqueos, esto es, con violencia, sino que se marcha el ala del lopezcontrerismo, de forma que Laureano sale sorteado en estas circunstancias.

## VI

El nuevo gobernador de Caracas viene de las filas del ejército también; un hombre a quien le tuvo mucha estima el general Gómez, ya que él fue uno de los pioneros de la aviación en Venezuela; pero, además, experto agrícola, de modo que el benemérito lo aprovechó y lo puso al frente de un campo de experimentación de siembra en Maracay. Viene de desempeñarse en la Comandancia de Policía, y sabe muy poco de administración pública. Laureano es imprescindible para el presidente en estas circunstancias, por lo que el propio Medina Angarita le ha pedido a éste, que acuda casa suya, de modo que se ponga a sus órdenes. Se trata del teniente coronel Francisco Leonardi. Esto transcurre en una Caracas en la cual hay un concejo municipal, donde abunda la politiquería, y en el cual un funcionario de su rango puede transformarse en chivo expiatorio de cualquier componenda, como se lo advierte alguien; cuando no, éste tiene que recibir llamadas de fulanito de tal a las tres de la madrugada, un tanto entrado en tragos, de modo que se le haga soltar de la comisaría a un compinche. En ese sentido, Laureano pasa a gobernar mucho más que el comandante, y quien para excusarse alega que, mientras el secretario esté en casa, el gobernador debe andar en la calle. ¿Andino el hombre? En realidad, no es del Táchira, la tierra de la casta andina por excelencia; pero sí de Trujillo, que es estado

andino también, por lo que se podría considerar una suerte de primo del clan, un hombre formado en la escuela de López Contreras, por decirlo así, y quien está más para adornar con su rango miliciano el cargo de la gobernación, que para ocuparse de él. Es Laureano quien percibe que, a pesar de que las cuentas de la administración marchan bien, allí urge redactar un proyecto de ordenanza sobre Hacienda Municipal, ya que el sistema de rentas data de los tiempos de cuando Caracas era una aldea; pero advertido de todas las circunstancias, primero que nada, procede a establecer una serie de consultas. En la cámara edilicia está su amigo Carlos Augusto León, que se ha declarado comunista y, en este sentido, ha salido electo concejal; él lo visita casi a diario en su oficina; lo mismo que un tal Pérez Matos, un López Gallegos, gente, por lo demás, afín al partido de Medina Angarita, y con la que coteja su trabajo. Este lleva una política de puertas abiertas, y cosa que más bien incide en contra suya, que entonces se ve retrasado en la labor en su despacho, y por lo que tiene que trabajar horas extras. La administración cuenta con el apoyo del partido de Medina Angarita en el ayuntamiento, pero partido al cual Laureano no le tiene mucha fe, ya que, de pronto, sus ediles sacan a relucir tendencias comunistas; se oponen a cualquier iniciativa gubernamental, por lo que se ven en el papel de sabotear cualquier cosa, apelando a fariseísmos extremos. En sí el cuerpo está compuesto por cuatro corrientes; la primera es la medinista; luego viene la adeca, fuerza recién fundada por Rómulo Betancourt; a continuación la comunista, cuyo brazo legal es el partido Unión Municipal y, por último, la de Unión Nacional, partido también recién fundado por Rafael Caldera, y cuyos concejales, en especial, no son muy del agrado de Laureano, ya que están como a la espera de cualquier circunstancia para caer encima también con fariseísmos extremos; repetimos, un funcionario de alto rango se las ve negras en estos menesteres, puesto que la labor obstruccionista es constante, y obsérvese que el venezolano tiene por costumbre dispararse contra sus propios pies, si es necesario impedir que el enemigo triunfe. He allí la psicología en la que se mueve el hombre tropical, y en eso hay una cierta semejanza del país con el escorpión, que también arremete con su aguijón contra sí mismo. Los de Unión Nacional son gente que tiene éxito en las parroquias de la clase media alta, por lo que Laureano estima que carecen de raigambre popular, y no sin razón se les asocia a las falanges españolas. Ve, además, en sus dirigentes aquello que no escapaba a la óptica de su padre, como es la tendencia del venezolano al arribismo; a su juicio, a la gente de Unión Nacional la caracteriza el hecho de que pactan con los gobiernos; pactos por el que dan cualquier cosa a cambio de un alto cargo, y desde allí cuestionar situaciones, a la manera de niños prodigios: un tanto la comedia "comunista" de los mantuanos, muchachos que encuentran defectos en todo el sistema, y, al respecto, Laureano piensa que

son sujetos que no están dispuestos a arriesgar nada, por lo que prefieren empezar desde la posición ejecutiva. He allí una forma de evadir el sacrificio, aparte de que exhiben una fe cristiana muy manifiesta, y eso porque quizás su base dirigencial proviene tanto de La Salle, como del San Ignacio del Loyola, es decir, muchachos formados por sacerdotes; lo que, además, les brinda la ventaja de que, en vista de que estamos ante un pueblo muy religioso, su estrategia política también por esta vía se transforma en una referencia, para hablar en los términos de la fe.

He allí la génesis de la composición política venezolana, y la que estará presente en la historia contemporánea, amén de que la fuerza comunista siempre será "la oveja negra" de la partida, pues obsérvese que ya desde un comienzo tiene que andar enmascarada, y esto en razón de que pesa sobre la misma un veto oficial, que le prohibe actuar en el marco de la legalidad del país. He allí la mediatizada libertad que le reconocen algunos al gobierno de Medina Angarita, de quien se diría que es un sujeto mucho más democrático que su antecesor, López Contreras. En cuanto al plano generacional, hay un detalle en el medio cabildeo, que resulta interesante de destacar, ya que marca la diferencia entre lo decimonónico y el presente, y es que la nueva clase política se diferencia de la vieja por el uso del sombrero, y entonces comienzan a parecer ridículas ciertas prendas, como los botines o el cuello duro, que usa el presidente del concejo municipal, y a quien la representación juvenil le encuentra parecido con un cómico caraqueño.

¿El concejal más brillante a juicio de Laureano? Un tal Rafael Heredia, y eso que por allí anda un hombre de la calidad de Gonzalo Barrios, un intelectual de bajo perfil. De inmediato Laureano simpatiza con Heredia y ambos se hacen amigos, a pesar del credo comunista de éste, ya que el susodicho ha sido electo por el movimiento de Unión Municipal. Es algo que, por lo demás, Laureano no se explica, ya que éste ve en Heredia un sujeto que profesa una gran independencia de criterio, y lo cual no iría con la militanci a comunista, una militancia signada por la jerarquía y la verticalidad.

El regreso de su amigo Luis Cárdenas, de Francia, quien se había casado con una francesa, y había dilatado su estadía entre los galos, lo empapa de nuevo de la circunstancia europea, a la cual la habíamos dejado bañada en sangre; con un Hitler que se llevaba por en medio a una parte de la humanidad, y sofocaba a Rusia, a pesar de que mentes como la de Laureano abrigan la esperanza de que el "general invierno" va a detener las columnas de motorizados del ejército nazi, como había sucedido con la caballería napoleónica; lo mismo que ve con optimismo el panorama por el hecho de la entrada de los Estados Unidos a la guerra.

La disposición del hombre de esa época es más bien positiva; en ese sentido, Laureano considera que ha llegado el fin de las ideologías; hora de

la libertad económica, en los términos en que había sido proclamada por el liberalismo clásico; lo que éste no prevé es el capítulo de la guerra fría, quizás porque aún no se ha conformado el bloque comunista, cuyo epicentro va a ser la URSS, y así habla para los efectos de unos veinte o treinta años; cree que la tecnificación está llamada a resolverle los problemas al hombre; que la producción industrial va a ser suficiente, al punto de satisfacer todas las necesidades humanas; pero no toma en cuenta que el capítulo de la revolución proletaria va a ser el estancamiento, siendo sólo el mimo de una quimera, y, como tal, llamada a sabotear aquel proyecto de la sociedad burguesa. El optimismo de Laureano llega a reconocer que las crisis cíclicas del capitalismo de ahora en adelante se dilatarán una con respecto a la otra; porque ya los economistas de estilo de Keynes están muy avisados; por esta vía considera, finalmente, que el sistema del libre comercio ha encontrado una manera definitiva de establecer sus bases, y lo que le dice Cárdenas, aparte de todo, es que en Francia el pueblo lo que hace es esperar, amparado en el Mariscal Petain, el desarrollo de los acontecimientos. La impresión que hay es que el tiempo trabaja a favor de los vencidos de primera hora.

Pero Laureano encuentra que este mismo optimismo no lo puede abrigar con respecto al país

Una insatisfacción, sin embargo, no puede faltar en la cabeza de este criollo: el país. Entonces se ha dado cuenta de su realidad socio-económica, por lo que encuentra que éste se ahoga en la miseria: una población flotante pulula en los alrededores de Caracas, en la condición de lumpemproletario, como diría Marx. Laureano percibe que hay cientos de hogares marginales levantados en condicionesde barracas, cuando no hay gente viviendo debajo de puentes; la tierra del petróleo no es una maravilla por dentro. El palpa estas situaciones, como parte de su trabajo, en los recorridos por los barrios, a propósito de las labores de inspección; situaciones en las que comprueba que la pobreza extrema no sólo puede conducir al aislamiento de su semejante de la cultura del progreso, sino, también, de la condición humana. Encuentra niños barrigones chapuceándose en aguas negras, como los marranos, o sea, lo mismo que los animales. Las páginas de Anatole France le vienen en estos instantes a Laureano, sobre todo, porque éste dice que la sociedad burguesa está fundada sobre la resignación de los pobres, y esto es lo que comprueba en estos momentos; Caracas está en el suelo: sólo unas cuarenta mil personas, de las doscientas mil que componen su población, llevan una existencia normal con residencia y alimentación adecuada. Es así como se fragua en la conciencia del citadino la idea de que, de un momento a otro, va a estallar un sacudón social, y será cuando las masas famélicas se arrojen sobre la ciudad a modo de saqueo, y quizás fue algo que se quedó grabado hasta nuestros días en el hombre de la urbe venezolana, como una suerte de amenaza latente.

Un día, Laureano liquida sus haberes en el escritorio Vallenilla y Ruiz Alfonso, para ser honesto con su socio, ya que por el momento no ejerce, y la oficina de la gobernación le quita mucho tiempo. Atraviesa por una etapa en la cual le llama la atención el peligro. Para la época, Laureano cuenta con la herencia de su padre; además de una inversión que ha hecho en acciones financieras, y luego el asesoramiento a hombres, como el italiano que vende casas en Guaicaipuro, le han reportado holgadas comisiones, de modo que ha seguido muy bien el consejo de aquella gente que le decía que, primero, se hiciera de un basamento económico, si era que le gustaba la política, y que luego llevara sus sueños a la realidad.

Atrás decíamos que en Venezuela se solía usar la política de la filiación: política capaz de influir sobre las decisiones de un funcionario público. En gestiones de este tipo se acerca el famoso general Elbano Mibelli a su oficina, y quien acude ante Laureano para intermediar a favor de alguien, un empleado suyo, de modo que sea ratificado por la administración de éste. ¿Fama la de aquel cara-cortada? La de guapo. Le sobrevivió a la Rotunda gomecista, en donde lo mantuvieron con grillos en los pies por espacio de unos doce años, de modo que para la época no era extraño el caraqueño que le profesara alguna forma de admiración. Acude el susodicho a su oficina con ese propósito, pero en compensación, pone al tanto a Laureano con respecto a las vicisitudes políticas de la cámara, que él conoce en sus intríngulis, en su condición de exgobernador del Distrito Federal, y lo que éste toma como un valioso consejo.

Cosa en la que Rafael Caldera, de paso, cae también, a la hora de recomendar a su compañero de fórmula, Lorenzo Fernández, para un cargo de juez en la Parroquia de La Vega, es decir, acude a la oficina de Laureano, y así le somete a consideración el nombre de Fernández, asunto que no es competencia suya, aunque queda con él en que tratará de mediar ante el comandante Leonardi; con la mala suerte de que tampoco es competencia de este alto funcionario, sino que es materia del Ejecutivo, e incluso materia familiar, puesto que la estructura de poder de este país tiende también a ser nepótica; de modo que es de la incumbencia del hermano del presidente Medina Angarita, de un tal Julio, el quitar y poner jueces, a la manera de un consejo de la judicatura, por lo que éste ha obviado el nombre de Lorenzo Fernández a la hora de presentársele una terna de candidatos, correspondiente al famoso juzgado de La Vega, lo que le ha valido a Laureano, inmediatamente después, la cara de cañón de Lorenzo Fernández y la reprimenda en términos fuertes de Rafael Caldera, con ocasión de un acto en la Nunciatura Apostólica, en el cual han coincidido ambos. Por lo demás, hay un momento en que se da una gran concordia en el seno del ayuntamiento; se pudiera decir que la estrategia de puertas abiertas, que tiene Laureano con relación al funcionamiento de su oficina, termina dando resultados, y así que a la larga se logra avanzar

en lo que respecta a la aprobación de algunos proyectos.

El está a las 8:00 de la mañana en su trabajo, mientras el gobernador se acerca como a las 10:00. He allí un hombre que ha recorrido por completo Caracas, y que viene empapado de los problemas de la calle. En su comitiva marcha el ingeniero municipal, un sujeto entrado en años, y quien sufre de los pies, de modo que el pobre regresa quejándose de las largas caminatas, a las que lo somete el gobernador Leonardi, con subidas empinadas y caminos pedregosos, ya que se trata de las visitas de inspección a los barrios, y así que mientras el pobre levanta su rancho de cartón, el funcionario gubernamental lo incentiva para que siga viviendo en estas condiciones, ya que a parte de las barridas se les dota de fuentes de agua en las faldas de los cerros, como se les construyen escalinatas hacia sus respectivas cimas, y por esto se requiere la presencia del ingeniero municipal, y labor con la que, por lo demás, Laureano no está de acuerdo, en virtud de que esto significa exacerbar la condición nómada del venezolano; no sin razón habíamos dicho que más de las tres cuartas partes de Caracas está en el suelo; vive, como diría la teoría Vallenilla Lanz, como los pueblos que se dedican al pastoreo, que entonces les da por subsistir debajo de carpas; sin embargo, a él lo callan palabras, como las que le endilga un poblador de esas barriadas, quien le argumenta:

-Usted no sabe, doctor, lo que significa bajar de un cerro, en plena lluvia, con un muerto debajo del hombro.

Pero así como hay un Mibelli, que se acerca para recomendar a alguien, también hay el que cae por su oficina en plan de maquinar contra determinado trabajador, quizás, como consecuencia de una guerra de intrigas, que comúnmente se forman entre el personal, y de aquí resulta que Laureano se ve envuelto en un maremagno de esta naturaleza; una tormenta se desata en contra de uno de los funcionarios de la dirección de consultoría jurídica, y quien se toma la molestia, por lo demás, de trabajar con él los fines de semana en su casa, en el adelanto del proyecto de Ordenanza de Hacienda; confronta problemas con media humanidad allí en la gobemación, y hasta con los propios ediles, que, en especial, piden su cabeza, cosa que entonces pone en aprieto a Laureano, y a que éste juzga a Cardozo como un empleado muy eficiente. Por lo demás, el susodicho ha sido educado en Bogotá, y quizás se le han pegado las maneras distantes del hombre montañés, como lo es el bogotano, en contraste con esa suerte de llanero, que es el caraqueño, y quien no conoce la expresión "usted" en el tratamiento a su semejante o el vosotros, digamos en un sentido más castellano; de manera que por aquí se pudiera interpretar de donde derivan los problemas, puesto que el criollo así como es de igualitarista, así desmonta a cualquiera, y si no lo logra, entonces se vuelve soberbio.

¿Qué le había querido decir Medina Angarita en un momento en que se produce un encuentro entre ambos, a propósito de un almuerzo que ofrece el pintor Tito Salas a un grupo de personalidades en su casa? El reporte que poseía Medina Angarita, con relación a Laureano, era el de que éste estaba a la altura de las circunstancias, sólo que su superior si que no estaba, y era esto lo que no le había entendido Laureano a Medina Angarita, cuando éste le había preguntado por la conducta de Leonardi frente a él, y luego, en vista de que Laureano no tenía nada que reprobar de Leonardi, éste le endilgaba:

-Laureano es político; no suelta prendas.

A esto se añade el hecho de que el día que sale de una recepción, que se ofrece en Miraflores con motivo de la llegada del año 1943, se consigue con el ministro de Guerra y Marina, el coronel Juan de Dios Celis Paredes, quien le expresa:

-En la Orden General de hoy hemos pasado a retiro a los viejos y nos faltan otros.

Esto amerita que el propio Laureano confronte sus problemas, ya que Medina Angarita le cita al palacio para que le explique determinada situación, que ha llegado a sus oídos, y en la que, al parecer, Laureano se ve comprometido por estar comentando la Orden General con "El Bachiller", como se le dice a este último que se acaba de mencionar, de modo que al poner Laureano bien en los palitos al presidente, con respecto a este incidente, éste responde:

-Ese Bachiller no aprende... Esas imprudencias no conducen a nada bueno. No aprende.

¿Qué había detrás de todo esto? Laureano no armará este rompecabezas, sino cuando sea citado, de nuevo, ante el presidente, y éste le explique que tiene pensado mover algunas piezas del conjunto, y hasta quizás a él lo traslade para la gobernación de Miranda. Es así como se entera de que el comandante Leonardi será removido.

Medina Angarita le pide absoluto silencio a Laureano, y al salir del despacho, Uslar Pietri le pica el ojo, es decir, hay complicidad en el asunto. ¿Qué sabe Leonardi de todo esto? Laureano cumple con lo que se le ha ordenado, de forma que cuando llega a la gobernación, ni siquiera le dice a Leonardi que viene de Miraflores. Pasa por la oficina suya con el cartapacio de asuntos a tratar del modo más natural, a manera de una rendición de cuentas. Suena el aparato telefónico. Es para él: se le convoca a palacio. Es cosa de ir y venir, le dice a Laureano, pues en el preciso instante ambos están a punto de emprender un viaje hacia La Guaira; viaje que, evidentemente, queda pospuesto para cuando él regrese. De modo que cuando ya está de vuelta, la noticia que trae es pan comido para Laureano:

-Estoy reemplazado, amigo. Para acá viene Juan de Dios Celis Paredes.

Yo he sido trasladado a Maracay, como presidente del estado Aragua. Lamento mucho interrumpir nuestra colaboración.

He allí lo que Medina Angarita consideraba una imprudencia, y que Laureano ahora comprendía en su totalidad, por lo que, de aquí en adelante, la imagen que le iba a quedar de Celis Paredes era la de un fanfarrón.

Lo que le había querido decir el susodicho a éste, aquel famoso 1 de enero, era que con él se iba a entender en el futuro inmediato, ya que la posibilidad que se le había asomado de que fuera a presidir el estado Miranda, quedaba congelada. El presidente prefería que él asistiera a Celis Paredes, quien, por lo demás, le ratifica su condición de fanfarrón, cuando en la oportunidad del primer encuentro entre ambos, le espite:

-¿Tú eres el que manda aquí? A mí no me vas a mandar.

## VII

El hecho es que el comandante Leonardi ha sido muy botarate en el uso de los fondos públicos, ya que su política de complacer a todo el mundo, al mismo tiempo, ha desbalanceado las cuentas administrativas; de pronto se da el hecho de que no hay dinero para el pavimentado de las calles caraqueñas, que están llenas de huecos por todas partes y la prensa hostiga con esta situación. He allí el momento cuando unos técnicos de la Standard Oil le hacen ver a Laureano el recurso del asfalto; de repente, se descubre que una capa de asfalto sobre el concreto antiguo de la calle puede remediar la situación; los recursos alcanzan para repavimentar la vialidad en este sentido, y es así como se contratan algunas casas constructoras, como la de Palacios-Pocaterra, y en poco tiempo Caracas cuenta con varios kilómetros de calles asfaltadas, como si se tratara de carreteras; sin lujo la urbe, y entre tanto el ciudadino conforme se siente satisfecho, porque su carro se desliza con facilidad por las mismas.

Aparte de que el coronel Celis Paredes es austero y llega sin demagogia alguna, de modo que allí se procede a limitar los gastos y a reducir personal, a objeto de liberar recursos, para hacerle frente a los compromisos. Hasta ese momento la gobernación se ha caracterizado por su seriedad en lo que se refiere a los pagos, cosa a la que no le quiere ser infiel Celis Paredes, por lo que procede a hacer unos ajustes, a la manera de un economista modemo, que no cree en burocracias improductivas, y los gastos los canaliza hacia lo más prioritario. No existen sobresueldos y, en todo caso, el único privilegio que tienen los altos personeros, como el gobernador y su secretario, es el hecho de tener asignado automóvil con chofer. También a ambos se les exonera de pagar electricidad, además de la entrada a los espectáculos

públicos; pero ni lo uno ni lo otro los disfruta Laureano, en razón de que, por una parte, el papá de su mujer corre con el gasto de la luz en su casa, ya que la misma sigue estando a su nombre, y en cuanto a lo segundo, a Laureano le nace la caballerosidad, con respecto a su pareja, ya que él prefiere comprar dos boletos y no uno, cuando se trata de asistir a algún espectáculo público. De forma que el puro Cadillac negro, ante el cual los policías se cuadran cuando lo ven pasar, es la única ventaja que detenta un alto funcionario de su rango, y eso que Laureano le dedica horas extras al asunto.

Nótese que se ha asomado una tendencia de la prensa, como lo es el denunciar, a propósito del mal estado de las calles caraqueñas, lo que significa que hay una libertad de expresión; libertad que se mide, además, por una cierta proliferación de diarios, que ahora comienzan a circular; nuevos logotipos se imponen con el curso de los acontecimientos, logotipos que hablan por distintas manifestaciones de periodismo, y en afán de editar un diario conoce Laureano a Rómulo Betancourt, quien se allega a su oficina, justo, para consultar los pasos a seguir para la publicación de un órgano; un ser que aparece conducido por Gonzalo Barrios; más bien bajo de estatura, moreno y picado por el acné juvenil. He allí el padre de la democracia; como dirían sus seguidores; un hombre que va camino de ser un intelectual, y al que le hemos seguido la pista desde que era un mero fantasma en estas páginas. El tercio viene del Caribe, y donde se ha dado cuenta de la mimesis del comunismo, lo que hablábamos de que era el mimo de una quimera, y a pesar de que esa había sido su ideología juvenil; acaba de romper con la misma y, en ese sentido, vemos el caso de un sujeto que rechaza aquel viejo concepto de Carlos Marx de la dictadura del proletariado, aun cuando él no se desprende de ciertos hábitos, concernientes al esquema marxista, y es el hecho de rendirle culto al caudillo mesiánico. Así él será el caudillo de los tiempos contemporáneos; un individuo más bien ligado al petróleo, como lo hacíamos ver, a pesar de no ser obrero petrolero; un individuo salido de la universidad venezolana, y con gustos exquisitos a la manera de un burgués. El hecho es que el sujeto se abre paso hacia la presidencia de la República; hay quien lo cree, y esto por el tesón que pone en las cosas; siendo una persona que ha sufrido cárceles y destierros. Entra y sale del país fugitivo: con pasaporte falso; disfrazado de mujer... Allí está frente a Laureano, y éste al enterarse de su propósito, le pregunta que si quiere resucitar El Nuevo Diario. Betancourt es un hombre con aspecto de sapito, y en cierta oportunidad se le calificó como "el sapito retrechero"; el tercio se ríe con todo su cuerpo. Le replica de inmediato a su contertulio:

-Nada extraño tiene que algún día se transforme en vocero oficial.

Para comenzar, el periódico será tirado en la misma imprenta que pertenecía al periódico de su padre, y la que había sido adquirida por Jóvito Villalba,

y de modo que al traer a colación este hecho, y ya que está Laureano presente, Betancourt se pregunta por la jugada que le permitió a Villalba ponerse en esa imprenta. El negocio fue saqueado en 1936, y luego había salido propietario de todo esto el susodicho. Allí, a su juicio, hay mucha tela que cortar.

Pero no sólo Laureano ve en Rómulo Betancourt un potencial presidente de la República, a propósito de su chanza; hombres como Rafael Heredia lo consideran el genuino líder de los tiempos contemporáneos, y no tanto por el hecho de su magnetismo personal, como sí porque se percibe un vacío de liderazgo para ese momento en el país. Mientras Heredia hace antesala, el día que Betancourt se acerca al despacho de Laureano, éste ha oído toda la conversación, y así que al iniciar su respectiva entrevista, allí quedará el fantasma de aquél, por lo que ambos llegarán a tal conclusión. Quizás lo que más convence de Betancourt es su voluntad de hierro; en su mirada se lee que él se siente destinado a ocupar la silla de Miraflores, y luego está la otra argumentación, que también aborda Heredia, y es el hecho de que el país llega a una etapa en la cual acusa una falta de dirigencia; empezando, como ya se ha dicho, porque el gomecismo se derrumba, y dentro de su seno no se forjan sino líderes improvisados; como diría Márquez Bustillos, surgidos de pactos de alcobas o de alguna cumbre de una camarilla de militares. Con Medina Angarita se cierra el capítulo del andinismo como poder, y si se ha destacado la circunstancia de la relación que hay entre Betancourt y el petróleo, es porque por esta vía comprobamos que la casta regional ha sido desplazada, pues su entidad ya no representa ninguna hegemonía económica, como antes lo había sido el estado Táchira, la región cafetalera, por excelencia, de Venezuela. Por esto se pone el acento en lo de productor agropecuario de Juan Vicente Gómez, y lo que nos indica que durante más de treinta años los que habían gobernado el país habían sido los grandes hacendados tachirenses, los hombres rurales, cuál era el arquetipo que recomendaba Zumeta para el jerarca de estas tierras. El país de agricultor se transforma en minero y, en ese sentido, las condiciones son propicias para el fomento de nueva gente, que quiere gobernar con una mentalidad un tanto más cosmopolita.

El sistema de una libertad de expresión absoluta en esa Venezuela de Medina Angarita se mide por el hecho de que Betancourt no sólo lanza su periódico, sino que uno de nombre La Esfera, cuyo director había sido del entorno del presidente, se pasa para el bando de la oposición; cosa que la genera el despido de un cargo de la administración pública de un hijo suyo, por motivos de inexperiencia, como diría Laureano. Lo cierto es que el hijo de este editor va a la calle, el tercio se envalentona, y es así como comienza a soltar sus prendas a través de encendidos editoriales; Medina Angarita le manda a suspender un permiso de porte de arma, aparte de que

le manda a pedir el famoso revólver que alguna vez le regaló. Esto no amilana al hombre; se le va encima, los ataques arrecian hasta llegar un momento en el cual el ministro de Fomento, Eugenio Mendoza, tenga que renunciar, y esto en razón de que contra él lanza sus dardos éste, ya que se hace eco de rumores infundados por cierta clase empresarial venezolana, que mira con envidia el éxito de Mendoza, y rumores en los cuales se habla de que el industrial favorece la expansión de sus negocios con la ventaja de una licencia de importación exclusiva. Se trata del momento en que la fotografía ha dejado de ser pieza ornamental de un diario, para transformarse en medio de evidencia de cosas. El periódico va al puerto de La Guaira, y se le hacen gráficas a la mercancía que se destina a las empresas Mendoza. "Yo no soy político, yo no soy político", se lo encuentra Laureano diciendo estas cosas a Mendoza, cuando entonces lo visita, y no en su casa de Caracas, de paso, sino en su casa de Catia La Mar, hacia donde se ha trasladado para mitigar penas. Laureano se siente orgulloso de su amigo de infancia; luego de que lo consuela, llega a la conclusión de que la política es cruel en los grandes países e inhumana en los pequeños.

La nobleza de Medina Angarita se había puesto de manifiesto en la ocasión en que llamaba a Diógenes Escalante, y le ofrecía el cargo de más alta jerarquía en su gobierno, a modo de honrar al enemigo vencido; nobleza que sí no sale a relucir en el momento en que le manda a pedir a su antiguo amigo un objeto, que le había dado, con independencia de la significación de su peligro; que pudiera ser el alegato del gobierno, sólo que por esta vía deja en la más absoluta indefensión al otro, y lo cual muestra una cierta inseguridad por parte suya. ¿Bonachón Medina Angarita? He allí el rasgo más notable, que se predica de su persona, en lo que se refiere a datos históricos, y hasta el propio Laureano percibe este detalle; sin embargo, también así se da cuenta de que las lagunas culturales de este hombre son enormes; estamos ante un ser carismático, que sabe granjearse el amor del prójimo, que inspira confianza: un gordo lleno de felicidad, a la manera de un Buda. Hay la sospecha en Laureano de que detrás de esa prodigalidad se esconde un sujeto que no ha estudiado nada, salvo lo que se le enseñó en la Escuela Militar.

El propio Medina Angarita siente miedo de ese estado, que él ha fomentado, a propósito de la libertad de expresión, y así que le da por intermediar en una dura polémica, que se ha desatado entre Rómulo Betancourt y el director de La Esfera, Ramón David León; se trata de un momento en que hay un Rómulo Betancourt que le saca de la manera más burda los trapos al sol a cualquiera, en un afán editorialista, y así que se enfrasca en una discusión con León, quien le responde con igual vileza, en cuanto a sacarle cosas se refiere. Medina Angarita interviene en el sentido de que le recomienda a Laureano que haga algo en el asunto, por lo que éste se siente movido a convocar a

ambos polemistas a su despacho; quiso el destino que los dos se presentaran a la misma hora, a pesar de haber sido citados para momentos diferentes: un error en la convocatoria; tensos, sin embargo, los minutos en que están delante de Laureano. Se trata en principio de guardar el decoro de nuestra opinión pública; es lo que piensa Medina Angarita, aun cuando León asienta que, en la medida en que Betancourt haga ver que éste ha sido un lacayuelo de Juan Vicente Gómez, él continuará respondiendo con igual vileza a aquel joven.

He allí que Medina Angarita le encomienda tareas a Laureano como la de ir a escamotearle un triunfo, que tiene en sus manos Rómulo Betancourt como diputado por Los Teques, a propósito de unas elecciones que se realizan para el Congreso de la República; la persona más indicada que encuentra el mandatario es a éste; por lo que, entonces, Laureano, el día de los comicios se ve encabezando en la capital mirandina un desayuno, que se le ofrece a los ediles de los distintos pueblos del estado, casa de un sujeto medinista, a objeto de cogerle la delantera al otro, por esta vía, y en el cual no dejará de estar presente también el contendor de Betancourt, un tal Angel Bustillos, y quien por el momento funge de presidente del estado. Hay abundancia de comida; todo el mundo satisfecho, pasan a comprometerse: a pesar de que algunos ediles reiteran su voluntad de votar por Betancourt, una cierta mayoría termina dándole el sí a las pretensiones de la gente de Medina Angarita. Aun cuando Laureano sale de allí pesimista, máxime cuando se topa con Rómulo Betancourt en la plaza Bolívar de Los Teques, y éste con el aplomo, que por lo demás causa impresión en él, le endilga:

-¿Has venido a torpedear la elección? Bustillos no podría hacerlo. Aquí no lo quieren, y tú te has presentado tarde. Tengo asegurada la victoria. Te convido para celebrarla después.

A Laureano se le queda la imagen guardada de un Betancourt que se aleja, a la manera de un *enfant terrible*, teniendo como fondo la iglesia y cinco simpatizantes que lo acompañan. Para él está creado el sistema de libre elección, y no el que se ejerce a través de las representaciones edilicias, que se dejan comprar con agasajos, y lo cual lo prueba el afecto que le demuestra el pueblo, a medida que avanza. Por un momento piensa que han sido engañados, aun cuando los resultados dan de acuerdo a las expectativas que se ha formado el gobierno.

¿Qué es lo que más le choca a Laureano del medio venezolano? Le choca esa tendencia ceremoniosa de su compatriota de exaltar a cada instante la gesta libertadora, y empatarlo todo en un festejo pomposo, por lo que lo invade un fastidio fatal, cuando entonces asiste con su mujer en calidad de secretario general de gobierno a actos, como la celebración de los cien años de la llegada de los restos del Libertador a Caracas, los cuales implican discursos, paradas militares, y pare de contar.

En compensación, también asiste a las discusiones de algunas comisiones especiales, que con la misma regularidad de aquellos famosos actos se forman, a objeto de elaborar leyes especiales, como la del Impuesto sobre Renta, que ya no es lo mismo, puesto que son horas de trabajo, y en donde no hay tanto ceremonial, que es lo que menos aprueba de lo otro, y donde, además, se relaciona con gente como Arturo Uslar Pietri; alguno que otro miembro del gabinete ejecutivo y con especialistas de la materia fiscal venezolana, como es el caso de dos jóvenes economistas, José Antonio Mayobre, el uno, y Carlos D'Ascoli, el otro.

Ambos, por lo demás, le llaman la atención a Laureano, y esto en razón de que le resultan seres que van camino de formar parte de la tecnocracia en este país, ministros de hacienda en potencia, y con D'Ascoli se da el caso especial de que ambos están unidos por lazos de terruño, de conterraneidad, entiéndase así, ya que sus respectivas familias provienen de Barcelona, y así en un pasado la abuela de D'Ascoli ha fungido de enfermera de su abuelo José Vallenilla Cova, y de donde ha venido un arraigo de esta señora con la familia, que entonces se presentaba cada tanto de tiempo por su casa, a manera de visita, cuando él estaba niño; entonces, aparecía con un turbante multicolor en su cabeza, a la manera de las negras martiniquesas, y si en algo se fijaba Laureano de esta señora era en su pulcritud; aparte de que a Carlos mismo lo ha conocido en París, a propósito de una sesión de la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos, que se celebra en dicha ciudad, y en donde éste participa como delegado. Así reconoce en su amigo, entre sus virtudes, acuciosidad y disciplina, y este juicio también lo puede extender hacia el otro joven, hacia Mayobre, sólo que, ya en un cotejo entre ambos, a éste lo ve un tanto más aventajado que el otro, por su fluida elocuencia, y luego que en Mayobre capta Laureano una gran independencia de criterio, al vivir en la Rusia socialista, y profesar, sin embargo, un credo liberal. Estamos ante un hombre que tiene fama de comunista en Caracas, justo, por esa razón. De este modo, Laureano establece parangones entre la gente que ha pertenecido a la generación anterior y la representada por Mayobre y D'Ascoli, teniendo de por medio el fenómeno del romanticismo, y el cual ha exacerbado el sentimiento de derrota del ser humano; a Laureano le parece que los cerebros pensantes de la otra generación han quedado anonadados por el alcohol; descontando que era una época en que se llevaba con orgullo una enfermedad venérea, y por aquí, la demostración de una virilidad excesiva, se terminaba por emular a los generales ignaros, en aquello de alzarse en algún momento en armas. Una generación perdida en la "vagancia literaria", para decirlo en términos románticos; ahogada en el aguardiente; cuando no envenenada por el sarampión de alguna ideología política.

Pero si Laureano se fija en ellos, en tanto que miembros de la tecnocracia que se forma, es porque éste se considera de la misma, y lo cual lo demuestra

en ocasión de un día en que vuelve a poner los pies en el ministerio de Hacienda, con motivo de su participación en otra comisión de legislación fiscal; su imaginación se desborda hasta verse a la cabeza de la titularidad allí representada, al tiempo que contempla a sus ex compañeros, y con quienes se mide en las presentes circunstancias. En la oportunidad asesora al despacho de las finanzas en la parte jurídica de un empréstito que piensa realizar, a modo de financiar algunas obras de infraestructura, que no vienen al caso referir. Entonces considera que él está mandado a hacer para emprender grandes y saludables reformas en el país, al frente de un cargo de esa naturaleza, mientras mira con cierta envidia los retratos de Santos Michelena, de Román Cárdenas y de Alberto Adriani, que adornan el gabinete del titular.

De hecho, Laureano ya da los primeros pasos en lo que se refiere a sus ideas de reforma; la educación pública en esta nueva etapa suya vuelve a tenerla entre los asuntos más prioritarios, por lo que interviene en el régimen de escuelas municipales del Distrito Federal; mejora tanto las condiciones de la docencia, como de la planta física de los institutos; resultando que a la larga la calidad de la enseñanza, que se imparte en los mismos, compite con la de las escuelas nacionales, y así hay un momento en que ya no hay más cupo en ellos, ante el prestigio que, de pronto, adquieren en las barriadas caraqueñas.

En cuanto a su proyección actual en el terreno del gobierno, Laureano ha logrado granjearse la confianza del Ejecutivo, de tal manera que el día en que Celis Paredes se ve en la urgente necesidad de viajar a Mérida, su tierra natal, por un problema familiar, quien lo releva es éste; con la desgracia para Laureano de que estalla un conflicto de autobuseros para la fecha en La Guaira, y así que previa consulta con el presidente, éste baja al litoral.

Maiquetía está llena de tachuelas, a modo de impedir el pase de los carros, por lo que Laureano al llegar no le queda más que caminar; se dirige a la prefectura, pero ya en el camino le sale al paso el prefecto, y el susodicho le refiere el despliegue de fuerzas que se ha utilizado para preservar algunos sitios públicos, como los depósitos de gasolina del puerto; cosas que lo tienen sin cuidado, pero que las debe oír al pie de la letra, y por esto se permite saludar a fulanito de tal, a medida que avanza, quien ha bajado a La Guaira para curarse un catarro, y entonces le sale pedirle que lo acompañe; aunque por esta vía se entera de que la huelga es instigada por Eduardo Machado Morales, cabecilla de una fracción de izquierdistas venezolanos, conocidos como los "comunistas negros"; uno de cuyos militantes le sale también al paso a Laureano, y al verlo lo conmina:

-¿Usted ha venido a buscar un arreglo, doctor?

Laureano lo juzga un joven audaz, inteligente y gallardo, y quien se le presenta como Luis Miquilena, secretario general del sindicato de los autobuseros. Este le responde:

-No, he venido a mantener el orden público. Para el arreglo hay tiempo. Primero es indispensable retirar los piquetes de huelguistas y eliminar las piedras y botellas vacías.

El hecho es que Laureano se impone; el joven conviene en lo de sus demandas, y es así como resulta convocada la directiva de la empresa autobusera, al mismo tiempo que se convoca a la dirigencia sindical; se produce una reunión en la prefectura en presencia de Laureano, y de allí se logra un acuerdo de incremento salarial, que es lo que el sindicato pide.

Laureano regresa a muy altas horas de la noche, para ser levantado muy de madrugada, a manera de imponer del asunto al presidente, que ha quedado preocupado; y esa condición política suya, que Medina Angarita se la ha captado de no soltarle prendas a nadie, la pone para todo; pues ahora se ve en el caso de reconocer delante de éste su error al extralimitarse en sus funciones, a modo de presenciar un arreglo salarial, ya que considera que esto no es atribución sino del ministro del Trabajo.

-No importa, Laureano -le responde Medina Angarita-, usted hizo lo que pudo. Yo le explicaré a Cuenca.

Con el tiempo entrará en detalles, en lo que respecta a datos acerca del famoso Miquilena, con su conterráneo Pedro Manuel Arcaya, ya que se entera de que el sujeto es de Coro, y de allí sabrá que pertenece a una familia Miquilena, que fue muy activa al lado de los federalistas en el siglo pasado.

Con la llegada de Celis Paredes se ven nuevas caras en la gobernación. Este tiene amistades en distintos niveles de las Fuerzas Armadas; gente que ha quedado unida a él por algún agradecimiento, y que cae de vez en cuando por ahí; gente como el capitán Mario Vargas que se muestra muy cauteloso frente a Laureano, amén de que lo quiere saber todo, en especial, en lo que se refiere a asuntos fiscales y administrativos de su despacho. Alega que los militares tienen poca oportunidad de enterarse de estas cosas. Se muestra muy cauteloso, en el sentido de que responde en forma muy escueta las preguntas que le formula Laureano, y las que también tocarían el aspecto administrativo de su área. Sin embargo, un día se permite hacerle comentarios, acerca de la situación de angustia económica que sufre la oficialidad joven venezolana. Vargas es un moreno aindiado, de nariz recta y ojos oblicuos. A éste en una ocasión el gobernador le envía trescientos bolívares por intermedio de Laureano, en un momento en que está recluido en el hospital de El Algodonal; enfermo y pobre, como se le oye decir a Celis Paredes, y la conversación que ambos sostienen, a propósito del encuentro que se suscita, se va por el camino de la política; sobre todo, porque sale a relucir la figura de Carlos Delgado Chalbaud, y lo que le confiesa Vargas a éste es que el susodicho es un líder en el seno de las fuerzas armadas; poco comunicativo el hombre; sin embargo, hay profunda admiración y respeto hacia su persona entre los oficiales y los cadetes.

¿Tiene algo que ver Delgado Chalbaud con Diógenes Escalante? Eso es lo que más adelante veremos, y por esto la conversación entre Vargas y Laureano adquiere un matiz político, a pesar de que Laureano no interpreta el mensaje que hay detrás del elogio a Delgado Chalbaud, y quien ha venido al caso, justo, porque de pronto Vargas se ha interesado por la vida de Laureano en París, y al tocar esa referencia que es Delgado Chalbaud; siendo su compinche, entonces, en aquella ciudad, se ha dejado venir hacia el actual cargo que ocupa el mismo de jefe de estudios de la Escuela Militar. Pero, también, Diógenes Escalante sale al paso cuando Vargas le pregunta a Laureano por su candidato preferido para el próximo período presidencial; en vista de que a Medina Angarita ya se le vence el suyo, y se oyen nombres para su sucesión. Su respuesta sorprende a un venezolano de hoy, que se ha formado en un sistema de libre elección, puesto que le confiesa que él no es un elector, aunque sí sabe de esa lista de nombres, a la que Vargas ha aludido; lista que pronuncia de inmediato, y es así como se trae a colación la figura de Escalante, el viejo proyecto andino, el eterno competidor, quien vuelve a sonar en el espectro candidatural y, según le refiere Laureano, en esta oportunidad se mide con Arturo Uslar Pietri, el doctor Manuel Silveira, el general López Contreras y el coronel Celis Paredes. He allí la Venezuela de comienzos de la década del cuarenta. Tan pronto Laureano deja de hablar, Vargas se incorpora con vehemencia en su lecho y le expresa:

-Escalante, no. Está muy viejo y nunca ha vivido aquí. La nación no le debe nada. Su amigo Arturito, ni pensarlo. Es enemigo de los andinos y de los militares. Al doctor Silveira nadie lo conoce. A López Contreras lo conocemos demasiado. Hay que renovar, doctorcito, y apoyar a Celis. El hombre se ha destacado en la gobernación.

Se cierra el año de 1943, en cuyas navidades el hogar de los Vallenilla Bueno se llena de alegría, con motivo del alumbramiento de una niña por parte de su mujer Elena. A Laureano el hecho le devuelve una normalidad perdida: un hombre solo es incompleto, reza la teoría de "la media naranja"; un hombre sin hijos en su estado matrimonial continúa siendo soltero. He allí algo en lo que se había metido un día Medina Angarita; entonces le había formulado a Laureano preguntas en torno a su capacidad de procreación, lo que ocasionó que éste quedara sin palabras; enmudeciera por completo. Ahora apretuja a la niña contra su persona. El alumbramiento se ha producido en la propia casa de Laureano, ya que su esposa se ha negado a recluirse en una clínica. Entonces ha estado enclaustrado en su biblioteca, mientras sus hermanas y cuñada de vez en cuando lo atienden. Una criatura para quien se ha escogido el nombre de María Luisa.

Una de las cosas, que tiene que interrumpir Laureano al trasladarse para Caracas, es una biografía de Juan Crisóstomo Falcón, y la cual la ha

comenzado bajo la arboleda de la quinta Gimón en Los Teques. La cambia por otro "libro", para decirlo en términos líricos, ahora práctico, que es su carrera pública, por la que está dispuesto a sacrificar cualquier cosa. Además, se halla en un momento en que se siente agraciado desde el punto de vista de su proyección pública. Goza de la absoluta confianza del Ejecutivo; su nombre es una cifra en el escenario político, y se mueve con entera libertad, como es la consigna en ese entonces, y que, se repite, está signada por grandes aperturas democráticas. "¿Cómo no va a haber logro de un gobierno, en cuanto a tranquilidad pública se refiere?", diría Laureano. Sale de su oficina, y en uno de los pasillos encuentra en animada tertulia a los ediles comunistas con un antiguo general gomecista, lo que indica que estamos ante un clima en el que desaparecen los odios y los resabios.

Dos cambios que se producen en unos cargos de jerarquía de la gobernación, le permiten a éste mirar la reputación política de sendas maneras de actuar, cuando se tiene autoridad, volcadas precisamente sobre el escenario de la prensa. Uno de los cargos es el de prefecto de Caracas, y el otro el de comandante de la policía: ¿cuál de los dos más blanco para un periódico? El hecho es que si bien es cierto que el primero sabe tolerar situaciones con humor; el segundo es susceptible, y estalla en cólera en cualquier momento, por lo que se gana rápido la enemistad de la prensa, y es así como en un momento determinado Ultimas Noticias, en grandes titulares, lo declara persona no grata. El primero se llama Manuel Gimón Itriago, hijo del famoso general David Gimón, de quien heredó la experiencia de una dilatada carrera política. Sobre todo, es duro por su lengua humorística, cosa que le destaca Laureano como una riqueza literaria no explotada, cuando entonces conforma figuras metafóricas, como la de decirle a Arturo Uslar Pietri, que él es "una tragavenados"; a su juicio, se come un buey y eructa piña.

Una de las diversiones de Laureano continúa siendo la equitación; por lo que el sábado es sagrado para su persona; día en el que se da para tal recreación, y cuando acude al Country Club para reunirse con bellas amazonas; en este sentido, se forman comparsas que van a recorrer a caballo las haciendas, que aún perduran en la periferia este de Caracas, y donde no dejará de estar presente Eugenio Mendoza y otros amigos de Laureano. Es lo más granado de la sociedad caraqueña, tanto es así que se permiten hacer chistes de un fulano, que se dice allegado al presidente Medina Angarita, y que se jacta de ello, por lo que entonces va un apodo de etiqueta social para el aprendiz de príncipe; se le dice algo así como el conde de Medina-Celis. Un joven teniente, que se apellida Gramcko, también acompaña a Laureano en sus excursiones sobre bestias, y quien se transforma en la tercera persona en hablarle a éste del descontento que reina en la oficialidad joven venezolana, en ocasión de los diálogos que sostienen; como consecuencia de la discriminación que existe entre

uno y otro estamento, de modo que es una corriente generalizada en el Ejército el hablar de esta situación.

El venezolano tiende a ser altanero por la parte goda que lleva en su alma, y lo que va a acusar Laureano en Medina Angarita cuando, por ejemplo, se atreve a decir en el Congreso de los EEUU, hacia donde ha sido invitado por el presidente Rooselvelt, que ahora nuestro país no tiene necesidad de pedirle a nadie, cosa que la considera Laureano una altanería, toda vez que él piensa que nuestro país, en realidad, no es rico, gracias al desarrollo de la sociedad de la ingeniería de los sistemas, sino por su riqueza petrolera.

También, por esa época, Medina Angarita realiza una gira por los países bolivarianos, y para la cual lo acompaña el poeta Andrés Eloy Blanco, su amigo de confianza, pero notable dirigente de AD, partido que se ha abrogado el color blanco, como su símbolo, y esto se señala en virtud de que al hacerle el comentario Laureano a César Zumeta, que vive en Nueva York, a través de una carta, éste le responderá: "Andrés, el hoy blanco; sigue siendo de otro color". Significa que anulándose en el blanco, inevitablemente tiene que ser de otro color.

Aunque volviendo a lo que se contaba, a propósito de la falta de sindéresis del presidente de la República; esta falla, además, se venía a poner de manifiesto en la oportunidad de un programa de asistencia pública que desarrolla la gobernación; pero episodio en el cual hay que situar, en primer lugar, a Valmore Rodríguez; sujeto con quien Laureano sostenía de vez en cuando contrapunteos verbales, en ocasión de almuerzos en los que se veían, y quien, precisamente, criticaba el famoso programa, que llevaba a cabo, sobre todo, la gobernación en los barrios populares, bajo el concepto de Juntas Pro Mejoras, y era cuando entonces Valmore, con una cierta ironía le preguntaba a Laureano, que si era que acaso el gobierno preparaba las elecciones municipales.

El hecho es que a Valmore, a esa altura, el partido lo había nombrado director de su órgano, y por aquí arrancaba la argumentación de Laureano; entonces venía a cuento la línea editorial de El País, y el cual, a juicio de éste, jugaba a la desestabilización del régimen, y hablar de régimen, en este caso, era hablar de democracia.

El otro no creía en cuentos de esa naturaleza, y de aquí que le dijera que en el gobierno de Medina Angarita no había ninguna democracia sino una dictadura disfrazada, y a la cual había que desenmascarar.

El elemento andino aún no se había despachado del horizonte venezolano, y mientras, en un caso, su presencia aún sonaba como a temor, a propósito de lo que se decía que Uslar Pietri no pasaba la prueba de "los andinos y de los militares", como requisito indispensable para ser éste sucesor de Medina Angarita; en otros casos su presencia sonaba como chantaje; y de aquí que Valmore le saliera con el cuento de que el destino de este pueblo era el

de ser gobernado por un tachirense, lo cual era chantaje en la medida en que por esta vía se justificaba la consigna adeca, de que había que instaurar un sistema de libre elección, y hasta Valmore se permitía exagerarle los términos, cuando le decía, que en la Carta Fundamental de Venezuela debía expresarse:

"Para ser presidente de la República se requiere haber nacido dentro de los límites del estado Táchira, y ser de preferencia militar".

Laureano caía en la trampa de su interlocutor, puesto que, al respecto, se ponía a justificarle el estado de facto que consideraba que revestía el poder en Venezuela, y en ese sentido, venía al caso el Libertador; quien, al decir de éste, había establecido una presidencia vitalicia en la Constitución de Bolivia, con derecho a designar sucesor; aparte de apelar a principios sociológicos, que la teoría Vallenilla Lanz había señalado muy bien, en el marco de los rasgos psicológicos que ésta había tipificado en el hombre tropical, por lo que hablaba de sujetos bárbaros, a quienes les quedaba demasiado estrecho el traje de la libertad, y a quienes había que guiarlos a través de la figura del gendarme necesario.

De forma que una y otra crítica hace un rumor, rumor que se propaga, y el cual más temprano que tarde llega a oídos del presidente Medina Angarita, y quien de inmediato pide que le den pormenores del famoso plan. Celis Paredes y Laureano le plantean los términos: el mismo consiste en reclutar amigos del gobierno en los barrios populares, a modo de fomentar a través de ellos la apertura de casas pro mejoras, y las que se encargan de repartir útiles escolares, ropa y láminas de zinc; de la dotación de letrinas, y, además, de programar visitas médicas periódicas, y de aquí que, quien ejecuta este programa en cada uno de los centros parroquiales, se luzca ante la comunidad respectiva, y lo que nos dice que Valmore Rodríguez no deja de tener razón en cuanto a su crítica, puesto que en el fondo el programa muestra su intención de proselitismo político, sólo que Laureano no puede ser franco con él, puesto que es demasiado político o no es tan cara dura, como sí lo va a resultar Medina Angarita, una vez escuchado el esquema programático, de modo que al reparar en el populismo del mismo, razona que por qué no se dice la verdad. ¿Acaso es una vergüenza pertenecer al gobierno? Parte de allí:

-Seamos francos. Que esas juntas se denominen de Partidarios de la Política del Gobierno.

Celis Paredes es el primero en darse cuenta del disparate de Medina Angarita, y le objeta la decisión. Sin embargo, éste es un sujeto testarudo. Va el nombre y el nombre va. Es el momento en el cual Laureano se encuentra con Gonzalo Barrios, y éste le dice que en el léxico político nacional se ha incorporado el verbo "pepegear", y esto sobre el fondo de una prensa que se desata, y en donde lleva la bandera el órgano humorístico. A lavarse la cara, le dice la gente al gobierno; de donde Arturo Uslar Pietri y Laureano

vienen a caer en cuenta de que el pudor público aconseja, en lugar de esto, erigir una maquinaria política oficial; cosa que se la plantean al presidente Medina Angarita, y es así como éste les da libertad para que hagan, a propósito de la misma, unas bases programáticas y unos estatutos; de modo que al cabo de los meses echan a rodar el proyecto, y esto en ocasión del primer acto de masas, que de pronto se imponen como meta llevar a cabo, cuando ya cuentan con un conjunto de personalidades comprometidas, gente a la cual han contactado, a través de una serie de visitas, y acto para el cual escogen un sitio como el Hipódromo de Caracas. Entonces éste se verá rebasado el día del acontecimiento; individuos de la talla de José Rafael Pocaterra desfilan por la tribuna de los oradores; lo que da lugar, de ahí en adelante, al Partido Democrático Venezolano, luego de haber sido sopesado uno y otro nombre. He allí el entusiasmo: el director de El Nacional, Miguel Otero Silva, se le acerca a Laureano para decirle que las bases del mismo son mucho más avanzadas que las de AD, alguien cuya opinión pesa porque se trata de un intelectual de izquierda, y con mucho éxito en el mundo periodístico, y lo cual es para preocupar a Laureano, dígase con ironía, si se toma en cuenta que su pensamiento tiende más bien hacia la izquierda. Aquí cabe hablar, como dato marginal, de una polémica que escenifican Rómulo Betancourt y Otero Silva en aquellos años; cada uno en su respectivo diario, polémica en la cual el primero le dice al otro que, en virtud de su simbiosis política de comunista-burgués, se puede decir que la empleada de servicio de su casa tiene más conciencia de clase que él.

La dialéctica plantea que lo malo tiene su cara buena. El disparate de Medina Angarita repercutía en el hecho de que de pronto se originaba una maquinaria partidista; la verdad es que Laureano era de la opinión de que las cosas atropelladas no daban buenos resultados, y una gran parte del proyecto de la maquinaria se había llevado a cabo bajo esa peculiaridad. A Laureano no le llama la atención la fauna de sujetos, que se ha congregado alrededor del mismo; fauna compuesta por burócratas de toda laya; oportunistas, ambiciosos, y en donde pulula desde el godo rabo de uña, hasta el intelectualoide marxista. Hay, además, un sujetillo, que saca de quicio a Laureano, porque lo observa como una suerte de Robespierre de oficina, un tal Alfredo Tarre Murzi, y quien para la época ha confiscado el nombre de un personaje de una novela, un tal Sanín, para entonces esgrimir su pluma por la prensa venezolana.

¿Qué era aquel movimiento? ¿Acaso su ideología correspondía a la misma bolchevique? ¿Era acaso un movimiento de derecha? Frente a casos, como el de Otero Silva, en aquella militancia pedevista, se encontraba el de Franco Quijano, un sujeto de la derecha, tanto así que había llegado a ser asesor del partido Conservador en Colombia; para citar el caso más ilustre. Nunca iba Laureano a la casa del partido; como una sola vez se reúne con el secretario

general regional de Caracas, un tal José Agustín Catalá, sujeto que al final de cuentas le resultará teorético; cuando, por otra parte, le parece más amena la charla con aquel Franco Quijano, y a quien visita de vez en cuando en su casa de Los Chorros.

Se trata de un señor, este Quijano, además, que posee una amplia biblioteca, y se da a coleccionar documentos antiguos; un hombre de fino gusto gastronómico y dotado de una amplia erudición, lo que atrae a una personalidad, como la de Laureano, que se identifica de inmediato con éste. Su ocupación actual es de asesor del ministerio de Relaciones Interiores, aunque su fuerte consiste en hacerle ganar al gobierno las elecciones; sobre todo, porque conoce la mentalidad del pueblo, y sabe qué es lo que le gusta a éste, de forma que a él se debe el sonoro nombre de Asociaciones Cívicas Bolivarianas, que se le ha puesto al movimiento, con el que el gobierno ha ganado en las últimas elecciones.

No menos contrariedad causa la salida del PDV en la opinión pública, que de inmediato se palpa por la prensa, sobre todo, por El País, diario que arrecia sus ataques contra el régimen y esto, quizás, porque el ente se ha concentrado, como una serpiente, en un núcleo; por lo que el partido se transforma en el blanco de sus dardos, y no sólo por lo del carácter oportunista de sus figuras, sino también porque la militancia en el mismo se vuelve una imposición, y hay hasta el prefecto, que se queja, porque los cincuenta bolívares que le quitan como cotización, lamenta no invertirlos, por lo menos, en aguardiente. He allí una maquinaria que funciona en forma vertical.

## VIII

Una noche, Laureano es despertado con una llamada telefónica. Se trata del ministro de Sanidad; la persona encargada de imponerlo de la gravedad de salud en la que se encuentra su superior. Sale Laureano de inmediato para casa de Celis Paredes. Al llegar se encuentra con que toda la familia está llorosa; un pesimismo cunde en el ambiente, aunque el hombre está vivo todavía, y éste le hace señas a Laureano de que se acerque con confianza.

¿Ha sido éste un ser justo? He allí el género de preguntas que suscita el encuentro. Laureano lo ve moribundo, y entonces comienza a pensar en él; a seguirle la pista a través de la historia que los une a ambos: un Celis Paredes grosero, pero bondadoso, es lo que sale de allí; el tipo de venezolano soberbio, que maltrata a sus subalternos como si se tratara de esclavos, y que su visión pacata de las cosas, por otra parte, lo lleva a manejar la administración pública como una caja fuerte, a la que hay que cuidar de los desmanes de los administradores; sujeto duro de ceder este Celis Paredes, cuando entonces

Laureano le trata de sonsacar los reales; cosa que, sin embargo, ahora éste termina viendo más bien saludable para el tesoro de la gobernación, toda vez que detrás de aquella pacatería impera el principio de la austeridad, y que es lo que no ha seguido, precisamente, su antecesor.

Se cuelan cuarenta y ocho horas, al término de las cuales éste es llamado al palacio de Miraflores, para ser recriminado por el presidente Medina Angarita, y debido al hecho de no haberlo informado de la gravedad del estado de salud de "el bachiller".

Laureano ha concebido que el ministro de Sanidad se ha ocupado de esto; ahora se lava las manos ante tal situación; aunque el reclamo no es lo más importante de la entrevista; lo será cuando Medina Angarita le pregunte a Laureano:

-¿Qué debemos hacer desde el punto de vista legal en la gobernación? ¿Puede el despacho marchar así, por sí sólo, con usted al frente?

Una semana más tarde Medina Angarita pasa a juramentar a Laureano en calidad de gobernador, encargado del Distrito Federal, y es así como, por esta vía, el sujeto se va a colear hasta en el consejo de ministros, ya que el mandatario del área metropolitana goza de ciertos derechos, en ese sentido; por lo que esto le da la oportunidad a nuestro Vallenilla Lanz de foguearse en lo que atañe al funcionamiento de un gobierno.

Habría que destacar un rasgo suyo y es el hecho de que nace con un gran afán de notoriedad, y de aquí que su proyección esté en la acción política. Para no quedarse atrás en las reuniones del gabinete, a propósito de una discusión que se lleva a cabo sobre la Ley del Trabajo, lo primero que hace es asesorarse con el doctor Tito Gutiérrez Alfaro, especialista en derecho laboral, y colega suyo en la gobernación, a modo de participar con algunas observaciones pertinentes en la temática; por lo que, en ese sentido, se emparenta con el doctor Gustavo Herrera y con Arturo Uslar Pietri, quienes son los más notables en el tren ministerial, y con quienes se pliega las más de las veces Medina Angarita, y esto en razón del prestigio de conocedor de la materia del uno y del prestigio de la brillantez del otro.

No hay que olvidar que Celis Paredes no ha muerto todavía, se sabrá en lo adelante que a él se le recluye en una clínica de los Estados Unidos; hay quien le siembra ideas fantasiosas a Laureano, con respecto al cargo; éste asume que aquello no es más que un cumplido; no sólo porque de por medio está la vida de Celis Paredes, como se hace ver, cosa que no estaría en Laureano desear, sino también porque el cargo es demasiada responsabilidad para él y, en ese sentido, hay que tomar en cuenta que aún no ha cumplido los treinta años.

Precisamente, la conversación que le pone un viejo escritor caraqueño a Laureano se va por este camino, por el hecho de su éxito prematuro en la

esfera pública. Se trata de un sujeto que se sienta debajo de un árbol todas las tardes en la plaza Bolívar, a leer libros; sujeto a quien Laureano ve desde la ventana de su despacho en la gobernación como algo ya pintoresco del ambiente de aquella plaza. El joven funcionario lo manda a sonsacar de su lectura con un agente de la policía, y es cuando lo saluda desde el ventanal. Acontece que de allí salen algunas veces a dar una vuelta en el carro, habida cuenta que ambos son vecinos de barrio, de modo que llevan el mismo camino, sólo que si la casa de Laureano es la de un potentado, la de Landaeta es humilde, y encima de que el sujeto es soltero, sin hijos; se pudiera decir, un hombre misógino. En una ocasión en que están debajo de la arboleda de apamates de la avenida La Paz, en El Paraíso, le hace ver a Laureano, justo, lo de su éxito precoz.

Para esa época Landaeta decía que el tiempo que vivía Venezuela, a esa hora, era el que le había correspondido a la Europa del Renacimiento, y con la desgracia de no contar con un Miguel Angel y un Leonardo, es decir, sin la esperanza de un proceso de revolución copernicana a la vista. Al viejo le parecía que la realidad venezolana estaba llena de cocodrilos, y los que podían devorar cualquier prospecto político como el que podía encarnar Laureano. No pasemos por alto que el venezolano tiene una tendencia suicida, a propósito del continuo saboteo a la tarea del hermano; pero, además, Landaeta poseía la visión trágica del Libertador poco antes de su muerte, y justo cuando éste decía que Venezuela iba a quedar a merced de tiranuelos de todas las razas y colores; sólo que para éste, ahora, la patria iba a quedar a merced de dictadores militares o cívico-militares.

El viejo Landaeta había tenido sus achaques con el padre de Laureano en tiempos de sus respectivas juventudes, y en el hecho había influido un chisme; porque, por lo demás, éste siempre había encontrado cabida en las páginas de los periódicos de don Laureano; sólo que su hijo había obviado situaciones, y ahora se aprovechaba de la amistad suya; un sujeto que poseía una charla exquisita, y que lo metía en los intríngulis de su vida introvertida, que no era para dejar pasar por alto tampoco, ya que éste tenía costumbres como la de levantarse a las tres de la madrugada para recorrer la ciudad y, en especial, introducirse al cementerio sólo para contemplar a las ánimas de Antonio Leocadio Guzmán y Juan Vicente González, diciéndole éste a aquél *liberal*, y el otro a éste *godo*: algo que flotaba en el inconsciente del venezolano como un combate eterno, para representar en ambos las pasiones del siglo XIX, que habían dividido el país en dos sociedades irreconciliables, y que habían dejado grandes traumas en el colectivo, al punto de plantearse una cierta esquizofrenia, como diría un psicoanalista, al respecto de estas especulaciones espiritistas de Landaeta. ¿Manera de ganarse la vida el susodicho? Contaba con un mecenas, como don Vicente Lecuna, quien lo tenía contratado

en el Banco de Venezuela, y en donde realizaba investigaciones históricas, sobre todo, de tipo institucional. Se trataba de un autor inédito; quien quizás se consolaba con aquello que decía Chesterton, de que el hecho de ser escritor no lo generaba la publicación de un libro, y de modo que en sus ratos libres se daba al vicio errático de la palabra.

¿Cómo le llegaba al viejo Landaeta esa imagen de que el país iba a quedar a merced de dictadores cívico-militares? Se lo dictaba la Venezuela del presente, signada por lo que Zumeta llamaba "el urbanismo", y que en algunas sociologías se conoce como modernidad. No pasemos por alto que en el estamento militar se había detectado una ruptura epistemológica, en lo que se refiere a la preparación del oficial; pues por una parte existían los milicianos salidos de montoneras, y por la otra, los milicianos salidos de la academia; lo cual implicaba escuela, ilustración, y esto causaba numerosos prejuicios en aquellos que no poseían ni sexto grado, que eran los de más altos rangos, prejuicios que se manifestaban por la vía del vejamen y de la humillación; lo que se planteaba allí era una incoherencia en un cuerpo de naturaleza de por sí orgánica, y como tal allí se fraguaba una serie de aberraciones, que se traducían en ese trato injusto de unos por otros; de aquí que surgieran liderazgos, como el de Delgado Chalbaud, según ya se ha asomado en una oportunidad, capaces de hacer el papel de Zeus, es decir, acribillar al padre, que sería la oficialidad montonera en este caso, y por esta vía asirse con el poder, como había ocurrido en el Olimpo, cuando aquél le había dado muerte a Saturno, el famoso dios que devoraba a sus hijos, pues no pasemos por alto que la oficialidad montonera era la que mandaba en este país; la que se permitía quitar y poner presidentes a su libre antojo. Retrotraigámonos a aquellos diálogos que sostenía Laureano con Delgado Chalbaud en París, cuando éste le decía que ellos eran en potencia la futura clase gobernante de Venezuela. Delgado Chalbaud había descubierto que la clave para acceder al poder en el país estribaba en hacer carrera en las Fuerzas Armadas, y es así como lo vemos asimilarse a éstas; compenetrarse con su elemento, al punto de viajar a Francia, una vez radicado en el país, para seguir estudios de complementación armamentística, y luego destacarse en un cargo, como el de director de la Escuela Militar, en donde lo habíamos visto en una oportunidad, en ocasión de un diálogo que sostenían Laureano y Mario Vargas. Habría que señalar, por último, que un día Laureano recibe la visita suya y, justo, el sujeto se acerca con la intención de participarle su ascenso al grado de mayor. He allí su rango. Es de tarde, Laureano se lo lleva para su casa, a objeto de ofrecerle un whisky; la charla que se plantea es sobre política. ¿Ha sido Delgado Chalbaud aquél que le ha confirmado lo que ya es un secreto a voces, acerca de la guerra intestina en las Fuerzas Armadas? Esto es algo que no le va a dejar de ratificar en la ocasión; pero, además, en

boca de Delgado Chalbaud se asoma el término "desmilitarización"; acusa en Medina Angarita esta inclinación; lo que en lenguaje miliciano se conoce como suavizarse la ropa, para acogerse a su condición de civil, y lo cual ya es de hecho ese paradigma, que ventila Landaeta, esto es, la figura del dictador cívico-militar, y la que le produce temor a Delgado Chalbaud, porque en el fondo es su caso; hay que tomar en cuenta que éste tampoco es un oficial de academia, propiamente dicho, sino de profesión ingeniero; militar asimilado, según lo decíamos, y la parte que le falta de la carrera, justo, ahora se la reclama al otro.

En una oportunidad está Laureano a punto de partir a almorzar, cuando recibe una llamada telefónica de la policía, a través de la cual se habla de un lío descomunal, que se ha formado con la captura de un individuo, a quien han sorprendido en un taller de fotografía llenando tarjetas electorales, y el hecho se ha dado porque se ha practicado un allanamiento judicial, y en el que han participado dos dirigentes adecos; cosa por la que principiará Laureano a la hora de su defensa, es decir, por lo demasiado reconstruido del escenario, máxime cuando el juez que practica el allanamiento es simpatizante de AD. El individuo se llama Avelino Sánchez, y hay problemas con él, ya que éste pertenece a la directiva del PDV de la parroquia Sucre, y es por esto por lo que el gobernador se ve involucrado en el asunto. De inmediato el sujeto es traído a su despacho, ya que se le antoja interrogarlo. Laureano siente una gran curiosidad por el hecho. Helo allí; un hombre pequeño, trigueño; envuelto en un hermetismo, que no permite que le arranquen nada acerca del origen de las tarjetas ni la razón de su gesto que, a juzgar por lo que le espita Laureano, a nadie favorece. Además, la torpeza de quien lo instiga a él consiste en obviar que no se está en vísperas de un proceso electoral. Por el instante el tipejo está nervioso, y apela a una "chifladura de lenguas", donde mete en un sancocho a López Contreras y a zutano y a perencejo: una serie de disparates, que también son ensayos, a manera de representar una locura. El desconcierto lo causa el hecho, además, de que los agentes le encuentran cinco mil bolívares en la cartera, y lo que declara su mujer es que aquellos reales no son producto sino de la comedia que monta.

El chivo expiatorio de esta situación resulta ser Laureano; él viene a pagar los platos rotos, y así que se denuncia en grandes titulares por la prensa al día siguiente el caso; se dice que el mismo no es obra sino del joven gobernador de Caracas, por lo que se le califica de forjador de actas, y de aquí saltaremos a la escena interna del partido, donde veremos a un "Robespierre de oficina" aprobar un voto de censura contra él, sólo que Laureano no está presente, lo que indica que le hará una trompetilla a esta suerte de sesión disciplinaria, que se realizará en el PDV a propósito de los cargos que se le imputan.

A los únicos que se toma la molestia Laureano de responder por el hecho

es al presidente y a su secretario, esto es, Arturo Uslar Pietri, que lo han citado para Miraflores, y ante ellos ha aclarado los términos; compasión, a última hora, siente Medina Angarita por él. He allí algo que marca a nuestro héroe al momento de ser juramentado, definitivamente, como el gobernador de Caracas; su juventud, y como lo ha dicho Landaeta, en este país hay demasiado cocodrilo en acecho.

La posteridad le reconocerá méritos a un arquitecto; un joven con inquietudes para ese momento, que edifica los Bloques de El Silencio, y quien se ha formado en Europa, bajo la escuela de Le Corbusier, escuela en la cual se plantea el concepto de la arquitectura masiva, de forma que El Silencio constituirá la primera red de edificios que se construyen en el país, bajo el patrón de soluciones habitacionales, lo que significa que van a responder al proyecto del gobierno de ofrecerle vivienda a cierta parte de la población; reurbanizando algunas zonas, como esa de El Silencio, donde se instalaban las famosas "francesitas" de la infancia de Laureano, puesto que la obra se ha levantado no muy lejos de la casa donde éste se ha criado, en plena zona de tolerancia: he allí la reurbanización; un conjunto residencial que lleva por estética arquitectónica el estilo ecléctico, y el cual evoca la situación de algunos países europeos, cuyos gobiernos se meten también en planes de edificación de viviendas de este tipo, y de donde viene el famoso superbloque, puesto en práctica, sobre todo, por el maestro de Villanueva, que será Le Courbusier. Hay que señalar, de paso, que el susodicho logra aquí dar con ese concepto arquitectónico, propio de la arquitectura moderna francesa, de integrar arte y construcción, y de aquí la existencia de plazas y de fuentes, en el conjunto, que se prestan para que en ellas reposen las estatuas, y así hay la obra de un Narváez, que juega mucho con el motivo criollo, tallado en piedra, en la escultura; aparte de que Villanueva busca también en nuestro pasado clásico; cuando aquellas casonas coloniales eran asilo de felicidad, y así encuentra la columna barrigona y el soportal, que los trae también al conjunto, en un proceso de búsqueda de lo que fue el buen gusto del venezolano, desaparecido por la mediocridad de la picota demoledora de Guzmán Blanco, para utilizar palabras Picón Salas; porque si bien es cierto que con éste, decíamos en el primer libro, se inicia un remozamiento de Caracas, también es cierto que con él se impone la hojalata y el mal gusto, en su conjunto. ¿No va a ser de mal gusto, y perdónesenos la digresión, un hombre que le impone unas torrecillas góticas a un viejo convento caraqueño, que más bien evocaba ese pasado clásico de la columna y la arcada de nuestras casas coloniales, y sólo porque en su afán de "franchute" quiere revestir de aquel estilo medieval ciertas construcciones de la ciudad? He allí lo que Picón Salas conoce como picota demoledora. Pero la prensa no ve en este proyecto de El Silencio solución habitacional alguna, y, sobre todo, El País dice que "en esos bloques no se recogerán sino las queridas de los altos

funcionarios"; de donde Medina Angarita agarra una rabieta tan descomunal, que enseguida manda a llamar a Laureano al palacio, y le pide que ordene detener de inmediato a Valmore Rodríguez.

La ecuanimidad de Laureano consiste en hacerle ver al presidente que esa no es la mejor forma de proceder, porque, por de pronto, primero tiene que recluir a Rómulo Betancourt, el editor del diario. Lo mejor que él puede hacer, a su juicio, es que lo autorice a hablar con Valmore, y manifestarle un reclamo oficial. Medina Angarita es un hombre que habla con los ojos y asienta con la cabeza: se va Laureano con su misión.

He allí una de las tantas veces que ambos amigos ya no se ven para almorzar; la cosa es oficial, y cuando le corresponde hablar, a Laureano le sale utilizar un tono fuerte: carga a Valmore con el reclamo del malestar que se siente en la oficialidad, malestar que apela a principios morales, y es cuando le saca lo de las familias que están de por medio en esta infidencia, y lo de la ética periodística; todo revuelto en un reclamo que, a su amigo, le parece excesivo, por lo que luego de garantizarle a Laureano hacer su debida aclaratoria, en el momento oportuno; gracioso al fin, cae en cuenta de que el gobierno resulta muy susceptible ante el fulano caso.

Valmore va a poner como ejemplo la situación en Colombia, cuando Laureano se lo traga con una perorata sobre el dominio que ejerce en la opinión pública la oligarquía del hermano país, y al respecto éste habla de que dicho dominio se mide por el hecho de que la realidad colombiana no se circunscribe sino a lo que dicen dos periódicos, El Tiempo y El Siglo, en cuyas redacciones se elaboran las listas de diputados y senadores, y por aquí se va Laureano al aspecto cerrado de esa sociedad, casi como si estuviera repitiendo el pensamiento de su padre, cuando aquél ve en Colombia una teocracia cerrada; una teocracia de cinco apellidos, que ahora Laureano los nombra y así se refiere a un apellido Restrepo, a un apellido Holguín, a un apellido Santos, frente a una masa pobre y desheredada, que, a juicio suyo, nunca ha tenido ningún derecho desde la época misma de la Colonia. Hay algo cómico en su exposición, cuando entonces le da por revisar el caso de López Contreras, y cotejarlo con el caso de algunos políticos colombianos, a quienes en el medio se les tilda de comunistas por emprender algunas reformas más allá de lo que la sociedad considera tolerante, y es aquí donde cobra importancia el presidente venezolano, a quien le reconoce Laureano haber emprendido programas aún más radicales que los de esos políticos en términos de reformas estatales:

-Personalmente, prefiero el turbulento y arbitrario igualitarismo venezolano, a la caricatura de democracia de la nación vecina.

En Venezuela se relaciona a Haití con el general Petión, que fue, por lo demás, el libertador de ese país, y en razón de que el venezolano se sabe bien la vida de Bolívar, y así conoce que este hombre le dio el último espal-

darazo al Libertador, además de su frase alentadora que le dijo, cuando lo fue a despedir, luego de haberlo ayudado en otras dos oportunidades, de que a la tercera iba la vencida. Un hombre que, de hecho, pertenecía a la gesta patriótica nuestra, y es así como toda su sucesión, en lo que atañe a la presidencia de la República, se asimilará a su sombra, de acuerdo a la percepción del venezolano, o eso fue lo que le pareció a uno de sus sucesores, Leslie Lescot, a propósito de una visita que realiza a Venezuela, y el hecho viene dado por un episodio relacionado con Laureano, ya que el sujeto, entre los actos protocolares, con los cuales tiene que cumplir en la oportunidad, se encuentra el asistir a una sesión especial, que se habrá de realizar en el ayuntamiento capitalino en su honor, y lo que se le antoja al gobierno es trasladar al susodicho en el coche presidencial descapotado, y en el cual caben él y el gobernador de la ciudad de Caracas a sus anchas, quien se viene a su lado. Un Laureano flamante se observa allí, y lo que provoca envidia en una compatriota suya, que al sólo ver la carroza exclama:

-Adiós, cará. Mírenme a Laureanito con el negro.

El presidente, que no ha entendido ni una palabra de aquéllas, la saluda a la mujer con entusiasmo, y lo que aprovecha, además, Laureano para engatusarle:

-Usted es muy popular aquí.

-Sí, querido amigo, el recuerdo de Petión.

Obsérvese que nuestro héroe se mantiene en las altas esferas gracias a sus malabarismos, como se diría vulgarmente, sin embargo, este hecho comprueba una vez más que la demasiada juventud de nuestro héroe atenta contra sus aspiraciones.

He aquí el momento en que Laureano vuelve a sentir la mímica del poder. Resulta que Medina Angarita se muestra distante, con relación a él, como dándole a entender que tienen una conversación pendiente; esta situación se presenta durante la recepción a los haitianos que se ofrece en Miraflores. A los días, Medina Angarita, lo manda a llamar a su despacho, y aquí le informa que ha resuelto nombrar gobernador de Caracas al doctor Diego Nucete. ¿Lo toma a Laureano por sorpresa la noticia? Este se siente satisfecho por haber mantenido una posición ecuánime al momento de ostentar el cargo, y no hacerse demasiadas ilusiones al respecto.

A cambio, Medina Angarita le propone la dirección de un instituto de inmigración; Laureano le pide plazo para consultar el asunto con su mujer; innecesario este paso, a pesar de la oposición de ésta, terminará aceptando el ofrecimiento del alto magistrado. A Elena la ha dejado traumatizada la guerra sucia, que se ha desatado sobre él; aunque tampoco Laureano le lleva la contraria por soberbia machista, como sí para defender su honor, según le dice, en la escena pública.

# IX

El cargo que se le ha dado a Laureano depende del ministerio de Agricultura y Cría, y como tal éste se dirige al titular de dicha cartera, el doctor Angel Biaggini, y lo que es dable de destacar, porque resulta la primera cosa placentera que encuentra Laureano, si es que se toma en cuenta que ya en otra oportunidad se han conocido ambos tercios, y así han dado en que los dos sienten una profunda admiración por Napoleón.

Lo segundo ya sí no va en este orden de cosas, y es el hecho de que las cuentas del instituto no están muy bien; éstas presentan déficits, sobre todo, por unas colonias agrícolas que están adscritas al mismo, que producen pérdidas, y luego está una carga burocrática, abultada como consecuencia de la política clientelar, y lo que lleva a Laureano a aquel recuerdo, cuando entonces él trabajaba en la dirección de finanzas del ministerio de Hacienda.

El asunto es que siente que ha cambiado zapatos por alpargatas, y esto es algo que no se le escapa a un ojo perspicaz como el de Manuel Gimón Itriago, un sujeto que ahora se hará asiduo visitante de su nueva oficina. En efecto, Laureano ha comenzado a extrañar al policía, que siempre estaba apostado en la puerta de su casa, y luego la línea telefónica oficial; ambas cosas símbolo de poder en Venezuela.

Estamos en una época en que aún se manifiesta el espíritu comediante del hombre del siglo XIX, y el cual se traduce en gestos, como el de un anciano abogado, consultor jurídico del instituto, que le presenta su renuncia irrevocable en el acto y, según le alega, porque él no se siente capaz de compartir labores con alguien, cuyo abuelo le ha matado a su tío, y así que se trae a cuento el lance, en que estos antepasados de ambos se vieron envueltos, y hablamos de histrionismo en este caso porque, al final, no es así como el sujeto lo pinta, y esto se lo viene a aclarar Laureano, una vez expuesta su razón:

-El general Pedro Vallenilla no era mi abuelo. Yo soy nieto del doctor José Vallenilla Cova. Don Pedro era su primo hermano. El caso que refiere lo conozco por mi padre, y hace tantos años de ese lamentable accidente, que a lo mejor ni verdad fue. Por lo demás, mi apreciado doctor, yo pertenezco a la rama liberal de la familia Vallenilla, tan liberal como su tío Carlos Acevedo.

Hay en Laureano la propiedad de transportarse hasta el siglo XIX, y esto le ha venido por la fuerte influencia formativa e intelectual que ha tenido de su padre; un hombre, como lo habíamos visto, de aquella centuria, y lo cual reafirma la reflexión nuestra en el hecho de decir que allí no hay más que teatralidad: Laureano se admite liberal; tan liberal como aquel Antonio Leocadio Guzmán a quien Juan Vicente González le sacaba los trapos al sol. La escena tiene que terminar, tal cual se presentía el desenlace; al final, el anciano jurisconsulto comprende los hechos, y le da la razón a Laureano

También se hace asiduo visitante de Laureano el concejal Rafael Heredia Peña, y quien viene al caso referir, porque algo cómico sucede con éste. A Heredia Peña lo pone la camaradería comunista a que financie al jefe del soviet de la parroquia San Juan, y éste se niega. Alega que él no está dispuesto a mantener a un sujeto que tiene como deporte el montar bicicletas, además de pasársela en el bar Windsor ingiriendo aperitivos. Se le ha dicho que por su cargo de concejal tiene que cotizar con Ricardo Arturo Martínez; entonces, éste se cree una suerte de Bakunin, el famoso líder anarquista contemporáneo de Marx, que se instalaba en las casas de los militantes de su partido, invocando razones estratégicas de organización política; digamos, esa fue una de las tantas figuras viciadas que creó el proceso de la revolución proletaria, y que se reproducía una y otra vez en los sheriff del partido. Heredia Peña se ha vuelto muy allegado a Laureano; éste es su apoyo financiero de vez en cuando; al punto de ponerlo de fiador, para alquilar la casa donde ahora vive con su mujer y sus hijas, y de modo que se permite contarle estas cosas a él; una perorata que tiene su parte de cómica, por el tono de decir Heredia Peña las cosas. ¿Qué pierde éste entre tanto? Pierde el fuero del militante comunista.

Lo importante es observar que Laureano ha tenido un gran arraigo en el medio edilicio, con independencia de los compromisos que pueda tener aquél con su persona, y el género de sus visitas al instituto; arraigo que además se mide en el hecho de que uno de los concejales lo nombra padrino de su boda.

Laureano designa un equipo asistente, con dos personas de confianza que coloca en cargos de relevancia en el instituto; en realidad, uno de ellos viene recomendado por el presidente Medina Angarita. Se trata éste del escritor Jorge Luciani; aparte de que para nuestro Vallenilla Lanz más bien es un honor ayudarlo, porque en iguales circunstancias, él admite, que hubiera procedido su padre, ya que el viejo Vallenilla Lanz siempre protegió a Luciani y, en virtud, de que es de aquel tipo de sujeto que, justo, Laureano califica de romántico: un ser bohemio, díscolo; con ideas confusas; un sujeto que en su juventud se había identificado con un régimen de democracia estilo girondino, como se decía a comienzos de siglo en este país, y que ahora se identifica más bien con un régimen dictatorial, que no le permita ninguna apertura a los partidos de izquierda. En el fondo de Luciani hay una gran superficialidad, y la que se aprecia en la desorientación que expresa, con respecto a lo que considera que son las causas de los grandes problemas sociales y económicos de los pueblos latinoamericanos: un paternalismo hueco le impide ver con claridad las cosas; de modo que por esta vía él termina achacándole la culpa del subdesarrollo de nuestros pueblos a las grandes potencias extranjeras, y cosa que también anda en el inconsciente del criollo como una resignación de su yo salvaje.

Otro espécimen de esa generación romántica lo consigue Laureano en

el escritor y poeta Manuel Pereira Machado, un sujeto que le sirve de secretario en el instituto, y cuyo aspecto de por sí lo delata: se trata de una persona triste y enfermiza, aun cuando es un empleado eficiente y honrado, sobre todo, en lo que atañe al ejercicio de las cuentas. Es un hombre que tiene muchas resacas en la vida, y ante las pocas oportunidades que se le han presentado, a modo de asegurarse una existencia más digna, a esta altura no le queda más que la resignación. Así ha hecho el papel de tonto, al prestarse a escribir por encargo, para la gloria de un tercero; un malagradecido; pero sujeto que lo pagaría más tarde al solicitarle de nuevo sus servicios, y en esto consiste su resignación, pues al acudir de nuevo aquél a solicitarle un favor, se da el gusto de responderle, muy a lo criollo:

-¡Miranda! Ya yo estoy cansado de ganar glorias para un tercero.

¿Qué le proponía? Elaborar una biografía, justo, de don Francisco de Miranda, biografía que necesitaba sumar a su curriculum, a los fines de conquistar un sillón en la academia. La resignación de Pereira Machado consiste en que se tuvo que atener a lo que, en efecto, ocurrió, y que fue que el famoso señor, un edecán de López Contreras para el momento, le hiciera una guerra sucia con el mandatario: era inteligente; pertenecía a la elite de la ilustración de este país; escribía versos; he allí los argumentos en que se basaba éste para difamar al otro con su propagandita anticomunista. Esa Venezuela de apariencias, la famosa Venezuela del alcalde y el bachiller, muy trabajada por el maestro Gallegos en su novelística, estaba condenada a desaparecer por el espíritu de la nueva época; en la cual ya no iba a tener cabida la figura del intelectualoide, y esto en razón de la puesta en escena de la cultura masiva; la cultura de la banalidad. Ya nadie se iba a fijar en los intelectuales para ponerlos de amanuenses o secretarios, lo cual había sido el sufrimiento de esta clase, cuando se era de escasos recursos, y que se traducía en frases, como la que le decía Pereira Machado a Laureano en sus diálogos:

-Como usted bien dice, mi querido doctor Vallenilla, aquí en Venezuela los intelectuales llevamos todas las de perder.

Al contrario de Gimón Itriago, Landaeta celebra que Laureano haya descendido de las alturas del poder. Virginia Woolf escribió una obra titulada ***Las Olas,*** y en la cual compara a los hombres con las mismas; la forma incesante de manifestarse unos y otros le sugieren la imagen de olas. Landaeta en este caso vendría a ser así; una ola que aparece y desaparece de la vida de Laureano, y esto se nos ocurre decirlo, porque en la oportunidad del encuentro a que se alude entre éste y nuestro Vallenilla Lanz, cuando le dice estas cosas, se cuela una reflexión suya, y la cual vendría a ser la continuación de lo dicho, justo, por Pereira Machado, que sería en este caso también otra ola; toda vez que Landaeta admite que en este país la posición más cómoda para vivir es permanecer al margen de la política, sólo que por esta vía, a su juicio,

el hombre honrado queda a merced del afán arribista de su compatriota:

-Ignoro -le argumenta Landaeta a Laureano- lo que significa un jefe civil y hasta un agente de la policía para un simple particular.

De inmediato, Laureano se da a la tarea de observar el funcionamiento de las colonias agrícolas, y es así como advierte que las mismas no necesitan sino aumentar la producción, de modo que se vuelvan autosuficientes, y esto implica introducir reformas en los cultivos, así como la incorporación de nuevas hectáreas de campo. En cuanto a inmigraciones, determina, de otro lado, que la única que ha pegado, hasta ese momento, ha sido la de los canarios, y, quizás, porque la política respectiva se ha llevado de una manera improvisada, resultando el caso más patético el de una colonia de daneses, a quienes se había reclutado, gracias a la reputación de país agricultor de la que gozaba en ese momento Dinamarca; un grupo de pequeños burgueses que no sabía sino dar órdenes a unos obreros, que iban a terminar descubriéndose mucho más capacitados que ellos para las labores, y así andaba en la comarca hasta un pintor paisajista; que más se había acercado al trópico en busca de nuevos coloridos para su objeto estético, que otra cosa. En el pueblo de Chirgua queda la huella de esta oleada de daneses en los rasgos de unos niños, que juegan con otros niños de la comarca: cabello rubio en piel tostada; producto de la unión de una joven colona con un joven criollo, de modo que al partir su gente, ella se ha visto obligada a quedarse. La de los canarios ha sido la única inmigración que se ha arraigado en Venezuela, de acuerdo al balance de Laureano, y ésta predomina, sobre todo, en los valles de Portuguesa, región en la que comienza a tener una activa presencia en los mercados populares, con la introducción de sus productos.

A partir de allí, Laureano da los primeros pasos, y orienta la empresa de manera que la pone a producir, cosa que ya es un rasgo característico suyo en cada una de sus iniciativas, al respecto de la gerencia pública; de modo que una vez que ha orientado en sentido positivo la política de las colonias, éste se aboca a preparar un proyecto de inmigración, a objeto de traer una conciencia racionalizada al país; dicho en términos metafóricos; se dispone a traer la conciencia de Robinson Crusoe, aquel famoso personaje que había sobrevivido en una isla del Atlántico, gracias a la cultura suya de la técnica; un proyecto que se lo presenta a Medina Angarita; ante quien lo expone con su debida exposición, y quien, al final, termina convencido. A juicio de Laureano, Venezuela no sólo necesitaba una inmigración para el desarrollo del campo, sino también para la edificación del país, y su argumento central era el de que, en virtud de que la II Guerra Mundial ha finalizado, y la etapa de post-guerra va a despedir a mucha gente de su tierra de origen, en la búsqueda de encontrar mejores condiciones de vida, se podía aprovechar esa masa humana que, precisamente, emigra con los patrones de la sociedad de

Crusoe. Medina Angarita da órdenes de inmediato de que el proyecto pase por el consejo de ministros, y de donde surge un decreto, que implica una reforma a la ley de inmigración venezolana, decreto que al ser publicado es rápidamente difundido al mundo entero por las agencias cablegráficas, y lo cual amerita la atención de los grandes diarios de las principales capitales del mundo, como lo comprobará más adelante Laureano; de forma que ya al mes siguiente se recibe la primera oleada de extranjeros, constituida por unos ochocientos portugueses; a quienes, primero, se les ubica en casas de pensión en Caracas, para distribuirlos, luego, en el interior del país. Esta época coincide también con el contingente de desterrados, que produce la guerra civil española; representados éstos por un comité, y el que no deja de hacer gestiones ante Laureano; de modo que por esta vía también entra inmigración de la madre patria, y en la cual se cuela alguno que otro catedrático universitario; un representante de la *intelligentzia*, como diría Laureano; quien piensa, se repite, que todo no puede ser mano de obra física, sino también intelectual; aunque éste no alcanza a medir el efecto de su política, sino cuando se le acerque a un gringo, que le llama la atención en medio de un grupo de obreros en La Guaira, y sujeto que, una vez realizadas las presentaciones respectivas, le muestra el recorte del periódico, en el cual se habla del nuevo marco del repoblamiento oficial venezolano. Resulta un ingeniero eléctrico, a quien de inmediato se envía al Zulia, para que sea empleado en la industria petrolera; lo mismo sucede con un ingeniero polaco, y, así, sucesivamente, técnicos del más alto nivel.

Entre tanto, la oficina de inmigración no sólo se transforma en un medio para la colocación de los distintos sujetos, que se allegan al país, sino también en una referencia para la empresa privada local, que entonces acude a la misma en busca de aquel trabajador calificado, como es el caso de un francés, que va a la oficina de Laureano en solicitud de camareros profesionales, a objeto de que le trabajen en un famoso restaurante, conocido como "La Suisse", que ha establecido en Caracas, y luego, por cierto, de miles de peripecias, confrontadas a lo largo de una fuga de la cárcel de La Cayena, en Guayana, hacia donde lo había confinado su país.

El carácter aristocrático de una sociedad se mide por el hecho de que este ciudadano francés no puede ligarse a la gente, que conforma el famoso comité "Francia Libre", a pesar de su mucho dinero, quizás por su condición de prófugo de la justicia de su país, por lo que se ve privado de hacer contribución alguna para la causa patriótica y, en ese sentido, tiene que acudir donde Laureano, a modo de sufragar por esta vía, y así se observa el fervor patrio ponerse de manifiesto en frases como la que le dirigirá éste a aquél, y en las cuales le expresa:

-Dígale al comité que ese dinero lo manda un francés feliz, porque se

acerca para su patria la hora de la libertad.

Habría que añadir, como dato al margen de la situación, que este francés iba a estar llamado para triunfar en la literatura; gracias a la publicación de unas memorias, que va a escribir hacia la década de los sesenta en un estilo ameno; claro, que se deja leer, y quien se conocerá con el nombre de Henry Charier, alias "Papillon", nombre con el cual titula el libro.

A esta altura, Medina Angarita, ya había vuelto a franquear con Laureano; ahora se portaba más amable con él, al punto de invitarlo a cenar una noche en la casa presidencial, una invitación que sólo la extiende a un par de parejas más; aun cuando Medina Angarita no dejaba de ser quisquilloso, y a oídos suyos había llegado la información de que Laureano había dejado entrar a un grupo de canarios, que venían indocumentados; lo cual le olía a anarquismo, y así en su momento lo había mandado a llamar para que le aclarara este asunto; lo cual viene al caso porque hay que hacer notar que Medina Angarita no se fija en algo que sí constituye problema, y es el hecho de que hay algunos inmigrantes que llegan enfermos, y de quienes se va a ocupar el ministerio de Sanidad, de modo que la patria por el momento está abierta a todos los menesterosos que las contingencias de la época los han hecho abandonar sus respectivos países. De allí que Laureano le responda a Medina Angarita:

-Puede que sí haya anarquistas, presidente, pero aquí cambiarán. Sé de unos extremistas catalanes que en Venezuela se han aburguesado. Además, mi general, resulta difícil exigir documentos a los españoles. Cristóbal Colón vino sin su documentación.

Corría el año 45, había un mundo que fenecía, y en el que se inscribía la finalización de la guerra, la cual prometía una serie de oportunidades, que iban desde la emigración en masa de técnicos de los países en conflicto, hasta la exportación de sus productos industriales, dada la recesión económica que se sufría en aquellas regiones. Pensando en este hecho, Laureano hace un negocio con uno de sus automóviles; un "coupé" La Salle, por el que alguien le ofrece ocho mil bolívares, y que éste los acepta, ya que le huele que en el futuro inmediato podrá conseguir un vehículo lujoso en el mercado. Al igual que los caballos, también Laureano se da a coleccionar carros, y esto es un detalle que resulta curioso observar en un hombre de su época; primero, porque nos muestra la expansión que ha tenido la industria del automóvil, y segundo, que, a pesar de que es un lujo que muy pocos se dan, a partir de aquí se observa que el primer medio de transporte desaparece, en aras del segundo. En este caso, Laureano es un hombre a medias; como a medias es la vida cotidiana, donde hay la presencia de bestias al lado de los vehículos, y lo que da lugar a imágenes tan naturalistas, como esa de Faulkner, que coloca a un caballo en medio de una cola de carros, y en la que participa como locomoción del coche que arrastra, mientras asoma la cabeza

por encima de los otros vehículos, y entonces se hace notable en el conjunto. Pues bien, Laureano ha salido del "coupé", sin embargo, le queda un Chevrolet en su casa; adjudicado por el momento a su señora, aparte del vehículo oficial, que le corresponde como director del instituto.

El viejo Rufino Blanco Fombona fallece en Buenos Aires, cosa que se sabe por los anuncios que aparecen en las primeras páginas de los diarios, y que toca muy de cerca a Laureano, en virtud de que una de las pocas personas, que lo había ido a despedir era éste, y esto además porque Laureano se había ocupado de agilizarle los trámites de su pasaporte. En la mente del viejo también se empoza una resaca por algo sufrido, y es el hecho de que éste se desconcierta con su persona al no haber logrado encarnar en aquel paradigma, que él siempre perseguía, de ser un caudillo del estilo de Guzmán Blanco o del de Gómez; nada del estilo de López Contreras, cuya condición de caudillo la pone en entredicho; en todo caso como Castro, y con quien en última instancia termina identificándose por el hecho de la locura, que dice, le es común a ambos; pero volviendo al caso, una tragedia la de aquella conciencia suya, lo cual hemos venido anotando como uno de los males del intelectual criollo, y entonces esto ha ido en detrimento de su ego, que se muere de tristeza, sintiéndose tan poca cosa.

El acontecimiento más importante en esa época lo constituye el encuentro que Laureano sostiene con Juan Herrera Uslar; importante en el sentido de que el susodicho le propone comprar un diario, que está a punto de quebrar. He allí una faceta inexplorada suya: durante la infancia y la adolescencia, Laureano había presenciado muchos episodios relacionados con tinta y papel de periódico; aunque mucho más emocionado que él lucía el poeta Jorge Luciani, cuando éste se lo haya de contar, pues desde allí siente que, su pluma y la de Laureano, se pueden erigir en una referencia dentro de la opinión pública, y en un tiempo en que la prensa oficial acusa un vacío por completo. Esto nos lleva a decir que Laureano de inmediato acepta el ofrecimiento y se hace cargo del periódico.

He aquí el instante cuando demuestra su espíritu democrático, de modo que su periódico se transforma en tribuna de opiniones; todas las corrientes de pensamiento tienen cabida en sus columnas, y esto llama la atención del público caraqueño, que entonces se entusiasma con aquella nueva línea editorial, que se exhibe en el antiguo Ahora.

Hay un recargo del trabajo por parte de Laureano, ya que del instituto se tiene que venir a la redacción del mismo, lo cual implica elaborar el editorial y refritar algunos cables, que se oyen por radio; sin embargo, a éste lo distiende la tertulia que se forma por las tardes en la sala de redacción, y en las que suele estar alguno que otro colaborador. En este sentido, Laureano concibe la idea de que se puede quedar solo con el cargo de la dirección

del periódico; casi que está ganado para entregarse al periodismo, y es así como acude donde el presidente Medina Angarita, a fin de participarle lo de la renuncia suya al cargo del instituto; pero lo que no toma de buena manera el otro que, de inmediato, le sale con la objeción de que se va del gobierno porque presume que vienen malos tiempos, es decir, coloca en la defensiva a Laureano, y así éste come casquillo, para terminar arrepentido.

¿Cuáles son los malos tiempos? Resulta que de la noche a la mañana se han vuelto a poner los comicios legislativos, comicios en los cuales participa, por lo demás, el gobierno, a través del PDV, en una alianza con el Partido Comunista, y cosa que deja en ese momento estupefacta a la derecha conservadora de este país. Está de moda el hecho de ser progresista, y este será el segundo rasgo, junto a su espíritu bonachón, que destaca la historia de Medina Angarita, en lo que se refiere al tratamiento de su figura. Mientras las mentes lúcidas consideran que ése es el camino más inmediatista para sobrarse en política, Medina Angarita celebra un pacto con los comunistas, a modo de ganar tal reputación.

¿El resultado electoral, en esa oportunidad? El desconocido comerciante Augusto Domínguez le gana las elecciones a la gloria de las letras venezolanas, Rómulo Gallegos, de Acción Democrática en la parroquia de Santa Rosalía, por lo que los pedevistas celebran la victoria, ya que se trata de uno de ellos.

Sin embargo, Laureano se excluye de allí, sobre todo, porque le preocupan las consecuencias, que le puede traer el pacto de Medina Angarita, sus nuevos compromisos políticos; máxime cuando sobre el ambiente, los partidos de izquierda impulsan una reforma agraria, cuyo tema también causa furor entre los propietarios venezolanos y, sobre todo, porque se teme que, a la larga, Medina Angarita sea embaucado en ese sentido. A lo largo de estas páginas hemos destacado que Laureano más bien se asumía al pensamiento liberal, y esto lo llevaba a ver como algo inconcebible el hecho de que el venezolano, a pesar de que había ensayado esa idea una y otra vez sobre la realidad, siempre había fracasado en ella, y para eso estaba el ejemplo de las guerras de las revoluciones del estilo de las de Ezequiel Zamora, que habían partido de principios agraristas. El patrón de reforma agraria de la revolución mexicana, reforma llevada a cabo bajo el régimen de Lázaro Cárdenas, se había erigido en el modelo, por excelencia, de la América Latina, y sin embargo Laureano tenía reparos que hacerle. Por esta vía, citaba a Keines y, como él, llegaba a la conclusión de que la solución no estaba en repartir entre todos lo que existe, sino en aumentarlo y mejorarlo para que alcance a las masas, y contribuya realmente a elevar los niveles de vida. En su defecto, Laureano prefería hablar de una reforma agrícola, ya que acusaba al campo venezolano de adolecer de métodos modernos, en lo que se refiere a la mecánica del trabajo; acusaba una falta de obras de riego; de tractores; implementos agrícolas, semillas y abonos.

Otra persona que no se va a olvidar de Laureano va a ser el capitán Mario Vargas; pero este no se aparecerá sino por la redacción de Ahora, y esto hace pensar que, en el fondo, lleva una segunda intención; además de pasar a felicitarlo con motivo de aquel éxito empresarial suyo. ¿La segunda intención? En realidad, el sujeto trata de granjearle publicidad a su amigo, el ex gobernador Celis Paredes; sujeto a quien habíamos dejado en una clínica de los EEUU, y en donde no lo habían dejado morir, por cierto; de forma que volvía a concursar su nombre en la terna de las candidaturas. Así resulta tan convincente el capitán Vargas que rápido se cuadra Laureano con su antiguo jefe, a través de un editorial. Obsérvese que, a pesar de que éste ostenta un cargo menor, el sujeto es una cabeza notable del medinismo, y en virtud de que de inmediato se interpreta que detrás de ese editorial está la línea oficial del gobierno; se entiende que éste está creando un consenso alrededor de la figura de Celis Paredes. Semanas más tarde el diario Fantoches publica la fotografía del ex gobernador a página llena, y ya está la candidatura suya en la calle.

He allí algo, sin embargo, que le alega Medina Angarita a Laureano, en ocasión de una cita que se le cursa para que acuda al palacio: el problema de la salud quebrantada de Celis Paredes. El presidente no está que arde de la rabia, y la prueba de que conserva la ecuanimidad estriba en el hecho de que, a título personal, le pide a Laureano que suspenda la campaña de promoción de candidatos en tales circunstancias. Medina Angarita considera prematuro lanzar cualquier fórmula electoral en el instante, y para eso apela al hecho de que el país atraviesa por un momento en el cual prevalecen demasiadas ambiciones. Laureano no toma en cuenta, según le hace ver éste, que Celis Paredes tiene ciertos rivales en la camarilla militar:

-Por lo demás, nuestro amigo el Bachiller no es tan popular en el ejército. No olvide tampoco que está enfermo.

Sin embargo, Medina Angarita también tiene algo entre manos, y le es muy importante acallar la voz de Laureano por el momento.

Por lo que se refiere al resto de la prensa, dicha tarea, la de no dejar que la campaña electoral se le desborde en forma prematura, no le es difícil a Medina Angarita, ya que, por lo demás, el director de El País, Valmore Rodríguez, le ha dicho a Laureano, que la línea editorial del órgano va a silenciar el tema de las candidaturas presidenciales, toda vez que su partido no puede avalar un proceso político en el cual no participa el pueblo venezolano con su voto libre y universal.

Tengamos en cuenta que para ese momento el Congreso Nacional procede a una reforma de este tipo, en el sentido de que se establece un voto libre y universal para la elección de los miembros de la Cámara de Diputados, lo que implica una reforma a nuestra Carta Fundamental; aparte de que también se elimina el famoso inciso, por el cual se perseguía a los comunistas en

este país; lo que lógicamente se promulgará, por parte del Ejecutivo, en una solemne ceremonia, para la cual son invitados representantes de los poderes públicos y privados; prelados, así como dirigentes de los partidos políticos, y entre ellos los de Acción Democrática, a la cabeza de Betancourt, quien para la oportunidad mira con recelo a Laureano.

El hecho es que el dirigente adeco lo supone instigador de una estrategia que consiste en sonsacarle algunas cifras del partido, como Inocente Palacios y uno de los concejales de Caracas, y lo cual lo viene a saber Laureano por intermedio de Valmore.

¿Se ha hablado de un Rómulo Gallegos que acaba de perder en las elecciones legislativas? Este aprovecha para acercarse donde Laureano, en su oficina del instituto, a objeto de recomendarle a una persona para que la emplee en uno de los programas de investigación agrícola. Acaba de salir a la luz pública su famosa novela ***Doña Bárbara***, y la que anda colocando en algunos lugares, como antes lo había hecho con el resto de sus obras, y para lo cual, recuérdese, había ido a visitar hasta a Laureano, cuando éste estaba en Los Teques. He allí la segunda intención que lleva al acercarse al instituto, porque, por lo demás, la persona que le recomienda es un primo de Laureano.

Pasados unos meses, éste va a descubrir que ha sido menos peregrina la idea de permanecer en el gobierno, y no sumergirse en el mundo del periodismo, a pesar de que es un medio donde cada día echa raíces; toda vez que el diario no logra remontar la cuesta de su déficit financiero; anda de mal en peor; una suerte de fardo que descubre, de pronto, Laureano que sobra en su vida, y si a eso le añadimos el hecho de que lo hace trabajar el doble, resintiendo ya su organismo un enorme cansancio, nos explicamos por qué a ultima hora decide vender las acciones, y olvidarse de ese mundo. El hecho será lamentado más adelante por el doctor Angel Biaggini, cuando el gobierno lo escoja como su candidato presidencial, pero ya esto será con el correr de las semanas y de los acontecimientos.

¿Acontecimientos? De nuevo vuelven a molestar al viejo Diógenes Escalante en Nueva York; una persona que nos pareció enigmática al comienzo, como lo hemos venido diciendo, cuando apareció; sobre quien llamábamos la atención, a manera de no perderlo de vista, y esto en virtud de la importancia que iba a recobrar en la distancia; un hombre singular, porque habría de estar marcado por la tragedia, habida cuenta que, justo, en el instante en que ya se ha logrado el consenso para que asuma la presidencia, el pobre se nos vuelve loco. He allí el "gallo tapado" de Medina Angarita, para decirlo a la venezolana, un hombre que reunía el consenso no sólo del presidente, sino también del líder de la oposición, que era Rómulo Betancourt, y eso porque éste tenía cifrada sus esperanzas en él, en el sentido de que creía que el célebre diplomático sí iba a instaurar una verdadera democracia en

Venezuela; mientras el primero veía en Escalante la continuidad del andinismo, aprovechando justo lo reiterada que había sido la fórmula suya en tal sentido; cuando hablamos de molestar es porque Medina Angarita lo había ido a buscar a Estados Unidos.

Betancourt cuenta en *Venezuela Política y Petróleo* que a él le llamó mucho la atención, cuando al viajar a los Estados Unidos para entrevistarse con él, y luego de haberle expuesto toda una serie de consideraciones políticas, que no vienen al caso, Escalante se le quedó mirando, perplejo, como unos diez minutos; al final de los cuales reaccionó y le dijo que estaba de acuerdo con todo; sin embargo, Betancourt comenzó a dudar del hombre a partir de allí.

Precisamente, al llegar a cierta casa, donde se encontraba Escalante, Laureano veía salir a Betancourt y a Leoni en el instante en que él entraba; cuando ya venía un tanto advertido de la situación desde Macuto, hacia donde había bajado a temperar por unos días, y en donde se había topado con una persona que lo había puesto al corriente del asunto. La casa desde donde despachaba, en la ocasión, Escalante pertenecía a Angel Alamo Ibarra. Pero el asunto no se viene a desenmascarar sino al día siguiente, en la ocasión de un desayuno pautado con Medina Angarita, cuando entonces su secretario, que era Ramón J. Velásquez, le recuerde tal compromiso, y éste le responda que no puede ir, porque se encuentra con que no se puede vestir, y esto derivado del hecho de que le han robado sus camisas.

Lo que tiene asombrado al presidente, por lo demás, es que el hombre no aparece, y le da por ordenar que le llamen a Escalante; Ramoncito, como se le conoce familiarmente a aquél, responde la llamada y explica lo mismo, que le ha dicho un momento antes su patrón. Al final, el propio Medina Angarita termina cerciorándose de los hechos; agarra la bocina telefónica, y escucha la propia voz del famoso secretario, quien le dice que Escalante no puede ir porque alguien le robó las camisas.

¿Acaso esa situación la sabe Medina Angarita, como Félix Lairet, la persona con quien ha hablado Laureano en Macuto, sólo que quiere ganar tiempo en la búsqueda de un sustituto suyo? Lo cierto es que por culpa de este personaje ya la historia no será la misma en el devenir venezolano, por lo que se apela mucho a su figura, en tanto su destino trágico: ¿qué hubiera pasado si este personaje no se vuelve loco?

Quizás también Escalante hubiera sido víctima de la conjura. Tarde o temprano la historia iba a cambiar en Venezuela. Repárese en el hecho de que Medina Angarita había tenido que conciliar con todos los sectores, pero esta conciliación no había hecho más que concitarle desavenencias con el conjunto, al mismo tiempo, por efecto de la repulsión de fuerzas, y así que estaba más solo que nunca; téngase en cuenta, por otra parte, que el sujeto era puto; el pueblo no hablaba sino de las correrías nocturnas del jefe de Estado por

ciertos lugares de tolerancia de la ciudad, cosa que iba en detrimento de su imagen pública; aparte de que los Feizola, sus cuñados, eran los patanes de la ciudad, y aquello era que raptaban a las niñas liceístas, y por aquí se abría el capítulo del nepotismo y la corrupción, de la que se acusaba al régimen, hasta comprender el aspecto de los negocios de Medina Angarita; aspecto bajo el cual caía una casa, que se decía que se construía éste, que por sus dimensiones la llamaban en los noticieros radiales "bloque 8".

En esto jugaba un papel importante Landaeta, que era un oído dispuesto hacia el pueblo, y le transmitía estas cosas a Laureano, de manera que como los taxistas de los carros libres son muy hablachentos en este país, así se informaba de estos murmullos. Landaeta consideraba, al respecto, que, en estas condiciones, no había confianza en un régimen, y el cual tarde o temprano iba a ser desplazado por una fórmula nueva, como Acción Democrática.

De modo que en la oportunidad en que el país ya ha salido del asombro de la tragedia de las alturas del poder, Laureano se consigue al doctor Angel Biaggini, investido candidato presidencial, por el partido del gobierno, y quien le ataja, para unir aquel cabo suelto:

-Es una lástima que usted vendió el diario Ahora. En este momento podría prestarme una gran ayuda.

-Es cierto -responde Laureano-. Pero, desgraciadamente, no estoy en condiciones de perder doscientos o trescientos mil bolívares en un periódico.

Se pasa por alto el detalle de que Biaggini también proviene del Táchira, y esta es la torpeza en la que cae Medina Angarita. Hay que señalar que ese aferramiento suyo a un regionalismo andino caldea los ánimos ya en la sociedad de la época, y la que se expresa por voces como la de Valmore Rodríguez. A esta altura, al único andino que valora el pueblo es a Cipriano Castro; al menos, porque ha conquistado el poder a tiros, como dice Valmore; arriesgando su pellejo; tráiganse a colación las palabras de Blanco Fombona, en las cuales menospreciaba a López Contreras. He allí la opinión que hay en lo que se refiere a los herederos del héroe de la Revolución Restauradora. También Gómez ha sido un guerrero victorioso, y para el caso recuérdese su Revolución Libertadora; sin embargo, éste es el político de ese dúo compuesto por él y Cipriano Castro, lo cual lo exime a los ojos del venezolano de esa época, que más bien impugna figuras como la de López Contreras y Medina Angarita. Sopésese lo que le dice Valmore a Laureano:

-El Benemérito era caudillo, antes que andino. Medina es primero andino, y no es caudillo porque no puede. Le falta personalidad.

En los espectros candidaturales venezolanos, que se forman a raíz de los procesos electorales, siempre hay aquél a quien se le tilda de bruto, y se hace campaña en tal sentido. Por estas lidias transita la candidatura de Biaggini, y esto significa que no goza de todas las simpatías del pueblo.

El pobre sujeto se pone a dedicarle una fotografía a alguien, alguien que lo vende con el diario La Esfera, porque se detecta en la dedicatoria de la fotografía que ha escrito la palabra entusiasmo con "c". He allí el género de las burlas de las que es objeto Biaggini. Por radio comentan el asunto de su falta de ortografía, por lo que se habla del ABC del candidato del partido oficial: A de Angel, B de Biaggini y C de entusiasmo.

Es aquí el momento cuando Arturo Uslar Pietri invita a comer a Laureano una noche en su casa de La Florida. En el alma de Uslar Pietri se empoza el drama de Biaggini, la tragedia de Escalante... Está alarmado. Siente que el gobierno no tiene posibilidades de defensa por ningún lado; sobre todo, porque no precisa en su cabeza el aspecto positivo suyo, por medio del cual se pudiera enfrentar la estrategia del enemigo: ¿acaso López Contreras, que ya ladra en la cueva en materia de triunfo? No olvidemos que el lopezcontrerismo ha sufrido persecuciones, lo que indica que ahora viene por la venganza.

Pero, por otra parte, las consideraciones de Laureano no son las más esperanzadoras para Uslar Pietri, puesto que éste interpreta el signo de los tiempos como que hay ambiente de sedición; como de golpe de Estado, de donde a Uslar Pietri le nace preguntarle con una cierta ansiedad:

-¿Has hablado con algún militar últimamente?

El caso es que Uslar Pietri ha sido nombrado ministro de Relaciones Interiores, y por esa vía le llegan muchas cosas: no se olvide que se está en el mundo de los políticos, y en este universo hay mucha boca floja, que se va de lenguas por el efecto de un par de tragos en la cabeza, por ejemplo; así se le ha oído decir a un borracho un par de confidencias, que el gobierno ha considerado como un par de prendas, y lo que ya implica de hecho la preocupación de Uslar Pietri.

Hay una coda en todo esto: la fiesta que ofrece en honor del bautizo de su tercera hija Medina Angarita, y en donde Laureano comprueba que ese mundo está por desaparecer, a medida que va de un grupo a otro en plan de saludo; amigos que están sentados alrededor de unas mesitas forradas de blanco, y siente que está condenado a desaparecer; porque se percibe parte omnisciente de la historia del acontecimiento, omnisciente en el sentido de que él presume que, al final, terminará escribiendo sobre aquellas cosas, es decir, desdoblándose en otro que presume que va a venir, de acuerdo a las contingencias de la historia; y si es que admitimos que el autor de estas líneas no es más que él, y que quien escribe esto no ha hecho más que refundir sus memorias, unas memorias que aparecieron en forma de folletón en la década de los sesenta, bajo el título de ***Escrito de Memoria***, publicadas por una editorial mexicana, y las cuales cayeron en nuestras manos, por cosas del azar, como suele decirse, y lo que llamamos refundir en este caso ha sido cosa de refritar sus palabras, a la manera de una alquimia de

voces, y tomando en cuenta que el lenguaje proviene de una química; lo que ya en instancias académicas se conoce como una paráfrasis.

Allí en el fondo de la famosa fiesta está el doctor Biaggini más solitario que nunca; un sujeto a quien Laureano se acerca para saludarlo, y con ello motiva a su cuñado Tomás Bueno a preguntarle por la identidad de aquel señor, y es cuando cae en cuenta de que se trata del candidato a la presidencia de la República, en dos palabras, un ilustre desconocido. Un oscuro ministro de Agricultura y Cría, que no tiene ninguna figuración en el mundo de la economía, de modo que se le pueda catalogar como una cifra de esta esfera, y su falta de carácter llega al hecho de que uno de los edecanes de Medina Angarita, un tal Castro Gómez, se permite decir a poca distancia de él:

-Muy equivocados están los que piensan que el Ejército va a apoyar a ese señor.

¿Cómo puede proceder el presidente para luchar contra este encono, en detrimento de su voluntad? Una vez cita a Laureano al palacio, y lo que percibe éste de aquél es que está asustado, con cara de enfermo; no es para menos, una úlcera, que sufre, le ha producido una hemorragia; sólo que esto no se ha sabido sino en una forma confidencial, entre gente como Félix Lairet, quien también ha informado a Laureano acerca del particular. El cuento es que lo cita para llamarle la atención a su amigo Jorge Luciani, por su intermedio, ya que el susodicho se ha destacado en los últimos días como un acérrimo enemigo de la candidatura de Biaggini; prueba que Medina Angarita está en la desesperación; cuando, además, Laureano lo deja sin argumentos, una vez que le demuestra el derecho en que se encuentra Luciani de expresar libremente sus criterios. Por su fortuna, el presidente se da cuenta de su exabrupto; se arrepiente; cambia de tono, de modo que es nerviosismo lo que tiene, y esto se capta porque, de seguidas, pasa a preguntarle a Laureano por el estado de la situación. Laureano recrea la figura de su padre en variadas formas de manifestación, y ahora una vez más al hablar para unos oídos sordos, como en aquellos tiempos don Laureano con Juan Vicente Gómez, donde había mucha erudición histórica, pero no había oídos de la contraparte; pasa lo mismo con Medina Angarita, a medida que éste se explaya en consideraciones del pasado, y trae a colación las figuras históricas: José Tadeo Monagas, Antonio Leocadio Guzmán; aquel sujeto tiene la mente en otra parte; lo mira con una cierta inconsistencia:

-Está usted pesimista, Laureano -le dice ya para despedirlo-. No es para tanto. Próximamente conversaremos de nuevo.

Aquí cabe volver a insistir en una pregunta que dejábamos al aire en páginas anteriores, relacionada con el papel de Delgado Chalbaud como figura protagónica de hechos que están a punto de desencadenarse. Lo cierto es que éste se aparece un día por la oficina de la dirección del instituto; invita a salir

a Laureano; juntos hacen una incursión en la librería francesa del pasaje Pérez-Soto, donde compran algunos textos, para dirigirse a continuación a un bar cercano, y sentarse a disfrutar un par de tragos. A medida que hablan, Delgado Chalbaud utiliza un lenguaje raro, el mismo lenguaje que utiliza Medina Angarita cuando le quiere hacer ver que hay gato encerrado, y esto se nota por el tono de advertencia con que le habla Delgado Chalbaud, que parece como muy traído por los cabellos. ¿Cómo ha llegado a saber que Medina Angarita días atrás le ha ofrecido la representación diplomática de Venezuela en Francia? Un detalle nimio, sin importancia, y eso porque con aquella criatura recién nacida, que hace pocos meses ha arribado a su hogar, Laureano no se atreve a moverse fuera de Venezuela. ¿El tono de advertencia? Delgado Chalbaud trae a colación el hecho de la fecha. Le pregunta a éste por la misma, y entonces le recrea el ambiente del mundo parisino en esa etapa del año, corre el 16 de octubre, para más señas, etapa en la que, según sus palabras, todavía es posible sentarse en la terraza de algún café, a modo de disfrutar la parte más suave de la estación de otoño; cosas de este estilo le saca Delgado Chalbaud a Laureano; sólo que éste no está capacitado para comprender el trasfondo de aquel sermón, y que en la boca de aquel señor suena como una imprudencia; aquel funcionario medio del gobierno está lejos de interpretar que había gato encerrado detrás de aquella chanza.

Hay una fecha, que es 16 de octubre, con independencia del otoño parisino de Delgado Chalbaud y sus famosos consejos; entonces, los días están contados para Laureano, y para todo el conglomerado venezolano en su conjunto, puesto que un nuevo capítulo de la historia del país se mueve en el horizonte. Ese día va con su pareja por la noche al cine, y a la salida se consigue con Carlos D'Ascoli, a quien conduce hasta su casa en el automóvil, comprobando Laureano en ese momento que Medina Angarita está siendo enjuiciado por un país, que a partir de su enredo con los comunistas, le ha comenzado a descontar sus errores, y de acuerdo a las cosas que le comienza a enumerar su amigo. El segundo de ellos, a juicio de D'Ascoli, es el no haber escogido, como candidato presidencial, a Rafael Vegas en lugar de Biaggini, lo cual es el conducto más lógico para lograr un consenso político.

El día 17 de octubre la prensa es tomada por la noticia relativa a un mitin de AD, y llaman la atención de los titulares las frases temerarias, que se han oído, en ocasión de los discursos; frases que no dejan de sorprender a un hombre, como Jorge Luciani, quien repara en el asunto de que, por el tono agresivo de las mismas, se puede decir que se está en la víspera de gravísimos acontecimientos, sólo que la presunción de Luciani se va hacia la figura de Cipriano Castro, y así piensa que se va a reproducir una suerte de Revolución Restauradora; esto es, que va a venir alguno de la provincia, y va a tomar por sorpresa a un ejército desprevenido, inexperto; porque Luciani se permite

descalificar al Ejército, y considerarlo escaso de experiencia.

Pero Laureano no piensa sino en el mes de abril del año 46, instante en que se procederá a nombrar al sucesor de Medina Angarita; ni se imagina lo que está ocurriendo en el interior de los cuarteles, y de modo que en la aurora se asoma el famoso 18 de octubre, repetimos, cuando entonces un nuevo horizonte histórico se cierne en el devenir venezolano.

# LIBRO TERCERO

# I

Hay un nuevo amanecer el 18 de octubre de 1945 en Venezuela. Ese día Laureano se dispone a regresar en su automóvil a su trabajo, luego de visitar al doctor Angel Alamo Ibarra, recién operado de apendicitis, en la clínica de un reputado médico caraqueño; cuando entonces alguien, vestido de uniforme de oficial, lo intercepta en el estacionamiento, y le pide que lo arrastre consigo, ya que ningún carro de alquiler se atreve a movilizarse hacia el centro de la ciudad; hay rumores de un alzamiento en el cuartel San Carlos, y lo que es él necesita ponerse en su puesto de trabajo, como es la dirección de la cárcel Modelo.

He aquí la primera señal de una serie de cambios, que se desencadenan de ahora en adelante en esa Venezuela recién incorporada. Arranca el susodicho su vehículo; en compañía del oficial, cumpliendo con el famoso favor, y, en ese sentido, decide tomar por la vía del cuartel Ambrosio Plaza. ¿Cuál va a ser la segunda señal? Las filas de soldados en formación, que se ven en el patio de dicho cuartel, cuando Laureano baja por una cuesta, desde la cual se puede captar este movimiento en el interior del fuerte, y hay una tercera que serían los disparos en la ciudad; un país que no había vuelto a escuchar nunca más un tiro desde hacía casi medio siglo en sus poblaciones, en lo que se refiere a alteraciones del orden público; Laureano comienza a pisar otra realidad; está en otra dirección, con independencia de la relativa a la que lleva en el carro, y de modo, finalmente, que deja al oficial en la puerta de la Modelo.

De allí nuestro Vallenilla Lanz se moverá hacia el instituto. En su trabajo encuentra una cierta alarma generalizada; se maneja la tesis de un golpe de estado, un golpe propinado por el general Eleazar López Contreras; aparte de que se señala que Isaías Medina Angarita permanece detenido en su casa o, cuando no, que está herido en el hospital. El hecho es que Laureano para cerciorarse bien de las circunstancias, llama a un sujeto que vive al lado del ministerio de la Defensa; un italiano amigo suyo, y quien le dice del otro lado de la línea telefónica:

-Mire, dottore, no puedo salir de mi casa. En la puerta mía hay un sargento y cinco soldados que detienen los vehículos, y obligan a bajarse a los pasajeros. Si resultan empleados del gobierno los mandan presos para el palacio. Le aconsejo que no se asome por aquí.

Echa a andar éste enseguida por las calles caraqueñas. Se lleva a uno de los directores del instituto, y su objetivo consiste en dar con Medina Angarita. En la comandancia de la policía se le informa acerca de su paradero: "Hace unos minutos se acaba de mover para el Ambrosio Plaza"; enseguida se devuelve Laureano en busca de su automóvil y se manda para el cuartel. Entonces corre por toda la ciudad la noticia de que López Contreras ha sido detenido en Miraflores, en momentos en que éste se presenta al palacio. Lo sabe

Laureano cuando se topa con alguien en el camino, que le dice unas cuantas cosas; así que lleva pormenores para relatarle al presidente.

El susodicho está sentado en un sofá de cuero en uno de los corredores del fuerte Plaza, como se le había dicho, al momento de encontrarlo; luego de pasar por alcabalas y garitas, y así que al verlo le pregunta:

-¿Cómo le parece, Laureano?-

-Muy lamentable, general.

Luego se lo lleva aparte, de modo que le hable de esos pormenores, que le ha leído en la mente que tiene para él, y es cuando Laureano le transmite lo de la detención de López Contreras en el palacio de Miraflores.

-Bien sabía yo –responde Medina Angarita- que el general López Contreras sería incapaz de alzarse. Fue a Miraflores a ayudarme, el pobre.

El presidente ha estado reunido con todo el tren ministerial, que ahora está disperso entre oficinas y corredores; cuando de pronto se le acerca el joven teniente Gramcko, el famoso compañero de la equitación de Laureano, y éste le ordena que se apersone en Miraflores, de modo que trate de averiguar lo que allí sucede.

Luego el presidente tiene que atender una llamada telefónica, por lo que se dirige a un despacho, sin que Laureano lo deje solo por un instante, y es así como éste se entera de la verdadera situación de las cosas, a propósito del parloteo del presidente, tanto más porque Medina Angarita lo previene; cuando cuelga la bocina, le expresa:

-No comente nada de lo que ha oído. No conviene alarmar. La situación es mucho más grave de lo que yo pensaba.

De nuevo vuelve a sonar el teléfono; el presidente le dice a Laureano que atienda él la llamada; se trata de Luis Miquilena, el famoso secretario general del sindicato de transporte, y quien está a la orden, según le dice a éste, para conducir una toma de Miraflores a través de una poblada; sólo que no es deseo del mandatario el derramar sangre, y así que el propio Medina Angarita tiene palabras diplomáticas, para quien está dispuesto a salir a la calle por él.

Sin embargo, la cosa no está muy buena de la trinchera del bando contrario, que le acribilla a mansalva a su emisario, al teniente Gramcko. Unos minutos apenas han pasado, y ya está de vuelta la comisión con el cadáver del oficial; echado éste en el asiento trasero de una patrulla, según lo pueden determinar Laureano y el presidente, tan pronto se acercan a evidenciar cosas, a propósito del relato que ofrece el chofer del carro, cuando entonces a éste le toca rendir cuentas; un Gramcko con los ojos desmesuradamente abiertos retiene Laureano del momento en el cual pasa la vista por el cadáver; para caer de seguidas en el rostro de Medina Angarita, que le llama la atención por la palidez también del mismo, lo que en criollo vernáculo suena como cagarse de guapo; de bromas el chofer echa el cuento, y así es que apunta

hacia el volante del automóvil, para que se fijen en él, que está todo perforado por las balas. Los insurgentes habían tomado el retén de la esquina de Bolero; aquello era que llovía el plomo, y la comisión de pronto se había visto como en una emboscada, por lo que tarde emprendía éste el camino de regreso: ya cargaba en su cuenta una baja muy importante.

De inmediato Medina Angarita hace llamar a un nuevo teniente:

-Deme la mano, teniente, ¿puedo contar con usted?

-Sí, mi general.

-En ese caso, vaya con un pelotón por el Atlántico, y trate de acercarse al cerro, que conduce a la escuela militar. Vea si en Miraflores hay artillería pesada afuera; si están en posición de combate.

A esa altura ya se oyen en la calle los primeros gritos arengosos: ¡Viva la Revolución! ¿Provienen acaso de la gente que dispara? A continuación se produce un silencio, como un lapso de tiempo en el cual todo se inmoviliza; para venir de seguida la detonación de un mortero, la cual estalla en el techo de la caballeriza, y de aquí que salgan los potros atropellados; en especial, uno de ellos, probablemente, el que ha sido alcanzado por la bala del cañón, relincha de un lado a otro enloquecido.

De aquí que Medina Angarita decida refugiarse en el interior del fuerte, a propósito de la presunción que hay de que el enemigo está cada vez más cerca; una retirada en estampida, pudiera decirse en esta oportunidad, ya que como se ha puesto la noche, y se han encendido los bombillos del patio; para no ofrecer un blanco tan notable, ha habido necesidad de apagarlos a éstos, y, en vista de que no ha sido posible dar con el encendedor, uno de los edecanes del mandatario los ha borrado a tiros. Ya en el interior del despacho, la primera cosa que le recomienda el presidente a la comitiva, es que todo aquél que sea civil allí, se marche para su casa; a excepción de un tal Rafael Vegas, a quien entonces considera versado en el asunto.

Algunos se van; otros se quedan, como es el caso de Laureano; un sujeto a quien se le acerca el doctor Gustavo Herrera, y un tanto descosolado le dice:

-Este es final de Norma.

Laureano demuestra un gran coraje, además, al ofrecerse más adelante a ir a buscar bastimentos a su casa en su propio automóvil; en tanto recorre una ciudad sola: un escenario de película. Hay que señalar, de paso, que esa tarde en su casa se ofrece un té de caridad, y el cual tiene que ser suspendido; y de modo que esto se agrega a la cadena de circunstancias, que ese 18 de octubre se desencadenan en la vida venezolana, circunstancias que hablan por un mundo nuevo; de forma que a partir de aquel momento es imposible devolverse; el mundo antiguo queda congelado en detalles como éste de su casa; un té que está aún servido, con toda la demás parafernalia, léase, confitería en las mesas; flores, manteles; todo muy bien decorado; aunque Laureano no

está para mayores miramientos en ese sentido, y así mete en una bolsa unos cuantos bastimentos, para salir de nuevo hacia su automóvil. El nombre del "doctor Vallenilla Lanz" suena en el interior del fuerte, como un eco, que se prolonga entre las instancias: con el parte de que el sujeto está en la puerta; rápido viene la orden de que se le deje entrar; y el nerviosismo de Medina Angarita salta a la vista en el momento en que se abalanza hacia las cervezas, recién puestas sobre un escritorio, para tomar de inmediato una, junto con un pedazo de torta de chocolate, y los cuales los comienza a devorar con una gran ansiedad.

De aquí le nace a Celis Paredes, quien anda por allá en calidad de ministro de Fomento, la idea de dar una vuelta con Laureano por la ciudad, a manera de ubicarse en el estado de las cosas. ¿Qué hacen? ¿Hacia dónde se dirigen? Hacia los cuarteles de Caracas, y donde, a decir verdad, les responden que allí no hay más novedades que la que ellos mismos llevan. De lo único que se habla es de la existencia de una radio clandestina, que recién ha hecho su aparición, y ha comenzado a decir pestes contra el gobierno. De pronto sale de una gaveta una botella de brandy en la oficina de una comandancia; se trata de un oficial que les ofrece un trago, pero como Laureano y Celis Paredes son abstemios, rechazan el ofrecimiento; nada llevan para contarle a Medina Angarita, pero cosa que no importará a la larga, pues al llegar de nuevo al cuartel, se consiguen con que el presidente se ha movido de allí; incierto su destino:

-Aquí no está sino el ministro de la Defensa, coronel Delfín Becerra- responde uno de los centinelas.

Deciden entrar por unos minutos; al ministro lo consiguen con una peinilla en la mano; un sujeto montuno, de paso, ya que alguien, que ha entrado con ellos, ha tenido una ocurrencia al verlo en tal facha; ocurrencia que ha hecho reír a Laureano y a Celis Paredes, por lo que al preguntársele a éste acerca del destino del presidente, no ha hecho más que responder en una forma altanera.

Atengámonos a que hay un actor que desarrolla una trama vital: el presidente de la República, y que es seguida por estos dos sujetos; a él se dan a buscarlo. Presumen Laureano y Celis Paredes que se ha ido para casa del gobernador de Caracas, Diego Nucete, en El Paraíso, y allá lo buscan. ¿No está? Suena, entre tanto, la emisora clandestina en aquella casa, que la tiene puesta un hermano de Nucete, un tal José, y esto los retiene a ambos. El gobierno ha caído, ¿cómo se nota? Por la cantidad de cosas que se dicen de uno y otro ministro del régimen. No son considerados en la emisora ni con Arturo Uslar Pietri ni con la familia de Medina Angarita, etc. De aquí resulta que Laureano decide marcharse hacia su hogar, pero antes se detiene en el botiquín de la esquina de Punceres, que encuentra abierto, y así el dueño, aparte de estar informado sobre los últimos detalles, como el hecho de la mortandad de

policías, que ya comienza a reportarse, de alguna manera le expresa lo que concibe la opinión pública en ese momento, en lo relativo a la cobardía del presidente. Le dice a Laureano:

-Medina como que nos ha resultado un gallo "pataruco".

En su casa, la mujer de Laureano está angustiada. Se sientan en el comedor a beber café, mientras hablan en voz baja, a objeto de no despertar a la niña, que ya tiene unos dos años. Son disparos, no obstante, los que se escuchan. ¿Provienen acaso de la plaza Bolívar? Laureano recuerda en aquel momento que, durante la permanencia de Medina Angarita aquel día en el Ambrosio Plaza, se había hablado de que aquella sedición la había impulsado Carlos Delgado Chalbaud; cosa que entonces había llevado a Medina Angarita a tener unas palabras de afecto hacia uno de sus oficiales, que estaba por allí cerca, primo hermano de Delgado Chalbaud, a manera de ser deferente con su subalterno.

La noche se cuela rápido; de pronto Laureano ha sentido hambre; según parece, el miedo se la produce, y es así como ha ido su señora a la cocina por café y leche. Antes del amanecer tocan la puerta; Laureano acude para ver de quién se trata. Hay un sujeto, amigo suyo, comunista de ideología, en la calle, y quien viene con la expresa intención de que el susodicho lo esconda en su casa; mala pupila la del tercio, a la persona menos indicada que ha escogido es a él, no sólo por su situación de alto funcionario gubernamental, sino por su amistad con Medina Angarita, y así que éste no pasa de ofrecerle un café.

Además, a la media hora de irse este sujeto, se presenta el padre de su mujer, y se lleva a la familia para su casa en Los Chorros; un traslado que se hace sin mayores dificultades, ya que ese 19 de octubre hay pocos vehículos en la calle, y fácilmente se desplazan. En la azotea de la casa de los Bueno, de inmediato, Laureano se aposta; siente curiosidad por oír aquellos disparos, que de repente detonan en lontananza. Ha continuado la revolución. Aparte de que le llegan noticias por teléfono; la ciudad se queda sin autoridades, todas desertan; he allí uno de los informes. ¿Otro? Que el pueblo se ha armado con fusiles para defender el gobierno de Medina Angarita, y con él está restreada la Guardia Nacional. Pero el más importante de los informes es el relativo a los saqueos. En El Paraíso y en La Florida se habla de turbas desatadas que se devoran todo lo de los afectos al régimen medinista; pero, además, el saqueo se ha extendido ahora hacia la llamada burguesía emergente, que puebla Los Dos Caminos y Los Chorros, y a la cual el pueblo observa con miramientos. Laureano se ve con el agua al cuello, en ese sentido, y lo primero que se le ocurre es ir a socorrer a su hermana Finita, que está sola en su casa o con la compañía de su sobrino, ya que su otra hermana, María Luisa, se ha marchado por un tiempo para Europa. No pasemos por alto que los hermanos Vallenilla Planchart han acordado

comprar una casa quinta en Los Chorros, es decir, una casa situada en el mismo burgo de la de su suegro, por lo que a Laureano le resulta fácil ponerse donde su hermana y, en efecto, lo que éste se teme que suceda, pasa. Se presenta una comisión de tipos a buscar armas; mal rato para Laureano: hay uno de ellos que lo apunta con el fusil en la cabeza, por lo que al haber alguna distensión le pedirá que baje el arma; algunos sujetos se meten en las habitaciones y rastrean lo que consiguen; hablan de un parque escondido allí. En el aliento de algunos se nota que se han tomado unos tragos de alcohol, de modo que andan envalentonados. La mujer de Laureano se hace cargo de la situación, y así que contiene a los tipos.

-Aquí no hay armas- les espita.

Piden de beber; Finita marcha a la cocina por agua. En ese momento, Laureano cree reconocer al dueño de una reencauchadora de Los Dos Caminos. Al fin los tipos se cansan de tanto agotarle la paciencia a aquellos seres, y de modo que se marchan.

A partir de allí nos conseguiremos con un Laureano paranoico, y la primera prueba la demuestra cuando se acoge casa de un concuñado suyo, también vecino de Los Chorros y esto, en virtud, de que el sujeto es norteamericano y, al respecto, piensa que por el momento no hay mejor garantía que la de estar protegido por un individuo de esta nacionalidad.

Ha nacido otra Venezuela, para volver a nuestro tema inicial; una Junta Revolucionaria de Gobierno se anuncia ya en la noche del 19 de octubre, y así que viene a sonar el nombre de Rómulo Betancourt. He allí la Venezuela a la que se le antepone el paradigma de otra patria, y la que se ha quedado en la locura de Diógenes Escalante, para ser un tanto drásticos en la presente oportunidad; por lo que entonces al venezolano, desde ese instante, le ha quedado una manía "contrafactual", como dice Luis Castro Leiva; le ha dado por reinventarse otra realidad, diferente a aquella que se imponía con los adecos, a partir del capítulo de Betancourt en el gobierno, y esto porque se considera que aquella Venezuela que se derrumba con el medinismo, es, en verdad, la Venezuela de las luces, y la que el país, en efecto, necesita; frente a aquella otra, representada por el elemento acciondemocratista, y la cual, a los ojos de hombres como Laureano o Uslar Pietri, es la Venezuela de la mediocridad o, más propiamente, de la improvisación. ¿Se trata de un gobierno adeco? Además de los mayores Carlos Delgado Chalbaud y Mario Vargas, en la junta están Gonzalo Barrios, Raúl Leoni, Luis Beltrán Prieto y Edmundo Fernández, esto es, connotados dirigentes de AD.

Corren los días; por casa de Laureano pasa gente; emisarios, personas que lo vienen a informar, y así se entera, por boca del propio chofer, que condujo hasta el último momento el automóvil oficial donde se movería Medina Angarita, los pormenores del detalle de entrega de éste al mayor Marcos

Pérez Jiménez; un sujeto que ha aparecido donde Laureano, enviado por fulano de tal, y lo que nos interesa, en realidad, es lo que éste le dice a nuestro Vallenilla Lanz al respecto. El cuento es el siguiente: Medina Angarita se había presentado en el Ambrosio Plaza la mañana del 19 de octubre, en compañía de dos amigos suyos, y donde había encontrado al ministro de la Defensa, junto a alguno que otro oficial. Estaban conversando cuando, de repente, se desatan unos aviones en el cielo, aviones que parecen rastrear sus figuras, y es así como Medina Angarita se atemoriza; pide de inmediato que en el techo del cuartel se desplieguen sábanas blancas, a modo de evitar un posible bombardeo, y lo que viene a continuación es, quizás, la decisión más cobarde de un hombre; aunque quizás la más noble y racional de un mandatario. No tenía otro camino. Sabía que esa fuerza, que ahora estaba en el aire, no andaba allí por azar, sino que lo buscaba a él, como hemos dicho, y el tercio no quería derramamiento de sangre. Medina Angarita, aquel hombre gigantón, se dirige al comando, y entonces pide que abran la puerta de uno de los calabozos, donde están detenidos desde la noche anterior tres oficiales, entre ellos, el recién nombrado Pérez Jiménez, a quien justo se le entrega éste; de modo que le pone en sus manos un revólver, y le dice:

-Pérez Jiménez, estoy a sus órdenes. Ahora son ustedes los que gobiernan.

El joven oficial no ha tenido la descortesía de dejar de rendirle honores militares a la figura del presidente, recibe el arma de la potestad; cuando a continuación se dirige al señor que cuenta la historia, y que está allí para conducir automóviles, y es así como le ordena que busque la camioneta, y la pare frente a la puerta del fuerte, a fin de salir de inmediato.

Se irán seis hombres en dicho vehículo. Medina Angarita, junto con sus dos amigos; el mayor Pérez Jiménez; el sargento Lozano y, por último, el chofer, a quien, además, han armado con un ametralladora Thompson.

La potestad que le ha entregado Medina Angarita a Pérez Jiménez es un revólver 45 que, por su puesto, anda en sus manos; de todos modos se trata de una Caracas en guerra por la que andan; y así es como se las ven bien negras en determinada oportunidad. La camioneta lleva como destino la academia militar; allá en el cerro de La Planicie, cuando de pronto es atacada por una descarga de disparos; uno de ellos rasante, hiriendo, a su paso, a uno de los agentes de la escolta, y lo que inmediato ha llevado a Pérez Jiménez a ordenar que todo el mundo se agache, y cosa que ha tomado el presidente a broma; quien sonriente alega que él es demasiado gordo para doblarse; plomo cerrado, como se dice en criollo, llueve sobre aquel vehículo, y el cual va disparado a millón, y así, finalmente, logran sortear las calles, y en cosa de minutos se ponen en la famosa colina.

Al detenerse la comitiva frente al fuerte, que funge de academia militar,

salen el mayor Carlos Delgado Chalbaud y el capitán Mario Vargas, quienes se apostan frente a la camioneta, y quienes tampoco dejan de ser descorteses con el presidente, en eso de los honores militares. ¿Acaso aquí está en germen la traición de este grupo de jóvenes oficiales a Acción Democrática? Medina Angarita se dirige a Delgado Chalbaud, y le dice:

-Formen un gobierno militar.

Enseguida el mayor lo traslada hacia una de las salas del segundo piso del cuartel, en donde está el general López Contreras, además de Uslar Pietri y de un famoso intelectual, Mario Briceño Iragorri, figura también muy importante del gobierno que cae. Entonces al ver a su maestro, Medina Angarita le dice:

-¡Qué malas cuentas le entrego, mi general!

La puerta se cerró a continuación para quien contaba la historia a Laureano: sin embargo, el tercio sabía otras cosas y así manejaba la célebre historia de Delgado Chalbaud, quien tuvo el atrevimiento, a última hora, de servirle en bandeja de plata la revolución al viejo López Contreras, al presentarse en donde estaba detenido, para plantearle que fuera él en persona a solicitarle la renuncia a Medina Angarita; lo que implicaba que el ex presidente podía engatuzar a aquel desorientado mayor, y hacerse cargo de la situación: quizás éste no quería meterse en problemas en ese momento; entonces le había recomendado que le propusiera este papel al embajador de los Estados Unidos. El alegato de Delgado Chalbaud en ese momento era que la policía estaba matando al pueblo en la calle. Trasladarse a esa hora casa del embajador norteamericano era algo que podía significar meterse en camisa de once varas para una Junta Revolucionaria, por lo que en el seno de la misma se prefirió esperar al amanecer, y así azuzar sendos aviones desde Maracay al presidente, quien al verlos se pondría a temblar, hasta que al fin comprendería que, en efecto, lo mejor era entregar el régimen. ¿La razón por la cual el viejo no había querido aprovechar aquella oportunidad? La voluntad estaba colmada para unos y otros. Nadie estaba interesado, en ese momento, en pelear en defensa del "coroto" ni nadie estaba para cogérselo. Se apelaba a la expresión de Juan Vicente Gómez, que para representar la abulia de su tiempo decía:

-En Venezuela todos nos hemos vuelto "plumúos".

Por intermedio de una persona, ajena al instituto, a los días Laureano se entera de que ha sido desplazado de su cargo de director del mismo; lo sustituye un ingeniero agrónomo, subalterno suyo; un sujeto que ha entrado a Inmigración en el gobierno anterior por la puerta grande, habida cuenta de una cierta relación de parentesco, que hay entre él y el presidente Medina Angarita, y es así como éste le ha llegado a Laureano por vía expresa; enviado desde Miraflores, de modo que se le coloque en un puesto, y la razón por la cual ahora está allí es porque a última hora se ha metido a adeco, y entonces

se ha hecho notable, gracias a su participación como locutor de una de las radios clandestinas, que se dejan escuchar con ocasión del golpe. En ese sentido, todo el mundo en este país sigue los pasos del susodicho. Abunda el adecaje a continuación. ¿La sorpresa mayor para Laureano? Ver que Rafael Caldera pasa a ocupar la Procuraduría General de la República.

Consecuencia de todo ello, resulta el hecho de que Laureano decide marcharse, definitivamente, casa de su hermana Finita en Los Chorros; a objeto de estar todos juntos a la hora de algún imprevisto; aparte de que su casa del Centro está muy cerca de la candela, como se diría en criollo; y lo cual constituye ya el paso definitivo para que el susodicho se convenza de que está ante una nueva Venezuela; de que una fuerza magnética, que se llama destino, dispara a su país hacia nuevos horizontes; cosa que viene a resultar una novedad en la vida suya; un hombre que se había acostumbrado a ver un país pacificado; que había presenciado la transición de un gobierno a otro, de López a Medina, sin que se produjeran mayores problemas de tipo político; un país normalizado, y como Picón Salas utiliza la expresión "epiléptico", para calificar una de las tantas veces a Venezuela, a propósito de los procesos políticos que se han vivido bajo su suelo, se puede decir que el país estaba, a los ojos de Laureano, frente a una de las tantas convulsiones.

Después viene la reflexión; pasan los días, y ya la gente al tomar conciencia de que lo que se ha consumado es un golpe, se producen conversaciones, como la que le pone su tío, el doctor Melchor Centeno Grau, en un momento en que lo visita, y quien le asienta:

-Ahora comprenderás por qué tu padre y tantos otros fuimos gomecistas. Es preferible la dictadura de un hombre a la de las multitudes.

En efecto, uno podría decir aquí que la teoría sobre el "gendarme necesario" le había sido dictada al viejo Vallenilla Lanz por el propio medio, es decir, priva más el espíritu policial que el libertino en este continente: sería muy difícil que se gestara un espíritu como el de Pascal en su sociedad, y de allí que haya la tendencia al destape, cada cierto tiempo; como un desahogo de fiebres políticas; aunque la grandeza de Vallenilla Lanz no le viene por haber descubierto esa simpleza, que daba lugar al hecho de decir que, para contener esos extravíos, desatados por las fiebres políticas, la única solución posible era la gendarmería; sino por haberse metido en la psicología del sometido; como Pascal se había metido en la del libertino.

Hay una creencia generalizada, en ese momento, en la opinión pública de que Medina Angarita respondió como un gallo "pataruco", que es salir a la carrera, y esto es algo que no le perdona ni el género femenino. Así oye hablar Laureano a dos viejitas, que visitan al doctor Centeno Grau en otra oportunidad, sobrinas de Cipriano Castro, que le tienen serios cuestionamientos a su paisano, en ese sentido:

-Si mi tío Cipriano viviera, se hubiera muerto de repente, al ver que estos son sus herederos.

Pero lo más cómico del momento, para Laureano, viene a ser el diálogo que sostiene con Pedro Emilio Coll en esos días. Entonces éste le pondera la gravedad de los hechos a su viejo amigo, y le pregunta:

-¿Qué cree usted, don Pedro Emilio, que va a pasar aquí?

-¡Pues nada, mijito! En Venezuela no pasa nunca nada. ¡Hasta yo canté en el Teatro Municipal, y no pasó nada!

Aparece Landaeta, más izquierdista que nunca, cosa nada extraña en el hombre de la época, y, al respecto, mira con desconfianza la parla populista de Betancourt, a pesar de que le reconoce la virtud de haber acabado "con el andamiaje andino", según su expresión; lo mismo que le reconoce sus desvelos, sus maniobras, sus derrotas, a lo largo de una carrera política, que la inicia en 1928, y cosa que la tiene bien precisa Landaeta. Luego éste habla de un destierro del líder adeco llevado a cabo con estoicismo. He allí un tesón en la búsqueda del bien supremo del país. La desconfianza, con respecto a Betancourt, le viene, más bien, porque éste percibe que tampoco él va a establecer un régimen de justicia y equidad.

El líder adeco no venía en función de acabar con el sistema capitalista; en eso estaba claro Landaeta. Betancourt no era un auténtico revolucionario para él, y, aparte, de que no se había deslastrado de ese complejo del venezolano, una de las taras psicológicas ya observadas por la teoría Vallenilla Lanz, que lo constituye el arribismo; su habilidad de trepador. No perdamos de vista que la oficialidad joven, antes de dar el golpe, prefiere llamar a una representación civil, encarnada en una fuerza popular, como sería Acción Democrática, a modo de imprimirle un tinte socialista al gobierno, y así es que el sujeto viene a ser un asomado en aquella conjura.

-En todo esto perderá la nación –le señalaba Landaeta a Laureano-, porque no se cumplirá la obra de progreso. Pasará un tiempo, mientras los venezolanos se percatan de la incapacidad de sus nuevos dirigentes, y entonces cualquier capitán o un líder civil dará al traste con la "Segunda Independencia".

He allí la primera advertencia que recibe Laureano ante la nueva situación; se trata Landaeta de la primera persona que le aconseja marcharse del país; a pesar de que observa que apoyos no le van a fallar, a la hora de cualquier incidente, y esto por la parte de gente como Delgado Chalbaud y el capitán Mario Vargas; muy allegados suyos, como se ha visto; quienes ocupan sendas carteras en el gabinete de Betancourt.

-Ahora más que nunca te aconsejo hacer un viaje. Ahorrarás mortificaciones y dolores de cabeza. Cultivarás tu mente en tanto se cumple en nuestra patria un ineludible proceso de descomposición.

Por otra parte, en el ministerio de la Defensa ocupaba un alto cargo el

mayor José Joaquín Jiménez, el célebre oficial que se había educado con Delgado Chalbaud en París, de modo que ambos componían la corriente "franchute" dentro de las FAN, para diferenciarse de la que había ido especializarse a Lima, que la componían hombres como Pérez Jiménez; cosa que hasta podía generar prejuicios entre una y otra gente; lo cierto es que Pérez Jiménez continuaba siendo un amigo de Laureano, y así éste recién había acudido a un almuerzo en su casa, y donde se había permitido debelar algunos pormenores, con relación al golpe, delante de él, que daban a entender que tenía una gran confianza en Laureano, lo que traduce que, por esta vía, también éste podría ser su padrino político.

¿De prejuicios, hemos hablado? Aquí quien está detrás de la Junta de Gobierno no es sino la escuela de Lima, y que los espíritus más sutiles califican como una Logia, constituida la misma por los mayores Marcos Pérez Jiménez, Julio César Vargas y Félix Román Moreno; una Logia Militar la llaman, y de la que se dice que es la que, en verdad, detenta el poder Es decir, el espíritu afrancesado de Delgado Chalbaud no tenía cabida en un medio, en el cual sí lo tenía un espíritu "tercermundista" como el de Pérez Jiménez, y esto incidía en que la balanza se inclinara más a favor de éste, en términos de poder. El primero era un ser formado en el humanismo clásico; si es que nos ponemos a revisar la ficha de ambos: digno representante de la tercera generación castro-gomecista; el segundo venía de las entrañas del pueblo, con una historia de padecimientos y estrechez, en lo que había sido su infancia; sólo que, al mismo tiempo que había dirigido su vida hacia el ejercicio de las armas, también se había aficionado a los negocios, y así desde temprana edad se había caracterizado por ser un hombre potentado; con mucho éxito en el campo financiero, una suerte de Rey Midas.

Esto es lo que nos dice la hermenéutica, relativa a esta gente; lo cierto es que la presente digresión nos permite situarnos entonces en el Pérez Jiménez de la época; en el sujeto, anónimo todavía, a quien venía conociendo Laureano desde el hipódromo de Caracas, de cuyo espectáculo ambos eran asiduos; cuando entonces se encontraban en medio de los palcos apostando a las bestias; anónimo, pero en vías de consagración, si se toma en cuenta que, en otra oportunidad, Laureano se lo había encontrado a éste en un restaurante, almorzando con José Giacopini Zárraga, y lo que le daba a entender a nuestro Vallenilla Lanz, ahora que se descubría la trama de los hechos, que ambos estaban conspirando; pues de esos descubrimientos se determinaba que uno de los más comprometidos en la asonada lo había sido Giacopini Zárraga; sindicado el tercio de haber prestado su escritorio jurídico para que se realizaran las reuniones allí, y quien fue, finalmente, el de la idea de incorporar a los líderes de AD a la cabeza de la revolución.

Ya eran tiempos pasados, y, sin embargo, Laureano abrigaba un cierto

complejo de culpa al ver a Inocente Palacios, que se había quedado sin trabajo; el sujeto a quien había inducido a abandonar las filas de AD, cuando entonces le daba contratos; y esto en razón de que se decía que éste se había apuntado mal al tomar tal decisión; habida cuenta de que al lado de Betancourt le habría esperado una cartera ministerial; conversaciones que sostenía con el susodicho; a pesar de que Palacios lo excusaba con el cuento de que, en verdad, él nunca había sido santo de la devoción del líder adeco; descartaba por esta vía todo tipo de favoritismo que pudiera abrigar aquél para él; aparte de que se trataba de una simple suposición, por la cual no había que darse mala vida. Había un temor arraigado en el alma de Laureano, en el fondo de todo esto, y que se la transmitía la propia fuga del socio de Palacios, Luis Alberto Pocaterra, quien se había refugiado en la embajada de España, impulsado por una paranoia, y que se la despertaba, justo, haber sabido que a ambos les habían rescindido los contratos; por los cuales trabajaban en obras públicas; cosa que llevaba a pensar a Pocaterra que andaba en una lista de los corruptos, beneficiados con el régimen, que rodaba como una suerte de libro negro, y la cual cortaba cabezas.

Además, en lo que atañía a su trabajo, tampoco Laureano tenía buenas noticias, no sólo porque sin notificación alguna se había intervenido su cargo en el instituto, sino también porque sus pertenencias habían sido retenidas, a propósito de una investigación, que se pensaba hacer de su caso, pertenencias que no pasaban de ser dos chequeras, una foto de su mujer y de su hija, además de unos cuantos libros; una suerte de amedrentamiento, y en la que participaba en una forma directa el ministro de Agricultura y Cría, Eduardo Mendoza Goitiocoa, hermano de su famoso amigo Eugenio, lo cual le valdría a éste una amonestación por parte de Laureano, pues se quejó ante una hermana de ambos, a quien decidió llamar por teléfono en medio de su drama: apelaba al hecho de que los Mendoza eran sus compañeros de infancia, y de esto obtendría la distensión por parte del otro, que entonces lo llamó también por su parte, y así que le ofreció una explicación.

Pero el caso más patético con el que se encuentra Laureano, en lo que se refiere a tipos de tránsfugas, lo constituye el del sujeto, a quien en el *Jockey Club* se le decía el conde de Medina-Celis; un sujeto que desayunaba con Medina Angarita; almorzaba con Medina Angarita y cenaba con Medina Angarita, cosa que había aburrido, a los integrantes del famoso club, oírla referir una y otra vez; cansón el sujeto; ahora éste se ha tornado un implacable perseguidor de las figuras del medinismo.

En el famoso libro negro, que se asomó arriba, aparecen dos personas allegadas a Laureano, como sería su tío, Melchor Centeno Grau, y su suegro el doctor Adolfo Bueno. Es decir, no se trata de una cobardía, por parte de Pocaterra, haber corrido a la embajada de España, una vez que sabe que

se le han cortado los contratos; el hecho es que existe una lista de peculado, y en ésta se incluyen todos los hombres que, de alguna forma, han tenido que ver con el Estado, y que por cualquier circunstancia se considere que han sido beneficiados de éste; sean hombres gomecistas, sean lopezcontreristas, sean medinistas; algo así como en la época del régimen del tercer estado, durante la revolución francesa, cuando entonces era un delito ser noble, con la consecuencia de ser llevado a la guillotina; en ese sentido, se le instruye un expediente al doctor Bueno, y esto por el hecho de haber sido médico de cabecera de Juan Vicente Gómez.

¿De dónde salía la fortuna del doctor Bueno Madrid? En su madurez, éste se había hecho de un sólido capital, gracias a la compra de una concesión petrolera, que había adquirido a comienzos de la década de 1920, pensando en su futuro don Adolfo; a pesar de que para el momento nadie le veía buen rumbo a aquel negocio. Aquí cabría ubicar al doctor Bueno en París, donde Laureano lo había encontrado, habiendo sido éste, como en la ocasión se dijo, también médico suyo en su infancia, y lugar hacia donde su suegro había emigrado, para vivir durante unos diez años, justo, a raíz de su consolidación económica; pues su trabajo como médico no le hubiera dado para llevar tal género de vida, y lo cual, ahora, era lo que llenaba de suspicacia al famoso Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa; tribunal creado para juzgar a la gente que, como el doctor Bueno, levantaban sospechas.

De pronto Laureano ve la vida con un cierto cinismo, y así un día festeja, apoltronado en una silla en los jardines de Country Club, cuando entonces prueba un aperitivo; el hecho de que una suerte de "pequeño ser" haya llegado a ministro de Relaciones Exteriores; un cargo por el cual ha tenido que ejercer el oficio de la abyección por toda una vida; desde la época de Gómez, cuando entonces comenzó a sonar su nombre en las ternas de las personas nominadas; un sujeto al que lo ve descender un día de un lujoso automóvil en el estacionamiento del club, y de modo que la conclusión a la que llega Laureano de todo esto, es que las ambiciones ministeriales del tercio están plenamente justificadas, y así recuerda que ha sido un abogado con excelente clientela, y eminente profesor universitario.

Es el momento en el cual ya hay periodistas sueltos en el mundo, y en vista de que Finita, la hermana de Laureano, es representante de la Revista ***Time*** en Venezuela, se le ofrece un almuerzo en la quinta Mimosa de Los Chorros a un reportero que se acerca por Caracas, y quien viene a corroborar una serie de vicisitudes, que le han pintado a éste, y las que van desde la supuesta crueldad del gobierno de Medina Angarita, hasta el supuesto gran nivel cultural de la nueva Junta de Gobierno. Es por eso que Laureano ve en esta clase de sujeto, el corresponsal que viene con una serie de prejuicios al país, y quien, a pesar de que encuentra realidades diferentes, dice lo que él quiere pintar; aun

cuando a nosotros nos trasluce que Laureano pierde de vista en ese momento que la vocación democrática de Betancourt ha sido muy convincente en el norte, y así que hay una conciencia yanqui que simpatiza con su política. A juicio de Laureano, Acción Democrática hace gala de una especie de triunfalismo. El hecho de la llegada de este partido al poder da para pensar que se trata de una revolución, que se ha producido en la política venezolana; cuando, en realidad, a nuestro Vallenilla Lanz le parece que AD no ha tenido nada que ver con aquel alzamiento, ya que, a su juicio, esto ha sido asunto de militares.

También esta corta visión la aprecia Laureano en el hecho de que hay adecos, amigos suyos, quienes luego de alborotarle la lengua con alguna chanza, le dan una palmada en la espalda, y le dicen:

-Puedes salir tranquilo. ¡Contra ti no tenemos nada!

Otra de las figuras cimeras del nuevo gobierno, lo constituía Carlos D'Ascoli; tal cual lo había vislumbrado Laureano en su momento; aquel sujeto estaba destinado a ser titular del despacho de Hacienda, y ahí lo veía; siendo algo interesante lo que se informaba de él; pues D'Ascoli, confundido con el estado de cosas, que se había suscitado el 18 de octubre, había acudido casa de un amigo para esconderse, y cual iba a ser su sorpresa cuando se informaba que había sido nombrado para dicho cargo.

Y así como Laureano abriga estados de cinismo, también termina cayendo en la provocación; de pronto se ve involucrado en una sedición; una sedición que se prepara entre algunos civiles y militares, y en la cual lo viene meter un tal Bartolomé Sánchez Pernía, quien, para ir al detalle, desciende de un automóvil una noche, en el instante en que éste se dispone a cerrar la reja de la quinta Mimosa; instante en el que le pide que le redacte una proclama revolucionaria para el nuevo gobierno que se prepara, y el cual lleva a la cabeza a un tal Antonio Pulido Villafañe, entonces presidente de la Corte Federal y de Casación; asunto con el cual pasa a comprometerse Laureano; y es así como sale a blandir su espada este tercio en esta guerra solapada que se ha presentado en el escenario patrio entre nacionalistas y corruptos.

El asunto lo divierte, además de eso; un ser que ahora se muere del fastidio entre cuatro paredes, en su condición de ciudadano en libertad condicional, tengámoslo por esto, y lo que es él se pone a emborronar cuartillas. De pronto van saliendo las ideas, y hasta que llega a hilvanar una totalidad de cosas, escritas con muchos lugares comunes, pero quizás con capacidad de expresar una doctrina de gobierno.

Lo importante es que le gusta al tercio, que se lo ha solicitado, cuando entonces se entrevistan para la entrega del mismo; un texto que, no obstante, al paso de los días se transformará en motivo de preocupación de Laureano, una suerte de arma de doble filo en su vida, a raíz de una conversación que sostiene con Jorge Luciani, y en la que éste le habla acerca de las confidencias

de cierto golpe, que se prepara, y que resulta ser el mismo en que ha participado él; de forma que Laureano se percata de que, habida cuenta de la distancia que hay entre Luciani y el sujeto, que lo ha entrometido en la sedición, es muy grande, la misma tiene que estar ya en conocimiento del gobierno.

Aparte de que éste comienza a ver, alrededor de su entorno, mucha gente que cae, y que espera con estoicismo un desenlace fatal, con respecto a sus bienes, sobre los que pesa la amenaza de que serán confiscados, una vez que les caiga un proceso judicial encima. Con estoicismo espera que se le confisque la fortuna el doctor Melchor Centeno Grau, como con estoicismo espera lo mismo Pedro Manuel Arcaya. Este le confiesa a Laureano que a él se le persigue desde el año 1936.

-El general Gómez murió en 1935 -le argumenta-, pero la obra de Cipriano Castro, iniciada en 1899, se prolongó hasta el 18 de octubre de 1945.

Aquí Arcaya en el fondo admite que se ha producido una revolución en la estructura del poder venezolano, sólo que, acompañado de esto, observa una decadencia del venezolano por el género de gente que ha llegado al poder. He allí la figura del montonero. Había que tener presente que éste era analfabeta, y de aquí que a Arcaya le nazca decirle a Laureano:

-El gobierno de la Federación fue un desastre administrativo para Venezuela; mayor que el causado por los dos Monagas. Páez y sus ministros habían creado un orden, el cual habría de ser destruido. Ahora hemos vuelto a la Federación sin disparar un tiro. Los generales ignorantes de Juan Crisóstomo Falcón han sido destituidos por líderes no más brillantes, pero con mayores odios porque no han combatido. La guerra y la sangre son verdaderos sedantes. Miguel Gil y León Colina no tenían rencores, y no sabían menos que Augusto Malavé Villalba o Vicente Gamboa Marcano. Los líderes éstos carecen de la grandeza de alma y de la generosidad con el adversario de don Juan Crisóstomo, y no escriben mejor. Basta leer la correspondencia de éste con su cuñado, Jacinto Regino Pachano. No olvidemos tampoco que el caudillo de Coro era buen traductor de Horacio. Jamás hubiera perpetrado eso de los "áureos lingotes de oro" que el flamante líder adeco soltó en una conferencia sobre economía en pleno Teatro Municipal.

Por otra parte, golpea a Laureano el hecho de encontrarse a la mujer de Arturo Uslar Pietri, quien está hospedada casa de un primo suyo, pobre y desamparada, ya que el hogar de ambos ha sido saqueado, y su marido permanece detenido en la escuela militar.

Su suegro, don Adolfo, es un hombre de más de setenta años; se trata de un ser al que ya le pegan los años, aunque con una voluntad de hierro, al punto de soportar un proceso de ensañamiento, que se cierne sobre su persona, a propósito del juicio del Jurado de Responsabilidades, por el que debe pasar: el mismo estoicismo de las figuras gomecistas recién nombradas.

He aquí que al pobre viejo se le impone la necesidad de viajar a Colombia. Desea estar presente para el parto de uno de sus nietos en Cali; no se pase por alto que, en estas condiciones, el sujeto tiene una prohibición de salida del país, lo cual supone trámite a la hora de una emergencia de este tipo; trámite que Laureano se encarga de llevar a cabo y, a pesar de que el gobierno le garantiza que nada le pasará al doctor Bueno, a la hora de abordar el avión en Maiquetía, que lo llevará con destino a la ciudad colombiana, es detenido como un vulgar fugitivo, y llevado a prisión para escarnio de todos.

El caso amerita la intervención de Finita, quien amenaza con denunciar al gobierno de Betancourt, a través de un reportaje por el *Time*, y así que ésta logra comunicarse telefónicamente con el jefe del gobierno, y he aquí el grado de su diálogo. Una intervención efectiva, puesto que ya por la noche don Adolfo es devuelto a su familia.

El problema, además, es que al lado de la casa de Laureano se produce un allanamiento; alguien ha sido visto por determinado sitio, donde se tiene denunciado que se conspira, y así que se le detiene para una averiguación. Es simplemente un sujeto que visita una casa contigua a aquella de la denuncia, sólo que la situación toca muy de cerca de Laureano, y se diría más bien que el asunto ha sido hecho con toda la intención; un mero error, pero se podría interpretar también como una arbitrariedad, lanzada en una guerra de nervios contra Laureano.

A esta altura la conspiración ya ha sido descubierta, cosa que hacíamos ver que era algo que se esperaba Laureano, toda vez que la misma se trataba en una forma muy poco discreta por quienes la impulsaban, y el hecho trae consigo, por lo demás, una larga lista de presos, que pasan a engrosar la población de las cárceles venezolanas, unos sujetos que iban a quedar a merced de Betancourt; mandatario a quien le daba por visitar los cuarteles, donde éstos permanecían retenidos; ya que el tercio sufría por aquella época de lo que se conoce como incontinencia verbal, y así iba una sarta de insultos para aquellos oídos en unos discursos pronunciados en aquellos penales.

A continuación viene el conflicto, relacionado con la confiscación de los bienes de su suegro; trago amargo para éste, puesto que en la acción también se arrastran los suyos, tomando en cuenta que la casa, que ocupa con su señora en el centro de Caracas, ha estado a nombre del doctor Adolfo Bueno, por lo que Laureano también, en ese sentido, comprueba que se cumple otro de sus presentimientos, ya más personales, como es el hecho de perder la biblioteca de la familia Vallenilla, a la cual ahora ve que la meten en un camión, junto con otras pertenencias personales, y de aquí que mida el grado de mezquindad de un régimen, que se complace en decomisar hasta los objetos más íntimos, como pueden ser los retratos; recuerdos de familia, los cuales parecen como resistirse a abandonar aquel recinto de su

casa, según Laureano lo interpreta, a propósito de los vidrios de sus marcos que se quiebran, cuando entonces los lanzan al camión. La titularidad de su techo es algo que lo ha tomado por sorpresa a éste; el doctor Bueno ha obviado ponerla a nombre de la pareja Vallenilla Bueno, y ahora paga las consecuencias.

Aunque el gobierno, al mismo tiempo, está forjando una víctima, en la propia persona del doctor Bueno, cuya casa se ve muy concurrida ahora, por gente que le viene a demostrar la solidaridad con su causa, y hasta que llegue el momento en el cual Valmore Rodríguez cite a Laureano; en esta oportunidad éste en funciones oficiales, dado su nombramiento como ministro de Relaciones Interiores, es decir, que los papeles se han invertido, y en este instante es el antiguo perseguido quien le sale a Laureano con senda amonestación. No deja de recodarle cosas pretéritas:

-Como verás, Laureano, -le riposta- se han realizado mis profecías. Estamos en el poder y por veinte años. Lástima que no te colocaras de nuestro lado.

Sin embargo, Valmore no puede hacer nada más por él; y entonces va al grano: le confiesa que lo quiere ver fuera del país. Le parece que en casa de su suegro hay un mitin permanente, y esto es lo que interpreta el gobierno como una provocación. Lo más sensato es que ambos salgan; se den un viajecito al exterior.

Viste en la ocasión su viejo amigo una corbata de seda, que le llama la atención a Laureano, ya que supone que ha dejado de ser aquel Valmore desempleado, a quien éste le gestionaba columnas en los periódicos, de modo que tuviera algo que llevar para su casa, y esto era algo que, por lo demás, a su viejo amigo no se le había olvidado, y era así como le reconocía, a propósito del diálogo:

-De ti en "la malévola" no recibí sino atenciones. No lo olvido. Ni tú ni yo tenemos la culpa de que el doctor Bueno fuera el médico de cabecera del general Gómez. Todo obedece a la fatalidad histórica. Si algo se te ofrece, escríbeme.

Sin embargo, el plazo que le da a Laureano, para que permanezca en el país, es muy corto, apenas setenta y dos horas, cuando una mudanza supone muchas diligencias; negocia Laureano los cinco días, y hasta que al final el ministro accede.

El hecho es que éste debe resolver lo de su situación financiera; nombrar un apoderado que se encargue de sus negocios de allí en adelante en Venezuela, y el cual a la larga será su cuñado Ramón Hernández Ron. Tengamos en cuenta que Laureano lleva en mente dirigirse al norte, y en esto imitará a las grandes figuras del régimen caído, que en fecha reciente también han sido deportadas al exterior. ¿Acaso dos años piensa vivir en los Estados Unidos? Esa es la disposición que tiene en mente. He allí algo que le envidia,

por lo demás, el poeta Jorge Luciani. Esa posibilidad de marcharse de determinado sitio, cuando a él le place, porque no está de acuerdo con el régimen, como en esta oportunidad; mientras que Luciani para poder hacerlo tiene que arrastrarse, primero, ante el régimen, y esto para conseguir alguna plaza de secretario en el servicio diplomático exterior, y arrastrarse en este caso significa el acudir donde Delgado Chalbaud, por ejemplo, y valerse de su influencia para lograr tal acometido.

Luciani es uno de los pocos amigos que acude donde los Vallenilla Blanco para despedirlos; como Laureano, en términos de intercambio social o de relaciones públicas no deja de acudir donde está Delgado Chalbaud, también en plan de despedida, y esto en virtud de que él es político, y así entiende que lo mejor es marcharse sin dar la impresión de que se va peleado con el régimen. El encuentro, por lo demás, se produce gracias a la intermediación de José Joaquín Jiménez, quien se encarga de introducirlo en el despacho del nuevo ministro de la Defensa, y es así como Laureano se entera de que él también está en la lista de los sediciosos. Invoquemos de nuevo su interpretación de las cosas, cuando Luciani le confiesa lo de la conspiración que se avecina. ¿Ha metido la mano Delgado Chalbaud por él? Este es tolerante al punto de que durante el diálogo se ha tocado la legitimidad o no de los Juicios por Peculado, y esto ha ameritado una cierta discusión por parte de ambos, y de donde Delgado Chalbaud se ha aferrado a defender lo de la presencia de Acción Democrática a la cabeza de la revolución.

-Rómulo nos trajo al pueblo. Un movimiento exclusivamente militar habría fracasado. Un golpe sin color social no se concibe en nuestros tiempos. Se requiere el apoyo de las masas y Betancourt cuenta con ellas, decía su amigo.

## II

Un séquito numeroso de personas se lleva el doctor Adolfo Bueno: Laureano ha hecho las reservaciones en la compañía de vuelo de su amigo Andrés Boulton, y así que parte esta familia semi-fugitiva en un avión hacia Colombia. ¿Un séquito numeroso? Allí va desde Finita, hasta una cuñada de Laureano con sus cuatros hijos; un grupo de once personas en total. En el aeropuerto de Maiquetía se produce un hecho muy enternecedor, y es que la pequeña María Luisa, al intuir que se va a separar de una de las criada , se ha largado a llorar. Tocan Barranquilla, y de inmediato se dirigen, en un avión fletado por el propio doctor Bueno, a Medellín; cosa que se la sugiere un agente de viaje; de forma que esta nave los conduce hasta dicha ciudad con toda clase de incomodidades; aun cuando el grupo soporta la situación a aquella otra, que de pronto se les ha presentado con el cónsul de Venezuela

en el aeropuerto, que ya está informado del asunto de ellos, y que debe estar pendiente; de modo que hasta aquí se le exprime el hueso al doctor Bueno, se repite, y esto se dice porque al llegar la familia a la aduana, de inmediato se les confiscan todas sus pertenencias, y son requisadas, con grosería, por parte de quienes vacían las valijas. Esta situación de intriga, junto a un abarrotamiento del tráfico aéreo, que se confronta en ese momento en el aeropuerto de Barranquilla, obliga entonces al doctor Bueno y a Laureano a fletar una avioneta de una línea recién fundada, que todavía no ha equipado bien su flota, y así viajan en una nave que sólo está acondicionada para paracaidistas, y cuyo interior le parece un horror a la suegra de Laureano. Por lo demás, el paisaje le ha venido llamando la atención a éste desde la sierra de Santa Marta, hasta los valles de Medellín. Lo mismo le sucede con la región de El Cauca, cuando entonces tomen otro avión que los llevará a la ciudad de Cali: geografías que, en cada trecho, no deja de referir a la venezolana; de manera que le parece que el paisaje colombiano goza de más vergel.

He allí lo primero que viene a distender a nuestro héroe; a vivificarlo, mejor dicho. No pasemos por alto que el hombre tropical de pronto se ve tentado por una cierta teología naturalista; porque se trata de una naturaleza embriagadora la que lo rodea, y así siente tranquilidad espiritual cuando se coteja con ella. El maestro Gallegos decía en su novela *Canaima* que la selva poseía poderes mágicos de curación, y entonces evocaba una deidad de unos indígenas de Guayana, y la que expresaba esta situación desde el punto de vista teológico.

En la psiquis del colombiano estaba inserta la paz; hasta entonces, para volver atrás, la vida de Laureano había pendido de un vilo; cualquier ruido de motor lo exaltaba, un vilo que no era más que una paranoia, quizás hasta colectiva del país; que se la transmitía la gente de su entorno; y ahora sentía que eso no estaba presente en la atmósfera de la vida ciudadana del colombiano; donde nadie era un perseguido; contra nadie se ensañaban por haber poseído una concesión de tipo minera, como la que llegó a ostentar el doctor Bueno, a propósito de la comitiva, que acudiría a recibir al séquito al aeropuerto, y en donde estaba su cuñado Adolfo, la señora de éste, además de dos hermanos de ella; Laureano venía con el síndrome de que los bárbaros habían llegado a su país, que era lo que le leía a su compatriota en el rostro, mientras que en esta gente que, ahora, lo llegaba a recibir percibía otra faz; se diría aquí más civilizada.

Llegada la noche ya en Cali, Laureano no ve sino una cama, y es así como viene a ser la primera vez, en mucho tiempo, que puede conciliar el sueño tranquilo. La ciudad ostenta la misma altura sobre el nivel del mar que Caracas, sólo que con temperaturas más elevadas, y en esto incide el hecho del extenso valle que tiene a un lado. A las ocho de la mañana despierta, ba-

ñado en sudor; mientras afuera se comienza a sentir el bullicio de la calle. De aquí que Laureano se vea tentado a salir, y de modo que, cuando ya está preparado, sale a dar una vuelta con su suegro por el centro de la ciudad. He allí un conglomerado, cuya vida gira alrededor de la plaza Caideño, y en donde se ve gente que lleva ropa gruesa de tela ordinaria, cuando los más pudientes andan en mangas de camisa, y cosa que imitará de ahora en adelante Laureano, toda vez que confronta una experiencia muy incómoda al salir el primer día con su flux de paño inglés, cuando entonces se sofoca todo de calor.

Para el momento su cuñado no está claro en tomo a la realidad venezolana, y así que hay que pintarle las cosas tal cual son, porque a Colombia llega más propaganda oficial, que de la oposición, y así que Adolfo está sediento de noticias, y nadie mejor para pintarle la situación que Laureano; al respecto, éste llega con el convencimiento del que dice que hay que sentarse en la puerta de la casa para ver pasar, más adelante, el entierro del enemigo; está convencido de que la Junta de Gobierno no gobernará por mucho tiempo, que su popularidad es algo circunstancial; y esto porque conoce el medio, y él encuentra poco virtuosismo en el tren ministerial del gobierno. Parte del hecho de que este grupo se ha formado en países cuyo nivel cultural está por debajo del venezolano, y la limitación de cada uno de ellos se ha podido medir en sus escritos y en sus discursos, a los que no tendría empacho en calificar de mediocres; aparte de que los consigue carentes de iniciativa empresarial, y así habla de que nunca han trabajado para ganarse la vida. Laureano le retrata a Adolfo a cada uno de los integrantes de dicha Junta:

-Raúl Leoni no brilla más. Sus actividades profesionales apenas han producido resultados.

-Gonzalo Barrios es inteligente, con buenos modales, pero perezoso. Ignora todo lo de la administración pública.

-Luis Beltrán Prieto, torpe, con algunos conocimientos en materia educacional.

-Luis Lander no ha logrado reunir más de siete mil bolívares, después de ejercer durante una década la ingeniería.

-Carlos D'Ascoli ha leídos textos sobre temas fiscales, pero su cerebro asimila mal. Carece de ideas.

-El capitán Mario Vargas ha recibido una educación rudimentaria en la Escuela Militar. La capacidad no justifica en modo alguno sus ambiciones.

-El doctor Edmundo Fernández es un buen médico, hasta ayer ajeno a la política. Desconoce el complicado mecanismo de un Estado modemo. Dudo que pueda recetar eficazmente a Venezuela.

-Andrés Eloy Blanco, poeta y nada más.

-Rómulo Gallegos, el de mayor relieve dentro del grupo. Un novelista con aspiraciones presidenciales. Viejo, fatigado, un tanto abúlico. Le agradaría

retratarse con la banda presidencial sobre el pecho y un ejemplar de *Doña Bárbara* en la mano derecha. La juventud no podrá contar con él para realizar un programa de progreso social y económico. Le faltan los conocimientos, la afición y la voluntad.

-Delgado Chalbaud tiene talento. La preparación obtenida en Francia lo sitúa por encima de los demás. En un período relativamente corto de entrenamiento se transformaría en un estadista. Aparentemente su condición de ministro de la Defensa le facilitaría el asalto al poder, pero es vacilante y tímido. Sus compañeros de armas lo consideran como un intruso y desconfían de él. Debajo de la guerrera del oficial subsiste el estudiante revolucionario y socializante.

-Queda uno en la sombra: Marcos Pérez Jiménez. Cuando llega a Venezuela la noche del 19 de octubre, ya la Junta de Gobierno ha sido designada. Pide entonces la jefatura del estado mayor. Sabe que ahora el poder emana de los fusiles y de los batallones. Inteligente, discreto y excelente profesional. Sus colegas lo admiran y respetan, y él hará lo necesario en los días que vienen para aumentar esos sentimientos.

Laureano cerraba este diálogo muy a la francesa, le decía que al nuevo gobierno tarde o temprano lo esperaba un "18 Brumario", esto es, el 18 del mes conocido como Brumario en el calendario republicano francés, momento en el cual Napoleón Bonaparte da el golpe de Estado que lo lleva al poder.

La razón por la cual el cuñado suyo radicaba en Cali, se debía a que éste tenía que atender los negocios de su padre en esta región, pues hay que tomar en cuenta que don Adolfo era un hombre que, por cosas del destino, había hecho inversiones en los valles de El Cauca, y esto desde la década de 1930, cuando todavía estaba en París, y entonces había conocido a un caleño que lo había estimulado para que se asociaran ambos en algunos negocios en la zona. El doctor Bueno seguía la sugerencia y, por cosas de la vida, éste a la larga se había quedado solo con las haciendas: una historia que no viene al caso; una de las haciendas ubicada casi en la misma ciudad de Cali; aparte de que don Adolfo también había quedado con acciones de una central azucarera, y lo que tenía muy ocupado al cuñado de Laureano, a quien ahora éste acompañaba en algunas incursiones por el Valle, como a rastrear la zona en avioneta.

El olfato periodístico de Laureano lo lleva a apreciar en la prensa colombiana, por una parte, el carácter exclusivista de una sociedad, en la cual sólo se casan los Londoño con los Restrepo y, luego, los Restrepo con los Londoño, a propósito de la crónica social, y en la cual, además, no sale sino también en una forma reiterada un José María Valenzuela, a quien le dicen "Chepe"; cosa que, en realidad, se la hace ver un corresponsal del *Time*, quien trae el detalle a colación, a través de un comentario, que se permite hacer en la revista, y en el que dice que en Colombia se podría comprobar estadísticamente que

sólo se casan los Londoño y los Restrepo; además de que la prensa únicamente se ocupa de las actividades mundanas de don "Chepe" Valenzuela. En el fondo, Laureano celebra estas cosas, en vista de que él está cansado de ver en esas páginas periodísticas tanta abyección hacia el nuevo gobierno de Venezuela. Se cree que, en efecto, en el país se produce una revolución de carácter social, y como tal los adecos comienzan a llamarla Revolución de Octubre.

Otro aspecto que aprecia éste en Colombia es que prevalece el mismo espíritu de devoción al Libertador, como en Venezuela, y lo cual lo capta casa de un anticuario de la misma ciudad de Cali, a cuyo museo acude, y en donde se consigue que, debajo de un vidrio, como si se tratara de un retrato, hay un cabello de Bolívar; aparte de que conserva en una lujosa caja unas pistolas que habían pertenecido también al héroe.

Laureano se hace asiduo visitante de un club campestre, que se encuentra en las afueras de Cali, sitio al cual acude, sobre todo, los domingos, día cuando suele desayunar; después de ir a misa con su esposa, empanadas picantes y otras delicias, que ofrece la casa. En un terreno ocioso, que bordea el establecimiento, Laureano comprueba que aún el espíritu yanqui no está presente en esta tierra, como en Venezuela, toda vez que los campos no son aprovechados para el deporte de golf, y los cuales se ven apropiados para el mismo, dada la naturaleza de la grama que crece en el área, y lo que demuestra que Colombia es un país mucho más cerrado que el nuestro a las influencias foráneas, y esto va quizás en su antigua condición de virreinato. Lo que sí existe en la sociedad es la costumbre de frecuentar el salón de té; veladas a las cuales Laureano tiene ocasión de frecuentar, gracias a las relaciones de sus hermanos políticos, y en las que se le rinde mucho culto a la sotana, según lo observa, habida cuenta del esmero que ponen las damas para ofrecerle chocolate y dulces a los sacerdotes, que acuden a los mismos.

A medida que pasan los días se familiariza con el habla del país, y así Laureano se consigue con que hay un pueblo que para todo empieza con un "oiga, vea"; una idiosincrasia verbal, y la que tiene que ver con esa forma distante de tratar el colombiano a la gente; tratamiento que se manifiesta en el empleo de la tercera persona del singular para dirigirse al prójimo; un "usted" que se hace permanente, por encima de la confianza que franquee una amistad. Luego éste encuentra afinidades entre el modo de expresión de uno y otro pueblo, con respecto a su país, por lo que a la larga dará con el hecho de que el colombiano tiende a pronunciar una "m", en aquellas palabras que terminan por n. El habla de esta gente, además, lo lleva a pensar en algunas consideraciones del Libertador, en torno a lo que era aquel antiguo virreinato, y así recuerda que él había dicho que no había nada tan grato como la voz de las granadinas. En estas tierras de los valles del Cauca, por lo demás, se había escrito la famosa novela ***María***, obra que había sido consumida en forma

masiva por nuestros antepasados, "a la luz de candiles", como diría cierto poeta, y la cual se basaba en una tragedia de amor, suscitada en una de las haciendas de la zona; de modo que Laureano se siente satisfecho de pisar el escenario natural de la misma. Por otra parte, éste observa que el caleño es un hombre robusto; se ve que le dan buena alimentación en aquellas haciendas donde trabaja, única fuente de ocupación en la zona; a pesar de que trasluce, al mismo tiempo, que en materia salarial ya no es lo mismo, pues se trata de un sujeto que anda descalzo.

La tranquilidad que Laureano le ha leído en la psiquis al colombiano, desde su llegada, se la achaca a la seguridad política, que ofrece el régimen, que recién se ha instaurado con Alberto Lleras Camargo; un sujeto que ha llegado al poder con la fama de haber sofocado un golpe militar, dirigido contra su antecesor; contra el gobierno de Alfonso López, siendo entonces él un ministro importante del régimen y, luego, se trata de un individuo que goza de prestigio por su cultura y formación, de manera que su gobierno se caracteriza por reunir un consenso alrededor de su persona, proporcionado tanto por los conservadores, como por los liberales.

Una noche Laureano tiene la oportunidad de salir con un amigo de la familia de su cuñado, en plan de parranda, y así que se van a un sitio que los caleños llaman El Barrio: dos o tres calles sembradas de bares por todas partes, suerte de zona de tolerancia, donde las prostitutas pululan en unos ambientes iluminados por unos bombillos de colores, y quienes se toman la confianza de pronunciar el nombre de la gente en la calle:

-¡Camine, Alvaro! Venga y le digo.

El acompañante de Laureano es un baquiano en esta zona, a juzgar por la forma como lo reciben las prostitutas de un bar en el que le sugiere entrar:

-Oiga vea, el doctor Castro. Siempre como tan simpático, como tan de la casa.

-¿Venezolano?- le replica una de las chicas, cuando el doctor Castro lo presenta ante un par de ellas, mientras se sientan en una mesa-. Conocí a un venezolano en Cúcuta.

Esto le da la oportunidad a un señor, con espíritu de cómico, y que ha estado muy pendiente de la llegada de los dos señores, de inmiscuirse en el grupo, y así, primero, ha comenzado por acusarlos a ambos de conservadores, como para representar una farsa amigable, al tiempo que vocea consignas a favor de Jorge Eliécer Gaitán.

El tipejo se dirige a nuestro héroe, a modo de solicitarle una aclaratoria de la situación, y es así como Laureano le antepone que nada tiene que decirle, toda vez que se trata de un extranjero:

-Oiga, vea, ¿y de dónde?

-De Venezuela.

-De Venezuela -repite el tipo- ¡De la patria de Bolívar! ¡Bendito sea!

Enseguida rompe el sujeto en sollozos, y solicita un pañuelo; cosa en la que lo asiste Laureano, para entonces expresar:

-Ahora soy yo quien paga todo, ¡sí señores! Paga Samuel Restrepo. ¡Emperador de Cartago! Un macho de verdad. Para servir a ustedes. ¡Viva el liberalismo! ¡Viva Gaitán!

La prodigalidad suya llama de inmediato la atención del mundillo, que medra al amparo de aquella bohemia nocturna. Se redobla el número de las chicas, alrededor de la mesa, y en la cual también el famoso Samuel Restrepo se hace de un espacio; se acercan músicos, y a partir de allí todo corre a cargo de dicho señor, y lo que supone un serio compromiso para Laureano y el doctor Castro, que se sienten amarrados, en ese sentido.

Lo cierto es que éstos se ven ya en plena madrugada, cenando en un puesto de comida, que funciona a esa hora en Cali para el servicio de los trasnochadores; comida pesada como chicharrones de cochino frito, carne de parrilla, etcétera; ambos han debido valerse de alguna artimaña para aparecer allí, y el restaurante cobra un significado en esta oportunidad, si se tiene presente que en el sitio, Laureano, al momento de pronunciar su nombre, cuando es presentado al dueño del local, resulta identificado por éste, y esto gracias a la trascendencia de la figura de su padre, de quien alguien se acuerda en estas circunstancias; el sujeto resulta ser un amigo suyo y, más que por motivaciones literarias, como habría de esperarse, por razones políticas, pues le expresa:

-¿Laureano Vallenilla?, ¿hijo de don Laureano? ¡Venga acá! Yo soy su amigo. Imagínese usted. ¡Formaba parte de *la sagrada* del general Gómez! Aquí me tiene, vea, de militar.

El tercio saca del bolsillo la foto de un uniformado joven:

-Yo era un muchacho entonces. A la muerte del jefe tuve que venirme. En Colombia han sido injustos con el general. Ese hombre nos quería mucho, como debía ser, porque él era medio colombiano por parte de padre. Nieto de García Rovira; nada menos.

# III

A los días, Laureano decide moverse hacia el sur, entusiasmado por la Nena y Finita, a quienes les da por conocer Buenos Aires, de modo que su periplo continúa y, en ese sentido, toman vuelo hacia Quito. En esta oportunidad viaja la mitad del séquito: Laureano con los suyos, Finita y la criada Rita, y de modo que la primera escala la hacen en la capital ecuatoriana. Se trata de una gente que no pasa desapercibida, puesto que ya al llegar al aeropuerto habrá un señor relacionado con Laureano, a propósito de sus servicios que prestaba para el diario Ahora, cuando el susodicho era su director, y quien se desempeña en la oportunidad como consejero de la embajada de Venezuela en el vecino país, de modo que, de inmediato, nuestro Vallenilla Lanz cuenta con una persona que lo ubica.

El hotel Cordillera es el elegido, en esta ocasión; el mejor de la ciudad, donde la familia dispone de tres habitaciones, y cuyo servicio y comida le parecen impecables a éste. Además de que la vida le resulta cómoda en el Ecuador, desde el punto de vista económico, y se lleva sorpresas en lo que atañe al precio de las cosas, en comparación con el nivel de éstas en Venezuela.

Por otra parte, a Laureano lo llena de asombro la propia estructura arquitectónica de Quito. Se trata de una ciudad donde todavía se respira la cultura que, supuestamente, ha quedado sepultada por la nueva vida republicana, surgida a partir de la guerra de emancipación, y esto porque Quito ha quedado intacta; no ha sufrido aquel desmoronamiento que ha confrontado una ciudad como Caracas, la cual ha sido víctima de las huestes de soldados de la estirpe de los de Boves, como le decía Juan Vicente González, el primer demócrata de este país; es decir, no ha sufrido consecuencias deleznables por procesos de democratización tan radicales, como los que aquí hemos padecido; esto son calles de piedra y construcciones coloniales, que están allí desde tiempos muy remotos; un blanco eterno, además, los cubre; y lo que son los templos de esta ciudad, descomunales y colmados de riquezas, llevan a Laureano a caer en comparaciones, y así pone como ejemplo a la pobre y desguarnecida catedral caraqueña, frente a estos portentos de magnificencia arquitectónica. Al igual que Venezuela, Ecuador hasta el momento ha vivido de la explotación del cacao; riqueza que ha permitido el auge de numerosas fortunas entre varios de los productores, gente que en su mayor parte pertenece a la nobleza criolla, y la que se arraiga en París, cuando ya es próspera, y tiene como financiarse esa vanidad del latinoamericano, que consiste en sentirse extranjero en su tierra; y lo que acontece es que a la larga hay como suertes de islas en la ciudad, familias en cuyas casas no se habla sino en francés, puesto que cuando no están en la capital de Francia, entonces es porque quedan con la mente puesta en ella; de modo que se observan

grandes contradicciones en esta sociedad, donde lo primero que existe es una gran incomunicación. No se da esa relación de igualdad entre un patrón y un obrero a la que llega occidente en el régimen laboral, producto de la secularización de las luchas sindicales, sino que así como hay una estructura colonial en las construcciones de la ciudad; así lo está en la mentalidad del país, que se rige por un esquema basado en el de la Colonia, esto es, el de las jerarquías; y por aquí comienza la decadencia económica que capta Laureano al llegar a Ecuador, y que se traduce en la miseria que se ve por las calles. Para ese momento, a la nación la gobierna el doctor José María Velasco, un hombre al que Laureano lo considera un consumado equilibrista, y esto en razón de que es el único factor que admiten tanto los civiles, como los militares, y sobre quien se plantea otra de las taras que signan nuestro inconsciente colectivo, como es la insatisfacción: a juicio suyo, cuando Velasco Ibarra está en el poder, se plantea el problema de sacarlo, y cuando sale, el de traerlo de nuevo. Entre tanto, Ecuador ostenta la fama de ser el país donde más se han dado golpes de Estado en la América Latina.

Dichoso el venezolano que se regodea en el prestigio de una historia continental preñada de hazañas de los héroes de su tierra, sobre todo, aquellos que forjaron la independencia de nuestros pueblos y, en ese sentido, Laureano siente el orgullo patrio cuando un día, de visita en el Congreso Nacional, donde se le recibe con especial deferencia, dígase de paso, se consigue en uno de los salones con los retratos de tres libertadores; ellos son Simón Bolívar, José Antonio Sucre y Juan José Flores.

No se pase por alto que Flores ha sido uno de los pocos venezolanos que ha llegado a ostentar un cargo de gobierno en el extranjero; como Rufino Blanco Fombona en la década de 1920, quien alcanzó a ser gobernador de una de las provincias de España; Flores ha sido presidente del Ecuador, aun cuando mucho más ascendencia sobre el país tiene Sucre, si es que al caso se va, y tanto es así que el gran Mariscal fue acribillado a balazos en la selva de Marruecos, y por razones de celo de poder en ese momento; algo que pertenece a la gesta trágica en la que, en el fondo, se transforma nuestra guerra de emancipación. Estamos ante un hombre que, de pronto, decide abandonar Venezuela, a modo de recogerse con su familia, radicada por entonces en Ecuador; familia compuesta por una sola hija, de forma que el joven mariscal no sólo había resultado fatídico, en ese sentido, esto es, por el problema de su muerte, sino también porque, según dice la historia menuda, a la pequeña criatura un general Barriga la ha lanzado por un balcón, y lo que ha provocado su muerte. He allí la tragedia de un hombre que amenaza con convertirse en el gran caudillo de dicho país, pero a quien los recelos de sus contemporáneos le impiden tal ascenso, y entre estos contemporáneos se cita al propio Flores.

Laureano contemplaría el balcón del crimen de aquella casa del Mariscal

de Ayacucho, a propósito de una visita que también haría a la misma en su corta estadía en Quito; odio y ensañamiento contra un hombre, cuyo único pecado había sido el poseer un enorme prestigio militar, y en donde aparece inmerso el nombre, según se ha comprobado, de aquel Flores, a quien se pudiera considerar, junto con Sucre, como otro hijo que le habían dado las circunstancias a Bolívar, y he allí la tragedia de nuestra gesta libertadora: al final los hermanos terminaron matándose por razones de poder. La sombra de Sucre lo perseguiría en esta oportunidad a Laureano, puesto que también, con ocasión de un paseo, se allegaría hacia Pichincha, donde la marquesa de Solanda tenía en su tiempo una hacienda, y en cuya casa su marido, el Mariscal de Ayacucho, solía tomar días de descanso. El abandono prevalecía en el lugar, y en lo que había sido una suerte de palacete del siglo XVIII, ahora proliferaba un mundo de cochinos; negros de especie, rastreando por entre la maleza.

Posteriormente, el séquito se mueve en avión hacia Guayaquil, cuya ciudad. a pesar de su fama histórica, a Laureano le parece fea, no obstante lo de sus construcciones de madera que pudieran ser un detalle singular, y, además de fea, calurosa; un lugar en el que durará muy poco, pues de inmediato se embarca en un buque holandés, que hace viajes a Lima, y en el que comprobará éste que aún los efectos de la post-guerra están presentes en la vida del momento, ya que el buque ofrece una mala comida, intragable, según la expresión de Laureano, y lo que le alega la tripulación, es que en Holanda hay problemas para abastecerse de comida, con lo que no vienen a equiparse de bastimentos sino en Las Antillas, que no son de calidad, y de modo que marchan y ofrecen el servicio con una comida muy deficiente; he allí la excusa, lo cierto es que tienen que conformarse con unas frutas y unas galletas que han traído, durante los tres días que dura la travesía. Entre tanto, Laureano mitiga sus penas con la amistad de un abogado peruano, que conoce a bordo, y que le llama la atención porque se trata de un individuo que viene de Panamá, un país al que visita todos los años, ya que parte de su crianza se lleva a cabo en el mismo, a causa de un exilio de su padre, que ha sido político en el Perú; aunque lo importante para nosotros es observar que aquí hay una identificación entre Laureano y él, si tomamos en cuenta que don Laureano ha sido político, como el padre suyo; así que están enfocados bajo visiones de mundo parecidas, y de modo que se dan largas conversaciones entre ellos, en donde tocan temas como el de Víctor Raúl Haya de La Torre, el famoso creador del APRA peruano, y a quien Carlos Rangel colocó como el maestro de Betancourt, a propósito de su socialismo "indoamericanista". El abogado se confiesa seguidor de Haya de La Torre.

Perú le parece un pueblo desarrollado a Laureano; primero, porque encuentra un sistema vial, como el que conduce del puerto de El Callao al casco de la ciudad, un tanto avanzado; una avenida amplia y moderna, como diría

Laureano y, luego, por el estado de conservación de la propia Lima, antigua sede del Virreinato que lleva su nombre, y donde se hizo un arte de la arquitectura, basado en lo que se conoce como el barroco criollo, cuya monumentalidad aún está allí, dándole un carácter aristocrático a esta capital latinoamericana, y así a Laureano lo atrae desde la estructura de los balcones de aquellas casas señoriales, hasta el diseño de sus respectivas puertas, donde se capta toda una minuciosidad de detalles ornamentales, y los que hablan por un genio de la geometría, que en aquellos tiempos virreinales se ha dado en esta cultura; aparte de que se consigue con que Lima es una ciudad muy arreglada, y esto se nota en el cuidado que hay para el mantenimiento de los parques.

Esta vez será en el famoso hotel Bolívar donde el séquito se hospedará; un establecimiento para la gente de su clase, y que ofrece amplios apartamentos. De modo que en Lima los Vallenilla Bueno se sienten muy a gusto; tanto más porque de nuevo son introducidos en los círculos de la alta clase social, y esto gracias a un ex embajador peruano, que ha ejercido la diplomacia en Venezuela; sujeto que se encarga de compensar, ahora, a su amigo venezolano.

Desde el balcón de un apartamento de un abogado amigo suyo, situado frente a la plaza San Martín, Laureano aprecia un lindo panorama de la capital peruana, y esto le agrada a sus sentidos.

Entre tanto, nuestro héroe se familiariza con los incas y con la Perricholli; una barragana de salón, como solemos decir los venezolanos, de un virrey del Perú del siglo XVIII; y mientras unos deambulan patéticos por las calles como la resaca de una civilización milenaria, la otra anda en el mundo de la tradición limeña, que le dedica museos; llegando a ser, además, personaje de ópera, y así nos encontramos con que su presencia es más espiritual. Luego es la cocina la que le revela los secretos a Laureano: chupe, caldillo de huevos, cebiche, chicha de maíz morado.

En la embajada de Venezuela, éste se consigue que quien está al frente de la misma es el general Juan Pablo López Centeno; un descendiente del precursor de Jóvito Villalba, como diría la teoría Vallenilla Lanz, de José Mercedes López; justo, el estudiante universitario que había dirigido los saqueos en tiempos de Rojas Paúl de las casas de la gente del gobierno de Guzmán Blanco, y al que ha imitado aquél a la caída del régimen de Gómez; aparte de que por su apellido Centeno el embajador está emparentado con Laureano, y en razón de que, en efecto, su madre, doña Olimpia Centeno, es parienta lejana de su familia. El general López Centeno ha corrido con la misma suerte de D'Ascoli, en el sentido, de que al estar en prisión, para el momento del golpe de octubre, ha salido de allí nombrado para tal cargo diplomático.

A propósito, no sucede lo mismo con otro antiguo colaborador del diario Ahora, que Laureano se consigue en la presente oportunidad en la embajada venezolana, un tal Nelson Himiob, sujeto que, a juicio de éste, se le ha dado

el cargo de secretario de la misma, merced a su pose de revolucionario furibundo, que adoptó a partir de la llegada del nuevo gobierno, y quien al verlo se le hace el desconocido.

Aunque como reza la vieja sentencia cristiana, a Laureano nunca le falta Dios: sucede que el mayor José Sosa Puccini, agregado militar en la embajada, por el contrario, lo colma de atenciones durante los días de su estadía en la capital peruana.

He allí el instante en el que Laureano se encuentra con el general Manuel Morán: apesadumbrado el tercio porque ha perdido su documentación al pisar tierra limeña, y con ella se han ido sus cheques de viajero; pero mayor pesadumbre le produce haber sido expulsado de su país por desavenencias con la junta de gobierno, cuando en un principio él simpatizaba con ésta, y el sujeto no pasaría de ser un desterrado más, que padece el mismo estigma de nuestro Vallenilla Lanz, si no fuera porque éste, a propósito de un almuerzo para el que lo invita Laureano, se trae al teniente de navío Elio Quintero Medina, sobrino del general Medina Angarita; una presencia importante porque éste plantea algunas cosas relacionadas con el golpe de octubre, que habían quedado como enigmas y que en su momento se hacía ver, cuando dejábamos abierta la interrogante con respecto a la detención de Pérez Jiménez, y es así como por intermedio de Quintero Medina, nuestro héroe se entera de que, en verdad, dicho estado de cosas se debía a una infidencia del capitán de fragata Wolfgang Larrazábal, quien le había entregado a él una lista de los conjurados de esa acción, y éste se la había entregado a su vez a su tío, para entonces procederse a realizar las detenciones.

A medida que Laureano se empapa de vida cotidiana del Perú cae en cuenta de que el progreso, que se observa en algunas obras, se debe a Augusto B. Leguía, quien habría de ser el mandatario peruano encargado de abrir el país a la modernidad, creando toda una infraestructura de red vial y de edificios públicos; cabeza de una dictadura a la que se considera, no obstante, como una dictadura blanda; pertenece al grupo de los notables de Lima, es decir, es rico e ilustrado; ducho en materia financiera, sobre todo, y esto por los años que ha vivido en Londres, donde se ha dedicado a esta actividad. Recientemente, Leguía había salido del poder víctima de una conspiración de derecha, consecuencia derivada de una serie de errores cometidos por su familia, la cual, amparándose en su nombre, había abusado de ciertos derechos; aun cuando, ahora, Laureano percibe que el peruano se da cuenta de que ha dado un mal paso, al respecto, de que le ha hecho demasiado caso a la guerra sucia que se ha cernido contra este hombre, de forma que él deduce que sobre la realidad se han formado dos bloques irreconciliables, pero que en Perú la situación es mucho más sanguinaria que en Venezuela, puesto que ambos bandos apelan a recursos como el crimen político o el terrorismo.

Continúa la ruta de Laureano; un amanecer se despide de Sosa Puccini en el aeropuerto de Lima, y donde éste debe tomar un avión que lo habrá de llevar a Santiago de Chile.

De nuevo salta a la vista de nuestro héroe el paisaje, cuando ya está en pleno vuelo, sólo que ahora no está la vegetación exuberante del trópico ante sus ojos; antes bien, durante varias horas el aparato vuela sobre un desierto, y hasta que al fin descienden a la capital del país del cono sur.

Santiago, ya la relaciona éste con una ciudad europea. Cielo gris y edificios ahumados; aparte de que el tipo humano contribuye, según observa, a darle también ese toque. Laureano encuentra que el grado de cultura de un pueblo se mide hasta por la forma de caminar la gente; le resulta que las chilenas no sólo saben hacerlo, sino que también son bellas. Por primera vez éste se desata a mirar la mujer del prójimo en las calles santiagueñas.

Viste de terno en la oportunidad, y entonces atrae la atención de algunas personas, que se le acercan para preguntarle por su disposición a salir del mismo. En lo adelante descubrirá Laureano que el problema es que en Chile hay dificultades para conseguir paños ingleses. Entonces se viven los efectos de una depresión económica.

A Santiago le llega correspondencia, en la que se le anuncia lo del suicidio de un viejo amigo suyo, de Baldomero Uzcátegui, uno de los tantos incluidos en la lista de las personas a enjuiciar; un hacendado, propietario de extensos territorios en El Llano, donde poseía varios hatos; un hombre también de *la sagrada* del general Gómez, y a quien Laureano recuerda montado sobre un caballo, ajeno al mundo de la política, por lo demás, y recorriendo la sabana. Su único delito ha sido el de ser de *la sagrada,* y de aquí que el viejo no se sienta capacitado, según deduce éste, para soportar una persecución de esta naturaleza.

El famoso primo de Laureano, Julio Enrique Planchart, quien se valía del prestigio de Rómulo Gallegos para buscar trabajo; ahora ha sido nombrado embajador en Chile, y lo cual lleva a pensar a éste que allí no está detrás sino la mano del maestro, a pesar de que considera que su primo es un hombre con grandes virtudes; lo que significa que no tiene necesidad de apadrinarse para lograr metas en la vida, y esto es algo que éste siempre ha abrigado en su conciencia, cuando repara en el asunto. La familiaridad viene al caso enseguida, cuando Laureano visita la embajada; se dan cita para comer ambos primos en un restaurante francés, junto a sus respectivas esposas, y donde aprovechan para examinar la situación venezolana. El país está que arde por los cuatro costados. Hay dolientes en el escenario de uno y otro señor, y así resulta que a la misma mujer de Planchart, la militancia adeca le ha vejado a un tío.

Nuestro héroe ha llegado en el momento en que se ha decretado una devaluación de la moneda chilena, consecuencia de un déficit fiscal, que ha

experimentado la economía, y generado al mismo tiempo por la caída del precio del salitre en el mercado internacional; uno de los ingresos más importantes del presupuesto de aquel país; de modo que una persona con divisas, como él, tiene un gran poder adquisitivo bajo estas circunstancias. Sin embargo, Laureano no tiene empacho en reconocer que está ante el pueblo más avanzado de la América Latina, en razón de que el chileno ha apelado al recurso del agro, ante tan trágica situación; a modo de abastecerse con lo que no puede importar.

En la *boite* del hotel, donde se hospedan, éste vuelve a extraviarse, con respecto a la belleza de la mujer chilena, ser a quien compara con una alemana o una inglesa; pero fijémonos que la vida de Laureano está signada por el hedonismo, como todo buen burgués, de modo que siempre se verá a este personaje cumpliendo con un compromiso social, como el que lo convoca para esta *boite*"; aparte de que, por esos mismos días, resulta agasajado por unos amigos de su padre, a quienes ha contactado por teléfono; una familia Saavedra, que realiza una cena en su honor, y a la que concurren unos individuos cultos y distinguidos, "lo mejor de Santiago", como diría un cronista social, y eso que Laureano se consigue con que la sociedad santiagueña pasa por conservadora y escasamente accesible al extranjero. Se trata de un círculo compuesto por unos veinte o treinta apellidos, gente que dirige la banca, el comercio, la industria y la tierra, y que se permite veranear en las playas de Viña del Mar, como parte de un ejercicio de distensión social.

En Chile duran pocos días, y así que el séquito toma el ferrocarril, que atraviesa la cordillera andina, y la que separa este país de Argentina: esto en razón de que en la capital chilena también confrontan problemas por congestionamiento de pasajeros en el aeropuerto, a la hora de tomar el avión, y aparte de que a Laureano le parece una aventura interesante el viajar por las vías férreas en estas circunstancias. En Mendoza hacen una primera escala, a modo de realizar un transbordo de trenes, y de allí en adelante se dirigen a Buenos Aires. La impresión que le produce el país sureño también es de que se trata de un territorio europeo y, sobre todo, el paisaje lo transporta a aquella Suiza de su adolescencia. Entonces le corresponde presenciar un amanecer en las pampas. ¿Es un mito lo del ganado de Argentina? Hermosa madrugada, en la cual van apareciendo soberbias reses *shortoons* y de otras razas de las sombras, mientras despunta el alba, y que lo llevan a pensar en el ganado de su país, y morirse de vergüenza, de paso, al concebir lo diminuto que se vería ante unos ejemplares, cuyas contexturas son gordas, monstruosas; animales cercanos a lo elefantiásico. Allí está el gaucho, como complemento de lo más pintoresco del paisaje; sobre todo por la simpatía que expele al saludar al tren allá en la distancia; anudado el cuello con una pañoleta y montado en su respectivo caballo, por lo que enseguida Laureano se

va al elemento telúrico, y así trae a colación al famoso Facundo de Sarmiento; la misma temática, por lo demás, de su padre, en tanto que en aquellas páginas también se trataba sobre el tema de la barbarie y la civilización; el motivo de preocupación de la corriente positivista hispanoamericana, sólo que si en Sarmiento se planteaba que en aquella sabana humedecida no puede imperar sino la barbarie, como dejo de un profundo escepticismo latinoamericanista; Laureano llega a otras conclusiones, cuando a esa altura la historia ha desmentido a aquél, y así dice que más bien allí en La Pampa, lejos de tragarse la barbarie a la civilización, como lo proclamaba en el Facundo, se han instaurado las ideas de otro argentino, un tal Alberdi, quien partía del principio de que gobernar era poblar, esto es, llevar la civilización hasta los confines del territorio. Estamos ante el mandatario que había dado con la clave de que el milagro argentino estribaba en la unión de La Pampa con el río de La Plata por medio de la técnica y la ciencia, y así se había creado un emporio de riqueza en aquella zona, de manera que Laureano abriga la idea de que no está sino ante una gran despensa, despensa a la que se le contrapone la imagen de un mundo hambriento en su inconsciente, para quedar satisfecho enseguida, gracias a esta exhuberancia.

Facundo era un caudillo populista de una región de Argentina, y quien terminaba por imponerse, según la realidad que Sarmiento pintaba en su obra. Sin embargo, éste lo había proclamado del modo más positivo, es decir, para que se tuviera como algo aleccionador, y de allí se siguiera el ejemplo; siendo, por lo demás, Alberdi un continuador de las ideas de Sarmiento, en especial, aquella que partía del principio de que había que propiciar la inmigración, como se había hecho en los Estados Unidos, sobre todo, de la Europa de la postguerra, que era la que traía la noción del trabajo de la técnica, y del uso de la ciencia en su cabeza. El primero que supera la visión de mundo buensalvajista, buen-revolucionarista, a juicio de Carlos Rangel, en la América Latina es Sarmiento. Justo, había llegado a ser ministro de Washington en Norteamérica, y de donde había regresado a su país investido de la condición de presidente de la República; un caso extraño en la historia, pues a él lo elige el pueblo argentino en ausencia.

Pero no es un sólo gaucho el que saluda al paso del tren; a cada paso está este personaje típico; a un lado el ganado que arrían sus respectivas cuadrillas, ganado que pasta en mares de alfalfa, y en aquel paisaje se inserta alguno que otro niño rubio, que juega cerca de la vía férrea; producto de la inmigración.

La superabundancia ya se nota a la hora del almuerzo; cuando Laureano tenga la oportunidad de ver al camarero del ferrocarril excusarse con los pasajeros, ya que no piensa sino sólo servir cinco platos; cosa que le parece a éste propia para un estómago de patagón, y tanto más porque ya a la altura del tercer plato se siente hasta el hartazgo.

Esto le produce una modorra, que la satisface a través de una larga siesta, que se dispone a hacer de inmediato; para, más tarde, pasar a pararse frente a la ventanilla del pasillo, y el hecho resulta interesante de destacar, toda vez que un español, que viaja instalado en el compartimento vecino suyo, impresionado también con aquel milagro agrícola, que tiene ante sus ojos, se le acerca y le dice:

-Vea usted, la Argentina es España con inmensas riquezas naturales. Aquí Cervantes no hubiera podido escribir *El Quijote*. "Duelos y quebrantos los sábados". ¡Imagínese usted! Al más infeliz lo destetan en este país con un costillal.

A Buenos Aires llegan entrada la noche, lo cual implica que en la estación ya a esa altura no haya servicio de taxis, aun cuando cada lugar lo espera con una sorpresa a Laureano, pues aquí se consigue con que se ofrece para transportarlos un coche, tirado por un par de caballos, hasta el hotel Plaza. Al ver la distinción de la familia de Laureano, al auriga les nace decirles:

-Sigan, que yo fui el cochero del general Bartolomé Mitre.

El famoso hotel está ubicado frente a la Plaza San Martín, un establecimiento lujoso, el cual según Laureano nada tiene que envidiarle a los europeos de su clase, y lo primero que se le ocurre a esta familia venezolana es bañarse, para salir a disfrutar de la vida noctuma, dígase de paso, de una de las metrópolis más bohemias de la América Latina.

Sobre todo, cenan en el hotel, y luego echan a caminar por las calles Florida y Corrientes. Una ciudad llena de restaurantes, cafés, salones de té: detrás de una vidriera asándose pollos y pavos; lo hacen pensar de nuevo a Laureano en la abundancia, y decirse: "Esto es Jauja". Dicha situación lo lleva a concebir lo contrario, que sería la estrechez, y así viene a su cabeza la imagen de un individuo del tipo de los que Kafka llamaba "artista del hambre"; un hindú, pone por caso, así se pregunta por el qué dirá un señor de semejante condición, ante tanta prodigalidad.

En Buenos Aires, Laureano también tiene un par de contactos; interesante el caso de un Andrés Palacios; un sujeto que ha conocido en París, descendiente de los famosos Palacios de Venezuela, sólo que nacido en Argentina, y esto en razón de que su padre había emigrado hacia el sur, un tanto defraudado con un país que, por culpa de las guerras civiles, lo había hecho perder tres veces su fortuna.

En ese sentido, el padre de Palacios había seguido a un primo suyo, quien había sido, en verdad, el de la iniciativa de emigrar al sur, estando hastiado como él de las consecuencias de las incesantes guerras intestinas en nuestro medio, y de modo que ambos habían terminado por echar raíces en el país austral; esto supone que el padre de Palacios había adquirido fincas en la región, unas fincas ubicadas en la frontera con Paraguay, y héteme aquí

que esto le había permitido granjearse una fortuna, a modo de contar con recursos suficientes, como para enviar sus hijos a formarse en los países europeos, tal cual había sucedido con Laureano, y entonces aquí se daba una convergencia de la clase "mantuana" de estos países, que tuvo por escenario la ciudad de París, lugar que siempre llamó la atención de dicha clase. Palacios está casado con una pianista, descendiente de alemanes, y quien introduce a Laureano en el mundo de los teatros y de los conciertos.

Aunque, también Laureano se mete en la onda popular, y así que le encuentra hasta explicación al hecho de que un venezolano, que pernocta con él en el mismo hotel, por casualidad, llore cuando oye cantar el tango ***El Choclo***; pues a él, en especial, le conmueve la fibra ***Adiós, pampa mía.***

Pero se decía que éste se consigue con un grupo de amigos, que se educaron con él en Europa; gente de la alta clase social argentina. Así está también un par de hermanos, a quienes va a constatar: ambos dedicados, el uno a la docencia universitaria, y, el otro, al periodismo, es decir, dos figuras ilustradas de ese medio.

Laureano se encuentra ante el mejor periodismo de la América Latina, según su modo de ver, y hasta llega a considerar que ***The New York Time*** no supera en calidad a La Nación o a La Prensa; aparte de que su contenido está lleno de la competencia del país, en materia de comercio, y así se subastan decenas de haciendas, que son determinada cantidad de reses, puesto que en Argentina a los lotes de ganado se les dice hacienda; avisos en la prensa, lo que significa riqueza; de modo que por esta vía se podría decir que Argentina es el único país de la América Latina que ha desterrado la conciencia tomista, o sea, que ya no quiere nada con lo que se conoce como los votos de pobreza.

"El Petiso" es otro amigo que se encuentra Laureano, del grupo de los sureños que conoció en París, un tal Diego Fernández, que no sólo lo introduce en el *Jockey Club* bonaerense, sino que también se lo lleva a comer cordero un día a la finca suya, camino del Mar del Plata; una fiesta inolvidable.

Nada, sin embargo, tan deslumbrante, para Laureano, como un palacio en medio de un bosque, propiedad de una familia Pereira Iraola que conoce éste en el país, y para el cual resulta invitado; un palacio de mármol rosado en estilo versallesco, al que éste compara con el gran Trianón de Versalles: una finca extensa, poblada de ganado: cientos de reses negras de piel lustrosa, que al final de cuentas son el orgullo regional por el éxito que tienen en los concursos anuales de las ferias; aparte de que hay una cría de ovejos también allí, cualquier gran cantidad de ovejos, a los que se les podría considerar el orgullo de la región, de la misma manera; unos animales robustos que parece que recién han salido de una peluquería, y ya, por último, la imagen que le prodigan unos cochinos, cuya cría también uno de los dueños de la finca se empeña en mostrarle, es que parecen derivaciones de las mujeres de los cuadros

de Rubens, y esto por lo rosado y lo rubio de los ejemplares. Frente a semejante abundancia una conciencia política como la suya llega a la conclusión de que un movimiento extremista no podrá triunfar jamás en tales condiciones. Piensa Laureano: "En esta nación los bifés están al alcance de todos".

Si se toma en cuenta que lo que vendría a continuación sería una suerte de socialismo, a partir del capítulo de Juan Domingo Perón en la presidencia de Argentina, nosotros pudiéramos observar que no está en lo cierto Laureano, al respecto. Por el contrario, el país sureño entra en su etapa decadente; pero no nos adelantemos a los acontecimientos, y observemos más bien a nuestro héroe asombrado porque en la finca de este palacio se hace un alto en las labores del atardecer, y los obreros se aglomeran a tomar té en un anexo; una merienda, que corre también por cuenta de la casa, y en la que se reparte queso, leche, mantequilla, y hasta yerba mate. He allí lo que lo mueve a éste caer de nuevo en comparaciones, y así evoca a la que considera "arepa fría", junto con el guarapo, del trabajador venezolano, para entonces caer en lo del abandono del campo nuestro y, de paso, preguntarse: "¿no habrá jamás en nuestra patria quien logre poblar el desierto, domesticar los ríos y salvar los llanos de las inundaciones y la sequía?". La pregunta se traduce en escepticismo, por parte de Laureano, toda vez que maneja la especie de que gobiernos, como el de Rómulo Gallegos que recién se instaura, no llegan sino con una visión inmediatista de las situaciones, y así entienden que la democracia se establece a través de decretos; decretan, por ejemplo, el derecho del venezolano a comer carne hasta el hartazgo, como los argentinos; carne proveniente de vacas mecánicas, supone Laureano; le parece que la democracia es un raro vocablo para la América Latina, su connotación no está sino asociada a la demagogia, y por esto ve el asunto con mucho escepticismo.

El historiador Ricardo Rojas vive en una mansión colonial en el centro de Buenos Aires. El ha sido gran amigo de don Laureano, a pesar de que ambos han sostenido violentas polémicas por la prensa, pues algunos conceptos de la teoría Vallenilla Lanz causaron en su momento furor en la América Latina, y la prueba de esta amistad estriba en que, para el instante en que lo visita su primogénito, le regala sendos ejemplares de dos libros suyos, uno de ellos dedicado a una exégesis del pensamiento de Sarmiento.

Algo que le hace notar Rojas es el hecho de que Laureano ha pisado el suelo argentino en un momento muy interesante de la historia de este país, toda vez que por esos días asume la presidencia de la República el propio Perón, y quien viene con una carga de promesas sociales, que sí las cumplirá al paso de los años, sólo que sobre la ruina del país, como ya lo hemos asomado. Serán diez años de gobierno peronista, todos plagados de desaciertos económicos, porque en lo que menos viene pensando Perón es en la economía, y lo que demuestra, de paso, que tampoco Argentina está inmune al

síndrome de los votos de pobreza, no está inmune –Carlos Rangel dixit- al mito del buen salvaje-buen revolucionario. No pasemos por alto que este hombre se ha presentado como una suerte de justiciero social; de allí su intento de golpe de estado, protagonizado años atrás; una justicia que habla a nombre de lo que la mujer de este señor, una tal Evita Perón, llama "los descamisados". Se trata de un momento en el cual EE.UU. se rige por una política exterior muy torpe, y así su embajador ha caído en provocaciones; se ha inmiscuido en la vida política del país, y lo que ha traído como consecuencia el hecho de radicalizar más la población, que entonces en las elecciones se vuelca toda hacia la fórmula del ex coronel.

Aparte de que aquí se le volteaba la tortilla a Laureano, y esto por el hecho de que la historia, a ese respecto, parecía volcarse más hacia el presentimiento de Sarmiento, en el sentido, de que de en aquellas pampas había el peligro de que se consolidara un caudillo, como Juan Manuel de Rosas, esto es, el caudillo que había inspirado al Facundo, y que ahora lo representaba Perón, y entonces quedaba desmentido Alberdi, por el hecho de que nada había significado, en consecuencia, la inmigración europea en términos culturales, puesto que la expresión del ex coronel no representaba sino un nuevo brote de populismo tercermundista. En ese sentido observaba Laureano, que Sarmiento no dejaba de tener razón; siempre La Pampa, esto es, el condicionamiento geográfico, acechaba, y de modo que no era raro el surgimiento tarde o temprano de nuevos Facundos.

¿Cómo está el ambiente con respecto al panorama político? Además de que el sujeto ha ganado con un amplio margen en la contienda electoral, en la calle se oye a la gente gritar:

-Este pueblo es de Perón. Viva Perón.

Al respecto, Laureano no deja de identificarse con un señor, de aspecto aristocrático, por lo demás, que ve en la calle, y que al paso de los fanáticos que a cada instante vociferan, dice:

-Este atorrante ha vuelto loco a este pueblo.

Sin embargo, el "Vallenilla Lanz" también estaba presente en su subconsciente, a propósito de la teoría del "gendarme necesario", como lo demostraría una vez, saliendo con un grupo de amigos del *Jockey Club* una noche de un restaurante, cuando entonces éste grita en plena calle:

-Argentina es de Perón. Viva Perón.

Habría que evocar aquí el hecho de que Laureano no mira con buenos ojos el proceso de democratización venezolano, y esto se capta en esa ironía suya de hablar de vacas mecánicas de la democracia.

Por cosas del destino, dos parejas de venezolanos han coincidido con su séquito en todas las ciudades, donde han pernoctado, empezando por Barranquilla; como si se hubieran puesto de acuerdo, el grupo ha coincidido

en Cali, Quito, Lima, Santiago y Buenos Aires: se persiguen por el hecho de que siempre se albergan en los mismos hoteles. Así Laureano ha sido testigo de la situación que se presenta con un compatriota suyo, quien llora cuando oye el tango *El Choclo.*

El otro venezolano que también ha tenido un papel destacado en el extranjero, aunque de menor rango, es el coronel Rafael Ernesto Pérez Luna, a quien Bolivia lo ha revestido con tal grado militar, y merced a su matrimonio, entre otras cosas, con la hija de un historiador boliviano; como ha tenido suerte en la política de Nicaragua, y así este país lo ha nombrado embajador de una de sus misiones diplomáticas. Laureano lo compara con nuestro Precursor, don Francisco de Miranda, en tanto que éste también trabajó para varios países, sólo que en un rango mayor, si se toma en cuenta que lo hizo para España, Inglaterra, Francia y hasta Rusia, en calidad de miliciano, en calidad de espía; pero le venía la imagen del Precursor, además, a través de Pérez Luna, por la melena grisácea, que éste ostentaba, y que rayaba en la de don Francisco, cuando entonces pisó Venezuela, afrancesado el tercio, y con un arito en la oreja, como era el atuendo del hombre romántico; que entonces levantó la suspicacia de los criollos machistas de ese momento. A Laureano le resulta vistosa la melena de Pérez Luna, cuando lo ve venir en la calle Florida, sobresaliente el compatriota con su más de metro ochenta de estatura; una melena que le es familiar a él, en razón de los muchos años de conocimiento que tiene de su persona; de modo que ha sido frecuente el trato entre ambos; se detienen, conversan; resulta que el sujeto ha sido perseguido también por el régimen de Betancourt; acusado, como todo el mundo, de corrupto; Pérez Luna lo ha tomado a gracia, toda vez que le confiesa a Laureano que se trata, por el contrario, de un hombre lleno de deudas, y que más bien dicha persecución le ha servido de pretexto para salir huyendo de sus acreedores. La imagen que se ha formado éste de su persona, es que el susodicho no llegó a ser como Miranda, porque no se rodeó de la ilustración de nuestro Precursor, que era, según su diario, un hombre que estaba en todo. Llevaba el venezolano –el de la Venezuela de Carlos III- con mucha gracia y elegancia, cosa que también se aprecia en Pérez Luna, sólo que su parla, sin dejar de ser divertida, peca de hueca.

¿Algo inolvidable? El discurso de toma de posesión de Juan Domingo Perón de la presidencia de Argentina. Laureano hasta llega a conservar aquella frase, en la que éste dice:

-Las espinas del camino las aparto; pero no las odio.

El hecho lo lleva a recapacitar en el tiempo, y así repara en que se han colado más de dos meses de su llegada a este país; tiempo suficiente como para que Finita comience a sentir un cierto fastidio; a padecer una cierta nostalgia por Venezuela, y es así como Laureano se ve forzado a cancelar un viaje,

que tiene proyectado para Uruguay y Brasil.

Se pone en marcha la caravana de los Vallenilla Bueno; siguiendo el consejo de un amigo, Laureano toma el camino de Bolivia por la vía del ferrocarril. Se trata de un atardecer el momento cuando abordan un tren, que sólo está hecho para subir cuestas empinadas, puesto que la trayectoria del mismo consiste en llegar a una cima montañosa, que poco a poco se vuelve gris, a medida que recorran los kilómetros, de modo que al final no queda sino una tierra desolada; inhóspita; todo lo contrario a lo que Laureano había dejado atrás, que lo conocía justo con el nombre de Jauja.

Ahora ya no es la prodigalidad la que está en el camino, sino, antes bien, la estrechez, y la que se mide hasta en la comida que sirven en el restaurante del tren. Mientras en el otro extremo alguien se había excusado por lo poco que iba a ser el almuerzo, y lo cual iba a resultar rebasante; ahora lo que se servían eran migajas de cosas, y encima de ello, "intragable", como le decía Laureano a la especie aquella que constituía el menú.

Van como compañeros suyos en el vagón una pareja de italianos, procedentes de Nápoles, y una pareja de argentinos; todos cuatro en plan de turismo.

Pasa trabajo esta gente allá en las alturas; arrecia un viento fuerte; la niña es objeto de atención en este momento, por tanto; sufren el percance de que la calefacción no le funciona al aparato, y así que tienen que abrigarla bien a la carajita. Laureano tiene por costumbre, durante los viajes, pararse frente a la ventanilla del tren; lo cual resulta interesante algunas veces, tomando en cuenta que, de pronto, hay la presencia de otro pasajero fastidiado, como él, y en medio de la trayectoria se producen amenas conversaciones, como la que sostiene con el ingeniero argentino, compañero suyo en el vagón, y quien le da por explicarle las modalidades del suelo del altiplano, mientras contemplan un paisaje tétrico; donde desaparece por completo la vegetación, y el único casco que soporta estas cumbres es el de las llamas; animal, encima de eso, doméstico, es decir, de carácter dócil, y como tal es un ser que acompaña siempre al hombre. Un hombre rígido aquél, a propósito de dicha compañía; moreno color de cobre; que mientras más viejo más hosco, siendo el niño éste quien se agolpa, como mosca, sobre el tren, a la hora de detenerse en una estación, a modo de ofrecerle a los pasajeros mercadería artesanal: cobijas, ruanas, chales. Al tomar de nuevo el camino el aparato, vuelve la calma y la soledad.

La mala alimentación que sirven allí se aprecia en la cara de pedigüeño, que pone el italiano, en el momento en que husmea en el pasillo que, en vista de que no hay nadie en el vagón, los Vallenilla Bueno han aprovechado para darse un complemento, en lo que a comida se refiere, y así éste se ha asomado con tanta desvergüenza, que no ha quedado más remedio que invitarlo; lo que ha significado que el tipo arrastre a su pareja, y así son dos los que se han añadido. Clama en ese momento, el sujeto, por la pasta y la

*mozarella* de Nápoles. No pasemos por alto que Italia viene de salir de la guerra; atraviesa por la etapa de las raciones alimenticias; si algo conoce su compañero de viaje es de racionamientos, pero nada comparado con las migajas que sirve el restaurante del tren.

A estas penurias se une la inclemencia del frío, que ataca con tan feroz viento, y el cual se cuela a través de un agujero, que tiene la ventanilla del vagón, y aquello es para congelar pies; tanto es así que, en un momento determinado, a Laureano le da por soñar que los suyos son dos bloques de hielo; una suerte de pesadilla; se repite, esta gente pasa trabajo en ese trecho de tres días, que se lleva el trayecto para llegar a La Paz.

Dada la importancia de la personalidad de Laureano, ya alguien está a la espera suya en la estación del tren. El propio Pérez Luna ha tenido la gentileza de mover sus influencias en la colonia de los venezolanos en Bolivia, y así ha acudido el agregado militar de la embajada de Venezuela, el capitán José Teófilo Velasco, y quien lo conduce a un hotel.

Las mismas condiciones que imperaban en el tren, en cuanto a comida, son las que encuentran en la casa que los alberga; de forma que arrasan, a continuación, con los bastimentos, que les han sobrado, y he aquí que se echan a dormir.

Al día siguiente, una vez incorporado, cuando Laureano abre la ventana de su habitación, lo primero que se consigue es una plaza, que concentra un cierto mundo a su alrededor, y allá al frente una montaña calva y amarillenta. En la atmósfera está presente la cultura de la Colonia, como en la ciudad de Quito: calles empedradas; arquitectura colonial de casas anchas y con grandes aleros. En ese sentido, Laureano se anima a salir, sobre todo, porque lo solicita la persona que el día anterior lo había dejado en el hotel, en la recepción, y juntos emprenden un paseo un tanto fatigante para Laureano, puesto que un tranco del señor, que es una vera de largo, equivale a dos suyos, y de modo que nuestro héroe anda casi de arrastras.

La caminata supone una visita a la embajada de Venezuela, donde funge de titular el teniente coronel Esteban Chalbaud Cardona, y visita bastante oportuna, toda vez que el susodicho ofrece un *cocktail* a sus colegas del resto de países, con representación diplomática en Bolivia, sarao en el que está incluido también el gobierno, y para el cual queda invitado Laureano, toda vez que el mismo se ofrece después de mediodía. Allá va a conocer nuestro héroe al ministro de Hacienda, Víctor Paz Estenssoro, un hombre que anda en planes políticos, fundador del Movimiento Nacional Revolucionario, y la impresión que deja este sujeto en él es que se trata de un hombre brillante, versado en asuntos fiscales; poco comprendido por un pueblo que lo ha tildado de fascista.

La amistad de Paz Estenssoro es importante en la medida en que éste lo pone en contacto con la alta dirigencia política del país, como sería el caso

de Julio Suazo, el ministro de Agricultura y Cría, un hombre al que encuentra en la oficina del líder del MNR, y a quien Laureano, por lo demás, ha tenido que atender en alguna ocasión en Caracas, y he aquí que, en agradecimiento, Suazo organiza una cena para el susodicho en el Club Nacional. Entonces vendrán nuevas relaciones para Laureano; por una parte, entra en contacto con el canciller del país, y por la otra, tiene la oportunidad de conocer al alcalde de Lima.

La patria latinoamericana es pequeña para este mantuano que es Laureano; que se educó con chicos de su clase en una tierra mitológica, llamada País, y que por todas partes están en este continente. Así, aquí en La Paz moran dos amigos suyos, que también frecuentaron escuelas suizas y francesas con él; por un lado, Federico Nielsen Reyes, y, por el otro, María Teresa Harrinson.

Al primero lo conoció Laureano, cuando ambos hacían el bachillerato francés, y éste lo encuentra siendo un hombre preocupado por los problemas políticos de su país; simpatizante del MNR, y a través de la conversación que sostienen ambos se observa que este movimiento es de ideología nacionalista; puesto que en su programa de gobierno se contempla una nacionalización de la industria del estaño; industria que también está estructurada por la manera vertical y jerárquica, que le ha impuesto la oligarquía del país; como en Ecuador lo está la del cacao; de modo que Federico se muestra partidario de esta situación.

La segunda vivió en Lausana, cuando Laureano también residía en la misma, y es a ella a quien éste le lanza un S.O.S en materia de comida; ya que la del hotel le resulta intragable, y así ha sentido lo que es, en verdad, ser un artista del hambre; lo que significa que hay más confianza con la Harrinson, que se mueve enseguida a buscarlo. Esta vez será hacia el Club Campestre, hacia donde su amiga arrastra a los Vallenilla Bueno, junto con su marido, y si aquél es partidario del MNR, en este caso la Harrinson está en el bando contrario a él; puesto que el programa de gobierno del movimiento atenta contra los intereses de ella; que pertenece a la oligarquía del país, y, como tal, dueña de la industria del estaño. A través del diálogo que sostiene, en esta oportunidad, con María Teresa, se observa que el país también ha caído en la bancarrota, pero más que como consecuencia de un factor externo, por el problema de la inestabilidad política, que vive Bolivia, y esto a raíz del asesinato del presidente; aparte de que aún se resiente en la vida ciudadana el trauma de haber sufrido una derrota en la famosa guerra de El Chaco. Luego, su amiga le habla de que Bolivia es un barco que se hunde. ¿Hemos hablado de un héroe de los tiempos contemporáneos? El famoso coronel Busch, uno de los pocos hombres valientes que se han destacado en la famosa guerra antes mencionada; a quien una suerte de Bruto ha quitado de en medio, con el cuento de que se había suicidado; todo ha transcurrido

en un gran misterio, y lo cual ha derivado en una terrible crisis política, donde lo que prevalece es una suerte de terrorismo soterrado, en lugar de orden, propiamente dicho.

Una semana antes de la llegada de éste a Bolivia, la población ha vivido momentos de angustia, y esto debido a una toma militar, que ha habido en el aeropuerto de El Alto. Entonces, los insurgentes habían considerado al aeropuerto un lugar ideal para propinar un golpe, en virtud del dominio que se tiene desde allí de la ciudad. Estos esperaban que, una vez prendida la mecha, se produjera un alzamiento generalizado de tropas; sin embargo, la inacción obligó a los rebeldes a tener que huir en un avión a la Argentina.

Con ocasión de un ágape, que se celebra en la embajada del Perú, Laureano conoce al propio presidente de Bolivia, al mayor Gualberto Villaroel; y quien, como lo hace ver su grado menor de oficial, es un hombre joven; pequeño el individuo, y con espaldas anchas. Para Laureano es una sorpresa conocerlo; para Villaroel no, puesto que ya está al corriente de su presencia en Bolivia. Rueda el nombre de Laureano en las altas esferas nada menos que como descendiente del Mariscal de Ayacucho.

Este tiene la oportunidad de participar en una ceremonia tradicional que se celebra en Bolivia, con motivo del día más frío del año, ceremonia que consiste en encender hogueras en los solares de las casas durante la noche, y luego tratar de saltarlas, y Laureano lo hace casa de María Teresa Harrinson; cuando se contagia de la fiebre de la gente, que lleva a cabo la acción del juego; pero, a medida que se desarrolla el mismo, se da otro hecho importante, y es que, de pronto, se le acerca un joven, que se ha enterado que él está en vísperas de partir para el Perú, y le pide que le lleve una correspondencia a un hermano suyo, que vive en Arequipa, en condición de exiliado.

Pero antes de marcharse, nuestro héroe tiene la cortesía de dispensarle una visita al presidente de la República, y para lo cual se hace acompañar por uno de los edecanes de éste, quien lo pasa buscando por el hotel. Se trata de un palacio de gobierno lúgubre, aquél en el que lo espera Villaroel, un palacio con inspiración de cuartel, y en el que prolifera el elemento indígena, sólo que vestido de militar. Y lo primero que le llama la atención a Laureano, cuando ha logrado penetrar hacia su despacho, ha sido un escritorio Luis XV, desde donde opera; adornado el mueble con unos bronces dorados, que, a juicio del visitante, no están allí por iniciativa del susodicho, puesto que Villaroel no le parece un hombre de gustos refinados; más bien piensa que hasta la iniciativa pudo haber venido de su predecesor. En todo caso, capta un rasgo de bondad en este individuo, al verlo empeñado en llevar a cabo una lucha contra la oligarquía del país, a propósito de una serie de derechos que quiere implantar para proteger a los peones de las haciendas, mediante la derogación de una disposición oficial, que arranca desde la época

colonial, y la cual los obliga a éstos a prestar servicio gratis, de vez en cuando, casa de sus patronos; de modo que no sólo Villaroel aboga por una nacionalización de la industria del estaño, sino también que viene con la intención de aplicar un verdadero régimen de justicia social:

-Nosotros hemos establecido que se pague un salario en estos casos. Por eso nos califican de comunistas.

El mundo empresarial boliviano no existe o carece de iniciativa. He allí un presidente lleno de buenas intenciones, pero con poca habilidad para convencer a su gente de que le financien sus grandes proyectos de construcción de una extensa infraestructura en el país, de modo que este quede unido por redes de carreteras; también Villaroel tiene muy en cuenta el dato de los argentinos, de que hay que unir al campo con la ciudad, sólo que está en "una sociedad de parásitos", según le confiesa a Laureano, que lo esperan todo del Estado.

El par de conferencistas sale hacia el balcón, mientras conversan estas cosas, y al aparecer sus respectivas figuras a lo largo del corredor, enseguida se hacen el foco de atención; la soldadesca que pulula en el patio del palacio le rinde honores militares a la alta jerarquía que, sin embargo, se mantiene en una actitud de indiferencia total; lo mismo que la alta oficialidad, que también ronda por allí cerca.

-Ahora estoy más tranquilo –le confiesa éste, entre tanto, a Laureano-. Tengo tropas de Oruro sobre las que puedo contar. Será difícil sorprenderme.

El día de su partida, Julio Suazo se toma la molestia de llevarlo en su automóvil hacia La Quaica, puerto del lago Titicaca, y donde toma un barco que lo llevará, junto con su familia, a Perú.

Aquí vuelve a dar Laureano con la pareja de argentinos, que viaja en plan de turismo, como él, y esto viene al caso porque la nave zarpa un atardecer, en el que son testigos tanto ellos, como el séquito de Laureano, de uno de los espectáculos más hermosos que pueda ofrecer la naturaleza en una combinación de factores que van desde las aguas quietas y verdosas del lago, hasta el crepúsculo que está pintado en el cielo. La geografía parece que contuviera conceptos. En medio del lago es el concepto de la inamovilidad el que se perfila: aguas estáticas; indios impertérritos en las piraguas, unas piraguas que de trecho en trecho se consiguen.

En el amanecer tocan territorio peruano. El frío les resulta insoportable. Al descender a tierra, Laureano se consigue con un edificio abandonado, en el que hay una placa conmemorativa, donde se lee: Aquí pernoctó El Libertador Simón Bolívar.

Se adentran en una población llamada Puno, y se hospedan en un hotel que, a la larga, Laureano termina asociando con una nevera; lo cual es motivo para que se devuelva para la calle enseguida; una calle llena de indios,

cubiertos con ruanas multicolores, y soldados. Como buitres se disputan una pareja de indigentes un pedazo de carne podrida, echados ambos sobre la acera; cubiertos de moscas, y lo que impresiona a Finita vivamente, al punto de atreverse a preguntarle a alguien:

-¿Qué es eso?

-Librillo, librillo- le responden.

Se mueve el séquito en un tren, que los transporta al Cuzco, y en donde Laureano llega a la conclusión de que la dominación española ha sido generosa con Dios y dura con los pobres, lo que equivale a decir; según Laureano, a templos dorados y población andrajosa. En el Cuzco pernoctan en un hotel, donde éste se siente bien confortable, sobre todo, porque ostenta algo de lujo, pero en el que no resiste el frío tampoco, a pesar de que en su cuarto hace las veces de calefacción un aparato eléctrico.

De aquí el séquito pasa a escalar las alturas de Machu Pichu en un *trailer*; lugar que más bien Laureano encuentra abandonado, y hasta le parece, que aquello no tiene ningún significado artístico como patrimonio histórico, contrario al punto de vista de un sacerdote que en la oportunidad viaja con su séquito, que entonces considera que allí está la octava maravilla del mundo.

A continuación se desplazan hacia Arequipa; una población muy importante, a juicio de Laureano, para Perú; en vista de que la ciudad siempre se ha prestado para ser foco de conspiración; lo que quiere decir que los golpes de Estado siempre han partido de sus predios. Además, en Arequipa viven las personas, para quienes Laureano trae correspondencias desde Bolivia; personas que al sólo entrar en contacto con éste, le toman confianza; entran en consideraciones de tipo político con él, lo que da lugar a que se refirieran al terror de la dictadura de Villaroel, al cual habíamos aludido de pasada, y así, en ese sentido, está fresco el cuento de un profesor de la Universidad de La Paz, opuesto al régimen, a quien han torturado, sacándole los ojos, y luego asesinado, para lanzar su cadáver en plena vía pública.

Es decir, hay elementos suficientes para hablar de un régimen de terror, cosa que pone en entredicho la famosa tesis del "gendarme necesario" en boca del propio Laureano, si es que tomamos en cuenta que Villaroel lo es del tipo de éste; pues concluye, a propósito de estos testimonios, que la solución para este estado de cosas no radica sino en la implantación de un verdadero régimen democrático.

# IV

Retornan a Lima, y aquí permanecen por varios días, para luego tomar un avión con destino a Cali. A pesar de que no está en su patria, Laureano, sin embargo, siente un gran alivio al verse de nuevo en su medio familiar, y quienes se han movido en su totalidad a esperar su séquito en el aeropuerto.

Aparte de que en tierra caleña le llega una reflexión, en torno a esta gira suya por el sur del continente; sobre todo, porque no ha dejado de llamarle la atención ese contraste, del cual ha sido testigo, que se presenta en un conjunto de pueblos con la misma lengua y la misma idiosincrasia, como serían los nuestros; contraste que se aprecia en el hecho de que unos están hasta el hartazgo de alimentados, y otros, famélicos de hambre. Así como le había parecido una exageración que el camarero del tren, antes de llegar a Buenos Aires, se mostrara apenado porque no iba a poder servir sino sólo cinco platos en el almuerzo, se repite por enésima vez, también le parece una exageración, no aquella escena del "librillo", sino el hecho de comprobar que hay gente en ese conglomerado, que se engaña a sí misma o al estómago con una chicha para todo un día, como se dice en criollo, mientras busca un sedante para la ansiedad, y esto será la coca. Una experiencia muy importante aquélla; palpar en carne propia la naturaleza de esa etnia que constituimos los latinoamericanos; la que se ha desarrollado atrofiada y, como diría Picón Salas, con una cierta tendencia a la epilepsia. En esta reflexión acuña Laureano la frase "soberanía popular vestida de harapos"; condiciones que se las achaca a la circunstancia de existir en dichos pueblos una burguesía enajenada aún por la ideología "mantuana", que ve el desarrollo de un país como una misión de superhombres, mientras oculta su capital con terca avaricia.

Laureano llega a la conclusión de que el desarrollo de América depende de la inmigración europea, como se lo ha dado a entender Argentina. Lo que la filosofía frankfortiana conocerá como razón instrumental, ésta la consigue Laureano en hombre del viejo continente. En ese sentido, le reconoce la vigencia al pensamiento de Alberdi, y de donde llega a la conclusión de que el milagro norteamericano y el argentino no son sino el resultado de la obra cumplida por hombres que han llegado de aquellos países.

Así como Robinson Crusoe proyectó su cultura en una isla del Atlántico, y se rodeó de medios de subsistencia, para sobrevivir; así encuentra Laureano que se maneja el italiano que desembarca en Manhatan o en Buenos Aires: con una inteligencia técnica. Su costumbre de clase, en cuanto a gusto, lo lleva a decirse que no hay que hacerle caso al aspecto tosco de este individuo; al calzado burdo y al pantalón raído de terciopelo con el que viste, pues lo primero que hay que tomar en cuenta, a su juicio, es que éste es un hombre descendiente de Dante o de Leonardo.

En el medio colombiano, Laureano se empapa de su realidad política, la cual está en plena efervescencia, como la de su patria, a propósito de la correspondencia que también le llega; de suerte que tiene hasta la idea de compararlas a ambas, pues, según se entera, en Venezuela las cosas no andan muy bien con el gobierno, y esto a raíz del intento del ministro de Educación, Luis Beltrán Prieto Figueroa, de eliminar la educación privada. Así que ha sido una primera metida de pata del gobierno, y ésta se le ha cobrado bien cara. El hecho, además, es que se ha convocado para una Asamblea Constituyente, donde Acción Democrática se ha impuesto con una gran mayoría, y de modo que esto le ha permitido a dicho partido adoptar el sistema del voto directo y universal para todos los venezolanos. El país se prepara a realizar elecciones para presidente de la República y miembros de cuerpos legislativos; esto lo sabe Laureano porque Inocente Palacios le escribe para referirle esta situación; Palacios es una de las personas que, justo, se lanza al parlamento. He aquí Colombia: hay también elecciones para presidente de la República, y la nota característica del momento la pone el hecho de que los liberales se presentan divididos, pues por una parte está Gabriel Turbay; a quien un sector del partido no lo quiere por turco y, por la otra, está Jorge Eliécer Gaitán, a quien un sector del partido no lo quiere por negro. ¿Tiene todas las de ganar el partido Conservador? En esta tienda llevan al doctor Mariano Ospina Pérez como candidato; uno de los tantos integrantes de esa cúpula de pocos apellidos, que en Colombia se han disputado el poder.

Pero, además, los ánimos están caldeados entre la militancia liberal, al punto de que nuestro Vallenilla Lanz es testigo en un mitin político de cuando alguien le lanza una piedra al turco Turbay, y lo hiere en la frente. Este ha acudido con un amigo al mitin, y al que dispersa de inmediato la policía.

Laureano ha tenido la oportunidad de conocer a Turbay en la época en la cual él asistía a una conferencia de naciones en Ginebra, en los tiempos del conflicto ítalo-etíope, y así que decide visitarlo por la noche en el hotel, donde se hospeda. ¿El estado de ánimo de Turbay? Completamente deprimido; el tercio está con la cabeza vendada, y lo primero que se le ocurre decirle a Laureano es que:

-He venido averiguar tarde que un hijo de libanés no puede ser presidente de Colombia.

En la calle todavía se oye al unísono:

-¡Turco no!

Mucho más arrastre, además, se le ve a Gaitán, y esto es algo que tiene la oportunidad de comprobarlo Laureano días después, cuando el sujeto se presenta de pronto en Cali, y se organiza una nueva concentración política a la que éste acude también, y de donde Laureano viene a caer en cuenta de que está ante un verdadero líder de masas. Imposible para él acercarse hacia donde su

viejo amigo se encuentra; hay un bloqueo compuesto por una muralla humana: tipos armados con machetes, palos y piedras, y quienes custodian al "Negro".

Al igual que con Turbay, Laureano tiene la deferencia de acudir donde Gaitán esa misma noche al hotel, en el que éste se hospeda. Discuten frente a un par de tragos de whisky. Como siempre, "El Negro" habla con vehemencia:

-Esta será la derrota de los godos de ambos partidos. Haré la revolución pacífica que pide el pueblo de Colombia. Ustedes los venezolanos no pueden apreciar el significado de las oligarquías enquistadas en el cuerpo de una nación.

Gaitán había sido un líder agrarista en su juventud, antes de partir para Roma; luego se había inscrito en el partido Liberal, después de su regreso de aquélla, convertido, además, en un flamante doctor en leyes. Era famoso porque tenía una gran capacidad para manejar a las masas populares, y esto gracias al poder seductor de su palabra.

Al finalizar el whisky, Laureano se levanta, y ya en el camino, Gaitán lo toma por un brazo, y le espita:

-Ya sabes. Serás invitado de honor a la ceremonia de toma de posesión de la presidencia. Vendrás a Bogotá. No importa que seas exiliado político. Rómulo Betancourt tiene sus amigos y yo los míos.

Por lo demás, Laureano está rodeado de la clase política venezolana, en este caso; seres que se juntan como los mancos, como reza el dicho, para rascarse; entiéndase, para abordar el tema patrio, a propósito de su condición de desterrados, puesto que ese constituye el elemento con el que se relaciona Laureano; seres que se buscan para afirmarse y reafirmarse, en un intento por ligar lo contrario, que Betancourt es el nuevo líder en Venezuela, y de que si acaso se prepara un golpe militar contra su gobierno, éste no tiene vías de consumación sino en el lapso de dos o tres años: suertes de lamentos de comudos estas conversaciones; sobre todo, cuando Laureano se ve con un tal Amenodoro Rangel Lamus, antiguo secretario de López Contreras, y a quien han terminado arrinconando en Cali; habiendo escogido el sujeto en un primer momento Cartagena de Indias para vivir; y esto porque el gobierno de Betancourt le ha hecho saber a Colombia, que no lo quiere tener muy cerca de su territorio; máxime en la costa norte del país; de modo que su situación se ha hecho una cuestión de Estado, y es así como ha venido a dar a dicha ciudad colombiana.

Laureano es asiduo visitante de la casa del susodicho; quien a la larga ha resultado un sujeto muy útil, a los fines de la actividad ganadera, que lleva a cabo en la región del valle del Cauca, junto con su cuñado; de modo que, en su momento, le habrán de deber éstos valiosas orientaciones, que Rangel Lamus les habrá de proporcionar, en instantes en que realizan determinadas transacciones relacionadas con el ramo; todo lo que les dice Rangel Lamus, así sale.

Casa de Amenodoro, se consigue un día nuestro Vallenilla Lanz con un compatriota, recién llegado de Venezuela, y a quien se le ha expulsado como consecuencia de haber sido descubierto en planes conspirativos, junto con un hermano suyo; un sujeto que ostenta el grado de teniente; de modo que se trata de una conspiración de oficiales de baja graduación, la que ha protagonizado este tercio, y, como resultado del asunto, va a dar a Cali; un sujeto callado, aunque diríamos sólo de palabra; pues, por lo demás, se ha desatado a escribir un folleto, en cuyas páginas Laureano mete sus ojos, y que, en el fondo, vendría a ser como una especie de diatriba llena de fastuosa erudición; diatriba en la que compara a algunos miembros del gabinete de Betancourt con hombres que han sido ministros famosos de alguna corte europea, tal un Talleyrand, como llama a Valmore Rodríguez; cuando no se permite cotejar a la dirigente adeca Ana Luisa Lovera con Madame de Tallein: el tercio presume que el folleto tendrá mucha aceptación, y que será explosivo en el medio venezolano. Es así como aspira regresar a su patria, convertido en un héroe; para pasar a radicar en Táchira, ya que su sueño ahora lo constituye el vivir alejado de la política, de la que, como se ve, no se siente muy agradecido.

Los conspiradores expatriados pasan en suertes de oleadas una y otra vez por Cali; también hay un doctor Pedro Guzmán, que ha sido descubierto en Venezuela, metido en planes conspirativos, y quien pasa por su casa; lo cierto es que este conjunto de situaciones no hace sino reafirmar la idea de que si todas las conjuras, cuyos protagonistas han sido estos sujetos, se han debelado, entonces es porque el régimen descansa en una base popular, que no simpatiza para nada con la idea de un golpe militar.

En esos días, el general López Contreras se pone en contacto con Laureano. El viejo está en Medellín, y le manifiesta que desea verlo; igual sucede con el general León Jurado; su antiguo jefe está en Barranquilla, y también al contactarlo, le manifiesta que desea verlo enseguida.

Un pequeño periplo para Laureano, dentro de esta gran odisea, que realiza éste, digámoslo para no perder de vista la condición de desterrado suya; y en el que comienza por tomar un avión con destino a la Costa Atlántica, a objeto de juntarse, en primer lugar, con León Jurado.

Una situación cómica viene a continuación; ya en pleno vuelo. Resulta que se ha montado un señor, junto con Laureano -únicos dos pasajeros de aquella aeronave- que le tiene pavor a las alturas, y se diría que, por eso, se ha bebido unos cuantos tragos en tierra; pero lo cual ha sido peor, puesto que le ha permitido desinhibirse, en lo que respecta a la representación de su paranoia; de forma que el sujeto ha comenzado a gritar; a suponer que aquel aparato va a estallar en candela; terribles sus gritos; enseguida el personal de la tripulación llueve sobre su persona; se trata de un sujeto aparatoso; se los quita de encima a la aeromoza y al copiloto, para pasar a arrodillarse en

el pasillo y ponerse a rezar, hasta que aterriza la nave.

Jurado anda en planes conspirativos. Ese es el motivo de su convocatoria. Planea una sublevación organizada desde Curaçao; a objeto de influir, según su estrategia, sobre algunos cuarteles del estado Falcón; lo que implicaría un primer fermento; pues, una vez declarada la sublevación en los mismos, a ésta se le agregaría un pronunciamiento igual al resto de los cuarteles de Venezuela, y todo ello concluiría con la formación de un nuevo gobierno al frente del cual estaría Carlos Delgado Chalbaud. He aquí algo que le produce extrañeza a Laureano, sólo que él da con el hecho de que el golpista, en verdad, nunca se atreve a encabezar una rebelión; siempre se busca una figura de "mampostería", y quien viene por lo general investido con una personalidad temeraria, del tipo de las de Delgado Chalbaud, como ya lo hemos visto páginas atrás. Por el momento, León Jurado le confiesa a Laureano, que él es el tipo de hombre adinerado, que puede pasarse el resto de su vida dilapidando una fortuna; es decir, su intento de golpe de estado, en este caso, no es más que una impertinencia.

Por otra parte, Laureano es testigo, en aquel ambiente de Barranquilla, de la gestación de un movimiento conspirativo de la colonia de los venezolanos, residenciados allí; entre quienes destaca un personaje de nombre Franco Quijano, conocido de nosotros páginas atrás, y quien vive con una de sus hijas en un barrio pobre de la ciudad. Laureano procura al viejo, al saber de su presencia en Barranquilla, he allí que éste le confiesa lo de una rebelión, y la cual contaría con el apoyo del Ejército.

-No sería difícil –le dice- apoderarse de los cuarteles de San Antonio y de San Cristóbal. Bastaría un oficial resuelto. En Trujillo, el general Juan Araujo y sus hijos se harán dueños de la situación en el momento oportuno. Actualmente celebran reuniones para conspirar los militares de Valencia y de Maracay.

Obsérvese la clase de tipejo que se ha dado el lujo de correr el gobierno de Betancourt. Franco Quijano había sido el famoso fundador del movimiento de López Contreras, que se llamaba Cívicas Bolivarianas; aparte de que se considera en nuestros anales, como el que introduce por primera vez el fraude en nuestros procesos electorales.

La segunda parte del periplo consiste en ir a Medellín, donde Eleazar López Contreras. El viejo aún se reviste de una cierta ceremonia, al contar con secretario; el ilustre teniente Luis Felipe Prato, un hombre para el que se hicieron corbatas *Lavaliére*, lo que significa que Laureano se hospeda donde López Contreras por varios días, para darse cuenta de este detalle, es decir, lo de la sempiterna corbata mencionada alrededor de su cuello del secretario de don Eleazar, y la que denota oficio, uniforme, servidumbre; habiendo llegado Laureano, no obstante, a un hotel, tan pronto pernocta en la ciudad, pero de donde lo manda a sacar el amigo, al enterarse de su presencia allí, y así que

ambos tienen oportunidad para largarse a hablar por muchas horas. Amplia es la temática a abordar por los dos, y para lo cual cuentan con sendas poltronas; de las que no se levantan sino para comer, entre aquí y allá. El general vive en una modesta casa, con su esposa, las dos hijas, su suegra y su cuñada: un trío de mujeres en quienes el huésped encuentra inteligencia, sencillez y nada de resentimientos.

La otra parte de la ceremonia de López Contreras, de la cual hablábamos, consiste en conspirar desde una máquina de escribir; prepara documentos políticos, que le hace llegar a la gente de su confianza en el ejército venezolano; quizás hasta con el objetivo, el viejo zorro, de que sea interceptada su respectiva correspondencia, y sepa el gobierno que el antiguo ex presidente anda en actividad; y cosa que ha tenido algún resultado, pues de Venezuela ha venido una misión especial, encabezada por el hijo del embajador de los Estados Unidos, y, en ese sentido, se le ha cursado invitación al viejo de que regrese al país; al tiempo que se le garantiza la devolución de sus propiedades. He allí el momento en el cual el líder adeco ha descubierto que no es posible jugar a la exclusión del enemigo, y que la popularidad sufre de desgastes; lo que significa que el hombre ahora convoca a un momento de concordia. Es en este marco en el cual Betancourt le envía ese emisario muy especial; de nada vale, ya la Venezuela de la diáspora está llamada a no darle tregua, y es en este instante en el que abunda el ejercicio de la conspiración, y del cual es testigo, reiteramos, Laureano en esta corta gira suya, por el país neo-granadino. Abramos un paréntesis para decir que por boca del propio teniente Prato se ha informado éste que Leonardo Altuve Carrillo ha estado días atrás en Medellín, disfrazado el tercio de sacerdote; lo que significa, en planes de este mismo tipo también.

Aparte de que la aspiración del viejo López Contreras, por el momento, es la de residenciarse en los Estados Unidos; sobre todo, porque se siente muy vigilado por el gobierno colombiano; cree que en los Estados Unidos estará en mayor libertad, y, por si fuera poco, acontece un hecho, que no se puede calificar sino de cobardía, pues resulta que un poeta adeco, de nombre Gonzalo Carnevalli, un diplomático comisionado en Colombia, ha tenido cabida en el periódico El Tiempo, a través de una misiva bastante agresiva contra la señora de López Contreras, y esto ha bastado para que el viejo se monte en cólera, comience a rabiar, y ya por aquí es querer abandonar el lugar donde se está; lugar en el que, por lo demás, los políticos autóctonos no han sido lo más deferentes con él; no han querido formar una tertulia con el susodicho, a modo de hacerle interesante la pasantía entre los neo-granadinos, sobre todo, un tal Eduardo Santos, un hombre de quien esperaba las mayores atenciones.

El último día en Medellín, Laureano lo destina a recorrer las calles de la ciudad, en compañía de Vicente Graterol Roque, otro de los exiliados residen-

tes allí; de modo que tanto en Barranquilla, como en Medellín, Laureano ha podido comprobar que la Venezuela de la diáspora ahora prepara su contraataque; cosa que lo deja un tanto escéptico, a pesar de todo; y aun cuando, una madrugada, alguien lo llama para conminarlo a que encienda la radio, a objeto de que se informe sobre lo que está sucediendo en su país; una emoción que no se justifica de la otra parte, tomando en cuenta que para el momento en que Laureano enciende su aparato, resulta que ya todo ha sido sofocado; que, en efecto, ha habido un brote de fuerzas insurreccionales; pero que el gobierno ha actuado con gran eficacia; el epicentro del conflicto se había radicado en Valencia; ha sido fácil conjurarlo; suena el nombre del mayor Juan Pérez Jiménez, como uno de los detenidos. El hecho no tiene una mayor trascendencia, y tanto es así que Laureano se ve precisado a escribirle una carta al doctor Franco Quijano, ya que lo cree desinformado del asunto.

La equitación relaja a Laureano, y aquí en Cali lo consigue practicar; lo mismo que lee; sin embargo, la nostalgia del país comienza a sentirla a partir del momento en que se ve inactivo; hastiado por el ocio: he allí lo que significa el no ser venezolano; el no estar en su tierra; el andar en pasos perdidos, como serían los de un errante; a última hora Laureano consigue hacer algo, y esto será meterse en un negocio de camisas con un compatriota suyo, que se encarga de colocarlas en Caracas, y en esto vuelve a arrastrar a su cuñado; cosa de lo cual no se arrepentirán; puesto que la inversión reporta sustanciosos dividendos; sólo que estos dos empresarios están decididos a irse a establecer por un tiempo en los EEUU, y así que no se hacen mayores ilusiones con el asunto.

## V

La primera escala, de ese proyectado viaje al norte, será Panamá; donde Laureano pernocta con su familia por unos días; sobre todo, invitado por la curiosidad de conocer el Canal; donde se habría de encontrar, por accidente del destino, un barco, que está entre las esclusas, esperando su turno, y el cual, según le informa alguien, se destina para la revolución que se prepara contra el gobierno de Betancourt. ¿Con qué ojos ve Laureano todo aquello? Por el momento él está escéptico, y mira todo aquello con una cierta displicencia, de acuerdo a lo que se decía sobre este estado de ánimo suyo; aunque, al menos, se reconforta al ver el buque, lo cual le viene por el hecho de que él le ha enviado un dinero a López Contreras, por conducto de uno de sus oficiales, quien se ha encargado de llegarse hasta Cali para recogerlo.

La segunda escala ya la constituye tierra estadounidense, previo toque técnico en Jamaica: el tiempo suficiente como para comer un helado, que les

ha obsequiado la agencia de viajes. En Miami sorprende a Laureano la manera de ser recibido, y que consiste en rociar de desinfectante la entrada del avión, para el momento en que es colocada la escalerilla y abierta la puerta. Entonces, la persona encargada de hacer este ceremonial, espita:

-*American First.*

A continuación Laureano se ve metido en un problema, y esto porque llama la atención el hecho de que, siendo venezolano, ha llegado a los Estados Unidos con una visa expedida en el consulado de Colombia, y no en el de su país; de modo que los guardias comienzan a poner sus ojos en él; se convierte en sujeto sospechoso; lo husmean como sabuesos; hay de nuevo una requisa total, en lo que respecta a su equipaje, y así va a terminar pagando un soborno, para poder pasar por la aduana dos pequeños ceniceros de plata, que le han regalado a su mujer Elena en Cali; un soborno que implica como unos veinte dólares.

Algo curioso sucede a posteriormente, y es que, de pronto, como llovido del cielo, se les acerca un alto oficial del ejército de USA, y le dice a Laureano:

-Soy el mayor Small. Si puedo serles útil.

El tipo resulta tan servicial que hasta se presta para ayudar a los Vallenilla Bueno a meter sus maletas en el taxi que los llevará al hotel:

-Mañana a las 9:00 iré a buscarlos para que vengan a tomar café a mi oficina, les dice al final.

Un compatriota de Laureano se ha tomado la molestia de hacer la reservación, para él, de un apartamento en un hotel; un apartamento que consta de dos habitaciones, baño, comedor, salón y cocina; sobre todo, salón, y esto es muy importante para una familia de rango, como la de Laureano que atrae un mundo social enseguida, y así es que ya por la tarde del mismo día de su llegada se forma una tertulia allí mismo con gente que acude presta a visitarlos; aparte de que en el propio hotel se alojan compatriotas suyos de la talla de Amenodoro Rangel Lamus; lo que significa que hay una alta familiaridad en el entorno de la familia Vallenilla Bueno. Lo importante en este caso es el hecho de la convergencia que existe, con relación al plano político; casi todos ellos son exiliados del gobierno de Betancourt; de modo que la conversación entre esta gente ronda por el estado de cosas de su tierra.

Con la puntualidad gringa, Mr. Small se presenta en el hotel, al día siguiente, donde se hospeda Laureano, y en donde habrá de llegar también su cuñado Adolfo; lo cual se dice porque a ambos arrastrará el gringo; los convence de que lo acompañen hasta su trabajo.

El mismo está situado en una especie de fortín, bajo la regencia de un coronel, y quien comanda un grupo de oficiales, de los cuales el mayor Small es uno de ellos, y la presencia de Laureano allí se transforma en una especie de interrogatorio; el susodicho de pronto se ve metido en una trampa y, so-

bre todo, cuando pasan él y su cuñado a ser confrontados con un par de cubanos, quienes tratan de sacarle las palabras de la boca. Laureano guarda silencio sobre la situación política venezolana; se mantiene parco; éste es de los que dicen: "las cosas de mi país, en mi círculo". Aparte de que a los tercios terminan fotografiándolos; en efecto, todo dentro de una gran cordialidad; tanto que el coronel Knight, de repente, se ve comunicándole a Laureano que él está por despedirse de su cargo, e irse para la América Latina. Laureano tiene una vida por delante; promete buscarlo en Venezuela, si es que algún día decide pasar por su país.

A esta altura ya López Contreras está instalado también en Miami, conspirando, como siempre, y con esa lucha infatigable del que no le ve fin a la carga de su cruz.

Precisamente, uno de los compatriotas, que se aloja en el mismo hotel, frente a su apartamento, mira con un cierto escepticismo la famosa actividad conspirativa de López Contreras. El sentimiento de burla, más que de humor, típico del venezolano, lo lleva a decir que López Contreras no pelea ni con música, y hasta le tiene un nombre a esa actividad conspirativa; le dice "la gardalera".

Se trata de un bisonte este compatriota, vecino de Laureano; gordo, colorado; aficionado al hipismo, tanto es así que todos los días acude al hipódromo; un hombre siempre alegre, a pesar de que ha sido torturado por la policía del gobierno de Betancourt, con motivo de las conspiraciones que se adelantan; en una de las cuales se ha sospechado que está incurso.

El tipo, además, sufre un ansia enorme de vida, al envidiar a unas sirvientas el hecho de que hablen inglés, siendo unas negras trinitarias; y encima de que está en suelo gringo con una serie de prejuicios; le dice a Laureano:

-En Caracas era el coronel Murillo y aquí me he vuelto mister Morelo. Voy a resultar familia del cura ése mexicano. ¿Usted ha visto?

¿Constituye un exilio dorado, el de esta gente? Hay mucha playa y mucha diversión en este gueto de compatriotas venezolanos. Se organizan paseos a islas del entorno; de pronto, a Laureano le da por pasarse durante todo un día debajo de una palmera, sobre cómoda silla de extensión; hay una vida nocturna, además, en el mundo de los hoteles de la ciudad; entonces está de moda el show de cabaret, y también por estos sitios se les ve a los Vallenilla Bueno.

A Laureano le parece una farsa, además; aquella idea de la conspiración, que se realiza entre esta gente, luego de salir de un almuerzo criollo, casa de un señor Rivero Vásquez, y en donde no deja de estar en el respectivo menú el sancocho de gallina, como entrada, con el famoso pabellón: carne guisada, caraotas, arroz y tajadas de plátano. Algo que nota Laureano con una cierta ironía es que de esas reuniones gastronómico-conspirativas, como él mismo las define, la gente sale satisfecha con la idea de haber contribuido por un

momento al derrocamiento de Betancourt.

Pero lo más cómico es que esta sociedad secreta es sorprendida un día por el FBI, y así que van a la cárcel el señor, que organiza los almuerzos criollos, el famoso Rivero Vásquez, y un amigo, quien para el momento del allanamiento a la casa dormía plácidamente en una de las habitaciones, y éste era el que más se quejaba durante el rato que pasaban en la policía, mientras el otro a la manera como hablan en ciertas regiones de Venezuela, que cambian la l por la r, le mamaba el gallo:

-No te preocupes Miguer, si te meten a la carcer, de casa te mando la viandera.

Quizás uno de los casos más patéticos, entre el grupo de personas que asiste a la gastronomía-conspirativesca ésta, lo constituye el de un trujillano, que habla a la perfección el inglés y el francés, por haberse educado en el extranjero, y a pesar de esta situación el tipo está tan arraigado al medio venezolano, que sufre el vicio de comer chimó, y extraña la finca, y extraña el terruño y la parla regionalista del vecino.

Ya a esta altura está decidida la invasión por parte de López Contreras; para lo cual se han movilizado dos oficiales venezolanos, quienes se encuentran en Miami, y esto lo sabe Laureano porque, por lo demás, él en un momento determinado se entrevista con ambos; se diría, poco antes de viajar a Nueva York.

Porque, de pronto, a éste se le presenta la oportunidad de viajar a la "gran manzana", y como consecuencia del paso de unos amigos, recién casados, que pernoctan un día en Miami; procedentes de Venezuela, y quienes, al final, arrastran a los Vallenilla Bueno hacia la gran metrópolis; "grandeza" que no deja de reconocer Laureano, para el momento en que pone la vista en ésta, cuando entonces desciende del avión en La Guardia Field.

En esto de considerar, además, que está frente "a una cosa grande" había algo de posesivo en él, con relación a Nueva York; como que la había hecho suya, y esto se patentizaba en el hecho de que conservaba un recuerdo imperecedero de aquel lugar, donde un buen día, siendo un adolescente, había estado. En ese sentido, Laureano abrigaba un sentimiento estético, y así encontraba que aquella ciudad estaba más bella aún; y lo que lo llevaba a reparar que allí sí se había dado un nuevo concepto de la arquitectura; en efecto, sólo que la gente que había emprendido tal transformación del antiguo concepto, gente europea, en su conjunto, había conservado el buen gusto, aparte de todo, y esto lo detectaba él en detalles como el puente de George Washington, en cual, a juicio de suyo, no impresionaba menos que una catedral gótica.

Laureano se hospeda en un hotel del Park Avenue. Un importante encuentro se produce a continuación, y en el cual va a estar presente la figura de Arturo Uslar Pietri, además de un señor de nombre José Luis Rodríguez; en-

cuentro importante; primero, porque los tres se ponen de acuerdo en el hecho de que tarde o temprano viene "el desquite", como lo llama Uslar Pietri; de acuerdo a la información que posee cada uno de los planes de conspiración, que se gestan; es un problema de paciencia, por ahora; y, segundo, porque como venezolanos, los tres se dan cuenta de su condición de intelectuales, que tienen que actualizarse, y así piensan que no hay mal que por bien no venga, pues en un país civilizado, como los Estados Unidos, nada mejor para hacerlo.

A estos tres amigos les da por hablar a lo largo de la Avenida de Broadway, mientras Laureano analiza el mundo de la calle; los olores del frito que sale de los restaurantes baratos; aquel señor andrajoso que porta un violín, con el cual parece más lamentarse que tocar, al tiempo que les tiende la mano a los tres caballeros, que pasan por su lado; un detalle singular, en medio de un mar de gente exuberante; lo que significa llena de vida y elegantemente empaquetada; una humanidad que, en el lenguaje positivista de Laureano, se ve como la vanguardia de un ideal de progreso; la que construye una obra gigantesca, que son los Estados Unidos.

En ese sentido, a Laureano le viene la imagen de "nuestros indiecitos de mirada infantil", como él mismo los evoca a esta hora, y a quienes acaba de ver; enchapados éstos en ruanas de colorido barroco; ajenos por completo al mundo de la técnica y del progreso, y quienes viven del engaño hasta en sus formas de alimentarse. Son dos Américas las que se ponen a continuación en la conciencia de Laureano. Esta que no come, y la otra que, a juicio suyo, toma leche y consume *ham and eggs*, como lo comprueba al mirar a través de la vidriera del Marco Polo; en donde hay unos sartenes de cobre relucientes; puestos los mismos sobre estufas.

En Nueva York está Medina Angarita. A su casa acude Laureano. ¿Le quedaba grande a él la presidencia de Venezuela? Eso lo deja decir su aspecto, que ahora se ve más rejuvenecido. Medina Angarita pregunta por la gente perdida; en especial, se interesa por el general López Contreras.

-Pues continúa dedicado a la conspiración *Under Wood*. Interprétese, máquina de escribir -le responde Laureano-. Además, le ha pedido a una distinguida dama de nuestras relaciones que lo enseñe a bailar danza brasileña.

La cosa mueve a risa, y lo que nos muestra que el escepticismo de aquel compatriota, el coronel José Murillo, cuando entonces Laureano le hablaba de los famosos planes de conspiración de López Contreras, no era infundado. Se trata de una comedia la que el viejo general representa; a quien, quizás, han influido mucho aquellas palabras que le ha dicho, justo, Medina Angarita, cuando ambos se encuentran, ya hechos prisioneros por los golpistas, aquel aciago 19 de octubre.

-¡Qué malas cuentas le entrego, mi general!

Pero no perdamos de vista que, quizás, esta comedia la representa el viejo,

además, en razón de que él es la cabeza visible del gomecismo, en tanto que casta militar, de modo que, por aquí, influye el compromiso con el honor del mantuano que lleva por dentro.

A esta altura, Medina Angarita estaba horrorizado con todo lo que estaba pasando en Venezuela, y se preguntaba por las causas que habían dado origen a tal desastre. Mantenía, por otra parte, la tesis de que había que evitarle derramamientos de sangre al país; es decir, al contrario del espíritu belicoso de López Contreras, Medina Angarita era pacifista, aun cuando partía del principio de que la solución para Venezuela no estaba en la invasión, a través de un buque, desde el extranjero, a la manera decimonónica, sino que estaba en el propio interior del país, y era aquí donde jugaban un papel clave las Fuerzas Armadas. A su juicio:

-Los oficiales hicieron el daño inicial. Toca a ellos repararlo. En el grupo dirigente del Ejército hay elementos valiosos. Lo reconozco porque no tengo odios; contra nadie; ni siquiera contra Rómulo Betancourt, que se ha empeñado en destruirme con infinita crueldad. Allá él. Creo en la justicia divina, y en el pueblo. No transcurrirá mucho tiempo sin que venga la rectificación. Al general Medina Angarita lo echarán de menos. Nada pueden enrostrarme. Yo, militar tachirense; formado bajo la dictadura del general Gómez, fui liberal y respetuoso de los derechos de cada uno. Estos en cambio, que alardean de demócratas han abierto cárceles, torturado presos y desterrado a compatriotas indefensos.

Laureano alquila un apartamento en lo más exquisito de Nueva York, cosa que no está a la orden del día de cualquier ciudadano, en una forma democrática; pues, primero, ha tenido que mover sus influencias, y, en ese sentido, llamar a un magnate neoyorquino amigo suyo, el famoso William F. Buckley, de modo que interceda a su favor; y, luego, ha tenido que demostrarle al propio dueño del apartamento, un abogado de Wall Street, que él es católico. Un amplio apartamento, en el que pernocta también su cuñado Adolfo, cuando a los días se aparezca por Nueva York, lo mismo que otra hermana de Elena con su respectivo esposo, un señor de apellido Rivera.

El grupo decide comprar un par de automóviles, en virtud de la extremada familiaridad que se impone, y así hay en el estacionamiento del edificio un Cadillac y un Buick.

¿Qué es lo más común que hace en ese momento la clase media norteamericana? Aquí se sale en carros, a determinada hora del día, y se recorren caminos, donde no deja de haber una cadena de restaurantes con el nombre de Howard Johnson, en los cuales se ofrece un menú generalizado, que consiste en un cocktail de camarones, bistec con papas fritas, y un helado de postre.

Por aquellos días, un policía del barrio hace trato con Laureano, a raíz de un encuentro que tienen ambos en un parque, donde éste pasea con la peque-

ña María Luisa; un sujeto que le sale al paso, a propósito de ello, justo, porque en sus ratos libres se dedica a cuidar niños; siendo él un niño grande que en la misma ocasión, en que lo conoce a éste, lo invita a jugar ping-pong. Este es el segundo norteamericano, que encuentra nuestro héroe en este viaje, que aspira irse a vivir a la América Latina; una vez que le asignen la jubilación, y esto tras la búsqueda del calor del trópico, y luego por un detalle, que le ha llenado el corazón, y es el hecho de que ha oído una canción que dice:

*-Nicaragua is a beautiful town.*

Mucho más interesante resulta la amistad que Laureano desarrolla con el dueño de un abasto, que se encuentra en el exquisito barrio de Grace Square, y a donde acude lo más chic de Nueva York, sobre todo, gente famosa, y esto por la habilidad de negociante del mencionado señor; un italiano que llegó, como diría Laureano, con su zapato burdo y su pantalón raído, a comienzos de siglo a "la gran manzana"; y de modo que la riqueza de la ciudad lo ha elevado a éste; le ha traído una fortuna, y merced al progreso acelerado que ha experimentado Nueva York. El hecho es que el sujeto vivía en un barrio pobre, en donde estaba establecido con un pequeño abasto; cuya clientela la constituía un grupo de obreros, que trabajaba en fábricas cercanas, y a quienes el tercio terminará cambiando por los grandes magnates, que se establecerán con el correr del tiempo; será un barrio de ricos a la postre esta zona, y la habilidad del susodicho consiste en ponerse a la par de los tiempos contemporáneos; pero, sobre todo, de ver las oportunidades de negocios, a manera de convertir su establecimiento en el más exclusivo, para ese momento, de Nueva York. Así, el sujeto le hará conocer a Laureano personalidades notables; el mundo de la fama, y el que pasa por esa puerta del abasto suyo de lo más común; pues hay algo que sí nota nuestro héroe, y es el hecho de que el gringo, sea la condición que sea, se liga con todo el mundo a la hora de proveerse de sus respectivas vituallas.

Laureano llega a la conclusión, por esta vía, de que este pueblo no está hecho para sufrir de la pasión de la vanidad o la arrogancia, propia del latino; por lo que pone sus ojos en el espíritu de igualdad que se impone en el trato cotidiano de la gente; tanto es así que, para poner otro ejemplo, el ascensorista del edificio, donde él vive, le habla de su vida, y así éste tiene entendido que un hijo suyo, en cierto momento, ha sido agregado militar en Caracas; que ahora está en Alemania, ocupando otro cargo importante, y que lo más probable es que Laureano lo conozca de un momento a otro.

A esta hora tiene muy cerca la presencia de Arturo Uslar Pietri, de José Luis Rodríguez, de Rafael Revenga; gente con quien disfruta de los espectáculos en el teatro y el cine, y esto incluye, asimismo, visitas a galerías y museos.

He allí algo importante a observar: Nueva York se llena de teatros y de galerías de arte, y así como se configura lo que se conoce como el modo de

vida americano, ésta se arroga la vanguardia de lo que se conocerá como la industria cultural: el negocio de la cultura hecho espectáculo. Señores de levita, orquestados para tales salas, dirigiendo sinfonías; gasa, zapatillas... Aquel mundo que no terminaban de mirar bien los amantes de Schönberg, tal un Teodoro Adorno, tal un Thomas Mann; habida cuenta de que Schönberg había hecho todo lo posible por hacer un arte distinto a la cultura del espectáculo, y así había llegado a una música original; por contraposición al héroe del momento que era Stravinsky, y quien sí hacía un arte para eso, como lo dejaría ver Thomas Mann, para gasa y zapatillas, y salas plenas de públicos; es decir, para lo convencional, a pesar de venir revestido con apariencia de buen gusto.

Se trata de la época del hombre aliñado: corte de cabello casi al rape; en algunas cabezas gomina; ya vendrán en lo adelante los melenudos de la década del sesenta a llevarse por delante esta escala de valores; el único sujeto que se ha dejado crecer la barba, para ese instante, en la colonia es un tal Leonardo Altuve Carrillo, y de la misma manera sus compatriotas le han hecho una guerra para que se la quite.

Lo que el venezolano llama mamadera de gallo, con eso le han salido a Altuve Carrillo. Le han dicho que por culpa de su barba es que se mantiene Betancourt en el poder, que esa barba es pavosa; cosas así le dicen. No hay lugar tampoco para esa cara descuidada, en medio de una sociedad de gente rasurada, como es lo que se ha impuesto, a raíz de la burocracia de los tiempos modernos, como diría Chaplin, y en una época en la que apenas se admite el bigote de salón, como el que este famoso actor, justo, usaba.

Y esto de la mamadera de gallo tampoco es una cosa que no entiende un gringo-veneco, es decir, nacido y criado en los Estados Unidos, pero de padres venezolanos; puesto que le causa asombro el hecho de que de pronto Laureano, en plena calle, pierda el tiempo preguntándole que a quién prefiere más: si a una rubia de película, que se mete en una tienda, o a un negro, que taladra la calle por allí mismo. El gringo-veneco le responde:

-Nunca en los Estados Unidos se le ocurre, a nadie, semejante comparación.

Sin embargo, el sujeto se aprehende enseguida, pues en la próxima ocasión, cuando Laureano le venga con otra suerte de bromita más de este tipo, le responderá:

-Me gusta más el negro.

El temperamento hiperkinético de Laureano lo lleva a éste a ser un gran caminador; en ese sentido, se hace *partner* –en venezolano "pana"- del hermano de Medina Angarita, un tal Julio, y juntos deciden recorrer todas las calles neoyorquinas, al derecho y al revés; descontando los barrios, a medida que transitan "la gran manzana". En una de estas rondas el barrio latino les dará en la cara; vienen a saber que están en él porque la miseria y la desidia,

cosa muy nuestra, de paso, reinan allí, y lo que no es más que la reproducción de la cultura del tercer mundo, como diríamos ahora; porque, al respecto, Laureano llegará a la conclusión, en estas circunstancias, de que la latinidad y la africanidad están condenadas a exhibir la condición del abandono.

El admitía que la Argentina había sabido valerse de la inteligencia técnica; como el pueblo latinoamericano, en su conjunto, y hasta antes de la Colonia, sólo que en este suelo nadie se había planteado la forma de operar esa inteligencia, que en el occidente se conocía como razón, y, en su defecto, existía el pensamiento salvaje, que conducía al hombre por el otro camino; por el camino de la irracionalidad, y esto era inanición, abandono, como el que ahora presenciaba. Laureano consideraba que Argentina, digámoslo con algún sentido teórico, no había alcanzado un vuelo epistemológico, a modo de generar un proceso científico técnico capaz de competir con las sociedades altamente industrializadas, como se decía entonces, y lo cual era una de las ilusiones de esta nación, esto es, el de tratar de confrontarse en términos de potencia mundial, en especial, con el país del norte. Por esta vía, Laureano estaba de acuerdo con Uslar Pietri, cuando éste sugería que había que aprovechar el exilio para formarse; aprovechar al máximo el reino de este mundo, por lo demás, y con independencia del lugar y el tiempo donde se esté, sólo que afortunados ellos que se encontraban en la babilonia de los tiempos contemporáneos, y este llamado de atención en el seno de este grupo de venezolanos se daba, no sólo en razón de la corta edad de cada uno de ellos, sino también porque ya habían jugado a ser poder. Laureano reproducía la tesis kantiana, cuando decía que había que prepararse para dejar de ser el pueblo que tiene un concepto de sí mismo, de que se trata de una sociedad desheredada, es decir, que había que hacerse cargo del entendimiento, como decía Kant, en lo que respecta a la ilustración del individuo. Entonces dejaríamos de ser el pueblo de los de segunda –aún no se empleaba el término tercer mundo, acuñado, según Octavio Paz, poco después, por el lenguaje de las Naciones Unidas-, dejaríamos de ser el pueblo de los de la clase de los sirvientes, como decía Laureano en su semántica de patricio; lo que significa desechar el sentimiento de colonizado; abandonar la tendencia a la abyección; a modo de brillar, como reza el lugar común, con luz propia.

Ahí estaba el pueblo judío, a los ojos de Laureano, como ejemplo de coraje, habida cuenta del grado de consideración que había ameritado de los otros pueblos, muchos de los cuales habían calificado como inferior a su gente; jamás ante tal descalificación dicho pueblo se había amilanado, de manera que había producido figuras representativas de la talla de un Einstein, un sujeto que, para el momento en que reflexionaba estas cosas, pasaba por ser considerado la máxima conciencia posible en materia científica, como diría un sociólogo.

Por contraposición, los latinoamericanos, según el entender de Laureano

no teníamos nada más que sacar a relucir, en tanto que pueblo maduro, sino nuestros procesos democráticos, que no eran tales, sino luchas de cuatro "mantuanos", ávidos de poder; seguidos de sus peones o de sus esclavos o de sus hombres, de modo que lo que éstos ofrecían, a la larga, no era sino demagogia disfrazada de teoría democrática, y de aquí que existiera un concepto aberrado de lo que era este sistema en la visión de mundo del latinoamericano.

Ambos caminantes también darían con un barrio de negros, cosa que viene a colación, por lo que se decía de la africanidad que, como la latina, según Laureano, estaba orientada a vivir en el abandono, y lo cual lo comprobaba éste, ahora, cuando deambulaba entre edificios, como carcomidos por una lepra de pared; es decir, un barrio en el que imperaba la miseria y la desidia, tal cual en el otro, dejado atrás en este trajinar nocturno suyo con su "pana" Medina Angarita; aunque en su reflexión sociológica, en esta oportunidad, él apelaba al principio de la oportunidad, es decir, que consideraba que esta clase era inferior por un problema de oportunidad; no se le había dado la misma a una raza, a la que por prejuicios étnicos occidentalistas se le había marginado; Laureano consideraba que ninguna hipótesis etnocentrista había podido demostrar que la raza negra era inferior; aun cuando reconocía que ésta en el mundo moderno no había quedado sino para desempeñar trabajos inferiores, y donde era poco el intelecto lo que se ponía. Pero hay algo que le llama la atención del negro norteamericano a Laureano, y es que éste ríe. ¿A qué se debe su risa?

-Es un proletario alegre –le dice él a Elena, su mujer-; caso insólito en otros países.

En la ocasión en que incursiona en el barrio negro, se introduce a un café, y en el que encuentra a una dama, maestra de escuela, como le confesará más adelante, sentada en la barra, y con quien rápido entra en conversación; se trata, por lo demás, de una mujer joven y bonita. La susodicha se interesa por el tema de la situación del negro en Venezuela:

-Mal, señorita –le responde Laureano-. Peor que aquí. La situación es, como dice un amigo mío, parecida, pero distinta. Algunos llegan a veces a la presidencia de la República, pero los más mueren de hambre del mismo modo que muchos blancos. Piense en *Father Divine* sostenido con lujo por sus seguidores y tendrá un aspecto aproximado del caso.

*-¿Really?*

En esos días llega a Nueva York, huido del país, también, Ignacio Luis Arcaya; un sujeto que ha estado oculto en un pueblo de la periferia caraqueña, como le ha confesado a Laureano; y la razón por la cual está en tierra norteamericana se debe a que se ha provisto de un pasaporte falso, y con el cual, por lo demás, ha podido emanciparse de las garras de Betancourt. No dice más de lo que siempre expresan sus compatriotas, cuando también llegan en igualdad de condiciones suyas del país: se prepara un golpe; no se sabe para cuándo,

aunque ya comienza a justificarse este hecho, en virtud del carácter arbitrario y absurdo que revisten algunas acciones de gobierno, llamadas a crear malestar en la población.

Por lo demás, nada ha cambiado en el modo de gobernar, a juicio de Arcaya; pues si bien es cierto que el castrismo y el gomecismo se rigieron por la política del clientelismo partidista, más que por la de la meritocracia; ahora Acción Democrática lleva a cabo esa misma política; de modo que es el cuñado de Rómulo, el hermano de Gallegos, el primo de Leoni los que sustituyen a los hijos de David Gimón; a los sobrinos de Antonio José Cárdenas y a los cuñados de Medina Angarita.

En una visita a una barbería, mientras una manicurista sueca le hace un arreglo de uñas, Laureano se entera del tipo de vida, que se dan los altos funcionarios adecos, cuando viajan al exterior; gente que ha tenido la ocasión de conocer la manicurista con su nombre y apellido; gente con la que se ha ligado en fiestas, y que se han caracterizado por el nuevorriquismo, que han exhibido para el momento del derroche del dinero; cosa que, por lo demás, ya ha tenido sus ciertas repercusiones en el país, y tomando en cuenta que por esos mismos días le llega a Laureano un periódico humorístico de Venezuela con el nombre de El Morrocoy Azul, donde se dice:

"Después de pasar breves horas en esta ciudad ha regresado a su residencia en el Canadá el señor Juan Pablo Pérez Alfonso, ministro de Fomento".

Pero estábamos en el hecho de que Laureano acude a una barbería, y allí no sólo conoce a la mencionada dama; que le habla de las pasantías de los adecos, que se dan por los Estados Unidos, y la clase de bacanales que forman, sino también a un barbero cubano, y lo cual da lugar a un diálogo sobre la realidad de su país, que no deja de ser interesante en este contexto en el que se mueve la conciencia de nuestro personaje; tomando en cuenta su hispanoamericanismo, es decir, su interés por la cultura de la América hispánica; pero, además, porque para ese momento en Cuba se da un fenómeno bien peculiar en materia política, y es la referencia en que se ha transformado la universidad; al punto de ocupar un espacio importante entre los factores de poder en la república, y el que implica hasta quitar y poner presidentes, sobre todo, después de la caída de Machado; una realidad que sería tema de preocupación hasta de la propia novelística de Rómulo Gallegos, cuando éste pase por allí, y se instale en La Habana, en la condición en la que anda actualmente Laureano, y cosa que ya se acerca; pero no nos adelantemos a los acontecimientos; pase por allí, decíamos, y le dedique una de sus obras. Hay la mención de este hecho porque en la novela está prefigurada la personalidad de Fidel Castro; pues no se olvide que el liderazgo del dictador cubano se hizo en la universidad, y en lo que se parecía al personaje de ***Una Brizna de Paja en el Viento***; aunque lo que nos interesa es lo que Laureano habla

con el barbero sobre esta situación; pues él es de la opinión de que aquí no se ve sino una pérdida de tiempo, considerando que la universidad no es una fuente de revoluciones, como sí de conocimientos científicos, sobre todo, de carácter técnico, como ha sido el impulso que se le ha dado a partir de la sociedad de la Ilustración.

-Los supuestos antiimperialistas hacen lo imposible por reproducir el colonialismo- le dice Laureano al barbero.

Arturo Uslar Pietri vive en un apartamento estrecho, junto con su mujer y sus dos hijos, no muy lejos de la *Columbia*; donde se desempeña como profesor; de modo que esto le permite allegarse hasta ella a pie, y lo cual viene a colación, porque él un día encamina a Laureano hacia este centro de estudios.

En la *Columbia* encuentra nuestro héroe a un exiliado de la guerra civil española; secretario de don Miguel de Unamuno, y rector de dicha universidad, don Federico de Onis; sujeto con quien Laureano entabla una relación de inmediato, y quien lo invita a su casa, y lo hace conocer de su mujer; una persona que se ha encargado de traducir al inglés las obras del escritor español Vicente Blanco Ibáñez, lo que implica simpatía desde el primer momento; de allí derivan invitaciones de los Onis para los Vallenilla Bueno: van a la casa de campo que posee esta gente en las afueras de Nueva York; ocasión de la cual es digno de recordar para Laureano un famoso gazpacho que hace don Federico, basado éste en una receta de la época de Virgilio, y así nuestro héroe se pierde en ensoñaciones, a propósito del efecto que le produce la belleza de los prados vecinos, y la evocación del autor de ***Las Bucólicas***, como él mismo lo conoce.

Pero también sería digno de recordar el tema de sobremesa, y el cual está inspirado en la relación de los Estados Unidos y sus vecinos, los pueblos latinoamericanos; porque, en verdad, Laureano no profesa una conducta antiyanqui; y en esto habría de influir el hecho de que a éste jamás lo ha inspirado el espíritu de competencia, con respecto al norte, que hay en la teoría de hombres como José Enrique Rodó y José Vasconcelos, entre otros, y quienes creían que por razones del destino nosotros estábamos condenados a desplazar a los yanquis del concurso de naciones, puestas en disposición de competencia cultural. ¿Destino? Aquí se planteaba una suerte de etnocentrismo a lo latinoamericano, y se partía de una raza, brotada del mestizaje, que se había cumplido en este continente; de modo que se miraba el asunto como una suerte de señalamiento providencial; una tesis llamada a exaltar la figura del mestizaje. Esto viene al caso porque el padre de Laureano, en su doctrina sobre el progreso, no estaba muy lejos de estos planteamientos; es decir, tal posición no le es ajena a la mentalidad de nuestro Vallenilla Lanz, y menos así lo habrá de convencer aquel otro punto de vista antiyanqui, que ponía el énfasis en lo que se manejaba para la época como el concepto del imperialismo; descrito a la

manera marxista por Lenin en una de sus obras, como la forma superior del capitalismo, y así se decía que la causa del atraso de nuestro pueblo se debía al continuo saqueo que ejerce Estados Unidos sobre la riqueza de nuestro suelo; lo que planteaba una guerra antiimperialista, y cosa que la habían llevado a cabo desde Fidel Castro para abajo; tesis que menos lo habrá de convencer, puesto que ya hemos visto que, más bien, Laureano se inclina por la posición liberal de la época y siente una gran admiración por el país del norte.

-Los venezolanos –le reconocía a Onis- hemos olvidado que los Estados Unidos nos ayudó, a comienzos de siglo, cuando naciones extranjeras reclamaban sus acreencias con acorazados. Nunca los norteamericanos nos han hecho daño. El atraso del país debe imputarse a nuestro error; a quienes hicimos de la guerra civil la primera industria nacional y elevamos hombres ignaros a funciones dirigentes. El paludismo y demás endemias tropicales no son de origen norteamericano. Tampoco los pronunciamientos. No tiene el yanqui la culpa de que nosotros fabriquemos caciques y demagogos en lugar de científicos y técnicos. Entre nosotros, caudillos bárbaros y charlatanes, se han alternado en el mando. Son los períodos llamados sucesivamente de Dictadura y de Democracia, siameses atados por la ignorancia que es el auténtico mal que nos aqueja.

Se pudiera decir que el pensamiento de derecha evolucionó en la América Latina hasta cuadrarse con una teoría como la del liberalismo; mientras que el pensamiento de izquierda, que siempre se identificó con el caudillo justiciero, de ideología socialista, léase populista, encontró un paño de lágrimas nuevo, donde esconder su fracaso, en esto del antiimperialismo; pues en el fondo estos países, después de la independencia, no fueron gobernados sino por la visión de mundo irracional del yo salvaje y la mentalidad tomista del yo mantuano, y es así como dice Laureano que la América Latina lucía una caterva de dictaduras iletradas, las más de las veces, cuando no semiiletradas, y en el peor de los resultados.

-Los defectos del yanqui –le explica Laureano a su interlocutor- lo perjudican a él; no a los demás. La segregación racial es un problema interno, que nada tiene que ver con la política exterior de los Estados Unidos. Nación de generosidad sin precedentes en la historia. El imperialismo yanqui es una mentira. Bendito imperialismo que distribuye dolores y alimentos a manos llenas. La República del norte no es popular. No puede serlo. Los ricos no son populares. Hay que escoger entre la grandeza y la popularidad.

En aquellos días a Laureano le corresponde almorzar con el general Medina Angarita y un compatriota venezolano, quien acaba de llegar del país en condición de refugiado; perseguido por los adecos; Laureano recién ha conocido un restaurante francés para donde se lleva a esta gente; lo cierto es que hay algo mágico en este encuentro; pues resulta que durante la comida Lau-

reano se ha dado cuenta de la influencia que ha ejercido Medina Angarita sobre su antiguo subalterno; un hombre que lo imita hasta en la forma de reír; hay una total absorción de la manera de ser de uno por el otro, y de forma que se pudiera hablar en este caso de una escuela del medinismo; al hecho lo ayuda, además, el que ambos son de constitución robusta; si alguna vez Laureano pensó que todo ser humano tiene un doble; allí en este par de sujetos se da esa situación, y Numa Quevedo emula a su maestro hasta en el detalle del sombrero de diplomático que los dos usan. Da la impresión de que le gusta parecerse al general Medina Angarita, como está de moda decir ahora, clonar a su maestro. Pertenece el sujeto a aquella pléyade de hombres que hacen alarde de erudición poblando de citas latinas sus escritos; fortuna que tiene el tercio de vivir en un medio, como es el de Trujillo, donde le celebran estas salidas, y el periodismo todavía transmite costumbrismo: ya se acerca la hora del derrumbamiento del régimen, según sus palabras, cosas que siempre dice la gente, que llega refugiada, como él: "el estado del país es de extrema turbación", y Laureano nota que la expresión, esta última, es de uso exclusivo del tercio, y la repite una y otra vez, como una letanía.

El único personaje literario, que ha desfilado por este refrito de las memorias del hijo del gran Vallenilla Lanz, digamos con lenguaje de periodista, es Leopoldo Landaeta; empezando, porque no se ha caído en sus juicios acerca del tipo de revolución que le espera a estos países, lo cual es algo excepcional en la visión de mundo de un hombre de su época; revolución que configura el líder civil estilo Betancourt; pues en la América Latina el caudillo se suaviza la ropa, como se dice en política, y esto es una regla que, de hecho, ya han seguido López Contreras y Medina Angarita, que han colgado el uniforme de militar, para acogerse al traje de civil; cosa ya vista por nosotros. No se pase por alto las famosas conversaciones que Landaeta sostenía con Laureano, cuando en los atardeceres ambos se permitían dar una vuelta en automóvil, a objeto de dilatar la llegada a sus respectivos hogares, por la aún ciudad de los techos rojos. Landaeta lo que mira es que el hombre de a caballo, que se aparecía en medio de las revoluciones al frente de una montonera, ya no tiene cabida en la Venezuela contemporánea, donde el líder, si no ha salido de la propia esfera civil, al estilo de Betancourt, al menos sale de la academia militar, y esto ya sería el caso de Delgado Chalbaud o, más propiamente, de Pérez Jiménez, adelantándonos de nuevo a los acontecimientos.

Es decir, ya en su carácter de visionario, Landaeta da para una novela, a propósito de su dimensión literaria; pero también por el carácter misterioso de su vida, materia ya vista por nosotros; sobre todo, esa presencia sempiterna suya en la plaza Bolívar, y luego esa lectura imperturbable, que lleva a cabo sobre tomos amarillentos, mientras un mundo de cucarachas le picotea sus pies; a juicio de Laureano, para el servicio de sillas aquella ausencia suya va a

resultar una baja muy importante; así de asiduo es Landaeta a aquella plaza, y, entonces Laureano lo sitúa allí, ahora cuando le llega la noticia de su muerte, por conducto de su cuñado Ramón, quien le ha escrito para tal efecto; lo sitúa sentado bajo su árbol preferido, con la vieja pajilla en su cabeza y el bastón en sus piernas; indiferente también al mundo de sus semejantes que circundan alrededor de su persona.

Landaeta se iba sin ver cumplido el sueño de su vida, que era embarcarse un día en misión diplomática para algún país del extranjero, tal cual había sucedido con una gran parte de los hombres letrados de Venezuela; cosa por la cual éste nunca había dejado de preocuparse, sólo que Landaeta no gozaba de buenos padrinos, y así sus solicitudes para el ingreso al servicio exterior nunca habían sido admitidas. Pero, ¿para qué? Landaeta tenía la imaginación suficiente, como para embarcarse en un vuelo imaginario a través de uno de sus libros con destino a cualquier punto geográfico del planeta. He allí que éste le confesaba a Laureano:

-Viajo leyendo. Ayer estuve en Nueva York. Es admirable el libro de Paul Monrad sobre esa ciudad.

Lo demás era el entierro de este sujeto, que pasaba por la mente de Laureano: el entierro de "don nadie"; una concurrencia máxima de tres personas: don Vicente Lecuna, que habría arrastrado a algún académico amigo suyo, y la anciana criada de los Landaeta; a quien suponía Laureano que le había cerrado los ojos a su amigo, y cuya voz le sonaba aún a éste:

-El señor Landaeta va a perder la vista. Pasa la noche con ese bombillo prendido.

Vienen más noticias de Venezuela, con motivo de la llegada a Nueva York de Pedro Manuel Arcaya; aunque ahora éstas no tienen nada que ver con algún golpe de estado. Son noticias económicas, sólo que no dejan de ser apocalípticas también, y las que rezan que, por ejemplo, sobre el país se abate la más terrible inflación, producto del excesivo gasto público; pues no olvidemos que el populismo, en cuanto práctica política, tiende a incrementar el presupuesto del Estado, y el mismo, según Arcaya, ha terminado por duplicar el de Medina Angarita; que, además, se ha perdido la ética laboral: el adeco ha exacerbado la desidia del venezolano, con el cuento de que el trabajo es para los esclavos; los obreros hacen lo mismo que los jefes sindicales, que es trabajar a lo máximo un par de horas; esto ha ocasionado una parálisis de la construcción de obras públicas, que se ven realizadas al ritmo de tortugas; a lo cual habría que agregarle que el adeco tiene una serie de prejuicios decimonónicos, con respecto a la modernidad, como el hecho de declararse enemigo del concreto armado; un prejuicio nada bueno para el sector de la construcción, como diría un economista. Noticias que alegran y enojan, digamos por nuestra cuenta, a una persona en la situación de Laureano.

Más adelante, Onis, le cursa a éste una invitación para que le ofrezca dos conferencias, sobre la situación económica de la América Latina, a un grupo de alumnos suyos de la *Columbia*; cosa que le permite a Laureano reflexionar más bien en torno al viaje que ha hecho por el sur del continente, a propósito de lo que ha visto; cosas que no es necesario tocar, porque ya las hemos planteado: política de inmigración; sobre todo, eso. Laureano ha recalcado este tema durante el par de conferencias, y así se le ha acercado un alumno, un sujeto cuarentón de sienes plateadas, pero de cabellos negros, que se ha compenetrado con la región latinoamericana, a través de viajes que ha realizado por diversas regiones, que le ha dado la razón al respecto: el desarrollo de la América Latina no depende sino de los hombros de la inmigración del viejo continente.

-He visitado Venezuela desde Guayana hasta el Táchira. El atraso de su pueblo –le dice éste a Laureano- se debe a la incapacidad de la gente para organizarse. Cuatro millones de europeos transformarían todo en diez años. Los Estados Unidos deberían emplear buena parte del dinero dedicado a la ayuda exterior a facilitar la inmigración del Viejo Continente.

Ya para la época se comienza a usar el término subdesarrollo, acuñado en el lenguaje de las Naciones Unidas, según Octavio Paz; algo para estar de acuerdo o en desacuerdo con él, tomando en cuenta que Elliot, como se llama el alumno, piensa que no hay pueblos subdesarrollados, como sí subcapacitados:

-Los capitales no remedian nada, si la administración de los mismos se encomienda a gobernantes inexpertos.

Elliot introduce a Laureano posteriormente en un círculo de artistas, con la ocasión de la realización de una *party*, casa de una pintora amiga suya, que está residenciada en el *Village*, para el que lo invita. En ese sentido, Laureano tiene la oportunidad de volver a observar la sencillez del yanqui en sus costumbres de vida: un mesón con botellas de vino, fiambres y pan; a modo de que la gente se sirva por sí sola; amenizada la fiesta con una guitarra hawaiana, que ha salido de la maletera de un carro; luego de que ha rodado una botella de Bourbon, y así se ha tenido música americana por mucho rato. ¿Cuál es el sueño de una joven yanqui que anda en el grupo? Tener éxito con la publicación de una novela, que escribe, y así llenarse de millones de dólares, para comprarse un apartamento, junto a un *mink coat*, como estila decir la mujer norteamericana de esa época, y que traducido al español equivale a un abrigo de visón, y esto lo subrayamos en virtud de que es un dicho de la época expresar que toda mujer americana quiere tener un *mink coat*.

¿Qué ha hecho la Venezuela de la diáspora en términos de subsistencia? Aquellos que no tuvieron medios para defender sus pertenencias, ladraron, como se dice en el criollo vulgar; a algunos la fortuna les deparó un camino,

como fue el caso de Angel R. Bustillos que, luego de haber sido un profesional exitoso de la medicina, y hasta presidente de estado, se vio en la condición de vender medias; un negocio que prosperó en sus manos, y así que a Laureano lo sorprende la forma como éste ha acumulado una riqueza, como se dice, por ese camino. Aquí juega mucho el cuento de las influencias; Gonzalo Barrios es pariente de este hombre; le debe, por lo demás, favores, cuando entonces tuvo que proteger al agitador político, que éste había sido al lado de Betancourt, su compañero de partido; lo interesante es que en este sujeto prevalece el orgullo, y así dice que jamás se va a postrar ante tal circunstancia. De hecho, el golpe del 18 de octubre lo ha sorprendido siendo cónsul en Nueva York; la incautación de sus bienes se realizará en su ausencia, y desde entonces el tercio se ha dedicado a la venta de medias; artículo que, a la larga, va a terminar hasta exportando a Venezuela.

El centro de la mamaderita de gallo lo constituye una pensión, cerca de Broadway, para el servicio exclusivo de venezolanos, sobre todo, expatriados, como sería el caso de Leonardo Altuve Carrillo; regentada la misma por el doctor Julio Santiago Azpúrua, y donde retumba el criollo vernáculo en lenguaradas, que se oyen de viejas pensionistas:

-¡Qué va, mijita! Lo que soy yo, no vuelvo a comprar a la catorce. ¡Zaperoco! Además, el turco ese no vende sino unos vestidos "mariaos".

Se roban seis huevos de la nevera de esa pensión, y aquello es que arde Troya. Hay una voz que resuella desde uno de los cuartos, cuando han metido a fulana:

-¿Huevos yo? ¡Córrela! Yo no puedo comer huevos. Estoy enferma del hígado.

En cuanto al apartamento de Laureano; éste está favorecido por la vista que tiene a un río navegable, y por el que pasa cada tanto un buque cargado con mercancía. El río de Heráclito está ante su presencia, y de aquí que el sujeto experimente la necesidad de volcarse sobre el trabajo literario, y que se vea en tren de escribir una novela, cuyos capítulos comenzarán a ser leídos o comentados entre su círculo de amigos, círculo en el cual se asoma hasta Lin Yu Tang, a quien tiene Laureano como vecino en su edificio, y a quien el italiano, dueño del célebre abasto, conoce como *lo escrittorre cinese*, mencionado éste, en esta oportunidad, porque, a través del italiano, Laureano conoce al susodicho, y de modo que a él le comenta algunas cosas que le van saliendo de su pluma; lo importante es que la obra está basada en su infancia; unas páginas evocadoras, y que dan lugar al título de "Allá en Caracas", como se llamará la misma.

En la tertulia de Uslar Pietri, Laureano conoce al historiador colombiano Germán Arciniegas; un sujeto con quien entabla rápido amistad, sobre todo, por la comunidad de criterios que los unen, y así llega a saber que este su-

jeto es de la opinión de que Acción Democrática no es sino un partido maquillado con unos mascarones de proa, como llama a Rómulo Gallegos y Andrés Eloy Blanco, en tanto que intelectuales, es decir, le parece que AD se trata de un partido maquillado de intelectuales, aunque lo más curioso es que a continuación se vale de los personajes de Rómulo Gallegos para referirse a la realidad venezolana:

-Pero detrás –le dice a Laureano- de estos sujetos, ¿qué hay? Mujiquita, Pernalete y Doña Bárbara. Santos Luzardo era quizás subalterno de Medina Angarita, quien en ningún momento encarnó el atraso y la improvisación.

Otro escritor latinoamericano se asoma por esa tertulia, el peruano Luis Alberto Sánchez; un sujeto cuadrado en ese momento con el famoso Víctor Raúl Haya de La Torre.

El apartamento de Laureano se transforma en una suerte de embajada de la familia Vallenilla y de la familia Bueno; de pronto se aparece su hermana Finita con su sobrino Ramón, y la casa se llena con la presencia de los suegros suyos, que andan también por allí; de modo que éste se ve precisado a recogerse con su señora en un momento determinado en la sala recibo por la explosión de personas; se observa que las estrellas están confabuladas en esa oportunidad para que un mundo de personas lo rodee: he allí una incomodidad placentera la que confronta este señor por estos días.

Una mañana, cuando se dirige al Buick que le ha dejado su cuñado Ramón; se consigue con que hay en el asiento seis billetes de cincuenta dólares cada uno: su entorno nada sabe al respecto, cuando entonces emplaza a cada cual; por lo que, en ese sentido, el policía irlandés amigo suyo, al rastrear el asunto, termina suponiendo que allí está metida la mano de algún *gangster*, que ha hecho uso del automóvil durante la noche, para cometer alguna fechoría; cínico el sujeto, ha puesto al dueño de aquellas cuatro ruedas a participar también del botín; cosa que quedará así, además, porque Laureano descubre que el tanque de la gasolina del Buick ha amanecido lleno.

Dice Aristóteles que nosotros abordamos la vida en nuestras conversaciones con la intención de efectuar lo que él llamaba una *paideia*, es decir, la abordamos con un cierto carácter aleccionador, y esto lo decimos porque, si bien es cierto que se da el caso en esta oportunidad de que a Laureano una persona le pregunte por la condición de la raza negra en la América Latina; también éste tendrá la ocasión de oír de labios de un protagonista de los hechos, la suerte que se lleva bajo la condición de negro en los Estados Unidos, pero no un negro yanqui, sino un negro criollo, y esto le sucede a Laureano a raíz de un encuentro, que tiene en plena calle, con un compatriota suyo, a quien se le ha hecho difícil reconocer, habida cuenta de que en Venezuela a él lo ha conocido con otras ropas, como son, justo, las de militar, y las que el exilio se las ha obligado a suavizárselas, el coronel Ruperto Velasco, y de mo-

do que, al verlo enfundado en una gabardina, lo menos que se imagina es que se trata de aquel oficial trigueño, que Laureano se encontraba cuando se realizaba alguna ceremonia oficial, y en la cual ambos eran copartícipes. El caso suyo es patético:

-Las personas de color –le confiesa éste a Laureano- sufrimos mucho en este país, doctor Vallenilla. Numerosas cosas nos están vedadas. El exilio es peor para nosotros. Mi vida ha sido de contratiempos. Muy joven quise ingresar a la Escuela Militar, y no me admitieron por el pigmento. Claro, alegaron que era por el tamaño. Allá los blancos son hipócritas con los negros; aquí son francos. La diferencia obedece, quizás, a que entre nosotros no hay quienes no cuenten con una abuelita oscura de pellejo. Rechazado en la academia, como le decía, me incorporé al ejército como soldado raso. Eso lo encontraron muy natural, porque negro debe ser soldado, carne de cañón. Al poco tiempo fui cabo, luego sargento y, por último, subteniente. Escribía la correspondencia y los discursos del comandante del batallón, a quien entonces ascendieron a coronel por letrado y por adulante. Todo, obra mía. Yo también he alcanzado ese grado trabajando para mí y para otro. Si le contara mi querido doctor Vallenilla. Aquí he sufrido de verdad a verdad. Ahora menos porque resido en un cuarto cerca de Harlem. Vivo entre Africa y Puerto Rico. Mi oportunidad era ésta, ahora cuando mandan los negros en Venezuela. Betancourt al lado mío se sentiría alemán. Por gratitud me hubiera hecho general, pero perdí el chance. Me metí a blanco y ya ve usted lo que ocurre. Pienso muy serenamente en regresar a Venezuela. Voy a solicitar el permiso correspondiente. Si lo logro me instalo en el Táchira y fecharé mis cartas en Rubio. Una manera de desquitarme.

Lo que queríamos decir, a propósito de la *paideia*, es que aquí está el testimonio un tanto más ampliado de aquello que le había dicho Laureano a la negra americana, cuando entonces hablaba con ella en el café, acerca de la suerte del hombre de su raza en su país. Más que ella, quizás, el oído que necesita el testimonio de aquellas cosas es el suyo, y la negra se lo ha despertado con ocasión de la pregunta.

Se genera en la opinión pública yanqui el comentario sobre la suerte de un condenado a la silla eléctrica, quien ya la ha sobrevivido una primera vez, y hasta Laureano es testigo de una discusión en casa de un amigo suyo entre un mamador de gallo, y una católica aferrada al dogma, y todo porque el condenado ha esgrimido en declaraciones para la prensa, que él está seguro que, luego de su muerte va a vivir al lado de su "Lord", que lo quiere en el cielo, y lo que considera el mamador de gallo, es que nada gana el condenado a final de cuentas, porque el cielo es la cosa más fastidioso del mundo, y esto en respuesta a lo que ha alegado la católica fanática, quien al oír lo de la referencia del tipejo, justo, ha interpretado que el estoicismo del condenado es una actitud digna de seguir, y con lo cual el sujeto ha rematado:

-Pues yo, francamente, en estos momentos no quiero estar al lado de "My Lord". El allá arriba, y yo tranquilo aquí en Nueva York. Nunca he creído en eso de que descansar en el seno del señor constituye una felicidad. Respeto mucho a este viejito, pero de lejos. Búsqueme el seno de una mujer bonita...

¿Acaso esto va orientado al corazón de la dama? Ella lo que hace es mirar al cielo, y santiguarse. Se diría que se trata de una mujer de Dios.

Hay un momento de tensión en el hogar de los Vallenilla Bueno. A la pequeña María Luisa la pasa recogiendo un autobús para llevarla al colegio, donde han decidido inscribirla sus padres, y así la ven partir por primera vez de la casa. ¿Tan chiquita? Apenas llega a los tres años: he allí el por qué les duele en el alma el hecho de verla montarse en el autobús. Pero Laureano la ha inscrito en el *Linox Hill School*, y así que la niña se ve en la cotidianidad de trajinar en un carro diario, que la viene a buscar y a traer durante las horas de la mañana; porque ya en la tarde la tripona tiene contratada a una adolescente del barrio, que se ofrece para cuidar niños a dos dólares y medio la hora, y quien la saca a pasear al parque; una adolescente con la personalidad extrovertida, propia de una persona que sueña con convertirse en actriz de cine, y lo prueba el hecho de que le ha confesado a los propios Vallenilla Bueno que ella aspira algún día hacerse una figura famosa en ese arte, para tener acceso a una vida, en la cual abunde el *mink coat* en su ajuar de ropa.

Al poco tiempo, sin embargo, María Luisa aprende a entonar una canción escolar que dice:

-Chihuahua, Chihuahua, Chihuahua.

Y aquello es que se ven recompensados los padres. Esta arriba a los cuatro años por aquellos días, y el hecho tendrá celebración; se invitará a un grupo de personas, entre ellos, a Medina Angarita; aparte de que se presenta Francisco Vera Izquierdo con una guitarra, y se forma un ambiente muy animado y agradable. Todo va muy bien, hasta que este tercio, el de la guitarra, se pasa de tragos, y comienza a despotricar de Medina Angarita; a llamarlo cobarde, y rápido el susodicho le levanta, y se dirige hacia Laureano, a quien toma por un brazo, y le dice:

-Estoy cansado de sufrir, Laureano. Yo para ese niño no he tenido sino atenciones y usted ve.

Laureano se cuadra con Medina Angarita, y lo invita al día siguiente a almorzar al restaurante Voisin; a modo de borrar toda mala impresión:

-Nuestra burguesía –le dice éste al ex presidente-, jamás ha sido factor decisivo en el desenvolvimiento del país. Las raras intervenciones tienen lugar cuando un gobierno agoniza. Los ricos en Venezuela se conforman con el tráfico de influencias y con asistir a las fiestas de los poderosos de turno. Amigos del fuerte, adversarios del débil; ésa es su historia. No sirven para más porque carecen de cultura.

Pero ya Medina Angarita tiene la vista puesta en otra cosa, y así le comenta a Laureano la situación política de Venezuela. Entonces el viejo zorro, como decimos lo criollos, olfatea algo que se mueve en la esfera venezolana, y lo que los hechos históricos lo confirmarán. Le previene a éste:

-Pérez Jiménez es el oficial mejor preparado del Ejército. Mi amigo, Delgado Chalbaud es más bien un político. El futuro depende de ambos.

En esos días tiene Laureano la experiencia de ver la nieve; de confrontarse con ésta, sobre todo, por una tormenta muy intensa que cae sobre Nueva York en plena navidad del año 47. El tiempo ha sido tan duro que ha habido necesidad de cerrar aeropuertos, trenes, tranvías, y sólo pueden transitar ciertos y determinados vehículos, por los canales abiertos en medio de las calles; de forma que aquí vuelve a salir a relucir la mano del policía irlandés, amigo de Laureano, quien se toma la molestia de conducirlo hacia el City Bank de la calle 86. En ese sentido, Laureano observa desde muchachos jugando con trineos y esquís, hasta gente de la más variopinta especie haciendo bolas de nieve, para luego lanzársela a la cara de fulano, que pasa en ese momento, como es el caso de un farmaceuta, que éste observa que sale de su negocio, y quien se ve en la desgracia de perder sus lentes, como consecuencia de una bola de nieve que le ha dado en la cara, y le ha partido en dos su montura; pero lo más gracioso del asunto es que el sujeto ríe. Así como Laureano detecta que los negros americanos se ríen, así también se da cuenta que ríe la sociedad en su conjunto, una sociedad donde se le celebran las cosas a la juventud, a la que le parece a Laureano que se considera sagrada.

Un día tocan la puerta de su casa. Se trata de un sujeto que flota en un sobretodo negro, que no le dice nada a su persona, puesto que su facha más bien es el de un hombre tropical, esto es, un sujeto ajeno a aquella prenda que porta: los demasiados soles del trópico relumbran en su frente, y, en efecto, el tercio acaba de llegar a Nueva York, procedente de su patria, según se lo indicará a Laureano, al tiempo que le entrega una carta abierta de Delgado Chalbaud, donde se lo remite al compatriota, quien va en pos de curarse una enfermedad, pero en la que, de paso, su antiguo amigo lo invita a volver a Venezuela.

El asunto es celebrado. Laureano cita al amigo a cenar a un restaurante, y de aquí resulta que, como éste anda en compañía de otro, de un señor de apellido Ravel, se ha coleado una tercera persona, que sería éste; pero todo resulta agradable; se habla de Venezuela; y esto pasa por el hecho de que, de pronto, en la mesa se comience a sentir nostalgia por el gobierno de Medina Angarita, se hable de que bajo su régimen sí se conocía la libertad, la tolerancia ciudadana.

Conny Méndez también pasa unos días, con motivo de la navidad, en Nueva York. Una persona allegada al círculo de Laureano, y quien se dedica a

los estudios de metafísica, lo que hoy se conoce como la autoestima, y ha sido la escritora más vendida en Venezuela. Su conciencia es esotérica, y así se toma la libertad de leer el mensaje oculto de los brujos, que le salen con mensajes, que van más allá de sus respectivas imaginaciones, cuando le leen un tabaco; de forma que la tercia al venir con el cuento de que uno de ellos le ha dicho que el Mesías nacerá el año próximo en un pueblo aledaño a Caracas, considera que allí se conjuga la figura de Rómulo Gallegos, quien se apresta para gobernar a Venezuela. Le suena que ése es "el gallo":

-Hará un gran gobierno. Reconciliará a la sociedad venezolana hoy dividida. No sé por qué sospecho que el gallo será otro. Al viejo maestro le faltan espuelas.

Se presenta el doctor Francisco J. Parra, antiguo ministro de Hacienda, jefe suyo durante aquella época; un sujeto que se da el lujo de invitar a Laureano a un hotel lujoso; donde comienzan con un baño turco, al final del cual lo espera un aperitivo; para pasar a comer caviar y otras delicias gastronómicas, sin dejar de faltar su buena dosis de champaña. Parra ha decidido mudarse para Nueva York, y así que hay este grato encuentro entre ambos.

Otros venezolanos se instalan en la gran manzana, y entre ellos no deja de estar Eleazar López Contreras, y quien, en definitiva, ha decidido colgar los hábitos de guerrero, cansado quizás de tanta comedia, y ningún antídoto mejor para esta situación que los cambios que se han producido en el país, a partir, sobre todo, de la elección de Rómulo Gallegos a través de un proceso libre y universal, y lo cual ya le habla de otra realidad venezolana.

En ese momento Laureano le pone punto final a su novela, y esta es otra de las razones que apresura su viaje a Venezuela; tomando en cuenta que aspira publicarla, pero quiere hacerlo en un país con una lengua como la suya, y nada mejor que su tierra. Hay un detalle simpático que se presenta en el momento en que acude a solicitar la visa en el consulado de Venezuela. Se consigue con un sobrino de José Rafael Pocaterra, quien funge de cónsul, y de pronto Laureano se ve enfrascado en una pequeña discusión con Julio, alrededor del tema del vocabulario que utiliza el jefe sindical Augusto Malavé Villalba, adeco el hombre, y esto porque éste disculpa al famoso sujeto con el cuento de que no hay que pedirle que hable como los Herrera Uslar, dada su carencia de escuela, y cosa que lleva a decir a Laureano que, en realidad, la referencia no es la más afortunada, habida cuenta de que la familia, en cuestión, no es el mejor ejemplo de elocuencia en Venezuela; aparte de que le sale con el principio de la excelencia, y así le trae al caso el hecho de que el jefe sindical británico, un tal Sir Walter Citrine, se expresa en un impecable inglés.

Laureano y Elena fijan para finales del mes de enero el regreso a la patria. Arranca el año 48. La pareja a continuación se dedica a empacar sus respectivas cosas y a despedirse de sus amistades; gente como el doctor Gustavo Herre-

ra Grau, un sujeto que es dable citar en estas líneas, dada la naturaleza de su historia: un sujeto que ha hecho una carrera impecable en la administración pública, y al que Venezuela le ha pagado con el saqueo de sus bienes, cuando entonces las turbas enardecidas de los adecos hacen de las suyas en las casas de los altos funcionarios del régimen de Medina Angarita con palos y cabillas. En esos días en que Laureano se despide de él, Herrera Grau le confiesa:

-La lógica histórica no es aplicable a nuestro país. Allá triunfan los incapaces, y se persigue a los dignos. ¡Para volverse loco! Si te dicen que el doctor Pedro Manuel Arcaya es el jefe del partido Comunista, créelo. Entre nosotros todo es posible.

La última persona con quien se encuentra Laureano, poco antes de su partida, es Medina Angarita: una caminata larga por las calles de Nueva York; cuando hay un frío aterrador, que ha puesto a temblar hasta las ardillas de los parques, y que conmueven a dos sujetos de la calidad de estos dos venezolanos, que enseguida se llenan los bolsillos de maní, y los reparten entre ellas. Estamos en que a Medina Angarita la historia le va a dar la razón; adelantándonos a lo que vendrá después, con relación a las cosas que anda diciendo en ese momento. ¿Acaso el consejo que le da a continuación será decisivo en la psiquis de nuestro Vallenilla Lanz?

-No vaya a conspirar con cualquiera. Sería triste que fuera usted a parar a la cárcel. Trate más bien de convencer a los que puedan tumbar a esa gente; sin mayor esfuerzo, sin sangre. Pérez Jiménez seguramente tiene ambiciones. Estimúleselas. En mi concepto, sus posibilidades son mayores que las de Delgado Chalbaud. No olvide que es andino, y que un elevado porcentaje de la oficialidad viene de mi tierra. Su amigo Carlos, hijo de merideño y de caraqueña, educado en París, siempre será considerado como un intruso. Si usted encuentra la ocasión diga a esos jóvenes que no siento rencor, que soy incapaz de odiar. Lo único que pido es que cambie el actual estado de cosas, que cesen las venganzas y se me permita regresar. Ya es tarde para asimilarme a este medio extraño. Soy de allá. Fíjese, Laureano, en este parque no nacerían ni mangos ni uveros de playa ni samanes. Se secarían. Mi caso es el mismo.

# LIBRO CUARTO

# I

Para el momento de la salida de Laureano de Nueva York, a éste se le acorta la distancia, con respecto a su país, a propósito de un zancudo que le salta de inmediato a la nariz, cuando se acomoda en el asiento del avión; un compatriota suyo, en consecuencia; pero aparte de que también la nave lleva por nombre Francisco de Miranda, y de modo que, con independencia de la parte sustantiva del hecho, la venezolanidad allí predominante lo transporta de inmediato a su terruño.

La niña va en un asiento, al lado de su madre; mientras él está a lado de un empleado de la propia línea aérea. Detrás viene un par de viejas, compradoras compulsivas, que llevan una conversación puesta en la ropa que han adquirido, y que demuestran una gran ansiedad por llegar, pues han ajeado la mayor parte de la misma, a modo de que la mercancía parezca usada, y la idea de la revisión en la aduana, eso, las excita.

El avión hace una pequeña escala en La Habana, a propósito de lo cual Laureano tendrá ocasión de probar el café fuerte del Caribe; un café expreso, y que le genera a éste una vigilia; sin poder pegar un ojo durante el vuelo, a continuación: dos de la madrugada; dilatado el amanecer; la aurora de dedos rosados, como diría Homero, se presenta, justo, cuando se vislumbra la silueta de los cerros de La Guaira allá en lontananza, y los que surgen de entre las sombras crepusculares; mientras el aparato todavía vuela sobre el agua, y ya por el parlante una aeromoza con acento de puertorriqueña empieza a instruir a los pasajeros, a modo de preparación para el aterrizaje. La aeronave desciende. Toca tierra; al final resulta frenada bruscamente.

Desde la propia ventanilla del aparato, Laureano contempla a sus cuñados en las terrazas del aeropuerto; y para él hay la gentileza del gerente de la línea, en la que viaja, de ofrecerle trato de celebridad, al localizarlo en voz alta entre el grupo de pasajeros, que espera por su respectivo chequeo en la aduana, y cosa que en un momento lleva a Laureano a pensar en el hecho de que está detenido: paranoias aún resistentes en su conciencia; lo que sucede es que la mencionada persona ha oído hablar al cuñado suyo, que viene el hijo del gran Vallenilla Lanz, y así entonces se le han facilitado todas las cosas a éste.

De forma que ya a la media hora de haber llegado el viajero, se internaba vía Caracas aquel cortejo de personas, y llevaba como conversación el tema más divulgado en Venezuela, como era el relativo a la asunción de Rómulo Gallegos como presidente de la República, y decimos más divulgado en el sentido de que el mismo había traído sus secuelas, pues en lugar de asunción se hablaba de coronación; un acto para el que había invitados especiales del mundo entero; lo que significaba derroche: se destacaba el hecho de que el maestro Gallegos, por esta vía, demostraba que no era nada modesto.

Laureano ya no se dirigirá al centro de Caracas para vivir, como ha sucedido con ocasión del regreso de su primer viaje; ahora se va al este de la ciudad, donde ya la burguesía mora, y donde los hermanos Vallenilla Planchart tienen una quinta llamada "Mimosa", urbanización Los Chorros. Ha crecido Caracas. Ya ésta arropa a los pueblos de Chacao y Chacaito, justamente; comunidades, que, primero, había que pasar por ellas, antes de llegar a Los Chorros; lo que se supone que ha habido una explosión social, que se ha aglomerado en estos predios, y así se explique que la propia quinta "Mimosa" no esté en el campo. Es decir, que aquel ambiente bucólico que había tenido Laureano por estos lares, cuando de niño le correspondió vivir en Los Chorros, ya no está, sino que ahora todo se lo ha tragado una metrópolis, que se llena de pisos; si es que traemos a colación el hecho de que a comienzos del siglo XX se le conocía a Caracas como la "París de un piso", y de concreto armado. He allí una de las pretensiones de las capitales latinoamericanas: parecerse a la metrópolis francesa, y en donde ha llevado un mejor papel Buenos Aires.

Una vez establecido, Laureano pasa a revisar su situación financiera; cosa que no lo tiene porqué preocupar mucho, tomando en cuenta que para antes de su partida, ya ha constituido las bases de lo que se ve que va a ser una sólida fortuna; y que, a pesar de que el periplo ha significado el golpe de unos doscientos cincuenta mil bolívares en contra de aquella bolsa, Laureano, de vez en cuando, ha producido dinero; como en aquella ocasión en que se había dedicado a exportar camisas a Venezuela desde Colombia, de modo que aquí habría que ajustar el activo con el pasivo, y así saldrían cuentas diferentes; lo importante es que éste viene con la idea de incursionar en el área de la propiedad inmobiliaria; registrar una empresa en esa dirección.

Para los capitalinos siempre ha tenido una gran significación la ceiba de San Francisco, un árbol centenario que flota en medio de tres Caracas; la de la Colonia representada en el templo que le da nombre a la esquina; la de época de Guzmán Blanco representada en el palacio legislativo, y la de la época nuestra representada en la avenida, donde se halla la isla del árbol, y el resto de edificios de su entorno. En la famosa ceiba se consigue Laureano con el hombre que busca; un corredor experto en el área de la propiedad inmobiliaria, y a quien le plantea asociarse.

En el asiento de lo que había sido la casa del Vínculo del Libertador, téngase como dato interesante, cuando entonces aquél heredó una cuantiosa fortuna, legada por un primo sacerdote; esquina de Gradillas, y donde se había levantado un edificio moderno de locales y oficinas; una de las pocas muestras de *art-decó* que hay en la ciudad de Caracas, Laureano se establece. Allí funda su empresa; empresa en la que participa, además de aquel señor, una firma norteamericana, que también se instala en el edificio Lorenzo Mendozza; tal cual suena, con dos z, que la familia, que había adquirido la famosa casa del

Vínculo, no pertenecía a los Mendoza del grupo de los "amos del valle" de Caracas; a propósito de un par de conversaciones que ha sostenido con un representante de dicha firma.

El olfato político le dicta a nuestro Vallenilla Lanz que ya están dadas las condiciones para que de un momento a otro cambie el escenario político; se produzca una situación violenta; lo cual es motivo para generar una gran incertidumbre, en lo que respecta a la inversión, sólo que él parte de la lógica de que un proceso de tal naturaleza, no conduce sino a una situación inflacionaria, en la que la vivienda puede pasar a valer el doble; de modo que por esta vía el susodicho no abriga ningún temor, y así que se lanza a comprar casas y edificios, que va pagando de inmediato, a medida que coloca aquella mercancía inmobiliaria.

El maestro Rómulo Gallegos se dispone a gobernar a Venezuela; sin embargo gente de la talla de Laureano estima que se trata del mismo gobierno de Betancourt, y la prueba la constituye el hecho de que ha sido ratificado casi en su totalidad el gabinete de aquél, y esto significa para éste que el descontento de las masas será el mismo a la larga. Es por eso que abriga la presunción de que de pronto se puede producir una situación de facto.

El pueblo acaba de ser impresionado por esa cámara de hombres, que se ha reunido para redactar una nueva Constitución, y así Laureano detecta una suerte de mal semántico en el alma del venezolano, y el cual se traduce en una "extraña fe -como la llama éste- por el texto legal". Añadiríamos nosotros, ahora, en estos días de septiembre1999, cuando se ha realizado un proceso de esta misma naturaleza, esto es, se ha llevado a cabo un proceso constituyente, que esa sed por la palabra escrita se ve plasmada en el hecho de que nuestro país es el segundo en el mundo que más constituciones ha cambiado; cuando a los pueblos del primer mundo no los ha regido sino sólo una; de modo que siempre se ha pensado que, modificando nuestra letra constitucional, nosotros vamos a corregir nuestras taras antropológicas.

Sin embargo, a Laureano lo embriaga aún la ideología del mantuano; aún resuena en sus oídos esa convicción de nuestro Juan Vicente González, quien consideraba que la democracia de partidos no conducía sino a la anarquía; quien consideraba –perdónesenos el énfasis- que la libertad de expresión no conllevaba sino a la decadencia de las costumbres, y esto lo decimos en virtud de que nuestro Vallenilla Lanz mira con una cierta displicencia esa apertura política, que se acaba de establecer en la Constitución, conocida como el sufragio popular, y de donde dice:

-Cree la gente que esta expresión es capaz de obrar milagros.

Aquí era justo a donde queríamos llegar: Laureano observaba al régimen de Gallegos de muy poca duración, porque lo único nuevo de su investidura lo constituía el hecho de que el pueblo iba a contar ahora con el sufragio

popular, y esto era algo que no garantizaba mucho, habida cuenta que a la larga la gente se iba a terminar cansando de un gobierno que lo que hacía era hablar de justicia; cuando en el orden administrativo mostraba una gran ineptitud.

Por esos días éste recibe una citación de la prefectura de Caracas: un balde de agua fría, pues se le trata del modo más grosero y vil cuando acude a la misma, y es esto lo que el venezolano de esa época conoce como el comportamiento adeco. Primero, se le pone a hacer una antesala de tres días; durante los cuales el prefecto, la persona con quien tiene que entrevistarse, no lo puede atender, y sólo es al final de esta penitencia cuando se le ve la cara al hombre; una cara de bigotillos negros aquella, con un cabello rizado; y decimos vil, porque luego de mandarlo a sentar en una silla, frente a su escritorio, pasa a enrostrarle:

-A usted lo acusan de conspirador. Andese con cuidado si desea permanecer en el país. Aquí conocemos sus antecedentes.

El tono altanero del funcionario conduce a una discusión, y esto obliga a su persona a tener que apelar por sus pruebas; sale a relucir una carta de Leonardo Altuve Carrillo, en la cual éste le narra a Laureano la debelación de un complot, que estaba por estallar desde Nicaragua; una carta que ha sido interceptada en los Estados Unidos, y devuelta a Caracas; pero el argumento de nuestro Vallenilla Lanz se impone; toda vez que le hace ver que si el otro le cuenta el caso, es porque él no está en autos en este asunto; argumento convincente, al punto de que el funcionario no dice nada, y lo deja ir.

Anda por Caracas un arquitecto muy famoso de nombre Antonio Aranguren, quien ha venido levantando edificios y quintas en varios lugares de la ciudad, y con quien hace Laureano el primer negocio; habida cuenta de que le compra un lote de inmuebles, que éste acaba de edificar, sobre todo, en la parroquia Sucre, y compra por la que se compromete a pagar el producto en un lapso de tres meses. Es decir, hay ciertas condiciones contractuales por las que Laureano debe pasar; gracias a las cuales gozará de ciertas facilidades, para la amortización de la deuda que él contrae; condiciones que les pondrá, a su vez, a sus clientes; de modo que aquel inmobiliario saldrá con una gran facilidad.

A esto habría que agregarle el hecho de que nuestro Vallenilla Lanz se transforma en el abogado de importantes grupos económicos norteamericanos, que recién se instalan en el país, y así se ve litigando a favor de ellos, cuando se pretende abusar de las empresas, en lo relativo a los impuestos: para eso están las apelaciones; de pronto Laureano se ve envuelto en un maremoto de trabajo de esta naturaleza.

La estructura del antiguo teatro Metropolitano va a dar al suelo, y, en ese sentido, nuestro Vallenilla Lanz se interesa por los terrenos, que se desocupan: pues de inmediato le viene la idea de que allí puede funcionar un estacionamiento, y el cual queda con ese mismo nombre, Metropolitano, una

vez instalado; un espacio amplio aquel, y en el que caben, además, una línea autobusera, que hace viajes al interior, y una empresa de compra y venta de carros usados, y a cuyos dueños Laureano les alquila sendos pedazos.

Es decir, en esta oportunidad éste llega convertido en una suerte de Rey Midas, pues también, por esa vía, son caudalosos los beneficios que va a obtener en poco tiempo: ya aquello del mes de instalado arroja una cuantiosa ganancia; y cuyos fondos, a manera de darle una solidez a la misma, van a estar destinados a incursionar en el mercado financiero, de forma que la empresa de Laureano adquirirá acciones de una compañía de seguros recién fundada; no perdamos de vista que a éste siempre le ha llamado la atención el mercado de los capitales.

El hecho más sorprendente lo constituye la aparición del coronel San R. Knight, a quien había conocido Laureano en Miami, en el servicio secreto del ejército de los Estados Unidos. Quizás este tercio estaba destinado para encontrarse en lo adelante con él; puesto que Laureano era la persona ideal que se le iba a atravesar en el camino, si se toma en cuenta que Knight venía con la intención de establecerse en Venezuela; pero, en especial, porque traía la técnica para la construcción de quintas de tres o cuatro habitaciones en tan solo quince días, bajo el sistema que se conoce como *termocon*, y respaldado con una patente industrial de una importante firma americana.

En ese sentido, Laureano se entusiasma, y así se ve interesándose por los terrenos de una hacienda en Valle Abajo, que también está a punto de ser devorada por la urbe de edificios y de concreto, que devendrá Caracas, y lo que nos muestra, por cierto, que esta ciudad había estado rodeada de haciendas con sus respectivos asentamientos campesinos como Chacao, Chacaito, el mismo Valle Abajo, y cuyos terrenos dan paso ahora a las urbanizaciones. Laureano introduce, por esta vía, a Mr. Knight a su sociedad: le hace conocer los terrenos de la famosa hacienda; los cuales resultan, por lo demás, del agrado de su socio, toda vez que se da cuenta de que los mismos colindan con la sede de dos entes educativos, que se acaban de construir, como serían la Universidad Central de Venezuela y la Academia Militar, que salen de sus edificios vetustos; ubicados el del primer ente en el centro de la ciudad, frente a la ceiba de San Francisco, y el otro en la colina que lleva por nombre La Planicie; salen, diríamos, para estrenar unas sedes cuya arquitectura tendrá una gran resonancia, desde el punto de vista estético, sobre todo, la de la ciudad universitaria, llevada a cabo por el famoso Villanueva, de quien hemos hecho mención también páginas atrás, y en donde éste volverá a integrar el arte a la construcción, como lo había hecho con los bloques de El Silencio, sólo que ya no serán únicamente de Narváez las esculturas, que allí se representen, sino también de artistas internacionales, entre ellos, Calder, Vassarelli, Arp, gente que pertenece a los movimientos de vanguardia artística de la primera mitad del

siglo, y que es muy reputada para la época.

Así que la empresa decide acometer tal compra, una vez que Mr. Knight le da el visto bueno al asunto, y esto supone prensa, pues se va a destacar en los titulares de un periódico que se trata de la operación económica más grande que se ha hecho en Venezuela, y donde se han puesto en juego ocho millones de bolívares. Nace así la urbanización Santa Mónica, contigua a la otra, que ha nacido antes, ubicada también detrás de la Ciudad Universitaria, Los Chaguaramos, y la cual se levanta sobre los terrenos de otra antigua hacienda de café, y hacia donde nos hemos traído el relato, en forma adrede, en virtud de que en esta urbanización está situada una quinta, donde, justo, se lleva a cabo esta suerte de transmutación de las memorias del hijo del gran Vallenilla Lanz, a modo de que también participe el personaje que esto escribe, ya que hubo una aparición de éste en páginas anteriores, y ha asomado su presente a propósito de lo que ha dicho sobre un reciente proceso constituyente, y así proporcionar algunos datos sobre su persona, si es que se necesita revelar alguna identidad para responsabilizarse por la parte de la paráfrasis; diga que en dicha quinta funciona una pensión, y donde éste se encuentra residenciado desde hace muchos años; un periodista que, cansado un día de llevar un diario, acometió la idea de refritar dichas memorias, y así exteriorizar un tanto más el objeto estético de ese ejercicio permanente de su vida, que se llama la escritura. Pero, además, viene al caso porque hay que resaltar en esta oportunidad que quien ha diseñado Los Chaguaramos es, justo, ese señor que acaba de sonar hace un momento; el famoso arquitecto Antonio Aranguren, y, quien como Laureano había pasado parte de su adolescencia en Francia, y de modo que muchas quintas de este sector están inspiradas en cierta línea francesa, lo mismo que con nombres de ciudades galas, tráigase al caso Vichy, como se llama una vecina, de donde se encuentra la quinta, en la cual está residenciado el que esto escribe, y ya que hablamos de arquitectos es dable reconocer la presencia de este hombre también entre los edificadores de la Caracas de ese entonces.

Ahora nuestro Vallenilla Lanz tiene la oportunidad de enjuiciar a un escritor en cuanto a los hechos, y lo que ha sido su palabra. ¿Fue contradictorio Gallegos con su pensamiento? Quizás sus demasiados compromisos políticos lo habían llevado a ratificar aquellas figuras minúsculas, que él había tratado de atacar de la mente de los venezolanos, en su función de gran psicólogo que fue, pues si algo se le reconoce al maestro Gallegos fue el tratamiento psicológico que le dio al medio nuestro; situaciones como aquellas, donde había un bachiller, que era secretario de un alcalde que no sabía escribir, y las cuales todas las iba a ratificar ahora éste en su condición de presidente de la República, dado que la política de repartición de los cargos se impondría a dedo, nuevamente, en la administración pública, bajo el concurso ahora de Acción Democrática.

Pero, además, resultaba una aberración el hecho de que el propio Gallegos también cayera en esa trampa, a juicio de Laureano, de declararse enemigo del concreto armado, porque cierta poesía romántica lo declaraba, habida cuenta que más bien éste había bebido mucho de aquel Cecilio Acosta, que en su época decía que a él le resultaba más consolador que lo pusieran al lado de la electricidad y del fósforo, que del jumento, aunque éste "tuviera buena albarda, el pedernal y el morrón".

El único programa de modernización que había llevado a cabo el gobierno, según lo observaba Laureano, era en la agricultura, donde se habían introducido nuevas técnicas; aunque también éste consideraba que, en realidad, tampoco aquello era la revolución agrícola, y la prueba estaba en el hecho de que cada vez más se acusaba en el país un gran deterioro de la vida. Sobre todo, se ha impuesto la desidia en el mandatario.

Laureano encuentra malo todo aquello del gobierno adeco, y, en ese sentido, le hace gracia un letrero frente a un hueco de una calle de San Bernardino, y en el cual se dice que allí está prohibido bañarse, junto con otro letrero, que también han puesto frente a otro hoyo en San Agustín, y en el cual se expresa "18 de Octubre", en alusión a la famosa revolución de los adecos.

El gobierno de Gallegos todavía se atiene al lenguaje justiciero; aún apela al insulto; cosa que Laureano la considera implacable, toda vez que él ha presenciado la vida de aquél, contra el que el ente dirige sus cañones; es decir, su enemigo político; un sujeto que deambula arruinado por las Antillas, México y los Estados Unidos. Así, el primer Rómulo resulta una nueva versión de aquél, y lo cual le parece indigno del maestro Gallegos a Laureano; o sea, el permitir una semántica de este tipo en el lenguaje de su gobierno; por lo que le nace a éste acuñar la expresión Romulato; cosa que, por lo demás, nos obliga a destacar el asunto azaroso de la presencia de dos Rómulo en la alta esfera nacional de ese momento, siendo el uno sucesor del otro; a propósito del mediodía del siglo, que está por llegar, por lo que se pudiera hablar aquí de una bisagra de nombres representando dos tiempos, y habiendo sido posible ese proceso de sucesión gracias a unas elecciones libres y universales; una bisagra en la cual el primer Rómulo habría de acabar con el andamiaje de un antiguo orden de cosas, para corresponderle al segundo instaurar uno nuevo; a propósito de la nueva constitución que ha aprobado la constituyente de 1947, y si nos permitiéramos representarnos la metáfora de dicha bisagra, diríamos que como tal bisagra actuaría ese proceso de sucesión en aquel preciso momento, como para unificar dos épocas, a través de la identidad de dos sujetos que llevan el mismo nombre; tomando en cuenta lo breve que iba a ser aquel Romulato para adelantarnos a los acontecimientos, como ya es costumbre entre nosotros. ¿Cosa de los astros? Corría el año de 1948, es decir, estaba a punto de cerrar la primera mitad del siglo.

El Romulato se había sabido vender muy bien como proyecto político, y se pudiera decir que Betancourt daba pruebas de poseer un gran espíritu democrático al no presentarse a la reelección presidencial, y, luego, el permitir que el abanderado de su partido para la contienda fuese el maestro Gallegos, un hombre que no era su santo de la devoción. Este hecho, sin duda alguna, iba a constituir un aval para las buenas relaciones con los Estados Unidos; una potencia que, de acuerdo a la opinión de algunos, en esos momentos, al mismo tiempo, alentaba gobiernos nacionalistas del tipo de los del Romulato en la América Latina, a objeto de influir sobre el capital suyo, invertido en el área de petróleo de estos países, para que se fuera al medio oriente, donde se daba un crudo mucho más liviano que el nuestro; con las consecuencias geopolíticas, que ello ocasionaba, y lo cual no es de incumbencia de estas páginas. Pero Laureano no tomaba en cuenta estos hechos, y más bien pensaba que el gobierno venezolano había ganado las simpatías del gigante del norte, porque había comprado espacios en la prensa de ese país, y así había difundido una imagen positiva del régimen. Que por primera vez en la historia republicana de Venezuela un presidente le entregara a otro, salido de un proceso de elecciones libres y universales, eso no tenía ningún valor para Laureano habida cuenta de su atavismo con la teoría Vallenilla-Lanz. El Romulato había ganado la batalla de la opinión pública, y a despecho de esta situación éste expresaba con ironía: "Gallegos es el Maestro, el Demócrata, por excelencia, y Betancourt el fiel discípulo que, con lágrimas en los ojos, ha colocado sobre su pecho la banda presidencial. Malos son Medina Angarita; López Contreras y los ignorantes que, como Arturo Uslar Pietri, profesan en la *Columbian University* para ganarse la vida".

Sin embargo, Laureano no se daba por vencido, y así abrigaba la fe de que de un momento a otro la convulsión política que vivía el país, producto de este drama adeco, se iba a calmar, y la opinión se iba a orientar hacia otro sentido, más temprano que tarde, tomando en cuenta la situación económica en que se encontraba el venezolano; habida cuenta de que la política de la construcción, sobre todo, de infraestructura pública que se había puesto en ejecución a raíz del régimen de Medina Angarita, y que era la principal fuente de ocupación del país, se había paralizado por los prejuicios románticos adecos; por pacatería, como ya lo hemos indicado, se había acrecentado el desempleo, y de modo que había mucho ingeniero en la calle, mucho profesional, y esto lo constataba Laureano, porque más de uno se había acercado a él en afán de que lo ayudara a encontrar una plaza, a propósito del dato que se sabía, de que él era una suerte de empresario de la construcción. El hecho es que el gobierno también carecía de planes económicos, y, a ese respecto, le llegaban al oído de Laureano comentarios del tono de que el maestro Gallegos no era sino un manganzón, que vivía amodorrado sobre la poltrona presidencial, mientras

sus ministros se dedicaban al juego de billar, cuando entonces acudían a Miraflores. Para Laureano no cabía duda de que estaba ante un gobierno de ineptos, y de modo que esta ineptitud, a su juicio, se transformaría en su propia ruina.

Entre tanto, Pérez Jiménez se ha lanzado en una conspiración, a propósito de una visita que hace a la Argentina y, en especial, a Juan Domingo Perón. ¿Cómo es que se da ese lujo de hacer tal tipo de cosa? Se tiene por el oficial más reputado del país; aparte de que amenaza con causar problemas en Venezuela, caso de que no se le deje entrar. Si nosotros fuéramos analistas políticos afirmaríamos que este es el primer síntoma de que el gobierno de Gallegos no goza de una gran estabilidad. Otra cosa: ¿y Delgado Chalbaud? ¿acaso este sujeto no está también embriagado de poder?

He aquí que Laureano se topa con el célebre ministro de la Defensa por esos días, valga la referencia, casa del señor Warren Smith, con motivo de una fiesta, y el que ya está enterado del éxito de sus negocios, pues al mero abordarlo, Delgado Chalbaud le expresa:

-Supe que estás en Venezuela, y que estás ganando mucha plata.

-Eso es cierto, no me puedo quejar.

-Te llamaré para que hablemos.

¿Ministro de la Defensa, hemos dicho? Otro de los aspectos que contempla la nueva constitución es que Venezuela proscribe la guerra, como acción de mando, y esto lleva a que se le cambie el nombre al antiguo ministerio de Guerra y Marina, tal cual sonaba en los días en los que Laureano se despedía de Delgado Chalbaud, su ya titular. Pero nótese que ha aparecido una jerarquía mayor, que la de ministro de Defensa, como es la de jefe del estado mayor conjunto, cargo que ocupa, justo, Pérez Jiménez, y por esto se ha tomado como una provocación el hecho de su viaje a Buenos Aires, donde Perón. No se pase por alto que ya en el libro anterior hablábamos de tres altos oficiales, que estaban detrás de la Junta de Gobierno, y quienes eran, en verdad, los que tenían las manos en el poder; y como en cierta oportunidad Laureano, en uno de sus diálogos, reportaba la presencia de Pérez Jiménez entre el grupo de golpistas, y que habiendo sido excluido del gabinete, se había reservado para él el célebre cargo de jefe de estado mayor conjunto; cargo que entonces, como se observa, había derivado en un suprapoder.

Días después, Delgado Chalbaud le dará una sorpresa a Laureano, cuando éste atraviese la plaza Altamira a pie, camino de su casa, y desde un carro rojo aquél lo llame; sorpresa, sobre todo, porque él no espera encontrarse con el alto titular de la defensa vestido de civil y completamente solo. Este lo invita a montarse; la ocasión, desde luego, se presta para abordar el tema político:

-La constitucionalidad ha pacificado al país –le dice a Laureano-. Ya nadie piensa en revoluciones. Todo vuelve a la normalidad.

-No lo creo; eso hubiera podido ser verdad hace tres meses. Ahora no.

La nación está cansada de Gallegos y de su grupo. Nada puede esperar de esa gente. Es el caso de repetir que se trata del mismo negro con diferente cachimbo.

Delgado Chalbaud ríe:

-Tu nunca podrías hablar en serio.

-No. Al contrario. Considero la situación grave. Lista para un golpe de fuerza que nos llevará Dios sabe dónde. No conozco persona sensata que esté de lado del gobierno, y el resto de los venezolanos es indiferente, casi hostil a Acción Democrática.

Un tanto molesto Delgado Chalbaud le responde:

-¡Te equivocas! Rómulo Betancourt cuenta con los sindicatos. Puede provocar una huelga general en caso de necesidad.

-Lo dudo. Hay que tener una razón para sacrificarse por una causa, y esa razón falta. Te apostaría que nadie está dispuesto a dar la vida por el Partido del Pueblo, incluyendo a los dos Rómulos. La huelga general, las milicias populares, todo eso es literatura para asustar a los militares.

Por esos días se acerca un escritor casa de Laureano, el doctor Mario Briceño Iragorry; un hombre que necesita dinero en ese momento, sobre todo, porque lo demuestra al confesarle que está dispuesto a acercarse al gobierno, dada la situación económica por la que atraviesa, no obstante y haber sido secretario de la presidencia de Medina Angarita. Pero lo hace atribuyéndoselo a Laureano, y así le dice que una figura intelectual como él debería compenetrarse con el régimen de Gallegos, pues el país necesita de hombres de su talla y condición, es decir, como incitándolo a que tome la iniciativa:

-En ningún caso –le responde Laureano- colaboraría con un gobierno como el actual, que ha perseguido y persigue a mis familiares y amigos. Gallegos, es cierto, no intervino en el golpe de Estado del 18 de octubre de 1945. Hizo algo peor; lo aprovechó. De allí arranca su presidencia. Por lo demás, tampoco ha protestado contra los atropellos. Todo lo contrario. Ha tratado de cobijarlo bajo el manto de Doña Bárbara, y ahora los mantiene.

No pasemos por alto que Briceño Iragorry iba a estar, junto a las altas figuras del gobierno que caía, detenido en La Planicie, y lo más probable era que había salido del país, en condición de exiliado, al igual que el resto. Era un trujillano de prosa exquisita, y quien indagó sobre la identidad del venezolano, produciendo diversos volúmenes acerca del origen de nuestra nacionalidad. Se trata de otro de nuestros grandes intelectuales de este siglo. Un hombre menudo y con las cejas bien pobladas. ¿Qué había sido de su vida de entonces a esta parte? Necesitaba plata; sólo que era tímido, y a pesar de que el objeto de su visita ese día, seguramente, era el de solicitarle una ayuda, luego de plantearle la dura situación por la que pasaba, al final apenas llegó a expresarle a éste:

-¡Si yo fuese rico como tú!

A decir verdad, Laureano no era dadivoso; de forma que no le siguió el juego, y al respecto le respondió:

-Soy rico, es verdad, pero el noventa por ciento de mi capital lo he hecho yo con mi trabajo.

Cada día que pasa crece más en nuestro Vallenilla Lanz la convicción de que de un momento a otro va a cambiar el escenario político; y esto porque lee en el medio venezolano, que ya éste ha comprobado que detrás de la famosa revolución adeca, no está sino una comparsa de sujetos improvisados; y a lo cual se le agrega el hecho de que ahora también el gobierno se ha echado toda la prensa encima; con la excepción de un periódico, que se llama El País, órgano oficial del mismo, y el cual, si bien es cierto que gozó de simpatías de una gran parte del pueblo, ahora su circulación disminuye, en la misma proporción en la que disminuye la popularidad de aquél. Es decir, lo que tanto han deseado aquellos compatriotas suyos, a quienes una vez los ha encontrado en trance de conspiración, ahora sí está a la mano, y como consecuencia de una serie de errores y de disparates cometidos por el enemigo desde el poder.

Habría que señalar a esta altura que nuestro Vallenilla Lanz ha editado su novela, y ésta a la larga se ha transformado en un éxito, pero más por el hecho de que la gente espera encontrar allí un testimonio político, que desenmascare a un hombre como Rómulo Betancourt, pues hay ansia de saber pormenores de los nuevos sujetos que están en la escena pública, y lo cual ha hecho que tenga buena venta el libro. Sin embargo, para Laureano es importante que intelectuales de la talla de Ramón Díaz Sánchez, el presbítero Pedro P. Barnola, Rafael Angarita Arvelo se interesen por la obra, y envíen alguna nota para un periódico de crítica a la misma; de modo que por aquí habría algún reconocimiento literario; lo cierto, es que éste le ha agregado una estrella a la estirpe Vallenilla Lanz, y que su nombre tiene una presencia viva en el campo de las letras patrias; digamos, en verdad, aunque sin el brillo de la pluma de su padre, y en donde se daría también una situación de espejos, puesto que al repetir el Vallenilla Lanz en su patronímico, y volverse un hombre de letras, nuestro héroe creó la sensación de un Laureano Vallenilla Lanz unigénito y eterno en nuestra esfera pública, y así que habría que ser un historiador para darse cuenta de que quién es uno y quién es el otro.

Obsérvese el poder que recobra la personalidad literaria de Laureano, al llevar a cabo un acto vanguardista en el estacionamiento del Metropolitano, con motivo de un coloquio, y al que lo llama "el coloquio de los inadaptados", tal cual califica el gobierno a algunas figuras cimeras del gomecismo, como Juan de Dios Celis Paredes, Federico A. Ponce, Julio César Vargas; una verdadera provocación. Su nombre, además, vuelve a tomar algunas columnas de diarios caraqueños, entre ellos, El Heraldo, que dirige para ese momento Pedro Sotillo, un escritor que se formó en el periodismo de su padre,

y lo que supone que nuestro héroe vuelve a frecuentar la tertulia vespertina del periódico, aquello a lo que una vez se había acostumbrado.

La característica del adeco la constituye el hecho de que abusa del ventajismo en su táctica proselitista; algo que se compara con la pelota del Caribe, donde ya no es la regla la que impera, sino la trampa, y así la tolda le saca partido a todas las jugadas. Ocurre por esos días un accidente grave en la casa nacional de Acción Democrática; donde pierde la vida una compañera, como consecuencia del estallido de una granada y en donde se involucra un mamador de gallo; un osado que acusa a otro con nombre y apellido; la persona que se ha allegado hasta el inmueble a ver qué ha pasado, y lo que son estos dos señores, en el acto resultan detenidos: el uno por soplón y el otro por sospechoso. El informe del forense determina que el accidente se debe a un descuido de algún activista, miembro del "aparato adeco", que ha dejado tal explosivo en una vitrina, y así la pobre mujer al ir a limpiar el mueble tropezó un cajón; como un sapo que vuela, de allí la granada saltó, para venir a producir su muerte. En clara actitud ventajista, AD calló esta situación; se habló de un atentado, y así se le rindieron honras fúnebres a la dama, en cuestión, como nunca en la historia se había hecho con una suerte de mártir; un entierro en el que la urna fue llevada en hombros por toda Caracas, llegando a pronunciar un hermoso discurso el poeta Andrés Eloy Blanco a los pies de la sepultura.

Para ese momento se da un hecho que conmociona a la opinión pública, y es el estado de sitio a que llega Colombia. Ha sido asesinado Jorge Eliécer Gaitán; aquel señor que hablaba de masificación en otrora, y quien iba a terminar siendo víctima de la masa; una mano anónima lo iba a acribillar a balazos, y de aquí que se hable de los famosos sucesos del 9 de abril de 1948, y los cuales se desatan en la ciudad de Bogotá, a raíz de la tensión que se genera tras el atentado; aquello es que llueve el fuego en la capital colombiana; esto da para que Rómulo Betancourt entre en la presente escena; ya que se dice que se aprovecha de su condición de representante de la IX Conferencia Interamericana, que se realiza por esos días allí, para encabezar una manifestación que marcha por la capital colombiana, y lo cual lleva a decir al Presidente Mariano Ospina Pérez, ante tal circunstancia, que él prefiere un presidente muerto, que un presidente fugitivo; salida ésta, por lo demás, que celebra Laureano.

Resulta interesante la aparición de Betancourt en este contexto, porque si un par de políticos eran idénticos, lo eran Gaitán y Betancourt, y no sin razón éste, si nos atenemos al testimonio de Laureano, se exponía al tipo de chanza, como aquella que le lanzaba el presidente colombiano, sólo por vengar el honor de su nombre, que sería lo que hacía en aquella oportunidad; sólo que si en Venezuela el líder adeco había triunfado, y había impuesto su revolución, gracias a una sociedad donde los procesos de democratización habían igualado a la masa de ciudadanos; en Colombia, como bien lo había

demostrado la teoría Vallenilla Lanz, los mismos procesos habían sido reprimidos por la teocracia del país; lo que en otras esferas se conocía como oligarquía, y que era la que sacaba de escenario al ilustre Gaitán.

El hecho se sigue con mucho interés entre nosotros, pues la radio está abocada a su difusión, y de allí que se genere una corriente de opinión, sobre todo, en el medio en el que se desenvuelve Laureano, esto es, en el medio empresarial, y en donde los temores comienzan a acentuarse, con respecto a Venezuela, y así hay más de un amigo de éste que comienza a simpatizar con la idea de un golpe militar.

Acusábamos una gran debilidad del gobierno el hecho de permitir en sus narices la conspiración de Pérez Jiménez, al emprender el ya citado viaje, detrás del cual se hacía notar su identificación con Juan Domingo Perón; más aún cuando había amenazado al ente con levantar los cuarteles, si era que acaso no se le quería dejar entrar a su regreso, y cosa que estuvo a punto de consumarse llegado el momento, a propósito de una provocación que se le lanza a Gallegos, luego de que un grupo de altos oficiales decidiera movilizarse hacia Maiquetía, por donde habría de llegar el jefe; el maestro Gallegos estuvo a punto de ordenar la detención de cada uno de los oficiales que bajaban; fue entonces cuando Delgado Chalbaud le recomendó que no lo hiciera.

Otro síntoma de la debilidad del régimen se observa la víspera del viaje del maestro Gallegos a los Estados Unidos, quien se prepara para trasladarse a ese país invitado por el presidente Truman, cuando entonces pronuncia una alocución, en la que, entre otras cosas, menciona la soga en la casa del ahorcado; pues al referirse a su regreso, deja colar que hay la intención de no dejarlo entrar, y esto, por lo demás, genera mucha gracia en la opinión pública, quien ríe con el asunto; se va temeroso el viejo; sin embargo a la larga resultan temores infundados, pues su regreso nadie lo intercepta, y Delgado Chalbaud le entrega el poder "antes de que se oculte el sol", palabra esta tomada del mensaje que, entonces, el maestro dirige al país con motivo de su llegada, y que a Laureano le parece de poca altura.

Las dos únicas cosas que nuestro Vallenilla Lanz le reconoce, entre lo realizado por el gobierno de Gallegos, son la recopilación de la obra de Andrés Bello, por una parte, y la constitución de un instituto autónomo encargado de llevar agua a la isla de Margarita, por la otra. Así lo confiesa cuando se pone a reparar en la situación del país con alguno que otro amigo, que acude a su oficina de vez en cuando, tal un Luis Cárdenas: hay un hecho sociológico, que no puede escapar a su conciencia, y es la irrupción del Juan Bimba, personaje utilizado por la propaganda adeca para representar la idiosincrasia del pueblo; un personaje que ahora goza más de derechos que de deberes: cosa que se comenzaría a interpretar a través del pan que se le asoma en el bolsillo de su blusa; lo que significa que para él habrá un estado paternalista, que lo

recompensará con migajas; una forma de populismo más, sólo que investido de carácter citadino, puesto que Venezuela comienza a dejar de ser un país agrario, para volverse un país minero, por lo que se produce eso, que los sociólogos llaman éxodo poblacional, y así los centros industriales se verán poblados por sujetos de este tipo, esto es, campesinos recién llegados de su lar de origen; que han cambiado sus harapos por un traje de blusa, tal como se observa su respectiva facha en la tarjeta del partido AD, como una suerte de símbolo, cada vez que se presenta una elección, y quienes en lugar de andar descalzos, como los antiguos montoneros, llevan alpargatas; sujetos con un espíritu vivaz, como el de Cantiflas, el famoso personaje de Mario Moreno, y tan trepador, como éste, es decir, con las agallas bien puestas; mientras la patria los necesita para transportarlos de un lado a otro en camiones, a manera de que estén presentes en los mítines del partido, y así hagan bulto en los mismos.

A Laureano le parecía que la nación estaba acéfala, y marchaba a la deriva, en medio de un concierto de gritones, frase esta que nos permitimos tomar de sus memorias para cerrar este análisis que hemos hecho en torno a lo que consideraba nuestro Vallenilla Lanz que era el gobierno de los adecos.

Por aquellos días éste tiene la oportunidad de conocer al teniente coronel Marcos Pérez Jiménez, y el hecho se suscita con ocasión de un almuerzo en una casa campestre, situada en San Antonio de los Altos; almuerzo para el que lo invita el propio dueño de la casa; José Sosa Puccini, junto a figuras de la talla de Luis Felipe Llovera Páez; el segundo hombre mejor calificado en las FAN, después de Pérez Jiménez, en lo que respecta a estudios en la Academia Militar. Un hombre gallardo y blanco; sólo que de baja estatura como el recién nombrado; todo el conjunto de personas pertenece a la alta oficialidad allí; excepto Laureano y el propio dueño de la casa, y quien, sin embargo, está representado, en lo que atañe al uniforme, en la reunión por un hermano suyo, que porta uno de mayor.

En ese sentido, Laureano se siente extraño en medio de gente tan embotonada; no obstante la sencillez y la amabilidad del grupo se ponen de manifiesto cuando Pérez Jiménez ha comenzado a tomar fotografías; de pronto ha sacado una cámara, y así le ha dado por cuadrar a la gente en torno a su foco, cosa que se presta mucho para el contacto y la cordialidad; aparte de que Laureano se ha tropezado con Flor, la señora de éste, a quien conoce desde niña, en los tiempos en los que lo llevaba su padre a Macuto; pues era vecina del barrio, donde la familia Vallenilla tenía su casa, hija la dama del general Chalbaud Cardona, y de modo que había hasta familiaridad entre ellos; lo mismo que allí andaba otro amigo de infancia de Laureano, el mayor Alberto Paoli Chalbaud.

Una fiesta para establecer un contacto; pues Pérez Jiménez le ha dado a Laureano su número telefónico; un contacto importante porque se considera en el círculo que el futuro de la República depende de él.

La mayor parte de los diálogos que sostiene nuestro héroe con sus amigos, para ese momento, están signados por la situación política que se vive, gente que se acerca a su oficina en plan de visita, en plan de negocios; se pudiera decir que allí se repite el mismo tema de siempre; que si el problema del descontento en las Fuerzas Armadas; que si el hambre; que si la necesidad. Aparte de que en las Fuerzas Armadas se ha comenzado a sufrir del complejo de culpa por haber acompañado a un grupo de hombres, a propósito del golpe del 18 de octubre, que no era el más calificado para el ejercicio del poder; de modo que resulta bastante ilustrativo el diálogo que Laureano sostiene con un teniente coronel, quien se acerca a su oficina, justo, para comprar una parcela de su terreno en Santa Mónica, y quien le expresa a éste, luego de hablar largo y tendido sobre los tópicos expuestos:

-Son como langostas estos adecos. Están acabando con todo. La desolación es mayor en el interior que en Caracas. En el Zulia no han puesto ni un ladrillo. Yo me pregunto: ¿qué se hace el dinero? Trata de frecuentar a Pérez Jiménez. Necesita de hombres como tú. En el fondo es indeciso y aplaza las cosas. ¡Púyalo!

## II

Así como reza el dicho de que todos los caminos conducen a Roma, se podría decir en este caso de Laureano que todos los caminos lo conducen a Pérez Jiménez, tanto dentro como fuera del país, teniendo presente en esto a Medina Angarita; al teniente coronel Miguel Angel Leal, quien le hace tales aseveraciones, arriba señaladas; gente que lo ha colocado en la órbita del otro, y es, en este sentido, como Laureano comienza a cobrar una cierta importancia histórica en el contexto de estas líneas; con independencia de la historicidad que le es aneja a su persona, y, sobre todo, a partir del momento en el que se atreve a llamar a Pérez Jiménez, y se pone de acuerdo con éste para comer en un restaurante francés, que acaba de abrir un señor de esta nacionalidad en Sabana Grande, un señor amigo de Laureano. El local está relativamente solo, para el momento en el cual llegan; lo que se presta para una conversa como la que van a sostener estos dos señores, y donde comienza Laureano por abocarse a plantear la situación del país, en los términos graves en los que un opositor al régimen de Gallegos lo haría; referencias van y referencias vienen al mundo de sus personajes; cosa que lo marca al maestro, pues aquellos paradigmas que él sembró no hicieron sino comprometerlo como hombre público en un futuro; lo mismo que el calificativo de maestro, por lo que entonces habrá una mofa para tal tipo de honor, sobre todo, en aquella sonrisa que se le asoma a Pérez Jiménez, al momento de decir Laureano que, "a pesar de

que éste es maestro..." Entonces ocurre un detalle carnívoro, que suspende por un minuto el diálogo, detalle propio de una novela de Joyce, que gusta pintar estos cuadros de ordinariez de mesa, y es que Pérez Jiménez le ha devuelto al mesonero el pollo, que le han traído; argumentando que esta carne, cuando no está bien cocida, a él le produce nauseas, luego de lo cual han vuelto al tema que los ocupa: nuestro Vallenilla Lanz se larga a hablar, a plantearle el modelo de país, que él concebiría en un momento determinado, y en el que empezaría, según sus palabras, por hacer un censo con los principales problemas del país, y atenderlos con ciertos programas especiales de tipo fiscal; poniendo énfasis en el beneficio del colectivo, y no del interés privado, que será entonces su distancia con respecto a la teoría liberal; cuando ésta dice lo contrario, esto es, que hay que proteger el interés privado, por encima del colectivo; idea ésta de Laureano con la cual simpatiza Pérez Jiménez, es decir, ambos son presa de esa corriente ideológica que se conoció como nacionalismo, y que en nada los hacía diferente a los adecos; sólo que la visión de estos últimos era la del yo salvaje, y la de Laureano, sobre todo, la del yo mantuano.

-Pienso lo mismo, -le responde Pérez Jiménez, una vez que éste ha terminado de hablar- pero resulta más fácil mentir, hacer demagogia y dilapidar los fondos públicos. ¿No le han dicho a usted, doctor Vallenilla, que yo soy adeco? Muchos lo creen, inclusive unos vecinos míos en El Paraíso. Hasta el momento, es verdad, me he opuesto a todas las intentonas contra Acción Democrática. He tenido que enfrentarme hasta con mi hermano Juan, pero no ha sido por amor al partido sino a la patria. Una acción loca tendría graves consecuencias y provocaría una serie de cuarteladas, como en Bolivia. Si no fuera por mí, ha tiempo que esta gente habría desaparecido. El problema se complica hoy con la legalidad. Al menos aparentemente...

En ese sentido, Pérez Jiménez parte de que la historia la escriben los vencedores, puesto que él concibe una ley social, que consiste en señalar que la legalidad de hoy es consecuencia de la usurpación de ayer; cosa en la que coincide, de paso, con la teoría Vallenilla Lanz, cuando ésta dice que el poder civiliza al caudillo bárbaro, y lo hace actuar en el marco de la legalidad, y lo que lo lleva a ser, de hecho, constitucionalista; al tiempo de que Pérez Jiménez es de la opinión de que un gobierno se mide por el grado de su utilidad: "la legitimidad de un gobierno cesa al dejar de ser útil", dice. "El gobierno legítimo es el que presta servicios a la colectividad".

-¿Y cómo mide usted la calidad de esos servicios?, le pregunta Laureano.

-Pues por la aceptación de los gobernados, las estadísticas de producción, las obras, los resultados tangibles. Los gobiernos caen si no interpretan la voluntad colectiva. En los países civilizados, el partido desprestigiado pierde las elecciones. Entre nosotros, los tumban una revolución o el ejército. A mí

me gusta la teoría alemana. Manda quien pueda mandar, es decir, quien dispone de los instrumentos indispensables para el mando. Uno de ellos es el sufragio universal. Otro, el fusil. Claro que los demagogos, cuando les conviene, se empeñan en acreditar al uno y desacreditar al otro, pero todo, en el fondo, es palabrería.

En Caracas está de moda el espectáculo del dáncing: el famoso baile de la cintura; así que del restaurante pasan al Capri, un bar cerca de Altamira, donde se ofrece un show de este tipo, conduciendo Laureano su Pontiac convertible, que recién ha comprado, y en el que hay un aparato de radio, que Pérez Jiménez se empeña en oír, a medida que ha continuado la parla. En el cabaret hay medio mundo que conoce a Pérez Jiménez, pues el mismo, por lo demás, está que rebosa de gente, y la estatura de su personalidad lleva al mesonero a colocarle una mesa al lado de la pista. Alguien, de repente, se le acerca a Laureano, y le dice al oído:

-Andas bien "encachuchado", te felicito.

Llega el momento de la despedida, y cuando ya Laureano se dirige a su casa reflexiona en torno al personaje, y así llega a la conclusión de que se trata de un verdadero jefe; encuentra que sabe oír con paciencia, y conserva la mente fría, cosa rara, a su juicio, en un país de apasionados.

Casa de su hermana, ahora, se forman partidas de bolas criollas, que organiza su cuñado Ramón, y en las que Laureano no participa; aunque está presente en el desarrollo del juego, y esto lo divierte, porque no se olvide que, si algo hemos destacado de la personalidad suya, es su carácter sociable. Es así como tiene la oportunidad de dialogar con Rafael Caldera, hijo adoptivo del doctor Tomás Liscano, y quien acude a dichas partidas llevado de la mano de su propio padre. En ese sentido, Laureano no se explica como este tercio, siendo un connotado dirigente político, se niegue a abordar el tema de la realidad nacional con él. Sólo atina a preguntarle su opinión sobre El Gráfico, el órgano periodístico de Copei y con entera frialdad nuestro Vallenilla Lanz le riposta:

-Podría ser mejor, y las críticas al gobierno más acertadas. Sobran los temas.

En el fondo, Laureano piensa que el Copei está tan desprovisto de un ideario social, como Acción Democrática, y, en ese sentido, dice que un régimen presidido por Caldera no sería más eficaz que el adeco. "Me imagino –piensa- el gabinete: Patrocinio Peñuela Ruiz, ministro de Relaciones Interiores; Lorenzo Fernández, de Hacienda; Calvani, de Obras Públicas, y Pedro del Corral, Cancillería. No es peor el de Betancourt. Se lograría solamente el descrédito de las llamadas derechas, después de las denominadas izquierdas".

Al igual que nuestro Juan Vicente González, Laureano abomina de la democracia de partidos. Aquél había levantado la cresta; dicho en lenguaje de gallero, al mero intento de fundar el partido Liberal un sujeto de nombre Antonio Leocadio Guzmán, junto a otro grupo de notables de la época; sólo

que si en aquella oportunidad el temor era por la anarquía; Laureano iba más al hecho práctico, y así consideraba que una democracia de partidos se buscaba muchos problemas para llevar a los pueblos por las sendas del progreso, y sobre todo, aquel del clientelismo político; su sentido práctico de las cosas lo llevaba a considerar que una democracia de partidos no permitía escoger a los mejores hombres para las labores gubernamentales: "Raras veces –consideraba- la capacidad se somete, entre nosotros, a una etiqueta política. Prefiere la libertad, la independencia".

El escepticismo, asimismo, embriaga a Laureano con respecto a los políticos venezolanos, y así observa que gente como Rafael Caldera hoy está con Dios y mañana con el diablo; sobre todo, porque en las cortas conversaciones que sostiene con éste, deduce que el día menos pensado el líder socialcristiano amanece encabezando una junta de gobierno, al mismo estilo de Betancourt.

En realidad, se podría decir que el escepticismo de Laureano es con respecto a la clase política venezolana, en general; pues en otro diálogo, que sostiene con su viejo amigo Luis Cárdenas en su oficina, se confiesa admirador de Stalin y de Mao Tse Tung, mas no así de Gustavo Machado y de Pompeyo Márquez, connotados comunistas de la época, y esto de su admiración por aquellos héroes nos coloca de nuevo frente a ese fenómeno, ya observado por nosotros, de la conciencia socialista del mantuano, y el cual se había manifestado en hombres como Fermín Toro, quien proclamaba un comunitarismo cristiano, y como en el recién citado Gustavo Machado, un hombre que para la época también era considerado como de la estirpe de los amos del valle:

-En Venezuela, -expresaba- debido a una economía *sui-géneris* podría llevarse a cabo un ensayo interesante de socialismo. De hecho existe un capitalismo de Estado, como en la Unión Soviética. La riqueza privada es insignificante, y nada se opone a que convivan propiedad y colectivismo.

Aquí Laureano se acerca más al Fermín Toro, que pegó un grito en el cielo cuando el gobierno de Páez instituyó la banca financiera en el país, alegando que eso era una cosa de usura, y lo cual atentaba contra los principios cristianos; pues todas estas ideas de Toro confluían en el ideal de una sociedad comunitaria de carácter utópico, que es justo lo que Laureano ya concibe para esa época. Esto aún se observa con más precisión cuando él aborda el tema de la legitimidad del gobierno. Entonces habla de que a los gobiernos no los legitima sino el tiempo, lo cual es la garantía más inmediata de que ha sido útil su gestión, y no un proceso electoral, de donde, más bien, puede salir un gobierno que a larga se ilegitime.

-La administración Gallegos es quizás legal –consideraba Laureano-, al menos después de las elecciones, pero cada día se vuelve menos legítima por su ineptitud.

Un ejemplo patético, que Laureano lo considera como una campanada

de alarma, de la decadencia de las costumbres, a que conducen los procesos de democratización, lo encuentra por esos días en el comportamiento político que exhiben los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela, quienes han reproducido la composición ideológica del país en el recinto, y así viven un mundo político propio, que los distrae de los estudios, según nuestro Vallenilla Lanz, y cosa que lo hace pensar en otros países, más afortunados, donde se gestan importantes progresos científicos, gracias al desarrollo de la investigación universitaria. "Estamos condenados a seguir siendo colonia de los más aptos. He leído que en Suecia, el bachillerato será obligatorio dentro de pocos años. Allá hay mandarines, verdaderos sabios. Aquí, estadistas improvisados. Estoy seguro de que Malavé Villalba no podría ser líder en la Universidad de Estocolmo. Ni Betancourt primer ministro del Rey Gustavo".

Pasan los días, y Laureano se entera de que le ha causado una buena impresión a Pérez Jiménez, a propósito de un encuentro que tiene en una tienda, donde da con el mayor Carlos Pulido Barreto, gran amigo suyo, y lo cual nos pone de nuevo frente a esa historicidad que comienza a cobrar su persona, de ahora en adelante; sobre todo, porque el mayor termina incitándolo a que los tres juntos formen un partido político, si es que interpretamos por esto el hecho de que, al momento de la despedida éste le dice que tienen que reunirse con más frecuencia. Entre las cosas que han manejado, para entrar en detalles, ha sido el hecho de que Acción Democrática da la pelea en el seno de las Fuerzas Armadas, a modo de apoderarse de su poder, y para el caso piensa mover a Carlos Delgado Chalbaud del ministerio de la Defensa, para poner al teniente coronel Jesús Manuel Gámez, comandante de la guarnición de Maracay, y muy allegado a dicho partido; cosa que si llega a suceder, consideran ambos, habrá un movimiento militar.

Pero lo cierto es que esto no son sino chapuzones de ahogado; formas de inseguridad, como acontece con el hecho del telegrama que le envía, de pronto, el maestro Gallegos al teniente coronel Julio César Vargas también por esos días, a propósito de la acusación que se le hace de conspirador, y en el que le pide que se ponga a derecho, cosa que en el fondo lo que incita es a la rebelión, y, en ese sentido, se le oye decir al comandante, a raíz de la situación:

-Venezuela tiene dos presidentes; uno que manda y otro que obedece. Betancourt y Gallegos.

Entre tanto, Laureano y Pedro Sotillo, compañeros de peña en la redacción del diario Ahora, le lanzan una provocación a Betancourt; aprovechándose en la oportunidad de la falta de sentido común de un señor, que se acerca al periódico para entregar un artículo, en el que pide que se le levante una estatua a Cipriano Castro en Capacho; algo que huele a pasado, a desfase o a todo lo contrario de lo que representa AD.

¿Acaso Betancourt mordía estos anzuelos ? El traería a colación el hecho

en un mitin del partido, y así hablaría de que a "algunos les ha dado por husmear en el basurero de la historia, y proponer la erección de monumentos para hombres que no lo merecen".

La Revolución del 45 arriba a un nuevo aniversario, y lo cual se celebra con un gran acto de masas en El Silencio, y en el que se ven "juanbimbanos" por todas partes en la Caracas del 18 de octubre de ese año 48; camiones vienen y camiones van de gente. Al final, algunos de estos militantes quieren regresar con las alforjas llenas, y así se produce un triste espectáculo en una fuente de soda, que para el momento reúne a la crema caraqueña, pues a ella concurre un grupo de dirigentes adecos, a festejar el asunto del mitin, y así hay más de un juan bimba que se le pega atrás, con el cuento de que le deben dar para el pasaje de regreso; de modo que se han oído gritos de protesta en la calle contra el grupo de hombres, que se han hecho ahora los indiferentes, y quienes han tenido que abandonar a la larga el local, muertos de la vergüenza.

El gobierno adeco se tambalea, y el carácter improvisado de su gestión lo lleva a cometer acciones impulsivas, como aquella que se suscita a raíz de un asesinato, que se comete en Los Teques, por delito común, pero quien lo lleva a cabo es un dirigente adeco, y, en vista de que ha habido un grupo de firmantes de una carta, que se ha atrevido a denunciar esta situación, tomando en cuenta que el asesino no ha sido hecho preso; a este grupo se le ha mandado a encarcelar, y de aquí que más de uno en lo adelante se acercare por el periódico, que ha publicado la famosa carta, y ha retado al gobierno a que lo haga preso también, manifestando su solidaridad con los firmantes.

En el fondo, Laureano está feliz, diferente por completo a aquel Laureano que había tenido que abandonar el país, víctima de la persecución de los adecos, y esto se comprueba en el hecho de que con entera tranquilidad se dedica a vender su lote de terrenos de Santa Mónica; para el caso se pone una ropa de kaki en las mañanas, y conduce a los potenciales compradores hacia el lugar. Por la tarde, se coloca su flux, y así se dirige a su oficina para atender los asuntos relacionados con su carrera de abogado. Todo sale bien, y éste gana dinero a manos llenas.

Una de las gestiones más importantes, que hace a través de su bufete es el trabajo de legalización de una empresa, que aspira operar con una refinería de petróleo en el oriente, una empresa que está representada en ese momento por Nikita Harwich y Joe Joyner; cosa que se hace notar ya que sonará en nuestros días un Nikita Harwich Vallenilla, un historiador, y quien se dedicó a husmear el tema de Cipriano Castro en la historia de Venezuela, con una obra publicada al respecto; es decir, que habrá un cruce sanguíneo en lo adelante, entre aquel señor y una de las hermanas de Laureano. Ya veremos.

¿Hablábamos de un Llovera Páez, segundo en orden de récord de calificaciones en la Academia Militar, después de Pérez Jiménez? Este sujeto ahora

se cruza en el camino de la vida política del país. Son seres oscuros de nuestra historia, como el caso de Diógenes Escalante, y quienes sorprenden a uno, cuando estudia en la escuela, y oye hablar de ellos, a propósito de una nación que ha estado marcada por grandes líderes o grandes caudillos, mejor dicho; cuando se repasan los procesos patrios; sus nombres le suenan a uno como curiosos, al igual que el de Delgado Chalbaud, cosa que ya hemos dicho hasta el abuso, por su pedazo de caminata histórica: una breve figuración de la que nadie dice nada; mientras hay un Bolívar que desborda todo nuestra pequeña historia; lo cierto es que este Llovera Páez se nos va a presentar ahora como el cabecilla de una sedición que ya está en marcha en el seno de las Fuerzas Armadas, y que, por cosas del destino, sin embargo, y según las noticias que le llegan a Laureano, aquel Delgado Chalbaud trata de contener en esos instantes.

Una noche se presenta la señora de Brinsmade, un empresario vecino de oficina de Laureano, a la quinta Mimosa, cuando ya éste se dispone a dormir, y lo saca de la cama, con el cuento de que el marido de ella lo espera en su residencia del Country Club, ya que se trata de un asunto de mucha urgencia, lo que le tiene que comunicar; de modo que éste coge la calle a esa hora, y se presenta donde está el tercio. Es decir, lo espera para sostener una reunión, y para el caso se encuentra en esa casa el teniente coronel José León Rangel, quien luego de saludar a Laureano, le dice:

-Nosotros hemos resuelto dar el golpe, doctor Vallenilla. Es cuestión de horas, y creo que usted puede ayudarnos.

-Me permite, comandante, ¿quiénes son nosotros?

-Pues, Pérez Jiménez, Llovera Páez, yo, en fin, el alto mando militar.

-Muy bien, ¿y qué clase de ayudan esperan de mí?

-Pues que colabore en preparar los documentos y las listas de personas que, en su opinión, deberían ser llamadas a ocupar cargos elevados.

-Perfectamente. En primer lugar, hay que redactar una Acta Constitutiva de la nueva Junta de Gobierno. Para ello se requiere la cooperación de uno o varios abogados de renombre, reconocidamente opuestos al actual orden de cosas, como los doctores Carlos Sequera, Manuel Octavio Romero y Luis Gerónimo Pietri. No es lo mismo que confeccione yo un texto de esa trascendencia a que lo hagan ellos. Si usted me autoriza, les hablaré mañana dentro de la mayor reserva. En cuanto a los compatriotas que podrían eventualmente desempeñar ministerios, es cuestión de reflexionar durante algunas horas. Consultaré con la almohada.

-De acuerdo, doctor. Proceda con la mayor discreción. Estaremos permanentemente en contacto.

A la mañana siguiente nuestro Vallenilla Lanz, contacta al escritorio jurídico que ha sugerido, a modo de encomendarle la tarea; cosa que se acepta por aquella parte, y aquí viene una situación cómica, vista a la distancia de la

historia, pues al acudir Laureano donde la señora Margot Boulton de Bottone, a objeto de proceder a hacer la lista del posible gabinete, resulta que aquí ya le han salido adelante con otra de esta especie; de modo que a éste no le queda sino sugerir alguno que otro nombre, como el de Juan de Dios Celis Paredes, para la gobernación de Caracas.

El que esto escribe tiene un amigo; Eliécer Llavaneras, hijo de un famoso general trujillano, que siguió, sobre todo, en la década de los sesenta las entregas de estas memorias de nuestro Vallenilla Lanz, que fueron apareciendo por la revista Elite; siendo, justo, esta parte la que más lo ha marcado: traída a colación al momento de evocar la obra, cuando entonces me habló sobre ella; al tiempo que me brindó otros datos, relativos a la época que se reseña, que lo más probable es que vayan saliendo, puesto que a él y a otros historiadores más, amigos míos, debo valiosos aportes, en ese sentido, y a quienes debo mencionar por reconocimiento a sus debidos créditos; pero decíamos que este amigo había quedado con una fijación en esta escena, porque le parecía una situación cómica aquella, donde se daba una proliferación de listas de nominados a altos cargos, como cambures que se reparten, y como tal a la venezolana se utiliza la expresión "reparto de cambures". Por lo demás, este amigo tiene una gran familiaridad con estas páginas, en virtud de que, su padre, fue uno de los que compró terreno en esa época en Santa Mónica, y así que su infancia se desarrolló por estos predios.

Al dirigirse a su oficina, Laureano se encuentra al teniente Molina Casanova, que lo espera para comunicarle que el mayor Tomás Mendoza se ha sublevado en un cuartel de La Guaira, y ha dirigido por radio un mensaje a la nación.

-Esto no lo para nadie –expresa Molina Casanova-. Los adecos están "chorreados". Llamaron a Mario Vargas a los Estados Unidos y enviaron al doctor Giacopini Zárraga al Territorio Amazonas para ver si detienen la cosa, pero qué va. El negro Pulido Barreto me dijo que Pérez Jiménez estaba dispuesto a echar p'alante, y ellos no van a atacar al "mono" Mendoza en La Guaira. ¡Que vayan los adecos si son guapos!

Un hombre caído de la mata se presenta esa mañana a la oficina de Laureano, con la finalidad de pedirle su firma, a nombre de la ciudadanía, para protestar por un supuesto golpe militar que se avecina; poniendo como capital, entre el grupo de firmas, que ha recolectado, la de Eugenio Mendoza; sólo que el susodicho no parece muy ganado con la idea, y, al respecto, le responde:

-Bien sabes que no haré nada a favor de Acción Democrática; por lo tanto, no cuentes con mi firma.

El hecho de que le haya vendido el nombre de Eugenio Mendoza, entre el capital de aquellas firmas que porta en su carta, lleva a pensar a Laureano: no es que le parezca una deslealtad, aunque sí motivo de preocupación esta

oferta, por la circunstancia de ver un amigo comprometiéndose de tal modo, sobre todo, en un momento en que las cosas no están muy claras para el partido de Gallegos, y tanto así que, de pronto, se ve camino a casa de Eugenio, a objeto de pintarle la realidad: hacerle ver que no le conviene aquel tipo de compromisos; cosa nada fácil tratándose del primer contratista del gobierno; no se olvide que él llega a dicho régimen por la vía de un hermano suyo, a quien nombran ministro, y quien tiene con Laureano una bronca, por lo demás, y por aquí se explica el hecho de que le haya ofrecido su apoyo al gobierno de Gallegos. Nunca había abierto la boca Eugenio en contra del régimen surgido a raíz del año 45; a pesar de que las veces que había pasado por Nueva York, cuando entonces se habían visto, Laureano no había dejado de quejarse de las situaciones, en lo que atañe al orden prevaleciente en Venezuela.

La propia Luisa, la mujer de Eugenio, tiene una gran afinidad con nuestro Vallenilla Lanz, siendo también amigos desde niños, de modo que allí está como en su casa; Laureano llega en el momento en que éste toma una ducha para disponerse a almorzar; Luisa lo invita a esperarlo, y así que cuando Eugenio aparece, lo primero que hace la pareja es destapar una botella de vino seco, como le gusta al amigo, para celebrar el hecho: lo cual lo compromete a aquél, habida cuenta que también en casa lo espera su mujer con el almuerzo; los Mendoza lo invitan a comer langosta con mayonesa, aunque más vale que no, pues en el momento en que llama a la Nena para reportarle la circunstancia en la que se encuentra, resulta que ésta le previene que allí está una comitiva de parte del doctor José León Rangel esperándolo, y que quiere ultimar detalles con él; pobre de Laureano, apenas llega a probar la langosta; enseguida se marcha. Pero en ese lapso aprovecha para advertírselo: "Gallegos está caído; no te conviene..." así Eugenio se queda diciéndole:

-Gracias, muchas gracias.

En la comitiva, que espera a Laureano, está un vecino suyo, Jaime Martí Cordido, además de Angel Fernández Rubio, y ambos lo buscan a objeto de que se traslade donde Gerardo Sansón para que lo imponga de lo relativo a su nombramiento como ministro de Obras Públicas, por órdenes de José León Rangel; un asunto que ya se ha convenido, a raíz de la confección de la última lista del gabinete, que se le había pasado a éste, a objeto de que avalara el nombre de dicho Sansón en la misma, y esto debido a la amistad que reina entre éste y nuestro Vallenilla Lanz. En ese sentido, la comitiva toma rumbo a Las Mercedes, donde se encuentra la casa de Sansón; no está allí en aquel preciso instante, aunque su mujer les informa que juega al golf en un campo cercano: hacia allá se dirigen; Laureano lo encuentra en el hoyo número dos, lo llama aparte y le hace el ofrecimiento. El hombre sorprendido vacila, le dice que le avisará al siguiente día:

-No –le responde Laureano-, debes contestar de una vez si aceptas o no.

El tipo se rasca la cabeza:

-Bueno, convenido, pero si el asunto fracasa, yo no he hablado contigo. No soy político y no quiero meterme en brollos.

-Convenido. Si fracasamos, tú ignoras todo.

De allí, la comisión se devuelve a contactar al doctor Rafael Pizani, postulado para el ministerio de Educación, pero en esta diligencia ya no participa Laureano; por lo que se separa del grupo.

De nuevo se encuentra con el teniente Molina Casanova, que está como por matar tiempo en su oficina:

-Estamos prácticamente acuartelados, doctor, pero he solicitado permiso del mayor de Rosa para salir un rato. El golpe será esta noche o mañana a más tardar. Ya no aguanto más. Llevamos diez días de tensión nerviosa.

Laureano se siente ahora tan comprometido, que se ve calmando al sujeto, arguyéndole que el caso está en buenas manos, y que todo saldrá bien.

A esta altura hay mucha gente que ya ha quemado sus naves; caso concreto el de José León Rangel, cuya mujer tiene dispuesto dormir casa de un norteamericano, amigo de la pareja; pues éste piensa pasar la noche guerreando y, mientras tanto, ella lo acompaña, lo acompaña en el instante en que se da un encuentro entre Laureano y Rangel, en horas de la tarde donde Brinsmade, y cuya casa viene a ser como una especie de centro de operaciones. ¿Cómo están las cosas a nivel del alto gobierno? Ya Gonzalo Barrios habla de una fórmula de entendimiento, lo que significa que él mismo está consciente de que se encuentra frente a una crisis, y que el único sereno es él; aunque ya la sentencia del bando de Laureano es que Barrios ha hablado demasiado tarde.

Entre tanto, Betancourt está a la espera de la sombra protectora del teniente coronel Marcos Vargas, a quien han sacado de su lecho de enfermo, en una clínica de los Estados Unidos, donde se haya recluido, y así el sujeto se ha venido para tratar de calmar ánimos, quizás en su condición de inspector general de las Fuerzas Armadas; aunque Vargas debe sortear obstáculos, y los cuales comienzan desde el mismo aeropuerto de Maiquetía, donde está el mayor Tomás Mendoza, jefe absoluto del Litoral, como un caimán en boca de caño, para decirlo a lo criollo; pues el susodicho tiene la facultad o bien de dejarlo subir a Caracas o bien detenerlo al bajar del avión.

El rumor sobre el ruido de sables es algo generalizado ya cuando cae la noche, como lo comprueba Laureano al tropezarse con un amigo en el estacionamiento Metropolitano, hacia donde se ha dirigido a buscar su automóvil, una vez devuelto de donde Brinsmade; amigo que le revela que en esta situación, según se ha enterado, está comprometido desde el comandante de la policía, hasta la alta cúpula militar, y de hecho el complot comienza a llevar el nombre de militarista. El adeco es la representación civil en este caso, y demás está decir que se halla arrinconado.

Casa de Laureano está Martí Cordido, el famoso vecino suyo que, justo, lo espera para notificarlo sobre la suerte que han tenido al momento de contactar a Rafael Pizani; pues resulta que a éste lo ha indignado aquel ofrecimiento, y lo indigna al punto de que amenaza con denunciar el complot, cosa que asume con mayor ahínco la esposa del tercio, quien se muestra mucho más reacia aún, en este asunto de defender el régimen de Gallegos, que aquél; tanto es así que llega a decir que es ella la que va a hacerse cargo de la denuncia, y lo cual lleva a la gente de la comisión a radicalizarse, y así que le responde Fernández Rubio, que si eso sucede, de inmediato, la detiene.

-¿Y quién es usted?

-Yo soy un miembro del alto mando militar, le responde el susodicho.

Hay gobierno de sobra; Martí Cordido y Laureano ríen con el asunto; bajaran el nombre de Augusto Mijares, un intelectual de mucho prestigio: también a él lo pueden contactar.

Entonces les da por sintonizar una radio dominicana, que se oye en horas de la noche con toda claridad en Caracas, y en donde se enteran que el presidente de dicho país insular, el general Rafael Leonidas Trujillo, ya ha reconocido al gobierno, que se ha formado en La Guaira, con el mayor Tomás Mendoza a la cabeza del mismo. Es cuestión ahora de fusilar a Betancourt; así que a continuación del reconocimiento de aquel régimen paralelo al de Gallegos, el locutor, que ha transmitido la nota oficial, se ha permitido decir toda clase de improperios contra el líder adeco, a nombre del Benefactor, como se le conoce a Trujillo por esos días en Santo Domingo, su más odiado enemigo.

Laureano está convencido de que se trata de una sedición que se desarrolla sin problemas, y esto se ve en el hecho de que no le hace caso a temores infundados; cosas como las que supone Martí Cordido que los adecos saldrán armados, para el instante que sea necesario defender al gobierno, lo que hace presumir que se está al borde de una guerra civil; Laureano se desentiende de estas suposiciones con el alegato de que nada ocurrirá si los militares toman el poder.

-Sucederá como en el Perú – le arguye antes de despedirse a su vecino-, donde apristas y partidarios del presidente Bustamante se esfumaron al asumir el general Manuel Odría.

Nuestro Vallenilla Lanz descansa, digamos, a continuación; se levanta 23 de noviembre; se dedica a sus labores habituales, relacionadas con la promoción y venta de sus terrenos de Santa Mónica. La fecha del día es importante para su casa, ya que se trata del cumpleaños de María Luisa, su hija, y, como tal se prepara una fiesta infantil, pero a la que no pueden asistir más que un par de vecinitos, habida cuenta del grado de las circunstancias por las que se atraviesa. En horas de la tarde, como el día anterior, Laureano se dirige a la casa de Brinsmade, a objeto de imponerlo de todo lo relacionado con la misión

que se le encomendó, por lo que viene a colación de nuevo el cuento de Pizani y compañía.

Ya ha llegado Mario Vargas, cosa que se la informa Brinsmade a Laureano, de su lecho de enfermo en el norte: la última salvación para el gobierno de Gallegos; pero para nada han hecho mover al pobre, porque de la reunión que han sostenido éste y Giacopini Zárraga con la cúpula militar, en una casa de El Paraíso, y en donde la voz cantante la ha llevado el teniente coronel Llovera Páez, por la parte militar, no ha salido humo blanco, pues el susodicho no ha cedido ni un milímetro; según palabras de aquél: el sujeto ha sido elocuente y preciso.

Al final del encuentro fijan una estrategia, como hombres de confianza de Rangel; quien permanece acuartelado en Miraflores, mientras ellos se quedan en sus respectivas casas, a la orden de cualquier llamada telefónica suya; Laureano es uno de los pocos criollos que emplea el verbo telefonear, y esto por su influencia gala; así que quedan en que éste "lo telefoneará" a él, a modo de que salga a convocar a la representación civil, que va a conformar el nuevo gobierno, a la hora de dar la cara ante la opinión pública; si es que acaso se precipitan las acciones, y así hay que salir a formar gobierno a toda prisa.

Transcurre la noche del 23 de noviembre; todo dice que la situación está normal, en lo que respecta a Laureano, a no ser porque bien temprano en la mañana tocan la puerta de su casa: Brinsmade en persona, que ha venido en busca suya, pues Rangel quiere que se apersone, de inmediato, en el cuartel de Miraflores, y así que desde muy temprano toman rumbo hacia la famosa sede del ministerio de la Defensa; por lo que se llevan, de paso, al vecino de nuestro héroe, a Martí Cordido. Caracas luce apacible, a medida que ruedan. En la puerta del cuartel está el teniente Molina Casanova, quien hace entrar a la comitiva sin mayores dificultades; y entonces los pone en contacto con el mayor Antonio de la Rosa; quien, a su vez, los pondrá en contacto con Rangel, tan pronto marche en su búsqueda, y los deje a ellos en el casino de oficiales. En ese sentido, Laureano se da a espiar el movimiento de los soldados afuera, en los patios; observados por él a través de los ventanales; quienes están como agitados; se oyen ruidos de motores de tanques, y este hecho lo convence de que se prepara un interesante espectáculo.

Para el momento, el comandante Rangel está preocupado, en vista de que se ha enterado de que, al parecer, ha habido un entendimiento con Gallegos a última hora, en el entendido de la conformación de un gabinete con gente independiente; como se lo comunica al grupo durante de la entrevista, y quién sabe si es que Laureano está malhumorado; pues de inmediato estalla al oír esto, y expresa que le parece una irresponsabilidad de parte de Pérez Jiménez, y por allí se larga:

-El caso de los militares –dice- es distinto. Los conjurados serán nombra-

dos agregados en alguna embajada o los enviarán a hacer estudios en Europa, pero nosotros, los que no tenemos charreteras, pararemos en la cárcel, y se nos enjuiciará.

Lo cual no niegan sus interlocutores, es decir, Rangel y de la Rosa; sólo que le hacen ver, al mismo tiempo, que en el fondo él lo que está es alterado, y así que lo incitan a que no pierda el ánimo, recomendándole que no se aleje mucho de ellos; y así que al final de la conferencia nuestro Vallenilla Lanz se dirige a los pasillos, donde hay oficiales y gente con quien hablar, a modo de no distanciarse mucho de allí.

Aquí huele a traición, a propósito de las conversaciones que dejan escapar los uniformados, y que logra captar Laureano, y en momentos en que se dice que Delgado Chalbaud acaba de entrar al fuerte con un mensaje del presidente Gallegos. Viene, justo, de la casa del maestro. Laureano oye decir a un joven capitán:

-¡Mientras no saquemos a este hombre no se hará nada! Es un adeco camuflado.

Cosa que apoyan sus compañeros:

-Es verdad, es verdad. Hay que salir de Delgado Chalbaud y de Mario Vargas.

Los gritos provocan la aparición de Luis Felipe Llovera Páez, quien abre la puerta de la oficina de la jefatura del estado mayor, y repara:

-Paciencia señores. Si Pérez Jiménez no quiere dar el golpe, procederemos nosotros.

Y lo que calma los ánimos entre los milicianos, quienes terminan por reconocer que ese es el jefe que les faltaba.

En ese momento se dispara Delgado Chalbaud o esa es la impresión que produce su aparatosa aparición, desde una puerta batiente, en esos pasillos; tenso el hombre; cosa que la corrobora su palidez, y lo que incita a la oficialidad a proferir frases hostiles contra su persona, como cuando a un perro se le transmite temor, y entonces el animal azuza. Viene en mangas de camisa, a pesar de su condición de ministro de la Defensa. El tercio pasa por un lado de Laureano, y se hace el que no lo conoce; aun cuando al entrar en un despacho, enseguida viene el teniente Luis Felipe Ramírez hacia su persona, y lo invita a pasar adelante, con el alegato de que el comandante quiere hablarle.

-¿Qué haces tú aquí?- le pregunta a nuestro héroe con cara de malhumorado.

-Vine convidado, Carlos, por el asunto que tú y yo sabemos.

-Ah, tú también eres golpista, entonces. ¿Qué se dice en la calle?

-Que el gobierno está en el suelo; pero donde más se dice es en los cuarteles. El movimiento es incontenible.

-Bueno, que todo sea para el bien de Venezuela.

Otro amigo, Gerónimo Pérez Rescaniere, biógrafo, por cierto, de Carlos

Delgado Chalbaud, asegura que éste fue un hombre con un cierto arrojo suicida. Allí estaba en la cueva del oso, como se dice comúnmente; es decir, había ido allí en plan de temeridad, y así balbucía entre dientes, delante de Laureano:

-No sé que esperan para ponerme preso.

En eso entra Pérez Jiménez; aparece con un lápiz grueso en sus manos; se mueve con una gran serenidad, saluda; Laureano le lee en el rostro que viene en plan de confidencia de algo; luego de lo cual opta por desaparecer.

A continuación nuestro héroe se tropieza con el otro proscrito, que también impugnaba la oficialidad, con Mario Vargas, bajando unas escaleras; un sujeto a quien no ve, por cierto, desde hace más de cuatro años; bien alimentado el hombre, y cosa que se aprecia en sus mejillas, que entonces se le han llenado, y quien lo saluda a éste con ironía; pues, a pesar de que lo toma con una cierta confianza por el brazo, le expresa:

-¿Cómo está mi doctorcito? Gusto de verlo.

No se olvide que a nuestro Vallenilla Lanz lo va a perseguir el famoso diminutivo de su nombre; como aquella vez, cuando andaba con el presidente de Haití en un automóvil presidencial, y al verlo una mujer de la calle le gritó cosas chocantes, en una de las cuales venía envuelto el famoso Laureanito.

En ese sentido, éste desciende hasta el patio del cuartel de Miraflores, y una vez allí tendrá la oportunidad de ver al grupo de figuras, que se tienen por "ministeriales"; quienes entran al cuartel, detrás del mayor Gregorio Contreras Godoy, y entre los que se encuentra su amigo Gerardo Sansón.

Y la prueba de que todo era una simple suposición, es decir, de que el maestro Gallegos había comprado el golpe, estribaba en el hecho de que, una media hora más tarde, se iba a aparecer el teniente coronel Rangel, proveniente del despacho de la Defensa; con la novedad de que, definitivamente, el golpe había quedado fijado para las doce del día en toda la República; una novedad que corría, ahora, como pólvora en aquel mundo de uniformados de verde oliva, y lo cual provocaba una hurra generalizada en esa tropa, es decir, un estado de satisfacción. Es así como se oía la voz del comandante de la Rosa, quien comenzaba a alardear de su condición de miliciano, a propósito de un girado de instrucciones que lanzaba, en torno a lo que iba a ser la estrategia a seguir.

¿Uniformados? Allí todo el mundo está en pie de guerra, puesto que hasta de verde oliva andan los choferes de los altos oficiales, cuando por lo común esta gente anda vestida de kaki oscuro; algo así como cuando una tribu de indígenas está toda rayada, y suenan tambores de combate, a propósito de las películas de televisión.

En eso llega un gringo solicitando al teniente coronel Rangel, perdido el hombre de todo aquel berenjenal de situaciones, puesto que viene en procura de aquél sólo para que le dé unos boletos para una corrida de toros, próxima

a realizarse en Caracas; agregado militar de la embajada el gringo, amigo del mencionado Rangel, y a quien en lenguaje llano se le podría calificar de "pajúo"; una presencia que, de hecho, genera un altercado en la persona del teniente coronel José Joaquín Jiménez, quien se dirige a Laureano, y le dice:

-No acepto que un yankee intervenga en estas cosas. ¡Protesto!

Pero para eso está Rangel allí, quien le explica el motivo de la visita del sujeto, lo que entonces comprende José Joaquín, y quien asienta:

-Si es así, es distinto; pero que se vaya enseguida.

Desde el cuartel del ministerio de la Defensa se puede observar la acción de los pillos de los adecos, quienes vacían los archivos del palacio de Miraflores, y los llevan a toda carrera hacia unos carros, y hay alguien que se ha fijado en este hecho; sólo que por el momento no es posible hacer nada; porque cualquier provocación en la que se caiga aborta toda la situación. El grupo de Laureano se encuentra en lo que llaman el motoblindado del ministerio de la Defensa, y así ven a los tipos que se llevan folios del palacio de Misia Jacinta, como se le conoce también a la famosa casa de gobierno nuestra; como ven salir a Alejandro Oropeza Castillo y a Henrique J. Velutini dos hombres notables de la época, lo que significa que los altos funcionarios se dan a la fuga.

En medio de esta tensión viene a dispararse un arma; un proyectil que se le va a la del doctor Víctor M. López, y el cual, por suerte, no da sobre ningún blanco importante; problemas, tal vez, con el seguro de la misma.

El liderazgo de Laureano en esta jornada se puede medir por el hecho de que la gente, que viene a sumarse a la revolución, por quien preguntan en la puerta del cuartel es por éste; así se da el caso de Alejandro Ibarra Casanova y don Henrique Pérez Dupuy, quienes llegan, uno detrás del otro, solicitándolo a él. Así pudiéramos concebir que Laureano es la gran eminencia gris de esta situación.

En este asunto podríamos seguir ahondando, además, porque viene enseguida un papel importante para nuestro héroe; encomendado por Pérez Jiménez, quien lo llama a la oficina para solicitarle que, en virtud de que se ha decidido formar un régimen regido por un triunvirato militar, contacte a los abogados, que están abocados a la redacción del acta de gobierno, para que incluyan esta cláusula.

Es decir, ese es su mundo; lo cual lo dice, además, el hecho de que a la hora de procederse a la toma del palacio, Rangel designa a Laureano, para que encabece la representación civil, que va a estar allá, flanqueada por los milicianos; representación en la que, entonces, Laureano va a incluir a Ibarra Casanova y a Martí Cordido.

Nuestro Vallenilla Lanz estaba en el momento y en el lugar en el que tenía que estar, a propósito de su condición de príncipe o de su condición de hombre de palacio; muy diferente, por cierto, a la de su padre, en ese sentido,

a quien más bien habría de considerarse de condición de monje o de condición de hombre de monasterio, si es que nos atenemos a las categorías de Splenger, quien divide a los hombres en dos clases; el hombre de palacio, esto es, el hombre guerrero; el hombre del monasterio, esto es, el hombre sabio: he allí la sutil diferencia entre el Laureano, padre, y el Laureano, hijo; y así que, de nuevo, la política lo arrastraba a éste, para llevarlo a ser aquel paradigma de príncipe, tal cual lo había soñado en su juventud, digamos al margen de sus memorias.

Entre tanto, se dejaba colar la parla, en francés, del médico del batallón por el teléfono, quien hablaba con su mujer, y así entendía que éste le informaba de la caída del gobierno de Acción Democrática.

¿Desvanecimiento de un orden de cosas? Nuestro Vallenilla Lanz había llegado al instante en el cual podía sentarse en la puerta de su casa a esperar para ver pasar el cadáver de su enemigo; cuya metaforización podía radicar en aquellos tanques o en aquellos camiones repletos de soldados que ahora veía que salían del cuartel, es decir, era llegada la hora de su venganza política.

Poco antes del mediodía deciden movilizarse hacia el palacio de Miraflores, el cual dista del cuartel a sólo unos pasos, y lo hacen, quizás, por impaciencia; al final, no les lleva mucho tiempo alcanzar sus corredores; a pesar de que en el interior de las oficinas todo está bien cerrado, en especial, la puerta del despacho presidencial, que, prácticamente, los pillos de los adecos han sellado; pero sobre la que pueden más dos humanidades, que se han lanzado contra sus hojas; cediendo, en ese sentido, la cerradura.

En el escritorio del maestro Gallegos hay un almanaque que reza 24 de noviembre, fecha histórica, en consecuencia, para los anales patrios; aparte de que por allí anda también la lista con las audiencias de ese día; la que encabeza, para sorpresa de Laureano, Mario Briceño Iragorri, y quien, de hecho, ya se encuentra en el palacio, para el momento en que se dan estos acontecimientos; y así que surge de entre el grupo de los detenidos que se van apostando en una fila en uno de los corredores; como si letra y personaje tuvieran una correspondencia en esta oportunidad, y esto por el hecho de que al mero ver a Laureano, enseguida comienza a dar voces el pobre Briceño Iragorri; a decirle que interceda por él, y lo que lo llama a la compasión; para entonces ocuparse de hablar con zutano y con perencejo; y de modo que viene a quedar libre el susodicho.

De seguidas, Laureano lo invita a sentarse en las poltronas de mimbre del corredor del palacio, mientras uno de la servidumbre se acerca a ofrecerles un brandy.

-No sería malo. –responde don Mario- Todavía no he vuelto del asunto.

Respuesta que mueve a risa a aquellas dos almas; aunque de inmediato Briceño Iragorri se ve precisado a buscar la forma de conducirse hasta su casa;

dada la situación de estado de sitio, que comienza a prevalecer en el país: "No te preocupes, viejo, yo tengo carro". He allí la respuesta de Laureano. El vehículo suyo ha sido llevado para cierta diligencia; Laureano le promete que al llegar la comisión, lo envía a su residencia; es decir, Laureano manda aquí, como decimos en criollo, cosa que no deja de ser percibida por Briceño Iragorri, quien le inquiere:

-¿Y qué vas a ser tú dentro de la nueva situación?

-Pues nada; absolutamente nada. Tengo mis negocios. Mi aspiración es que desaparezca del poder Acción Democrática, y sospecho que Dios va a complacerme.

Poco después se acerca Rangel con un preso muy importante; José Giacoppini Zárraga, con quien simpatiza más bien; pero, sobre todo, por el sentido del humor de éste, quien al escuchar de parte del teniente coronel decirle a Laureano que queda bajo su custodia, le dice con la viveza del caraqueño.

-Soy tu preso.

Por delante de ellos pasa la fila de los detenidos, y entre quienes va Mario García Arocha, quien ahora le extiende los brazos a Laureano en son de súplica:

-Diles a ellos que, por favor, no me hagan daño. Siempre he procedido correctamente.

De ese lote, además, hacen separar a otro preso, y lo juntan con Giacopini Zárraga; un tal Nass, o sea, una figura importante en aquella esfera, y quien queda también a cargo de Laureano. Un sujeto altanero, por lo demás, y quien mira con reproche a los oficiales, como con una cierta provocación.

La Venezuela de la segunda mitad del siglo XX había visto con una cierta conmiseración al maestro Gallegos, y debido a este tránsito suyo por la política vernácula; en cuyo terreno representaba la novela que, de sus manos, nunca iba a salir, y esto que hacia la primera mitad de la centuria había sido un hombre exitoso, como figura pública. El mismo llegó a confesar que manejaba a su medio como si se tratara de personajes novelescos; porque, por lo demás, él se jactaba de saber manejar seres humanos, por esa vía. Es así como deja en el despacho presidencial a Delgado, a Pérez y a Llovera, esto es, al futuro Triunvirato, que se allega a su oficina, para exigirle una serie de condiciones, entre las cuales estaba la de la expulsión inmediata de Rómulo Betancourt del territorio venezolano; los deja, decíamos, como tres personajes que quedan a cargo de la responsabilidad de un país, luego de negarse a las diferentes solicitudes que éstos le han plateado, digamos de paso, diciéndoles que en sus manos quedaba el destino de la patria, etc.; buscando chantajear al trío por medio de frases éticas; cuando aquí es militarismo lo que se destila por la ideología de estos comandantes. Al día siguiente el tercio cree que nada ha pasado; circunstanciado por alguna queja doméstica, quizás, llama al mayordomo de Miraflores, cuando ya sabemos todo lo que ha pasado y lo que no ha pasado en su

oficina; el teléfono es tomado con mucho sigilo del otro lado; el famoso mayordomo Suárez le responde; éste habla duro para que se le entienda bien:

-¿Sancocho de pescado? ¡Que va! Ahora está mandando otra gente. Mejor que no venga. Sí, señor don Rómulo. ¡O-tra gen-te! Eso es.

He allí la revolución o la contrarrevolución del 24 de noviembre de 1948; cosa de la cual se cumplen para el momento de escribir estas líneas 51 años, puesto que para la fecha que paso por ellas corresponde al mes de noviembre: ¿vasos comunicantes entre una y otra realidad? Bretón decía que pedazos de realidad siempre se inmiscuían en la producción del artista, y entonces parecía que había una correspondencia, en ese sentido; pero lo destacamos, para darle, además, carácter de diario en esta parte a esta novela biográfica, es decir, 24 de noviembre de 1999; un diario que ha hecho de una revista, con una colección de entregas, como observábamos atrás, un personaje también, y así habríamos de referir, ya que la oportunidad se presenta, que a continuación, en la página que le sigue a la del recuento de este episodio, viene una fotografía, cuya leyenda, justo, comienza señalando que "el 24 de noviembre de 1948 Delgado Chalbaud, Pérez Jiménez y Llovera Páez dieron un golpe de estado..."

Se trata de una revista amarillenta; algo a lo cual se le ha calificado de incunable, por alguna mano que la ha revisado; mientras yo le cuento la historia de una clínica de un odontólogo amigo, donde la conseguí, y entonces le hablo de mi proyecto literario; una revista que, a esta altura, lleva más de dos años en un portafolio, que cargo para arriba y para abajo; puesto que en mi trabajo, cuando tengo tiempo me da por rayar en una libreta de secretaria todo lo que le voy refritando, como decimos en el periodismo, al famoso Vallenilla-Lanz Planchart. Y si se trata de una revista amarillenta; también tendríamos que hablar de una fotografía amarillenta, por tanto, aquella en la que se observa a un Pérez Jiménez triunfante; un hombre con la cara de un niño: lentes negros de montura gruesa; que marcha a ritmo marcial; vestido de chaqueta y corbata, además de una gorra de campaña; y quien, según el testimonio de la fotoleyenda, para ese momento abandona Miraflores, "luego de varios días de ininterrumpida actividad..." Detrás de él viene también un Delgado Chalbaud ojeroso, vestido con una chaqueta más bien mugrienta; sin corbata: descuidado, en su conjunto, y luego el héroe triunfante, si es que se permite llamarlo así, aparece flanqueado por un capitán y un mayor.

También en la página de enfrente hay un Pérez Jiménez que lleva a cabo otro protagonismo; pero esta vez será de signo trágico, remontándonos en el tiempo; ya para el año 58, y esto lo hace la mano que cuadró estas memorias en la revista, en virtud de que quiere comparar al personaje en dos épocas, a través de dos gráficas; algo que ya nos habla del desenlace de lo que será esta circunstancia.

Pero estábamos en que Laureano quedaba a cargo de dos importantes

presos; mientras el comandante Rangel se marchaba; aparte de que éste también asumía la coordinación de la oficina del telégrafo, lo que significaba que todo mensaje, que llegara, tenía que pasar por sus manos. En ese momento Laureano aprovecha de enviar a Briceño Iragorri con un oficial. El escritor trujillano se despide suyo atajándole:

-Es más interesante hacer la historia que escribirla.

Cosa que le parece a Laureano una frase muy solemne; mientras lo ve alejarse con su bastón y un imponente sombrero de fieltro.

A continuación nuestro Vallenilla Lanz se dispone a conocer la famosa mansión de Misia Jacinta o a recrearla más bien, puesto que todo aquello le es familiar, siendo un asiduo visitante de ella desde la época de la niñez; cuando entonces acudía allí con su padre. En ese sentido, éste se fija en el hecho de que el cuarto, donde había sido asesinado Juancho Gómez, lo han transformado en un lujoso baño para visitantes; pues a partir de la época de Medina Angarita el asiento presidencial adopta más majestad, y es cuando entonces se le da más carácter oficial, dejando de ser, por ejemplo, residencia del presidente de la República; se contratan los servicios del pintor Tito Salas, un epígono del movimiento académico venezolano, quien se aboca a producir cuadros alegóricos a nuestra gesta de independencia, para el ornamento de sus salones; así como se adquieren obras de los propios académicos: Michelena, Rojas, y, por esa vía, se procede a realizar el resto de las modificaciones, que habrán de darle el toque público a aquel palacete, y que ahora Laureano distinguía, a propósito de su recorrido. Se trata de un palacio de corte ecléctico o de aquel estilo arquitectónico francés del siglo XIX que combinó todas las formas, y que para la época de Joaquín Crespo tenía mucha acogida en el país, en virtud del afrancesamiento de su sociedad; y a pesar de su magnificencia, Laureano lo encontraba incómodo, insalubre; expuesto a los vientos vespertinos de Catia, que le pegaban, sobre todo, en sus huesos, cuando entonces caminaba por aquellos corredores. El nombre de Misia Jacinta derivaba del hecho de que así se llamaba la mujer de Crespo; una expresión que se utiliza mucho en nuestras crónicas históricas.

A los minutos se encuentra con uno de los incondicionales de Pérez Jiménez; con el ingeniero Eduardo Röhl, director del observatorio Cajigal, y a través de él se informa que el golpe ha sido todo un éxito en el ámbito nacional, y así se maneja que ha sido recibido con júbilo por la población, y que, si acaso, ha habido una anormalidad, ha sido sólo en la guarnición de Maracay, donde su comandante ha dejado colar una protesta; pero cosa que no ha pasado de allí.

Más interesante aún ha sido, en lo relativo a este capítulo, la reacción de la parte civil, donde ha habido el intento de conformar un gobierno de resistencia con las figuras de Valmore Rodríguez, presidente del Senado; de Manuel Pérez Guerrero, ministro de Hacienda, y Luis Lander, presidente de la Cámara

de Diputados. La nueva junta de gobierno, sin embargo, se ha movido, y así éstos han sido arrestados, cuando no huyen; como sería el caso, según Laureano, de Manuel Pérez Guerrero, quien se marcha con una botija de dinero en sus manos, producto de las arcas públicas; al tiempo que ríe con el hecho de que Lander ha sido aprehendido con un disfraz de repartidor de leche, con el pie ya puesto en Maracay, incógnito por completo.

El hambre cunde en aquellos estómagos; de pronto hay alguien que ha dado con el hecho de que al maestro Gallegos se le esperaba ese día con un sancocho de pescado; y así que "la casa es nuestra". La mesa, además, es servida con una botella de vino de Burdeos; con la que se ha aparecido un funcionario que lo llaman Habilitado. Uno de los presos, Nass, se muere de tristeza; no ha querido probar un bocado el pobre; mientras el otro, Giacoppini Zárraga, ha tomado las cosas con calma, y ha ido a la mesa con Laureano y su grupo; por lo que se ha sabido, a través de él, que su presencia en el régimen de Gallegos había sido en representación de las Fuerzas Armadas, para las que trabajaba; pero que, en lo particular, no tenía vínculos con los adecos.

Después del almuerzo Laureano llama a su casa, para calmar la inquietud, que pudiera estar causando su tardanza; como, en efecto, lo comprueba, sólo que por allí reina la absoluta calma; al igual que en el resto de la ciudad de Caracas, es decir, todo está tranquilo, en lo que atañe a su entorno.

Se viene Ramón, su cuñado, enseguida él habla con su casa, atraído por la circunstancia, y para estar a su lado, de paso; pero su llegada es nublada por completo por el pelotón de oficiales, que viene detrás de él; al frente de quienes se mueve Delgado Chalbaud. Entonces es cuando habla con uno de los oficiales, y se informa por el número de detenidos; que no pasan de ser sirvientes; pues los altos funcionarios ya han abandonado el caserón, y al avistar a Laureano, enseguida se dirige a él, y le dice:

-Te ruego permanecer aquí. Eres la única persona autorizada para recibir la correspondencia. Cualquier asunto importante me lo comunicas. No tienes sino que atravesar la calle; no me moveré del ministerio.

Aparece Luis Gerónimo Pérez, uno de los redactores del acta constitutiva del gobierno: "se nombra una junta militar de tres miembros –lee el borrador delante Delgado Chalbaud y compañía-, y un secretario. Vigencia de la Constitución de 1936; de la reforma de 1945, y de las disposiciones progresistas de 1947".

He aquí algo que causa resistencia en dos almas, como la de Laureano y el propio Delgado Chalbaud, como se constata con el diálogo que sostienen luego: lo que contiene esta última frase, y este hecho se torna tan controversial así; porque se va a considerar, sobre todo, el derecho al voto, entre esas disposiciones de 1947, como algo ya ineludible; en tanto que a esa altura se contempla como un adelanto en términos de civilización; una madurez en términos políticos, y esto es algo que causa resistencia en dos autócratas como

Delgado Chalbaud y Laureano.

Estamos ante una de las claves más interesantes que marcan la contemporaneidad venezolana: a partir de ese momento toda legitimación de un gobierno pasa por la necesidad de medirse en un proceso electoral; cosa que va a exigir plebiscitos, referéndum; es decir, todas las formas de consulta popular con que cuenta la democracia para legitimar poderes, en tanto que sociedad política, y esto lo subrayamos porque, si ya hemos esbozado lo que sucederá con el régimen que en ese momento nace, a propósito de la fotografía de Pérez Jiménez en el año 58, entonces nos podemos permitir informar que, según los estudiosos de la materia, a esta situación, de desmoronamiento de su régimen, como se hará ver en su oportunidad, va a conducir un mal manejo de un asunto relacionado con un plebiscito.

Luis Gerónimo Pietri no sólo ha venido a participar lo de los principios supremos del nuevo gobierno, sino también está allí para tratar el asunto Gallegos: informarse del paradero del presidente. Con una cierta despreocupación Delgado Chalbaud le responde que, supone, que está en su casa; lo que lleva a Pietri a decir:

-Entonces hay que arrestarlo de inmediato.

-¿Cree usted que sea tan necesario?- le pregunta Delgado Chalbaud.

-Naturalmente, comandante. Indispensable. Donde Gallegos se encuentre, él es el presidente de la República, y va a crear problemas. ¡Hágalo de una vez!

En verdad Gallegos no es la preocupación central de Delgado Chalbaud para ese momento; lo es la reacción de las bases adecas, de las que teme un estallido; como se lo hace ver a Laureano, tan pronto caminan hacia el cuartel de Miraflores, donde opera el ministerio de la Defensa, una vez que le ha solicitado a su amigo que lo acompañe; sobre todo le inquieta el estallido de una huelga general; un fantasma que le ha reproducido su psiquis, como se lo hace ver Laureano; quien está tan confiado en la situación, que también en esta oportunidad se ve en el papel de calmar a otro sujeto angustiado, alegándole que él no le teme a ninguna huelga general; pues, por el contrario, el movimiento militar, a su juicio, ha sido acogido con beneplácito en todas partes.

-En el sector que tú frecuentas no lo dudo -le responde Delgado Chalbaud-. Pero falta la reacción de los trabajadores.

Entonces se acercan al cuartel, encontrándose en el interior un ambiente de proliferación de listas; de roles; de repartición de cargos; un encamburamiento, como diría un venezolano típico; al tiempo que les llama la atención un alto oficial, sentado frente al micrófono de una radio, y quien lee partes oficiales: "los saqueadores y los responsables de desórdenes, incendios y otros atentados, serán castigados con máxima seguridad"; pasa el tiempo cuando, de pronto, Laureano es convocado de nuevo hacia Miraflores, a objeto de que se haga cargo del acta constitutiva, que ya la ha traído la comisión de abogados,

que él mismo contactó; y la que de inmediato procederá a entregar a Pérez Jiménez, en un instante en el que, justo, éste se encuentra en el despacho presidencial con Delgado Chalbaud y Llovera Páez.

La escena está dominada por actores nuevos, como Miguel Moreno, a quien le ha correspondido conocer Laureano en otros avatares; porque, por ejemplo, este tercio ha ocupado la secretaría de un tribunal, en el cual litigaba él, en lo que atañe al ejercicio de su profesión, y quien, ahora, lo sorprende al verlo tan magnánimo, pluma en mano, concentrado en un escritorio, y redactando quizás una proclama.

He allí un nuevo héroe, y cuya voz se va a oír después, cuando le toque dar lectura de la famosa acta, en calidad de secretario del triunvirato militar, y el cual, de paso, queda encabezado por Delgado Chalbaud.

Si nosotros evocáramos el comienzo del tercer libro, diríamos, que también aquí, un mediodía, al igual que el 18 de octubre de 1945, nacía otra Venezuela o, mejor aún, que para Laureano y la gente de su clase ha pasado una pesadilla, luego de la cual se han conseguido con otro país, que ya no es el mismo, sin embargo, que se había dejado antes de entrar en el trance somnífero. Hemos ligado la pesadilla a estados de intranquilidad, por parte de Laureano; cuando llegó a un período en el que casi no podía dormir; ahora, cuando caía una República y se ponía otra, cerrándose con el día, y ya puesta la noche, a Laureano le dan ganas de lanzarse sobre una cama a descansar a pierna suelta, y es así como abriga de pronto la intención de marcharse a su casa.

Lo que sucede es que la sedición no está aún terminada de completar; lo cual amerita que tenga todavía éste que permanecer en Miraflores, mientras decide ir a la mañana del día siguiente a su casa; sobre todo, porque no se lo aconseja un oficial amigo suyo; no se olvide que todo el país está bajo estado de sitio, y así que nuestro Vallenilla Lanz apenas llega a pegar alguno que otro ojo sobre una poltrona, a medida que transcurre la noche.

# III

Una tenue bruma envuelve esa mañana a la "Mimosa"; cuando Laureano se apersona a ella, luego de venir de Miraflores, donde lo habíamos dejado en una vigilia forzosa; cosa muy común, esto de la neblina, en la ciudad de Caracas hacia ciertos meses, cuando baja del Avila, y entonces envuelve a toda esta zona de Los Chorros. En el interior de aquella quinta todo es animación; hay júbilo por los acontecimientos. Allí entra la alegría, entre otras cosas, porque está implicado, tras el hecho, el regreso de los suegros de Laureano; pero, en especial y como ya lo hemos insinuado, entra la circunstancia de que para nuestro Vallenilla Lanz finaliza un período de angustias, vejámenes e inmerecidos sufrimientos, como él mismo se lo reconoce.

Llega con un apetito voraz, como es lógico, luego de haber pasado varias horas sin probar un bocado; pero, primero, se toma un baño, antes de sentarse a comer; lo que se llama una pasada por casa; aquello no le lleva más de una hora: el sujeto tiene puestos sus sentidos en la calle; de modo que mientras desayuna planea el orden del día; pues tiene necesidad de pasar por su oficina, y después de ir al banco, y, por encima de todas las cosas, apersonarse de nuevo en Miraflores.

Hay un hecho a destacar en este periplo de Laureano, antes de llegar a su destino final, y es que, justo, al salir del banco, resulta que aquel comerciante, que el día anterior había pasado por su oficina, recogiendo firmas en apoyo al gobierno de Gallegos, y a quien calificábamos de caído de la mata; le da un abrazo, y le dice:

-Lo felicito, pariente. Ya salimos de estos negros.

La mañana ha estado tranquila, cosa que comprueba Laureano, a medida que transita por las calles caraqueñas; sobre todo que el país no ha detenido su marcha; en su oficina la cosa ha ido de la mejor manera; el otro socio suyo se ha ocupado a temprana hora de llevar gente a los terrenos de Santa Mónica; potenciales compradores, según le reporta, cuando entonces se acerca por su oficina, y así que, en resumidas cuentas, el enemigo se acobardó; razón por la cual reina la calma.

Al llegar a Miraflores, es conducido hacia donde se encuentra, justo, Delgado Chalbaud con el séquito de sus ministros, entre quienes observa a su amigo Juan de Dios Celis Paredes.

Hay un arma que se dispara a continuación. Se trata de una ametralladora que, quizás, a alguien se le ha caído, y entonces se ha producido una descarga que, en aquel ambiente tenso, ha venido a caldear los ánimos; un par de revólveres, disparados a continuación, ha sido el detonante para que el mundo se horrorice; pero nada se sabe en el seno de aquella cumbre ministerial, en razón de que el suceso ocurre en el patio del palacio, y es así

como, en medio de esta situación, alguien profiere:

-Yo estoy muy viejo para asustarme.

Luego, Llovera Páez le pide un cigarro a Laureano, mientras ataja:

-Esto no podía resolverse tan suavemente; tenía que haber un poquito de plomo para animar la cosa.

Pérez Jiménez sale hacia el balcón; se entera de lo que está sucediendo, y así que calma los ánimos cuando regresa, y explica el percance.

Al disolverse la reunión, entonces Laureano se larga por un rato para la calle; inquieta y curiosa como resulta su persona. En ese sentido, se topa con un dirigente político de un partido, que recién ha fundado Jóvito Villalba con el nombre de Unión Republicana Democrática, se topa con Alirio Urgarte Pelayo; un hombre en cuya memoria vale la pena que nos detengamos un momento, en virtud de su trágica muerte, que lo fue a través de un suicidio, años después, más bien cuando Laureano ya estaba en su segundo exilio; una noticia que se llevó abundante centimetraje periodístico en su momento; porque se hicieron muchas especulaciones en torno al hecho, que las vamos a dejar hasta ahí, para no complicar más el asunto; y el personaje sería insignificante para nosotros, si no es porque Laureano se pone a relatarle cierta situación, que ha ocurrido durante la noche anterior, cuando se presentan el propio Jóvito Villalba y Rafael Caldera a Miraflores, a objeto de reconocer el régimen; traicionando, por esa vía, a sus otros compañeros de ruta, que serían los adecos; pero, en realidad, no es para desenmascarar a su jefe por lo que conversa Laureano con este amigo; pues aún es mucho más importante lo que le cuenta a continuación, y es que trata de inmediato lo que le ha dicho Caldera, al salir de la reunión, de lo que ha sido la misma; una reunión donde se ha impuesto Pérez Jiménez, a pesar de la jugada que le tenía tendida Delgado Chalbaud; ya que al hacer la presentación del triunvirato; éste lo menciona como el ministro de Relaciones Interiores, mientras a Llovera Páez lo menciona como el ministro de Defensa; y entonces lo ataja Pérez Jiménez, y le aclara:

-No, un momento; al revés: yo soy el ministro de la Defensa y Llovera Páez el ministro de Relaciones Interiores.

A su regreso de esa caminata por la calle, Laureano se pone a leer la correspondencia; que resulta abundante, y la que aún está emitida a las figuras cimeras del antiguo gobierno: Rómulo Gallegos, Gonzalo Barrios; éste último su secretario de la presidencia; pero la que, al mismo tiempo, sólo se va a recibir hasta la mañana de ese día; pues ya por la tarde, Laureano se ha dado cuenta de que comienza a llegar la emitida a las figuras cimeras del nuevo gobierno, que ya se conocen, y así descubre el caso de un embajador; bastante cara dura el tercio, que si bien es cierto que durante la mañana ha enviado un telegrama felicitando el régimen de Gallegos por haber sofocado a los sediciosos; por la tarde ha tenido que tragarse estas palabras, y felicitar más

bien al triunvirato militar por el hecho de haberse impuesto.

¿Cuál será el destino de Laureano de ahora en adelante? Aparece un sujeto con una lista, en la cual viene el nombramiento de varias personas para importantes cargos, y entre ellos se encuentra el que, supuestamente, él va a ocupar, y decimos supuestamente, porque al enterarse de que allí viene a ser una suerte de secretario de Miguel Moreno, rehusa tal designación, y alega un par de cosas para que se le libre de aquel cargo.

Esto no significa que él se vaya a alejar de Miraflores. Laureano está por esos días allí, sobre todo, para atender diplomáticos o cualquier otro tipo de persona, que se acerca por la casa de gobierno, a objeto de reclamar que se le tome en cuenta; gente que viene de ser liberada de prisión, como Leonardo Altuve Carrillo, y que ahora solicita que le den un "cambur", o gente que también estaba en el otro gobierno, y que ahora solicita que la ratifiquen en el suyo.

El personaje que suena por esos días es Betancourt, a propósito de la persecución de que es objeto por parte de la policía; un sujeto que ha devenido un mito; sobre todo, por la frescura con que ha tomado la clandestinidad, y así sus apariciones son espectaculares en medio de aquella Caracas. Unos dicen que lo han visto en Los Dos Caminos; otros que en un autobús en San Agustín. Hay puertas que se le cierran a esta hora al fulano: anda repartiendo besos de la muerte a todo el que se le atraviese, en ese sentido; aunque Laureano considera infructuosa su búsqueda, a propósito del gran despliegue de agentes que hay tras su persona: Betancourt, según sus biográficas, había aprendido muy bien el arte de escabullirse de estos cercos, gracias a habilidades que había adquirido durante su exilio en Costa Rica, cuando entonces le huía a los esbirros de López Contreras.

El que sí ha sido una presa fácil es Gonzalo Barrios, a quien han sacado de la cama, como se aprecia, ahora que permanece detenido en el propio palacio de Miraflores, en pijama y pantuflas; pensativo y ajeno al mundo que transcurre alrededor de su persona. El sujeto está a la espera de ser ubicado en lo que será su cárcel de ahora en adelante, y en la que, probablemente, le habrá de hacer compañía a Valmore Rodríguez y a Luis Lander, quienes también han hecho una corta espera en el famoso palacio, antes de ser trasladados a su destino final.

En un momento determinado, Miguel Moreno se presenta donde Laureano, para tratar el asunto relativo a su permanencia en el palacio de Miraflores; llega en plan de regularizar su situación oficial, definitiva; que lo sería laboral, de paso. Laureano no congenia con la idea de ser secretario suyo, a pesar de la insistencia del otro; al final admite que se le habilite una oficina en Miraflores; a cargo de la cual va a estar su secretaria particular; asumiendo, en ese sentido, la condición de comisionado, como se diría ahora, del despacho de la secretaría de la presidencia de la República.

Miguel Moreno, entre tanto, deja a cargo de Laureano un asistente, a Roldán Bermúdez; conocido suyo, de paso, y, sobre todo, porque el sujeto ha sido escribiente de la Corte Juvenil de Apelaciones; de la cual formó parte durante un tiempo su cuñado Ramón. En otra época este Bermúdez había gozado de privilegios, y eso por parecerse a López Contreras; sólo que en una versión en miniatura de éste, dada su baja estatura; lo que significa que Bermúdez tendía a ser longuilíneo, como aquél, sólo que sin la talla suya, y hablamos de que gozó de privilegios, en razón de que ocupó el cargo de taquígrafo en aquella época en la secretaría de la presidencia, sin saber la materia, sintiendo así el tipo que se la comía; pues cuando alguien le sacaba lo de su ignorancia, al respecto, respondía:

-No importa. Tampoco son taquígrafos mis jefes, el coronel José Murillo, y el general Eleazar López Contreras.

El sujeto en sí le es útil a Laureano para la recepción de la correspondencia, que comienza a llegar en abundancia, y su papel, este caso, es responder a todo lo que es de rutina. En esta labor le mete la mano Martí Cordido, que también es asignado a la oficina de Laureano; lo mismo que la secretaria que se ha traído; una señora de nombre Nina White.

En Miraflores, cuando se desea hablar una cosa en privado, se camina por los corredores; única forma de neutralizar esos oídos que son las paredes del palacio presidencial. En ese sentido, se desarrolla un diálogo entre Laureano y su amigo Luis Cárdenas un anochecer en el palacio, mientras éste queda solitario, y en instantes en los que Laureano necesita ponerse en actividad, a causa del viento frío que viene de Catia; un viento que sopla del litoral, graciasa un corredor que se abre en la montaña del Avila, y de donde se trae su brisa helada, y así que se mete en aquellos corredores del palacio de Miraflores. En su diálogo, nuestro Vallenilla Lanz aborda el tema de la mala administración que ha caracterizado al gobierno adeco, y estableciendo una analogía entre Betancourt y el resto de presidentes, que se han sucedido en el siglo XX: desde Castro hasta Medina Angarita; pasando por Gómez y López Contreras; considera que todos ellos eran verdaderos administradores.

-El Cabito, a quien tildaban de loco pagó religiosamente los intereses de la deuda externa, y Juan Vicente Gómez la canceló. López y Medina realizaron cada uno una obra, tímida es cierto; pero la cumplieron. Restauraron también la libertad y el respeto a la dignidad humana. Los adecos, en cambio, restablecieron la persecución y el odio político. De nada puede vanagloriarse su gobierno de seudo-intelectuales, si no es de haber abandonado lo poco que se hizo en el siglo y pico de vida independiente. No fue nunca su propósito elevar y mejorar las condiciones de vida del pueblo, sino halagar y engañar para conseguir votos. No interesaba formar ciudadanos, sino electores que depositaran tarjetas blancas en las urnas. Lejos de establecer un régimen de igualdad,

estimularon un igualitarismo anárquico, fundado sobre el capricho y la fidelidad partidista, que para ellos representaba más que la jerarquía derivada del mérito, del talento y la capacidad.

Este juicio de Laureano nos refuta aquel señalamiento que hacíamos con relación al espíritu democrático de Betancourt; pues si bien es cierto que el haber preferido no lanzarse en las elecciones de 1948, para darle paso más bien a la figura de Rómulo Gallegos, nos mostraba que era amigo de la alternancia; también es cierto que el sistema democrático por él impuesto ratificó los mismos vicios del pasado, es decir, lo relativo a la política del clientelismo político.

Significa que Betancourt ratificó el esquema del igualitarismo hacia abajo, como lo había observado la teoría Vallenilla Lanz, sólo que, a diferencia de los grandes caudillos del pasado, había sabido manipular muy bien eso, que se comenzaba a conocer como el populismo; lo cual también era una forma de chabacanería política, a los ojos de Laureano.

A diferencia de Betancourt, nuestro Vallenilla Lanz proclamaba más bien la apertura en la economía; hablaba de fortalecer cierta clase media; aburguesarla, en ese sentido, y enfrentarla al mantuanismo tradicional, a modo de hacer dinámico el proceso de competencia económica. Pero, por encima de todas las cosas, él distaba del líder adeco en razón de que uno miraba con simpatía la política de las concesiones petroleras; mientras que el otro esto lo consideraba una herejía.

Cierto día se consiguen Laureano y Pérez Jiménez saliendo de una misa, que se ha oficiado en Miraflores, y a la cual ha asistido el alto gobierno, y de aquí que a Pérez Jiménez se le ocurre invitarlo a rodar, a propósito de un automóvil Nass, que recién ha adquirido. Algo que también incita a la conversación, y entonces comienzan por abordar el tema de la burocracia administrativa, a medida que ruedan; ambos son de la idea de que es necesario hacer una poda en la empresa pública; sobre todo, eliminar cargos gerenciales inútiles, a modo de canalizar recursos hacia la construcción de obras verdaderamente reproductivas, lo cual constituiría el primer golpe a la política del clientelismo político, como se puede intuir, y cosa que se menciona, justo, porque de allí le nace preguntarle Pérez Jiménez a Laureano:

-¿Qué piensa usted de aquello de que el que no manda con los suyos, se suicida? En estos días me lo han repetido como un dogma.

-La frase –le responde Laureano- es de Raimundo Andueza Palacio. Fue forjada en los días en que necesitaba defenderse de la amenaza legalista. Para mí no vale de nada. Si los amigos carecen de virtudes y cualidades, el fracaso es seguro. Eso hizo Betancourt, y usted ve donde ha terminado. Creo, más bien, que hay que solicitar las capacidades donde se encuentran, aún sea en el campo adverso. Lo que interesa, a fin de cuentas, es la salud de la nación, su prosperidad, su desarrollo.

-Pienso como usted –dice Pérez Jiménez-. Afortunadamente, yo como militar, no estoy obligado a halagar a nadie. No solicito votos. Aspiro el respeto de mis compatriotas. Me han traído al poder las circunstancias; no los sufragios. Nada he ofrecido. Hasta el momento no he dicho el primer embuste.

Lo que sí es cierto, con independencia de los criterios de Pérez Jiménez, es que estas contradicciones, en las que se ve envuelto el ser venezolano, en forma inevitable conducen a capítulos de círculos viciosos, sobre todo, en el siglo XX, donde habrá un mayor deslinde de la figura del militar y de la figura del civil; habida cuenta de que habrá una modernidad que abrigará la idea de una doctrina militar, y la que califica a las fuerzas armadas de apolíticas y no beligerantes, que traerá el país maduro de la década de los sesenta; círculos viciosos en los cuales, los militares tratarán de imponerse, como un poder autocrático, entiéndase así, en la medida en que gobiernos, como el de los adecos, se consuman en el fracaso, o los civiles tratarán de desplazar del poder a los militares, en la medida en que gobiernos, como el de Pérez Jiménez, si nos atenemos a los datos que hemos adelantado, se consuman también en el fracaso. Es así como Laureano llega a concebir en esos instantes que, en el fondo, le inquieta el porvenir, pues, a su juicio, si los militares fracasan vendrá el caos para el país, habida cuenta que los civiles han fracasado.

Quizás hay una reflexión teórica de Laureano, que conviene subrayar, en lo que constituye el punto de vista militarista, en cuya carrera se va a abocar el país, de ahora en adelante, y la cual la deja colar con ocasión de algunos encuentros que sostiene, de carácter oficial; como, por ejemplo, con su primo Ernesto Vallenilla Díaz o con el doctor Rafael Pinzón; gente que ha sido citada al palacio, para ser encomendada de alguna misión, y entonces Laureano conversa con ellos, y así en uno de los análisis que él hace, trae a colación la fama de reaccionaria, que vino a adquirir la reputación del militar en Venezuela; cuando a él le parece que la mayor parte de los oficiales de las Fuerzas Armadas son Marios de origen modesto, montañeses; de lo que el marxismo conocería como burguesía agraria. A este respecto considera que resulta erróneo pensar que el militar venezolano es reaccionario, pues el propio origen humilde suyo lleva a la conclusión de que éste jamás va a proteger los intereses de los godos caraqueños.

La preocupación principal de Delgado Chalbaud para ese momento la constituye el poco reconocimiento internacional, que comienza a tener el régimen, razón por la cual son citados a Miraflores, gente como Vallenilla Díaz o Pinzón; hábiles diplomáticos que, por el momento, se quieren enviar a misiones como el de gestionar el reconocimiento del gobierno de Colombia, y he allí, para aprovechar de decirlo, el por qué el triunviro se crispa de cabellos, cuando se entera de que hay el intento de organizar una poblada para ir contra Rómulo Betancourt, quien se ha asilado, justo, en la embajada del vecino país:

-Eso debe impedirse a toda costa –le argumenta a Laureano, cuando éste acude a darle este parte- ¡Qué locura! ¡Semejante atentado en momentos en que solicitamos el reconocimiento de otros países! Además, yo soy el menos indicado para convenir tal cosa. Hasta hace poco comía con Betancourt, y trabajábamos en la misma mesa. ¡Que llamen a esos locos!

Mi amigo, el escritor Gerónimo Pérez Rescaniere, asegura que por aquí, por causa de esta protección a ultranza del líder adeco, comienza el resquebrajamiento del suelo político de Delgado Chalbaud.

La hermosa población de Macuto, hemos visto, que siempre ha estado presente en la vida de Laureano o en la vida de cualquier burgués de su medio, que tiene propiedades en aquella zona costeña, y así que éste cierto día se mueve al litoral para recibir, en ese sentido, un inmueble que ha tenido alquilado, y tal cosa pasaría sin importancia; puesto que no es raro ver a Laureano en estos menesteres, a no ser porque el tercio se allega hasta donde el mayor Tomás Mendoza, el famoso oficial que se alzó en La Guaira el 23 de noviembre, hecho ya conocido de nosotros; héroe, además, porque no dejó escapar a ningún adeco por el puerto. ¿Héroe? Obsérvese que así como Laureano cae por su casa, así cae también todo el mundo, que lo baja a conocer en La Guaira; resulta el personaje de moda, a falta ahora de los adecos; es invitado de honor por todo un círculo social: personas encopetadas, como diría Laureano, que lo llevan para sus respectivas casas, y que se codean con él en los salones del Country Club; un liderazgo que Laureano no ve con buenos ojos, sobre todo, porque piensa que a la larga dicho éxito va a sembrar recelos entre sus colegas, y crear dificultades.

Su trabajo en Miraflores no es una gran cosa, y por esto tiene la sensación de que está perdiendo el tiempo; sobre todo, lo cansa la cantidad de cartas banales que tiene que leer; pedigüeñas las más de las veces, y su mantuanismo lo lleva a ver ridículo el sueldo de tres mil bolívares que le asignan, y que reparte, como él diría, entre dádivas y ayudas.

La nueva junta de gobierno ha disuelto el Congreso Nacional, y de la burocracia de este ente se nutre el despacho de Laureano; pues al mismo llegan dos taquígrafos, procedentes de allí; a quienes se les da trabajo, y esto en virtud de que la labor ha aumentado; como se contratan los servicios de un abogado, que va a fungir de consultor jurídico; un señor de nombre Germán Suárez Flamerich; conocido de infancia de Laureano, aunque no compadres de corazón. Se trata del típico profesional de la época, imbuido en el marco histórico de aquella protesta estudiantil, que se había escenificado en el año de 1928 en Caracas, es decir, se trata de un héroe de la famosa Semana del Estudiante de los carnavales de febrero de ese año; de modo que esto no deja de ser motivo de conversación para esta gente, cada vez que la ocasión se presenta; aparte de que Laureano lo encuentra lento e inseguro para redactar un

decreto. y esto se ve en el hecho de que siempre juzga indispensable citar a numerosos textos legales. En ese sentido, le parece una aberración ese prurito legalista en un abogado que trabaja para un régimen de facto, "y el cual ha disuelto de una plumada el Congreso Nacional y dos partidos políticos", diciéndolo a la manera de nuestro Vallenilla Lanz.

Otra cosa es la investigación, que lleva a cabo el susodicho al nivel de la administración pública, a propósito de chequeos que se hacen para determinar las cuentas de algunos ministerios, y así detecta la existencia de nóminas fantasmas en algunas dependencias oficiales, sobre todo, en el Instituto Ciudad Universitaria, donde ocho mil obreros cobran sueldo, y sólo trabajan mil quinientos; detecta que, a través de la Corporación Venezolana de Fomento, se han distribuido quince millones de bolívares, bajo la modalidad de créditos populares de cien bolívares cada uno; investigaciones en las que se afinca con ahínco, a pesar de su despropósito de venganza, sólo con la finalidad de demostrar que la lógica adeca no se basa sino en el despilfarro, en la anarquía y la improvisación, como medio esencial para el mantenimiento de la popularidad política:

-Definitivamente –le decía Laureano a un interlocutor, con quien ahora tenía que verse más frecuentemente, como Delgado Chalbaud-, la política de los gobernantes desplazados se ha limitado a buscar electores; a comprar conciencias. En ningún caso, a formar ciudadanos.

-Tú siempre has sido fascistoide; le respondía el otro.

-Te equivocas, Carlos. Pertenezco a esa generación nihilista que formó Francia entre las dos guerras. No creo en casi nada; pero reflexiono. Si alguna vez simpaticé con Mussolini fue porque representó una reacción contra la indiferencia social de los liberales. El fascismo, por lo demás, no era artículo de exportación, sino de consumo interno. Tampoco fui hitleriano. "Un café con leche", como yo, no puede ser racista. De otra parte, siempre me desagradó el aspecto poco universitario de Hitler. Te consta. En todo momento me sitúo del lado de la cultura. Por eso no pude ser adeco. Detesto a los charlatanes.

-A los demagogos querrás decir...

-No, Carlos. A los charlatanes. De acuerdo con la definición de un diccionario reciente, demagogo es el que convence a las masas con frases elocuentes, y los discursos de Rómulo distan mucho de serlo. Aunque lo dudes, soy demócrata. Estimo que el Estado perfecto es el que respeta la libertad, la igualdad y la justicia. Mas, se requieren ciertas condiciones de desarrollo económico para alcanzar semejante situación. No es demócrata quien quiere. No basta decretar la democracia a la manera "romuliana", y cruzarse de brazos. Hay que hacerla, y para ello es necesario abrir caminos; crear escuelas; civilizar la selva; destruir la miseria; respetar las jerarquías intelectuales. Ustedes los "pretorianos" tienen en sus manos una gran oportunidad. No la dejen pasar. Este régimen

no puede ser una dictadura vulgar, como tantas que ha sufrido Venezuela; yo espero mucho de ti: especialmente, ahora que el destino te ha colocado en posición de *Estrategos Autocrator*.

Paréntesis para decir que esa expresión "café con leche", que ha acuñado Laureano, con ocasión de este diálogo, se la atribuye Betancourt al viejo Vallenilla Lanz, y así encuentra un gran cinismo en la misma.

Es verdad, Laureano tiene razón cuando habla de una fe manipulada por el voto; cuando hoy en día, diciembre de 1999, observamos que así ocurre un proceso parecido a lo acontecido en aquella época, y como consecuencia de lo que se conoce como la demagogia del voto, que instauró la clase política heredera de Betancourt, codiciosa e iletrada; proceso, digamos, signado por la desaparición absoluta de todo el orden político anterior; pues si algo había que reconocerle al Betancourt de aquella época, como se lo reconocía aquel inefable amigo de Laureano, el famoso Landaeta, era el haber acabado con el andamiaje del poder andino; como ahora hay que reconocerle a la persona, que hoy ejerce el poder en Venezuela, haber acabado con el andamiaje del poder adeco-copeyano; amén de que al presente régimen lo caracteriza también la anarquía, la improvisación y el despilfarro.

Aquella preocupación, que embargaba a Delgado Chalbaud, hecho visto atrás, resulta tranquilizada cuando Laureano se presenta en su despacho con un telegrama de su primo Ernesto Mayz Vallenilla, y quien está destacado en misión diplomática en Bogotá, donde informa que Brasil reconocerá el gobierno de la Junta Militar el lunes, Colombia el martes y Estados Unidos el jueves. De inmediato, éste "telefonea" emocionado a Pérez Jiménez y a Llovera Páez, y les comunica la buena nueva.

Al paso de los días, Laureano tiene la oportunidad de salir a almorzar con Miguel Moreno a un restaurante de Sabana Grande. He aquí la primera conversación de tú a tú que sostienen ambos; pues hasta entonces allí reinaba un trato frío, de carácter burocrático, escueto. Entonces Moreno se explaya a hablar sobre lo que ha sido el auge y la caída del fenómeno adeco.

Una larga conversación, que bien podríamos resumir, para no agotar a nuestro lector con prosa ajena, y perdónesenos tal pretensión, señalando que, a juicio de Moreno, son cuatro los errores cometidos por esta corriente en el ejercicio del poder; en primer lugar, el desconocer al adversario, constituido en aquel momento por el andinismo, los militares y el clero; en segundo lugar, el no demostrar sino una gran incapacidad desde el punto de vista administrativo; en tercer lugar, el haber sembrado una serie de odios en el seno de la sociedad venezolana, y, en cuarto lugar, el haber demostrado una muy poca conciencia social frente al prójimo, a quien había manipulado con una demagogia barata.

-Todo esto –concluía- impidió la legitimación de un régimen de origen espúreo, porque procede de una cuartelada.

Laureano siempre concebía a un gobierno abocado a la labor de hacer grandes obras públicas, a manera de dejar una huella bien marcada en el devenir del pueblo; he allí su plan de acción. Lo demás, venganzas, retaliaciones, consideraba que había que dejar a un lado. Prioritario para él era dedicarse a la construcción, digamos, pública a gran escala, y de cuyos resultados, valga la cuña, las generaciones futuras seremos testigos, y lo más inmediato que había que hacer era convocar a los hombres más capaces y valerse de sus conocimientos:

-Hay que sorprender a los venezolanos con realizaciones –le decía ese día a Moreno, como parte de la respuesta-, que hasta hoy han constituido verdaderos sueños; como los dragados del Orinoco y de la Barra de Maracaibo; la electrificación del Caroní, y las vías troncales y los ferrocarriles. La inmigración suministrará la mano de obra necesaria. Habrá, naturalmente, que importar maquinaria pesada, pero disponemos de divisas suficientes y, además, podríamos hacer economía de estas últimas si llevamos el bolívar a 3,06, que es el punto de oro de importación.

He aquí la esencia del programa de gobierno militarista, para ponerle un calificativo más al concepto, que se inicia a partir de este momento, y cómo no será militarista este movimiento, que Moreno le responde:

-Hay que rehabilitar el uniforme; dignificarlo; obligarlo a que cumpla una gran labor. Coronel y bárbaro dejarán, si Dios quiere, de ser sinónimos. Al correr el tiempo, el Partido de las Charreteras será el de los intelectuales. ¿Por qué no? Delgado Chalbaud y Pérez Jiménez tienen más el aspecto de hombres de pensamiento que Betancourt. Nunca pensó Rómulo Gallegos que Mujiquita lo llevaría al poder.

Observemos que el maestro Gallegos hablaba de que él sabía conducir personajes; el hecho le venía, además, porque la opinión pública venezolana identificaba sus personajes ficticios, como tales en nuestra realidad. Quizás el personaje, que cita Moreno en la ocasión está mal utilizado aquí, si nos atenemos a que en la situación del alcalde y su secretario, Mujiquita, se da el hecho de que el primero no sabe leer y el segundo es bachiller, y entonces mal podría resultar Betancourt secretario de Gallegos, habiendo acusado a este hombre un momento antes de individuo de escaso pensamiento; al menos en apariencia, frente a sujetos como éste y aquél; sólo en apariencia, podríamos decir nosotros, puesto que Betancourt fue un caudillo intelectual, y como los produjo la Venezuela de la década de los cuarenta; sólo que ocultaba aquella erudición, muy impropia de su medio, con un lenguaje torpe y chabacano: cuando el fantasma de James Joyce ronda en este mundo, con la fama de ser un productor de vocablos compuestos, él crea el término "multisápida hallaca"; para referirse a ese plato típico de la cocina navideña venezolana; o cuando el fantasma del positivismo lógico, para pecar de intelectualosos en esta opor-

tunidad, ronda en este mundo, con la fama de ser un enemigo implacable de la tautología, él forja la frase "áureos lingotes de oro", frase de la más digna colección del escritor peruano don Ricardo Palma, quien se dedicó a cazar identidades de este tipo.

Hay una jugada fuerte que le hace esta gente a Betancourt; llamo gente, en esta oportunidad, a Laureano y Moreno, y es que gracias al decomiso de una carta, que él envía desde la embajada de Colombia a la clandestinidad, y la cual se le consigue a un militante adeco en una requisa, se descubre la patraña que pretende hacer este sujeto en contra del régimen, y es recomendarle a la militancia de su partido agitar; tomar en serio el papel de agitadores en las colas de los autobuses, sobre todo; denunciar, por ejemplo, la cantidad de hoyos que hay en las calles caraqueñas; es decir, denunciar la falta de espíritu público, a modo de indisponer a la población; el hecho viene porque Pérez Jiménez se presenta con la misiva donde Laureano y compañía; la misma enseguida se toma a mamaderita de gallo; va a parar a las manos de Delgado Chalbaud, y así que baten a Betancourt haciéndola circular entre la prensa caraqueña.

Unido a la incomodidad, que le produce a Laureano la situación de tener que ocuparse de cosas nimias, como el responder cartas, también está la otra cara de la moneda inherente a su condición de burócrata, representada por la cantidad de personas que tiene que atender; gente que también viene por cargos, y que lo asedian, y que están en las antesalas, haciéndolo sentir como si estuviera en una prisión en aquella oficina suya, pues, al asomo de su persona por alguno de los pasillos, le cae encima un mundo de tipos que lleva allí varias horas, y que quieren que los atiendan de inmediato; a Laureano se le dificulta hasta para salir al baño, y es así como se torna un tanto violento el medio; sujetos que, de pronto, abordan a nuestro héroe, y lo emplazan, como un señor que se le atraviesa, y le dice:

-¿Qué esperan para colocarme?

-¿Y tú, no eras adeco?, lo reprende Laureano.

-Eso creían ellos -responde el tercio con su cara dura muy a lo venezolano.

Otra cosa son las visitas de sus amigos, como Luis Cárdenas, identificado por completo con el régimen, quien forma público también allí, y quien le trae buenas noticias a Laureano, en lo que respecta a la acogida que ha tenido en la población el nuevo estado de cosas, noticias que, por lo demás, lo llenan de regocijo, porque confirman sus tesis, y es así como, en sus conclusiones, llega a expresar frases como la de que al pueblo venezolano le interesa más el bienestar que su libertad, en último término, propio de la teoría Vallenilla Lanz, como ya lo hemos dicho; lo que nos demuestra que, así como Betancourt es un demagogo de la democracia; Laureano será un demagogo de la dictadura, y esta demagogia lo lleva a identificarse hasta con regímenes,

como el de la URSS, donde gobierna un Stalin que, según su modo de ver, ha hecho de la educación del pueblo un paradigma social; cuando en su corazón late un capitalista, que ha descubierto desde temprana edad una forma muy singular de hacerse rico, y es a través del mercado de los valores, o sea, participa de eso que en el mundo del capitalismo de hoy se conoce como la democratización del capital accionario, y el que se cotiza en bolsas como la de Nueva York, de modo que un pelele como él, y de acuerdo a lo que hemos contado páginas atrás, tiene participación allí.

A Laureano le preocupan los bienes de la familia de su mujer, y esto es algo que proyecta entre su círculo de amigos, quienes comienzan con la mamaderita de gallo; de que, justo, el tercio ha hecho un apostolado, con relación a su participación en el gobierno, sólo para tratar de rescatar dichos bienes; cosas así le achaca el medio suyo. De hecho, los viejos regresan de Cali, y esto supone unas navidades, ahora, embriagadas de felicidad; de nuevo, todo el mundo junto.

Hay algo nefasto, no obstante, en ese ambiente de festividad, en lo que se refiere al entorno de nuestro Vallenilla Lanz, y es el pesimismo de Delgado Chalbaud; puesto de manifiesto en esos días navideños, a propósito de la fecha de su cumpleaños, y en momentos en que se le pica una torta en una de las oficinas de Miraflores. Entonces le dice a Laureano en un aparte que tienen:

-Tengo cierta aprehensión por estas celebraciones. Siempre pienso que una de ellas va a ser la última.

-Tú eres demasiado joven para ser pesimista –le responde Laureano.

-Es cierto, pero desde hace años se me ha metido en la cabeza que no viviré mucho. Te acordarás cuando sepas que he sido víctima de un accidente irremediable.

Esta confesión es fatal en labios de Delgado Chalbaud; nosotros que conocemos el personaje, que lo hemos traído desde la primera página de este trabajo, cuando sonó por accidente; sin que sea algo importante en la vida de Laureano, un simple sujeto más; caro a nosotros, sin embargo, que nos movemos en el contexto de la época que le correspondió vivir a nuestro Vallenilla Lanz, y, en ese sentido, se corrobora la tesis del amigo Pérez Rescaniere, que señala que en este hombre había una cierta tendencia al suicidio. El sabía que se movía como una cucaracha en baile de gallinas, para decirlo a la venezolana, y entonces era cuando había afirmado delante de Laureano que qué esperaban para detenerlo.

Pero el asesino suyo no iba a estar en su entorno más próximo; piénsese en alguien como Pérez Jiménez, cuando era éste casado con una prima de suya; el asesino iba a surgir espontáneamente, derivado del hecho de que él chocará contra los intereses de éste; sobre todo, la circunstancia de darle protección a Rómulo Betancourt, en momentos en que el gobierno

decide sacarlo hacia Colombia.

En realidad, al gobierno no le conviene un atentado contra el líder adeco en territorio venezolano; pero hay asesinos apostados en la embajada de Colombia, a modo de esperar a que el sujeto salga, justo, para caerle a plomo. Se monta toda una estrategia para impedir un hecho bochornoso; de forma que Betancourt salga airoso, y esto es lo que causa indignación en el asesino, que se siente burlado, al momento de enterarse de las cosas; de cómo se han valido de un descuido suyo para ponerle en fuga a la presa; de modo que ha aparecido el verdugo; no queda sino azuzar al tercio, y para esto se prepara un complot, donde se van a poner en juego miles de bolívares, y cuyo financista va a ser, según consta en el tribunal que se encargó de juzgar el caso, el famoso Antonio Aranguren, el edificador de la urbanización Los Chaguaramos, se repite, desde donde se escriben estas líneas, y esto viene al caso, además, porque mi amigo Pérez Rescaniere cada vez que viene de visita evoca esta situación, y entonces le llegan a la memoria las fulanas quintas de Aranguren, y como sabe que yo me dedico a escribir estos apuntes literarios, me pide que revele que hay una de ellas, que se llama New York, en honor a la compañía americana, *New York Bermudes Compani*, de la cual este viejo era accionista.

Delgado Chalbaud está de más en aquel palacio de Miraflores, pues eso se observa por el hecho de que Pérez Jiménez se atribuye funciones por sí solo, como si aquél no existiera, y entonces así se le ve organizar una gira al Táchira, donde va Laureano, junto al alto mando militar, y esto es para lucirse este hombre. ¿Qué dice Delgado Chalbaud? Presume lo de su muerte, y así que tiene que guardarse la lengua ante tal lucimiento poder. La gira comprende San Cristóbal, donde va a aterrizar el avión con toda la comitiva, y en la cual va Laureano, por lo demás, como un invitado especial; luego Capacho, la tierra de Cipriano Castro, o sea, el padre de la estirpe andinista y, por último, Michelena, el insignificante pueblo donde había nacido Pérez Jiménez.

Es exactamente lo mismo que le cuenta éste al grupo que lo acompaña; que lo que le contará unos treinta años más tarde a Agustín Blanco Muñoz en una serie de entrevistas, y recogidas en el libro ***Habla El General***; cuando su persona se haga histórica, acerca de sus orígenes; un sujeto que había nacido en la casa de un hombre de la tercera edad, quien había casado con una joven mujer, la maestra del pueblo; esto sucede en la primera década del siglo XX; de forma que entre uno y otro cónyuge habrá una diferencia de edad muy marcada; según lo confiesa el propio Pérez Jiménez, y al punto de que éste tenía ya hermanos ancianos, para la época a la que nos estamos refiriendo, cuando aún Pérez Jiménez andaba por la treintena de edad; hijos que le habían nacido al viejo de otros matrimonios, y quienes andaban por allí en Michelena, al momento de llegar la comitiva, casi enclenques; y, en ese sentido, en este hombre había la impresión de que había nacido en el hogar de un

venezolano con una visión de mundo decimonónica.

Se trataba de un señor rubio de ojos azules, el padre suyo, de acuerdo a lo que contaba como sobremesa, luego de un sancocho, que lo esperaba casa de un amigo suyo; de aspecto mantuano, por el estilo de Laureano, y esto era algo que machacaba el propio Pérez Jiménez al señalarlo a él como de la misma estirpe de su progenitor, mientras la comitiva lo oía; un cuento que se lo va a repetir unos treinta años después a un periodista-historiador, que lo va a visitar a España en su exilio, este Blanco Muñoz, y de cuyas conversaciones saldrá un libro.

El tenía raíces en la fundación de Michelena, habida cuenta de que un tío abuelo suyo; un sacerdote de apellido Pérez, se había establecido allí con un grupo de personas, a la manera de un Moisés que anda en busca de una tierra prometida; de modo que era una población recién fundada, y el nombre de Michelena le venía por el hecho de que este sujeto le profesaba una profunda admiración al padre del liberalismo económico en Venezuela, como lo había sido Santos Michelena. He aquí por qué nosotros consideramos que a Pérez Jiménez lo impresiona la visión de mundo decimonónica, que priva en su casa, para el momento en que él viene a nacer.

Y hablamos de lucimiento, en este caso, porque, al caminar Pérez Jiménez por las calles del Michelena, recién llegado; de labios de una señora, que se asoma al postigo de una ventana, se oye decir:

-¡Mírenlo, pues, ahí va Marquito!

Y este Marquito era un cabito; apenas de metro y medio de estatura, y a quien se bautizará con el apodo de "el cochinito", cuando entonces engorde, y sea mofletudo.

-En los tiempos de Eustoquio Gómez –comentaba en aquella oportunidad, refiriéndose Pérez Jiménez a la historia de su pueblo- el jefe civil era un malvado de apellido Mogollón, que mantenía aterrorizada a sus habitantes. Cobraba impuestos y encarcelaba a su antojo. Una vez bajaron unos hombres de la montaña con un ataúd a cuestas. Deseaban enterrar a uno de los suyos, y fueron primero a la iglesia, pero en la uma, en lugar de muerto, lo que había era fusiles. Los tipos se armaron, y atacaron por sorpresa a la jefatura; asesinaron a Mogollón y también al secretario. Después huyeron. En el pueblo todos esperaban una respuesta violenta de Eustoquio; pero no hizo nada. Se limitó a nombrar a un hombre más humano, como primera autoridad.

En San Cristóbal, Laureano tiene la oportunidad de asistir por la noche a un restaurante, invitado por Angel Biagnini, aquel famoso sujeto que estuvo a punto de convertirse en el abanderado de las filas del medinismo para las elecciones del año 45, y que había terminado por conseguir refugio en aquella tierra tachirense, y comida en la que se da cuenta de que dicho pueblo anda por los niveles de vida como los de la Argentina, y esto se mide por el hecho

de que al instante de serle servido un bife aprecia que allí no hay miseria alguna; piensa enseguida en la tierra del gaucho, y así compara lo que sirven como carne tanto en uno, como en otro lugar; lo que significa que el tachirense, a juicio de Laureano, no está hambreado.

Eso explica, según su punto de vista, que en el Táchira la lucha política no revista caracteres de violencia, y sea escasa la militancia adeca.

Hemos dicho que adeco es para Laureano sinónimo de holgazán; de improvisado; de pedigüeño; ahora vuelve a utilizar otro calificativo. Según su opinión:

-Adeco es, por definición, un hombre hambreado.

Hasta el presente nuestro objeto de estudio, en el marco de estas páginas, no nos había permitido abordar ciertas situaciones históricas, como la relativa al por qué se había instaurado el andamiaje del elemento andino en el poder, para continuar utilizando los términos de Landaeta, sobre todo, durante la época de la Venezuela cafetalera; si no es porque Pérez Jiménez, camino de regreso, en el avión que los trae hacia Caracas, aborda el tema de la desolación de la que, a la larga, va a sufrir el Táchira, habiendo emigrado su élite intelectual hacia Caracas, en afán de poder, y en detrimento del desarrollo de la región como tal; por eso él habla de desolación, y lo cual nos da la oportunidad, en consecuencia, de decir que los andinos se habían instaurado en el mando, porque, de pronto, la región había reclamado su cuota de participación en la vida política del país, en tanto que estado que proporcionaba el grueso de los ingresos, a propósito del éxito obtenido el Táchira en la producción del café; una hegemonía que se había extendido por treinta y siete años. Pero el éxito social mayor, aparte de adquirir la pericia del mando, que había tenido esta clase tachirense, que se vino con la revolución Restauradora, como era el caso de Eleazar López Contreras, había sido el cruzarse con los mantuanos caraqueños, empezando por Juan Vicente Gómez, quien se casa, en segundas nupcias, con Dolores Amelia Núñez de Cáceres; cuyos apellidos ya nos suenan a mantuano puro, y esto era lo que más los había aferrado al poder. Observemos que todavía hay un cabo de gobierno andino en plena Venezuela petrolera, esta es la razón por la que se puede decir que Medina Angarita, el hombre que estaba llamado a hacer la gran revolución democrática venezolana se había quedado en el aparato; el hombre que estaba llamado a acabar con el andamiaje del poder andino en Venezuela no lo iba a hacer, porque él era uno de los suyos; para dejarle, más bien, este papel a Betancourt, y así su figura luce apagada a los ojos de la historia, y digamos esto de paso.

Un sábado por la tarde, luego de haber tenido una jornada larga de trabajo, Laureano se dirige a su residencia, vía casa Delgado Chalbaud, que está recogido ese sábado, y con quien tiene que entrevistarse para que le firme un par de documentos; favor que le hará a Miguel Moreno: cosas de burocracia.

Nada extraño tiene que el sujeto tenga suavizadas sus ropas en el seno de su hogar; de modo que lo encuentra de civil, como se dice en lenguaje miliciano: pantalón gris y camisa *tweed*. Está que hierve con las ganas de hablar, pues despacha lo que le ha traído Laureano con un motorizado de inmediato, y le propone a éste que salgan a dar una vuelta en carro. Se trata de una personalidad nerviosa; habida cuenta de que, primero, le sugiere a nuestro Vallenilla Lanz ir en el Citroen suyo; un carro rojo aquel, y, luego, se arrepiente, y le da por preferir el Pontiac de Laureano, un carro amarillo aquel... La trayectoria comprende Petare, que en otra época había sido el poblado más lejano la periferia de Caracas; cosa que se señala para que se vea lo que ha crecido la urbe, y de donde se regresan para tomar hacia Los Caobos, el famoso bosque que aparece después de la calle real de Sabana Grande con árboles pertenecientes a esta especie, abierto al tránsito automotor en aquella época, y al cual lo dejan atrás, cuando enfilan hacia San Agustín, donde está la ciudad mora o sevillana: paradigma de la vulgaridad pintarrajeada, la llama Picón Salas; a modo de llegar hasta el clásico Paraíso; un barrio elegante, conocido de nosotros, cuando lo evocábamos en las primeras páginas, y decíamos que en él estaba la influencia de aquel París también clásico que tanto había seducido a Rubén Darío. Más importante aún es lo que estos sujetos hablan a medida que ruletean por esas vías capitalinas:

-¿Qué piensas de la situación?- le pregunta Delgado Chalbaud.

-Hasta donde estoy informado –responde Laureano- la juzgo buena. El gobierno militar goza de la confianza pública. La propiedad y los valores suben. El venezolano comienza a desinteresarse de la política. Ha delegado en ustedes esa preocupación.

-Todo eso es verdad; pero no basta o no bastará dentro de un tiempo. Por ahora el país se conforma con que luchemos contra los métodos o las fórmulas de Acción Democrática, si es que existen; pero después exigirá otra cosa. Es necesario crear una mística, una doctrina para ganarse la voluntad de la juventud pensante y de los trabajadores. Las bayonetas no bastan.

-De acuerdo –dice Laureano-, y no es difícil programar para un régimen que persigue fines, exclusivamente, de interés colectivo. Los términos izquierda y derecha no significan nada aquí y estoy seguro de que Salazar o Stalin, en nuestro medio, coincidirían en la acción administrativa. Venezuela necesita aumentar la producción para elevar niveles de vida, y para ello requiere caminos de riego, puertos, aeropuertos, electricidad, escuelas, centros de salud e inmigración. Mis enemigos o las personas, que poco me conocen, suponen que propicio el autoritarismo. Al escuchar mi nombre piensan en ***Cesarismo Democrático,*** obra considerada por los ignorantes o las personas de mala fe como una apología de la Dictadura, cuando en verdad se limita a explicar los fenómenos que la producen entre nosotros. Personalmente, aspiro para mi

patria un régimen político y social como el de Suecia y otros países escandinavos. Pero se requiere un ambiente adecuado para lograrlo. La democracia es incompatible con la miseria física e intelectual de los pueblos subdesarrollados. Si la dictadura es el mal endémico en Venezuela, urge destruir las causas que la producen. Tú y yo sabemos muy bien cuáles son esas causas. Trabajemos para eliminarlas. Figuro entre los partidarios de ustedes porque tengo la convicción de que están en condiciones de transfomar el país. Voy a resumir mi idea en una fórmula: democracia y justicia social como meta. Dictadura esclarecida como instrumento para alcanzar el objetivo.

Camino hacia Antímano se detienen en un bar, que está en la falda de una colina, y desde donde se divisa, allá abajo, la avenida La Paz de El Paraíso; piden whisky, y continúa la conversación. Al cabo de un rato, alguien es impactado por la figura de Delgado Chalbaud, que no lo cree tan común, y quien le hace el comentario a la persona, que tiene por compañía:

-¡Mira! Que "musiú" tan parecido a Delgado Chalbaud. Cualquiera se come "el trazo".

Para el venezolano "musiú" es toda persona extranjera de lengua distinta a la suya, y la palabra es un derivado del "monsieur" francés, que se usó mucho a comienzos del siglo XX en este país. Es decir, Delgado Chalbaud a los ojos de sus conciudadanos es extranjero en su propio suelo. La misma fatalidad del generalísimo Francisco de Miranda; ambos afrancesados; sujetos que se delataban con el mínimo gesto; como cuando se montaban en cólera, que entonces les daba por arrecharse en francés, dicho en criollo pelado.

-Todo lo que has observado –le dice éste a Laureano- es cierto y veo que depositas mayor confianza en el gobierno que yo. Ojalá tengas razón. No soy optimista. Alrededor nuestro se están formando intrigas y brotan ambigüedades. Sobrevendrán, quizás, crisis políticas serias. Quiera Dios que no nos saquen cualquier día de estos de Miraflores para un aeropuerto o una cárcel.

Delgado Chalbaud tenía una parte lírica; que no la tenía Pérez Jiménez. Era poeta. Pertenecía al famoso arquetipo de gobernante filósofo, esbozado por Platón en su ***República***; un sujeto llamado a ser trágico, sin embargo, y recuérdese que siempre se dijo que el famoso Tirano de Siracusa, quien se había inspirado en las ideas de aquél, había sido un solemne fracaso como gobernante; por eso hemos esbozado el término tragedia. Esto se trae a colación porque al conducir Laureano a su contertulio hasta su casa, y al momento de éste despedirse, le extiende un papel, que ha sacado de uno de sus bolsillos, y le dice:

-Toma. Léete esto. Son unos versos del poeta colombiano León de Greiff. Te gustarán. Tú eres jugador como yo: "¡Cambio mi vida! ¡Vendo mi vida: de todos modos la tengo perdida!" Son muy bellos.

# IV

La intuición de Laureano había sido muy aguda al analizar el caso del mayor Tomás Mendoza, cuando entonces lo había ido a conocer a La Guaira. La impresión que le causaba este hombre era la de que se trataba de un sujeto que estaba en campaña política, y de que aquello tarde o temprano iba a resultar feo, y, en efecto, eso fue lo que sucedió; pues una mañana, cuando acude al palacio, se encuentra con el hecho de que el Triunvirato ha ordenado suspender un gabinete ejecutivo, alegando que hay rumores de que el famoso mayor tiene proyectada una sedición para ese día; a Laureano se le faculta para que le dé el parte a los ministros, que poco a poco van llegando, mientras el Triunvirato se mantiene reunido de emergencia; aunque a decir verdad, nuestro héroe toma las cosas con mucha calma, a pesar de la agitación que se siente a su alrededor. Sabe, por lo que le han dicho, que el tercio no cuenta sino con una ínfima parte de las fuerzas armadas, y así que se da a calmar al mundo de su oficina, que está con los nervios alterados; en la imaginación se le ha pintado a uno de sus asistentes que viene un peo de película, según le comenta, porque se supone que la cosa está prendida.

Falso de toda falsedad, como también suele decir el venezolano; allí no hay sino un revoltoso, con la personalidad temeraria de un Delgado Chalbaud, y esto lo decimos porque, en verdad, el tercio se presenta esa misma mañana en el ministerio de la Defensa, sólo que se presenta acompañado, únicamente, por un viejo suboficial, que se mueve como escolta suyo; quizás lo hace como táctica para medir el ambiente, en la cueva del oso cae el tercio, y así que lo interceptan: los humos se los bajan enseguida; lo detienen, y son implacables con él, puesto que de inmediato lo destinan para la cárcel de El Obispo. A su vez, el mayor Mendoza vende a un gentío, entre ellos, al banquero Enrique Pérez Dupuy, que están inmersos en el complot.

Esto es lo que más enerva a Delgado Chalbaud, con quien Laureano va a sostener un diálogo; quemándose un tanto las manos por este grupo de gente, y donde están, además de Pérez Dupuy, Angel Fernández Rubio, Angel Alamo Ibarra y Antonio Díaz Martínez; lo enerva el hecho de que haya un pariente suyo entre los sediciosos, como sería el propio Pérez Dupuy.

Laureano se acerca por la oficina de Delgado Chalbaud, para tratar de que el gobierno no sea tan severo con estos señores, habida cuenta que van al exilio de inmediato, y entonces le pide perdón a la imprudencia en un sentido general, a la imprudencia del ser humano.

-El imprudente eres tú –le responde Delgado Chalbaud -. Si nosotros hemos tomado esa determinación, es porque nos sobran razones. Los amigotes tuyos no hacen sino intrigar y sembrar cizaña entre los oficiales. ¡Hay que poner orden! Son ellos quienes organizan comidas para militares con el

objeto de hablar de mí y de provocar mi renuncia. Si supieras lo que ha ocurrido en noches pasadas en el Club Hípico. Pérez Jiménez tuvo que retirarse en señal de protesta. Brindaron por mi próxima caída.

-Sin embargo, Carlos, me atrevo a decir. Don Henrique Pérez Dupuy no puede ser enemigo tuyo. Es tu pariente.

-¡Bonito pariente! Un hombre que ha transformado el Banco Venezolano de Crédito en un centro de agitación política. ¡Un hombre que pretende mandarnos! ¡Darnos directrices! Además, los Velutini son parientes míos ahora. En la desgracia nunca se acordaron de mí.

Pero, además de estar a la defensiva este Delgado Chalbaud ese día, está también irónico; pues al traerle a colación Laureano el hecho de lo injusto que habrán de ser con el otro señor, con Alamo Ibarra; un hombre que para la época está a cargo de la gerencia de nueve empresas, y conmovido éste aún por la visita, que le ha hecho la noche anterior a su casa, para despedirse; lo cual es la segunda razón por lo que ha intercedido por esta gente; le argumenta a Delgado Chalbaud razones de esta naturaleza, esto es, el hecho de que destierra a un "capitán de empresa", digamos con palabras del mercado, y lo cual es una baja para el país, que, justo, necesita de hombres que fomenten la producción. Así, su interlocutor ha tomado la cosa a broma; lo consuela diciéndole que es un exilio de poco tiempo: "un pleito de familia", le dice entre sonrisas, porque, en efecto, esta gente toda está entrelazada; un cinismo que, a partir de allí, va a fomentar la resistencia en Laureano, al final de cuentas; quien se mira en su apostolado, y que no le ve reconocimiento alguno.

En ese sentido, sale a relucir su caso; encuentra que no hay nada más que lo aburra, como el oficio de respondedor de cartas; pudiendo mantenerse al frente de su empresa, con mayor ventaja para sus negocios; un apostolado en el que nada gana; la conclusión que saca, es que ya que las cosas están así, lo mejor para él es retirarse del gobiemo; lo cual causa alarma, por supuesto, en Delgado Chalbaud, y es así como Laureano termina por imponerse al exigirle que le dé una responsabilidad mayor, como sería una asesoría económica, canalizada a través de una oficina, con personalidad propia en aquel palacio de Miraflores; de manera que el presidente accede, se ve complaciendo a Laureano, en ese sentido, y así éste creará la Consultoría de Política Económica, y cuyo decreto de existencia quedará a cargo de él mismo, para que lo redacte; de modo que éste incluye un par de cargos más en aquel parapeto de dirección; y para el que va a dar su amigo Luis Cárdenas, a quien lo nombra entre sus asistentes; una oficina que alimentará muchos proyectos de desarrollo, sobre todo, porque a ella llegará mucho documento de los diferentes ministerios e institutos públicos, para el visto bueno de determinadas inversiones, y así habrá un intercambio fabuloso para el bien del país; lo que significa que, de ahora en adelante, Laureano va a despachar desde una oficina *adlátere* de

Miraflores; en unas casitas, que mandó a construir el general Gómez frente al palacio; donde también fungen otros despachos, ocupados en ese momento por gente conocida suya, y va a permanecer en ella sólo la mañana; lo que significa que trabaja sólo mediodía.

Por esta vía, el susodicho tiene oportunidad de echar ojo en los legajos de los archivos de Miraflores; oportunidad que se la brinda la amistad que tiene con el encargado del departamento, y, en ese sentido, éste le permite leer la correspondencia, guardada allí; de donde se entera de negocios sucios; delaciones hechas a Gómez por supuestos revolucionarios que pasaron, y siguen pasando por personas honorables; aparte de que también lee colaudatorias, que le enviaron a Betancourt individuos, que ahora andan en lo mismo con la nueva gente que ha llegado.

Por las tardes Laureano acude a la oficina de Gradillas, a modo de darle una mano a sus negocios, y ahora se entrega a esta actividad con un mayor prestigio todavía; puesto que se le considera parte importante del gobierno, y así que las asesorías le llueven; gente que necesita movilizar papeles burocráticos; cosas de maquinaria estatal, y de forma que él es el número uno, a ese respecto; aunque no todo es satisfacción por estos predios, a pesar de todo, pues no deja de haber la turba de los sin empleos; gente que busca colocación, y que cae también por el edificio Mendozza para valerse de su influencia, y esta es la parte desagradable de este asunto, puesto que Laureano no quiere que aquello se le transforme en una agencia de tráfico oficial y de favoritismo.

Pero, además, nuestro Vallenilla Lanz es de la teoría de que hay que establecer una poda burocrática en la administración pública, sobre todo, en ese estado clientelar que han fomentado los adecos, y darle una orientación distinta a los recursos, que se derrochan por concepto de salarios; inyectarlos en grandes obras de interés público; que, a su vez, incentiven la creación del empleo, en aquellos sectores que no son, precisamente, los de la burocracia estatal, y lo cual nos habla ya del Laureano capitalista, que piensa como un neoliberal; algo que éste no se guarda, puesto que él no es escaparate de nadie, como se dice en nuestros pueblos, y aquello es que lo repite una y otra vez a Pérez Jiménez, con quien también fomenta planes de desarrollo cultural venezolano, como al Triunvirato, en su conjunto, y valga la referencia en este caso Pérez Jiménez, porque en especial, éste ha forjado una frase feliz para esa época, y que dice que había que impulsar la transformación racional del medio físico, y elevar el nivel cultural y moral del venezolano.

Entonces se ven de vez en cuando para almorzar él y nuestro héroe, e intercambian ideas; diálogos que nos interesan a nosotros; en especial, porque así asistimos al montaje de la personalidad del poder, que es lo que queremos escrutar en el fondo; a propósito de los seguimientos particulares que hacemos en estas líneas, y, por esta vía, nos damos cuenta de que las cosas que pasan en

aquella época, son las mismas que suceden hoy en día, en términos de abyección; y, en ese sentido, se le ve a Mario Briceño Iragorri meter la pata al comparar a Pérez Jiménez con Juan Vicente Gómez, en un gesto de agradecimiento, por haberlo nombrado embajador en Colombia; meter la pata en el entendido de que eso no le ha caído del todo bien a Pérez Jiménez, que se lo ha traído a colación a Laureano, en un diálogo que ha sostenido con él en un restaurante; lo mismo que sucede hoy en día, si es que nos atenemos a la actitud pública de algunos personeros del actual régimen; aunque lo que más nos interesa es lo que viene después, a propósito de la conversación; la interpretación que le da Pérez Jiménez al hecho de que lo hayan comparado con el general Gómez, porque es lo que nos muestra, en verdad, eso que estamos indagando que es la personalidad del poder; cuando entonces le confiesa a Laureano:

-No quiero parecerme al Benemérito. Los resultados de su dictadura fueron negativos para Venezuela. Presidió un gobierno estático. Yo deseo que el nuestro sea esencialmente dinámico. Su padre dijo, creo, que Venezuela no había aprovechado la autoridad omnímoda de ese hombre, para hacer progresar a la nación. A su muerte heredamos la misma República que nos dejó Guzmán Blanco, la misma capital, las mismas escuelas y casi los mismos caminos. No es mala la dictadura a priori. Todo depende de quienes la ejerzan. Igual cosa ocurre con la democracia. Basta recordar el reciente ejemplo de Betancourt y de Gallegos.

-Venezuela no ha tenido suerte, comandante –le responde Laureano-. En el siglo pasado invertimos el orden cronológico de nuestros tiranos. El caudillo posterior a la Federación ha debido ser Gómez, y el que murió el 17 de diciembre de 1935 Antonio Guzmán Blanco. El Ilustre hubiera aprovechado a fondo la riqueza petrolera. Entre 1908 y 1935 se hubieran abierto caminos y escuelas. Contaríamos hoy con ferrocarriles y puertos modernos. Guzmán habría seguramente estimulado la inmigración. Estaríamos ya cerca de la meta democrática que todos queremos alcanzar. Nos habríamos economizado a los Betancourt y demás aventureros de la miseria. Usted mismo, quizás, no estaría donde se encuentra. Sería probablemente profesor de la Escuela Militar y miembro del Estado Mayor. En cambio ahora le incumbe la tarea de civilizar a nuestro pueblo:

-Es verdad –contesta él-, pero la misión es honrosa, y le aseguro que a ella consagraré todas mis fuerzas.

En realidad, negarle a Pérez Jiménez el liderazgo del nuevo militarismo, que se desataba en Venezuela, es algo mezquino; pero él era enanito, y no poseía el carisma de príncipe, que caracterizaba la personalidad de Delgado Chalbaud: ya hemos visto como en Michelena se le conoce como Marquitos. Afortunado Delgado Chalbaud, en ese sentido; aunque mediado por la infelicidad de no ser sino sólo un instrumento de mampostería, y así vemos que el verdadero ministro de la Defensa era él, y Pérez Jiménez el verdadero presidente;

lo cual era una de las oscuridades de aquel régimen; una situación en la que se cruzaba el destino de dos hombres con grandes ambiciones de poder, y esto lo decimos en virtud de esta conversación parcializada de Laureano, parcializada hacia la figura Pérez Jiménez; pero, además, porque se interpretaba, de acuerdo a lo que se trataba en el seno de los diálogos de la gente, que a diario caía por la oficina suya, que Pérez Jiménez era el jefe; uno de esos diálogos lo sostendría con Rafael Pinzón, quien se acerca a él para despedirse, con motivo de su viaje a República Dominicana, donde ha sido nombrado embajador de nuestro país; un sujeto que le dice a Laureano en dicha ocasión, a propósito del tema de la estabilidad política del nuevo gobierno:

-Dios da ahora a los "paisas" la oportunidad de rehabilitarse a los ojos de la nación. Están en el deber de hacer un gran gobierno. Esta es la última ocasión de la hegemonía andina, ya en vías de desaparecer por el proceso histórico. Es la función de despedida, Laureano. Por tanto, debe ser brillante.

"Paisa" viene de paisano, expresión que denota al pueblo andino, y que es característica de su forma de hablar, porque uno y otro se saluda con ese adjetivo, de modo que en Venezuela para especificar a la gente oriunda de esta región se le dice así, y la cual aquí está aludiendo a Pérez Jiménez, pues Pinzón no pensaba propiamente en Delgado Chalbaud cuando decía estas cosas, el jefe era Pérez Jiménez, según traslucía la conversación que, de paso, nos vuelve a introducir en el capítulo de los andinos, como clase gobernante, y hasta quizás nos hace ver que la jugada de Pérez Jiménez no había sido sino una reacción, antes que una revolución, un intento de restauración del antiguo orden de la gente de su terruño; a pesar de que la historia le dirá que segundas partes nunca fueron buenas, aunque ya esto corresponde a otro capítulo.

Regresan los enemigos del antiguo régimen. Regresa Arturo Uslar Pietri, a quien Laureano acude a visitar casa de su madre, donde se hospeda por el momento, a la espera de que le devuelvan su casa, y para participarle, justo, que ya está listo el decreto de devolución de sus bienes, confiscados por el Jurado de Responsabilidad Civil y Administrativa; vuelve el famoso intelectual sin ánimos de participar en la vida política; más bien con la idea de educar a sus hijos en sana paz consigo mismo, según se lo confiesa en esa oportunidad a Laureano, y, sobre todo, porque mira con mucho escepticismo la estabilidad misma del Triunvirato, que se ha instaurado en el poder:

-Una situación de hecho –le dice a éste- no debe extenderse mucho. Hoy la Junta y el grupo que la rodea contarán con una mayoría de sufragios. Más adelante no. La gestión gubernamental desprestigia a la larga. Ningún presidente es popular al término de su mandato. De otra parte, los Ejecutivos colegiados son peligrosos. Alrededor de cada copresidente se forman intereses que provocan una ruptura al correr del tiempo. Es la ley sociológica, a menos que el consulado esté constituido por Bonaparte, Sieyes y Roger Ducos, pero,

¿quién es Bonaparte aquí? ¿quién tiene el respaldo de las campañas de Italia y de Egipto? Delgado Chalbaud, Pérez Jiménez y Llovera Páez son inéditos los tres. El primero, aparentemente, posee mayor cultura que los otros dos, pero no goza de simpatías en el Ejército.

Laureano está de acuerdo con la idea de que no se puede demorar mucho un gobierno de facto; pero en su conciencia late la huella de la pluma de su padre, y así él preferiría que esta situación le diera paso a la figura del Déspota esclarecido; el sujeto llamado a romper con el molde colonial que aún, a juicio suyo, ahoga la sociedad; obsérvese que en las situaciones bis, que se dan, como, por ejemplo, entre Laureano y su padre, hay siempre un matiz diferente con respecto a uno y a otro; de forma que aquí presenciamos que la prole ya no utiliza aquella expresión del viejo Vallenilla Lanz del César democratizado, aun cuando la ideología siga siendo la misma:

-Los regímenes tímidos y burgueses, como los de López y Medina no resuelven el problema. Son como pretender curar el cáncer con una aspirina.

Uslar Pietri sonríe. En el fondo, él va a mirar con mucha desconfianza a esta gente, y esto se comprueba, además, porque días después, en ocasión de un almuerzo, para el que lo convoca Miguel Moreno, por intermedio del propio Laureano, y, justo, con el objeto de ofrecerle la embajada de Venezuela en Washington, le rechaza la oferta. ¿Hasta qué punto la democracia de Betancourt con su sistema de partidos políticos abierto, ha convencido a Uslar Pietri? Obsérvese que este hombre no participa de la política venezolana, sino entrado ya el régimen democrático, y esto ya será cuando salga esta gente.

Uno de los temas más presentes en la opinión del común en estos veinte últimos años, lo constituye la obra de ingeniería que significa la autopista Caracas-La Guaira, y ha estado presente dicho tema porque, a propósito de su impecable ingeniería; así se observa la huella de un gobierno eficiente; lo cual es un orgullo para la causa perezjimenista; cuando no, el pueblo en un arranque de indignación, por lo que ha sido la insignificante obra, en materia de infraestructura pública, de estos cuarenta años de la democracia adeco-copeyana, se la suele sacar en cara a los dirigentes de los partidos tradicionales; dejo, en el fondo, de una gran insatisfacción; una obra que no será idea de Pérez Jiménez, quien anda en palabras del pueblo como el ingeniero de Venezuela; justicia cabe, en ese sentido a Delgado Chalbaud; lo cierto es que una mañana éste convoca a Laureano para una conferencia sobre este asunto en su despacho, y el tercio está tan perdido en sus vicisitudes intelectuales, que no sabe que nunca en el mundo se ha creado una compañía que construya la obra, y se financie, al mismo tiempo; como se lo hace ver su interlocutor, cuando le habla de la posibilidad de crear una compañía que lleve a cabo tal proyecto en sus dos fases, esto es, en la parte de la construcción, y en la parte del financiamiento; Laureano le muestra que para lo segundo están los bancos;

sobre todo, la banca extrajera, pues, a su juicio, a pesar de que hay un gobierno de facto, al país no le es difícil conseguir asistencia foránea.

En la oportunidad, Delgado Chalbaud le habla de otras cosas; se trata de un instante en que está optimista, y lo está porque ha llegado a la conclusión de que la tranquilidad pública se ha posesionado del país; el último brote de violencia, que se ha registrado, ha sido el del estado Zulia. "Pronto será posible –le dice a Laureano- poner en libertad a todos los presos políticos".

Estamos ante un gobierno que ha encarcelado al presidente de la República, según el decir de Laureano; ha disuelto el Congreso, y ha ilegalizado dos partidos políticos. Su popularidad está garantizada, y la única oposición que se siente es en una clandestinidad mal parapetada; y que se manifiesta a través de unas hojas con una calidad de impresión pobre, que responden por AD; además de un pasquín llamado Resistencia; aunque Laureano no le ve mucho éxito a esta oposición.

En esto de adelantarnos a los acontecimientos tenemos la ventaja de que así hilamos cabos, que nos permiten ahorrarnos palabras; a modo de tener que ubicar a los personajes en cada uno de sus contextos; y es así como aquí empatamos con aquella situación que antes se dijo de Rómulo Gallegos, viviendo éste en Cuba, y escribiendo su novela ***Una brizna de paja en el viento***, dedicada a la vida universitaria de La Habana; con motivo de lo que le dice a continuación Laureano, sobre la suerte de Betancourt, en tanto que ha emigrado a Cuba con sus acólitos; y, justo, ya en sus palabras se palpa ese ambiente que se respira en dicha obra, que por eso viene al caso mencionarla; a propósito de lo que le dice:

-La pasión política ha emigrado a Cuba, junto con Betancourt. Una emisora de La Habana tiene organizada una campaña de denuestos contra Venezuela, y el líder adeco escribe semanalmente una página en la revista Bohemia. Rómulo cuenta con la protección de Prío Socarrás y es natural. El sistema cubano se asemeja al que estuvo vigente en Venezuela hasta el 24 de noviembre de 1948: derroche, demagogia, ineptitud. Falsos revolucionarios aquí y allá. Me pregunto: ¿qué han hecho de efectivo, de realmente trascendente adecos y "auténticos"? Nada, absolutamente nada. Sus revoluciones han seguidos las huellas del modelo mejicano, con un izquierdismo de exportación, pero que en el orden interno deifica el peculado; enriquece a generales ignaros, y mantiene a las masas pauperizadas. Esos pueblos; engañados y mistificados por los charlatanes o por los tiranos, tratarán algún día de hacerse justicia, y sembrarán la ruina y el terror.

-Estás de un pesimismo negro- le ataja Delgado Chalbaud.

-Si, Carlos, pero bien fundado. ¿Hasta cuándo soportarán resignados su miseria los desheredados de Colombia, del Ecuador, del Perú, de Bolivia, de Cuba, de Centroamérica y de México? La situación no es tan seria en Venezuela,

pero tampoco es brillante. Piensa que dos millones de salvadoreños viven en veintiún mil kilómetros cuadrados. La tierra, la industria y las finanzas están en manos de quince familias. El resto nada posee. Ojalá puedan ustedes llevar a cabo una revolución pacífica. Hasta metódicamente, desde arriba, producirá mejores frutos, y evitará un desastre dentro de veinte años.

A propósito de la "revolución pacífica", de la que habla Laureano, en nuestros días, y en vista de que esta expresión es muy del uso del actual régimen, alguien ha demostrado por un artículo de prensa que se trata de una contradicción; puesto que toda revolución es violenta; de modo que así nos damos cuenta de lo perdido que anda Laureano en este terreno, dicho en criollo, habla de atrás para adelante; una expresión alegre, llamada a justificar una ideología falsa como es la del militarismo, como hoy en día también se utiliza; ahora, cuando un ex comandante, al estilo de Perón, ha tomado el poder, y entonces ha venido por estos caminos.

-En poco tiempo –agrega Laureano- la situación del país mejora considerablemente. No hay desempleo. Se trabaja en todas partes. El ministerio de Obra Públicas reconstruye lo que dejaron perder. Se adelantan los estudios del Plan de Vialidad. También en la capital se observa actividad. El gobernador Celis Paredes ha resuelto en quince días el problema insoluble de los hoyos de las calles y estimula los trabajos de la avenida Bolívar. Suben la propiedad y los valores inmobiliarios, y llegan a los puertos barcos cargados de mercancías y de inmigrantes españoles, portugueses e italianos. El gobierno protege las actividades sindicales. Los contratos colectivos son norma corriente, y sus estipulaciones superan, en mucho, las de orden legal. En cierto modo, la Ley del Trabajo es un instrumento envejecido. El régimen de la Junta Militar no está precisamente al lado de los patronos, como temían muchos y soñaban unos cuantos. Procura ante todo la justicia social.

Una vez más estamos ante una incoherencia conceptual del pensamiento de Laureano, para tomar el texto en esta parte, un carácter de exégesis de sus ideas, pues nótese como, por una parte, se muestra aperturista; pero, por la otra, como se muestra superprotector al hablar acerca de las actividades sindicales, controladas por el Estado, lo cual no tiene nada que ver con el famoso *laisser faire* de la sociedad liberal; una incoherencia ligada a la naturaleza del latinoamericano, que cambia de pensamiento sin orden de ninguna especie, y así, por momentos, como el camaleón, cambia de una visión tomista, a una visión ilustrada.

# V

El Banco Industrial de Venezuela adeco se desmantela, y así sale Laureano electo presidente del mismo. El gobierno quiere meterle la mano. Hay un candidato que busca Delgado Chalbaud, y entonces se lo comunica a éste; de modo que la cifra la tiene en sus narices; nuestro Vallenilla Lanz se le ofrece; encuentra que de ese modo está más cerca de sus negocios, a los cuales los ha abandonado desde el 27 de noviembre de 1948; al tiempo que queda vinculado al entorno de Miraflores, pues el presidente del BIV siempre ha tenido rango de ministro en este país, y esto en razón de que la entidad ha fungido como caja chica de todos los gobiernos. El hecho es que una mañana Miguel Moreno le dice a Laureano que la junta de gobierno ha pensado en él como presidente del BCV, lo que significa que Delgado Chalbaud ha procedido conforme al protocolo oficial, y tan pronto se da por informado, le sugiere a Moreno que le facilite una lista con los posibles candidatos a acompañarlo en la junta directiva de la entidad.

Esto sucede en agosto de 1949; de modo que para finales del mes ya Laureano está tomando posesión de la presidencia; en la famosa directiva figura un grupo de notables, ligados al ámbito financiero de este país, entre ellos, Ramón Eduardo Tello, y llega, justo, con la finalidad de contravenir esa norma de orientar a una institución para ponerla por debajo del gobierno, a manera de que le financie lo que también se conoce como la partida secreta, y lo que es el BIV hoy en día, en momentos en que se escriben estas líneas está en la palestra pública, toda vez que se le quiere acentuar, justo, esa función que para ese momento rechaza Laureano; cosa que no viene al caso tampoco tocar, sin embargo, como le hemos dado carácter de diario también a este ensayo biográfico, como alguna vez lo hemos definido, y de donde se ha fraguado un nuevo yo, que está consubstanciado también con su realidad, además de aquella que le transmite su objeto de estudio; este yo tiene necesidad de expresarse; asombrado, sobre todo, por la correlación de situaciones que se vivieron en aquella época, y la respectiva suya; y así tenemos que hay un señor sanguíneo, maracucho el tercio, que ocupa el mismo cargo del que se posesionaba Laureano para aquel instante, y que justifica con una serie de argumentos "tacticistas" la política de la discreción que va a guardar la entidad, con respecto a sus balances, y los cuales no necesariamente a partir de ahora pueden ser dados a conocer a la opinión pública; es esto lo que llamamos discreción: alegando el tercio que se trata de un ente operativo, y que, por lo tanto, no puede estar bajo la vigilancia de los organismos encargados de la supervisión bancaria, lo cual ha generado voces de alerta de algunos sectores; Laureano pone mano dura en la institución: allí estalla la guerra con los empleados; los obliga a presentar los balances verdaderos y no los maquillados, según la

costumbre que se estila entre ellos; así tiene que pelar por leyes; lo mismo que se gana grandes enemistades, porque se niega a recibir a fulano que viene apadrinado por tal tipo; no pasemos por alto que nuestro Vallenilla Lanz siempre ha llegado a la administración pública bajo el esquema de una mística laboral. El está para poner a funcionar la administración pública; proponerse una gerencia eficiente, con independencia de las triquiñuelas que se le atribuyen; con verdadera vocación de que edifica un país, y esta visión progresista de la realidad iba a tener mucha importancia en los días del régimen que estaba por venir, tomando en cuenta su condición de premier del mismo. Enseguida abre Laureano un par de sucursales más de la entidad; una en Sabana Grande, donde ahora fluye el comercio moderno caraqueño, y otra en Puente Hierro, el centro de la ciudad, y esto basándose en la idea de que no hay cosa que atraiga más el dinero, como una caja fuerte y tres empleados con corbata; lo que significa que éste viene con una política de expansión del BIV.

Téngase en cuenta que esta entidad, a lo largo de su historia, ha tenido que ser recapitalizada unas cuantas veces: la morosidad ha asaltado siempre su cartera de créditos: he allí lo que comienza a exigir Laureano a la hora de concederlos a éstos de ahora en adelante: sentido común para el hecho del financiamiento de cualquier iniciativa de inversión, y así llega a la conclusión de que lo mejor es regirse por la política de préstamos a corto plazo, es decir, no ser nada manirrotos; tratando de preservar el capital.

La nobleza de nuestro Vallenilla Lanz se mide por el hecho de que, en un momento determinado, uno de los cajeros del banco se acerca a él para participarle que, en vista de que éste no está de acuerdo con su concepción ideológica militarista, le resulta imposible continuar trabajando a su lado; máxime cuando el sujeto se considera adeco de la corriente de los que se declaran hasta la muerte, de modo que al ver Laureano semejante actitud irrevocable, no le queda más camino que ordenar que la liquidación se le pague doble.

Otro tanto le sucede con Alejandro Hernández, principal accionista de Industrias Pamperos; quien se acerca a su despacho con la intención de entregarle las llaves de sus negocios; en un gesto de temeridad frente a lo que presume que podría venirle, siendo Laureano la cabeza del banco, y Hernández un humilde industrial, que le debe todo al BIV, según sus palabras; gesto tragicómico, digamos así, pues Laureano le va a salir con una elegancia, propia de la gente de su clase, de modo que le va a responder:

-Usted se equivoca, señor Hernández. Ni mis compañeros ni yo estamos aquí para ejercer venganzas ruines. No somos adecos. Si su empresa funciona bien, y sus proyectos son útiles, puede contar con nuestro apoyo.

Allí está el espíritu democrático de Laureano, en el campo económico; su amplitud, en ese sentido, y, sobre todo, porque de inmediato se apresta a darle financiamiento para un proyecto que el industrial le plantea; el tercio aspira

producir productos enlatados; algo que encaja perfecto con otro proyecto, que le acaba de ser planteado a Laureano, y que tiene que ver con el cultivo de los productos que este señor va a industrializar: el famoso engranaje de la industria con la agricultura; se concluye este párrafo refiriendo que, a la larga, cuando ya Hernández se instala, le hace una fiesta especial a la junta directiva del BIV: esto significa que el proyecto ha caminado.

Hay algo curioso a destacar en esta fiesta, y es que allí se encuentra Laureano con un grupo representativo de la sociedad caraqueña, donde figuran sujetos de reconocida filiación adeca o comunista; suertes de dandis, como Miguel Otero Silva, un editor de periódicos con mucho éxito; escritor, y quien se da el lujo de ser contestatario con todos aquellos que le anuncian en su prensa, como sería el caso de Alejandro Hernández. A juicio de Laureano, allí no había más que un moscovita, quien gracias al poder de su pluma explota el miedo de los burgueses a críticas y a burlas.

Al mes después de ido nuestro Vallenilla Lanz de Miraflores, se produce un encuentro entre Miguel Moreno y él, y donde vienen a colación un par de chismes, relativos a intrigas palaciegas, que se cernían en torno a su persona, instigadas por algunos de sus colaboradores, según le cuenta Moreno, sin que éste se diera cuenta, en sus propias narices; cosa que muchas veces se interpreta como aprovecharse de las espaldas de otro; pudiéramos decir que aquí también Laureano demuestra su clase, al responderle al hombre:

-Era algo que lo suponía. He leído años ha *Los Caracteres* de La Brüyere, y sé bien a lo que se exponen quienes, por una razón u otra, viven cerca de los poderosos. En verdad, no me ocupo de intrigas. A la larga quedan desvirtuadas. Mi padre opinaba que la vida era un concurso de oposición. Triunfan los más capaces al correr del tiempo. Es cuestión de paciencia y de aguante. Te aseguro que esos chismosos, a quienes te refieres son incapaces, inclusive, de escribir un oficio.

El hecho de la mención del nombre del progenitor de Laureano, da lugar a una conversación sobre su figura, en la que viene al caso su famoso *Cesarismo Democrático*, una obra basada, como ya lo hemos repetido a lo largo de estas páginas, en la sociología del caudillo latinoamericano, de modo que así vemos a nuestro Vallenilla Lanz expresar un punto de vista derivado de dicha obra, que podríamos calificar de post-vallenillesco, en el sentido teórico de la palabra; un punto de vista en torno a esta vicisitud, aneja a la estructura del poder latinoamericano; cuando le señala a Moreno que, en su concepto, no es el origen el que califica al César, sino su actuación:

-Nuestros césares han sido todos, salvo Guzmán, de humilde extracción, pero todos trabajaron para minorías. La camarilla y la burguesía. Ninguno fue realmente democrático en el sentido moderno del concepto, es decir, social. Quizás Zamora, si hubiese llegado. Un cesarismo realmente democrático se

establecería por varias generaciones en el país, porque contaría con el apoyo incondicional de las masas sedientas de justicia. El apoyo burgués carece de valor electoral, moral y social. En cuanto al militar, depende de las ambiciones de un teniente coronel o un mayor. Hasta ahora Perón ha logrado neutralizar a los descamisados. Es el primer caso en América, pero no el último.

-No confías mucho en el Ejército- observa Moreno.

-No. Te lo confieso. Un ejército nacional no puede funcionar como institución única cuando faltan las demás. Eso se concibe en Suiza. No entre nosotros. Mayor estabilidad ofrecían los mercenarios del general Gómez o las montoneras que en el siglo pasado seguían al caudillo victorioso. Mientras no existan instituciones respetables y respetadas por todos los ciudadanos, el Ejército será un semillero de intrigas, de chismes y de ambiciones. Entre quienes tenían antes las armas y el jefe de turno existía un vínculo personal, un compadrazgo. Eso ha desaparecido y no ha sido reemplazado por nada sólido. Un oficial egresado de la Escuela Militar no se siente obligado para nada con Pérez Jiménez o Delgado Chalbaud. Piensa, con razón, ¿por qué no yo? Claro, que el poder puede legitimarse con el ejemplo de una vida intachable; la eficiencia, la probidad es difícil. Se requerirán hombres de condiciones excepcionales, que ojalá nuestros actuales jefes posean. La desgracia estriba en que quienes obtienen el voto de las mayorías son los charlatanes, los más incapaces, y quienes toman el poder no se empeñan en legitimarse con una acción brillante.

-Yo creo que la junta –interrumpe Moreno- está haciendo todo lo posible para granjearse el respeto de la nación.

-Yo también, pero tanto tú, como yo debemos tratar cada día de que nuestros superiores se mantengan dentro de esa línea de conducta. Temo mucho a los oportunistas, a los mediocres, al círculo de familia, que rodea fatalmente a los jefes venezolanos. El compadre fulano, la comadre perenceja, que se consideran con el derecho de censurar a los que trabajan.

Quizás por esto Laureano se ve, frecuentemente, con Pérez Jiménez; para tratar de influir sobre el tercio, pues éste es una fija, procurándolo de tarde en tarde en su oficina del ministerio de la Defensa. La labor en este caso de nuestro Vallenilla Lanz es la de pedagogo; a nuestro biografiado podría irle bien el calificativo de eminencia gris. Se trata de un hombre fiebroso este Pérez Jiménez para manejar automóviles, y entonces se van de paseo dos o tres veces a la semana hacia la periferia caraqueña, que ahora se llena de caminos pavimentados. Es el momento de la reconstrucción de las carreteras venezolanas; cosa que lleva a cabo el gobierno, y así que salen a disfrutar de la campiña de la región metropolitana, gracias a esas impecables vías; senderos polvorientos, por donde Laureano anduvo una vez a caballo, que ahora se cubren de asfalto. Téngase en cuenta que, para ese momento, se ha puesto en ejecución

el proyecto de la autopista Caracas-La Guaira; lo que significa que Delgado Chalbaud y compañía se han movido, en ese sentido, y va a ser una costumbre de Pérez Jiménez de ahora en adelante acudir a inspeccionar los trabajos de levantamiento de la obra, y para allá arrastra a Laureano. Hace de la autopista algo suyo. El hombre sigue y persigue las labores de ingeniería, y para ello camina con una escolta detrás; fatigados los pobres edecanes, y entonces llegan hasta el confín del mundo; donde operan unas máquinas norteamericanas, dirigidas por el ingeniero Marco Antonio Casanova, a quien se le ha contratado la construcción. He aquí que Laureano pierde varios fluxes, como consecuencia de esos enormes trajines, donde el polvo es abundante, y el cual se adosa a la tela con esos baños de sudores, que vienen enseguida en el cuerpo de esas hormigas que marchan detrás del gran coronel, mientras éste disfruta observando pasar trabajos a ese mantuano que es Laureano, tan pronto se miran en Miraflores, una vez de regreso.

Se trata de una amistad que se va profundizando, al mismo tiempo; sobre todo, porque nuestro Vallenilla Lanz va sintiendo admiración por este hombrecillo incansable, como él lo llama, quien le habla sobre el porvenir de Venezuela; de modo que ve en él a la persona indicada para sacar del atraso y la miseria al pueblo venezolano. ¿Hemos hablado de una consigna de este hombre? Se decía con ello que esta es una de las frases que persigue siempre a Laureano; aquella famosa de que "había que emprender una transformación racional del medio físico, y una elevación moral, intelectual y social del venezolano". Es el momento en el cual comienza a acuñarla, hasta hacerla, finalmente, lema de su régimen, esto es, del que está por venir. Pero, además, la frase la recuerda cierta élite de sujetos venezolanos, alguno que otro intelectual, de modo que con ella queda identificada su acción de mando, y es por eso que se habla de lema. Entonces le dice Pérez Jiménez a Laureano:

-Hacia ese fin deben dirigirse nuestros esfuerzos. Lo demás es hablar tonterías; "mear fuera de perol".

Cosa con la cual nuestro Vallenilla Lanz está de acuerdo, y así se largan a hablar:

-Nuestra acción ha de perseguir fines útiles –le replica entonces éste-. Abstengámonos de prometer el paraíso. Comencemos más bien por construirlo. Cuando Venezuela cuente con todos los elementos con que debe contar una nación civilizada, es decir, caminos, ferrocarriles, escuelas, hospitales, puertos, aeropuertos, fuerza eléctrica, riego, etc., el ciudadano surgirá espontáneamente, y es seguro que no irá a las urnas para designar a Rómulo Betancourt.

-¿Se ha fijado usted –responde Pérez Jiménez- que en nuestras constituciones, apenas si exigen que para ser presidente de la República basta ser mayor de treinta años? No importa que el candidato sea iletrado, loco, sordo, mudo. Eso habrá que cambiarlo también. Pedir, además, un diploma de enseñanza

superior. Así ciertos individuos tendrán que cortarse la coleta o ponerse a estudiar. Sería divertido abrir un curso para aspirantes a la presidencia de la República, e inscribir, por ejemplo, a Rómulo Betancourt o a su amigo Eugenio Mendoza.

En realidad, Pérez Jiménez está celoso, y esto en virtud de las aspiraciones políticas del susodicho Mendoza, y por lo cual viene al caso esta figura en su contexto. Suena la palabra amigo, y esto, en verdad, no avergüenza a Laureano; sólo que de inmediato se cuadra con Pérez Jiménez en el hecho de afirmar que allí no hay más que veleidades, y por lo inoportuno de su fórmula. Una locura, a la cual Laureano le otorga el beneficio de la duda, habida cuenta que considera que esto no es más que un rumor, que ha lanzado alguien; porque, por lo demás, éste no lo cree a Mendoza capaz de empatarse en algo así, dígase en criollo moderno; cree a Mendoza un hombre más sensato, que conoce sus limitaciones; ve una sombra detrás de su amigo, que está para perjudicarlo, lo cual no es nada extraño en un ser que genera tanta envidia; en su lenguaje de mantuano, sentencia, finalmente, que la venta de sanitarios, aún ejercida con éxito, no prepara para altos destinos: "La función ductora en un Estado moderno exige conocimientos de los que mi acaudalado amigo carece".

Habría que señalar que Laureano experimenta en esos momentos una gran satisfacción, con lo que respecta a la gente que ha traído al banco, Ramón Eduardo Tello, Luis Pacheco Vivas; gente ligada al ámbito financiero de este país, y a través de cuyo trato diario, nuestro Vallenilla Lanz se va dando cuenta del carácter y la manera de trabajar de cada uno de ellos, labor de psicólogo, diríamos en este caso, y que le es propia a un ejecutivo de su categoría; lo cierto es que la marcha de la locomotora lo pone en los palitos de que está manejando una institución con criterios de modernidad.

Otras tardes Laureano se dirige al palacio de Miraflores, donde está su otro amigo, Carlos Delgado Chalbaud; un momento muy inoportuno para la salud suya, ya que llega a una hora en la que sopla la famosa brisa fría que viene de Catia, y que se le mete hasta los huesos a éste; pero es cuando el trabajo ha finalizado por aquella fea casona de Crespo, como la llama Betancourt, ya no quedan sino los guardias, que se intercambian en los puestos de centinela, y entonces todo se presta para la conversación entre estos dos sujetos. Delgado Chalbaud atraviesa en ese momento por una crisis de paranoia, que Laureano cree que se la acrecienta el cigarrillo y el café, que absorbe a borbotones a diario, y es así como comienza el tercio a quejarse de que sus proyectos respectivos se los están saboteando. Hay una mano peluda, a juicio suyo, que le retiene la aprobación de los mismos por la vía de la Contraloría General, y así despotrica del señor que está al frente de este órgano público. Nada mejor –piensan ambos- como el famoso sistema del corte de cuenta, utilizado en Francia, y no el sistema de la revisión del gasto a priori; con independencia

del espíritu afrancesado de los dos, y cosa que ya habíamos visto mucho antes, cuando entonces se intenta establecer dicho ente estatal, y con el cual Laureano se muestra en desacuerdo.

Hablaban de la situación del país aquellos dos sujetos; que, a juicio de Laureano, para ese momento era satisfactoria, pues le parecía que se había reanudado el trabajo, lo cual era lo más importante; que se observaba cierta disciplina, después del caos adeco.

A su modo de ver, la oposición había desaparecido: "Su reciente fracaso –le decía a Delgado Chalbaud- no permite organizarse a los derrocados, y de ahí que el número de detenidos políticos y de exiliados sea insignificante. El gobierno militar es, por ahora, una dictablanda que la inmensa mayoría de la nación acepta de buena gana. Este estado de cosas, seguramente, no durará; dentro de un año o menos nuestros adversarios reaccionarán, y será quizás necesario apelar a la fuerza para reprimir desórdenes".

Así ambos veían venir esa época con tristeza.

-Felices los pueblos –concluía nuestro Vallenilla Lanz- que cuentan con regímenes acatados por todos, en los que no se requiere incurrir a la violencia para imponerse. El problema de la legitimidad es quizás el primordial de la América Latina. Los gobiernos han sido todos ilegítimos desde el nacimiento de nuestra República. Cualquier ciudadano se cree con el derecho de tumbarlos. Sin excepción, carecen de esa aureola de respeto que rodea a los de los países civilizados. Son el fruto del asalto, cuando no del engaño. Puede que alguna vez un equipo de gobernantes ejemplares logre el milagro. Entonces, libertados de propósitos de venganza, de bastardas ambiciones o de esa supuesta misión de redentores que arrastra a muchos hombres de buena fe, consigamos dedicarnos al trabajo fecundo.

El Banco Industrial, aparte de la relación que mantiene con los peces gordos, que le vienen del gobiemo, para apelar a otra expresión criolla, también trabaja con pequeños industriales y comerciantes, que necesitan créditos a corto plazo, quienes terminan convirtiéndose en los personajes de la institución, tal un italiano que machuca el español, y cuya perorata indescifrable pone a reír a todo el mundo en la junta directiva, cuando es cuestión de reunirse con él, un constructor, incansable hombre de trabajo, como lo conoce Laureano, y quien se trata de uno de los clientes más asiduos de la institución; al igual que Antonio Rivero Vásquez, propietario éste de una fábrica de enlatados de sardinas en Cumaná, y de un aserradero en Aragua; divertidísimo también el tipo. En primer lugar saluda a Laureano, con su fonética particular de hombre cumanés:

-Generar de fragata y de la Democracia.

Aquello es que la junta directiva se priva enseguida, y él también muy a lo criollo. Es cuando entonces pela por unas muelas de oro, que se le ven tras

la sonrisa. Hay una gran suspicacia en aquel medio cuando el viejo saca un papel del bolsillo, y tras ponerse unos lentes, con la mayor seriedad, presenta sus cuentas; hay una gran suspicacia por lo que dice ante todo:

-Este es er balance de verdad, verdad. Lo juro por la virgen der Valle.

## VI

En abril de 1950 Laureano decide tomarse un descanso. Sobre todo, desea regresar a su segunda patria, Francia, y, lo más simple, ponerle flores a la tumba de padre, sobre la que no pasa desde el año de 1936. Así que se mueve ante la Junta Militar, a fin de solicitar un permiso, y lo que es su iniciativa le depara algo que estaba por hacerse en aquel trío, como era el reconocimiento a sus trabajos eficientes y desinteresados, que se lo expresan en un acto en el palacio; siendo, al mismo tiempo, condecorado con la orden Francisco de Miranda. A éste más lo estimulan dichas palabras de reconocimiento, que la propia medalla en sí, siendo, de paso, la primera que recibe.

Días antes de partir, adquiere el terreno de Los Chorros, donde poco después se inician los trabajos de levantamiento de la quinta La Muda, cuyo nombre lo trae al caso nuestro Vallenilla Lanz en recuerdo de la negrita que tenía allí un rancho en tiempos de su infancia. En ese sentido, él y su mujer desean radicarse en los predios donde transcurrió la niñez de ambos, y al lado de los suegros y de las hermanas; un lugar al que encuentran poblado por árboles raquíticos de vegetación xerófila, que no deja de haber en las faldas de El Avila, pero al que poco a poco su mujer va a transformar en un hermoso parque lleno de flores y de árboles frondosos.

Con respecto al viaje, los Vallenilla Bueno asisten al vuelo inaugural de un Boeing de dos puentes, el cual lleva como destino Londres, pero con escala en Nueva York, y, además de la niña, viaja con ellos la pareja de sus cuñados, compuesta por Mercedes y Johnnie Rivera; una ciudad, aquélla de Londres, ladilla, como decimos los venezolanos en el lenguaje vulgar, para aquel momento; en la cual tendrán que esperar varias horas, para tomar otro avión, que los habrá de llevar a París; tendrán que esperar en unos bancos que, a medida que pase el tiempo, se irán haciendo cada vez más duros, y con un café, único recurso que encuentran para calentarse, infame. Un vuelo bajo aquel que hace el avión, que, finalmente, los recoge, y así que nuestro Vallenilla Lanz viaja muy atento a todo cuanto ocurre en la geografía francesa, a medida que se internan en el territorio; cuando de pronto aparece la Torre Eiffel, y esto se lo hace ver la propia aeromoza de la nave, mientras se la señala desde esa altura, y entonces a éste lo embriaga un mar de pensamientos; recuerdos que le vienen sobre su juventud; acerca de sus compañeros de estudio muertos

durante la Segunda Guerra Mundial; acerca de su padre, y entonces es cuando se mira en un joven vestido de negro que un diciembre desapareció de aquellos predios, desconsolado por su reciente orfandad, y que viajaba a Venezuela en busca de su patria y de su novia.

En París los esperan los hermanos de Laureano, María Luisa y Ramón, junto con una pareja más de compatriotas suyos, conocidos de antaño, y camino al hotel, Laureano experimenta el síndrome de la segunda casa, y a la que poco a poco va armando con su imaginación, porque le resulta demasiado conocida, y es cuando el tercio abriga sentimientos de euforia, de ganas de saludar a un policía que dirige el tránsito con un rolo, enchapado de cuero blanco, lo mismo que a un viejito de boina vasca, cuya nariz resalta por lo roja, y que anda la calle con un cigarrillo prendido de su labio inferior.

Finalmente, se hospedan en el Hotel Príncipe de Gales, y tan pronto dejan las maletas en el establecimiento, enseguida cogen la calle él y su mujer: Laureano quiere verlo todo, y respirar ese airecillo peculiar de la ciudad luz, mezcla de asfalto, de moho y de perfume, que le resulta peculiar de la capital francesa; inconfundible.

Un mes ha solicitado nuestro Vallenilla Lanz por motivo de vacaciones; veinticinco días se le va a esta gente entre amigos; conocidos también de antaño, como la propia hermana de Delgado Chalbaud, Elena Delgado de Lambert, quien lo lleva a conocer un domingo su casa de campo, y en donde, de paso, a éste le son presentados los morochos de Carlos, quienes se educan al amparo de esta tía.

El propio Delgado Chalbaud le ha pedido que le compre una fusta en la Casa de Hermes; al paso de solicitarle que no deje de ir una tarde al famoso *boulevard de Montparnasse*, y que en su nombre disfrute un buen rato en un café; siendo *Le Coupole* el que elige "el amigo" Laureano, y en el que comienza a medir el tipo de las personas, que pululan por el barrio: barbudos, artistas y estudiantes; esto es, toda una gama de bohemios: cuando no africanos, que también pasan por el frente del café, y a quienes Laureano les saca en cara el hecho de que están becados por "el imperialismo" francés. Un detalle que capta éste es que esta gama de sujetos, siendo la misma que transitaba por allí en la época suya, se ve vestida más desaliñada que entonces. A Laureano le parece que la influencia existencialista se hace sentir.

El autor de estas líneas estaba extrañado porque, a propósito de esta estadía de Laureano en Francia, nada había acontecido en su vida que lo remitiera a las circunstancias en las que está envuelto éste, ya que en varias oportunidades hemos visto que hay un paralelismo entre lo que se vive en la época de su biografiado y lo que vive él en sus días, y, lo más triste aún, que no podía experimentar la experiencia del retorno a la segunda patria, que lo es en el caso también del que esto escribe, en razón de haber vivido unos años allí,

y en lo cual se identifica con Laureano, habida cuenta de que las condiciones en las que se encuentra le impiden viajar; estaba extrañado, decía, cuando, de pronto, navegando por el mundo de Internet, se ha conseguido con la noticia en la prensa francesa, de que por estos días se cumplen veinte años de la muerte de Jean Paul Sartre, el máximo representante de dicha corriente existencialista en Francia, a la cual evoca Laureano.

Hay una pareja existencialista de venezolanos para ese momento en París. La compuesta por Sofía Imber y Guillermo Meneses, y quienes vienen al caso, en razón de que constituyen dos de los tantos amigos, a los que Laureano frecuenta durante esos días. Existencialista en el sentido de que ambos acogen una serie de valores, que propugna la teoría de Sartre, y que vendría a ser una suerte de disidencia, no sólo frente al marxismo; que es la línea oficial del intelectual comprometido, sino también frente a la vida, en su conjunto. Valores que para aquella época eran un escándalo, pero que a raíz de la década de 1960 se harán común entre la gente. ¿Pero quién no es sartreano en aquel momento? El pensador más prestigioso es Heidegger, a quien se le pudiera considerar el padre de la escuela en Alemania, pero a falta de una amena prosa en su estilo literario, cosa en la que se sobra el francés; entonces éste se ha llevado todas las glorias del movimiento en sí. He allí por qué Octavio Paz dijo una vez que Sartre no hubiera sido nadie sin Heidegger. Alrededor de Meneses se movería después, al final de la década de los cincuenta, una generación de intelectuales venezolanos, quienes editarían una revista con el nombre de Sardio, y en la cual habría mucho sartrismo a la moda, como lo diría el crítico literario Angel Rama. Es por esos días cuando Meneses gana el concurso de cuentos de El Nacional con el relato ***La Mano Junto al Muro,*** que no se podría considerar una pieza existencialista en cuanto tal, aunque sí con mucho de lo que aquel espíritu de Sartre respiraba. La impresión que le queda a Laureano, luego de la famosa visita, es que su amigo Guillermo ha aprovechado el tiempo, y, en especial, ha asimilado muchos conocimientos literarios: "Me agradan su modestia y su discreción. En los largos años que llevamos de amistad, jamás le he escuchado nada duro contra nadie, y cuando se excede y suelta algo irónico, baja el tono y se sonroja, como arrepentido de su propia audacia"-.

En sustitución suya, el Banco Industrial ha quedado a cargo de uno de los directores, que lo acompañan a Laureano en la junta directiva, un tal Luis Pacheco Vivas; que está allí por recomendación de Pérez Jiménez, y que tiene una extraña habilidad para hablar a la manera de un "Savonarola de esquina", como lo ha llegado a calificar el secretario de la presidencia, Miguel Moreno; especialista en hablar en tono solemne una sarta de tonterías. El tercio en el fondo desearía estar en la presidencia del BIV, y cosa de la que lo perdona Laureano, conociendo éste el problema de la ambición que asalta a cada hombre;

lo que sí es que opta por hacerse el sordo, a propósito de los varios reclamos que recibe, al regresar a su puesto de trabajo, y así lo achaca al hecho de que el viejo, seguramente, ha actuado en forma torpe y vehemente.

Por esos días acude a su casa monseñor Nicolás E. Navarro, amigo de infancia de su padre; un hombre de agradable conversación, modesto, erudito; Laureano lo ve casi un santo: "Su talento y cultura le impidieron ser Arzobispo. Prefirieron a otros, infinitamente menos capacitados". En el fondo siente que el prelado lo trata como a un hijo, y, al respecto, le pregunta que si él está en la política por afición o por un propósito de venganza:

-Si es por la segunda razón, retírate –le dice-, las infamias que cometieron los acciónde mocratistas con Adolfo, tu suegro, no justifican tu presencia en el gobierno. El poder no puede ni debe ser instrumento para saciar odios sino medio hacer el bien.

-Cierto sentimiento revanchista –le expresa Laureano- me ha llevado a colaborar con los hombres del golpe de Noviembre, pero reconozco que, aún sin las persecuciones de que fuera objeto mi familia, habría estado de lado de los que representan la reacción contra el desorden, la improvisación y la incapacidad.

-Si es así, no tengo objeción, Laureano. La gente bien nacida en este país tiene que dar el ejemplo. La circunstancia de haber nacido en cuna de oro crea más deberes que derechos. Te educaste en Europa con mucho más de lo necesario. Sé tolerante y bueno. Piensa en los que vinieron al mundo en ranchos, careciendo de todo, y explícate su inconformidad. Acuérdate del general Carlos Soublette, cuando fueron a buscarlo a Cartagena, y dijo: "Si es para desquitarme, prefiero permanecer aquí. En los desquites de uno y otro, la que pierde es Venezuela".

Por cosas del destino Laureano descubre que su socio, mister Knight, representa los intereses de una familia cubana, a quien se le ha acusado de corrupción administrativa en su país, y esto viene a decir mucho para la ética suya; aun cuando Laureano, de pronto, se ve que no es ni juez ni parte de aquella situación; habida cuenta de que sus negocios sólo están limitados a determinadas cláusulas contractuales, y así que él ve con una cierta indiferencia, no obstante sentirlo en carne propia, el proceso de desenmascaramiento de éste, a quien no sólo se le descubre su condición de testaferro, sino que también ha resultado un mal administrador, pues ha sido demasiado generoso consigo mismo, en materia de sueldo, y así se ha puesto a ganar quince mil bolívares, cuando el salario mínimo de la época es de trescientos bolívares; a propósito de una visita que le cae, de repente, de La Habana, y en la cual viene la propia accionista de la compañía de Knight; una Elena Santeiro de Alemán, acompañada por el abogado de la firma, Guillermo Alonso Pujol, quien para la época funge, además, como vicepresidente del país; de modo que al

hacerse presente este par de personas en el famoso edificio de Gradillas se vienen a saber estos datos de mister Knight.

En ese sentido, la visita tiene su carácter de diplomática; más por el aplomo con el que se presenta Pujol ante la casa de gobierno, siendo mal visto por la Junta Militar, pues no pasemos por alto que hay indisposición, en lo que respecta a las relaciones entre el régimen venezolano y el de Cuba; se considera en estos predios que el presidente Prío Socarrás mantiene una feroz campaña de prensa y de radio contra el gobierno venezolano, cosa que maneja Laureano; el vicepresidente se impone por su cordialidad; resulta inteligente, simpático y sumamente hábil.

En diálogo con Delgado Chalbaud, a propósito de esta situación, ambos caen en el tema de Cuba, y allí no queda nadie vivo, dicho en términos criollos, habida cuenta que ambos coinciden en señalar que en dicho país la corrupción administrativa no admite comparación sino con la que existe en México, y que los dirigentes que se llenan descaradamente los bolsillos, en uno y otro país, tienen luego la osadía de autocalificarse de demócratas y hasta de socialistas.

-Semejante inmoralidad provocará en el futuro una violenta reacción por parte de las masas engañadas y pauperizadas. Surgirán líderes que barrerán con todo. Inclusive con el sistema capitalista, y ello no como consecuencia de la infiltración marxista, sino como movimiento de repudio contra quienes no supieron cumplir una misión ductora-. Remata Laureano este diálogo, como ya se ha dicho, con Delgado Chalbaud, y cosa en la que volvemos a poner el acento, a propósito de la visión que éste nos ha presentado suya, sobre lo que son las cosas en la isla caribeña; pues, por lo demás, la historia le dio la razón, en ese sentido.

# LIBRO QUINTO

# I

El diseño de la casa La Muda ha quedado a cargo de los arquitectos Diego Carbonell y Tomás José Sanabria; este último, sobre todo, muy conocido en el área; el famoso diseñador del hotel Avila y de otros conocidos edificios de la ciudad de Caracas; una casa que los Vallenilla Blanco levantan con el espíritu, habida cuenta que éstos revisan cada detalle minuciosamente, y así que siempre están por esos predios; una verdadera ladilla, dicho a la venezolana; pero aquí está el hombre todos los viernes en la tarde, que es cuando se les paga a los obreros, con una paca de billetes, y, al final de cuentas, todo el mundo es feliz.

Se trata de un momento en el que nuestro Vallenilla Lanz devenga una fortuna. Los terrenos de Santa Mónica han sido una verdadera mina, y esto sin contar el movimiento que se realiza a través de su oficina, y el que comprende el resto de inversiones que él tiene, y que poco a poco las hemos venido enumerando. La mujer suya compra una casa situada en la urbanización El Palmar de Macuto, con su propio peculio, y, encima de que el doctor Bueno, para resarcir a su familia por los perjuicios sufridos con motivo de la persecución adeca, decide poner a nombre de los Vallenilla Bueno la famosa casa, donde los había sorprendido el golpe de octubre de 1945; de modo que ambos puedan vivir de la renta de ella. Estamos ante una verdadera fortuna.

Entonces, Laureano y Elena se instalan en la playa a disfrutar de una casa, que cuenta con todas las comodidades del confort burgués, entre ellas la de una piscina que se llena con agua salada, y se instalan aprovechando la llegada de las vacaciones de los muchachos. Aquella piscina se aglomera de críos: la hija de ambos, los sobrinos, los hijos de los amigos, entre ellos, los de Pérez Jiménez, que también ha comprado casa en El Palmar; se aglomera un triponaje, y Laureano disfruta, oyendo el bullicio, bien instalado en una silla de extensión, a la orilla de la misma. Así ambos, el recién nombrado y él, suben todas las mañanas en un automóvil que los conduce hasta el ministerio de la Defensa, donde muchas veces Laureano pernocta por un par de minutos, quizás, para darle fin a una conversación, o, cuando no, se dirigen los dos a Miraflores, caso de estar convocada una reunión con la Junta Militar. Luego de esta rutina, nuestro Vallenilla Lanz se dirige al banco.

A la hora del regreso también bajan ambos personajes al litoral en el mismo automóvil. A esa hora la seguridad se redobla y, en ese sentido, el vehículo va flanqueado por una escolta de guardias, comandada por un edecán, y quien se instala también con la comitiva en el automóvil, en el puesto de adelante, al lado de Juan de Dios Montilla, el chofer oficial de Pérez Jiménez. Aquel carro marcha armado hasta los dientes, habida cuenta que en la parte de atrás, por debajo de los asientos delanteros, sobresalen dos metralletas,

como las que porta el edecán, y las que reposan allí junto con bolsas de granadas de mano: ha recibido amenazas a través de anónimos el ministro de la Defensa, y de aquí que tenga su carro hasta los dientes.

En el fondo de todo esto se mueve el fantasma adeco, que milita con fuerza en la clandestinidad, y, algo semejante a Cuba, ha hecho de la universidad un foco de resistencia: allí se incuba una forma de oposición, y decimos una forma porque, en realidad, la misma no representa al país. He aquí una institución con cuya autonomía se puede jugar, o con su política manipular a la opinión pública: hay un profesorado que se ha vuelto de izquierda; hay una partidización de la vida universitaria, que es lo que pone en guardia a Laureano contra dicho centro de estudios, suscitándole prejuicios contra su razón de ser, y así le parece que no es muy satisfactoria la situación en la Universidad Central de Venezuela.

-Supuestos demócratas –le confiesa a Pérez Jiménez- pretenden monopolizar cátedras y ventajas. Hay quienes devengan seis o siete sueldos. Algunos se limitan a leer un texto en clase, y parte del irrespeto, que los rodea, obedece a la convicción que tiene el alumnado de la incapacidad de los catedráticos. Profesores que no enseñan, alumnos que no estudian. Fabricamos malos profesionales. El Alma Mater es un nido de intrigas, de compadrazgos y complacencias.

-Si la universidad se transforma en foco permanente de desorden –sentencia su interlocutor-, pues la clausuraremos para organizarla sobre nuevas bases.

A continuación brota un conjunto de ideas de lo que debe ser la educación superior, a juicio de Pérez Jiménez, en este diálogo; diferente a la concepción comunista de la época, que quería darle un impulso a los procesos revolucionarios, invocando el principio del "compromiso del intelectual"; para simplificar, diríamos que en las ideas de Pérez Jiménez está planteada la misma aspiración que abrigaba el unigénito Cecilio Acosta en el siglo XIX en este país, cuando señalaba en su pequeño ensayo ***Cosas sabidas y cosas por saberse*** que la universidad tenía que dejar de ser contemplativa, para volverse voluntarista; la ingeniosidad tenía que ser su fundamento. En ese sentido, Pérez Jiménez la consideraba el cerebro del país: sede de la *intelligentzia*. Decía que había que crear consejos profesorales, y en los cuales se ventilaran los problemas del país, de modo que de allí salieran consejos y orientaciones; que había que obligar a los ministros a asistir a dichos centros de estudio, a objeto de que explicaran la política del gobierno, y así aquel "cerebro pensante" tuviera muy presente el sentido que llevaba el desarrollo del progreso venezolano.

Pero para ello exigía una obra de infraestructura educativa moderna, dotada con toda clase de servicios. Decía que había que contratar a los mejores profesores del mundo. No era partidario de una gratuidad absoluta de la

enseñanza, pues, a su juicio, los muchachos pudientes tenían que pagar.

-La miseria –expresaba-; la pensión de familia para universitarios, con alimentación a base de claras sopas de fideos y de chayotas, son vestigios de un pretérito de barbarie. Un joven que disponga de habitación confortable, con sala de baño y disfrute de un buen régimen dietético, no irá a engrosar las filas de los partidos extremistas que reclutan sus huestes entre los desamparados. Ese chico, al regresar a su provincia, trasmitirá a los suyos parte de su cultura, les enseñará a comer y vivir mejor.

Este párrafo no refleja sino el espíritu de buena fe que pone el político venezolano en el ser racional de nuestra identidad. No pasó así, y perdónesenos la digresión; fue al contrario; el muchacho se trajo la barbarie para la universidad, y así a la larga hubo que eliminar el sistema de residencias de la UCV, donde se realizó este experimento, porque aquello se convirtió en foco de la guerrilla castro-comunista, que se desató a comienzos de la década de 1960 en todo el continente latinoamericano, y así se vino a cagar la jaula, dicho en el criollo más vulgar.

De la universidad que Pérez Jiménez le legó al país salió una clase profesional que pactó con el enemigo, es cierto, lo que significa que se "descomunistó", y, en ese sentido, vino a constituir el ala gerencial de este país, la pequeña burguesía, como la llamaría Marx; muy exitosa, sobre todo, al nivel del área petrolera, y esto es algo que hay que reconocerle, en este examen crítico que hacemos de la manera de ver de Pérez Jiménez, pues si en algo pensaba éste, como uno de los puntos de lo que sería su programa de gobierno, era en las oportunidades de empleo que había que crear para el venezolano profesional: consideraba que aquel tipo de alumno tenía que encontrar bienestar y seguridad en la calle, y esto tenía que ofrecérselo el gobernante. Expresaba: "Desaparecerá el venezolano que va de oficina en oficina, en solicitud de un cargo especial. Las futuras generaciones de ingenieros marcharán a la cabeza de regimientos de tractores, hacia la conquista de la selva. ¿Qué mitin mejor podremos ofrecer a la nación? Venezuela no puede quedar rezagada cuando la preocupación científica, la sed de cultura, arrastra a otros pueblos, pequeños y grandes. La era atómica no admite 'toeros' ni charlatanes. Si no aceptamos esta verdad, seremos explotados y colonizados por los más evolucionados. Los rusos son ahora grandes, no por comunistas, sino porque dejaron ser mujiks. Más vale un laboratorista soviético que todos los cosacos reunidos."

Para Pérez Jiménez la toma de la racionalidad universitaria, el espíritu cientificista, era fundamental; pero al mismo tiempo el tipejo era asaltado por el espíritu de Marte, el espíritu miliciano, y esto quizá porque combinaba en su conciencia una ideología positivista, que era aquella que miraba hacia la ciencia, con una ideología militarista, que, agregaríamos nosotros, miraba hacia lo que pregonaba Perón. Por esta vía el susodicho estará condenado al fracaso,

pero dejemos esto así por ahora, y sólo limitémonos a señalar que en su extensa novela ***En busca del tiempo perdido*** Marcel Proust hace ver que el uniforme es una especie de segunda piel; una epidermis, ante la cual hay que guardar una cierta fidelidad, hay que tener una cierta identidad, y de allí que se trata de un hábito que puede conducir a un cierto proceso de enajenación mental; más que un hábito, en este caso sería un vicio. Decimos esto porque, de esta perorata sobre un proyecto de universidad, según sus ideas, pasa al tema también de la academia militar; un elemento que le anda en su cabeza, porque acaba de ganar una pelea, a propósito del mismo, una pelea que tiene que ver con la planta física de la institución.

-El general Medina –le dice a Laureano- quería edificar algo modesto y los adecos una cosa más modesta aún. No, manifesté al doctor Luis Malaussena, no. Vea grande. La Escuela Militar debe disponer de medios y de espacios suficientes para formar una élite intelectual, física y moral. Un oficial egresado de este instituto habrá de estar capacitado para cualquier misión castrense o civil. Tiene que acabarse aquello del uniformado con complejos e indefenso frente al sabio de anteojos o el agitador de multitudes. La falta de preparación forja las conspiraciones en los cuarteles. El militar ignora los problemas de la vida civil. Los asuntos de Estado son para él tabú que los ambiciosos presentan a su manera. Piense usted en las tremendas limitaciones de nosotros, los tenientes a la muerte del general Gómez, y no hablo de los jefes porque sus facultades intelectuales eran inferiores. Un demagogo hábil y audaz hubiera podido conducirnos a una catástrofe sin remedio. Semejante situación no se repetirá. Dentro de unos años, lo aseguro, no se sublevarán las Fuerzas Armadas para poner en el poder a Rómulo Betancourt.

-No soy tan optimista como usted, comandante –le responde Laureano- Al correr el tiempo los errores se olvidan. Los mártires gozan del afecto de las multitudes y el exilio es una forma de martirio. Unas elecciones libres las ganará aquí siempre Rómulo Betancourt o alguien que hable mejor, hasta que la nación se sacie de miseria y de charlatanismo. Además, si esos señores una vez en el poder, logran organizar una maquinaria electoral eficiente, ocurrirá como en México, donde el mismo partido monopoliza el mando, desde hace años; no obstante, la corrupción y los repetidos fracasos administrativos. Los pueblos se engañan fácilmente, como se engaña a los niños. Basta hablar de democracia, de igualdad y de justicia social, y de nacionalización para que sigan gustosos al amo de turno. No importa mayor cosa los desfalcos, el estómago vacío, la falta de realizaciones tangibles.

Es decir, no es el uniforme lo que seduce a nuestras masas políticas, como sí un discurso pletórico de promesas de justicia social, y que le dé en el blanco al yo sometido que los latinoamericanos llevamos en nuestra identidad; también con Perón se demostró que la ideología militarista era sólo un pro-

blema de circunstancias; algo que Laureano miraba bien, quizá porque se había criado en medio de oficiales de alto rango, pero que Pérez Jiménez, un hombre recién trajeado de miliciano, un recién vestido, mejor dicho, puesto que la milicia a él le había permitido su ascenso social, no lo comprendía del todo. En otras palabras, Pérez Jiménez se tenía que vestir de uniforme, en tanto que líder político de un pueblo; porque, de otra manera, se sentía incapacitado para llevar a cabo la modernización del país, y en esto Laureano miraba más audaz a Betancourt. En *Venezuela...* el propio líder adeco dice que Pérez Jiménez parecía más un tenedor de libros de la provincia adentro, que una cabeza visible de la milicia venezolana

Uno de los episodios más sangrientos de nuestros anales patrios constituye la confesión del asesino de Antonio José de Sucre, cuando indica que quince días atrás de producirse el hecho violento, había visto su víctima, cuando salía de una iglesia, y que, en ese instante, le había parecido que caminaba un cadáver. En esta oportunidad nosotros nos encontramos con un testimonio igual de cruento, sólo que en otras instancias; el testimonio de despedida de un sujeto, que está condenado al suicidio, como sería el caso de Delgado Chalbaud; cuando éste se pone a conjugarle lo que será su suerte en un futuro más inmediato a Laureano, en un diálogo que sostienen ambos en la casa de un alto oficial de las fuerzas armadas, donde se realiza un sarao, y todo el mundo está allí entregado a manos espectaculares de dominó, siendo ellos los dos únicos a quienes no les anima el juego; de modo que se han apartado hacia un rincón, al descubrirse que constituyen la excepción en aquel ambiente, y aquí viene esa suerte de lamento, pero expresado con la sangre más fría del mundo, cuando Delgado Chalbaud le confiesa cosas a éste; le habla de sus hijos, los famosos morochos: el uno más inteligente que el otro; es decir, curiosidades que se cuentan los padres, normalmente, y he aquí que de pronto le expresa:

-A veces me pregunto: ¿qué será de esos pobres muchachos cuando yo desaparezca?

-En ese sentido –le responde Laureano- no tienes razones para inquietarte. Eres joven todavía y te quedan largos años de actividad.

-Quien sabe. Venezuela es un país lleno de sorpresas, y no puedo adivinar cómo terminará todo esto para mí. Un elevado porcentaje de la asistencia a esta fiesta es de enemigos míos. Observa la hostilidad y la reserva de muchos. A mí no se me acoge con entusiasmo y cordialidad como a Llovera Páez, por ejemplo.

-Quizás obedece ello a tu condición de presidente de la Junta, a tu carácter, a tu educación distinta.

-Quizás- responde lacónico, mientras enciende otro cigarrillo con su yesquero de oro.

La última conversación que sostendrán Laureano y su viejo amigo será

telefónica, aquél lo llama a éste para que le pida a su hermana Finita en Nueva York que se ocupe de cierto amigo, que viaja a los Estados Unidos a operarse de la columna, y no conoce a nadie allá.

Un lunes 13 de noviembre de 1950, a Laureano lo retarda una discusión que sostiene con el maestro de obra que construye La Muda, con motivo de una cerca que se instala: un día de luna negra, como diría su temperamento tolerante, y a consecuencia de esto no podrá entrevistarse con Delgado Chalbaud, como lo tenía pautado para ese día, en el recorrido que hace la caravana presidencial hacia Miraflores, pues al momento que pasa por su casa, en su carro oficial, ya el sujeto se ha ido a Miraflores; una entrevista rutinaria de trabajo, que queda pospuesta en su imaginación, ya que al instalarse en su puesto de trabajo, en su despacho del banco, recibe una llamada telefónica de su "sargento", el oficial Hermes Ruiz, quien le sugiere que se vaya de inmediato al palacio, pues está ocurriendo algo muy serio.

Laureano se pone en el acto en la casa de gobierno; allí se topa con Llovera Páez, quien viene despavorido, porque también ha sido sacado de urgencia de una clínica dental, a donde se le trataba un diente, para que se presente en el palacio de Miraflores. Miguel Moreno tiene la noticia; hacia él confluyen Laureano y Llovera Páez, cuando lo ven en uno de los corredores del palacio:

-Parece que hombres armados –los impone éste- detuvieron en Chapellín el automóvil del teniente coronel Delgado Chalbaud. Se trata de un secuestro. Figueroa, el chofer, nos trajo su gorra. Mire, jefe, aquí está.

Llovera Páez le cae a preguntas a Moreno. Ya no es necesario: en ese instante un empleado de la secretaría anuncia que el capitán de corbeta, Carlos Bacalao Lara, de servicio aquella mañana con Delgado Chalbaud, telefonea, mal herido desde una casa de la Urbanización Las Mercedes. A pocos pasos de allí se halla el presidente, herido o muerto. Nada precisa Bacalao Lara. Llovera Páez dispone:

-¡Vamos allá! Que me acompañen los que quieran.

Alguien trata de detener a Llovera Páez, con el cuento de que no es bueno lanzarse así a la calle; sin embargo, el alto oficial ya está frente a un auto, y el que se dispone a abordar con dos o tres que le han seguido; cosa que intenta hacer Laureano también; sólo que le sale al paso Miguel Moreno, y entonces le ordena que vaya primero a Sabana Grande, y solicite al juez de la parroquia, para que se traslade al lugar de los hechos.

Laureano toma una radio patrulla; de cuyo volante se hace cargo Hermes Ruiz, y la que se abre paso por las calles con una sirena puesta a toda mecha; para asombro de toda la ciudadanía caraqueña, que ve muy raro todo aquel movimiento; sobre todo, porque detrás de la misma se mueve una camioneta de la Guardia Nacional con varios efectivos abordo. Rápido se

ponen en la jefatura civil de El Recreo: el juez está desaparecido de allí, le comenta el prefecto; Laureano le ordena que lo haga aparecer en el acto, y lo envíe a Las Mercedes.

Vuelven de nuevo a los vehículos; se ponen en marcha, y al llegar a la mencionada urbanización, la figura de Llovera Páez, que le luce familiar allá en la distancia, le dice que aquel es el punto. Rodeado está el vicepresidente de policías, civiles y uniformados, y en el samplegorio, además, hay alguno que otro agente de tránsito.

El escenario no es para menos: allí ha habido plomo. Disparos a granel, y el hecho se puede comenzar a apreciar en un carro viejo, en donde están muertos cuatro hombres, forrados a balazos; agujereado el vehículo en el que trataban de huir. Cuatro hombres de miserable aspecto, que han sido acribillados por una radio patrulla que les ha salido al paso, y así que ha habido plomo contra ellos.

A continuación viene el otro cuadro; en el patio interior de una quinta abandonada; a pocos metros de allá, y en donde Laureano encuentra, siguiendo un cierto itinerario que lo va trazando Llovera Páez, a un hombre tendido boca abajo, con los brazos en cruz, y a quien distingue enseguida como el comandante Delgado Chalbaud. Ambos se acercan a él, conminados tras la idea de que lo pueden hallar con vida; pero al voltearlo descubren que tiene hasta un disparo de gracia en la sien; amén de que todo su cuerpo está perforado todo de balas. He aquí uno de los pocos momentos en que vemos llorar a nuestro Vallenilla Lanz, y al tiempo que se enjuga las lágrimas le oye decir a Llovera Páez:

-Desgraciados, muérganos.

En este instante irrumpe la figura de Lucía, la mujer de Delgado Chalbaud, seguida por dos amigas, y ésta se abalanza sobre el cadáver de su marido, para tratar de incorporarlo, porque se le hace que está vivo todavía; pide ayuda, solicita que lo lleven a una clínica, y es así como el comandante es trasladado a un carro: lo mueve una procesión de personas, y tan pronto como es introducido al mismo, Lucía se sienta a su lado. Entonces Llovera Páez y Laureano se miran atónitos, sin poder cruzar una palabra, mientras el vehículo desaparece.

Cerca del lugar de los hechos está residenciado uno de los cuñados de Laureano; lo que al saberlo Llovera Páez, entonces le propone que se acerquen donde él, a los fines de hacer algunas llamadas telefónicas.

Precisamente, en el momento en que éste habla con Pérez Jiménez, la conversación se tiene que interrumpir habida cuenta de la aparición de un contingente de milicianos, en forma aparatosa, ya que moviliza artillería pesada, y la cual retumba con gran resonancia en las calles, y es esto lo que los obliga a ambos a salir para asomarse; tanques, que al avistarlos a los dos se detienen, y entonces el oficial que comanda al contingente se apea, y se cuadra frente

al triunviro. En realidad, no es necesaria la presencia de aquel tipo de armamento allí; aun cuando a Llovera Páez, entonces, se le ocurre que los tanques pudieran rastrear una colina que está cerca de la zona; de forma que ya al adentrarse a la misma, repentinamente, aparece un hombre, que quizás está oculto entre unos matorrales; quien se da a la fuga, y, por consecuencia, coge plomo: desde uno de los tanques le dan con una ametralladora; un sujeto que cae en seco.

Llovera Páez y Hermes Ruiz se acercan al infeliz, y mientras el primero trata de determinar si aún está con vida, ordenando, al mismo tiempo, que llamen a una ambulancia; el segundo lo saquea, y éste saca a relucir la mamaderita de gallo del venezolano, cuando dice con ironía para el grupo, donde está Laureano, que no está muerto sino que agoniza; para, finalmente, saltar de la alegría, y expresar que "se ha armado un limpio". ¿El botín? Un reloj de pulsera de una fina marca, y quinientos bolívares, que ha encontrado en los bolsillos del infeliz. Entonces, Llovera Páez se indigna: le parece demasiada bajeza por parte de Ruiz; sólo que éste tiene muy afincada la idiosincrasia del criollo, y así que al señalar el otro que eso no lo permite él que se haga en su cara, Ruiz le responde:

-Guá. Este es botín de guerra. Si usted hubiera visto los centavos que conseguí cuando salíamos a pelear en Guárico con Arévalo Cedeño.

Del mismo matorral salen otros tres hombres, con los brazos en alto; harapientos los tercios, y hediondos a alcohol. Los tres de fisonomía indígena, no de muy alta estatura: ojos inyectados de sangre. Los hacen venir hasta donde está la autoridad, que es Llovera Páez; pero quien se desentiende de los tres, tan pronto descubre que no pueden articular una palabra, y minutos después se le ve desaparecer de aquel escenario.

En ese sentido, Laureano lo imita. Decide desaparecer, y le ordena a Ruiz que lo conduzca al ministerio de la Defensa. Pérez Jiménez no ha ido al lugar de los hechos; alegando que su presencia es más importante allí en el cuartel, por si acaso se trata de otra cosa; una explicación que no viene al caso; una traición del inconsciente, como diría un psicoanalista, y es por aquí por donde Pérez Jiménez siempre ha levantado sospecha sobre una posible autoría intelectual suya de aquel homicidio; quiere decir que ese ser está muerto de la vergüenza en el despacho del ministerio de la Defensa, mientras se consuma el hecho sangriento, y luego vienen los pormenores del asunto; consciente de todo lo que pasa, y así que, al encontrarlo Laureano, Pérez Jiménez no necesita ninguna información; habida cuenta de que él está rebasado de ésta, sólo que requiere de hacer un teatro, y así que es oídos para gente que, como Laureano, viene a entrevistarse con él.

Nuestra generación creció con esta historia, y de modo que en nuestras escuelas se nos hacía ver, cuando estudiábamos historia patria, que el autor

intelectual de toda esta patraña era Pérez Jiménez. Mi amigo Pérez Rescaniere señala que si a alguien le convenía que se dijera que él había mandado a matar a Delgado Chalbaud era al susodicho, y esto para congeniarse con cierto capital petrolero internacional, que sí es el autor intelectual del hecho. El móvil aquí es el de una venganza; problemas que se buscan la mayor parte de los hombres que llegan al poder; pues la clave para que Delgado Chalbaud le usurpara el cargo a Pérez Jiménez, una vez consumado el golpe que este mismo ha fraguado, se debe, justo, a la presión de Antonio Aranguren y compañía, que han intercedido a favor de Delgado Chalbaud, y es por esto que no lo detienen aquel famoso día que se ha aparecido por el ministerio de Defensa; batiendo puertas; sorprendido por el hecho de que sigue con vida allí, mientras una comisión policial detiene a Rómulo Gallegos y a otras figuras adecas, cuando no el partido se dispersa; pero a la larga el tercio va a resultar traicionero, y su "autosuicidio" comienza el día en que permite la fuga de Betancourt de manos de la persona que se había erigido en su verdugo, y quien desde ese instante se va a transformar en el propio suyo.

Pero estábamos en que Laureano y Pérez Jiménez dialogan en el despacho del ministerio de la Defensa; de modo que, una vez abordada la materia que los ocupa, salen con destino al palacio de Miraflores, y para lo cual toman un Cadillac negro. En los corredores del cuartel han visto a la soldadesca vestida de uniforme de campaña: rostros perplejos los de aquellos muchachos que se posan sobre sus personas. Además de Laureano y Pérez Jiménez, en el Cadillac también se montan otros cuatro hombres armados: dos comandantes y un teniente, junto con el chofer. A los pocos minutos llegan a la casa de gobierno. Mientras Pérez Jiménez se desvía para hablar con Miguel Moreno en su oficina; Laureano toma rumbo hacia el despacho de su amigo, Martí Cordido, situado del lado opuesto del patio del palacio, y aquí se consigue con un espectáculo espeluznante, en la persona de un hombre que conversa con Martí Cordido, un sujeto de aspecto gallardo; pero con la más desfachatada apariencia, y se hubiera jurado que se trataba de un demente que, de pronto, había irrumpido en aquella sala de trabajo, sino reconoce en él al motorizado Ponte; el sujeto que seguía la caravana presidencial, en donde venía Delgado Chalbaud, y así que tenía muchas cosas que contar, lo que significa que Laureano se presentaba en el momento más oportuno. Y a partir de allí era todo oídos también hacia Ponte, quien informaba a Martí Cordido: "Pude escaparme en Santa Eduvigis, después de 'la cosa'. Yo creo que es una revolución, y entro a un edificio que construyen en el vecindario; me quito el uniforme de fiscal, y me pongo esta ropa de albañil..."

Entonces pasa a referirse de lo que se trata esa "cosa":

"Al comandante no le gustaba nunca llevar una moto adelante. Faltan veinte minutos para las nueve, cuando salimos de la casa de familia: yo voy

detrás. De repente, un automóvil, manejado por una mujer se atraviesa en el callejón, e interrumpe el paso. Me detengo, y apeo para averiguar lo que sucede. También se baja el edecán, pero en ese instante surgen civiles armados; unos ocho o diez que rodean al carro del comandante, y lo obligan a bajarse bajo amenazas. Oigo que el comandante trata de convencer a un hombre alto, que parece ser el jefe:

-Mire, Urbina. Esto es una locura.

-Usted va a ver, ahora, quién es el loco- Decía el otro furioso, y con un revólver de cañón lo obliga a caminar hacia un carrito estacionado enfrente. A todas estas, aparece el policía que está de guardia en Chapellín.

-Mátame a ese carajo; ordena el jefe.

-¿Y por qué va a matar a ese pobre hombre, que no ha hecho nada?- observa el comandante.

-Cállese y métase ahí- Grita Urbina, empujando al comandante dentro del carrito, que tiene la puerta abierta.

El presidente obedece, pero en la trifulca se le cae su gorra al suelo, y entonces se agacha para recogerla. Urbina y otro se sientan a su lado. Adelante nos meten al capitán Bacalao y a mí, entre el chofer y un hombre mal encarado. Estamos muy apretados; ni Bacalao ni yo nos podemos mover. El automóvil sale a toda velocidad. Pasamos como una flecha por el Country Club. Oigo que el comandante dice:

-Secuestrar al presidente es una decisión muy grave, Urbina.

-Cállese y quítese la guerrera, dispone el jefe.

El comandante quiere oponerse, pero el hombre mal encarado lo amenaza con la 45 que lleva en la mano.

-Esto es un disparate- Insiste.

El de adelante hace un gesto con la mano, y se le va un tiro a la pistola:

-Carajo, me ha herido en un pie- Chilla Urbina.

-Tiene que vendarse, Urbina; se va a desangrar- Observa el comandante.

Llegamos a una quinta en Las Mercedes. Urbina se queja en voz alta:

-Ay, carajo. Maldito sea. Qué vaina.

Los otros nos obligan a bajar a todos. El herido se sienta en los escalones de la entrada. El comandante lo venda con un pañuelo; pero los demás bandoleros lo empujan a él y a Bacalao hacia dentro. No los veo más. Se oyen gritos de protesta y unos disparos. Tres o cuatro hombres salen de la casa; suben a Urbina a un carro junto conmigo, y toman a toda velocidad la vía de Los Dos Caminos, cruzando luego hacia Santa Eduvigis. Allí paran en una quinta. Yo aprovecho para correr y esconderme en una fábrica, como he dicho..."

Laureano quiere comentar esta situación con Miguel Moreno; sólo que Pérez Jiménez no lo deja, pues al intentar franquear la puerta de su despacho, de allí sale éste; y entonces lo detiene y lo invita a trasladarse al hospital militar;

hacia donde han llevado el cadáver de Delgado Chalbaud.

En el hospicio está toda la familia de éste congregada: su madre, su esposa, su hermana; además de algunos amigos, como el señor Manuel Vicente Rodríguez Llamozas, que le dice a Laureano al abrazarlo:

-Así se pagan en Venezuela los sacrificios; el patriotismo.

Y mientras su interlocutor casi se viene en lágrimas, Laureano desvía la mirada hacia donde está Pérez Jiménez, a quien observa que conferencia con unos médicos. Ya éstos se preparan para embalsamar el cadáver, y entre ellos, por lo demás, se maneja la tesis de que todas las heridas, que ha presentado Delgado, han sido mortales.

Hay una pregunta que se hace Laureano, ya devuelto a Miraflores con Pérez Jiménez, y con motivo de la cantidad de personas, que comienzan a llegar en plan de condolencia, Laureano se pregunta si no estará, entre éstas, el asesino; y si él mismo se hace la pregunta es porque, en verdad, aquello no era un simple disparate del famoso Urbina, a quien le hablaba Delgado Chalbaud antes de que lo mataran, y entonces nuestro Vallenilla Lanz veía el rostro cínico del homicida inmiscuirse también entre los familiares en el funeral, y esto lo hacía pensar que el hecho había ocurrido una y otra vez a lo largo de nuestra historia.

Se dispone que el cadáver sea velado en el Salón Elíptico del Palacio Federal, mientras Pérez Jiménez y Llovera Páez preparan un mensaje a la nación.

Yendo de un lado a otro en el palacio, Laureano abre la puerta de una oficina que pertenece a la Casa Militar, y entonces es testigo del llanto del gran amigo de Carlos, el famoso José Joaquín Jiménez, amigo suyo también, quien al darse cuenta de la presencia suya le expresa:

-Horrible; esto es horrible.

De vuelta a la oficina de Miguel Moreno se informa por la situación del país, en el cual reina la calma; aun cuando el estado de ánimo de la población es el de estupor. Se ha cometido un magnicidio, algo nunca visto en la vida política de Venezuela.

En ese sentido, no hay perdón para el asesino. Llovera Páez da órdenes de que se allane la embajada de Nicaragua, donde se ha asilado Urbina, cuando alguien trata de interceder, para que a éste se le conceda el asilo político. A Llovera Páez le resulta inconcebible esta situación.

¿Quién es Urbina? No faltará quien hable de él ese día en el palacio de Miraflores. Justo, al momento de acudir Laureano a la cocina, en procura de café, allí alguien le hace comentarios acerca del tipejo. Se trata de una de esas personas que están llamadas a ocultar la realidad; habida cuenta de que comienza por negarle a Laureano la posibilidad de que haya una mano peluda detrás de aquel asesinato de Delgado Chalbaud; cae en cuenta de que se trata de una acción aislada de Urbina; un hombre de salidas aparatosas, como

la de tomar por sorpresa la isla de Curazao, años atrás, a objeto de ocupar un buque mercante norteamericano, para conminarlo a regresar a Venezuela. He aquí la persona de quien trataría de mofarse Delgado Chalbaud una noche en una fiesta en su casa, con motivo del matrimonio de una de sus hijas; la persona, al mismo tiempo, que se había erigido en el verdugo de Betancourt, y así que ante este descuido suyo, a aquél lo sacan para el exilio; y en una de mamaderita de gallo, Delgado Chalbaud lo pone al corriente de esta situación. Le dice:

-¿Tú sabes quién se va para el exilio hoy?

-No- Le responde el otro.

-Tu amigo, Rómulo Betancourt.

Entonces aquél, furioso, le recrimina:

-¡Amigo mío no!, ¡amigo suyo! Y esta vaina usted me la paga.

Palabras más, palabras menos, mi amigo Pérez Rescaniere maneja dicho episodio de esta forma, y por el cual se desata el asesinato de Delgado Chalbaud.

Pérez Jiménez hace teatro; lo decimos nosotros que conocemos la historia: el tercio se indigna cuando alguien lo señala a él para ser el sucesor de Delgado Chalbaud en la presidencia de la República, y más bien se muestra preocupado por el mensaje que deberá dirigir al país, conjuntamente, con Llovera Páez.

Finalizada esta ceremonia; entonces hay la impresión de que las cosas retoman su cauce normal, Laureano tiene tiempo de dar un toque por su casa, almorzar, hacer una siesta, y apenas pisa aquellos predios, un mundo de familiares y de vecinos le cae encima, con la intención de informarse de las cosas. Luego, logra conciliar el sueño por unas dos horas, y entonces se levanta para dirigirse de nuevo al hospital militar. En ese sentido, quiere darle el último adiós a su viejo amigo. Lo encuentra embalsamado ya; tendido sobre una mesa metálica: uniformado de gala: guerrera blanca y pantalón oscuro. Allí en el pecho reluce una distinción nobiliaria que le ha concedido un archiduque –el príncipe consorte de Holanda-, con motivo de una visita que recién ha realizado a Venezuela; cosa que le resalta su sangre azul. De forma que se puede decir que allí yace el cadáver del príncipe del mantuanismo de Venezuela; téngase presente que nosotros siempre hemos hecho hincapié en aquellos famosos diálogos que sostenía éste con Laureano en Francia, a propósito de su idea de que algún día ellos serían la clase gobernante de este país.

De hecho, Delgado Chalbaud había sabido desempeñarse con mucho tino, a juicio de Laureano, al frente de los destinos patrios; un hombre al que el destino lo había colocado ante situaciones difíciles, y frente a las cuales había sabido salir con la elegancia propia de un gentil de su clase y condición. En ese sentido, nuestro Vallenilla Lanz pensaba que lo había conocido bien, a pesar de

la timidez y del carácter poco expansivo, cosa que él acusaba en el susodicho, y, entonces, a partir de aquí daba fe de que se trataba de un sujeto patriota y desinteresado: "Deseaba lo mejor para Venezuela. Su infancia de hijo de perseguido político, y su vasta cultura justificaban sus ambiciones. La presidencia representa para él una forma de desquite. Quienes ayer abandonaron a los suyos en la desgracia, venían ahora a rendirle pleitesía, a descubrirle méritos".

Entonces vienen al caso los famosos versos de León de Greiff, que Delgado Chalbaud le había pasado en aquella oportunidad: "Cambio mi vida; vendo mi vida: de todos modos la tengo perdida". Laureano se pinta en escena al tipo, transformado en un fantasma impenitente; un cigarrillo en la boca, y quien repara:

-¿No ves? No te lo decía. Somos jugadores. Yo he perdido ahora. Te toca a ti.

Los funerales de aquel sujeto se revisten de pompa oficial; los uniformes son de gala, y los oficiales se turnan, conduciendo el féretro en hombros hasta el cementerio general del sur por toda la ciudad de Caracas. Laureano va en un carro, que sigue a paso de morrocoy la caravana; va en compañía de Guillermo Pacanins; el sujeto ideal para desarrollar una conversación, sobre cosas concernientes al palacio: al asunto de la composición de la nueva junta de gobierno, y las decisiones, al respecto; en especial, los pasos que da Pérez Jiménez para conseguir en la esfera civil la persona que llene la plaza de Delgado Chalbaud, y así que éste baraja y baraja nombres.

En el cementerio quien habla es el susodicho. Aún con la fosa abierta, Pérez Jiménez le dirige unas palabras de despedida, a nombre de la oficialidad, al compañero de armas, y lo que más conmueve a Laureano es la niña rubia, que contempla con resignación al orador; joven vestida de negra, hija menor de Carlos, con residencia en Nueva York, donde la tienen sus padres estudiando, y quien ha sido traída, apresuradamente, para que esté presente en las exequias de su progenitor.

## II

Todo retoma su cauce normal al paso de los días. Laureano se reconcentra en su labor de banquero, al servicio del Estado: ¡A rey muerto! ¡Rey...! En realidad, ésta no sería la frase más feliz por el momento; pues el rey debería ser Pérez Jiménez; pero como Delgado Chalbaud ha salido de escena de una forma truculenta, entonces no ha querido hacer el papel de Macbeth; lo que sería entronizarse en el poder a base del terror. En realidad, él ha concebido que al Triunvirato llegue ahora la figura de un civil; de forma tal que sea como de mampostería, una figura atada a la voluntad de un jefe omnímodo que

sería él, y, en ese sentido, apela a la figura del doctor Arnaldo Gabaldón; un hombre que goza del respeto de la sociedad por haber llevado un combate a fondo, por esos días, contra la epidemia del paludismo; que, según el decir de César Zumeta, se llevaba más vidas que un general montonero, y entonces este médico ha librado una lucha a fondo contra el mal que produce dicho flagelo; procediendo a hacer una serie de fumigaciones en el ámbito nacional, a manera de extinguir el zancudo que produce la fiebre palúdica; de modo que aquel sujeto se ha transformado en un baluarte de la sociedad.

Pero la experiencia le dictará a Pérez Jiménez que por este camino le va mal; sobre todo, porque se trata de una figura de mayor envergadura que él, y es un individuo a quien lo ve disputándole, a la larga, el poder. La lección se la lleva en el sentido de que sólo al nombrarlo presidente de Venezuela, Gabaldón en forma inconsulta nombra a un nuevo gabinete de ministros, con personas de su absoluta confianza, y que son de la región de Trujillo, justo, de donde es oriundo el tercio; y se ve muy feo, por otra parte, el hecho de que dos primos suyos se desaten a hacer colocaciones; lo que se traduce en chantajear con la política de asignación de cargos. El hecho es que a Laureano le consta porque el par de tercios se han presentado en cierta oportunidad a su oficina para garantizarle que a él, por el momento, lo dejarán en el BID, y así que esto da pie para que se produzca una alarma generalizada en el entorno de Pérez Jiménez. Hay gente de la vieja guardia, perteneciente al andinismo, que ha vuelto al poder gracias a él, y entonces ésta es la gente más temerosa, ante esa avalancha de trujillanos que se le viene encima con Gabaldón; y así que sus paisanos envenenan a Pérez Jiménez, y al final logran que eche para atrás aquel nombramiento.

Altuve Carrillo es uno de los que se le ofrece a Pérez Jiménez para ocupar el cargo de Gabaldón; delante del propio Laureano, y uno de los primeros que le abre los ojos a éste; garantizándole, al respecto, que él sí ejercerá aquel papel en forma pasiva; sin embargo, Altuve Carrillo no será el más afortunado de la partida a la hora de nombrar aquél a un sustituto, y cosa por la cual ocurre un episodio un tanto cómico, relacionado con él, aun cuando, antes debemos decir que el sujeto escogido será Germán Suárez Flamerich, a quien hacen venir de la embajada del Perú, donde está a cargo de la misión; hacia donde ha ido, después de haber estado bajo las órdenes de Laureano, y a quien éste encuentra inseguro, cuando se trata de redactar un decreto; seres que uno vio en la escuela como suerte de estrellas fugaces en ese firmamento de nuestra historia patria, y en el cual sobresalen cuatro o cinco grandes astros, que serían los caudillos, y de quienes sabemos todo hasta el detalle, ya que es en ellos en quienes más se han fijado los anales históricos, y entonces estas menudencias de sujetos, que se han erigido para ser historia de un día, quedan como grandes interrogantes.

¿Hemos dicho que Altuve Carrillo es uno de los primeros que le abre los ojos a Pérez Jiménez? La situación cómica que se presenta con éste, viene, justo, por allí. Resulta que al encontrar a Laureano en el palacio de Miraflores, le expresa:

-¿Sabes la noticia? El doctor Suárez Flamerich... Es el caso de decir que "cachicamo trabaja para lapa". Me olvidé de él al hablarle a Pérez Jiménez aquella mañana. ¿Te acuerdas? No tomé en cuenta que en el grupo había uno más pendejo que yo. Por eso lo nombran. Aunque el doctor Moreno declara ahora que es por ser una figura de la generación del 28. ¿Qué hicieron los del veintiocho para merecer tanto? Basta haber llevado la boina en aquellos tiempos para ser considerado un héroe, como intocable. ¡Bendito sea Dios!

Sea lo que sea Suárez Flamerich, aquellos dos tercios, que son sus compañeros en la Junta, le toman el juramento en una ceremonia sencilla en el Palacio de Miraflores.

La noticia resulta insignificante cuando hay una prensa panfletaria, que llega de La Habana en forma clandestina, y que especula con el otro hecho noticioso: justo, el que la esfera oficial, como sería el propio asesinato de Delgado Chalbaud, trata de soslayar, y en donde se le acusa a Pérez Jiménez de urdir el perverso plan, y lo que es éste, se indigna hasta rabiar, cuando Laureano le toca el tema en una oportunidad:

-Yo quería a Delgado Chalbaud –le dice a Laureano-. Casi siempre estuvimos de acuerdo. Desde los tiempos de la Junta Revolucionaria estuve siempre a su lado, y los intrigantes fracasaron en sus intentos por alejarnos. A usted le consta, por lo demás, que yo fui, contra la voluntad de muchos, quien lo llevó y lo mantuvo en la presidencia de la Junta Militar. En todo momento traté de reforzar su autoridad, y de rodearlo de respeto. No me hacía sombra ni yo a él. Al contrario, nos compenetramos; pero todo eso se olvida fácilmente, y la calumnia toma cuerpo. Me cuentan que hasta familiares suyos me acusan.

-No es cierto –le aclara el otro-. He conversado con la tía de Carlos, la señora Elena Delgado de Ojeda, con sus primos y algunos amigos que lo querían tanto, como yo, y que descartan su nombre en esta patraña. No dudo que, a la larga, la maldad alcance un objetivo. Por eso es necesario actuar con energía, investigar el caso a fondo. La desaparición de Urbina fue un error. Ese hombre debería estar vivo para explicar el caso, y señalar sus cómplices, entre quienes no cuento ni a Antonio Aranguren ni a Franco Quijano. Don Antonio es más bien una víctima. Era compadre de Urbina, y éste lo halagaba a su manera, ofreciéndole la presidencia de la República. No sé si usted sabe, pero don Antonio conocía a Delgado Chalbaud desde niño. Era éste amigo de sus hijos, como yo, allá en París. No concibo que estuviese enterado de lo que se tramaba. En cuanto al doctor Franco Quijano, éste se relacionó con Urbina en Barranquilla; bajo el gobierno de Acción Democrática, y se frecuentaron, como lo hacen los

desterrados. Supongo que el asesino fue donde Franco, a última hora, en busca de consejo. No puedo pensar en otra cosa. Ahora, sería conveniente que hablase usted con Marcos Calderón. Ese excelente sujeto, quien quería a Delgado Chalbaud como a un hijo, me ha referido que en tiempos de la junta adeca, Urbina servía a Betancourt, como agente secreto en Colombia y Centroamérica; delatando todas las conspiraciones que en esas repúblicas se tramaban. El capitán Carlos Mendoza, según creo, también está enterado de algo, al respecto. ¿Actuaría acaso Urbina, siguiendo instrucciones de Betancourt y su grupo? La actitud de estos dos últimos me hace pensar en muchas cosas.

-Puede ser, pero no lo creo –responde Pérez Jiménez-. Me inclino a pensar que Urbina actuó solo. Sin más cómplices que la banda de infelices detenida. Era hombre audaz y torpe. Pensaba que el poder podía asaltarse, como asalta el gángster una joyería o un banco. Su cabeza no daba para más. Yo lo vi una vez, recién llegado del extranjero: me produjo mala impresión. Representaba todo lo que detesto: la barbarie, la guapetonería..."

-Yo nunca le conocí –le dice Laureano-. Cuando me encontraba en Los Teques, como secretario general de gobierno en tiempos de Medina Angarita, supe que había venido una mañana a saludar al general León Jurado. Se habían reconciliado días antes. Jurado tenía de él muy mal concepto. Sin embargo, empleó en la Inspectoría de Tránsito a un familiar suyo. Por cierto, que entre los cómplices de Urbina figura un tal Pablito Ledezma, motorizado de Miranda en aquella época.

-No me explico –prosigue Pérez Jiménez- como Delgado podía soportar a un hombre de la especie de Urbina. Ahora he venido a saber que meses antes del crimen le escribió una carta insolente. Si Delgado me lo comunica entonces; Urbina hubiese sido castigado, y no pagaríamos hoy las consecuencias de su impunidad.

-Yo sí me explico el caso, comandante. Delgado veía con simpatía, y era natural, a todos los que habían combatido al general Gómez. De ahí su debilidad con Urbina. Recuerdo muy bien que, a raíz del 24 de noviembre, me ordenó enviar a Bogotá los pasajes para el regreso a Venezuela de ese individuo y de su familia; comentando al respecto que, bien dirigido, Urbina, podía ser útil.

Al que haya leído la parte relativa a petróleo de la obra de Betancourt, ya citada por nosotros, le podría dar el beneficio de la duda a la tesis que maneja Pérez Rescaniere; de que a Delgado Chalbaud lo mató cierto capital petrolero internacional, a la cabeza de Antonio Aranguren, por la forma voraz como estas grandes firmas se repartían el pingüe botín petrolero, como diría el lenguaje barroco del líder adeco; sin embargo, ese libro es clave aquí, porque allí Betancourt testimonia una serie de situaciones, en torno a lo que sería este magnicidio, que dan lugar a pensar que Pérez Jiménez es el autor intelectual del mismo, y empezando porque aquél dice allí que poco antes de su muerte, el

asesino. Urbina, le había dictado una carta a su mujer, en la que le aseguraba que él actuaba por mandato de Pérez Jiménez, y si nos hemos permitido extender el relato hacia la figura de esta esposa, es porque la actuación de esta mujer en el proceso post mortem va a ser muy significativa, y lo que nos lleva a deducir, entiéndase bien, que ella había sido aquella figura femenina que se le había atravesado a la comitiva presidencial; figura que habíamos dejado como un cabo suelto, y que, quizás, generaba interrogantes en más de un lector, ávido de saber quien era aquella mujer, que se permitía conducir automóviles, cosa que para la época no era ocupación de este sexo o que, aún más, se atreviera a interceptar la comitiva presidencial.

Para ese momento Laureano ya se ha instalado en la quinta La Muda; aun cuando los trabajos de construcción de la misma no han finalizado. Luis Cárdenas no deja de visitarlo allí; también sobre éste pesa la muerte de Delgado Chalbaud; sujetos que se reúnen para invocarlo, habida cuenta de la afinidad, en cuanto a las vidas, que los une, y así que el fantasma del amigo caído aún ronda entre ellos: ¿Por qué no se dedicó Delgado Chalbaud a su carrera de arquitecto, olvidándose de sus veleidades de gobernante o de príncipe, como ya lo hemos dicho? Entonces él estaría todavía entre ellos: expresiones contrafactuales, como diría Castro Leyva.

Eran días en los cuales ya Laureano tenía por costumbre bajar al litoral, y disfrutar de la famosa quinta de su mujer, que poco a poco se llenaba de exquisiteces, gracias a la proliferación de matas de flores, que iba llenando aquella casa, y para lo cual se había escogido a un personal, a objeto de que cuidara todo aquello. Laureano se movilizaba con su familia el viernes, y no regresaba sino el lunes bien temprano en la mañana a su puesto de trabajo en Caracas. Sobre éste ejercía una profunda influencia el mar; una rutina que no se la alteraba nada, salvo la realización de algún evento especial, que demandaba su presencia en Caracas, y entonces era cuando Laureano experimentaba el síndrome de la semana larga e infinita, que se unía con la siguiente, y así le venía eso que se conoce hoy como estrés.

Para curiosidad de éste, hay un sapo que se muestra muy cordial ante la presencia suya; pues sin desparpajo alguno se acerca todas las noches hacia donde la familia se sienta a conformar círculos; un batracio un tanto extrovertido, que así como husmea el ambiente de aquella sociedad, enseguida se devuelve y se va.

El hecho no deja de ser motivo de atención, sobre todo, porque uno de los señores que se dedica al cuidado de las matas dice que allí anda el ánima de un cristiano que pide ayuda.

Una expresión, por lo demás, propia de su visión de mundo espiritista, ya que se trata de un sujeto que se da al oficio de la hechicería; que no a la brujería, puesto que en él hay prejuicios con respecto a ciertas denominaciones, y

así le ha respondido mal a cierta señora, que le ha preguntado que si él se dedica a la brujería, y entonces esto lo ha montado en cólera. Lo cierto es que a su consultorio acude gente humilde, que no tiene medios para acercarse donde un prestigioso galeno; de modo que él sana a fuerza de bebedizos y oraciones.

A Lorenzo lo ayuda, en la labor de la jardinería, uno de sus hijos, Asunción; para quien quisiera un mejor futuro, que no fuera el de "regador de matas", según se lo confiesa a los dueños de la casa; aunque aquel manganzón de hombre no le hace caso; teniendo presente que ve la vida muy fácil con ese mar enfrente de él; donde resuelve el mundo con dos "tarrayazos", según su lógica, y lo que lo comprueba, porque de tarde en tarde le pasa a Laureano por el frente con supremo mero o supremo pargo, y entonces le asienta:

-Nada hay mejor en el mundo que una rueda de pescado frito.

Se trata de una comunidad de familias, las que allí se congregan en El Palmar; puesto que Pérez Jiménez cumple con esta misma rutina; durante el fin de semana se refugia con los suyos en su casa de la zona; primero, por esparcimiento; pero, luego, porque la señora del susodicho es una mujer de poco roce social, y así que la envuelve la crianza de sus hijas. A ella la acompaña su madre, Angelina Castro Tejera; unas mujeres que tratan con una especial deferencia a Laureano.

Aunque también Pérez Jiménez exhibe una conducta parecida. No se trata del mandatario disipado, que procura estar en los salones del Country Club, departiendo con el alto mundo social; apenas prueba un vermouth, que se sirve casa de Fortunato Herrera, donde, por lo general, transcurren estas veladas; para entrarle a una carne de parrilla con yuca, comida predilecta de Pérez Jiménez y de este grupo de individuos; en un ambiente festivo, por lo demás, y para el que hacen venir a algún artista, de los que se presentan en los cabarets caraqueños; sitios de donde el ministro de la Defensa ha tenido que despedirse; pero que le resultan catalizadores, y entonces aquello es que se cuela en la sociedad caraqueña; se habla de bacanales, que realiza el entorno de Pérez Jiménez en Macuto. Lo que es él, le dice a Laureano:

-No puedo llevar vida de ermitaño, doctor. A veces necesito divertirme. La verdad es que a un político se le niega lo que se le permite con amplitud a un particular. Comprendo que quien tiene responsabilidades de gobierno no puede escandalizar y mucho menos emborracharse. Sin embargo, usted mismo me ha referido que hombres de Estado importantes organizaron fiestas en su época, y que don Cipriano bailaba frecuentemente en el quiosco de Nicanor en Puente Hierro. En cuanto al general Gómez, se divertía a su manera, pero todas las noches. Del único de quien no se ha dicho nada, en ese sentido, es del general López Contreras; pero que mis detractores comparen su edad y la mía, haciendo caso omiso de la contextura física de uno y otro.

El gobierno se entera de que hay dos figuras claves de Acción Democrá-

tica, que han llegado en forma clandestina al país, Leonardo Ruiz Pineda y Alberto Carnevalli, y así se relaciona este hecho con una serie de disturbios, que se registran en la UCV; lo que significa que han entrado en plan de agitación. El otro detalle, que hará poner duro al gobierno, será el plan que se descubre para asesinar a Pérez Jiménez, en una acción parecida a la de Delgado Chalbaud; sólo que aquí su vehículo sería interceptado en El Calvario, cuando el tercio subiera al cuartel de La Planicie, hacia donde se había trasladado el ministerio de la Defensa, y la dureza implica que el gobierno vendrá con una cárcel, que se instala en la Isla de Guasina del Delta del Orinoco, donde ya es a morir a lo que se va, dada la abundancia de plaga y de enfermedades que proliferan en la zona. Una palabra esta Guasina que estampa el título de una novela, que un sobreviviente de este suplicio escribió, y publicó hacia la década de los setenta, para testimonio de lo que allí se vivía. Pérez Jiménez parte de la idea de que había que ser duro en el instante, para luego abrir un compás en el campo político: "De lo contrario tendremos una guerra civil o la anarquía en perspectivas".

¿Y la oposición? Parece que ha habido un acuerdo entre el gobierno y los dirigentes de los partidos URD y Copei, en términos económicos, es decir, ha habido una compra de conciencia; pues al despacho del BIV no dejan de ir Jóvito Villalba y Rafael Caldera en plan de créditos que solicitan para sí o para sus amigos, y el segundo, sobre todo, aspira que el banco asuma el peso de una enorme deuda, que arrastra el vocero del partido, llamado El Gráfico, y esto es algo en lo cual Laureano no puede complacer al máximo líder copeyano.

Aparte de que Caldera se le presenta como un mercader de la política, puesto que cada vez que va al banco le habla de unas elecciones fraudulentas, que se deberían efectuar en lo inmediato, y una repartición de cargos entre URD, Copei y el gobierno. Otro detalle; Caldera le hace el juego a chismes, y así le trae la especie de que su amigo, Miguel Moreno, está muy ligado a Jóvito, un sujeto que protege a aquellos revolucionarios "dandy", estilo Miguel Otero Silva o Inocente Palacios, que se mantienen vivos en las presentes circunstancias, y que son conocidos como los comunistas de El Rosal.

La relación entre Pérez Jiménez y Laureano era distante, a pesar de ser íntimos. Queremos decir que aquella amistad se cernía a límites muy marcados, y la prueba estaba en que nuestro Vallenilla Lanz consideraba que era un compromiso en el que lo metían, si es que acaso alguien lo conminaba a que hablara con Pérez Jiménez, a los fines de conseguir determinada plaza de trabajo. Eran dos hombres de naturaleza seria; lo que significa en occidente el ser serio; el tomar con responsabilidad la ciudadanía: Laureano se conformaba con la satisfacción de poder tratar temas elevados con uno de los hombres, cuya influencia iba a ser decisiva en los destinos de Venezuela.

Por aquellos días muere el tío político de nuestro Vallenilla Lanz, Melchor

Centeno Grau. Hay una mano húmeda, que espera a éste en un lecho de moribundo, y hacia cuya casa acude, tan pronto recibe la llamada de urgencia de una persona, que lo pone al corriente de la enfermedad de su pariente, y entonces Laureano vuela con su mujer al lado de aquel ser humano, con cuyo trato había mantenido una relación casi paternal, a objeto de acompañarlo en el último minuto. Se trata de uno de los señores que él, comúnmente, visita, y son largas las tenidas, que emprenden ambos. Laureano le admira, sobre todo, aquel estoicismo, con el que ha soportado el proceso de expoliación, que ha sufrido como consecuencia de la revolución adeca; estoicismo que se mide por la famosa frase que, por entonces, acuña:

-Ya veremos. Las cargas se enderezan en el camino.

Había sido testigo de la actitud de este hombre, en aquellas circunstancias, y encontraba que él estaba claro en el hecho de que el gomecismo mismo había producido dicha revolución. Cierta vez alguien, en un diálogo en el cual también estaba Laureano, le tocó el tema de las inconsecuencias del pueblo venezolano, y de la inseguridad que se deriva del irrespeto a las instituciones; el viejo Centeno Grau le dio una respuesta que entonces recordaba nuestro Vallenilla Lanz:

-No lo creas, niño. Venezuela no ha sido mala con nosotros. Hemos vivido más o menos felices, y los hemos educado a todos ustedes. Los odios y las injusticias desaparecen. Alguien se encarga siempre de extinguirlos, antes de crear otros nuevos. Quizás nosotros mismos tenemos la culpa de que Betancourt sea como es.

Laureano goza un mundo a costillas del presidente Suárez Flamerich; pues el susodicho viene a ser el hazme reír de la función; habida cuenta de que sobre él llueven toda suerte de chistes, con respecto a la función que cumple en tanto que primer magistrado, y así que, ciego de soberbia, la agarra con el infeliz de Laureano; que, por lo demás, no abre la boca ni para decir ni "ñ" de este señor. He allí otra distancia que marca Laureano, y en donde se le sale su clase aristocrática. El hecho se observa en detalles como un trato seco y casi hostil que el presidente le prodiga a su subalterno, y cosa que la resalta más el trato muy amable, que por el contrario, emana de la esposa de éste hacia él.

Quizás hay algo muy sabio que observa Laureano, y es el hecho de que, como dice el refrán, el que le pega a su familia, se arruina; lo que significa que todo cuanto diga en perjurio de su jefe, va en contra del régimen de cosas que él sustenta, y por aquí comienza su tesis en el desmentido que haría ante éste, caso de emplazarlo a que le dé una explicación al respecto; a pesar de que aquél no pasa de malas caras. Entonces Laureano no le da terreno para nada. Este parte del principio de que un político tiene en sus manos dos armas para defenderse: la eficacia de su gestión, y el silencio frente a las intrigas palaciegas. Laureano ni pisa la casa de este señor ni lo invita a la suya.

Aparte de que él no está ganado para la idea de emplazar a Suárez Flamerich a que le de una explicación acerca de aquella actitud suya; ve detrás de todo eso una trampa.

Para el caraqueño, el hecho de decirle a alguien que no representa peligro alguno es una humillación, y así Laureano lo considera a éste: un señor bolsa. ¿Acaso es un ser con sentido del ridículo? Por lo menos está perdido en aquel mundo que le queda demasiado grande; cosa que demuestra en el Consejo de Ministros, a propósito de las muchas torpezas que comete, producto del desconocimiento de la materia que se trata, y así se ve que el orden allí lo llevan los dos vicepresidentes, que sí están empapados de todos los asuntos. Al palacio llega a media mañana; como se va a tempranas horas de la tarde; lo aburre la labor en su despacho. Lo que quiere decir que un ser así da para el humor de sus conciudadanos, y los chistes, de los cuales el infeliz de Laureano es el presunto autor, y que van y vienen, producto del espíritu ingenioso y feliz del venezolano, corren parejos, se salpican de una guaracha cubana, que está de moda en Caracas por esos días, y que comienza diciendo: *María Cristina me quiere gobernar; y yo le sigo, le sigo la corriente...*

Toda su actividad discursiva ya le viene elaborada de manos de Miguel Moreno, Rafael Heredia y Manuel Vicente Tinoco; tercios que se pican el ojo, cuando Suárez Flamerich dice en sus discursos:

"En nombre de mis compañeros de Junta, y en el mío propio..."

Está de moda un slongan de Los Tres Cochinitos: una manteca con la que se cocina, y entonces ocurre un hecho misterioso, y es que a un linotipista de El Nacional se le va la expresión "Los Tres Cochinitos", en lugar de decir el triunvirato gubernamental, en la leyenda de una fotografía alusiva a unos juegos, que se escenifican en el estadio olímpico de la UCV, y donde se aprecia a la junta de gobierno en el palco presidencial; cosas del ingenio feliz del criollo, como diría Cecilio Acosta. Son tres gorditos, Suárez Flamerich, Pérez Jiménez y Llovera Páez, barrigoncitos y bajitos; también se habla de la combinación 101, y esto, quizás, porque Pérez Jiménez es más mofletudo que los otros dos.

Consecuencia de la actitud cínica, como nuestro Vallenilla Lanz ha tomado el asunto de la antipatía que le prodiga Suárez Flamerich; éste ha arremetido contra su cuñado Ramón Hernández Ron, quien se desempeña como embajador de nuestro país en Francia, y así lo ha destituido en son de provocación, y la que deja manifestarse para el momento en que, con ocasión de un almuerzo que se ofrece casa de Tinoco, Laureano se acerca al presidente para saludarlo, y entonces aquél aprovecha para decirle:

-Debes estar muy bravo, porque quité de la embajada de París a tu cuñado.

-No tengo razones para disgustarme, presidente. Confío en la sabiduría y

equidad de las decisiones del gobierno. Además, usted sabe que mis hermanos no necesitan del cargo para vivir en Francia.

Laureano estaba armado frente a esta circunstancia, habida cuenta que ya se había enterado de que algo se tramaba contra el cuñado, y esto se lo había guardado; es decir, no se lo había abierto a Pérez Jiménez, en virtud de aquella filosofía que privaba en su vida de no mezclar el ámbito privado con el ámbito público en la amistad de ambos, por cuestiones de favoritismo; lo que le daba todas las de ganar, ahora, frente a Suárez Flamerich, y quien, después de todo, había tenido que tragarse lo que le hubiera podido decir de seguidas, y dar la espalda para desaparecer hacia un grupo que formaban algunos ministros también invitados a aquella comilona.

A raíz de una espectacular fuga de Alberto Carnevalli de un puesto de socorro, donde había sido llevado, tan pronto había caído en manos de la Seguridad Nacional, aparece la figura de Pedro Estrada, un personaje clave en aquel gobierno, que está por venir; aun cuando antes es dable señalar que por aquellos días se da una ola de agitación al nivel de toda Venezuela, obra de la que acusan a Carnevalli y al otro tercio que ha ingresado con él clandestino al país, y de modo que en una serie de allanamientos y redadas, que hace la policía del régimen, cae esta valiosa cabeza, y de aquí que se fuga, para molestia de Pérez Jiménez, hasta quizá con complicidad interna; de forma que el vicepresidente, decepcionado de una policía chimba, como decimos en criollo, piensa en una intervención de la misma, y es así como viene a sonar el nombre de este individuo, se repite; un ser al que nos lo venderá la opinión pública durante la etapa post-perezjimenizta como una suerte de Satán, teniendo presente el trabajo cruento y represivo que desarrollará al frente del aparato de seguridad del régimen, y si alguien tiene que ver con esto es Laureano, en razón de que a él le consulta dicho nombramiento Pérez Jiménez.

Nuestro Vallenilla Lanz lo conocía desde su infancia al tercio. Acostumbraba venderle repuestos para una bicicleta, en la que rodaba por aquellos días de su temprana edad, ya que Estrada trabajaba para un comercio de una afamada firma comercial caraqueña, y de modo que se veían las caras cada cierto tiempo. A su regreso de Europa, Laureano lo había encontrado como segundo jefe de la policía de Caracas, y entonces lo había ubicado en aquellas famosas peñas, que conformaban Uslar Pietri, Pedro Sotillo, Eduardo Michelena, es decir, era un sujeto dado a frecuentar círculos; aunque se había metido en camisas de once varas al tratar de desenmarañar los misterios del asesinato de un joven revolucionario francés de apellido Larrieux; a quien sus conmilitones habían acusado de traidor; investigación en la que Estrada había dado con el nombre de un par de jovenzuelos de la alta sociedad caraqueña, inmersos en el asunto, y la que casi le cuesta el cargo de gobernador de la capital al famoso general Mibelli; habida cuenta que éste se verá constreñido a

presentarle los resultados de la famosa investigación al general López Contreras, y a quien, finalmente, las convenciones sociales obligan a callar tanto el asunto en sí, como al eficiente policía.

Aparte de que a la larga, Estrada, iba a ser destituido de aquel cargo de segundo comandante por hacer objeto de denuncia también un supuesto desfalco a la caja de ahorro del cuerpo policial; aun cuando se le había gratificado aquel valioso silencio suyo con un nombramiento: ahora iba para la cabeza de jefatura civil de El Recreo, y en donde iba a permanecer bien poco, tomando en cuenta que, tiempo después, iba a llegar Medina Angarita al poder, y este señor no quería saber nada de Estrada, en virtud de un pleito que ambos habían tenido años atrás, y donde la razón había estado de parte del otro, sólo que Medina Angarita no lo aceptaba, y soberbio, ahora, le venía con una de venganza. Había salido del país, como consecuencia del golpe del año 45 y de la revolución adeca; en el exilio había conspirado contra el gobierno impuesto por sus enemigos. A Laureano le constaba porque se lo había encontrado en planes de este tipo en Miami y en Nueva York, y hasta el género de vida que había llevado en esta época le había permitido adquirir renombre en el área de lo que se conoce como seguridad, y es así como Brasil había requerido de sus servicios para cierto trabajo, servicios de los que había obtenido una sustanciosa ganancia: unos trescientos mil bolívares, que para la época eran millones de los que representan hoy; cosa de la que se había informado Laureano, ya que de vuelta ambos a Venezuela, éste había acudido a su oficina de Gradillas, a los fines de que lo ayudara a colocar dicho dinero en el mercado de los capitales, y nada mejor como aquella elección que había hecho en la persona de nuestro Vallenilla Lanz, teniendo presente que en el lapso de un año la inversión generaba beneficios de más de treinta por ciento.

El propio Estrada se presenta donde Laureano, poco después de haber sido designado jefe de la policía política del régimen, y lo que es éste lo mira con ojos de compasión para ese momento, pues el tercio tendrá que enfrentarse a una etapa dura y violenta, y que comienza a manifestarse con la debelación de una fábrica de armas en una casa, cerca de la avenida Andrés Bello, y en la cual estalla la habitación donde los terroristas ejecutan su trabajo; por lo que vienen a morir dos de ellos; pero mucho más grave aún será el atentado que se descubre, a propósito de la localización de una bomba en las inmediaciones de la plaza Colón, poco antes de celebrarse un acto con motivo del Día de la Raza, esto es, un 12 de octubre, atentado contra la junta en pleno.

Nada hay que enardezca más a Pérez Jiménez como estos actos conspirativos, y así que Laureano lo consigue hecho una fiera:

-Nuestros enemigos han tomado el camino de la violencia. Nosotros en ese terreno somos más fuertes.

Esto conduce al despliegue de una gran represión, que se desata en el

ámbito nacional, lo que significa que muchas personas van a dar a la famosa cárcel de Guasina. Hay un punto de honor por los estudiantes, que caen como consecuencia de estar inmersos en este proceso; esto es, no se les conduce al infierno de la isla de Delta Amacuro, como ya lo hemos calificado; aun cuando, a cambio de ello, Pérez Jiménez decide cerrar la Universidad Central de Venezuela:

-Ya verá usted –le dice un día a Laureano-, lo que vamos a crear como universidad. Será tal como hemos soñado usted y yo.

La realidad le da a Laureano en la cara, al darse cuenta de que por la vía de facto tampoco se corrigen los problemas. He allí uno sin solución: la protesta callejera, y ante la cual el gobierno no echa sino un paso atrás, pues no otra cosa es el cierre de una casa de estudios. Muy importante que Laureano ahora se diga que hay que buscar una fórmula que una a los venezolanos, y los haga prescindir para siempre de la cárcel y del ostracismo como instrumentos de gobierno y medios para preservar la paz; importante en la medida en que, por momentos, nos muestra que la teoría del cesarismo también plantea sus dudas de vez en cuando.

## III

El año 51 transcurre sangriento para los destinos patrios, como se puede deducir, y lo que es el 52 Laureano lo ve mucho más cargado de nubarrones; según lo proyecta en las navidades de aquel año que se cierra; unas navidades que pasa su familia en Macuto, y en el transcurso de los días va a volver de nuevo a Francia, a objeto de disfrutar de un mes de vacaciones.

No será un viaje feliz del todo, aquel que realiza en esta oportunidad; sobre todo, porque en París lo espera el rumor de que ha sido denunciado de estar incurso en un complot para asesinar a Pérez Jiménez, y complot en el que aparece como cómplice del coronel José León Rangel, y entonces esto lo mortifica.

A su regreso se informará que la patraña no busca sino ponerlo en las malas con el jefe, a objeto de darle un golpe en la presidencia del BIV, y el plan hasta contempla la detención de la secretaria de Laureano, Nina White, cuyo nombre se aprovecha de entremezclar entre los comprometidos en una sublevación, que estalla en un cuartel del estado Aragua, como por arte de magia; aun cuando a Pérez Jiménez es difícil meterle gato por liebre, como decimos en criollo, éste conoce al pájaro por la cagada; no ve por ninguna parte el papel que pudiera jugar aquella dama entre aquel grupo de conspiradores; de modo que corta por lo más sano: no le hace caso a infundios de esta naturaleza, y ésta es una cosa de la que se entera nuestro Vallenilla Lanz.

con motivo de la visita que le hace Pedro Estrada a su oficina, y quien lo pone al corriente de toda la situación.

Laureano, sin desperdiciar un minuto, se presenta donde Pérez Jiménez, a modo de estudiar el terreno en el que se encuentra, y allí, como siempre, es atendido con la mayor deferencia; tanto así que cenan juntos, y se largan a ver una película que se proyecta, como casi todas las noches, en uno de los corredores de la casa del vicepresidente, y, como cosa cómica, en donde casi todo el mundo queda rendido. A ese respecto, Laureano se permite una broma con la suegra de Pérez Jiménez, quien regresa de un profundo sueño, y le pregunta que si el hombre ya se casó. Este le responde:

-Sí, señora, tiene niñitos, y se divorcia en este momento.

Un cuadro impresionante lo observa nuestro Vallenilla Lanz, cuando acude a visitar a Medina Angarita, quien ha regresado al país; sobre todo, por su estado de convaleciente. Durante los últimos años se le había acentuado aquella enfermedad; la cual ya lo atacaba antes de salir del país, y entonces viene a morirse a Venezuela. Allí está rodeado de los suyos, al instante de encontrarse Laureano con él: pálido el hombre; sin aquella vida que en un tiempo remoto había ostentado aquel mastodonte de ser, y que éste lo ubicaba en la Caracas de antaño; un joven lleno de vigor; puto, por cierto, el tercio: cosa que nos consta por detalles que hemos revelado de antemano en estas páginas; de forma que éste lo ubicaba en aquel botiquín, que lindaba con la zona de la tolerancia caraqueña que, para ese momento, era El Silencio, y donde no era infrecuente, al lado de él, un Fernando de la Concha, que rasgaba una guitarra; sujetos que Laureano se encontraba, recordemos, cuando iba a ese preciso lugar a comprar helados, siendo éste ya un zagaletón.

Había un oficial flamante, que era el que dirigía a los cadetes de la escuela militar; cuando todavía una sociedad tradicionalista hacía venir la gente a misa, y entonces Laureano, un niño a quien una de sus tías lo conducía a esa misma hora a la iglesia de Santa Teresa, donde se presentaba aquél, tenía la oportunidad de contemplar el grupo de milicianos que llegaba a la cabeza de este capitán, y se apostaban, primero, frente al templo, en formación; para, luego, penetrar en el mismo orden. Se trataba de un capitán robusto, de voz autoritaria; que se tragaba la terminología de tropa, que se utiliza en estos asuntos, y entonces venía al caso frente al Medina Angarita de hoy; tal cual se le pintaba en aquella figura de donde se había escapado toda la fuerza; una figura que reflejaba el alma de una persona que ha padecido de una larga resaca de amargura, de la que no le ha sido posible recobrarse, y entonces, en ese caso, se podía hablar de que la demasiada presión que ha ejercido el destino nacional sobre él, lo ha minado. Al respecto, Laureano recuerda que en un ascensor, éste le había dicho un día:

-Estoy cansado de sufrir...

En una conversación que sostienen Pérez Jiménez y nuestro Vallenilla Lanz, con motivo de una información que éste le solicita al otro, acerca de la salud del ex presidente, se observa el parpadeo del triunviro en lo que ha sido su comportamiento frente a determinada situación, que hasta ahora ha corrido subterránea en estas páginas; como es el estado de sitio en el que vive el país con miles de encarcelados, miles de muertos, centenares de exiliados, para prestar esta expresión de la propaganda clandestina; en este tipo de diálogos vemos a un Pérez Jiménez que se desvanece, y así reconoce, a propósito de la proximidad de la muerte de Medina Angarita, que éste va a ir por delante de él, en términos de prestigio en el devenir de nuestra historia; llega a reparar que después de su muerte "lo señalarán como ejemplo a las futuras generaciones, porque las circunstancias le permitieron ser generoso y liberal." Al contrario, él va a pecar de sangriento, y al pensar en esta situación a Pérez Jiménez lo devora la tentación democrática, y la que tiene en un futuro, como compromiso con la modernidad venezolana; alega que todo se hace en función de originar una auténtica democracia, y con eso se limpia, dicho en términos truculentos, la sangre de su uniforme:

-Vamos a colocar –le dice a su compadre- la libertad sobre bloques de concreto y un montón de libros. Seremos una nación admirada y respetada por todos. En este sentido, ya hemos comenzado. Los colombianos quisieron ocupar los islotes de Los Monjes frente al Lago de Maracaibo. Me opuse con energía y allá envié infantes de marina. Se trata de unas rocas sin importancia, pero alguna vez debemos defender el principio de la integridad territorial. El gobierno de Bogotá comprendió el caso, por suerte. Yo no soy ni puedo ser enemigo de Colombia. Mi madre es santanderina y liberal. De ella he heredado, entre otras cosas, una marcada afición por la gramática.

Obsérvese que páginas atrás se había hecho ver que Pérez Jiménez había nacido en un medio decimonónico: he allí la prueba. Su señora madre era santanderina: admiradora del prócer José de Santander, y liberal, justo del liberalismo, que profesó en el país Santos Michelena, el ser que le había dado el nombre al pueblo que la había visto nacer. No queremos cerrar el párrafo sin antes decir que esta dama se nos antoja como ese personaje supremo, que trabaja Gabriel García Márquez en su novela sobre los dictadores: el alter ego del jerarca; un ser pasivo; que sólo se manifiesta por las evocaciones que hace de ella aquél; como en la precisa oportunidad en que vemos a un Pérez Jiménez corrigiendo un comunicado oficial, si es que lo ubicamos en tal tipo de gobernante, comunicado en el que tacha una palabra; se dirige a Laureano, y le dice:

-Proyectil es bala disparada. La gramática, Laureano, ¡la gramática!

Allí estaba el reflejo de aquella madre; dada su condición de maestra pero como también su figura se va a captar en un lugar destacado, al lado suyo, en los escenarios nacionales, cuando la persona de su hijo se compro-

meta más en la cuestión del mando, y entonces veremos a la viejita brillar desde algún rincón en las fotografías, que ilustran las entregas de *Escrito de Memoria* de la revista Elite, relativas a los actos solemnes del palacio; una figura menuda, pendiente, aunque ajena al mundo que allí se escenifica, y como si hubiera sido esculpida más bien en porcelana, para estar como en una especie de adorno en tan altas esferas.

Ese famoso comunicado se emitía luego de una serie de acciones de carácter coercitivo, que el gobierno había tenido que desplegar, en razón de complots y de levantamientos que se van suscitando y debelando al nivel nacional, y que había que justificar ante un país que, en el fondo, Laureano observaba que se volvía indiferente. De modo que su referencia nos permite ver que la situación no es muy fácil para quien gobierna. Allí están los adecos, que son duros de vencer; sobre todo, Laureano encuentra mucha mística en la militancia, y la que se arroja a acciones de calle con una gran valentía. El acusa una gran comodidad en el adeco, que vive en el extranjero, y que pasa los días tranquilos; a ése lo distingue del verdadero combatiente, que se ha quedado en Venezuela, y a quien considera, permítasenos usar esta hermosa metáfora suya: "cruzado sin rey ni capitán prestigioso, que asegure la conquista de Tierra Santa. Federalista que desembarca, dejando en Curazao y en San Tomé a Falcón, Zamora y Guzmán Blanco."

Y se presenta la Constituyente del año 52, muy famosa en los anales patrios; sobre todo, muy citada por historiadores modernos como Jorge Olavarría, por uno y otro motivo, y así vemos que para las elecciones se presentan tres fuerzas: la de Copei, la de URD y la del gobierno, representada en esta oportunidad por el Frente Electoral Independiente. Son unas elecciones, cuyo resultado ya se puede anunciar, habida cuenta que el Consejo Supremo Electoral estará asesorado por un hombre como Franco Quijano en la realización del proceso, lo cual ya es decir mucho, si es que no perdemos de vista que antes habíamos dicho que en el venezolano, que vivió en esta época, siempre privó el criterio de que este sujeto era quien había introducido la práctica del fraude en las elecciones, que entonces se hacían al nivel de las municipalidades en todo el país; el famoso fundador de las Agrupaciones Cívicas Bolivarianas, organización que le había hecho el suelo político a López Contreras.

Gente como Leonardo Ruiz Pineda, para ilustrar el asunto, en sus escritos, habían acuñado la expresión "francoquijanismo": "No al francoquijanismo", esto es, no al fraude electoral, y que ya en toda la propaganda de Acción Democrática venía denunciado. Este partido, ante el proceso electoral, llamaba a la abstención.

A Laureano también le sale llevarle la buena nueva a Medina Angarita; a quien el gobierno ha acordado beneficiarlo con un bono, a objeto de resarcirlo por las consecuencias sufridas, con motivo de las confiscaciones llevadas

a cabo por el gobierno de Betancourt. ¿Está la mano metida de Laureano allí? Eso le preocupa al ex presidente. Lo cierto es que éste le hace ver que se trata de un asunto de la Junta, y que él sólo se ha limitado a transmitirle una orden, que se le ha emitido de parte del ministerio de Hacienda.

El viejo le responde agradecido a Laureano:

-En el fondo, sabe el destino hacer las cosas, y son buenos amigos míos, quienes se encargan de rectificar los daños causados por otros.

Pero, además, éste le está agradecido a nuestro Vallenilla Lanz por los favores que por una u otra razón, él le ha hecho a los suyos, y es así como le oye decir algo que nos hace ver que Laureano es presa de una personalidad histriónica; le gusta actuar, en el fondo, y su escenario es la arena política; si es que medimos por esta vía las cosas que, entonces, le dice a continuación:

-Siempre tuve en usted plena confianza, y le deseo todo el bien posible. Solamente me inquieta que se dedique a la política. Usted es persona acaudalada; su mujer también. Apártese de todo eso. No se comprometa. Está llamado a ocupar muy altas posiciones. Venezuela es hoy un volcán. Odios en el gobierno; odios en la oposición. Preséntese después del incendio. No abundan los hombres de sus condiciones. Recuerde que siempre le distinguí. Quise adiestrarlo para un brillante porvenir. Su papá, si viviera, lo aconsejaría, como yo.

En esos días muere Leonardo Ruiz Pineda; cae acribillado a balazos en un encuentro con la Seguridad Nacional en la avenida principal de San Agustín; una muerte muy sonada ésta en nuestros anales patrios, cosa que volvemos a decir por segunda vez; pero no sólo por la figura del mártir, que va a salir de allí; muy explotada luego, por cierto, por AD, sino también porque el gobierno va a manipular muy bien el escenario, ya que le tiene miedo "al cuero" de aquella muerte o lo que representa la misma, habida cuenta que Ruiz Pineda tiene fama de corajudo en la clandestinidad, y esto va en detrimento de aquel gobierno; de forma que los partes oficiales hablan de una bala que se le ha incrustado a Ruiz Pineda en el cuello, al nivel de la región del cerebelo, según lo revela la autopsia del cadáver, y entonces se especula que el dirigente adeco ha sido acribillado por uno de sus conmilitones, y el chivo expiatorio viene a ser un tal David Morales Bello, un oscuro dirigente, oriundo de Guayana; suerte de abogado leguleyo, como se le conoció alguna vez, y es tal la manipulación que logra el gobierno por esos días, con relación a este suceso, que hasta muy entrada la etapa democrática todavía se habla de que aquél ha sido el asesino del otro.

Pero si no es así, y el gobierno miente, entonces la historia de la resistencia en este país no es cuento, y esto ya es algo que en parte admite Laureano. Al gobierno no le interesa echarse ese muerto encima, dicho del modo más vernáculo, porque está en las puertas de un proceso electoral, y esto es

algo que se considera en los diálogos que, por ejemplo, Miguel Moreno y Laureano sostienen: la impopularidad que de aquel hecho deriva. Parten de la idea de que el venezolano tiende a rechazar toda situación sangrienta; cosa que considera contraria a su idiosincrasia; lamentos de la boca para afuera, pues, finalmente, Moreno le va a salir a Laureano con el cuento de que, de todas formas, el gobierno va a ganar las elecciones con el ochenta por ciento de los votos.

En realidad, Laureano no era tan ventajista como el secretario de la presidencia, o se hacía el desentendido, y así le señalaba dos aspectos, en los cuales consideraba que pecaba el gobierno; razón por la cual no se mostraba tan optimista como el otro, y era así como abordaba el aspecto de la corrupción, cosa por la cual era atacado el régimen. Para no ir muy lejos, por ejemplo, a su amigo Gerardo Sansón se le acusaba de hacer grandes negociados, por la vía de la asignación de contratos a sus amigos más cercanos, y, luego, abordaba el problema de la ineptitud del presidente Suárez Flamerich, que también atentaba contra la imagen del gobierno. Pérez Jiménez, que no era sino el ministro de la Defensa; era, en realidad, quien movía aquella maquinaria que constituía el Estado; significa, era el único que estaba pendiente del desarrollo de las obras, que se construían, y esto es algo que ya hemos tocado en otra parte, cuando señalábamos que, según Laureano, Pérez Jiménez había hecho de la autopista Caracas-La Guaira algo suyo.

El tercio, como lo divulgaba la implacable propaganda adeca, sufría de una cierta timidez, y tendía a ser pusilánime; por tanto necesitaba tener por delante a una figura de mampostería.

Entonces circula un pasquín de AD con el nombre de ***Libro Negro de la Dictadura: Venezuela bajo el signo del terror***; una suerte de informe detallado de todas las atrocidades que cometía el gobierno; desde el peculado, hasta el terror del que se valía, y el cual se le atribuía a un joven historiador tachirense de nombre Ramón J. Velásquez; ligado, por cierto, a gente como Miguel Moreno; y la tranquilidad con que este hombre frecuentaba a este amigo, lo mismo que su nivel cultural, lo llevaban a Laureano a dudar de tal autoría, a descartar que aquel joven había escrito semejante cosa de mal gusto. Lo que sí es cierto es que el prologuista de la obra iba a ser Leonardo Ruiz Pineda, según se observa al comienzo del libro; el cual, por cierto, al que esto escribe le fue cedido por cierto señor en una oportunidad, por casualidades de la vida, y señor al que, por lo visto, le sobraba en su biblioteca; a propósito de un texto que encabeza allí el material firmado por el dirigente adeco con fecha de julio de 1952, y, para ser más patéticos aún, el cual comienza señalando: "Este libro es un fragmento de negra historia venezolana, testimonio de conmoción violenta de la República, escrito en un alto de la batalla entre la nación, que reclama libertades, y la camarilla, que usurpó su soberanía."

En vista de que estas páginas están dedicadas a la biografía de Laureano Vallenilla Planchart, el autor de las mismas se dirigió a buscar lo que allí se decía de él, a modo de curiosidad, y, en vista de que no es más que un párrafo lo que se le dedicó a su personaje, consideró interesante citarlo textualmente:

> "LAUREANO VALLENILLA LANZ: éste es uno de los grandes aprovechadores de la dictadura. Cobra así el pago por la redacción de los pasquines que, durante la noche, reparten las camionetas de la Seguridad Nacional y las radio-patrullas de la policía. Hombre sin fe, sin moral y sin escrúpulos, ha puesto su propia casa al servicio de sus apetitos. Su mesa la preside muchas veces Fortunato Herrera (a) El Platinado. Lo señalan como el Tello Mendoza del régimen. Pero estas disposiciones le han costado caro a la nación. Desde la presidencia del Banco Industrial, y en complicidad con Gerardo Sansón, ha realizado las más oscuras operaciones, en beneficio propio. Compró, utilizando los dineros del banco, mediante el descuento de giros, la urbanización Santa Mónica. Le ha facilitado a su suegro, Adolfo Bueno, más de seis millones de bolívares; cuyos intereses no ha cancelado. Ha concedido créditos por millones a firmas insolventes como la Bolívar Film, para percibir una cuantiosa comisión. El terreno del banco, en la esquina de Traposos, lo compró en dos millones de bolívares; cuando el dueño lo había ofrecido en ochocientos mil bolívares. En las escandalosas negociaciones de compra de terrenos, organizadas por Guillermo Veloz Mancera y Horacio Guerrero Gori, percibió doscientos cincuenta mil bolívares de comisión, por descontar los giros con los cuales la municipalidad pagó a Merzerhane y Glagiardi."

Una cosa sí no se admitía en aquel gobierno viril, como solía decir Juan Vicente González, aunque no entendido el término en la connotación que aquél le daba, donde estaba comprendido lo espiritual; viril en el sentido carnal de la palabra, y esto porque Pérez Jiménez alegaba que él sí no iba a permitir aquel relajo de los adecos, donde había un Betancourt que toleraba a un par de maricones en el gabinete ministerial. No pasemos por alto que aquél era de un pueblo muy remoto de la capital de Venezuela, donde se había educado Betancourt, y que, por lo tanto, su mente era un recipiente lleno de los prejuicios del venezolano de la provincia, con respecto a muchos aspectos de nuestra civilización. En la oportunidad en que sostenían un diálogo, éste le confiesa a nuestro Vallenilla Lanz:

-Hay mucha gente empeñada, Laureano, en "adequizar" al gobierno; en hacer locuras y disparates; en ganar dinero sin trabajar; pero yo no lo permitiré. Precisamente, hace poco hice destituir a un ministro, acusado de homosexualismo. Esas cosas son intolerables. ¿Para qué derrocar a Acción Democrática si

vamos a mantener sus vicios y sus errores? Se sustituye a alguien para proceder de otra manera, ¿no cree usted? Yo quiero ser un verdadero revolucionario; el hombre que lleva la civilización a todo el territorio nacional. No importa que mañana me califiquen de tirano, si queda para defenderme una gran obra.

-En cierto sentido –le responde Laureano- tiene razón, coronel. Roma fue también grande por sus caminos empedrados, sus acueductos, sus coliseos.

-No, doctor –rectifica-, Roma fue básicamente grande por sus caminos empedrados, sus acueductos, sus foros y sus coliseos que constituyen, como si dijéramos, los cimientos de su grandeza.

Quizá por el incidente que se tiene con Colombia, por el islote de Los Monjes, incidente que Pérez Jiménez trató en uno de los diálogos, sostenidos con Laureano, y que nosotros nos ocupamos de copiar textualmente, el gobierno de Venezuela se ocupa de su región insular, y es así como vemos emprender la primera visita a una isla que realiza el Ejecutivo en pleno; se dirigen a Los Roques, y allí hay una población contenta de ver a un presidente poner un pie en su suelo. Para la ocasión marcha Laureano con su señora, a quien han invitado, junto a otras altas figuras del régimen y hasta de la oposición, puesto que allí van también un tal José Lara Peña y un tal Germán Borregales, gente que más bien ha estado cercana a Rafael Caldera, y que, de paso, conoce de nuestro territorio insular, y lo que es la soberanía nacional; de modo que no está demás allí. El periplo parte en la madrugada, de forma que ya en el amanecer se encuentran frente al Gran Roque, y una vez que se instala una planta de agua dulce, para beneficio de aquella comunidad de pescadores; el remolcador Felipe Larrazábal, nave en la que viajan, se dirige a la famosa isla de La Orchila, donde funciona, por el momento, una dependencia del ministerio de Agricultura.

Más importante aún resulta el hecho de que en esa incursión, y ya de regreso, en un diálogo que sostiene con aquel Lara Peña, defensor a ultranza que ha sido de nuestras fronteras -por entonces se le comienza a manifestar ese espíritu, y debido a lo cual le declara su odio a la Gran Bretaña, por el hecho de habernos despojado de un extenso territorio en Guayana-, Pérez Jiménez lo invita a éste a ser más bien tolerante frente a esta situación, y es así como viene a confesarse admirador de la cultura británica; sobre todo, porque dice que hay que aprender de la experiencia de los ingleses, en cuanto a su actividad marina, y de modo que se fija en el hecho de que, al igual que éstos, Venezuela tiene que comenzar a pensar en una fuerza marítima:

-Venezuela con su extenso litoral, debiera ser un país de marinos. A estas alturas, si hubiésemos tenido buenos gobiernos, dispondríamos de una flota mercante. Comencemos por crear una buena escuela, formar grumetes, oficiales y capitanes de altura. Existe en Margarita una excelente semilla.

Por el momento, nos ocupamos únicamente de la Marina de Guerra. Tendremos un Instituto Naval digno de ese nombre y modernos destructores. En un futuro próximo vamos a desmentir al general Carlos Soublette, quien se auto calificaba como "ministro de guerra y goletas".

Le damos importancia a este detalle porque nosotros así observamos cómo se lleva a cabo un proceso de modernización de nuestras fuerzas armadas, y, en ese sentido, hay que reconocer la labor de ingeniería militar que Pérez Jiménez despliega para tal efecto, y lo cual nos lleva a decir que la carrera de las armas en este país necesitó pasar por esta etapa; es decir, con motivo de la coyuntura que se da, a partir del capítulo de los militares de academia en el poder; para así ampliar su radio de acción. O sea, ya no es con una fuerza armada con la que cuenta el país, para la defensa de su soberanía nacional, sino con unas fuerzas armadas, y lo cual supone ampliación; además de especialización.

En uno u otro sentido se progresa; a pesar del contenido del *Libro Negro*, para sintetizar el asunto de esta manera. ¿Tendría suerte Alejandro Hernández con aquella famosa fábrica de enlatados que pensaba instalar? Hay allí un empresario exitoso; mecenas de algunos comunistas, al igual que Miguel Otero Silva, dicho esto al margen de la pregunta. En efecto, con aquel plan, que un día le había presentado a Laureano, ha llegado a resultados formidables; el campesinado de la zona lo ha transformado en el principal cliente suyo, el negocio corre; Hernández lo invita para que palpe los resultados: he allí algo que satisface a la gente del gobierno, y entonces vienen a colación, mientras contemplan el empresario y su acreedor los campos cultivados, de desarrollo agrícola, y que siempre han estado en la mente de Laureano, una vez observado el milagro argentino.

A medida que recorren uno y otro lugar se desarrolla un diálogo en el que nuestro Vallenilla Lanz reflexiona en torno a la revolución que, a su juicio, se debe llevar al campo, y, al respecto, habla de reforma agrícola, en lugar de reforma agraria, y entonces esboza el proyecto de retrotraer de nuevo el hombre que ha formado los cinturones de miseria en las grandes ciudades, hacia el campo, a través de la creación de granjas modelos; pero lo más importante que asoma allí es la idea de utilizar el concepto de la conciencia del rancho, para significar una idiosincrasia de la identidad del venezolano, lo que en otros términos implica subdesarrollo, y que alguno que otro sociólogo la ha expresado en nuestros días, cuando señala que "fulano tiene el rancho en la cabeza". Entonces le manifiesta a su cliente:

-Cualquiera está dispuesto a cambiar el rancho del cerro caraqueño por una granja modelo. Desaparecerán así las improvisadas construcciones, que rodean y deshonran a la capital, y desde la altura protestan contra la injusticia social; pero éste es otro problema que ya comienza a resolverse.

No basta decir: "Abajo cadenas". Agreguemos: abajo el rancho, abajo el atraso, abajo la ignorancia.

A la dictadura se le va un tiro, dicho en términos metafóricos, un tiro que conmociona a la opinión pública; pues está de por medio la muerte de un prestigioso abogado caraqueño, y quien se ve envuelto en una suerte de emboscada, al ir a poner la denuncia del robo de su vehículo, cuando se encuentra en la policía con el informe de que el automóvil, donde viajaba Ruiz Pineda, es el suyo, y que no hay tal robo, sino que él mismo, según lo ha determinado la policía, se lo ha cedido, en virtud de la amistad que lo une al dirigente adeco. Un lío de padre y señor mío, lío en el que se ve envuelto este señor, y quien decide darse a la fuga, solicitando el tiro de gracia, quizás; porque más vale morir de esta forma, que ir a parar a las cámaras de tortura de la Seguridad Nacional, de donde emerge la gente loca; para ser fulminado por un policía militar, que está en la puerta.

El caso lo sabe Laureano por boca del propio Pedro Estrada, que ahora acude cada tanto tiempo al banco, a rendirle cuentas de ciertas situaciones, y así le comenta:

-Van a decir que yo lo hice asesinar de orden del gobierno. Cualquier cosa. En realidad, nada podía tener contra él. Era amigo de Ulises Ortega, el inspector de seguridad. Se reunían junto con Mariano Arcaya casi todos los días en El Chicote y El Pasapoga. Creo que fue Mariano quien le insinuó venir a mi oficina y reclamar el maldito carro.

Hecho en el que tiene que ver hasta Pérez Jiménez, a quien le parece aquello ex profeso; inducido con el propósito de desprestigiar a la junta.

## IV

La ciudad de Caracas se embadurna de propaganda electoral, y así que hay afiches por todas partes de las fuerzas concurrentes en el proceso; esto es, de Copei, URD y FEI; cuando no hay un llamado del propio ámbito oficial en aquella mescolanza de anuncios, y en donde convoca al sagrado deber de votar; lo que significa que nuestra capital es un verdadero carnaval.

Nuestro Vallenilla Lanz va en el puesto número dos en las listas de los diputados, que postula el FEI, y esto es algo de lo que se informa por la vía del propio Pérez Jiménez, quien le habla, de pasada, de esta situación:

-Infórmese mejor con Moreno- le ordena el gran jefe.

Por encima de Laureano va el doctor Rodríguez Grajirena, quien preside el partido, y el lugar destacado de su nombre en esta lista se debe al hecho de que a él se le considera el hombre de mayor confianza de aquél. El número dos, en consecuencia, coge prensa, y así que vemos a un Laureano que

aparece en un amplio reportaje en El Nacional, a propósito de su vida hogareña, y de su condición de político.

El proceso electoral se realiza bajo malos auspicios, teniendo presente que el teléfono de Laureano no cesa de repicar con gente que llama para reportar pequeñas sublevaciones, llevadas a cabo por oficiales temerarios que, de pronto, toman por asalto un cuartel o un puesto de comando, y entonces se presenta una escaramuza allí, escaramuza que implica un par de muertos, y así que después de recibir un reporte de esta naturaleza una noche, emanado de labios del teniente coronel Pulido Barreto, nuestro Vallenilla Lanz cae en cuenta de que "nada bueno auguran los sucesos de los últimos meses".

El dirigente urredista, Ignacio Luis Arcaya, le sale con una soberbia ironía, con ocasión de una visita que le hace a Laureano al banco, en un momento en el que solicita financiamiento para su partido, a través de determinados arreglos; la ironía viene por ser cosa corriente que ya el fraude electoral es un hecho consumado, y así que, en medio de una conversación que sostienen sobre temas políticos, le dice:

-Si ganamos nosotros, Jóvito y yo nos refugiaremos en una embajada. Vendrán ustedes a visitarnos. Será, en cierto modo, un pleito de asociados.

En estos ambientes donde se mueve esta camarilla de seres hay traiciones, hay delaciones; golpes bajos, y así hay un balde de agua fría, para Miguel Moreno, a quien la propia viuda de Ruiz Pineda acusa, según revelaciones que le ha hecho a Pedro Estrada, de haber estado muy ligado a su marido, hasta poco antes de su muerte: que el secretario de la Junta conocía al dedillo sus escondites, y lo alertaba en la lucha clandestina; cosas así ha soltado la doña. Estamos ante la soledad del todopoderoso, a quien las circunstancias lo llevan a distanciarse de sus semejantes: estamos ante la soledad de Pérez Jiménez. Aquel hombre echaba chispas, como decimos en criollo, y entonces decía que había que vigilar muy estrechamente a Miguel Moreno por los servicios de la Seguridad Nacional. ¿Pero qué se ganaba con poner en las manos a este hombre? Laureano no veía allí sino un intento de sembrar cizaña: dividir a los miembros del gobierno, y crear desconcierto en vísperas de las elecciones, y esto era algo que él le decía a Pérez Jiménez, hacia cuya casa había acudido, en solicitud de doña Flor, que lo había llamado para que acudiera a ayudarla a calmar al hombre.

Días después, el vicepresidente arrastra a Laureano para una gira hacia Maracaibo. Se trata de una visita que tiene programada el Ejecutivo en pleno a la tierra zuliana; donde no figura el nombre de Laureano en la lista oficial, por carecer su figura de rango ministerial, y es por eso que preferimos utilizar la expresión "arrastrar": se lo lleva el jefe máximo, bajo el alegato de que él es su invitado permanente, y cristiano, al fin, Laureano sigue aquella máxima de buscar más bien los últimos lugares, cuando se acomoda en el avión, que le han

asignado, de los tres que llevan la comitiva; apenas una pequeña incomodidad en aquel aparato: allí viaja el presidente, y Suárez Flamerich, al verlo entrar, lo saluda casi por obligación; pero, como decíamos, Laureano se sabe muy bien acomodar en los puestos de atrás, y así pasa desapercibido. Además lleva consigo las memorias juveniles del escritor francés Ernesto Renan, y esto le permite abstraerse de aquel mundo. Lo que es el presidente, éste va entretenido en una conversación con su ministro de Hacienda, el doctor Aurelio Arreaza.

En el aeropuerto hay gente partidaria del gobierno, como lo demuestran las pancartas con que los recibe una muchedumbre, y cosa que se confunde con un intenso calor, que Laureano siente enseguida.

Este ese día se hospeda casa de un amigo, que no lo ha dejado irse para un hotel; pero esto es lo de menos a destacar en esta parte, lo importante aquí es que anda Miguel Moreno en la comparsa, y Laureano se da cuenta, con motivo de un ceremonial que realiza el gabinete de ministros en la inauguración de un conjunto de obras, que a éste sus demás compañeros le huyen como al demonio.

He allí la nobleza de un Laureano al ser el único que aborda con él su vehículo, cuando es cosa de movilizarse de un lado a otro, y esto es algo que le permite a éste, por lo demás, indagar en lo que se maneja al nivel de la esfera oficial, pues no pasemos por alto que Moreno no está aún caído, que sólo está en un proceso de prueba, y que sabe cosas como lo que se dispondrá en torno a lo que será la Constituyente, una vez llegado el momento de instalarla. Es la ocasión en la cual Moreno le ofrece a Laureano la presidencia de la misma, y esto por ser, justo, el hombre más allegado a Pérez Jiménez para ese momento.

-Elegiremos al jefe Pérez –le agrega- presidente por voto popular o, si queremos evitar un nuevo proceso, lo haremos designar por la propia asamblea.

Además de ese amigo, en cuya casa se hospeda, Laureano también posee otras amistades en el Zulia. Así tiene la oportunidad de reencontrarse con un par de amigos más, viejos conocidos de él, que alguna vez se habían cruzado en el camino de su vida, y con quienes ahora se veía.

Por lo demás, el viaje comprende una vuelta por Cabimas y Lagunillas, a la manera de Cristo; esto es, a través de las aguas del lago, y la movilización la hacen en un ferry, donde está el tren ejecutivo en pleno; juntos, pero revueltos; lo que significa que allí cada cual anda por su lado; el centro de atención, que es Pérez Jiménez, mira el horizonte con unos binóculos, mientras el presidente Suárez Flamerich conversa con uno de sus ministros.

Al llegar a Cabimas fue sudar la gota gorda: una ciudad que hervía de calor; todo el mundo empapado, y, sobre todo, porque allí el tren ejecutivo tenía que presenciar un acto oficial, a pleno sol, con motivo de la inauguración de ciertas obras; acto en el que había una serie de delegaciones de todo

el estado, alrededor de un escenario que parecía un cuadrilátero de boxeo, y en el que no dejaban de sucederse los oradores, en un festín de discursos inacabable. A Laureano le parecía que aquel mundo, que andaba con él, sudaba como un tinajero, y, en medio de esto, las contradicciones del criollo: de allí saldrían para un sancocho de gallina, que habían preparado para ellos en la casa de uno de los seguidores del régimen, y de forma que a Laureano, frente al plato de sopa humeante, el sudor le copiaba hasta su traje: camisa y saco eran los mismos, y por su corbata parecía escurrírsele el agua de su transpiración. No menos caliente que esta ciudad iba a ser Lagunillas, donde también tenían que estar presentes para la realización de otros actos oficiales, y de modo que un ajetreo de esta naturaleza es para dejar exhausto a cualquiera; Laureano lo estaba de regreso ya de esta gira, cuando vuelven a Maracaibo, y entonces lo primero que haría sería dirigirse a la casa donde se hospedaba, para echarse en la cama, y largarse a dormir.

Con tan buena suerte para un ladrón que logra penetrar hasta el cuarto donde él duerme, y el cual da a la calle; de modo que lo despoja de dos mil bolívares, que porta en la cartera, y lo que más sorprende a Laureano es que el tercio no se ha llevado el reloj, que vale toda una fortuna.

El hecho más curioso ocurre cuando éste se encuentra con un brujo famoso, que está residenciado allí en Maracaibo; quien ha conocido a su padre, y quien ha trabajado hasta para el general Gómez, según él mismo lo reporta, y entiéndase aquí lo que significa trabajo en cuestiones de hechicería. El sujeto de nombre Blas Menda toma por un brazo a nuestro Vallenilla Lanz, con ocasión del brindis de despedida que se ofrece en el Club Náutico, y se lo lleva aparte:

-Casi toda esta gente va a desaparecer de la política –le dice leyéndole la mano-. Las circunstancias te llevarán a ocupar muy altas posiciones. Salvarás al país de un caos. El árbitro de la situación será Pérez Jiménez, pero nada podrá hacer él sin ti. Gobernarán juntos varios años. No se separen. La catástrofe vendrá con la separación de ustedes. Venezuela vivirá entonces un período de inquietud y desorden. Correrá sangre. Nos azotará la langosta. Si no mueres repentinamente o en un accidente de avión o de automóvil, colaborarás más tarde con el gobierno que reedificará lo destruido por los hijos del mal. Yo estaré muerto entonces, pero recordarás lo que te comunico hoy, aquí en Maracaibo en el club Náutico.

Laureano sonríe e invita al viejo a tomar un whisky, y entonces es cuando éste le saca su prontuario, con relación al éxito que ha tenido en la mayor parte de sus predicciones; se trata de un vidente que se ha codeado con individuos de la talla de Román Delgado Chalbaud, a quien le había vaticinado su muerte; Gómez lo mandaba a llamar por intermedio de Eloy Tarrazona; se ha codeado con individuos como López Contreras, a quien también le había anunciado lo de su encumbramiento, y la vez que había estado Medina An-

garita por Maracaibo, también a éste le había anunciado lo del golpe del año 45, y de modo que aquél, escéptico, le había respondido con una sonrisa:

-Este Blas tiene unas cosas.

¿Cuál era la realidad? La realidad era la que él había predicho, tal cual se lo corroboraba la historia; como la realidad iba a ser algo que ya le pintaba en ese momento, como era la segunda vuelta de Betancourt al poder, y entonces era cuando le decía:

-No ve, yo sé todo; lo adivino todo. No es un don, es un defecto, sufro o gozo anticipadamente. A mi hijo, el mayor Blas Menda León le hice pedir su baja en el Ejército. Tenía mis razones. Lo hubieran matado. Así soy yo; no ve.

A lo largo de la campaña electoral, Laureano se da cuenta de que el gobierno ha esperado mucho tiempo para legitimar algunas situaciones, a través de un proceso de elecciones, y en esto incide la pérdida de la popularidad, frente a la cual el gobierno se ve como impotente. La guerra sucia ha sido inclemente. En ese sentido, éste invoca una reflexión de Tayllerand, que le viene al caso, y quien decía: "La política es el arte de disgustar a todo el mundo. La habilidad consiste en disgustar al menor número". Laureano llega a la conclusión de que seis meses después de consumado el golpe; en el instante en que ellos llegaban al poder, el país hubiera votado unánimemente por los candidatos oficiales, caso de haberse llamado a unos comicios; un instante en el que se miraba con buenos ojos el triunvirato militar, y entonces era observado con desprecio y hasta con hostilidad el charlatán y el demagogo.

A esto había que añadirle que la maquinaria oficial, a juicio de Laureano, para un proceso de la naturaleza del que se avecinaba, no estaba preparada; se trataba de una organización burocrática; esto es, con cuadros dirigentes señalados a dedo, sin ninguna trayectoria en el ámbito político; unos sujetos desconocidos. He allí una élite de tipos que tampoco sabían llegarle a las masas populares, si era de improvisar en la plaza pública; habida cuenta de que entre la Venezuela del candidato del partido oficialista, que en su mayor parte era profesional, y aquella de la que acudía al escenario político a oírlo, mediaba una gran distancia en términos culturales, y entonces era cuando nuestro Vallenilla Lanz sacaba a relucir que el trópico no estaba preparado para una razón política, pues a las masas populares no se les había cultivado el espíritu, a modo de que adoptasen una conciencia lo suficientemente madura como para forjar criterios de gobierno.

La gente era arriada como el ganado; respondía a motivaciones, a escenas teatrales, y no se olvide que ya hemos dicho que la arena política era un gran escenario; como aquella que se le pintaba a Laureano, a propósito de una información que le había llegado, sobre un par de señoras; mujeres de los candidatos presidenciales, que por aquellos días habían incursionado hasta la cima de un cerro, donde vivía una compañera del partido, entiéndase del

FEI, y a quien le habían llevado una cobija al saber que estaba enferma, y entonces Laureano se las imaginaba llegar allí jadeantes, encopetadas las fulanas. La pobre vivía en un rancho, y había un vecindario que miraba atónito la presencia de gente tan distinguida en aquellos predios sórdidos. A una de ellas la había traicionado el propio inconsciente al despertarle los sentimientos maternales un niño que jugaba desnudo cerca de una acequia negra y pestilente, y a quien había intentado acariciar, pero al acercarse a él lo había descubierto mugriento, y así había cambiado la caricia por una locha que había sacado de la cartera, y entonces le había dicho:

-Mira, mijito, esto es para ti.

Se les leía a leguas la intención; sólo que el "yo" del salvaje del venezolano se hace el loco frente a estas circunstancias, y entonces admite el teatro; es por eso que decimos que lo arrían como ganado. A una de ellas se le iba a escuchar al salir del rancho de la "compañera":

-Dígale a su marido que no deje de ir al mitin del domingo. Es aquí cerquita, en el cine. Venga usted también.

Esto era lo que volvía a Laureano remolón frente a los procesos democráticos: era aquí donde encontraba la miseria de dicho sistema.

En eso él era fiel a lo que había sido la ideología de su padre, y así se veía como extraño a sí mismo cuando tenía que dirigirse a una masa de hombres reunida; cosa que tenía que hacer a instancias de Gragirena, el presidente del FEI, que lo conminaba a que hablara en los actos que el partido realizaba en algunas parroquias caraqueñas, a manera de dar a conocer su nombre, y entonces era cuando Laureano deseaba tener la disposición de ánimo de Betancourt para estas cosas. Queremos decir, nuestro Vallenilla Lanz carecía de alma de populista.

El hecho lo celebra con Ignacio Luis Arcaya, que lo visita en su oficina del Banco Industrial de Venezuela; un sujeto que anda en los mismos trajines que él, a propósito del hecho político, y resulta que él también es de sangre azul. Es por eso que se ríen con el asunto: ¡Un Arcaya líder popular! He aquí que evoca el momento cuando esta familia tenía poder político en el país, y así asienta muy a la venezolana:

-¡Qué tiempos aquellos señor don Simón!

Al contrario de Laureano, frente al panorama electoral, éste se muestra optimista, cosa que, según le expresa, lo viene de contactar, con motivo de las giras políticas que realiza, y en donde se ha dado cuenta que el partido de gobierno ha ocupado el espacio político dejado por Betancourt. Es un hombre que le gusta comer, y por aquí también mide la popularidad de su corriente política, habida cuenta que lo han esperado con suculentos sancochos de gallina en los distintos lugares, hacia donde se ha movilizado, y lo cual no deja de ser importante, ya que el sancocho de gallina es un agasajo. No pasemos por

alto aquel Laureano, empapado en sudor, que enjugaba una sopa de este tipo en aquella gira zuliana, y al reflexionar en esta situación se nos vuelve sociólogo este hombre; pues considera que el sancocho de gallina forma parte importante de las campañas electorales venezolanas: "Es tan imprescindible, tan necesario, como los denuestos, las calumnias y las promesas", le dicta su entendimiento sociológico.

A Laureano la historia le dará la razón en cuanto al pesimismo que abriga, con relación a lo que van a ser los resultados electorales, y a través de sus reflexiones, sobre todo, se observa que la figura de Betancourt es algo que está latente; porque le sabe a humo, como decimos en criollo, esa idea de su primo Arcaya de haber ocupado el espacio político del líder adeco la corriente de ellos, y de aquí que le mamaba el gallo a éste; le decía que así como los Arcaya tenían derecho a considerarse los nuevos portavoces del populismo venezolano, también lo tenían los Vallenilla.

Se llama a votar. El día antes de las elecciones por cadena nacional, el presidente Suárez Flamerich le pide a la nación, a nombre del gobierno, que cumpla con el sagrado deber del sufragio. Es el momento en el cual Laureano se da cuenta de que está aburrido de ese hombre, cuya voz misma ya la descalifica, por su tono acartonado, y, luego, la necedad del tipejo; un sujeto que está allí de sobra, y quien termina muy mal al compararlo con el flamante Delgado Chalbaud; sobre todo, al nivel de los aires de archiduque que aquél se daba, y a éste lo ubica como un recién vestido; aparte de que un recién vestido baratero, cuya ropa no procede sino de la tienda "Un Rincón de Nueva York en Caracas": algo no del buen gusto de la clase de Laureano, que se viste en la quinta avenida, para mencionar cualquier calle de dicha ciudad. Pero, sobre todo, lo compara, porque le parece que aquel sujeto carece de garbo político, y la causa de esta soberbia de nuestro Vallenilla Lanz se halla en el hecho de que está angustiado; le resulta insuficiente aquel hombre para tamaña tarea; significa que hay una gran monotonía en las palabras que de él llegan, que no transmite nada; por lo que observa que Delgado Chalbaud lo hubiera hecho del mejor modo, y así nota un gran vacío en la esfera del poder. En el fondo se dice: "Fue un error haberlo sustituido por un tonto". Hay algo mucho más importante aún, y es que Laureano por esta vía también comprueba que con haber quitado a Delgado Chalbaud de en medio tampoco se ha ganado nada; no tiene razón de ser, en especial, si Pérez Jiménez no toma el poder, y lo que no hizo, como ya hemos comentado; por lo que en aquella muerte hay más alevosía que pasión por ambiciones de poder; más inseguridad, que apetencias políticas, ya que el susodicho tiene un gran significado en aquella Junta; habida cuenta de la personalidad tímida y casi pusilánime de Pérez Jiménez, como lo denuncia la propaganda clandestina adeca, según hemos dicho.

A medida que Suárez Flamerich habla, Laureano reflexiona:

"Presiento que se avecina una derrota, una catástrofe, fruto de la imprevisión y de la estulticia. Ha sonado para mi amigo la hora de la venganza, del desquite. Reemplazarlo con un mentecato fue un error casi tan grave como el que cometieron sus asesinos. Se ha comprometido sin razón el destino del movimiento del 24 de noviembre de 1948".

Se presenta el día de las elecciones. Laureano primero va a misa, y luego acude con su pareja a la mesa de votación que le corresponde; una escuela situada en Los Dos Caminos. De allí se recoge en su casa, y entonces comienzan a llegar los amigos. ¿Qué saca Laureano de lo que es la intención entre ellos del voto? Por una parte, hay aquellos que han sufragado por Copei, y otros por URD. Alegan que es bueno darle chance a la oposición, y este resultado, bastante desfavorable para la corriente suya, lo lleva a alarmarse; pues observa que si la burguesía piensa así, el gobierno está perdido.

En horas de la tarde, Laureano se reúne con Pérez Jiménez, quien ofrece un almuerzo en su casa, y en el que se encuentra otro mundo de personas; un lugar en el que, por lo demás, reina el optimismo. En ese sentido, mientras comen, se allega un sujeto a la mesa, con una corbata blanca, y se aposta allí para decir:

-Ganaremos en todas partes. ¡El prestigio del jefe Pérez es inmenso!

La tarde, sin embargo, enturbia el asunto. Todo comienza con una llamada telefónica: el comandante Oscar Tamayo necesita comunicarse con el coronel; éste se levanta, coge el auricular, y lo que viene de allí, de regreso, es un hombre pálido que no se atreve a hablar con nadie. El tiempo transcurre, cuando es de nuevo Tamayo por el teléfono: mensaje urgente para el coronel; a la expectativa todo el mundo allí, y, sobre todo, porque, finalmente, Laureano es llamado, a través de una seña por el edecán; cosa que lo obliga a levantarse a éste, y mientras lo hace intercambia una sonrisa con su mujer; el jefe lo espera en un pasillo: quiere que lo acompañe al ministerio de la Defensa.

El despacho ahora funcionaba, como se ha dicho, en la famosa Planicie, una colina en la que se yergue un majestuoso castillo, y en el que había funcionado, como se recordará, la famosa Academia Militar. Había que arrestar a un vagabundo, que se había atrevido a abuchear al Cadillac, donde ambos se trasladaban, habida cuenta que les había gritado que esos que iban allí, estaban cagados de guapo, y esto aludiendo a lo que sucedía en las urnas de votación, lo cual había enervado a Pérez Jiménez, al punto de pedir de inmediato la prisión para él. Era el carácter impulsivo de aquél. Feliz, sin embargo, el susodicho, porque no había tiempo que perder, y un cano presidencial no podía destinarse a hacer el papel de patrulla de la policía.

El hecho es el siguiente: las elecciones se han perdido por un amplio margen, según se le reporta al jefe al llegar a la Planicie; caras largas las que allí reinan: lo que es Pérez y compañía traen a colación el dicho de que Jalisco

nunca pierde; que cuando le sucede eso, arrebata, y entonces comienza a fraguarse lo que se conoce como un fraude.

Allí hay consideraciones de tipo político: se jugaba el porvenir de Venezuela, y se planteaba que el único grupo que estaba en capacidad de conducir al país por la senda del progreso era el suyo, por lo que no le era dable que el mismo saliera del poder; hay allí consideraciones de tipo ideológico, ya que se observaba que detrás de URD no estaban sino los comunistas y los adecos; de tipo fáctico, pues se hacía ver que ellos tenían las armas, y, en ese sentido, no había nada más que hablar.

En medio de ese cruce de comentarios, ganados para la idea de la acción fraudulenta, se oye la voz de nuestro Vallenilla Lanz que alega:

-La fórmula civil, la solución jurídica es fácil fabricarla, cuando se cuenta con el respaldo de "los machetes".

Se trata de un autogolpe o golpe seco. ¿Qué le dictaba el sentido común a Laureano? Que allí no había nada que hablar con Jóvito Villalba; puesto que una conferencia con esta gente indicaba que el gobierno reconocía a medias el triunfo de su partido. A los ojos de Laureano, el encumbramiento de Villalba implicaba paralización de los planes de fomento nacional, desorden, bochinche, desorientación y nuevos golpes de estado en un futuro. Esto es lo que se conoce como un arrebatón; cuya figura ya la hemos expuesto. Al autor de estas líneas le viene la imagen en este momento de una obra de un pintor venezolano de nombre Héctor Poleo; obra basada en tres caciques locales, que conciertan una determinada política, embozados en sus respectivas ruanas, en lo alto de una colina. Allí faltaba un tercer hombre, que bien podía ser Llovera Páez, en un aparte que habían tenido Laureano y Pérez Jiménez, y el papel de éste aquí era envenenarle la cabeza al otro. Laureano le decía a Pérez Jiménez las cosas que él quería escuchar, y así le alimentaba la mente, inventándole cuadros apocalípticos, con relación a lo que, supuestamente, podría ser un gobierno de Jóvito Villalba, a quien lo veía virtual presidente, caso de reconocérsele el triunfo en las elecciones constituyentes; un aparte en el que se habían encerrado en el propio despacho del ministro de la Defensa, a solicitud del resto de la camarilla militar, a modo de decidir este asunto, y de forma que con la cabeza bien envenenada por aquel Vallenilla Lanz atizador, quien no le reconocía virtud alguna al líder urredista, y lo retrataba como el verdadero Satanás, se decidía conservar el poder. En aquel patético escenario, decíamos, que faltaba la presencia de un tercer jefe, y lo acusábamos en la persona de Llovera Páez, para existir una coincidencia perfecta con la obra de Poleo. He aquí que lo hemos traído con el pensamiento en esta dimensión, por la que andamos; pues, de pronto, el sujeto telefonea, a objeto de comunicarse con la cúpula, y es así como está presente, entonces, en aquella cumbre. Desde su casa les dice que él estará allí, a la espera de pormenores, si es

que acaso deciden llamarlo a última hora.

Lo demás no es sino bajarlo como una orden: aquí se desconocen los resultados de la jornada electoral, y a medida que desciende de escala en escala, en forma jerárquica, como le corresponde a las fuerzas armadas, la otra voz, que es el prójimo, se le acerca a su persona para solicitarle que no consienta en entregar el poder. El que más claro le habla es Oscar Tamayo Suárez, quien le dice:

-Usted debe conservar el poder, coronel. Nosotros lo apoyamos. Eso sí; liquide la Junta y gobierne solo. Los problemas y las dificultades han surgido de la división del Ejecutivo.

-Si ustedes me apoyan –contesta Pérez Jiménez- me quedo. Podría irme al exterior, pero creo que Venezuela me necesita todavía. No tengo ambiciones personales. Si tomo la resolución de permanecer aquí es por el país, exclusivamente por el país.

Lo demás, decíamos, no es sino bajarlo a las diferentes dependencias militares, y entonces ya estaba consumado el golpe; para el caso se despedían comisiones de funcionarios que marchaban al interior del país a contactar a las diferentes guarniciones: ¿Hemos hablado de un golpe en seco? ¿Y la calle? La calle estaba que hervía, y esto se observaba en el hecho de que había caravanas de carros por todas partes celebrando el triunfo de Villalba. Allí nadie dudaba que el líder unredista había ganado en las elecciones, y entonces esto era lo que le dificultaba el asunto al gobierno.

De nuevo vemos a un Laureano dedicarle largas jornadas a un asunto político; permanecer largas horas en un sitio; ahora en el ministerio de la Defensa, y en donde había estado toda la tarde, atenido a las circunstancias, de forma que, en medio de esta expectativa se les hace la noche, y es cuando aparecen los miembros del Consejo Supremo Electoral. Allá en sus rostros se les lee que le traen una solución a Pérez Jiménez, y la cual consistirá, en efecto, en modificar algunas actas; lo que en lenguaje de nuestros días se conocerá como "la solución del acta mata votos". En vista de que el venezolano tiene mal ojo para la supervisión, entonces se le mete gato por liebre: una cosa es lo que dicen las urnas y otra las actas.

Las reuniones se prolongan hasta la madrugada: momento en el cual Laureano decide llamar a su mujer, que aún se encuentra en la casa de Pérez Jiménez, a modo de que esté preparada para abordar un automóvil, en el que la ha mandado a buscar, y el cual la debe llevar luego a La Muda, en Los Chorros. He allí la hora en que suelta a Laureano el régimen. Una criada, ojerosa de sueño, atiende a los señores cuando ambos llegan; cada uno por su lado, y la mucama espera a Laureano con la noticia de los saqueos que, al parecer, se han comenzado a registrar en Los Dos Caminos, y cosa que le ha generado una cierta angustia. Seguidamente cae por casa el doctor Martí Cordido, al ver

la luz encendida; el tercio viene ávido de informaciones; Laureano lo deja en compañía de su mujer, quien improvisa un desayuno, mientras él se da un baño y se cambia de traje. Así, al estar listo, Laureano se despide de su casa; se dirige en compañía de Martí Cordido donde el ministro de Sanidad y Asistencia Social, a objeto de imponerlo del dilema en que se encuentra el gobierno, y de la decisión que se ha acordado tomar: el titular está de acuerdo:

-Mientras contemos con el respaldo del Ejército y mostremos decisión, no existe mayor problema, -asienta cuando oye la historia.

El jefe Pérez está impaciente por ver a Laureano, y la prueba está en que cuando llega éste hacia una sala, donde ha descansado un par de horas, lo primero que le pregunta al doctor Vallenilla es que si está chorreado. El tercio reposa en una cama de hierro plegable que se halla en una salita contigua a su despacho, especialmente diseñada para estos casos, y decimos que está impaciente, además, por verlo a éste, en razón de que el chofer suyo, quien no ha desamparado ni un minuto la espalda de Pérez Jiménez, y a quien le ha correspondido dormir también un par de horas en una cama de campaña en la puerta de la salita, donde descansa el jefe, en razón de que este hombre, de inmediato, le ha dicho que el ministro de la Defensa ha preguntado varias veces por él. Laureano le responde cuando le pregunta lo de chorreado:

-Estaría chorreado, coronel, si lo viera a usted en ese plan; pero Dios mediante no tendré ocasión.

El autogolpe está consumado; el hombre espera ya el regreso de todas las comisiones que han viajado al interior, a bajar la famosa orden aquélla, que ya conocemos; cosas de dictadura. Está pendiente Pérez Jiménez del general Rómulo Fernández, quien comanda la guarnición de Maracay, la más importante del país, y que debe llegar de un momento a otro. Laureano era la voz que él quería oír, porque éste era el tercio que sabía el camino que había que tomar, y para lo cual él estaba siempre presto, habida cuenta que cuando el jefe le solicita que estudie el procedimiento a seguir, en lo que atañe a la parte civil, a modo de armar un mamotreto, nuestro Vallenilla Lanz le responde:

-Algo he pensado en ese sentido, coronel. La Junta debe presentar su renuncia por una carta a las Fuerzas Armadas, puesto que de ellas emana el poder que ejerce. Estas aceptan, y lo designan a usted presidente provisional de la República, hasta tanto se reúna la Constituyente. Para ello se requiere, simplemente, redactar un Acta, que firmarán los jefes de los distintos cuerpos. En la misma oportunidad, toma usted posesión de su cargo; designa un nuevo gabinete, y dirige un mensaje a la nación.

Entonces Laureano se encierra con el capitán Pulido Guerrero a redactar lo que será la renuncia de la Junta: allí embadurnan cuartillas por espacio de varias horas, y mientras un empleado se queda pasando la versión

definitiva a máquina, y la que irá a manos de Pérez Jiménez, ocurre un incidente muy menudo, relativo a un policía militar, que, de pronto, le da por enclaustrar a Laureano con el cuento de que no puede salir; justo, en el momento en que éste ha aprovechado para ir a buscar agua y café, y lo que es aquel hombre, se obstina en no permitirle la salida; a pesar de la protesta de aquella distinguida persona:

-¡No discuto con civiles!, llega un momento en que le dice a éste.

Es así como Laureano tiene que telefonear a Pulido Barreto, a objeto de que disuada al hombre, y sólo de esta forma es como viene a recobrar la libertad; por intermedio de Pulido Barreto. De seguidas, su liberador le arguye; muy a la venezolana:

-Estos policías militares no mascan, negro.

Es decir, que no pierden oportunidad para igualar al salvaje con el mantuano.

Hay un mundo de personas en los corredores: en aquel ministerio abunda la sonrisa; gente que se viene a poner en las buenas, y entonces sobran los voluntarios. Mientras sorbe el café, Laureano aprovecha de conversar con algunos militares, a objeto de darle tiempo al mecanógrafo, y es así como se informa de la situación. Todo marcha a pedir de boca, según le oye decir a unos de los comandantes; de forma que al quedar finiquitado el documento, el mismo va enseguida, como se ha dicho, a las manos de Pérez Jiménez. En su oficina se encuentra Rafael Pinzón, y éste no está allí por no más; por lo que al recibir la famosa carta renuncia, Pérez Jiménez se la traspasa a éste, a manera de que le dé el visto bueno; cosa que lo hace apartarse, y buscar privacidad, y nada mejor que la oficina que se le ha designado a Laureano; para allá marchan los dos. Pinzón le hace algunas enmiendas al documento, y ya desocupado de él, se percata de lo que hay detrás de allí, y que no es más que la sacada del escenario del pobre Suárez Flamerich; de modo que con la malicia, propia del venezolano, le dice a Laureano:

-¿Y tú que vas a hacer, si el doctor Suárez Flamerich te mete a la cárcel?

Ríe el tipo después, a manera de que no le dé respuesta; momentos de distensión para dos burócratas que se afanan por redactar documentos de los jefes supremos; el uno se encargará de redactar el Acta, que deberá firmar el nuevo gobierno, papel que le corresponde a Laureano; el otro se encargará de redactar el discurso que pronunciará Pérez Jiménez; papel que le corresponde a Pinzón, según queda convenido, y ambos se abocan cada uno a lo suyo; de forma que como el trabajo de Laureano es corto, de un plumazo escribe el acta, por lo que su ansiedad lo lleva a interrumpir el trabajo del otro, a modo de que le escuche aquello: todo está impecable, a juicio de Pinzón, quien aprovecha este instante para volver a distenderse, y así continuar con la mamaderita de gallo, con relación al golpe que le ha dado

Laureano al pobre Suárez Flamerich:

-Ese hombre no te perdonará nunca... Serás el Arévalo González de esta etapa, una víctima de tus convicciones democráticas, -le expresa.

Afuera el mundo queda asombrado por la forma como se carcajean estos hombres. La risa es contagiosa, de modo que a los minutos tienen gente que se asoma por la puerta de la oficina; como cosa de participar también allí. Así está la situación. La mañana transcurre con toda normalidad, y, en ese sentido, se comisiona a alguien para que vaya por sandwiches y cervezas. Entre tanto, Laureano llama al banco, a manera de tener controlada la casa desde allí; hay un buen posesionamiento de la entidad; ha captado recursos, lo que significa que las cuentas están en saldos positivos; y su presencia al lado de Pérez Jiménez amerita que el trabajo se retraiga un poco; pues el ejecutivo que le ha respondido la llamada telefónica, le ha reportado el hecho de la necesidad que tiene un agente viajero de enviar una remesa al exterior; lo que requiere la presencia de Laureano en su despacho, para la ejecución de la operación, y entonces éste le ha dicho a su subalterno:

-Que espere hasta el miércoles. Mira que yo también he estado a punto de ser remesado al exterior, y eso sin previa consulta.

Pérez Jiménez se había hecho cargo de toda la documentación; aunque la misma no salía a la luz pública, debido a que las comisiones que se habían enviado al interior del país, aún no habían regresado en su totalidad, y, en ese sentido, se había acordado dar un plazo más de tiempo, a objeto de contar con el apoyo de todas las guarniciones, y lo cual suponía un día más de espera. Es esto lo que se conoce como volver a las fuerzas armadas un partido político. Aquí los únicos que imponen criterios son "los machetes", como ya lo había dicho Laureano.

El día que llegaba ya era 2 de diciembre, una fecha notable para nuestro Vallenilla Lanz, quien poseía una gran erudición histórica, por lo que le dice a continuación a Pérez Jiménez:

-Me complace el día: el 2 de diciembre es fecha favorable para los golpes de estado. Hace un siglo y un año, exactamente, tuvo lugar en Francia el triunfo de Luis Napoleón Bonaparte. Además, Napoleón el grande opinaba que el 2 de diciembre traía suerte. Fue en esa época la batalla de Austerlitz. Soy supersticioso, coronel, y aunque aquí no contamos, sino con Napoleón Dupuy, presiento que todo va a salir bien para nosotros.

Había una situación de ambivalencia en aquel momento en el país, y que se medía por la psiquis de Laureano. Ahora volvía a pintársele la preocupación por la amenaza del saqueo, y la cual podía desatarse de un momento a otro contra su casa; gente ávida de venganza; pues no se olvide que estamos frente a un régimen que tiene en su haber, como lo denuncia la propaganda clandestina, unas veinte mil personas entre muertos, encarcelados y exiliados;

cosa que significa que una buena proporción de familias está de luto en el país, y así hay más de uno que, como decimos en criollo, lo espera en la bajadita. Sobre Laureano pesaba esta sombra, y entonces veía todo aquello que le pertenecía, en especial, la biblioteca de su abuelo José, que no era suyo, sino de un fulano, que estaba de tránsito por esta tierra del trópico; que nada le pertenecía allí, sino que algún día sería devorado todo aquello por las masas saqueadoras. Una acción política como la que ellos venían de adoptar, de las del tipo de Jalisco, lo llevaba a concebir la vida como un sorteo. Al llegar a su casa, Laureano mide la situación en la que se encuentra por las referencias que le hace su mujer. Allí ha llamado media Caracas para informarse del asunto, y hay más de uno que no ha querido enviar sus hijos a la escuela: la situación no está clara, se quiere decir, y es esto lo que le infunde temores a nuestro Vallenilla Lanz; y de modo que una vida así se debate como en una especie de sorteo; algo así como sorteaba Pascal la existencia de Dios. Pero el granuja duerme y es feliz en este mundo, mientras espera la hora en que lo envíen al exterior, y cosa de la cual hemos visto, con motivo del intercambio de palabras con su empleado del BIV, que ya ha hecho mención. Aquí habría que recordar, a modo también de ilustrar la situación, el célebre relato de Borges ***La Lotería en Babilonia,*** en el cual la vida es un gran sorteo, y así un día un hombre es cónsul, como otro día es esclavo de minas, y esto de acuerdo a lo que dispone una gran lotería.

Al día siguiente, a eso de las siete de la mañana, Laureano ya se encuentra en el ministerio de la Defensa a la orden de Pérez Jiménez. Hay un buen semblante en éste, señal de que las comisiones han regresado en su totalidad, y con noticias positivas. Por lo que atañe a Caracas, éste maneja el reporte de que todo marcha normal; aun cuando los urredistas amenazan con promover un cierre del comercio. Pero ¿con qué autoridad moral, si cada segundo gana terreno la especie de que el propio Villalba ha vendido las elecciones en la opinión pública? Aquí está la mano de un Franco Quijano, para decir un nombre, que ha echado a correr la especie, o del propio Laureano, aunque no lo revela en sus memorias, con la intención de terminar de "enmierdar" la figura del líder de URD. Una especie ésta que también tuvo efectos en la opinión pública de ese momento, y que marcó de por vida a Villalba, pues aún en su vejez, cuando alguna que otra vez se entrevistaba para algún medio de comunicación, y si la ocasión se daba, se le traía a colación este hecho, y lo más ilustrativo del caso es que se decía que se le había dado un maletín con doscientos mil bolívares picados por la mitad, y así se le había dicho que la otra mitad de los billetes estaba en Trinidad.

Pérez Jiménez es un hombre con una calvicie prematura; anteojudo, como se dice en la época, lo que significa, lentes gruesos de pasta negra; acostumbra llevar una guerrera, aunque para esa mañana porta una cha-

queta norteamericana con cuello de piel. Allí en el bolsillo de su pantalón se le asoma la cacha plateada de una pistola. Le ha llegado el momento de encarar el poder a este pequeñín de hombre, a quien la propaganda clandestina lo acusa de tímido y pusilánime por padecer de perturbaciones psíquicas; y, en ese sentido, invita a Laureano a que lo acompañe a Miraflores.

¿Miraflores? Situación incómoda para nuestro Vallenilla Lanz. Allí está su enemigo, el todavía presidente de Venezuela, Germán Suárez Flamerich; pero a quien Pérez Jiménez condiciona, antes de que se le entregue la documentación que se trae, a objeto de que estampe su firma donde sea necesario. El hombre está que no le ofrece tregua a Laureano; cuando en verdad a quien no tiene que darle tregua es a Pérez Jiménez; el infeliz de Laureano es víctima de los desplantes suyos, y los que comienzan con el hecho de pasar directamente a exigirle la famosa carta de renuncia de la Junta, sin saludarle; el tercio despacha desde el escritorio presidencial, al frente suyo se encuentra Pérez Jiménez, y es así como nuestro Vallenilla Lanz busca en la carpeta el documento, para, enseguida, pasárselo. Aquél lo lee; se toma su tiempo, como el que pide cinco minutos más de vida, cuando se trata de un fusilamiento, a modo de prolongar hasta donde le sea posible un poco más de estadía en aquella butaca. El sujeto se aprovecha de todas las ventajas que le ofrece la situación, y es así como abusa de Laureano al devolverle el documento, con el cuento de que él no va a firmar una cosa donde se dice "los genuinos representantes de las Fuerzas Armadas", cuando él no es militar; luego exige que se coloque allí, en lugar de dicha expresión, "los representantes autorizados de las Fuerzas Armadas", y esto obliga a Laureano a tener que teclear; a tener que apelar por una máquina de escribir, y entonces en su ardua labor lo ayuda el mayor Pedro Briceño Ochoa: ambos unidos no hacen un mecanógrafo completo; a duras penas logran transcribir aquel documento, y con una grosería manifiesta casi se lo arrebata de la mano Suárez Flamerich, cuando nuestro Vallenilla Lanz se vuelve a aparecer en el despacho presidencial, hoja en mano; de nuevo se toma todo el postín del mundo, mientras Pérez Jiménez espectral lo contempla; deja colar los minutos una y otra vez, y cuando ya está a punto de empuñar la pluma fuente para disponerse a firmar, la ladilla de tipo que es este hombre, se arrepiente, y le ordena a Laureano que lo rehaga de nuevo al documento, y que en lugar de Germán, ponga sólo G. Suárez Flamerich; y lo cual es para enervar, sólo que nuestro Vallenilla Lanz se carga de paciencia, y entonces viene la carcajada que suelta Pérez Jiménez, y que lo conforta más. ¿Hay que pasar por esto para poderse sacudir de este hombre? De nuevo vuelve Laureano con toda la calma del mundo a colocarse frente a la máquina de escribir; por fortuna ya se sabe el contenido de la carta-renuncia aquella de memoria, de forma que la escritura la saca en unos quince minutos; tiempo después del cual se apersona frente al presidente, quien de nuevo le arrebata

el papel, y vuelve a darse todo el postín del mundo. ¿Satisfecho? Aquello parece un mono con una hoja de afeitar. Se da al fin; se deja de payazadas, y se decide a firmar; aun cuando aquello en medio de grandes titubeos; y de modo que, cuando ya ha sido quitada de en medio esa carga, Pérez Jiménez, a modo de despedida le dice: "Nos veremos luego", y se levanta de la silla, argumentando que tiene hambre, y que andino parte del principio de que hay que desayunar, porque uno no sabe si va a almorzar, y así que se encamina con nuestro Vallenilla Lanz, junto con Briceño Ochoa y otro edecán más hacia la cocina del palacio, donde los espera un desayuno, a la manera criolla, diríamos, con huevos fritos y caraotas, sólo que, en lugar de arepas, hay arroz. Existe un hambre voraz; es el momento en el cual se respira fuerte; no se habla; allí apenas se le oye decir a Briceño Ochoa:

-El doctor Vallenilla y yo no nos ganaremos nunca la vida como mecanógrafos.

Inmediatamente después se dirigen al ministerio de la Defensa, y en el camino Pérez Jiménez reconstruye la escena, que ha tenido lugar minutos atrás, a propósito del encuentro con Suárez Flamerich, y entonces aquél le confiesa a Laureano, que se le había puesto en su cabeza la misma idea, por la que se había paseado ya Pinzón, a propósito de la reacción que se pensaba que iba a tener el presidente, cuando se diera cuenta de que Laureano de un plumazo lo había sacado del escenario; esto es, que lo iba a mandar a detener; aparte de que le decía que le había leído en el rostro que le quería sacar el revólver.

Laureano para ese momento sabía de varios deslices que había tenido Suárez Flamerich, con motivo de situaciones en las que se había visto envuelto; ya que se trataba de un sujeto acalorado; deslices que vienen al caso a continuación; en especial, aquel en el que, según el relato, éste había amedrentado al dueño de una fuente de soda, a raíz de un altercado que dicho sujeto había tenido con un familiar allegado suyo; familiar que se quejaba porque el ruido de la fuente de soda lo molestaba, y de donde Laureano deducía que no le resultaba extraño tal salida, como la que había supuesto Pérez Jiménez, ya que aquí se había valido de un revólver, para amedrentar a aquel fulano; pendenciero el Suárez Flamerich. Por otra parte, había mandado también a un amigo de Laureano para la cárcel de El Obispo porque éste le había faltado el respeto; uno y otro caso se contaba del susodicho, donde era un carácter arrogante lo que sobresalía: prenditas que Laureano sabía guardar muy bien, para el momento oportuno venir con ellas.

En otra parte hemos dicho que éste nunca había aceptado la condición de subalterno de Miguel Moreno. Al llegar al ministerio de la Defensa se consigue con que Roldán Bermúdez lo espera allí con un sobre en la mano. ¿De qué se trata?

-Es la renuncia de Miguel Moreno

Laureano se pone malicioso y le pregunta:

-¿Y por qué me la dirige a mí? Yo no represento nada. Ni siquiera soy funcionario público.

-No: -le responde Roldán Bermúdez- el sobre está dirigido al coronel Pérez; pero Miguel me ha pedido que, a falta de él, te la entregue a ti.

Laureano se quita ese muerto de encima; consignando más bien el sobre en la secretaría del despacho de la Defensa; decimos muerto, quizá porque la intención de la carta es, simplemente, que nuestro Vallenilla Lanz la lea, y trate de convencer luego a su jefe de que la deje sin efecto, y continuar aquél en el cargo; sin embargo, éste es un hombre que se ha embarrado de mierda ante aquellos fulanos que son los oficiales del entorno de Pérez Jiménez, quienes lo acusan de traidor, y ya piden su cabeza. Quieren hasta fusilarlo, y luego crear una suerte de "autosuicidio", como gusta calificar la prensa política nuestra a ciertas muertes que se producen en extrañas circunstancias, alrededor de la trama de aquel linchamiento, y esto porque se ha descubierto que, en efecto, Moreno es el confidente de la izquierda, acerca de todo lo que sucede en el palacio de Miraflores. Sin embargo, Pérez Jiménez es comedido; él le teme a prácticas como ésta del "autosuicidio", y así que manda a detener aquella gente con Laureano, y quien a duras penas logra convencer al famoso grupo de oficiales.

Páginas atrás se ha hecho ver que nuestro Vallenilla Lanz poseía una gran erudición histórica, cosa nada extraña en un hombre, en cuya mocedad se había acostumbrado a recibir de su padre cartas cargadas con referencias a episodios de historia patria, y erudición que sacaba con gran lucimiento en todas partes; de forma que al leer el discurso de Pérez Jiménez, que le ha preparado Pinzón, mientras repasan la documentación, que será la base legal del régimen, para chancearlo le encuentra cierta semejanza con una particular que se había manejado en el país en tiempos de Joaquín Crespo, y documentación en la que se utilizaban expresiones como "el bien nacional", y que ahora saltaba a la vista en dicha pieza discursiva. Laureano le dice que eso le huele a documento crespista.

-Déjate de vainas –le responde- tú con esa manía por la historia, acabas con cualquier cosa.

En ese sentido, Pérez Jiménez manda a Laureano a Miraflores, a modo de que le prepare el terreno, para él posesionarse de la presidencia; preparar el terreno significa, trasladar la famosa carta-renuncia de la Junta al Acta, que se deberá firmar en una ceremonia oficial, fijada para la noche; convocar a la prensa, a la radio y a la TV, a objeto de que esté presente en el acto; citar al tren ministerial para una reunión que se habrá de efectuar a las ocho de la noche en el mismo palacio; pero sin decir de qué se trata:

-Todo esto –le dicta- debe hacerlo, personalmente, sin la ayuda de terceros. Hable a nombre mío si fuera necesario.

Laureano se ha traído al capitán Pulido Guerrero, a objeto de que se haga cargo, sobre todo, del traslado de la famosa carta-renuncia al libro de Actas, y lo más espantoso que le sucede al entrar a la famosa casa de Joaquín Crespo, como la llama a veces éste, es el hecho de encontrarse con Suárez Flamerich, quien abandona el palacio, en ese instante, con un paquete en la mano. El es la última persona que quisiera ver Laureano en este mundo; pero lo tropieza, y así que no hay saludos para él, sino un nuevo desplante, y que Suárez Flamerich lo aflora cuando se dirige al otro en forma muy cordial, mientras que a éste ni lo mira.

Entonces Laureano cumple a cabalidad con cada uno de los pasos: le ordena a Pulido Guerrero que copie la carta-renuncia en el libro de Actas con una impecable caligrafía, y en la cual es diestro el tercio; se dispone a convocar a los medios de comunicación social, luego a los ministros, y entonces, viene lo mejor, una vez concluida la faena, que es un pequeño almuerzo, que tiene lugar en el comedor del palacio; para el que saca el cocinero una botella de vino, como para complacer el paladar de Laureano.

Miguel Moreno es un hombre que aún tiene coraje para permanecer en Miraflores, y esto es algo que asombra a Laureano cuando alguien le hace el comentario al respecto, y con el cuento de que el susodicho desea verlo.

-¿Y está aquí Miguel?, pregunta de inmediato.

-Sí, doctor. No se ha movido de su escritorio desde esta mañana.

Va Laureano donde su amigo; lo encuentra que ha ocupado su tiempo leyendo, justo, un libro que recién le ha regalado; libro de un autor italiano de nombre Guglielmo Ferrero, y el cual versa, precisamente, sobre el tema de la legalidad, a raíz de un golpe de estado, y entonces esto los hace reír a los dos con el cuento de que nadie les va a creer que haya semejantes coincidencias en un día, en el que, justo, vienen al caso las ideas de un libro y que Laureano le ha regalado; que es lo que le sucede también al autor de estas líneas, cuando repara en el hecho de que, de pronto, su vida espiritual, como por una circunstancia fortuita, en ciertas situaciones tiene algo que ver con su vida histórica, y así, de repente, encuentra documentos, reportajes en la prensa diaria, que le permiten ilustrar su objeto de estudio -como ya antes lo dijo- porque se celebran fechas históricas, y, justo en ese momento, hace la lectura de lo que la voz del yo de las memorias ha contado, relativo a lo que allí sucedió, y de modo que así complementa datos; amplía el contexto, etc. ¿Cómo llamaba André Breton a esta situación? El hablaba de la situación de los vasos comunicantes. Moreno está de acuerdo con la teoría del gobierno de facto, que plantea el autor de la obra, y entonces le arguye:

-¿Pero de dónde emana, a fin de cuentas, la legitimidad? Venezuela ha visto con indiferencia lo que ocurre. Nadie considera que Jóvito e Ignacio la representan. El gobierno sigue siendo para una gran mayoría el coronel Pérez

Jiménez. El resto es cuento; sueño de intelectuales.

-Sí, Miguel, y eso se explica porque, conforme a la teoría germana que comparto, gobierna quien puede gobernar; quien dispone de los atributos del mando.

Su amigo está tan devaluado en aquel palacio, que en este instante pasa por la necesidad de solicitarle a él, que le pregunte a Pérez Jiménez que si desea que asista a los actos que se tienen previstos para el día; se trata de ese tipo de funcionario, a quien se le hace una especie de guerra fría, en el sentido de que no se le dirige la palabra; no se le asignan tareas, y se le mantiene como en una gran expectativa, sin resolverse su caso; funcionario que tiene que llegar a circunstancias como ésa, de solicitarle a alguien que le pregunte a Pérez Jiménez sobre la posibilidad de "retratarse con los chivos"; una situación incómoda para él, según se lo confiesa al propio Laureano, pues a Moreno le parece que hay gente insidiosa en esos lares, a quienes no le quiere ofrecer nada de terreno, de modo que no se aprovechen de las circunstancias. Así se ve que es el escudo de Llovera Páez, cuando dice que no se fijan en él, con relación a ciertos errores que se han cometido, y entonces aquí oberva que en este caso el uniforme ha privado para que el verdadero confidente de la izquierda sea silenciado; pagando Moreno los platos rotos, y en esto entran las razones de las vicisitudes, que se plantean al nivel de la estructura de gobierno, donde hay dos vicepresidencias; lo cual genera competencia, como páginas atrás lo habíamos visto, en ocasión de un diálogo que había sostenido Laureano con Arturo Uslar Pietri; cuando éste le hacía ver que las situaciones de estructura en las cuales hay dos cabezas ejerciendo la vicepresidencia, conducen a enguerrillamientos, pases de factura, zancadillas, y lo que no era extraño que ocurriera en este instante entre Pérez Jiménez y Llovera Páez, y entonces, como decimos en criollo, la soga reventaba por lo más delgado. Salía del escenario Moreno, a pesar de que él no era, como le alegaba a Laureano, el ministro de Relaciones Interiores. Se comparaba con Pérez Jiménez y decía que él también se permitía cosas que a Moreno jamás le podían permitir: asuntos de intriga palaciega. Lo cierto es que para ponerle punto final a la entrevista, le indica a Laureano:

-Antes de marcharme voy a pedirte otro servicio. Deja a Roldán aquí a tu lado o busca un cargo para él. Sin tu protección pasaría hambre. Es un antiguo amigo tuyo.

-Deduzco que tú crees, Miguel, que vengo a reemplazarte. No hay tal cosa. Sospecho por rumores y algunas conversaciones, que tu sucesor es Raúl Soulés Baldó. A mí no se me ha ofrecido nada, absolutamente nada. Lo más probable es que continúe en el banco.

# V

Pero, en verdad, Moreno estaba en lo cierto cuando pensaba que algo grande le esperaba a Laureano, pues al terminar éste, ya desocupado de su amigo, de chequear la situación relativa a los actos que se habrían de realizar; de verificar los salones; aquél, por ejemplo, donde se iba a constituir el nuevo gobierno, y para lo cual nuestro Vallenilla Lanz designaba al propio despacho presidencial. Al terminar éste de chequear esta situación, decíamos, tiene la oportunidad de llamar a Pérez Jiménez para imponerlo de estos procedimientos, y de modo que, una vez transmitido el mensaje, su interlocutor le responde:

-Muy bien. Tome nota. Ratifique el gabinete anterior, con una salvedad a favor de su amigo el doctor Gutiérrez Alfaro, a quien nombrará ministro de Sanidad y Asistencia Social en sustitución del doctor Raúl Soulés Baldó, nuevo secretario de la presidencia. Yo me reservo el ministerio de la Defensa. En cuanto a usted, si quiere, nómbrese ministro de Relaciones Interiores.

Cosa que en el fondo también a Laureano se le ponía, sólo que, como reza el verso del poeta andaluz, la luz del entendimiento lo hacía ser muy comedido; por lo demás, Laureano le da las gracias por aquel nombramiento, y entonces Pérez Jiménez, pensando en ese destino de ambos, le replica que quizás hasta le está echando una vaina:

-Puede ser –es la respuesta de nuestro Vallenilla Lanz-; pero agradecido de todos modos... Oiga, coronel, no se retire. El doctor Miguel Moreno pregunta si debe asistir a la reunión de esta noche.

-Creo que sí, sería conveniente. Hasta luego.

Acto seguido Laureano se entrevista con Moreno, le da el parte oficial con la voluntad de Pérez Jiménez, y así que éste se dispone a marcharse a su casa; sólo que le solicita primero a Laureano que le ahuyente a una cruzada de tipos que lo tienen medido para, cuando salga, propinarle una paliza; siguiendo órdenes de Pedro Estrada y de Ulises Ortega; cosa que la ha sabido a través de una llamada telefónica, y es así como nuestro Vallenilla Lanz se comunica con el famoso jefe de la Seguridad Nacional. Hablan, aquél alega que eso es una calumnia vulgar; que ni Ulises ni él son capaces de semejante cosa, y de manera que queda desautorizado Moreno, al abrigar temores infundados; se alivia la situación, queremos decir, el tercio puede irse tranquilo, por lo que el otro le da las gracias, y mientras ordena a uno de los mensajeros que le diga a su chofer que le prepare el automóvil, aprovecha con la ayuda de Laureano de recoger sus pertenencias.

-Se cierra un ciclo de mi vida, -le dice a su amigo-. Cuatro años he pasado entre este salón y el vecino. El comandante Delgado Chalbaud tenía su escritorio ahí a la izquierda. ¿Te acuerdas? Hice después redecorar la pieza. Era un caballero, Delgado. Conmigo fue deferente, desde un principio; quizás,

sentía que yo le admiraba. Ahora ha llegado mi turno. Comienzo a pertenecer a la historia. Represento yo el pasado, tú el porvenir. Te deseo todo el éxito posible, y que salgas airoso de esta situación.

Entonces se despiden aquellos dos amigos, luego de decirse un par de cosas más, y, una vez marchado Moreno, a nuestro Vallenilla Lanz le queda la impresión que éste no regresará por la noche.

Es cuando se da cuenta de aquel mundo de personas que pulula por todas partes en Miraflores; gente que viene por colocación, como ya lo hemos dicho, y ante la que nuestro Vallenilla Lanz se muestra lo más indiferente, porque sabe cómo son las cosas.

Los minutos transcurren como horas en aquel palacio; al fin se presenta Pérez Jiménez, y, después de un breve saludo, se dirige a uno de los dormitorios, a objeto de cambiarse el uniforme. Es el momento en el cual Laureano aprovecha para finiquitar lo del orden de la ceremonia, y cuyo itinerario, a medida que se lo menciona al otro, lo va aprobando. En el despacho presidencial ya se ha apostado la prensa; allí está el nuevo tren de ministros en pleno, altos oficiales, y sólo es esperada la presencia del gran jefe; quien, entonces, cruza los corredores de "la fea casona de Crespo", escoltado por la casa militar, esto es, por sus edecanes, y, una vez instalado en el trono, comienza la lectura de los documentos que hemos mencionado en varias oportunidades, y se pasa a estampar las firmas, que es necesario poner sobre ellos; Laureano se mantiene vigilante detrás, en un salón que tiene acceso al despacho presidencial a través de una puerta desde donde se contempla toda la ceremonia, porque prefiere mantenerse hasta ese momento en el anonimato; espera que suene su nombre, para ir a poner su rúbrica, cuando entonces se le llame en su calidad de nuevo ministro de Relaciones Interiores, habida cuenta que el tren ministerial debe pasar a firmar también el acta constitutiva del nuevo gobierno, y de modo que, cuando aparece, en quien clava la vista es en Llovera Páez, a quien sustituye, por lo demás, en el cargo, y en Pérez Jiménez; entonces se da cuenta de que ambos lo miran complacidos. ¡Hace un calor en esa sala! De allí pasa a detenerse en la entrada, donde están apostadas otras personas; una de ellas, Luis Felipe Urbaneja, le dice al oído:

-Eres un excelente paracaidista.

Laureano encabeza la lista de los ministros, a continuación firma el resto del cuerpo, y, al finalizar este paso del orden del día, se oyen unas palabras de Pérez Jiménez, que por momentos son interrumpidas por algunos aplausos, y las que no pueden exceder del marco de los diez minutos, teniendo presente el calor sofocante que impera en la sala, causado por el exceso de iluminación, numeroso público, y, encima de eso, abrazos y apretones de mano, que calientan la atmósfera. Finalmente aquello se dispersa, tan pronto el coronel Pérez concluye sus palabras.

De aquí nuestro Vallenilla Lanz se dirige hacia la casa del nuevo presidente, quien ofrece una pequeña recepción, y donde lo espera su señora; pero en la que apenas se mantiene unos minutos, ingiriendo una copa de champaña, cuanto más, y esto porque a Laureano lo domina el sueño. De pronto siente que necesita descansar, sobre todo, porque observa que tiene una responsabilidad muy grande por delante.

¿Qué necesidad hay en un Vallenilla de embadurnarse de poder, habida cuenta de la fuerza que tiene esta familia, desde el punto de vista de su situación económica en el país? Esto es algo que le sacan sus allegados: él no sabe en la aventura en que se ha metido; lo cierto es que desde la noche que llega a su casa, tan pronto abandona el brindis de donde el nuevo presidente, comienza a escuchar esa advertencia de parte de sus allegados; nadie le aprueba haber aceptado aquel nombramiento.

¿Cómo están las cosas al nivel de la situación política? Se habla de acciones de calle, además de que muchos militares están en desacuerdo con Pérez Jiménez. Vallenilla Lanz se toma una sopa de cebollas, que le prepara su cocinero, un señor de nacionalidad italiana, y se larga a dormir.

Al día siguiente, se levanta en horas de la madrugada, envía a Hermes Ruiz a que le consiga la prensa en un kiosco de los Dos Caminos, que a esa hora abre, y es así como observa, de regreso ya su chofer, que el escenario noticioso está tomado por el tema de los acontecimientos de la víspera; como se destaca parte del discurso presidencial, y a medida que avanza la mañana se dirige, en primer lugar, a Miraflores, a objeto de rendir la primera cuenta ante el presidente Pérez, y, luego, al ministerio de Relaciones Interiores, a objeto de posesionarse de su cargo.

Aquí, en el MRI, lo espera Llovera Páez, muy cordial el hombre, a objeto de proceder a formalizar la transmisión de mando; algo muy sencillo, y que consiste en firmar otro libro de actas, y decimos muy cordial el hombre, ya que éste lo recibirá con un espíritu de buen humor, y a medida que le va impartiendo las instrucciones de lo que deberá hacer en su nueva función, le expresa frases, propias del criollo, como esa de que, ante lo que espera deberá apretar el fondillo muy fuerte contra el taburete; un lenguaje figurado que deja decir que deberá tener mucho coraje para enfrentarse a las circunstancias, y las que ya se observan en un par de sobres que reposan sobre el escritorio que, de ahora en adelante, será suyo: uno de los cuales contiene la renuncia del directorio en pleno del Consejo Supremo Electoral, y, el otro, un informe detallado acerca de las acciones que los grupos subversivos piensan tomar durante el desarrollo de la huelga general que está prevista para ese día; es decir, dos situaciones ante las que deberá tener respuesta.

¿Por qué se marcha en esa forma tan cordial Llovera Páez?, ¿acaso ya está cansado, y quiere retirarse a descansar? Laureano no lo cuenta en sus memorias;

lo cierto es que, tan pronto concluye el acto de transmisión de mando, testigos del mismo son los directores del despacho de Relaciones Interiores, quienes hasta ese momento han acompañado a Llovera Páez, nuestro Vallenilla Lanz lo flanquea hasta la entrada, donde está un vehículo oficial esperándolo, a objeto de conducirlo hasta su casa.

Aquel salón, que será su despacho, lo encuentra decorado de un modo sobrio; y lo más curioso allí es la presencia de Delgado Chalbaud, quien está en un retrato en una pequeña mesa. Así hay una alfombra marrón debajo de unos muebles claros; un aire acondicionado; se supone que su escritorio; pocas cosas, en verdad, y lo que le da carácter de sobriedad a aquel ambiente. Entonces Laureano hace venir a uno de los directores del despacho; un amigo suyo, por cierto, conocido durante la época en la cual él vivía en Roma, un Humberto Spinetti Dini, y a quien le ordena convocar a la Radio Nacional, a objeto de que se le prepare un espacio de unos minutos, para las once y media de la mañana, a fin de difundir un mensaje oficial; algo que ya ha consultado con Pérez Jiménez, en el momento en que ha pasado a rendir su cuenta, y que lo trae pendiente.

En realidad, abocarse a resolver el problema planteado por uno de los sobres, como es la renuncia del directorio en pleno de Consejo Supremo Electoral, y en especial, de la del doctor Vicente Grisanti, presidente del cuerpo, es un trabajo duro, teniendo presente que en aquella actitud hay una verdad, que no es posible ocultar, y ¿para qué decirla?; lo cual explica el silencio de este hombre, cuando Laureano decide llamarlo, a objeto de encarar ya el problema, con el fin de que le dé una explicación en torno a su conducta. Una renuncia inesperada; siendo Grisanti una de las personas más animadas para participar en aquel proceso, poco antes de que se llevaran a cabo los comicios, y, en ese sentido, se niega a ofrecerle alguna explicación a Laureano acerca de ese cambio de actitud; sólo atina a decirle que está muy cansado, que se siente mal, y, como el tercio le insiste, entonces le alega que, finalmente, no quiere meterse más en eso, y que ni siquiera se arriesga a salir a la calle. He allí el tenebroso teneno en que se ve metido el todopoderoso; lo que se conoce también como la soledad del príncipe.

El otro elemento, que no está en los sobres, pero que sin embargo también anda en el orden de las prioridades, es el relativo a la alocución que el nuevo ministro de Relaciones Interiores debe dirigir a la ciudadanía por la Radio Nacional, en cadena con el resto de las emisoras del país, y el cual debe estar planteado en los términos más moderados, tomando en cuenta que se trata de un mensaje que va a justificar la situación de facto o el fraude electoral, y para lo cual es necesario tener olfato político, para elogiar un tanto a nuestro Vallenilla Lanz. De modo que tan pronto deja, entonces, de aquel tamaño el problema de la renuncia de Grisanti; decide redactar el texto del

mismo, y el cual, una vez concluido, se lo somete a la consideración de Pérez Jiménez, a quien llama por teléfono, y le lee la cuartilla, como entonces se le dice a lo que sale de una máquina de escribir. Aquél lo aprueba, y he aquí un Laureano que comienza a extrañarse consigo mismo, cuando entonces se ve frente a un micrófono en una sala, donde hay un técnico, boquiabierto, que maneja los aparatos radiofónicos: el único espectador que consigue éste, cuando levanta los ojos del texto, para fijar su atención en otra parte, mientras le salen las palabras, ya que el tercio está clavado en él; no es para menos, se juega el destino nacional.

Entonces Laureano pasa a ocuparse del informe de la huelga pautada para ese día, y la cual arranca con una movilización de personas que se piensan concentrar en El Silencio, después de medio día, y ésta es la razón por la que los agitadores han tratado de persuadir a los comerciantes a que cierren sus puertas a modo de contar con un contingente libre de personas, y con ganas de participar en acontecimientos políticos. Pasa Oscar Tamayo Suárez, comandante de la Guardia Nacional, por su oficina, y ésta es la primera cuenta que recibe Laureano, con relación al acontecimiento: el oficial le reporta al "premier" los datos que hemos expuesto arriba; por lo que ambos acuerdan un acuartelamiento para el cuerpo que comanda, y así que se marcha con esta estrategia, por el momento.

Luego se presenta Pedro Estrada con más detalles: tienen precisado al sujeto que fomenta el cierre de los negocios en el Este de Caracas; un amigo, por cierto, de Laureano, y a quien éste manda a detener sin contemplaciones; aun cuando no han dado con la identidad del otro, el que se ha encargado de regar la bola por el comercio del Centro, y de quien lo único que se sabe es que se moviliza en una moto. Aquí viene un capítulo relativo a una situación que se presenta en el año de 1938, cuando entonces vaca por el mundo un contingente conformado por ochocientos judíos, a quienes no se les da refugio en ninguna parte, y lo cual conmueve a Laureano, en el momento en que llega el buque que los traslada a La Guaira; éste se mueve con el general Elbano Mibelli, aquel de la famosa cicatriz en la cara, gobernador por entonces de Caracas, y lo que es nuestro Vallenilla Lanz, junto con el doctor Aza Sánchez, consiguen que se le dé condición de refugiados a esta gente, y el gesto humanitario va hasta conseguirles trabajo a algunos de ellos. Esto significa que Laureano cuenta, por esta vía, con un arma eficaz, a fin de boicotear dicha huelga; de modo que él puede influir sobre el rabino Meier Shapiro, y sugerirle que por favor le ordene a la colonia a no seguir la línea de los agitadores. El comercio judío abre; por consecuencia, quiebra el paro, y luego son los bancos los que imitarán esta actitud; de forma que la protesta termina en nada: a las cuatro de la tarde el mundo del comercio, en general, transcurre como un día normal, y entonces los cuatro pelagatos, que están apostados en

El Silencio en plan de agitadores, son disueltos y detenidos por la Guardia Nacional, que, en consecuencia, se manda a echar a la calle. Aquello son dos llamadas que hace Laureano: al rabino y al comandante Tamayo Suárez, cuando Pedro Estrada se ha comunicado con él, y le ha dicho que con la policía no es suficiente para disolver el grupo de agitadores que se aglomera en El Silencio, y de manera que la Guardia Nacional en la calle ha puesto las cosas en su lugar, y así se ha controlado la situación. Las manifestaciones en Caracas son como los aguaceros que se descargan de vez en cuando sobre la misma, pues paralizan, por completo, el tránsito; una hora la ciudad detenida, mientras se sofoca la protesta, y entonces al término de un tiempo, todo vuelve a la normalidad; el país se cala, esto es, se traga el nuevo orden de situaciones con una cierta actitud pusilánime; nadie dice nada; la vida continúa, y al matarse la culebra en Caracas el resto del país se acoge a la circunstancia; dato que le permite a nuestro Vallenilla Lanz adentrarse en la casa de gobierno, donde está Pérez Jiménez, a fin de reportarle a éste, convencido del papel que se ha arrogado ejecutar, que el golpe de Estado se ha efectuado sin víctimas:

-¿No se alzó nadie entonces?- Le pregunta su jefe.

-No, coronel, nadie. Pero no podemos cantar victoria todavía. Los golpes de fuerza tienen a veces repercusiones imprevisibles. Hace un siglo en París todo parecía marchar muy bien. De repente, el 4 de diciembre comenzaron los líos. Hubo muertos... Habrá que mantenerse vigilantes.

Pérez Jiménez está efusivo, según lo encuentra nuestro Vallenilla Lanz; pues, de acuerdo a lo que le refiere, acaba de sostener un diálogo con un ex canciller, amigo suyo, quien le ha tratado de infundir temores con relación al reconocimiento de su gobierno por parte de otros países, y así fresca está en su mente la frase que le ha respondido, y la cual se la repite a éste:

-No es el caso. Este es el mismo régimen. El Ejecutivo dejó de ser colegiado, para volverse unipersonal.

En estas páginas siempre se ha manejado la tesis de que el ministerio de la Defensa era el punto neurálgico de la estructura del poder en Venezuela, y ahora observamos que Pérez Jiménez, ni corto ni perezoso, se lo reserva para él; pero, además, hay otra característica en esta oportunidad, y es que, como lo observa el susodicho, en este diálogo que sostiene con Laureano, el Ejecutivo deja de ser colegiado para transformarse en unipersonal. He allí el justificativo que él ofrece a la hora de revisar el problema de las relaciones con los EEUU, y con el resto del mundo: el régimen es el mismo; sólo que ahora no está ni la figura impredecible de un Llovera Páez -el hombre que le podía ladrar en la cueva en aquella junta- ni la figura de un Suárez Flamerich, con quien Pérez Jiménez hacía lo que le daba la gana, y sujetos que, en verdad, no eran nadie para la embajada de los Estados Unidos y para el resto de las misiones diplomáticas acreditadas en el país.

Laureano regresa al ministerio. La calle luce tranquila; repetimos, nada ha pasado en este país de la sumisión; a pesar de que truena al nivel del poder lo que hemos denominado un golpe en seco; camina un señor obeso hacia la plaza Bolívar; camina aquél, camina éste: desentendidos, en su conjunto, de ese hecho, y entonces allá en el cielo despunta un crepúsculo rosado que se refleja sobre la cúpula de la Catedral, y la que aún sobresale en aquella ciudad de techos bajos, como matizando aquel cuadro "patriótico" que percibe Laureano a la redonda. El ministerio de Relaciones Interiores funciona todavía desde el palacio federal; una obra que fue construida por Antonio Guzmán Blanco en el siglo XIX, y con el fin de asentar allí al poder ejecutivo, al judicial y al legislativo; cosa que se prestaba para la época, teniendo presente que el país del "Ilustre Americano", como se hacía llamar aquél, era diminuto, y entonces todas las cosas funcionaban en pequeño. Lo cierto es que hacia su oficina, situada en este palacio, se dirige Laureano aquel atardecer crepuscular, y en su despacho se consigue con un par de funcionarios, a quienes los mueven asuntos de papeleo público, y quienes con la misma se van, y entonces viene a quedar éste con un nuevo yo que le habla extrañado al verse con tan alta investidura:

-Raro el destino mío. He llegado al primer ministerio de la República y solo, casi solo, he tomado posesión. No pertenezco ni he pertenecido a partidos políticos. No tengo hermano militar ni parientes que hayan ayudado a encumbrarme. La carga es pesada. La circunstancia de pertenecer a familia muy ilustre es un inconveniente en la Venezuela de hoy. Los de mi categoría social quieren ver sentado a un oscuro doctor de provincia, que ellos pueden deslumbrar con una comida, y arrancarle luego un contrato o cualquiera de los favores que el poder dispensa.

Enemigo de los adecos; enemigo de los comunistas; Laureano era una entidad propia; quizá por su prestigio intelectual, y porque estaba en el lugar apropiado y a la hora apropiada; aparte de que no tenía lazos tampoco con los andinos; pues no se olvide que un grueso porcentaje de la composición de las Fuerzas Armadas es andina, y entonces éste ve por aquí un terreno muy fangoso; habida cuenta que a él lo asalta el prejuicio de que, en el fondo, está pisando un terreno ajeno, pues ocupa una posición que está reservada para esa gente desde la invasión de Cipriano Castro en 1899, según su propio parecer; una audacia muy grande aquella la suya; por lo que se siente necesitado de inteligencia, capacidad y astucia para poder sobrevivir. El fantasma de Delgado Chalbaud, que siempre lo persigue, ahora imagina que se desprende de la fotografía, y le dice con voz apagada:

-Ojalá salgas vivo de este atolladero.

La jornada suya en aquel despacho se extiende ese día hasta el anochecer, cuando entonces Laureano le da órdenes a Hermes Ruiz que lo conduzca

hasta su casa. He aquí una sorpresa: al llegar a los alrededores de La Muda, se consigue con que éstos están abarrotados de carros, lo que supone la realización de una fiesta o de un velorio, como se lo comunica su chofer, y, en efecto, se trata de lo primero; sólo que el famoso sarao se da en su residencia, y he aquí que se encuentra que para allí se han dado cita sujetos amigos suyos que se han presentado para felicitarlo; pero como también entiende que allí hay mucho "arrocero", y que, por lo demás, el pobre Manuel, el criado español suyo, no se da abasto ante tanta repartidera, pues a él solo le ha correspondido despachar whisky y champaña por órdenes de la mujer de su patrón; presionada por aquel gentío que ha comenzado a hacerse presente desde las seis de la tarde allí, de acuerdo a lo que le informa ella a Laureano, cuando entonces tienen la oportunidad de hablar. Así le llueven las felicitaciones a él. Esta gente, justo, ha venido a celebrar algo muy patriótico; ha venido a celebrar que Venezuela se ha salvado del desastre, del caos, como le dice más de uno al dueño de la casa. Entre los coleados, nota Laureano que se encuentra hasta un vendedor de billetes de loterías, que se aposta casi todos los días en la puerta del Banco Industrial de Venezuela, y quien se muestra obsequioso con Laureano:

-Aquí le traje un billete entero. Cójalo, doctor. Estoy seguro de que va a salir premiado.

-Déjalo quieto, chico -observa un trigueño de bigotes, cuyo nombre Laureano ignora-, si él ya se sacó el gordo.

La parranda se prolonga durante varias horas; nuestro Vallenilla Lanz logra comer algo escondido en la cocina, y entonces se larga a dormir; molido de cansancio.

El poder obnubila. Aquel hombre ya a las seis de la mañana está en pie, y entonces se dispone a ir donde Pérez Jiménez, que aún pernocta en el ministerio de la Defensa. Al llegar, el sujeto está en plan de vestirse, y como hay confianza entre ambos, Laureano lo acompaña en este instante; mientras le refiere lo de la invasión a su casa: hasta la medianoche; sujetos casi desconocidos; etc.

Pérez Jiménez, por su parte, a manera de reporte le habla de lo de un intento de toma del cuartel de La Planta por un grupo de hombres armados, y quienes contaban con la complicidad interior; pero algo falló en aquel plan demasiado riesgoso, que vino a ser frustrado, y lo que le plantea Pérez Jiménez a Laureano es que el caso amerita una averiguación.

Este se dirige a su despacho, a continuación, y he aquí que se va a encontrar ese primer día de trabajo con algo que tiene que ver con su remoto pasado, cuando era un crío, y entonces el chofer de su casa lo llevaba al Capitolio; había un sirviente, que era testigo de aquella circunstancia, un sirviente que todavía andaba por allí, a quien le correspondía servirle café ahora, como alguna vez se lo sirvió a su tío Pedro Melchor Centeno Gräu, y de modo que

"quién iba a pensar –le decía en la oportunidad el viejo- que aquel muchachito, a quien yo espantaba, junto al gordo Brant, porque se querían llevar los peces de la pila del Capitolio y sacar las plantas barbudas, que mandó a poner el general Alcántara; lo iba a ver sentado ahí".

¿Hemos hablado de un Llovera Páez que salía de escena -claro, con menos dolor- y a quien Laureano venía a sustituir? Por la vía de Gregorio Rivas Otero, uno de los directores del MRI, se entera de que el susodicho tiene entre sus planes más inmediatos emprender un viaje de placer, y se lleva al amigo para que lo acompañe, y esto viene al caso, a propósito de la renuncia que el susodicho le pone; de forma que así se informa que, entre otras cosas, van con la idea de pasar una temporada en Hawai.

En ese sentido, se observa la calidad de funcionario que es Laureano al hacerle ver a Pérez Jiménez, con motivo de aquella plaza que se desocupa, que a él no lo asalta para nada la tentación del nepotismo; lo que significa que no quiere poner a ningún pariente allí, y que, en su defecto, piensa seleccionar al candidato a través de una convocatoria pública.

Entonces han bajado al litoral ambos señores con el fin de buscar la tranquilidad de la casa de Laureano en El Palmar, a modo de hablar ciertas cosas, y de aquí que sale a relucir el caso del doctor Gregorio Rivas Otero, el funcionario renunciante en cuestión, junto con otros temas, y entre ellos el principal, que vendría a ser el relativo al proceso de centralización regional que está en la mente de Laureano, a propósito de su cargo que tiene que ver con todo lo que sea provincia.

Se habla, en ese sentido, de un proceso de centralización, porque a través de las propias palabras de Laureano se puede observar que hasta ese momento en el país, por las condiciones de su desarrollo nacional, en lo que se refiere a vías de comunicación -condiciones precarias- ha imperado una suerte de federalismo, que ha provocado el aislamiento de las regiones; coadyuvado dicho sistema por un régimen de caciques locales, y de aquí que Laureano le hablara de comenzar a ponerle la vista a cada una de las entidades; sobre todo, ejercer un control directo sobre la administración de los gobernadores, al nivel de la inversión de cada uno de ellos; de forma que detrás de la intención de Laureano, no había sino un castigo al populismo que pudiera desplegar cada uno de los mandatarios regionales en sus programas de gobierno. Ahora la situación era otra, le hacía ver éste al jefe: "Autopistas, carreteras, aviones y automóviles exigen la intervención del Ejecutivo Nacional y su consejo civilizador y progresista".

-Además –añadía-, pienso que el gobernador del inmediato futuro será universitario; un hombre culto que acatará las decisiones de orden técnico. No es concebible que el cambio de un mandatario regional implique también el de los programas administrativos. Lo que se ha proyectado para determinada

entidad debe continuarse, sea quien fuere su gobernante.

Entre esta gente se maneja la expresión "adequismo", y la que es sinónimo de empiria e improvisación; de forma que el jefe Pérez no sólo le aprueba este razonamiento, sino, además, le habla que, en consecuencia, su efecto contrario, esto es, el antiadequismo de su respectivo grupo no ha de quedarse en la mera palabrería, y esto significa para ellos que toda acción de gobierno, que se ha de ejecutar debe ser primero estudiada y calculada.

Allí está, sin embargo, en el diálogo, el fantasma de la sangre que ha corrido, como consecuencia del mantenimiento de la estabilidad del régimen, como nombrar la soga en la casa del ahorcado; habida cuenta que ambos están de acuerdo en el hecho de que la meta de su respectiva política debe ser la constitución de un régimen autoritario y no de opresión: "nuestra fuerza se derivará de la eficiencia y no del temor", y entonces aquí se asoma la posibilidad de clausurar los penales de Guasina y Sacupana, lo que se traduciría en una especie de amnistía general; pues a estos gobernantes les parece que, si bien han vencido a los enemigos, ahora les toca el convencerlos.

Hay una condición que le pone Pérez Jiménez a Laureano, con motivo de su nombramiento como "premier" del gabinete; le habla de la necesidad que tiene de conservar para sí el control de la seguridad del país; lo que implica que Pedro Estrada, el jefe de la Seguridad Nacional, le va a seguir reportando a él el primer parte policial que se le presenta al ministro de Relaciones Interiores, como tradicionalmente se hace; de modo que éste, luego, lo imponga al presidente del mismo, y ésta es una de las razones por las cuales Pérez Jiménez se alza con el ministerio de la Defensa; habida cuenta de que desde su llegada al mismo, a quien se le presenta este reporte era a él, y no a Llovera Páez; cosa que de hecho ya ha alterado las reglas del juego en esas circunstancias; aunque no se crea que de allí va a salir Pérez Jiménez a imponer a Suárez Flamerich; a Pérez Jiménez se le impone directamente, y esto en razón del significado que tiene cada uno de los miembros de la junta, y en donde, como se ha hecho ver hasta la saciedad, él es el único que tiene importancia.

Por lo demás, a Laureano aquello le resultaba embarazoso, en virtud de que se trataba de un hombre de una personalidad que no estaba preparada para relacionarse con asuntos de sangre, con pesquisas policiales, y de forma que nada le costaba con admitir aquella condición; sólo que entonces le aconsejaba a Pérez Jiménez consultarlo ante cualquier hecho que tuviera que ver con sus funciones; no sólo para no sentir que estaba en el MRI como un monigote, sino además, porque él se jactaba, como su padre, de conocer a todos los hombres de Venezuela, de forma que él sabía por dónde venía cada cual.

-En este momento –le asentía a Pérez Jiménez-, y sin necesidad de hablar con ellos sé lo que opinan privadamente numerosos compatriotas suyos sobre el drama o sainete que usted y yo estamos representando en esta asoleada

sala de espectáculos que es Venezuela. Podríamos declarar como Crispín en *Los Intereses Creados*: "¡He aquí el tinglado de la antigua farsa!" Por lo demás, espero de todo corazón que sea un sainete. Detesto el drama.

La psicología de esta gente nos ha hecho ver, como lo hemos notado en varias oportunidades, que para ellos la vida tiene un carácter de sorteo, y no sólo esto se observa en expresiones como esta que acabamos de citar, de un supuesto sainete que se representa en la vida política del país, y el cual alguna vez habrá de finalizar en tanto que ficción, sino también en los más variados diálogos que sostiene nuestro Vallenilla Lanz, y en donde parece como si hubiera una dosis de cinismo -o es lo que parece a un oído como el nuestro- habida cuenta del trecho de vida democrática que nos hemos acostumbrado a contemplar durante los cuarenta últimos años; pues en una visita que le hace a Laureano uno de sus amigos, Luis Alberto Pocaterra, a su casa, como parte de un desfile de gente que pasa desde el 4 de diciembre por La Muda, en plan de congratulación, y a propósito de la objeción que le hace éste con respecto a la maniobra protagonizada por el gobierno de desconocer el resultado de las elecciones, Laureano le responde que eso no le preocupa a él, pues el valor del voto, a su juicio, en Venezuela no depende sino del engaño, la mentira, la calumnia o la coacción. "Cada bando apela a los medios de que dispone". Los demagogos al sufragio. Los otros a las armas para imponer su voluntad, y por eso le parece a nuestro Vallenilla Lanz que en los dos casos el origen del poder es espúreo. Entonces asoma lo que siempre ha justificado su conciencia "cesarista", cuando señala que lo importante es la eficiencia de la obra de gobierno para poner a marchar a un pueblo.

-No temo –dice- a lo que se nos atribuya, sino el uso que vamos a hacer del mando supremo. Si durante el próximo quinquenio aceleramos el proceso de transformar a Venezuela, y si al mismo tiempo creamos riquezas y elevamos los niveles de vida, bendito sea el golpecito del 2 de diciembre. Las generaciones venideras nos aplaudirán. Vendrá una reacción, claro está; a nuestra caída, nos enviarán al destierro, si salimos con vida. Personalmente, espero eso y mucho más; pero al cabo de cierto tiempo, si imperan de nuevo los ineptos en el país, la nación derrocará a los líderes de los partidos en un incontenible movimiento de furor y desesperación.

El cinismo de Laureano se basaba en el hecho de que había un pueblo malagradecido, a quien se le encaminaba por la senda del progreso, y, sin embargo, pagaba con ingratitud. Esta superioridad, en la cual él deliraba, era lo que lo llevaba a ver la vida como un sorteo, y a que el mundo se fijase en él como un hombre que no estaba para ocupar aquel cargo que se había empeñado en asumir. Ellos jugaban a una suerte de ruleta rusa; tras la cual vendría a aparecer el tiro fulminante, y lo que era sortearle a la vida, en los términos en los cuales Pascal decía que había que sortear la existencia de Dios; sólo

que aquí la psicología del personaje estaba puesta en función de una deidad más terrenal, la deidad del poder; en función del dios Leviatán, para decirlo en términos hobbesianos, y así cada uno de ellos jugaba a transformarse en esclavo de la noche a la mañana; partiendo de la lógica del amo y el esclavo. No se pase por alto que la teoría de Hobbes concibe al Estado como un dios monstruoso que lo controla todo, y así habla de un Leviatán, y que el famoso filósofo inglés toma del poema bíblico de Job. En esta oportunidad ellos jugaban a la condición leviatanesca. No sin razón hemos dicho que Laureano se jactaba, como su padre, de conocer a Venezuela por sus hombres y por sus ideas. Obsérvese esta conjetura, que se nos presenta en la oportunidad de deducir, partiendo de estos dos filósofos, que hemos citado, el hecho de que mientras para uno, Pascal, Dios dejaba de ser aquel juez del hombre que lo estaba midiendo desde todas partes; Hobbes resucitaba ese Dios vigilante ahora en su famoso Leviatán, y quien tenía sus ojos puestos sobre su sociedad desde la altura del poder, y es esto lo que conocemos como espíritu leviatanesco: espíritu policial, como hemos dicho en otra oportunidad; por contraposición al espíritu libertino, y lo señalábamos, permítasenos decirlo, en virtud de que mirábamos esta conciencia vigilante como una constante histórica en la sociedad nuestra, y la cual tendía a ser rebaño de cierto Minotauro, que sabía por donde venía fulano y zutano, porque se interesaba por la vida de todos los venezolanos, y así era chismoso y entrometido, y se valía de toda una red de sujetos que se espiaban los unos a los otros; cosa que nos viene a los criollos por nuestro yo mantuano, que entonces no ve el mundo sino en función de la lógica del amo y del esclavo. En aquella conciencia de Laureano no había términos medios; no había la disposición de abrir un proceso democrático, y plantearse la posibilidad de que otra clase dirigente los desplazara a ellos; quienes, a continuación, se acogerían a un estado de paz perpetua, en una dinámica política de competencia con el concurso de diversas organizaciones partidistas, sino que lo de él era perder o ganar, y así había un Laureano trágico allí; un Laureano que se veía más bien devorado por aquellas huestes de venezolanos insatisfechos que le pedían más a su Minotauro, después de haberles dejado una obra de gobierno magnificente, y quien terminaba por volar al extranjero. Trágico el pensamiento de nuestro Vallenilla Lanz, en el sentido, de que él veía acaecer su muerte en territorio extranjero, y, entonces, como diría el Libertador, él había arado en el mar con respecto a su país. Pero esta visión de mundo sorteadora, inevitablemente, se regía por la dialéctica del arcano de la Justicia; lo que en otros términos se expresa como el sentarse en la puerta de la casa de uno, para ver pasar algún día por la calle el cadáver del enemigo: la dialéctica del luego vendrá, el capítulo que siguiera, y lo cual era un alivio para el alma del derrotado, ya que se trataba de su venganza; así ésta se viera consumada después de acaecida su muerte: "Luego

de los charlatanes encumbrados por el voto –le afirmaba en aquella oportunidad a Pocaterra-, y quienes, del mismo modo, serán víctimas de la hambreada multitud; surgirá una especie de tecnocracia; vendrá una sociedad de científicos, al estilo del Gosplan soviético... Yo habré muerto entonces, quizás en tierra ajena, pero a mi tumba llegará el fresco soplo del desquite".

-Nuestros compatriotas aprenderán definitivamente la lección. Un cabal ejercicio del poder requiere dirigentes cultos, universitarios expertos. Yo llamo usurpación a la llegada de un ignorante a la primera magistratura; así esté ungido por el voto o la fuerza de las armas. Delgado Chalbaud no fue un usurpador. Tenía condiciones para gobernarnos dignamente.

## VI

Los días domingo Laureano se dirige casa de sus suegros en Los Chorros, para disfrutar del tradicional almuerzo, que siempre se ha hecho en la quinta Elena, y en el que también caen muchos amigos del doctor Bueno, y aquí la atracción de todos es el dominó; aunque, como ya lo hemos visto, Laureano no participa de esta diversión; se sirve su vaso de whisky con soda, y se aparta, y en eso está un cierto domingo, cuando es solicitado, según le reporta uno de los sirvientes, en la puerta: se trata nada más y nada menos que de sus primos Mariano y Carlos Ignacio Arcaya, que vienen en busca de protección, teniendo presente que la Seguridad Nacional anda tras su pista, y la protección, en este caso, que ellos solicitan ante Laureano, es que éste se movilice donde Pérez Jiménez, y le pida alguna gracia para ellos.

¿Qué han hecho estos primos díscolos? Pérez Jiménez no tiene muy buenos reportes de los tercios. Al momento de Laureano plantearle el asunto, el jefe le esgrime:

-Sus primos, los Arcaya, la han dado por sembrar rumores y crear alarma en la ciudad. Mariano se pasó al otro bando el primero de diciembre, tan pronto circuló la noticia del triunfo de URD. A su hermano Carlos Ignacio no lo conozco. Me cuentan que es socio del bufete del líder urredeco. De allí su entusiasmo inicial, y la decepción que experimenta actualmente. Ellos no me preocupan. No representan nada; pero temo que su actitud sea un mal ejemplo para otros. No faltará quien diga: "Si se voltearon los Arcaya, así estará esta gente de caída". Por eso ordené convocarlos a la Seguridad Nacional, y detenerlos durante algunos días, mientras se calman.

Laureano está allí para tratar de sacarle las patas del barro a aquellos dos primos suyos, y de modo que en su rogativa aquél se transa por un par de semanas en el extranjero, y que deben pasar Mariano y Carlos Ignacio, de modo que no queden detenidos: única factura que se les pasará por el momento.

A ese respecto, los Arcaya se sienten satisfechos. Aceptan gustosos el cambalache que se les propone -no faltaba más- y, en especial, cuando se tienen recursos como para permanecer por un par de semanas en Nueva York. Ambos se retiran gustosos para sus respectivas casas, tan pronto Laureano les comunica lo del resultado de aquella gestión, y así es que al día siguiente los Arcaya le responden a éste haciéndose presente en el aeropuerto, con sus respectivas maletas, para tomar un avión que los llevará a Curaçao.

Lo demás es una vergüenza la que pasa Laureano con el comportamiento de estos primos que se vuelven más díscolos de lo que son, de pronto, y así es que se vienen en improperios contra él, una vez que se ven en Maiquetía en esas condiciones, y que se los mandan a decir a nuestro Vallenilla Lanz por intermedio de una prima de ellos, que los va a despedir al aeropuerto; pero eso no es tanto, como lo otro, y es que Carlos Ignacio al llegar a Curaçao llama a su esposa, y le pregunta:

-¿Cómo está el loco de Pérez Jiménez?

Cosa que es grabada, en razón de que el teléfono de su casa se encuentra intervenido, y ya que Pérez Jiménez es susceptible e inquisitivo, entonces manda a llamar a Laureano para reportarle tal situación, e indignado le esgrime:

-Ya ve usted lo que son esos primos suyos.

La cosa no termina allí; entonces le viene la descarga de la madre de esta gente, de la señora María Teresa Urrutia Vallenilla de Arcaya, que le hace una guerra de intrigas entre familiares y amigos; una guerra venenosa, y en la que entran hasta los propios progenitores de éste, a quienes también entromete en su descarga, y así viene al caso que la madre de Laureano estaba loca, y no deja de hablar de esta circunstancia; cosa que entonces lo mueve a éste a sacar asuntos de sangre, ya que doña María Teresa viene con el cuento de que los Planchart tienen taras de ascendientes negros en la de ellos; prejuicios heredados de la conciencia tomista de los mantuanos; que los Planchart nada pueden decir ante los Arcaya, que son arios, como lo revela a gritos su distinguido porte; cosa que observa Laureano con una cierta ironía cuando le llega a sus oídos; a pesar de que cae en el terreno de su tía, cuando sale en defensa del abolengo de los Planchart, alegando que éstos son de cepa catalana; una familia que se estableció en el Oriente de la República, y que se caracterizó por ser ilustre y trabajadora, piensa un tanto resignado: "Mi abuelo y mi tío eran rubios, de ojos azules. Si me diese por semejante manía podría enseñar sus retratos".

Y hasta la señora Arcaya llega a escribirle unas cartas insultantes a Laureano; todo lo cual lo lleva a hablar con la hermana de ella, la señora Carlota Urrutia Vallenilla de Centeno Graü, quien, por lo demás, queda sorprendida por la reacción de su hermana, y es cuando éste le dice:

-Siempre tuve la impresión de que María Teresa buscaba un pretexto para

demostrarme su animadversión. Ahora lo tiene. Su odio por mí es inexplicable, pero antiguo. De su esposo, en cambio, recibí en todo momento la impresión contraria. Ella ha cometido el error de creer que la erudición se transmite de marido a mujer, y que basta llevar el apellido Vallenilla, aún sea en segundo lugar. Conozco a muchos Vallenilla brutos. Fíjate en Pedro Vallenilla Echevería.

Este capítulo pudiera estar dedicado a los Arcaya; así Laureano se enfrenta con otro de estos hermanos, Ignacio Luis, quien pasa con una cierta frecuencia por el ministerio; un hombre muy ligado a Jóvito Villalba, y el que viene en plan de pelearle cosas también a nuestro Vallenilla Lanz, aprovechándose de la circunstancia de la familiaridad. Este tiene mucho que perder, y hasta la propia presidencia de la República, pues una componenda política de última hora lo puede colocar a Ignacio Luis en la primera magistratura, en razón de su cercanía con el líder de URD, que sigue reclamando el asunto de las elecciones por medio de personas interpuestas, como sería el caso suyo en esta oportunidad; gente que no se le quita de la cabeza que ha salido victoriosa en la contienda electoral, y no se resigna a nada; por lo que el hombre llega con chantajes donde Laureano: lo que está en la mente de éste, y que nosotros hemos escrutado en varias oportunidades, en torno a lo que son los temores suyos; esto se lo trae a colación Ignacio Luis, le dice lo de los saqueos a su casa, lo del destierro del país: "Ni tu hijita podrá volver a Venezuela".

Dejándonos llevar por nuestras reflexiones históricas, hechas al margen de la biografía de nuestro Vallenilla Lanz; permitiéndonos escrutar su pensamiento, podríamos decir que a través de él se observa que detrás del autoritarismo no está sino el espíritu de secta, cosa que hasta conmueve en Laureano, cuando se le oye expresar, en respuesta a su primo, afirmaciones como que a los venezolanos no se les puede dejar siendo gobernados por Jóvito Villalba; un sujeto que implica desgracias, atraso y miseria para la patria; que el único llamado a gobernar el país por el momento es su grupo; por lo que en su voluntad está el impedir que ellos lleguen al poder a toda costa, sin miedo a las consecuencias. Algo así como si, de pronto, las circunstancias del país han permitido el surgimiento de una clase gobernante que está llamada a llevar a cabo la gran transformación de nuestro medio, porque es la única que posee el monopolio del saber, y así que produce hasta dolor, metiendo la mano en este asunto, oír decir a un compatriota nuestro que a los venezolanos no se les puede dejar solos, porque son como niños, digamos, un poco exageradamente.

Laureano se lo harta en estas oportunidades, repetimos, en que Ignacio Luis Arcaya lo visita en su oficina, y en donde, como lo observa éste, su primo pasa de una actitud arrogante e intransigente a una de rara y sospechosa mansedumbre:

-También tengo honra de ser hijo de mi padre –le asienta nuestro Vallenilla Lanz-. Me siento orgulloso de su talento, de su cultura, de sus proféticos conceptos sobre nuestra vida republicana. Jamás he renegado de él. Al contrario, llevo su nombre y apellidos completos para que no haya duda. En todo momento he defendido su memoria del avieso ataque de los mediocres. A ti, en cambio, te pesa el apellido; te duele el gomecismo, y por eso has mudado la tienda para el campo de los demagogos y de los charlatanes, olvidando una verdad elemental que fue el doctor Pedro Manuel Arcaya, procurador general de la nación, ministro de Relaciones Interiores y embajador del general Juan Vicente Gómez, quien ha dado lustres al apellido que llevas; lo demás es cuento.

Aquél ni corto ni perezoso le responde:

-Piénsalo bien. No te expongas sin necesidad. Resuélvele el problema a Jóvito. Todavía es tiempo de salvar la democracia.

Poco después Laureano comienza sus contactos con las fuerzas opositoras; primer acto civilista de aquel gobierno. Inicia el proceso con Rafael Caldera, quien le habla de la posición que va a asumir Copei ante el hecho político del momento, como es la instalación de la Asamblea Constituyente: el partido no participará en la misma; el joven líder de la democracia cristiana es un hombre demasiado avisado para admitir un fraude electoral; aun cuando le promete al flamante ministro que, de su parte, tiene la garantía que su gente no propiciará disturbios de tipo político; pues los copeyanos son gente seria, apegadas al orden, y que, en ese sentido, no les harán el juego a los adecos y a los comunistas.

El segundo contacto ya le dejará un mal sabor a Laureano, puesto que se trata de la persona de Jóvito Villalba, y esto en razón de que para la entrevista se le prepara un secuestro al hombre, y a continuación se le echará del país en un avión que saldrá hacia Panamá, y esto porque a esa altura Villalba ya se ha transformado en el hombre problema, bajo la mirada de Pérez Jiménez, quien le ha seguido los pasos, y así ha descubierto que el tercio le susurra en el oído a los militares. Entonces el secuestro se trama para cuando el líder urredista salga de la oficina de Laureano.

A éste le parece una situación inelegante, sobre todo, por el gesto del gobierno; pero mucho más inelegante aún resulta que Laureano se enfrasque en una discusión con Villalba, como si no estuviera enterado del asunto, cuando lo tiene al frente; representando más bien un teatro, una discusión que la hubiera despachado en un dos por tres; cosa que no nos incumbe, sin embargo, tomando en cuenta, además, que Laureano ante este trance tiene que representar la parte dura del asunto, y de modo que por esta vía él quiere repartir culpas. Una reunión larga, hemos dicho; al término de la cual, en efecto, es detenido el líder urredista, junto a otros dirigentes de su partido; sujetos que no ofrecen mayor resistencia cuando le caen encima los funcionarios

de la Seguridad Nacional, y de modo que esta gente es puesta de patitas en el extranjero, y a continuación viene un comunicado que se publica por la prensa, firmado por Laureano, y en el que se señala que el doctor "Jóvito Villalba ha sido invitado a ausentarse temporalmente del país, etc."

Aquí habría que recordar de nuevo aquella especie que se propagó en este instante por todo el país, en el sentido de que se decía que Villalba había vendido las elecciones; el gobierno, en el fondo, les giraba un dinero a cada uno de los exiliados, y así que esto vino a calar muy hondo en el alma del pueblo, a tal punto, se repite, que aún en la vejez se hablaba de que Villalba había recibido un portafolio cargado de billetes.

Ya hemos dicho que no hay peor humillación en la política venezolana que desarmar a alguien que se ha levantado para guerrear, y mandarle a decir que él está libre, en lugar de encarcelarlo; lo que significa, que no representa peligro alguno. Algo parecido a eso sucede con Ignacio Luis Arcaya y con Mario Briceño Iragorri, quienes con una gran alharaca se asilan: el primero, en la embajada del Nuncio Apostólico; el segundo, en la embajada del Brasil; como para subrayar el respectivo papel de cada uno en la política venezolana; y lo duro de esta circunstancia era que el gobierno les mandaba a decir que para ellos no había condición de asilo, ya que en el país nadie les perseguía; que ambos no le hacían daño a nadie; que no implicaban riesgo alguno para el régimen; ya se sabía que don Mario era un asiduo visitante de la casa Venezolano-Soviética, y, sin embargo, nunca se le aprehendía: "Podía estar tranquilo –sentenciaba Laureano con su lenguaje literario- en la Plaza Bolívar con su grueso bastón, sus gafas y su sombrero diplomático, presidiendo tertulias".

Llega la navidad del año 52; el país, aparentemente, está en calma, y mucho más con una pieza menos en aquel tablero de ajedrez, que son las circunstancias por las que se atraviesan; habida cuenta de la expulsión de Villalba y de los suyos, y entonces aquí se pudiera volver a evocar la imagen de aquel país abúlico, que seguía siendo el mismo desde la época de Juan Vicente Gómez, y el que se emborrachaba y fiestaba para recibir otro año más de sumisión política, digamos en términos patrióticos, ya que hemos invocado tal concepto páginas atrás; y entonces Venezuela se acogía a una solemne fiesta, que era la única posibilidad de evadir esa realidad dura que se expresaba por intermedio de un gobierno torpe y atroz.

En esos días, Laureano se ve precisado a visitar a Isaías Medina Angarita, a quien se le agrava la enfermedad, y así se dirige a su casa:

-¿Qué hace el ministro de Relaciones Interiores en el lecho de este enfermo?, le pregunta a nuestro Vallenilla Lanz, al tiempo que le tiende la mano.

El ex mandatario está preocupado por el destino de Venezuela; está preocupado por la cuestión de Villalba y de las elecciones. El hombre aún conserva lucidez. Aún está para sufrir por su país, a pesar de que ya pertenece al

territorio de la muerte; ya su alma está ganada para el otro mundo, según le dice el sentido común a Laureano, y lo que es corroborado con los informes médicos que se dan sobre su caso; y uno de los mismos galenos, que está por allí, al momento de Laureano presentarse, le dice a éste que es muy difícil que el general se recupere.

Es el momento en el cual nuestro Vallenilla Lanz lucha cuesta arriba para hacer realidad una quimera, como es la instalación de la Asamblea Constituyente, y entonces esto consiste en tratar de tocar a los suplentes de los diputados que han salido electos, y quienes han renunciado a la curul, de acuerdo a la línea de los partidos del espectro de la política venezolana. Entonces hay un trabajo de soborno que se lleva a cabo entre esta gente; sin embargo, se le teme mucho al mundo; se le teme al gobierno: a sus cámaras de tortura, a su despiadada crueldad; se le teme a la oposición, que se vale de la guerra de la intriga, y así hay amenazas de muerte para quien desoiga su línea; no sin razón los diputados principales han renunciado a tan alto privilegio.

La labor en el ministerio consume demasiado tiempo, y por la posición que ocupa, Laureano se transforma en el hombre-consulta del gobierno; la persona que lleva un enjambre de tipos detrás; pedigüeños las más de las veces; gente que quiere que le concedan la plaza de una embajada; así el despacho suyo vive lleno de sujetos haciendo antesala; gente que quiere que la promuevan para tal cargo; aquel tipo de pedigüeño, además, es malcriado, y forma peos porque no se le atiende rápido, y hay personas que se toman la libertad de hacerle también antesala en su casa; no es extraño que casi todas las noches, nuestro Vallenilla Lanz consiga un reducto; una señora, por ejemplo, que no encuentra como tener acceso a él en el ministerio, y le viene a solicitar determinado beneficio. Lo más cómico es el caso de un sacerdote, amigo suyo, quien en una visita que le hace a La Muda le dice:

-Anoche vi en sueños a la Virgen del Valle. Me dijo clarito: "Laureano te va hacer obispo", y, tú sabes, la Virgen del Valle no se equivoca.

Eso, sin contar que hay quien llama a medianoche para que le resuelvan un problema, cuando entonces una persona ha tenido un incidente, y ha quedado enredada con la policía; de modo que por intermedio del ministro de Relaciones Interiores se pueda lograr su libertad. Miles de problemas; para asumir este cargo había que revestirse de una piel de zapa, y, encima de esta situación, el mismo tenía también que ver con contratistas; gente que quería que "una palanca", como se le decía entonces, de la talla de Laureano le moviera un contrato en un ministerio; y como eran por cantidades los que por su oficina caían, entonces nuestro Vallenilla Lanz hablaba de una enfermedad que existía en Venezuela, y la que se conocía como la "contratomanía": compatriotas que venían a nombre de una compañía de constructores italianos, y donde estaba de por medio una comisión.

Pero también en este terreno Laureano es un hombre avisado; él considera que un tráfico de influencias levanta sospechas; sobre todo, porque detrás del mismo siempre se presume que la persona que lo hace, se aprovecha de una situación para meterse unos reales, y lo cual va contra le ética del buen burgués, que proclama nuestro Vallenilla Lanz, y así es que más de uno sale con las tablas en la cabeza de su oficina, cuando acude a ésta con la intención de que le meta la mano en alguna negociación.

Lo más importante por esos días es una pequeña recepción que se hace en honor a Llovera Páez en el ministerio; por iniciativa de Laureano, con asistencia del presidente de la República, a modo de darle más realce a aquella despedida; pues al día siguiente el sujeto emprende su ya anunciado viaje por Estados Unidos. Como Laureano se toma la molestia de ir a Maiquetía a despedir al hombre, quizá, para resarcirse de su complejo de culpa de haberlo desplazado del cargo, aquí se consigue con la famosa persona, a quien él no quisiera encontrar en este mundo, como es Germán Suárez Flamerich, quien, por coincidencia del destino, también está a punto de partir de viaje, y de modo que por allí anda en aquel aeropuerto, cuando nuestro Vallenilla Lanz se lo tropieza; un sujeto que, por lo demás, a esta altura ya ha desaparecido del escenario, y esto en virtud de que ha perdido todo contacto con el jefe Pérez.

Aunque estos son detalles menudos en la vida de Laureano, frente a ese otro, que es capital, como es la Asamblea Constituyente; y en vista de que su instalación se acerca, y hacerla realidad, hemos dicho, es uno de los retos que se ha planteado; esto ocupa en lo fundamental la mente del susodicho, por esos días. Aquí la preocupación estriba en determinar si habrá o no quórum. La oposición está en una de ligar que no lo haya; el gobierno que sí haya quórum.

Por lo demás, el juego demanda la improvisación. En esta oportunidad es mucho el delegado que se incorpora por primera vez a la política; puesto que Copei y URD han adoptado una posición casi pusilánime, en lo que respecta a los asuntos públicos; con independencia de las acciones que se llevan a cabo en la clandestinidad, y, en su defecto, el perezjimenizmo ha tenido que venir con una clase política señalada a dedo; puesta allí para que legalice situaciones, y entonces estos sujetos han tenido que ser metamorfoseados en otros, a través de un trabajo de cambio de piel, que ha consistido en una serie de preparativos, por los que han tenido que pasar, como el hecho de asistir a conferencias días antes de la instalación del magno evento, a modo de que se pongan al corriente de cómo es que se llevan a cabo la sesiones parlamentarias; serie de preparativos donde no ha dejado de estar metida la mano de Laureano.

Esto significa que, por lo que atañe al gobierno, ya cuenta con un número suficiente de delegados, con los cuales jugársela todas por el famoso quórum; aunque, en verdad, los números le dan sólo si se enreda una cantidad suficiente de los famosos suplentes a la componenda del gobierno; a propósito de

un soborno que pueda recibir, y esto será lo que al final permitirá que el hecho se haga realidad; se instale la famosa asamblea.

El acto se lleva a cabo el 9 de enero de 1953 en el Palacio Federal, de acuerdo a lo que establece el propio estatuto de la Constituyente, y desde muy temprano en la mañana Laureano se ha instalado en su escritorio; en el cual puede seguir los acontecimientos, gracias a un parlante que tiene instalado allí, y el cual le trae el audio de lo que se esgrime en la cámara, mientras se realiza la sesión, y así oye la voz del secretario cuando le dice al presidente que hay quórum, y esto es para que Laureano respire hondo.

Lo demás es pan comido, como decimos en criollo: el doctor Ricardo González pronuncia un discurso patriotero, y del que hacen eco varios oradores más; aunque lo más significativo de todo es lo que viene a continuación, y es la ratificación de Marcos Pérez Jiménez como presidente de la República, en una especie de relegitimación del poder constituido.

Entonces Laureano se dirige donde el gran jefe a fin de notificarle la buena nueva; quien, para ese momento, se encuentra en Miraflores, y de modo que por primera vez vemos salir de aquel ser, frío y pragmático, un gesto de emoción que, primero, se le observa en sus ojos humedecidos, y, luego, en el abrazo que le prodiga a nuestro Vallenilla Lanz, mientras le dice:

-Hemos triunfado, doctor Laureano.

Brindan con coñac, y es el preciso instante en el que comienzan a oírse las salvas que se disparan desde la colina de El Calvario, y en señal del triunfo que se ha obtenido, con motivo de la instalación de la Asamblea; de modo que todo pareciera estar consumado, de acuerdo a la disposición de los astros del cielo.

Aparece la comisión de la Constituyente que viene a participarle al jefe de Estado en Miraflores lo del inicio de las sesiones; además, lo de la decisión de nombrarlo presidente de Venezuela; un acto corto, en razón de que Pérez Jiménez no está para protocolos, y de modo que de allí pasan a la residencia del susodicho en El Paraíso, donde se ofrece un brindis, y donde no cabe un alma por el momento. Todo el mundo se quiere acercar al jefe a felicitarlo.

Poco permanece Laureano en esta celebración; se viene corriendo a su despacho, donde ha estado noche tras noche tejiendo un proyecto de Constitución, y la que recoge el espíritu de la de 1936, reformada en 1945; pero en la que Laureano va a imponer su concepción centralista del poder, al establecer que los gobernadores de estado y territorios serán de libre remoción del presidente de la República; cosa que ya se había asomado en su oportunidad, en un diálogo con Pérez Jiménez; de forma que nuestro Vallenilla Lanz la toma a ésta, y comienza a someterla a consideración de sus asesores jurídicos:

-Parece increíble –le dice uno de ellos-. Tu bisabuelo, el comandante José de Jesús Vallenilla Centeno, inventó el "Dios y Federación", y ahora el

biznieto lo elimina.

-Pero, yo no lo pienso eliminar, doctor.

-Sí, mijito, sí. Ahora habrá que escribir adiós Federación.

Las semanas se cuelan rápido, y de modo que la asamblea despliega su desarrollo, y así el ingenio del venezolano se va a hacer patente en la tipicidad de los personajes que la componen, de quienes hace chistes; pues hay unos que, como dice el argot caraqueño, son unos verdaderos "morrocoyes"; como el caso de un taxista de Mérida, dirigente sindical en su región por el partido Copei: uno de los tantos que ha convalidado su condición de delegado suplente, para negociar con el gobierno, y quien se ha considerado "un chivato", esto es, un individuo con suerte; habida cuenta de que le han pagado unos viáticos por concepto del viaje que ha hecho a la capital; cuando alega que él mismo se ha venido manejando. Un chiste malo, en efecto, como diría un corro de venezolanos; pero así se le veía la ralea a los tercios que habían venido a Caracas en su condición de miembros de aquella Constituyente.

Entre tanto, Laureano lleva a cabo el proceso de centralización del país, a propósito de la creación de la Oficina de Control de Inversiones; en desmedro de casi un siglo de federación, y en contra de lo que sería la voluntad de uno de sus ancestros, como ya se lo ha hecho ver uno de sus asesores legales. Además, obsérvese de nuevo el espíritu de secta que conlleva la medida; pues dicha oficina la erige con la finalidad de supervisar el gasto de los gobernadores y, como ya dijimos, con la mente puesta en la idea de impedir la malversación de fondos o la utilización de recursos en programas de corte populista.

-Pasaron los tiempos –le alega nuestro Vallenilla Lanz a cada mandatario regional, cuando los convoca a su oficina- de gastar el dinero en bustos del Libertador y de ampliar los cementerios. Quiero obras sanitarias, carreteras, edificios escolares; planes de urbanismo para modernizar las ciudades. Supriman burocracia, sobresueldos y canonjías. Hay que reducir el costo de los servicios para servir mejor al público. Las becas deben ser para estudiantes pobres, nativos del estado. Es una inmoralidad que se concedan a los hijos de influyentes funcionarios, residentes en la capital de la República. Durante la revisión que hemos hecho aquí, he encontrado que un mismo niño cobra pensiones de estudio en varias entidades, cuando otros no pueden seguir cursos por falta de medios. No importa disgustar a los actuales beneficiarios. El presidente de la República no va a sustituirlos por semejante razón. Utilicen los servicios de personas de la localidad, con prescindencia de individuos importados de otros lugares de la República, y compren al comercio local. El sistema que insinúo a ustedes aplicar los vinculará más a sus gobernados. Ustedes no necesitan apoyarse en supuestos amigos. Los sostiene el gobierno nacional no Fulano o Perencejo.

Laureano no sólo recalca estas ideas ante cada mandatario regional, sino que, además, se vale de circulares que envía cada cierto tiempo a esta gente, para que lo tengan muy presente a él; circulares en las que les recuerda dicha línea, y lo que significa que el gobierno, en ese sentido, aspira tener el máximo de disciplina presupuestaria posible, pues está opuesto, sobre todo, al enganche de cualquier tipo de personal, cuyo cargo no esté debidamente justificado.

En esto, por lo demás, nuestro Vallenilla Lanz muestra sus garras, porque está avalado por Pérez Jiménez, quien, del mismo modo, persigue estos fines, y así se queja del exceso de burocracia que aún pulula por todas partes en la administración pública. El tercio reconoce que esto es algo que forma parte de la realidad venezolana, pero que de todas formas hay que combatir a toda costa. En el fondo, Pérez Jiménez quiere canalizar los recursos hacia las obras apoteósicas, y en eso él imita a Mussolini, quien también pensaba en lo grande, con relación a la construcción de la infraestructura pública.

El ministro de Relaciones Interiores es invitado de honor de muchos matrimonios, a pesar de que la personalidad de Laureano es huraña; quizás impulsado por su mujer, algunas veces se ve precisado a ir. Hay que tomar en cuenta que en la Caracas de esa época una boda tiene ciertas tradiciones que, ahora, por la complejidad de la metrópoli, ya no existen; como es aquella de exhibir los regalos en las camas de los cuartos; pues no se olvide que aún estamos en la Caracas de un piso, y que las casas son de estilo morisco; esto es, con grandes ventanas en el frente; de modo que desde la calle se puede contemplar aquel panorama; unos regalos que comienzan a ponerse sobre las camas, decíamos, hasta llegar al piso, y así invadir el cuarto.

Había el que se asomaba por la ventana para ver el desarrollo de la fiesta, y entonces decía:

-¡Niña, qué lujo! Dónde van a meter tanta bandeja de plata. Mira, mira; el regalo de don Fulano... ¡Qué gente tan pichirre, chica! ¡No les da pena!

¿Cuánto le vale a una señora bien emperifollada un vestido para una ocasión de éstas? Aquello es que lo mandan a buscar a París. Se trata de una pieza de marca; un Balmain, por ejemplo, y entonces el criollo aprovecha para "afincársele" a estas ricachonas, cuando es de declarar la mercancía en la aduana, y de modo que un traje de esta naturaleza viene saliendo por una fortuna. No sin razón en esta clase se habla de que los empleados del sector son unos comunistas que odian al que tiene cuatro centavos.

# LIBRO SEXTO

# I

Las semanas se cuelan; los meses pasan rápido, y así que la Constituyente a lo largo del año 1953 viene a aprobar el famoso texto constitucional; una gran parte del cual, según veíamos en el libro quinto, ha salido de manos de Laureano.

Lo demás, no menos importante que lo anterior, pertenece a las disposiciones transitorias, que establece la Carta Magna, y las cuales son las que le van a permitir a la propia asamblea relegitimar el resto de los poderes, cuando ya hemos visto que lo ha hecho con Pérez Jiménez, y así pasa por este proceso desde congresistas, hasta los miembros de la Corte Suprema de Justicia, y quienes han sido seleccionados por la política del dedo.

En ese sentido, Laureano y Pérez Jiménez acuerdan conformar las cámaras de diputados y senadores con los miembros de la Constituyente, junto a algunas individualidades que ellos consideran eminentes, y que pueden aportar un tanto de dignidad a la corporación legislativa; mientras que para el poder judicial se dan a la tarea de buscar abogados de prestigio; una terna de hombres ilustres, que colocan en la Corte Suprema de Justicia, sobre todo; y de modo que el nuevo poder, en apariencia, está constituido por figuras independientes, pero con un cierto prestigio profesional. Una gran parte de los contactos quedarán a cargo de Laureano. Entonces, este señor tiene trabajo de verdad: visitar tercios, y hay aquél que se le niega, y a quien tiene que tratar de convencer.

Una de las formas de distenderse nuestro Vallenilla Lanz es caminando en las tardes por los pies de la montaña, que lo permite la cercanía de La Muda con El Avila; cosa que implica un alivio para esos pulmones suyos, que son de fumador empedernido, a propósito del aire puro que se respira bajo estas circunstancias, y para el caso se hace acompañar muchas veces por su amigo Luis Cárdenas, y entonces abordan alguna que otra lectura que ambos llevan a cabo para el momento; es así cómo en una de estas ocasiones viene a colación la figura de Mao, cuya biografía lee Laureano, y de modo que éste, sin conciencia de clase, como le objetaría Betancourt a la gente como él, le viene a confesar al otro su profunda admiración por el líder chino, a quien llama "el Julio César de los tiempos contemporáneos". Superior a su gente; un liderazgo mesiánico que, según él ha significado la regeneración del hombre de ese pueblo, y, entonces, el pobre Betancourt frente a este gigante se ve de tono muy menor, en términos de comparación, y quien viene al caso, en razón de que ambos militan en la misma corriente, si es que se parte del hecho de que Betancourt también se declara de izquierda.

-¿Dónde está la obra social dejada por este hombre? –le dice a Cárdenas- ¿Dónde las medidas revolucionarias que dictara su gobierno? No es avanzado un político porque confisca los bienes de sus adversarios y, al mismo tiempo,

transforma en capitalistas a sus seguidores. En cierto modo, Rómulo es como Benjamin Constant: profesa la libertad sin creer en ella. Si alguna vez llega a mandar llenará las cárceles, y enviará a cientos de venezolanos al destierro. Vive en contradicción permanente con lo que proclama. No siento odio por él. Admiro también la profundidad y vigencia de sus rencores. Dispuso del patrimonio de mi suegro anciano por haber cometido éste el delito de salvar la vida del general Juan Vicente Gómez en 1921. En unos versos juveniles, que otrora publicara la revista Elite se refiere embelesado a marqueses y empolvadas pelucas de la corte del Rey Luis XV. Debilidad similar a la del doctor Eloy González, que llamaba a su hijo mayor "el de Asturias". Ha poco leí en la revista habanera Bohemia un artículo suyo en el que dice, hablando de mí: "sin el talento, pero con el cinismo del padre". Nunca ha convenido en que mi padre ha tenido talento. Es cualidad vedada para los gomecistas y privilegio exclusivo de la generación del 28. Se trataba, simplemente, de calificarme de bruto. Repito, sin embargo, que no le odio. Parodiando a Madame de Stael –para mantenemos en la intimidad de Benjamín Constant- puedo asegurar que entre todas las personas, que detesto, me quedo con Rómulo. Al menos, él ni pide ni da cuartel. No es como tantos demócratas de aquí que frecuentan a los poderosos del momento. Solicitan sus favores; obtienen contratos ventajosos y luego, en privado, claman contra la dictadura. A estos últimos los desprecio.

Nos hemos permitido citar esta larga parrafada, en virtud de que aquí se trasluce la más exacta visión de la conciencia de un mantuano, acerca de su realidad; si se toma en cuenta que, puestos los dos frente a frente, Betancourt representaba la ideología de los sometidos; mientras que Laureano representaba la del señor encomendero, y lo que los unía a ambos era el hecho de creer en la necesidad de valerse del discurso de la razón occidental, del discurso del progreso, sólo que no daban con él o no dieron con él, ya que los dos estaban fuertemente empañados por los prejuicios que les eran inherentes a cada una de las clases a la que pertenecían. Eran seres típicos, porque encarnaban lo que, uno y otro, no querían ser. Se impugnaban en sus respectivas instancias, y las que signaban las taras sociales, y que nuestro medio no había podido superar con madurez a tiempo, en la medida en que se desataba el progreso en otras regiones, por nuestras carencias de tipo ilustrativo, y de ahí que Laureano vea como algo lógico "ese producto histórico", que es Betancourt, en su visión de mundo de mantuano, y que hasta quepa en su corazón, siendo aquella persona de las que él detesta, con quien se quedaría.

La Constituyente no cierra sus sesiones sin antes ofrecer un agasajo a Pérez Jiménez y su señora, y el cual se realiza una noche en el Palacio Legislativo: fiesta para la que se habilita hasta el propio Salón Elíptico, además de los jardines del mismo, y para el que se da cita casi Caracas entera, tanto así que le salen enemigos a Laureano por el hecho de no haberle girado tarjeta

de invitación a algunos conocidos suyos.

Por esos días decide nuestro Vallenilla Lanz echar ojo en la sede de la Seguridad Nacional; con ocasión de algunas cosas que le han hablado acerca de sus condiciones pésimas; un edificio tétrico éste, de mal gusto, y el cual está hecho para hacinar a centenares de personas, a través de tabiques ya mugrientos, donde apenas cabe el personal administrativo; aparte de que la fetidez de los calabozos invade todo el ambiente. Una visita que realiza en su calidad de ministro de Relaciones Interiores. En ese sentido, quiere palpar la realidad de lo que se cuenta en la propaganda clandestina; cuando denuncian a este aparato como algo abominable, sólo que a Laureano lo persigue siempre la buena suerte y, para el momento en que acude, allí no hay presos políticos. Están, en su defecto, unos delincuentes del hampa común, y que forman parte de una banda de colombianos. Aún así, nuestro Vallenilla Lanz, encuentra aquel antro muy deprimente, mucho más cuando escucha la confesión de Pedro Estrada, quien le señala:

-Este edificio fue arrendado para el servicio en tiempos de Maldonado Parilli. Me he cansado de suplicar al ministro de Justicia para que autorice a solicitar algo más conveniente, pero mis ruegos han resultado inútiles. El alquiler, por lo demás, es sumamente elevado: veinte mil bolívares mensuales. Yo me avergüenzo cada vez que una persona de significación viene a verme, y, en cuanto a los presos, los despacho pronto para la Cárcel Modelo o la Penitenciaría de San Juan de los Morros. Es cuestión de humanidad. El mayor problema es el de los empleados que ejercen sus funciones en condiciones inenarrables.

¿Quién termina pagando los platos rotos de esta ineficacia? El pobre Suárez Flamerich, pues para el momento de serle reportado a Pérez Jiménez esta situación; es decir, por la situación en la que se encuentra el aparato de seguridad del Estado, por parte de Laureano, el tercio termina diciendo que ahí está presente el espíritu de tranquilidad de su predecesor.

-Usted ve –le comenta el otro- su amigo, el doctor Suárez Flamerich; tan bueno, tan demócrata, y jamás quiso enterarse de los problemas, inclusive de los pequeños como éste. Proceda, pues, usted, y cuente con mi apoyo.

Pérez Jiménez, de pronto, es de la idea de volver a visitar La Orchila... Esta es otra historia. La guerra sucia que se suscitó, a raíz de la dictadura, nos vendió la imagen de que aquí acostumbraba éste hacer sus grandes bacanales: llevarse divas, y jugar con ellas en motocicleta por las costas del islote; entonces se decía que montar en moto era uno de los deportes preferidos del dictador; cosas que quedaron después que todos ellos pasaron a la sepultura, en lo que se refiere al escenario nacional, según lo señalábamos. Lo cierto es que un sábado en horas de la noche, el presidente lleva a cabo ese deseo de volver a navegar hacia La Orchila, y para lo cual aborda, junto con una comitiva de sujetos donde también anda Laureano, el remolcador "Felipe Larrazábal".

Nuestro Vallenilla Lanz ha sido previsivo para la ocasión, y así se ha armado, con la asistencia de su mujer, de una cesta de sándwiches, galletas, came -de res y de pollo- fría; y todo por el temor a pasar hambre en estas condiciones, debido a la comida infame que suelen servir en estos buques oficiales; cuya cocina está a cargo de marineros imberbes, que apenas saben pelar un ajo, y en lo que no se cae Laureano, habida cuenta que, en verdad, por no dejar, él espera que sirvan la cena, y cuando salen con algo intragable, todo el mundo se pliega a su famosa cesta.

Siempre que Pérez Jiménez quiere tratar algo importante se lleva a Laureano para algún lugar privado, a modo de que lo que se trate entre ellos se lo lleve bien lejos el viento; lo que significa que también esta incursión marina tiene por finalidad plantear un problema de Estado, como lo es la remoción de un gabinete; algo que le resulta incómodo examinarlo a Pérez Jiménez, ya que se trata de un presidente poco dado a los cambios ministeriales. Este parte del principio de que un nuevo ministro supone demasiado tiempo de espera, con respecto a un proceso de desarrollo nacional, mientras el tercio coge el ritmo. No olvidemos que Pérez Jiménez es un hombre decimonónico; he aquí un ejemplo en el que encara el asunto; de pronto sale con algo que le suena raro a un oído como el nuestro, pues al considerar que un gobierno no está para perder tiempo, alega que la nación ha pecado de eso en forma miserable, durante un siglo, si se exceptúa la etapa progresista de Guzmán Blanco; reducida, según sus palabras, en su alcance por los escasos recursos de entonces. Es decir, él mide de 1850 a 1950, y entonces allí cabe la inmensa figura de aquel caudillo, que se tuvo en el siglo XIX como uno de los más cautivantes de la historia patria.

-Es, pues, –decía- indispensable acelerar el proceso de transformación, ahora que contamos con suficientes medios, y contaremos con más aún si logramos rebasar el costo de la administración.

En ese sentido, Pérez Jiménez le hace ver a Laureano que el gabinete ejecutivo casi todo se queda; tomando en cuenta el valor que para cada uno de los titulares representa el hecho de haber transitado ya por un trecho de gobierno, alcanzado cierta experiencia de cada uno, y de quienes no habría que corregir sino sus posibles deficiencias, y que el presidente sintetiza en una expresión criolla: "el caballo vale lo que el jinete". Sin embargo, Pérez Jiménez baraja los nombres de un par de tercios en el tren ministerial que deben salir, y así le habla de uno y otro señor; aquél, por demasiado insignificante en la esfera donde le corresponde moverse; el otro, porque ha expresado su voluntad de marcharse; el de Agricultura, el célebre Alberto Arvelo Torrealba, porque su pasantía por el despacho ha demostrado que un poeta no tiene nada que ver con lo que allí se ventila, y entonces aquí observamos, al momento de tratar el caso de este señor, que Pérez Jiménez, cosa extraña en un

hombre que nunca se consideró un intelectual, poseía sus veleidades líricas, cuando le argumenta a Laureano:

-Hace falta allí un experto, un profesional con criterio moderno. En ese ramo realizaremos grandes cosas. Hay que redimir la tierra, y a quien la siembra. No creo que Julio César, a pesar de ***Las Bucólicas***, hubiese designado a Virgilio ministro de Agricultura. Hombres de otro temple abrieron los canales, quizás técnicos importados de Egipto, subalternos de Cleopatra. Pienso que su amigo, el doctor Armando Tamayo Suárez desempeñará el cargo a cabalidad. Usted me ha hablado de su competencia en materia rural.

Nombres que baraja, como hemos dicho, en esta composición de las circunstancias, que se permite tramar a medida que el "Felipe Larrazábal" los lleva mar afuera; aunque su escaso conocimiento del medio social venezolano lo conduce a andar por las ramas en este terreno; acaso el mencionar el nombre de zutano y el de fulano para ciertos cargos, más irrelevantes éstos, le resulta de gran ayuda la presencia de Laureano a su lado; de forma que se ve preguntándole a éste que si se puede tomar la molestia de nombrar a los titulares de Educación y de Hacienda:

-Usted me halaga y sorprende con la pregunta, presidente –le responde enseguida nuestro Vallenilla Lanz-. No es lo mismo señalar a un candidato a ministro, que para cualquier otra función.

Y entonces aquél lo corta:

-Diga, diga siempre, y déjese de largos preámbulos como los del doctor Egaña.

Así Laureano se ve también en la suerte de armar el mundo a su antojo; tras el hecho, también, de barajar nombres; momento en el que, de paso, evoca aquellos días cuando entonces soñaba, resignado ante un escritorio de segunda, alcanzar la titularidad de aquel despacho, como era el de Hacienda, y al que ahora, más bien, se le veía en el trance de nombrarle su titular, lo que, a su juicio, tenía una gran significación.

En realidad, Laureano sabía que eso iba a llegar, porque para eso estaba allí, en aquel buque; de modo que la petición tampoco lo tomaba por sorpresa, lo que significa que, con independencia de su modestia, él sí había barajado algunos nombres en su supuesto gabinete; así ahora le presentaba a su consideración, con la debida exposición de las credenciales de cada uno, y para las cuales lanzaba un par de parrafadas, los nombres de personas, a quienes conocía, y con quienes se trataba; el uno candidato para Hacienda, y el otro candidato para Educación.

El presidente ha oído a Laureano con un gran interés, a propósito de la exposición, y luego de haber recibido referencias de uno y otro, le dice:

-Mañana hablaremos de nuevo. Vamos a dormir; ya es la una, y el cambio de ideas ha sido provechoso.

Nuestro Vallenilla Lanz cae tan rendido en su camarote, que sólo viene a ser despertado bien entrada la mañana. Entonces éste siente como una turbulencia de pájaros bobos: lo que le parece como una discusión entre ellos mismos; al tiempo que el reflejo de los rayos solares con los vidrios de la cubierta del remolcador también tienen su efecto sobre la vista suya, y de modo que éste salta, se incorpora, se viste rápidamente, y sube al puente. Allí está Pérez Jiménez con unos binóculos, apuntando el horizonte. Se trata de un islote el que tiene al frente, de regular tamaño, y el que está dotado de un mar con fondo verde, que lo permiten ver unas aguas completamente cristalinas. He allí el encanto sublime de la naturaleza. El territorio comienza con unas arenas blancas, como de marfil, para extenderse, luego, y picotearse en una serranía que se pierde de vista: cerros pelados, color ceniza, y en cuyas cimas se posan los pájaros bobos, además de gaviotas.

Allí en la costa está una camioneta desvencijada, roída por el salitre, para tratar de movilizar aquella comitiva; pero la que hace quedar muy mal al dueño de la misma; habida cuenta que no se le puede poner en marcha a la hora de arrancar.

Eso no tiene importancia para Pérez Jiménez. Echa a andar. Sin miedo a un toro famoso, que se volvió cimarrón, y se quedó en aquel islote, cuando el ministerio de Agricultura desmanteló las instalaciones que tenía allí, y que le hace compañía a tres vacas, que también restaron por enfermas, y así había un padrote en estas condiciones; un padrote bravo, que se sabe sobrado -palabras éstas del camionetero-, porque tiene un descomunal tamaño, y unos ojos de candela. El diminuto Pérez Jiménez no le hace caso a esta amenaza, y así que la emprende, terciado al hombro un rifle de cacería, junto con Laureano, Fortunato Herrera y el edecán. Allí los espera un sol ardiente; por el que andan unas tres horas, hasta el otro extremo del islote; una fatiga que será recompensada con el descubrimiento hacia esa parte de una preciosa ensenada. Bañada en sudor llega esta gente, y así entonces se lanzan al mar; un mar tibio, y en el que averigua, Pérez Jiménez, el fondo con la ayuda de una máscara, con un aparato de respiración; cosa que le permite flotar en el agua por espacio de más de una hora.

-Esta es una belleza, doctor Laureano –dice al salir su jefe Pérez-. No lo cambio por el Hawai.

El hecho es que los esperan tres horas más de camino, con motivo del regreso; pero tiempo en el que se larga a hablar el jefe, sin importarle las condiciones en las que marchan; encantado con el lugar, con la posibilidad de establecer allí algunas instalaciones; empezando por un muelle; luego, un aeropuerto pequeño; varias docenas de *bungalows*. Idea cosas este hombre: un edificio central con restaurante y sala de espectáculos... "La Orchila, sigue diciendo, será la prolongación del círculo de las fuerzas armadas".

Habría que señalar que el círculo del cual habla en esta oportunidad, se trata de un palacete, que se construye en terrenos aledaños a la famosa urbanización de Santa Mónica, de Laureano; un palacete con aire moderno, que va a estar al pie de una colina; un palacete con salones de fiesta, piscina, hotel, restaurantes y toda clase de servicios, y cuyo diseño ha quedado a cargo del otro arquitecto del régimen, como sería Luis Malaussena, y para el que se le ha encomendado, además, un mural al famoso primo de Laureano, Pedro Centeno Vallenilla, destinado a decorar lo que será el Gran Salón Venezuela.

Oír estas cosas de labios del repoblador de La Orchila, para decirle algún nombre, resulta bastante revelador a unos oídos como los nuestros, que, repetimos, nos criamos con todas estas historias; nosotros, permítasenos decirlo, que nacimos en esa turbulenta década, en ese año de 1953, o que nací, en lo particular, para volver con ese yo que está presente en esta alquimia de voces en que se traduce nuestra paráfrasis del texto de Vallenilla Lanz, justo cuando se erige una nueva República: he allí una analogía de circunstancias, es lo que se quiere decir. Se trataba de un gordito, se comentaba luego de caído su régimen, calvo y anteojudo, que se llevaba a sus edecanes y altos personeros de su gobierno para este dorado esparcimiento, y entonces era cuando venían a relucir las motos, y con las cuales el soberano se daba en perseguir a las divas.

Al cabo de los años las instalaciones de esta casa presidencial pasarán a formar parte de la Casa Militar, esto es, el organismo que vela por la seguridad de nuestros presidentes, y de aquí que hablemos de casa presidencial; aunque en un principio la idea de Pérez Jiménez era la de reproducir allí una extensión, como lo viene diciendo a medida que caminan, del famoso círculo militar; y, como tal, de exclusivo uso de las fuerzas armadas. Es por aquí por donde se observa el espíritu de secta de este señor, cuando da a entender que su fin es el de elevar la condición social del militar, otorgarle un rango aristocrático, al punto de que para cursar la carrera se vean estimulados hasta los propios amigotes de Laureano del Country Club. He allí lo que en la antigüedad se conocía como una nobleza de espada; sólo que aquí era una nobleza de charretera. El espíritu de secta de Pérez Jiménez le viene por el hecho de verse reflejado en un joven que se había venido para Maracay con menos de diez bolívares en el bolsillo, y había triunfado en la vida, merced a la milicia, y entonces él creía que el destino de los venezolanos se hallaba en el estudio de las armas. Pero no olvidemos que este hombre, al mismo tiempo, no pregonaba el arquetipo del militar entregado por completo a su profesión, e indiferente a los avatares políticos del país, sino que lo quería versátil; lo que significa que para él la milicia era lo non plus ultra.

Ya han desandado un importante trecho del camino, sin que Pérez Jiménez cese de hablar, y es entonces cuando ven una polvareda que se levanta; por un segundo todos suponen que es el famoso toro, y lo que viene

a resultar es la camioneta; la cual, finalmente, fue encendida por el dueño, y quien hace acto de presencia en estas circunstancias; un feliz alivio, que viene a ser rematado con un almuerzo a la orilla del mar, y donde van a estar presentes el resto de víveres, que Laureano ha traído en la cesta; además de unas ruedas de pescado y unos huevos de aves, todo esto frito sobre un fogón de piedras. Así se han dado banquete, y Laureano, al término de todo, se ha ido para el remolcador, y se ha echado a dormir.

Este ignora el número de horas que pasa plácidamente, rendido a pierna suelta; lo cierto es que, de pronto, viene a ser despertado por alguien que le dice que se levante; que se acercan a La Guaira, y esto que ya el presidente ha preguntado dos veces por él.

Suben a Caracas y, entonces, poco antes de despedirse, Pérez Jiménez le ordena a Laureano contactar lo más pronto posible a los candidatos suyos para Educación y Hacienda.

Nuestro Vallenilla Lanz se da un gustazo en este escenario de tipos que pasan por su oficina. Esto se dice en virtud de que para el momento en que le toca hablarle a la persona que le ha sugerido a su jefe para la plaza de Educación, un tal José Loreto Arismendi, a éste le da un acceso de risa delante del sujeto, a quien, por lo demás, ha citado de inmediato; un acceso que, por poco, lo echa a perder todo; pues resulta que lo ha querido sorprender diciéndole que Pérez Jiménez ha pensado en su nombre para ocupar la cabeza del despacho, en cuestión, y es así como éste ha puesto una cara de extrañeza, mejor dicho, de incredulidad, que es lo que le ha producido la risotada a nuestro Vallenilla Lanz, y esto porque el tercio no se le ha podido meter en la cabeza que Pérez Jiménez se ha ocupado, en especial, de él; cuando que ni siquiera lo ha visto alguna vez en la vida; allí está, felizmente, el aplomo de Laureano, quien sobrepuesto de la risotada, entonces le enfatiza:

-Ha pensado en ti el presidente. Ese señor sabe quiénes son los profesores de la Universidad Central.

Al sujeto "le da culillo en las primeras de cambio"; he allí el secreto de su reacción; de momento la oferta lo sorprende, no está preparado para una situación de tal tipo; le pide tiempo a su amigo, ya que conocidos son desde que ambos eran unos críos; amigas sus respectivas madres, y entonces vienen a caer en cuenta de que es mejor tomarse unos días; sobre todo, de parte del señalado, quien, como se decía, no está preparado para encarar un asunto de esta naturaleza; su cabeza anda más bien con la idea de un viaje a los Estados Unidos, y esto por motivos de salud. Un hombre apegado a las buenas costumbres, puesto que al final le dice a Laureano que, desde que se casó, nunca en su vida ha tomado una decisión sin consultarlo con su pareja, y así es como se aviene con Laureano en que se tomará su tiempo para decidir al respecto.

La otra persona que manda a llamar, como es el doctor Pedro Guzmán, y quien será su candidato para el ministerio de Hacienda, resulta mucho más ceremonioso que el otro; ése sí se come el cuento de que Pérez Jiménez ha sido el artífice de aquel nombramiento; un sujeto que había sufrido persecuciones, y como le consta a Laureano, puesto que ambos han coincidido en la estadía del exilio en Colombia, hacia donde lo había sacado también a éste la famosa revolución adeca; y días, por lo demás, en los cuales ya Guzmán le vaticinaba a nuestro Vallenilla Lanz, que vendrían mejores tiempos para los dos; algo dicho por accidente, quizás, pero que ahora se le hace realidad, y entonces es cuando ve que le toca su turno, según le manifiesta a su interlocutor; repara que hasta entonces la política no le ha tendido sino malas jugadas, y de modo que ahora se ve recompensado:

-Acepto, pues, complacido –le dice al amigo en aquella ocasión-, y manifieste mi gratitud al presidente.

Uno de los puntos más importantes que se anota el nuevo equipo de la Seguridad Nacional, es la captura del famoso dirigente adeco Alberto Carnevalli, en una acción que se podría calificar de espectacular, y la cual de hecho amerita una llamada telefónica a las cinco de la madrugada a casa de Laureano, poco antes de que se produzca el suceso, y esto en razón de que él es la autoridad única en ese momento en la capital, habida cuenta que Pérez Jiménez ha decidido pasar el fin de semana en Puerto Cabello.

En el primer momento en que Laureano ve a Alberto Carnevalli le llega la imagen de un hombre de Italia del Norte, y esto, quizás, por unos ojos verde aceituna, propio de los rasgos europeos, y una cara más bien larga, y decimos quizás, partiendo de las fotografías que hemos visto del famoso mártir; se trata de un sujeto alto, además. Ya ha entrado la mañana. Muy amable se le muestra para el instante en que lo conoce, que será en una sala de la alcaldía, donde ha sido trasladado, luego de ser detenido en una forma espectacular, como se decía; pero en la que no se oyen más que un par de disparos, por los que pierde la vida un policía, es decir, un funcionario de gobierno, y entonces allí lo tenía Laureano sano y salvo, tal como se lo había pedido a Pedro Estrada, tan pronto éste lo había llamado para decirle que lo tenían cercado; y era en una reunión del partido donde lo iban a sorprender, cuando de ésta ya estaba informada la Seguridad Nacional. La voluntad suya es que aquello no se transforme en una carnicería, y de modo que aquí está, vivita la presa aquélla que tantos dolores de cabeza le iba a producir a la dictadura: un hombre capaz de movilizar masas de individuos, y a quien siempre la clandestinidad le había tendido un cerco protector; lo que implicaba comprar mucha gente para que lo liberaran cada vez que caía, como ya lo hemos insinuado. De forma que Laureano al encontrarlo en esta oportunidad lo ve pálido; una palidez que sorprende, y lo cual lo lee de inmediato Carnevalli, y aquí viene

una explicación: sucede que no está pálido por lo cagado de guapo, en que tal situación lo pondría, sino por sufrir de ictericia, y la cual no se ha podido curar, debido a las vicisitudes de la clandestinidad; pero venga esa mano doctor Vallenilla, y entonces aquí le dice que lamenta conocerlo en tales condiciones. He allí la amabilidad que también, en el fondo, se podría traducir como un cinismo propio del venezolano. Acaso éste no escondía algo frente a su verdugo, que vendría a ser Laureano, cuando le dice:

-Es raro que sea éste nuestro primer encuentro, doctor Vallenilla. Nunca hemos coincidido en Caracas.

Queremos decir que el venezolano se regodea en la mamadera de gallo, y de aquí que se tolere:

-Es cierto -le responde el otro- y, sobre todo, en los últimos tiempos. Cuando ustedes están, yo tengo que irme, y cuando yo estoy, ustedes se empeñan en quedarse, pero en condiciones que hacen imposible un encuentro de tipo social.

Entonces vienen nuevas risas, como si nada estuviera pasando; el hecho es que entran en una gran cordialidad, y es cuando Carnevalli le hace ver que le viene siguiendo los pasos desde que escribía para la revista del ministerio de Hacienda; cuando entonces Laureano estampaba su firma en artículos que aparecían en la misma. Aparte de que, en un primer momento, la figura suya le era simpática a la dirigencia de Acción Democrática, cuando entonces Valmore Rodríguez hablaba muy bien de su persona en ciertos círculos, o Ana Luisa Lovera, una famosa periodista adeca, quien, por lo demás, le agradecía el hecho de haber acogido sus artículos en el diario Ahora. Lo que sí admitía Carnevalli, de seguidas, era que las cosas habían cambiado después de la llegada de los adecos al poder.

Laureano, sin embargo, no olvidaba el episodio de Inocente Palacios, de cuya partida de Acción Democrática se la achacaba Betancourt a influencias de éste; lo cual quería decir que, en apariencia, las relaciones de Laureano con los adecos eran buenas; sólo que desde aquel famoso episodio había arrancado la guerra.

Una guerra que se había acrecentado por el empuje de las circunstancias, hacia donde había convergido su persona, en ese maremoto de cosas, que habían ocurrido desde la famosa revolución del año 45, y que habían implicado hasta el decomiso de los bienes de su suegro, donde habían terminado cayendo también los suyos, por vía accidental o por descuido de su persona; lo cierto es que había demasiado rencor rezagado en una y otra alma, como eran aquellas las de Betancourt, y las del susodicho; cuando Laureano le sacaba estas cosas a Carnevalli.

Entonces venía a cuento el hecho de la política de la concordia nacional, inspirada por Isaías Medina Angarita; para mencionar el caso de un gober-

nante, cuya llegada a la cima no había implicado una purga del poder, con la consecuente ola de saqueos; concordia que había sido arrastrada por Acción Democrática, habida cuenta que el triunfo de Betancourt planteaba la necesidad de dividir a los venezolanos en una guerra civil, y la cual avivaba los prejuicios de nuestras clases sociales. De modo que la modernidad, bajo este punto de vista, había significado la prolongación de los esquemas decimonónicos impuestos por los caudillos del pasado, y entonces, a su juicio, nada se había ganado en términos de civilización, y eso que la Venezuela de esa época, incluyendo un hombre como Laureano, había cifrado sus esperanzas en este novísimo líder, cuya procedencia, como lo hemos hecho ver más de una vez en estas páginas, era de la sociedad civil y no de los cuarteles. Lo más aparte: Betancourt, a juicio de Laureano, iba a resultar lo contrario:

-La dieron ustedes por perseguir, ultrajar y arruinar... Las cárceles que vaciara el gomecista López Contreras fueron de nuevo abiertas por hombres que fungían de intelectuales, de cultos. Se restablecieron las torturas. Luego de un paréntesis de diez años, conocieron nuestros compatriotas la amargura del destierro, el espionaje ejercido por agentes diplomáticos y consulares. Aquella era una revolución de mentirijillas, perdone usted, caracterizada por el rencor y la incapacidad.

La Venezuela contemporánea está de acuerdo con admitir que el carácter arrogante del adeco había conducido a su derrota. Se trataba de una gente que llegaba prematuramente al poder, y así la realidad de aquella situación los sobrepasaba; cosa que ya la habían precisado estos señores en la clandestinidad; ahora cuando se veían en la derrota, como se lo daba a entender Carnevalli a Laureano.

¿Pero aquello sólo había sido una operación de AD? ¿Quién había ayudado a confeccionar las Listas de Peculado? El propio Pérez Jiménez; cosa que se la sacaba Carnevalli a Laureano. A Pérez Jiménez lo perseguía el complejo de pobre, y entonces era uno de los más vehementes justicieros.

-Fue una explosión de odios –según argumentaba el dirigente adeco-, con incalculables repercusiones. Aparte de sus personas, nada nos aportaron los oficiales sublevados. Nosotros, al menos, dimos un aspecto popular al movimiento; lo legitimamos ante la opinión extranjera. Contábamos con sindicatos y las esperanzas de los venezolanos humildes. Cada día Rómulo Betancourt inventaba algo para mantener el crédito del gobierno. Voy a confesarle una cosa: numerosos militantes del partido esperábamos que Gallegos y Andrés Eloy sirvieran de puente entre nosotros y los venezolanos como usted y otros medinistas. Era la labor que, lógicamente, les correspondía, pero nada hicieron, quizás por falta de carácter o temor a los extremistas del adequismo que los veían con desconfianza, en particular, al poeta. Contrariamente a lo que usted piensa, doctor Vallenilla, la Revolución de Octubre era necesaria. El país

no soportaba más el monopolio tachirense. Las funciones públicas estaban reservadas para los colaboradores del andinismo y sus descendientes. Usted, probablemente, habría sido ministro de Hacienda de Biaggini o de Escalante, y no por su capacidad, que no niego, sino por ser el hijo de don Laureano. Para los demás venezolanos, los de enfrente, no existían posibilidades.

La conversación se prolonga con un desayuno; Laureano se apiada de aquel sujeto que está allí desde el amanecer, y entonces ordena que le traigan sandwiches y café; pues Carnevalli le confiesa que no prueba un bocado desde la víspera. Entonces viene al caso la obra *Cesarismo Democrático* del viejo Vallenilla Lanz, pues ¿quién a esa altura, en Venezuela, del estamento político no ha leído esta obra? Don Laureano dejó disperso un mundo de trabajos; sin embargo, éste es el que más se lee, porque es el más seductor, como se lo reconoce Carnevalli al hijo:

-La tesis seduce y está admirablemente expuesta; pero no creo en su eterna vigencia.

Tampoco don Laureano creía en aquello, según el testimonio de su vástago. En ese sentido, él estaba de acuerdo con el Kant de *¿Qué es la Ilustración?*, cuando éste decía que la sociedad era como un cuerpo humano que necesitaba enfermarse, a fin de que mediante la enfermedad el organismo se fortaleciera cada vez más, hasta alcanzar los niveles de perfección. La perfección de la humanidad era la ilustración. ¿En qué momento aquella sociedad se emancipaba? Luego de devorarnos por mucho tiempo en una de caníbales; entonces, según el viejo Laureano, coincidiendo con su maestro, desaparecerían los efectos que generaban el cesarismo.

De allí venía la gran carcajada de Carnevalli, transformada en ironía, cuando le preguntaba a Laureano que cómo pensaban cambiar las causas.

-Pues, con inmigración; obras públicas, educación. Como derivación de la riqueza que estamos creando; se elevarán los niveles de vida, mejorarán las condiciones de las clases populares y aumentará la burguesía.

El punto de vista de Carnevalli, a este respecto, era que el gobierno de Pérez Jiménez carecía de sustentación popular; cosa patentizada en las elecciones, y las que el propio gobierno sabía que las perdía de antemano. Aquí venía el otro aspecto, ya esbozado por nosotros, y es sobre el carácter pusilánime de Pérez Jiménez; pues se trataba de un sujeto, a su juicio, pésimo orador, tímido, insensible; todo lo contrario a un líder, y entonces salía a relucir el nombre de Juan Domingo Perón, traspuesto sobre esta pusilánime figura:

-Usted tampoco –pasaba, además, a decirle-, aparentemente, llena los requisitos. Es demasiado académico. No deben forjarse ilusiones. Apenas tienen un precario apoyo de las Fuerzas Armadas, que faltará cualquier día. No sean ingenuos al pensar que las autopistas, los hospitales y la prosperidad suman partidarios. El pueblo es indiferente a esos procesos. En cuanto a la burguesía,

carece de importancia política. Todo burgués que se enriquece estima, además, que ha hecho fortuna, a pesar del gobierno, por sus propios méritos.

En el fondo, el pensamiento del venezolano es escéptico frente a la realidad, visto a través de Carnevalli; escéptico empañado de dosis de mamadera de gallo, digamos así, y Laureano admite que está en la cuerda floja, a propósito de la respuesta que le da enseguida, cuando le esgrime:

-Concédole razón, doctor Carnevalli. No me escapa la debilidad del régimen. Es un hecho indiscutible. Estoy convencido de que mi figuración política es eminentemente transitoria; efímera. No me sorprendería que, mañana, el preso fuera yo, en lugar suyo, pero quizás la circunstancia que usted señala la hace más atrayente el ejercicio del mando. Una situación estable restaría emociones a mi gestión. Entre tanto, me empeño en que se lleve a cabo un programa de largo alcance; una revolución en la geografía física de Venezuela que, de cumplirse en su totalidad, extinguirá para siempre los vapores del cesarismo. En cuanto a la burguesía, tampoco abrigo esperanzas. Un escritor francés, Abel Bonnard, si no me equivoco, ha dicho que los burgueses dejan a sus heridos en los campos de batalla. No los recogen.

La una de la tarde le da a esta gente, según lo comprueba Laureano, cuando, de pronto, mira el reloj, y entonces se levanta con premura; quizás, porque supone que el jefe ya ha llegado a la capital, y hay que rendirle cuentas; se detiene delante de su interlocutor, y, a continuación, ambos se despiden como dos grandes amigos; tanto así que Laureano promete enviarle libros a la cárcel, además de garantizarle que le va a exigir a los carceleros un trato justo para él.

Nuestro Vallenilla Lanz era el tipo de allegado a Pérez Jiménez que jamás le venía con malas noticias al tercio, o se aprovechaba de su espalda para hacerse eco de lo que otros decían en contra suya, y en esto contaba con la experiencia de lo que sucedía en el entorno de Stalin; un dictador que sentenciaba a muerte a todo aquel que le llegara con malas noticias; de forma que Laureano se cuida muy bien de no decirle nada de lo expresado por Carnevalli acerca de su persona, a pesar de que le detalla el diálogo que acaba de sostener con éste. Entonces Pérez Jiménez es del parecer que Carnevalli es el mejor de los adecos: aun cuando lo acusa de sectario. El hecho es que Laureano se ha acercado al jefe para saber el destino que se le dará a dicho preso: "¿Acaso la expulsión?", se le ocurre preguntarle.

-No, -dice Pérez Jiménez- no conviene. Volvería a la clandestinidad y arriesgaría otra vez su vida. Por ahora lo enviaremos a la Penitenciaría de San Juan de los Morros. El ministro de Justicia cuidará de que sea bien tratado, y usted podría enviarle los libros que le ha ofrecido.

Entre los testimonios, acerca de la resistencia adeca, se cuenta que siempre se consideró un suicida a todo aquel que le diera por asumir la secretaría

general del partido, pues por allí estaba reservada una muerte segura; no hay más que escrutar el fondo de estas palabras de Pérez Jiménez para darnos cuenta que Carnevalli también llevaba a cabo el mismo juego de la ruleta rusa.

El hecho es que hay días en que Pérez Jiménez está de buenas, y lleva las cosas con calma; días en los que nuestro Vallenilla Lanz aprovecha para meter la mano por determinado amigo, puesto tras las rejas, como consecuencia de su participación política en alguna acción de calle, y así lograr su libertad; cosa que nos muestra que, en el fondo, él representa el rostro humano de aquel régimen, y son varios los que alcanza a beneficiar, amigos suyos, a quienes alguna vez tuvo que agradecer gestos de solidaridad, cuando entonces él estaba en las malas; pero el caso se da sólo para alguno que otro, porque lo que es este tachirense, el tercio se empecina algunas veces, y entonces es que no le quiere librar una cabeza, como sería la de unos hermanos Mendoza, de quienes tiene respectiva ficha, en las que se reporta la participación de ambos en los atentados terroristas de 1951, y ya esto es pecado mortal para él.

Mención aparte merece el nombre de la viuda de Ruiz Pineda; una mujer que también está tras las rejas, y que viene a inmiscuirse en un diálogo con Pérez Jiménez, a propósito de estos casos especiales, por los cuales aboga Laureano, porque, en el fondo, es algo que le preocupa, habida cuenta de la misma situación en la que se encuentra; una dama distinguida, por lo demás, cargada de muchachos, y el espectáculo no es muy dignificante para un gobierno que se las da de viril.

Es cuando entonces aquél le responde que se tome la molestia de ir a verla él mismo a la Cárcel Modelo, donde la tienen detenida, y le proponga que se marche al exterior, y esto en virtud de que Pérez Jiménez abriga temores, con relación a la situación en la que quedaría esta dama, en el supuesto de que el gobierno la pusiera en libertad; una situación en la que hasta podría abanderar un movimiento de resistencia, capaz de generarle sus buenos dolores de cabeza a él, y la única forma de quitarla de en medio es enviarla al exilio, según el punto de vista suyo; de forma que le encomienda a Laureano la tarea de ir a persuadirla, y en este punto, la dama en cuestión, va a estar de acuerdo, sólo que alega que carece de dinero, y en el extranjero no tendría adonde llegar. La partida secreta del MRI le paga los pasajes, además de proporcionarle cierta suma de dinero, y de equiparla a ella y a sus hijos hasta el último trapito: de todo esto se encarga Laureano, y para lo cual la pone en contacto con una importante casa de modas caraqueña.

-Usted es distinto, doctor Vallenilla –le dice la viuda al final-. Nada de lo que yo suponía. Lo hacía pretencioso, arrogante, europeizado.

Escuchar estos conceptos en torno a nuestro Vallenilla Lanz resulta interesante, si se toma en cuenta que ha sonado su nombre, y bien fuerte en el último contexto de estas páginas; esto es, con ocasión de lo dicho por Carnevalli,

de que él no gozaba de proyección política ante las masas populares a la hora de pensar en un liderazgo, y lo cual, al juntarse con lo que dice esta señora de Laureano, nos hace ver, sin embargo, que a pesar de los juicios del dirigente adeco, Laureano era un animal político.

## II

Habrá de elaborar las listas para gobernadores también nuestro Vallenilla Lanz. Una tarea para la que lo encomienda Pérez Jiménez, y bajo la observación de que no vaya a poner allí a incondicionales del partido -sujetos que sólo están para ocupar cargos-; que busque, entre los independientes, sobre todo, profesionales universitarios.

Laureano era el tipo de persona que sacaba la región de fulano por el apellido. Cada estado tenía un nombre y allí pululaban unos siete apellidos, y entonces por aquí se daba con el origen de la gente. No pasemos por alto que la Venezuela de esa época no se había abierto a la inmigración; salvo a través de las iniciativas llevadas a cabo por el propio Laureano, pero que habían sido mínimas, y las distancias entre una y otra región eran distantes, y de modo que Venezuela era un país con estructura de aldea; con razón decía Juan Vicente González que él se jactaba de conocer a la nación por sus ideas y por sus hombres, cosa de la que ahora se jactaba Laureano también. Entonces no se le hacía difícil elaborar un pedido, como el que le solicitaba Pérez Jiménez. Aquí estaba: Perico de Palotes...; una lista de veintidós hombres, aproximadamente, que el tercio le elaboraba en una tarde.

Nombres que, al fin de cuentas, al jefe no le decían nada, y por esto le exigía que, más bien, le presentara un curriculum de cada uno de ellos; suerte de esbozos biográficos, más que todo; cosa que Laureano también le va a presentar de inmediato, y entonces, con motivo de la entrega de esta labor, se produce un intercambio entre ambos, en el que nuestro Vallenilla Lanz va a soltar una prenda valiosa para corroborar eso que hemos subrayado de su persona, como sería la jactancia suya de que conoce muy bien a la aldea que es Venezuela y a toda su gente, cuando le expresa, una vez examinado el asunto:

-En todo caso, tengo orgullo de mis recomendados, y la seguridad que harán excelente labor. Conozco la historia de Venezuela a fondo, desde el Descubrimiento, y nunca se ha seleccionado un mejor grupo de colaboradores. Se ha cerrado el ciclo de los generales ignaros, y de los mandatarios surgidos de componendas de partidos. El compromiso de estos hombres es con la nación.

Habría que señalar, a manera de ilustración, que en el famoso libro ***Leviatán***, de Thomas Hobbes, aparece un dibujo, y en el que se nos representa la

escena de una ciudadela que está custodiada por una gigantesca sombra, coronada de rey; una sombra humana que tiene unos ojos bien abiertos, señal de vigilia; no olvidemos que el estado que esboza allí el famoso filósofo inglés es el de la seguridad ciudadana, y es así como se nos antoja Laureano, a propósito de eso que subrayamos suyo, cuando expresa tales jactancias; momento en el que lo vemos sacar a flote su espíritu policial, rasgo psicológico suyo que, por lo demás, ya hemos subrayado en alguna oportunidad.

En el dúo de él y su jefe, en cierto sentido, se reproducía la imagen, varias veces evocada por nosotros, de Mujiquita, el famoso secretario del alcalde analfabeto; tratado en la obra de Rómulo Gallegos; y, entonces en este plan se veían ambos, a propósito del papel que representaba cada uno, a medida que nombraban a las altas autoridades del país. El alcalde en este caso era Pérez Jiménez; de forma que al final terminaba por aceptar lo que se pudiera considerar una imposición de Laureano, si se tiene presente que él era el hombre de las luces. Esto se veía, sobre todo, al momento de nombrar al presidente del Congreso, que entonces suenan dos nombres, y sobre ambos se explayan a hablar en términos de conveniencia, de forma que de allí saldrá uno; un tal Carlos R. Travieso, eminente médico capitalino, y a quien, dicho sea demás, le toca la suerte de estos dos señores. Luego, arman el aparato del poder legislativo: presidencia de la Cámara de Diputados y demás vicepresidencias de todo el resto del cuerpo; mientras hacen enroques y colocaciones en ciertos cargos claves del Ejecutivo.

Este personaje, Mujiquita, da hasta para una tira cómica. Es decir, los arquetipos de Gallegos llenaron una época. En un periódico humorístico de nombre El Morrocoy Azul viene una historieta de esta naturaleza, que la lleva a cabo un humorista peruano residenciado en el país, y lo cual viene al caso en razón de que por esos días ese señor se acerca donde Laureano, tomando en cuenta que a ese periódico lo quieren poner en venta, para proponerle una sociedad entre ambos, a modo de acometer tal empresa. El órgano ha sido manejado por un grupo de intelectuales de izquierda, a la cabeza de Miguel Otero Silva; y obsérvese esto del humor, pues no es de extrañar que el venezolano se acoja a una mamaderita de gallo periodística, siendo tan afín a esta tendencia, a propósito del devenir político; cuando encuentra que se siente impotente frente a las circunstancias, y lo peor del caso es que se trata de una publicación de línea marxista, mucho más que El Nacional, como lo reconoce Laureano, teniendo presente que éste está orientado por la filosofía de la familia Otero, mientras que el otro responde por los intereses de Miguel, quien, como hemos dicho páginas atrás, es un comunista confeso, y por esto, en consecuencia, a Laureano le parece áspero tomar el control de aquel semanario, a pesar de que el mismo es una mina, y eso por el hecho de que está pegado en el medio venezolano, y entonces cuenta con muchos suscriptores.

En ese sentido, Laureano acusaba una excesiva presencia de los comunistas en todos los rincones de Venezuela; en la conciencia del venezolano, digamos mejor; la prensa estaba infiltrada por comunistas, la radio, los liceos, las universidades; una infiltración que consideraba nefasta. El problema era que la burguesía, a su juicio, había caído en la trampa, y así había terminado también financiando las iniciativas de esta gente: publicitaba, verbo moderno, en sus órganos, y esto por lo que hemos dicho también más de una vez; por el hecho de que nuestros mantuanos, quizá por exhibicionismo, como lo señalaba Ortega y Gasset, se adherían al clero de izquierda en esos años.

Pero, ¿acaso él no se había declarado admirador de las grandes figuras del comunismo, llegando a considerar a Mao como el Julio César de los tiempos contemporáneos? La diferencia entre Laureano y un dandy revolucionario, estilo Miguel Otero Silva, estribaba en que, mientras éste era comunista hacia fuera -admiraba, por ejemplo, los logros de la revolución soviética-; el otro lo era hacia adentro, y esto con el fin de tener una cierta proyección en el campo internacional. Otero Silva era de aquella especie de poetas, como Pablo Neruda, que vendían su producción literaria, haciéndose interesantes con el hecho de militar en las filas del comunismo. Ortega y Gasset decía que este revolucionarismo era una farsa, ganas de conquistar escenarios, y como eso lo sabía Laureano; entonces se lo impugnaba a su compatriota. Su conciencia capitalista le dictaba que, en ese sentido, la burguesía pecaba de cándida, y que los resultados de esta situación eran patentes:

-Buena parte de la juventud –recordaba a propósito de esta reflexión- comulga ya con sus ideas. La reina del liceo Andrés Bello, por ejemplo, una niña de quince años, apenas me ha manifestado con la mayor tranquilidad: "Yo no puedo discutir con usted, doctor Vallenilla. Representa a las clases opresoras, la coalición del clero, del capitalismo y del Ejército".

Por esta razón concluía diciendo que el porvenir de Venezuela era oscuro; estaba manchado de rojo, y lo cual le aumentaba la paranoia con respecto a la transitoriedad suya por este país.

Laureano llega un día a cometer la imprudencia de darle un cheque, por el valor de media de su fortuna, a su criado Simone, a modo de que funja de testaferro, y esto se devela ante la opinión pública; alguien lleva el chisme a El Morrocoy Azul, y entonces viene al caso cierto chiste en sus columnas, que a Laureano le agria el carácter.

En ese sentido, él siente que su vida en un alto porcentaje no es grata, y esto en razón de la naturaleza de aquel cargo que ocupa, cuya posesión necesita una persona con alma de pulpo, para absorber miles de cosas que pasan por aquel despacho; y entonces esto exige su presencia en el ministerio por muchas horas: pasa revista a informes de los directores y del consultor jurídico; atiende a centenares de individuos; aquello son firmas que tiene que estampar.

Entonces el esparcimiento que tiene este hombre es con motivo de sus bajadas al litoral, donde apenas puede disfrutar de un par de horas en la piscina de su casa, cuando llega la oportunidad de darse una escapada, junto con su familia, y que no es esparcimiento de un todo, ya que el mismo está achacado por obligaciones oficiales, que son ineludibles, como la redacción de algún documento o de una misiva oficial, a los que hay que darle camino, como se dice en lenguaje oficinesco, porque no olvidemos que todo gobierno se mueve como una maquinaria, y así que este mundo no lo deja tranquilo.

Su vida comienza poco antes del amanecer, puesto que ya hemos dicho que se trata de un funcionario con la voluntad de hierro, y así él es el primero en llegar al ministerio, y, se diría, el último en retirarse, habida cuenta que no viene a despedirse de allí sino muy entrada la noche; de modo que el trajín de este alto funcionario cesa con la medianoche, cuando se dirige a su cama. Algo que ve como una monotonía desconsoladora, y por esto hemos hablado en su caso de una existencia nada grata, después todo. Por ese motivo, Laureano aprueba como una forma de liberación esos ataques que le vienen de la prensa, estilo El Morrocoy Azul; sobre todo, porque detrás del hecho no está sino la intención de tumbarlo a él, y lo cual es una situación que éste liga en el fondo, es decir, quiere desaparecer de allí.

Quizás había algo más desconsolador aún, y era el hecho de que ahora descubría que el poder no le sabía a nada. Al contrario, él se saturaba de aquel mundo, cuyo entorno suponía una comedia acartonada; empezando por los cuadres de los militares, cuando andaba por los predios del alto gobierno; significa que de su persona emanaba una energía de autoridad, y que no sólo era celebrada por esta gente del uniforme, sino también por la gente civil: cualquier gran cantidad de jalabolas tenía este hombre encima, para decirlo del modo más grosero, y que ya hemos visto en uno y otro escenario; algo que perturbaba a Laureano, quizás, porque allí todo era fingido; un mundo de intereses, queremos decir, estaba de por medio, y entonces, por aquí, le veía la cara de hipocresía al poder.

Era achacoso para él tener que empaquetarse de terno inglés, con ocasión de las grandes ceremonias oficiales: el pecho cubierto de condecoraciones, para merecer una más, si era que se trataba de un día de imposiciones; colocada por aquellos sujetos que se encargaban de ser los adulantes; ceremonias donde se veía que eso no era más que una opereta, y que se palpaba en el propio hecho de que la champaña, que se servía al final del acto, era tibia y dulce. Allí Laureano añoraba los famosos almendrones de Macuto, es decir, experimentaba un fastidio que lo sacaba de aquel entorno, y lo llevaba a recorrer otras tierras, que traducían liberación.

Ahora no podía asistir tampoco a las reuniones sociales, porque todo el mundo le caía encima. Gente que tenía un contrato en algún ministerio, y

entonces quería que se le moviera, o le solicitaban que intermediara por algún hijo que había sido destituido de un cargo público, o en el caso de una beca para el menor, y hasta del *trousseau* de la niña que se casa. He allí la soledad del todopoderoso, que entonces se ve recluido a sus cuatro paredes sin poder visitar a nadie, mientras se establece un cerco alrededor de su casa, y que se lo ayuda a fortificar su mujer; lo que significa que allí no entran sino los escogidos; los amigos más íntimos de Laureano, y quienes, valga decirlo, tienen la expresa orden de no hablarle de política.

Nuestro Vallenilla Lanz es del tipo de sujeto que no es dado a la bebida; aunque sí al cigarrillo, que sería el único vicio que se le conocería a esa personalidad suya, "zanahoria", como se dice en los bajos fondos en Venezuela; cosa de llenar ceniceros en pocas horas aquel tercio, un fumador empedernido, como hemos dicho al principio; he allí el desequilibrio, la escapada, mejor dicho, y nada mejor que haciéndose daño a sí mismo; una suerte de flagelación el cigarrillo en su caso. ¿Un elemento revelador de esta situación? Su tos matinal produce espanto, y lo lleva a formular lo que llaman promesas de parturienta, en especial, cuando está en pleno acceso.

Una prueba más del carácter cínico del venezolano se va a palpar en la conducta que asume frente a él Llovera Páez, con motivo de su regreso a Venezuela, y a cuya casa acude Laureano de inmediato. Entonces el sujeto le sale con un balde de agua fría, y que se traduce en la forma como lo recibe: gélida; casi protocolar, y la cual resalta frente al carácter llano expansivo, que siempre ha mostrado frente a él; lo que quiere decir, que el susodicho representaba una farsa, cuando poco antes de marcharse le hacía ver que entre los dos no había pasado nada. Y las dudas las viene a resolver, en definitiva, con ocasión de un almuerzo que se le ofrece al tercio en la famosa casona de la hacienda de Coche, donde en otrora, según lo evoca Laureano, había quedado sellado el famoso tratado de paz que ponía fin a lo que él llamaba, para la ilustración de sus memorias, la estúpida y sangrienta Guerra Federal. El almuerzo ha sido organizado por cuenta de Miraflores, y, en ese sentido, éste se ve obligado a acompañar al presidente. Sirven un whisky; Llovera Páez anda por allí, se acerca a los recién nombrados, y entonces le riposta a Laureano:

-Te portaste mal conmigo durante mi ausencia. Has reaccionado contra mí en el ministerio.

Nosotros hablamos que estamos ante un hombre con reconcomios, en virtud de que Laureano había tenido el cuidado de estar en contacto telefónico con su familia, por la vía de sus suegros, para informarse acerca de su salud y de su vida, en su conjunto; cosa que no dejaba de sacarle a él, como le recordaba lo de una comida que le había ofrecido su hermana en Nueva York, a nombre suyo. Sin embargo, el coronel estaba empecinado en que Laureano había sido mal tercio con él, y entonces le argumentaba:

-Todo eso es verdad, y tú eres demasiado vivo para dejar tus huellas, pero sé que reaccionaste.

Nada responde Laureano, aunque sabe a qué se refiere Llovera Páez. Es la misma historia de Suárez Flamerich, sólo que ha venido a manifestarse más tarde: pero eso es lo que le dice Llovera Páez cuando paga los platos rotos con él, y entonces Laureano se hace el sueco. Le da por recorrer la famosa casona en compañía de otro amigo suyo, apasionado también de la historia.

Se trata aquélla de una mansión típica de la Colonia; levantada en la cima de una colina, más bien hacia el suroeste de la ciudad de Caracas; rodeada de corredores, que los conforman aleros, adosados a la nave central, y en donde proliferan las ventanas interiores. Entonces a Laureano le da por figurarse un mural histórico, con el motivo del acto de la firma del tratado, el famoso Tratado de Coche que pondría fin a la atroz y voraz Guerra Federal, y en donde se verían a los dos actores principales, como serían Antonio Guzmán Blanco, secretario de Juan Crisóstomo Falcón, y Pedro José Rojas, secretario del entonces dictador José Antonio Páez.

¿Quién era Rojas? Constituía uno de esos oscuros personajes que han sido hechos para figurar en la historia de un día. En una fecha determinada las circunstancias del devenir de un país lo colocan, al susodicho, en el centro de los factores en juego, y entonces viene a ser un sujeto significativo, pero breve; un individuo que había tenido una cierta figuración como periodista, que se caracterizaba por una idiosincrasia prosística; la que se manifestaba en sus textos en frases como "no es lo mismo caer, que caerse"; perogrulladas, como diría un filósofo, y que publicaba en periódicos, que él mismo se ocupaba de editar, con los nombres de El Independiente, como se llamó uno que recordaba Laureano, y de modo que de la noche a la mañana, sin partido, como él mismo lo reconocería en su prensa, se había transformado en el secretario de José Antonio Páez. Se trata de un momento en el que el país le ha concedido al famoso centauro de Los Llanos los plenos poderes para que sofoque las tropas federalistas; pero ya el anciano no es aquel feroz combatiente, que se lucía a lomo de caballo, y que fue factor primordial en la guerra de emancipación unos cincuenta años atrás; de modo que ya no le queda sino capitular por la paz. ¿Personaje de historia de un solo día este Pedro José Rojas? Entonces se despediría de todo, una vez firmado el armisticio; no podía mirar ahora un pueblo que a partir de este momento lo iba a señalar de apátrida, y esto por el hecho de que dejaba el país hipotecado; producto de una pesada deuda pública, y por la que se habían puesto como garantía ante nuestros acreedores el 50% de los derechos aduaneros de nuestros puertos; una situación contra la que toda la vida había luchado a través de campañas de prensa; habiendo sido una suerte de "denunciador de oficio", y lo que lo llevaba ahora a guardar silencio; un pueblo, digamos además, voraz y saqueador, y ante el

que tenía sus días contados; de forma que a través de El Independiente se despediría con frases bien solemnes; recordadas por Laureano: "bajemos de la tribuna... ¡Tribuna periodística, adiós! ¡Adiós para siempre", y marcharía a París, como decimos en criollo, con su cara bien lavada; habida cuenta que, por concepto de las negociaciones del empréstito, había obtenido una jugosa comisión, y de la que se había beneficiado también Guzmán Blanco. Pasaba por hombre culto, y lo ayudaba su buena apariencia; condiciones indispensables para triunfar en los salones parisinos, y era esto lo que le iba a permitir tener figuración en la sociedad francesa, por lo demás; al punto de llevar amores con una actriz de renombre. Lo cierto es que aquel periodista incorruptible de apellido Rojas se va a permitir educar a sus hijos en colegios aristocráticos, y lo cual redundará en beneficio del mayor de ellos, de Pedro; redundará en el sentido de que será condiscípulo del futuro Alfonso XII, quien también anda por allí, como él, en condición de desterrado; de modo que cuando a este potencial soberano le pasen los años de su desgracia, nuestro compatriota tendrá peso allá en la sociedad de esa época de Madrid. No perdamos de vista que Laureano se ha propuesto un mural histórico, a la manera de un Centeno Vallenilla, y en la elaboración del rostro de Rojas ha establecido, también para la ilustración de sus memorias, esa elipsis alrededor de su vida; le toca, ahora, el turno a Guzmán Blanco, cuyo semblante comienza por considerarlo tan apuesto como el de su contendor; el semblante de un rostro en el que empieza a asomarse la barba, que lo va a caracterizar a éste: "La guerra lo ha endurecido –dice mientras piensa en el desarrollo de su obra-. El gesto es imperioso. No queda nada de aquel jovencito frágil e insinuante que enamoraba a Luisita Giuseppi Monagas, la nieta de José Tadeo".

Laureano era un historiador nato; cosa que lamentan las ciencias relativas a esta materia en nuestro país, lamentan, diríamos, el hecho de que no fuera sino un aficionado de la misma, y era aquí donde se diferenciaba de su padre; como él lamentaba que Delgado Chalbaud no hubiera encarado su carrera de arquitectura, y así se hubiera olvidado de las veleidades del poder. En ese sentido, aquella casona le despertaba los recuerdos acumulados por largos años de lectura y, por esta vía, imitaba a su viejo amigo Pedro Manuel Arcaya; aquél atiborraba a Laureano de erudición histórica, cuando entonces caminaban por las calles de París, y se detenían en algún monumento importante, como el Palacio de Louvre. Algo parecido le sucedía a Laureano en aquel ambiente, cuya situación le traía a la memoria escenarios, sucesos; le afloraba pensamientos con relación a capítulos de nuestra historia patria: no se olvide que Marcel Proust dice que la memoria no está en uno, sino en las cosas, y gracias también a aquella erudición que, de hecho, le venía por parte de su padre y de su entorno; de forma que determinado salón le hablaba que allí se habían desarrollado las negociaciones políticas entre Guzmán y Rojas.

-Entrada la noche –desliza la pluma de Laureano sobre su lienzo imaginario, y para el enriquecimiento de estas páginas- ambos personajes suben al coche de Rojas, y toman la vía de Caracas. Guzmán Blanco ha sido autorizado para abrazar a su madre, doña Carlota. Pasan los dos políticos carretas llenas de muertos y de heridos. El último combate ha tenido lugar no muy lejos de allí, en Quebrada Seca. Páez aguarda inquieto en La Viñeta: "La paz, la paz a toda costa", repite el héroe anciano a sus íntimos. La melena es ahora blanca, pero siempre abundante. Un temblor nervioso agita sus manos. La cara es siempre de león. Concluido todo, se irá a Nueva York, donde esperará la muerte viviendo de una pensión que le servirá, puntualmente, el gobernador argentino, por expresa recomendación de Domingo Faustino Sarmiento. Los venezolanos nacemos marcados por la tragedia.

## III

Todos los lunes a las 9:00 de la mañana, Laureano tiene cuenta con Pérez Jiménez. En realidad, se trata de una simple formalidad, en vista de que ambos sostienen mucha comunicación telefónica, a través de cuyo hilo gobiernan; aparte de que la dinámica de las labores del gobierno los lleva a encontrarse, una y otra vez, en actos, en reuniones, en consejos, y de modo que son pocas cosas las que le puede transmitir Laureano por esta vía a su jefe; se deduce que son pocos los minutos que dura por allí; momentos en que éste, además, se abstiene de tratarle puntos delicados, y esto en razón de que Pérez Jiménez es un hombre de amanecer con la vena atravesada, como dicen los llaneros, y entonces se vuelve irascible determinados días; difícil de trato. En ese sentido, Laureano prefiere esperar a que ande de buenas, a pesar de que en los instantes en que está ácido lo persigue a éste hasta en el más mínimo detalle, dándole demasiada importancia a aquellos asuntos menudos que le presenta, y sólo para formarle peos; esto porque está soberbio. En términos científicos esta enfermedad de la vena se conoce como neuralgia.

Aquello era que los pobres ministros venían a quejársele a Laureano, y debido a que desconocían el secreto de ese hombre que lo volvía de mal genio. No pasemos por alto que Pérez Jiménez es un ser distante, y que no lleva mayor trato con estos tipos. Esta era otra de las labores de Laureano, es decir, intercambiar con esa gente, y esto era algo para lo cual estaba hecho él, teniendo presente su alta disposición a la sociabilidad; lo que significa que la labor de la administración pública, propiamente dicha, quedaba a su cargo, y, en ese sentido, Laureano se entrevistaba con mucha frecuencia con cada uno de ellos, quienes le venían, para volver con el tema, una y otra vez con terribles quejas de malacrianzas de este señor.

El consejo de ministros se realiza los días viernes en el antiguo comedor de Miraflores, y es allí donde Pérez Jiménez demuestra ser un hombre frío, pragmático, calculador; un hombre que no se lanza si no conoce bien la materia de que se trata. Estas son ruedas de exposiciones manejadas por criollos, que tienen la chispa despierta, y entonces los torneos de oratoria se recrean con dosis de buen humor. Hay el ministro irónico, que señala algo que le puede resultar nefasto a los antropólogos modernos, y es que suelta en una de estas ruedas ministeriales que:

-El problema indígena de Venezuela es que no hay indios.

De pronto también le sale el venezolano, y entonces juega con las palabras:

-Pueblo Nuevo se muere de vejez, y Punto Fijo se mueve.

Unos consejos de ministros de los cuales quedan grabadas imágenes imperecederas; como esa de que, de pronto, uno de sus integrantes, abogado, por ejemplo, detecta un error en un decreto, y lo cual queda como una lección de derecho administrativo; por eso hablamos de momentos imperecederos; es decir, aquel gabinete estaba compuesto por grandes eminencias. Allí había el hombre joven, Julio Bacalao Lara, que se podía considerar el Benjamín del grupo, pero que demostraba un olfato político muy agudo, y entonces eso explicaba por qué el tercio estaba al frente del ministerio de Obras Públicas.

En ese gabinete hay aquél, por ejemplo, que fue partero de la mujer de Laureano, con ocasión del nacimiento de su hija, el ministro de Sanidad, por lo demás, el doctor Pedro Gutiérrez Alfaro; famoso ginecólogo, que le asistía el parto a las mujeres más prominentes de la sociedad caraqueña; cosa que le deparaba fama y, por consiguiente, contar con una buena clientela, de forma que aquel sujeto se caracterizaba por exhibir un cierto género de vida ostentoso; un hombre que impresionaba a Laureano por su pulcritud, al punto de parecerle salido de un envoltorio de celofán. Impecable aquel traje, aquella camisa... y, luego, bien perfumado, no sólo por el agua de colonia, sino también por un penetrante olor a jabón de almendras. Este estaba unido a Laureano por la contemporaneidad, que le es afín a ambos; pero, además, por vínculos históricos. Se trata de personajes tocados por la tradición patria, pues este ministro de Sanidad era nieto de uno de los hombres fuertes del régimen de José Tadeo Monagas, y de modo que la vena histórica lo lleva a Laureano a verlo con una cierta familiaridad, tanto más porque Lola Tagliaferro, su señora, era descendiente de un general que había sido compañero de guerra de los Vallenilla Cova, y lo cual era algo que lo identificaba más con éste.

En los recuerdos suyos estaba el hecho de que siendo muy niño había escuchado los acordes de la famosa ***Alma Llanera***, pieza que se considera el segundo himno nacional, y esto porque Gutiérrez Alfaro era hijo del compositor Pedro Elías Gutiérrez, y dada la amistad que reinaba entre él y uno de los hermanos de éste, había tenido oportunidad de presenciar los ensayos de

la famosa Banda Marcial, que se hacían en la casa de su amiguito, donde se introducía la pieza, y esto por el grado de confianza que existía entre estos dos pequeños, que le permitía a Laureano tener acceso a ese medio familiar. En realidad, la madre suya había sido muy amiga de la madre de los Gutiérrez Alfaro, gente que se conocía de antaño, y de modo que ir a jugar a aquella casa con aquel amiguito para nuestro Vallenilla Lanz tenía su parte afectiva; habida cuenta que más de una vez aquella señora le había evocado el recuerdo de su madre.

Se trataba, Gutiérrez Alfaro, del tipo de médico que siembra una ética en su profesión, al cobrarles altas tarifas a la gente pudiente, mientras que con los pobres es generoso; lo cual quiere decir que es equitativo en lo que atañe a la prestación del servicio a su clientela; pues es del tipo de médico que se toma la molestia de visitar las casas de sus pacientes sin ninguna distinción social. Es, además, del tipo de persona que el caraqueño dice que carece de malicia, y esto se comprueba por el hecho de que Laureano suele decirle grandes disparates, a manera de broma, y el sujeto termina creyéndoselos. Al final, al verse burlado, expresa:

-¡Cuándo te cansarás de mamarme gallo!

Si nosotros partimos del principio de que la mayor parte de los integrantes del gabinete han sido amigos de nuestro Vallenilla Lanz, muchos de ellos hasta de su más remota infancia, pudiéramos decir que se trata de un gabinete de godos, para emplear este término que es más político que ese de mantuanos, el cual hemos utilizado en una y otra oportunidad, si se tiene presente que todos ellos son de la clase de Laureano, es decir, uno de los gabinetes más de derecha que hemos tenido en este país. Allí el pueblo, como ya lo hemos visto, quien lo tenía eran los militares; que, como ya lo asomó Laureano, una alta proporción de ellos provenía de la clase plebeya; de origen modesto, humilde.

En aquella fauna había el funcionario populista, único en su caso, y cuya casa se había transformado en una suerte de instancia de beneficencia, como sería el comandante Carlos Pulido Barreto; un personaje influyente, por lo demás, habida cuenta de su alto cargo en las fuerzas armadas, que era el de director del Servicio de Armamentos. Se trataba de un ser entregado a la dádiva; caritativo y que se tomaba a pecho los problemas del prójimo. Así se presentaba donde Laureano, y le quitaba mil bolívares: alguien los necesitaba para una operación.

Otras veces le decía:

-Mira, mira. Aquí traigo la invitación para el matrimonio del capitán Fulano de tal con carácter de padrino, nada menos. Tienes que abrirte, hace falta la nevera. Por el resto no te preocupes, ya he conseguido lo demás.

Tenía una piel de caimán, el tercio, para soportar desplantes en procura de este tipo de ayuda; sobre todo, de Pérez Jiménez, a quien acudía una y

otra vez hasta el cansancio, y entonces era uno de los pocos oficiales que conocía al jefe. A Laureano le parecía que el sujeto, en cuestión, era de la misma estirpe del general León Jurado, cuyas casas tenían la puerta abierta para los menesterosos; casas de patrones espléndidos, y por esto hemos dicho que la de este señor parecía una instancia de beneficencia: un caso curioso en una época como la suya.

-¿Y cuántas personas van a almorzar hoy aquí? -preguntaba su señora con un cierto asombro.

Todo un mundo caía por aquella casa: diplomáticos, sacerdotes, oficiales, médicos, abogados, ingenieros, obreros, empleados, comerciantes, industriales, adecos, comunistas e independientes; en procura, como es de suponer, del favor oficial. Estos se apostaban en el salón, en los corredores y, los de más confianza, en el comedor, conformando una serie de círculos, en donde prevalecía la igualdad social. Allí departían, en animada cordialidad, el agricultor de un campo de Aragua con el embajador de China: todos andaban en lo mismo; Carlos y Josefina daban la impresión de que gustaban rodearse de aquel tropel de gente, pues participaban con animación de uno y otro círculo también. En especial, el comandante sacaba una libreta, con motivo de una solicitud de alguien, anotaba, y luego prometía hablar con el jefe.

La jefatura del Estado Mayor la ocupa el coronel Rómulo Fernández, un personaje típico también en esto que hemos calificado de fauna; sobre todo, porque se trata de seres que no están a la altura de las circunstancias, y entonces se exceden en sus actos; terminando por sofocar a su entorno. El típico hombre recién vestido, que le da por hacer celebraciones en su casa, de lo más cursi, y donde todo es acartonado. El se las trae leyendo unos poemas de su propia inspiración, que arrancan verdaderos bostezos, y, para colmo, su esposa se las da de iluminada de los espíritus del más allá, y esta iluminación se basa en el hecho de que, al parecer, aquéllos, mientras duerme, suelen dictarle cosas; cosas como diseños de trajes, que amanece calcando, para acudir donde el costurero, o como diseños de muebles, que también amanece calcando, para acudir donde el ebanista, y los cuales dejan maravillados a aquel mundo de personas con quienes se relaciona, en ese sentido, y así que se regodea delante de sus visitantes haciendo alarde de esta situación; realizaciones que no deja de mostrar, si el caso se presenta, allá en la mansión que tiene esta gente en las Colinas de Bello Monte, y cuyo nombre, con su ironía de criollo, Laureano cree que también viene por el lado de los "médicos del otro mundo", y no es otro que el de "Mis Amores"; ella es el fiel retrato de la mujer burguesa, que pulula por el mundo de las novelas de Marcel Proust, cuando se comenzó a dar el desplazamiento de la clase noble por ésta, y entonces exhiben su garbo de recién vestidas. La señora, en cuestión, es trepadora al punto de ser diputada, y nos permitimos usar este calificativo, en virtud de que actúa en

forma atropellada, adjudicándose papeles que no son tales; aparte de que su oratoria es totalmente disparatada, y entonces al no llenar las expectativas de Laureano, en materia de conducta política, éste ha guardado silencio, y ha esperado que se estrelle, como solemos decir en criollo cuando un ser desbocado de esta naturaleza irrumpe en el escenario, y cosa que, en efecto, al final se ha cumplido.

En las conversaciones de Pérez Jiménez con Agustín Blanco Muñoz, a propósito del libro ***Habla El General***, éste asoma más de una vez que Laureano era un abyecto, y esto se observa en el hecho de que su famoso ministro de Relaciones Interiores era capaz de vender a cualquiera, con tal de ganar puntos; muy a la manera de Zumeta, que ponía en las malas a Zutano y a Mengano ante el general Gómez, en unas cartas plenas de adulancia, que le dirigía al susodicho; de modo que por aquí venía Laureano contra este señor Fernández; a pesar de que no era de su ética ejemplar de lo que se hablaba en el famoso ***Libro Negro***; cosa de cínicos; el susodicho no le permitía al jefe de Estado Mayor prestarse a un cierto género de corrupción, que era vox populi; es decir, tema de opinión pública, relacionado con las compras, en concreto, de las Fuerzas Armadas, y en donde se daba mucho la figura del sobreprecio, y es por esta vía como Fernández se presentaba como un multimillonario, que se daba el lujo de hacer grandes festejos. Pero el problema ético lo llevaba a confrontarse con este sujeto a Laureano, habida cuenta que Pérez Jiménez no era escaparate de nadie, y así como le oía decir a su ministro sobre sus hechos de corrupción, recién nombrados, así se los exponía al famoso Rómulo Fernández, y de aquí le venían a nuestro Vallenilla Lanz las malas caras y, en definitiva, el meterse en enredos con los famosos Fernández.

Quizás, en el fondo, éste sale ganancioso con este hecho, si se tiene presente que no hay nada más deplorable para Laureano como asistir a una fiesta en la quinta "Mis Amores"; sobre todo, por el género de cursilería ingenua que allí se destila, y que comienza con los famosos recitales del señor; cuando no una lectura de los poemas suyos, por parte de la señora; escena que se desarrolla en un quiosco, alrededor del cual colocan las mesas, y ese quiosco es clave allí, teniendo presente que el mismo sirve de escenario para que el par de señores se dedique a lo que hemos descrito, en un principio, y, luego, para que broten de él los hijos del matrimonio; unos niños que aparecen allí, como si hubieran estado escondidos, esperando la llegada de su respectivo momento, para presentarse y decir:

-¡Papaíto adorado! Los hijos de tus entrañas; misteriosos retoños de amor..."

Y lo cual es para descomponer a más de uno, en especial, a Laureano, a quien le da por mirar hacia la puerta, tratándose de la cosa que considera más alejada de su persona; mientras hay una clase de tipos que se ríen a sus anchas con este género de payadas, en la primera oportunidad que aquel sujeto

da la espalda, y no le dicen nada en su momento; cuando el que aplaude lo hace sin gracia, sólo para complacer los caprichos histriónicos de ese par de tripones que son los Fernández.

-¿Cómo te parece, Luis Felipe?, le pregunta Laureano al ministro de Justicia, que lo tiene a un lado.

-Me faltan riñones.

Y en esta galería de tipos, vistos a través de las memorias de nuestro Vallenilla Lanz, no podría dejar de ser mencionado el célebre Fortunato Herrera; importante en la medida en que la propaganda clandestina lo acusaba de ser el testaferro de Pérez Jiménez. Era un oriental reencauchado de caraqueño, teniendo presente su dilatada residencia en la ciudad capital, y en donde se fijó en un comienzo con el oficio de pintor de brocha gorda. He allí lo que el ingenio del criollo no se calaba; husmeaba extraño el hecho de que este señor; de ser un don nadie, de la noche a la mañana se había transformado en un sujeto con un sólida fortuna. ¿Su oficio? Presidente de una lotería. A él se le dicía el "Platinado", y era uno de los del entorno presidencial a quien se le acusaba de promover la prostitución entre las figuras del gobiemo; sobre todo, de buscarle mujeres al jefe. El caso es que el tercio era soltero, y el género de fiestas que se hacían en su casa no eran del todo de carácter familiar. Pero no pasemos por alto que se trataba de una época en que el hombre visitaba mucho el burdel; a falta de esa corriente que se impondrá en la existencia contemporánea, conocida como amor libre. Pura pacatería, pues la gente que lo atacaba, a juicio de Laureano, era la misma de la que alguna vez le llegaron chismes con relación al hecho de que montaba bacanales, y festejaba rumbosamente "la democracia" en una *suite* en un hotel de Nueva York, una *suite* que pagaba la línea Aeropostal durante el gobierno de Acción Democrática. ¿Y a quién no había financiado Herrera, a propósito de su alma generosa, como la consideraba Laureano, entre aquel mundo de hombres que se dedicaban a la política? Se trataba de un sujeto que ganaba mucho dinero, gracias a los dividendos que le proporcionaban las loterías, y en las que medra mucho mundo; gente que viene a ser la beneficiada, gracias al dinero fácil que allí fluye; casi siempre amigos del fulano o gente que manda el aparato del partido "para una ayudita", y así Herrera era un hombre mano suelta; no le decía no a nadie; tipejos que, en las primeras de cambio, se le iban a voltear, y lo iban a difamar.

También en el hecho de no ligar la política con la amistad, se parece Herrera a Laureano, y esto que se le considera uno de los hombres más influyentes del régimen. Ni mete la mano por fulano ni pone en las malas a zutano. En ese sentido, su conversación no tiene nada que ver con la marcha del Estado. Se trata de un ser prudente, que no aborda sino los temas del día: las menudencias que corren en la calle, pero que en su boca suenan divertidas, y por eso anda en esa camarilla; esto es, por su simpatía. Laureano lo ubica en

ese tipo de caraqueño de esquina; de la esquina de San Francisco, por ejemplo, donde se reúne una cuerdita, que echan chistes y son ocurrentes para todo.

Su soltería la compensa con una gran adoración hacia su madre, a quien la tiene en tienda aparte, como se dice, habida cuenta de sus correrías amorosas, aunque rodeada de lujo. En estos casos, los venezolanos dados al psicoanálisis, hablamos de que el tercio sufre de "mamitis".

Con Herrera, a propósito de eso de la influencia suya con Pérez Jiménez, ocurre un hecho relacionado con Suárez Flamerich, cuando todavía éste andaba por allí, que, quizás, lo habría de recordar de por vida, y es que el sujeto, en cuestión, en cierta oportunidad da la orden a su escolta de que no deje pasar al "Platinado" hacia el palco presidencial, donde se encuentra Pérez Jiménez con el gabinete en pleno, y en un estadio, en el que se desarrolla cierto evento deportivo; cosa que se cumple. Herrera, por lo demás, acata la orden sin discutir mucho, en la actitud de alguien que "espera a otro en la bajadita", y, durante los días que siguen, se mantiene alejado de Miraflores. En ese sentido, Pérez Jiménez expresa extrañeza ante el hecho, sobre todo, que no haya estado con él en el famoso evento deportivo, y es así como se le envía a buscar. Entonces Herrera le refiere el asunto al jefe; por lo que al sonar el nombre de Suárez Flamerich en aquella tramoya, enseguida se le hace venir. Nosotros decimos que ése sería un día inolvidable para Suárez Flamerich porque de una reunión que éste sostendrá de inmediato, a puertas cerradas, con Pérez Jiménez, saldrá para decirle a Herrera delante de un grupo de personas, con quienes se encuentra departiendo, y entre los que figura Laureano:

-Quiero presentarle mis excusas Herrera. El edecán ha interpretado mal mi orden. Soy amigo suyo. Basta que lo sea usted del coronel.

¿Se trataba de un neoandinismo que se había apoderado del poder? Allí había el oriundo del Táchira, que se había tomado muy a pecho la cosa, y entonces viajaba con frecuencia a Rubio, un pueblito de la región, y se diría que para llamar la atención de aquel "paisa" suyo. Se trataba de Rafael Pinzón, el consultor jurídico de Miraflores, y se dice que en su caso se hacía notable, si se tiene presente que era una persona que poseía una gran erudición, es decir, una persona de una cultura cosmopolita; por contraposición a aquel mundo bucólico con quien él se iba a compenetrar. Justificaba el asunto haciendo ver que estaba empeñado en sacar adelante una hacienda de ganado vacuno; una hacienda que había sido un legado de su padre, y que explotaba conjuntamente con un hermano, y a cuyos predios se llevaba a uno que otro ministro, tocándole el turno de vez en cuando a Laureano. Así, mientras cabalgan en bestia ambos, aquél le refería a nuestro Vallenilla Lanz:

-Mira allá fundaré potreros. Aquí una vaquera modelo. Ese trapiche viejo y abandonado molerá pronto caña.

El era uno de los altos funcionarios a quien frecuentaba Laureano. A éste

le parecía que en casa suya había siempre un gusto criollo, en términos culinarios, muy excelente, y así que entre ambos había una total identificación. Los dos eran parecidos en el entendido de que podían abordar los más disímiles temas. Pero, además, esto del andinismo llamaba la atención al punto de que Pérez Jiménez había interpretado cuál era su intención detrás del mismo, y entonces lo mortificaba diciéndole:

-El doctor Pinzón dice que va para Rubio; pero yo no lo creo.

El arzobispo coadjutor de Caracas, monseñor Arias Blanco, un día se presenta en la oficina de nuestro Vallenilla Lanz en Relaciones Interiores. Al prelado lo conduce una preocupación: la poca iniciativa que mueve ahora la Iglesia para enrolar pastores de almas; la juventud mira con una cierta distancia al seminario, y el prelado cree que esto se debe a la demasiada influencia de la propaganda comunista en las escuelas y los liceos. ¿Cuál "yo" está presente en este momento en la conciencia de Laureano? En este instante piensa como "yo" capitalista, es decir, con los pies en la civilización occidental, puesto que va a estar de acuerdo en parte con él, con motivo de una conversación teorética, como ocurre casi siempre con nuestro Vallenilla Lanz, que se desarrolla entre ambos; aunque enseguida le hace ver al prelado que también hay que tomar en cuenta que el fomento de las carreras liberales ha aportado otro espíritu entre la gente, y la que ya no ve con tanto entusiasmo la presencia de una sotana.

Estamos de nuevo ante el Laureano anticomunista, que mira con terror el éxito que ha tenido la propagación de la ideología marxista en la conciencia del profesorado venezolano; pero ante cuyo fenómeno se confiesa impotente de combatir, como gobierno, teniendo presente que el Estado no cuenta con un cuerpo docente capaz de sustituirlo a éste, y, además, porque dice que ése ha sido un fenómeno que se ha ido arraigando en este sector desde hace unos doce o quince años. Es así como se nos vuelve sociólogo, y, en ese sentido nuestro Vallenilla Lanz, plantea más bien cuáles pudieran ser otras alternativas para combatir este flagelo. ¿Acaso por la vía de la prosperidad? El profesional que se acomoda, a la larga se vuelve conservador; he allí la primera alternativa: el progreso del individuo en sí. ¿Otra? Se le ocurre pensar que hay que fomentar la idea del colegio privado, manejado por congregaciones de religiosos, ahora cuando tiene un prelado por delante, a escala nacional, y luego le viene otra idea a la cabeza, la cual en un futuro uno de los famosos gobiernos democráticos la puso en práctica, como es la de enviar a miles de jóvenes venezolanos, los más talentosos, a formarse en el extranjero:

-Esos becarios –le dice a monseñor- regresarían a Venezuela, al cabo de cinco años, con otras ideas y verdaderos conocimientos. Hay mucho de aldeanismo, de ignorancia, de carencia de auténticos maestros, en los sentimientos políticos vernáculos.

Este queda perplejo. Esperaba una reacción más firme por parte de Laureano, y es cuando le dice:

-No sabía doctor que usted era tan pesimista en la materia.

No faltaba más: de nuevo aquello le afloraba el mundo de los fantasmas a nuestro Vallenilla Lanz, y así venían a colación los temores de que era víctima, con relación a lo que iba a ser su futuro, y, quizás, el tiempo le daría la razón cuando entonces decía que a esta sociedad la esperaba un gobierno de corte socialista, si es que de nuevo caemos en nuestro presente actual, y le damos carácter de diario a estas páginas, y observamos que, por lo menos, hay un régimen que proclama una revolución, y se declara aliado del comunista Fidel Castro en Cuba; pero esto, luego de un trecho de vida democrática, en efecto, de democracia mal entendida, y, por lo demás, luego de haber acaecido esos temores que abrigaba Laureano en su alma. Entonces le decía éste al prelado, con respecto a la inminente llegada de un régimen de este tipo:

-Es casi inevitable. Nuestra burguesía que va a misa, baila, se divierte y viaja, ni siquiera sospecha que vivimos sobre un volcán. Yo, educado en Europa, desempeño un papel de gendarme, mientras ella duerme tranquila, y se enriquece. Mi porvenir es claro. El destierro y la confiscación en el mejor de los casos, si salgo con vida.

A Laureano le hace gracia el hecho de que el arzobispo, al final, se santigua, y se despide diciéndole:

-Voy a pedirle a Dios que lo ilumine.

Obsérvese, como lo hace ver hoy en día el historiador Manuel Caballero, con motivo de las consignas que se le oyen decir al presente gobierno, lo peligroso que resulta cuando una camarilla se arroga el papel de gendarme, en aras del interés del desarrollo nacional. Cuando se tiene la absoluta convicción de que se cuenta con la razón, y entonces se caen en tentaciones leviatanescas.

El escritor García Márquez tituló su obra sobre los dictadores ***El General en su Laberinto***; no olvidemos que el minotauro devora seres al fondo de su laberinto, de acuerdo a la leyenda de Ariadna; lo que significa que hay su carnicería, para utilizar un término de la prensa roja, de vez en cuando por estos predios, a instancias de la dictadura; crímenes muy sonados, que ponen a pensar a Laureano, por el eco conmovedor que crean en la opinión pública, como el de un famoso capitán Wilfrido Omaña, quien no corre con la misma suerte de Carnevalli, al ser emboscado por la Seguridad Nacional en plena calle, frente a la plaza de Las Tres Gracias, aquí en Los Chaguaramos, esto es, no muy lejos de la casa donde se escriben estas líneas; una lluvia de plomo lo espera, tan pronto desciende de un automóvil, y así que cae abatido, junto con otro oficial de jerarquía media. Ambos conocidos en la clandestinidad con mucha resonancia, y eso porque se habían pasado al bando del enemigo, a raíz de una conspiración en la que se ven envueltos, y lo que les había valido la fama

de valientes entre aquellos hombres con quienes luchaban, y, para mayor desgracia de Laureano, éste se encuentra reunido con Pérez Jiménez, en el momento en que Pedro Estrada acude a darle el parte del hecho, en cuestión, y así se le hace turbia la ocasión, y no sólo a él, sino al grupo, en su conjunto; habría que decir, al margen de todo esto, que, según unas confesiones que le hace Estrada al periodista-sociólogo Agustín Blanco Muñoz, Omaña le tenía una guerra a la Seguridad Nacional basada en llamadas telefónicas, mentándole la madre a todo el mundo por allí, y así que, según el otro, había que ejecutarlo. Pero, por fortuna, Laureano tenía piel de cocodrilo, y así que se olvidaba de aquel asunto con el argumento de que una vez más se sacrifican dos venezolanos jóvenes, sin razón aparente, víctimas de la violencia desatada en el país, desde 1945.

Por esos días recibe una carta de Alberto Carnevalli para acusar recibo de los envíos que le ha hecho, relativos a libros y revistas; lo que demuestra nuevamente el carácter honrado de Laureano, y en la que, además, aprovecha para plantearle el problema de su salud, relativo a un cáncer que padece; un cáncer muy avanzado que necesita asistencia, y de modo que Laureano se mueve para ayudarlo con un par de amigos galenos, y le consigue, al respecto, que se le someta a un tratamiento en una clínica particular.

Hay duelo nacional. Muere Isaías Medina Angarita, y a Laureano lo marca ya desde la voz acongojada que le transmite la noticia. Se hablaba entre aquellos círculos de la gravedad de salud del ex presidente; sin embargo, aquella noticia lo sorprende a éste, quizás, por la parte de aflicción, que ella le produce, y, al respecto, enseguida enfila hacia la casa del susodicho en el Country Club. Es de los primeros en llegar; es decir, no se topa sino con los familiares más cercanos al finado, y su confianza allí le permite acercarse al cuarto, donde se encuentra el cadáver, y el cual reposa en una cama cubierto con una sábana blanca; para, luego, pasar a repartir pésames entre aquel grupo de personas consanguíneas de Medina Angarita. No obstante, Laureano está también allí en su carácter de representante del gobierno, y el cual aspira rendirle honores correspondientes a su alta jerarquía; cosa que, no obstante, mira con recelo la viuda, para el momento en que éste se lo trasmite, según la voluntad de Pérez Jiménez. El gobierno quiere decretar duelo nacional; traslado del cadáver al Salón Elíptico del Palacio Federal. La viuda quiere una cosa sencilla: un entierro casi en el anonimato.

La privacidad en las conversaciones hace que otro día se embarquen en el remolcador "Felipe Larrazábal", Laureano, Pérez Jiménez y Gutiérrez Alfaro, a modo de dirigirse a Los Roques, un tanto en las condiciones en las que se ha dado el viaje a La Orchila, sólo que aquí Pérez Jiménez quiere examinar lo que va de obra de gobierno; lo que se ha hecho en infraestructura vial y en infraestructura educativa; pero, además, las circunstancias en las que se ha

levantado la obra; más en concreto, los intríngulis de los negocios; habida cuenta de las comisiones que por allí se cuelan, y el tipo de relaciones que se da entre los gobernadores y los comandantes de guarnición de las regiones; pues éstos no dejan de exhibir ese espíritu del venezolano de ser pedigüeño, y así que siempre están en un rebusque con esta gente. De modo que por aquí existe mucho comentario, y allí están ellos para estudiar una estrategia que le ponga coto a esta situación; pues, por lo demás, Laureano ve allí la existencia de un vicio que, como todo mal, conduce a conductas aberradas para el día en que éste no pueda ser satisfecho; como el hecho de que alguien despotrique del gobernador en el club, y lo cual, en el fondo, resulta como pegarle a la propia familia; algo que no se le recomienda a un gobierno como el de esta gente, puesto que su imagen debe ser la de la unidad.

Pero con independencia de la parte ética de la cuestión, el tema más especial allí es el relativo a los trabajos de construcción de la sede de la Universidad Central de Venezuela; una obra apoteósica, llevada a cabo por un venezolano-francés, Carlos Raúl Villanueva, como ya lo hemos dicho, y se trata del tema más especial, en virtud de que allí está puesta toda la esperanza del gobierno; pero no por la obra arquitectónica en sí que, desde luego, será impactante, en cuanto al concepto moderno que ella supone, sino porque para un hombre de pensamiento tecnocrático, como Laureano, aquello representa una verdadera revolución educativa, tomando en cuenta las condiciones en que la obra se entrega a una masa de personas que van a asimilar conocimientos, y los que se encontrarán con unos equipos de aprendizaje altamente sofisticados, lo que son laboratorios, permítasenos decirlo, y bibliotecas. Una obra sorprendente, con muchas ambiciones, y entonces esto lo lleva a decir, que el profesional que va a salir de ese centro de estudios, va a ser de primera.

Es así como Laureano argumentaba ante su jefe que aquello iba a redundar en una acción civilizadora, tan parecida a la de Guzmán Blanco, y la cual había dado origen al famoso movimiento positivista: movimiento que constituye el primer intento por introducir en el país lo que la teoría Briceño-Guerrero define como la Europa segunda; la Europa de la razón o de la ciencia y la técnica, y es así como Laureano trae al caso una pléyade de hombres, que conformó la lista de lo más notable del positivismo venezolano, muchos de los cuales han sido nombrados en estas páginas, entre ellos el propio progenitor suyo; y era así como éste apreciaba un desfase con lo que vendría después, ya que pléyades, como ésa, no se verían más en el país, excepto la famosa generación del 28, que más bien Laureano la veía política y de escaso vuelo intelectual; tanto así que sus integrantes, según él, habían tenido que pedirles a Rómulo Gallegos y a Andrés Eloy Blanco que los representaran, siendo ambos de generaciones anteriores, y era esto lo que lo llevaba a decir que, en términos de apertura civilizatoria, el régimen de Gómez había resultado

un verdadero fiasco, y que en su caso venía a ser como un mea culpa, teniendo presente los lazos que unían a su padre con el gobierno gomecista.

Luego, la conversación gira hacia la academia militar, con cuyo tema anda obsesionado el presidente, y así que al elemento tecnocrático de Laureano, le agrega el elemento militarista; en lo que se refiere a los procesos educativos, y, en ese sentido, Pérez Jiménez se refiere a la alta categoría que va a tener de ahora en adelante un subteniente, según sus pronósticos, en cuanto a escala social; una obsesión por el uniforme, que también está presente en Perón, y en otros dictadores latinoamericanos; pues esa conciencia atravesada, que posee el hombre de estas tierras, lo lleva a tergiversar, y así ver que ese orden que se supone que está detrás de aquel hábito, se puede llevar a todas las esferas de una nación, sobre todo, a la del poder. En el fondo, hay un aburrimiento por las armas; éstas son tan pesadas y enormes, que, al final, el tercio se pregunta: "¿por qué no andamos mejor por la carrera del político?". En realidad, no se trata de un distanciamiento con las armas, como tal, puesto que sobre las mismas reposa la política del régimen, sino un distanciamiento en tanto éstas representan la defensa del país. No hay del militar abnegado que haga de la carrera de las armas un fin y no un medio, como lo hace tradicionalmente. Entonces Pérez Jiménez habla de la creación de un Instituto de Altos Estudios para post-grados en el que convivieran, durante uno o dos años, doctores y militares diplomados de Estado Mayor.

-De allí saldrán –expone- los futuros gobernantes de Venezuela, presidentes de la República, ministros, diplomáticos, mandatarios regionales...

En ese sentido, Pérez Jiménez encaja en esa categoría de militar, que esboza don Ricardo Palma, ya citado por nosotros, y quien tiene sembrada la idea en la cabeza, de que la presidencia de la República es un grado más de su carrera de miliciano.

Interesante resulta también oír, cuando le toca a Gutiérrez Alfaro hablar, lo que son los planes de trabajo del ministerio de Sanidad. Se trata del momento en el cual se continúa a fondo con los programas de medicina preventiva, ya iniciados por los gobiernos anteriores, cosa que hemos mencionado de pasada en estas páginas, con motivo de la modernización de la salud pública del país; lo que supone campañas antimaláricas, en la lucha contra la anquilostomiasis; uno de los flagelos que todavía ataca a aquella población; aparte de que esta modernización se ve reforzada por los programas de medicina asistencial, y lo que supone la construcción de una red hospitalaria, y aquí vuelve a traerse a colación el tema de la Ciudad Universitaria, de la UCV, pues a ella va a pertenecer el Hospital Clínico Universitario; un hospital que también va a significar un hito en la historia de las edificaciones venezolanas, tomándolo como pieza individual del otro conjunto, tanto por la belleza arquitectónica, ya que será una obra de Villanueva, como por la técnica instrumental

que allí se va a instalar, para el servicio de este tipo de medicina.

Hay una parte en la obra de Octavio Paz, en la cual éste trata de demostrar que el universo es ritmo; que el ritmo lo conforma todo, y que en una de las dimensiones donde se puede reflejar ese ritmo es en el discurso poético; lo que en lenguaje de los surrealistas hemos calificado de vasos comunicantes, y así por estos días, de junio de 2000, el autor de estas líneas se ha tropezado con una exposición en la Galería Nacional de Caracas, una exposición en homenaje al famoso Carlos Raúl Villanueva, y por esto hemos hablado de un ritmo en nuestra vida cotidiana: un ritmo en el que aquello tiene que ver con esto, y esto con aquello, un encadenamiento de circunstancias; el ritmo de la naturaleza de las cosas, como dice Octavio Paz, y el cual deja maravillado a cualquier persona, por el género de coincidencias que concita. No sin razón dice André Breton que la belleza es el encuentro fortuito de un paraguas y una máquina de escribir sobre una mesa de disección; aunque esto ya está muy manido en estas páginas, y no es lo que interesa por el momento, sino algo que allí se maneja; como es la propia personalidad de Villanueva, proyectada en varias partes, a propósito de una curaduría versátil que se le hace, donde hay planos, fotografías, cuadros pictóricos que le regalaron al arquitecto en vida las grandes celebridades, amigas suyas, y, sobre todo, un video, y en el cual se recoge la documentación filmográfica, donde se registra parte de la ciudad universitaria cuando estaba en proceso de edificación, que era lo que los tres señores abordaban; estableciéndose así una paralela con aquel momento, y entonces allí en pantalla aparece un señor Mateo Manaure, quien habla del colorido del Hospital Clínico, y cuenta que Villanueva lo llamó y le hizo tal encargo, esto es, que le pintara tal obra: un sujeto con una cierta trayectoria en el campo de las artes plásticas, y quien también figura con alguna que otra producción suya en ese mundo de la integración de las artes que logra Villanueva instalar allí. ¿Y qué decir de éste? Un sujeto que nace en Francia, hijo de padres venezolanos, que se educa entre los galos, y quien al graduarse de arquitecto decide regresar a la patria de sus progenitores. En el caso suyo Venezuela era su segundo hogar, como Francia lo era para Laureano, según lo hacíamos ver atrás. He allí la prueba: en el documental, la viuda suya, señora ya entrada en edad, cuenta que el arquitecto cantaba mientras se bañaba, y que sus canciones eran en francés. A ella misma la había elegido porque hablaba dicha lengua. Una señora menuda, sentada en una butaca, quien entona una canción en francés, aprendida de su marido. Esto ocurre entre las décadas de 1940 y 1950, en un momento en que se ha propuesto el concepto geométrico en la forma arquitectónica, y así veremos a un Villanueva, recién llegado al país, darle este toque a todas sus construcciones, una gran parte de las cuales van a ser escuelas; y que nos perdonen los lectores esta digresión.

Pero estábamos en que a bordo del remolcador "Felipe Larrazábal" esta

gente plantea el tema de la medicina asistencial; a partir del capítulo de la construcción de un conjunto de hospitales a escala nacional, y entonces se le ocurre a Gutiérrez Alfaro traerle a Pérez Jiménez a colación el problema de la ubicación de los leprosos; sobre todo, porque se trata de un centro asistencial que requiere aislamiento; por lo que hay que pensar en islas o en algún cabo de la costa, justo, como Cabo Blanco, donde está ubicado el que funciona para ese momento, sólo que en condiciones deplorables, y es por eso que llama la atención del ministro; por lo que entonces le asoma la posibilidad de utilizar una hacienda adquirida por la administración de Medina Angarita en un lugar del Litoral, conocida como Los Caracas, con el fin de levantar una colonia allí. Gutiérrez Alfaro ve este lugar como algo muy lejano del perímetro de la ciudad caraqueña, aunque duda del mismo; pues comienza diciendo que no cree que aquello se le pueda dar carácter de leprocomio, como hablamos los venezolanos cuando esperamos que alguien nos diga lo contrario; es decir, por la vía de la negación anticipada, y así le asoma esa posibilidad; por lo demás, el presidente no sólo se la niega, sino que considera un disparate convertir aquello en tal, y lo considera de acuerdo a los planes de desarrollo de la región que tiene el gobierno:

-Ahora con la autopista, y, más adelante, con el túnel a través de El Avila, la población de la capital se volcará sobre el Litoral en los días de asueto. Reducirla al espacio comprendido entre Naiguatá y Macuto es estúpido y antisocial. Nuestros trabajadores tienen el mismo derecho a disfrutar del mar que los ricos. Hay que organizar centros a lo largo de la costa, abrir una carretera paralela al mar Caribe que conduzca hasta el oriente del país.

Una de las cosas que no le perdona la modernidad a los adecos es el hecho de que sus gobiernos no continuaron con aquellos planes de infraestructura vial, sobre todo, que le oímos esbozar una y otra vez a Pérez Jiménez. El venezolano habla con nostalgia de esta situación; fundamentalmente, porque el gobernante adeco distrajo los recursos para el financiamiento de estas obras, en aras de otro tipo de ideal populista, y así prefirió repartir dinero, a través del aumento de la nómina burocrática: he aquí uno de los fracasos de las administraciones de AD y Copei. Observemos que en las palabras de Pérez Jiménez ronda el proyecto de hacer un túnel, atravesando la montaña de El Avila, porque éste es hombre de la idea de comunicar por todas partes a Caracas con el Litoral, y el cual sólo hasta aquel momento había sido para el disfrute del caraqueño pudiente, y así pensaba en un turismo masivo; ya estaba en su mente el objetivo de hacer de aquella famosa colonia de Los Caracas, que en la época de Medina Angarita se había vendido como una hacienda, a una especie de ciudad vacacional, y decimos que ya estaba en su mente porque había visto los planes y las fotografías del terreno en su conjunto, y entonces decía para aquellos dos señores:

-...Una gran ciudad vacacional para obreros y empleados con hoteles, restaurantes, piscinas, salas de espectáculos, mercados y *bungalows*. Ya es tiempo de ocuparse de ellos. Jamás se han beneficiado los pobres del progreso y de los ingresos del petróleo; pero eso va a cambiar.

También allí había una conciencia populista, como se puede comprobar, según lo dicho por Pérez Jiménez; sólo que era un régimen que sabía administrar mejor los recursos, y así había invertido en obras públicas, obras monumentales, y las que, existiendo, producen nostalgia, por aquellas otras que las administraciones adecas dejaron a medio camino, como una mole de concreto, que se iba superponiendo en conchas, en forma de espiral, a la manera de una montaña, conocida como El Helicoide; una obra proyectada para ser el primer centro comercial en aquella Caracas de la década del cincuenta, y que por muchos años estuvo abandonada por la desidia de los nuevos gobernantes. Este era un gobierno que auspiciaba el movimiento obrero, en el cual aspiraba apoyarse, ya que, como se ha dicho, su piso político lo constituía el partido de las Fuerzas Armadas, prestadas al papel de hacer política, y así Pérez Jiménez entendía que había que construir en todo el país una red de casas sindicales, y a las que se les dotara de oficinas, bibliotecas, teatros, piscinas, campos deportivos. Decía: "Serán una mezcla de centros sociales y culturales".

Al susodicho se le pintaba una idea bien graciosa, a propósito de esta dotación de servicios de los que iba a gozar la clase obrera, ya que como él recordaba que el 18 de octubre de 1945 las bandas de saqueadores habían arrasado con el Club Paraíso, el "hogar de los asalariados" iba a quedar, según sus proyecciones, tan infinitamente mejor que el de los ricos, que entonces éstos iba a sentir la tentación de saquearlos a aquellos, y lo gracioso era que le decía a Laureano:

-Imagínese, por ejemplo, a su amigo Henrique Velutini con unas sillas al hombro. No soy oligarca, doctor Laureano, por mi origen y por mis convicciones, pero tampoco demagogo. Día vendrá en que el pueblo sabrá escoger entre quienes se ocuparon de él, y los que lo engañaron miserablemente

Pérez Jiménez es un hombre que no le da marcha atrás a nada, y así que a la semana siguiente la emprenden hacia Los Caracas; aquel proyecto se le transforma en una obsesión, y de modo que se disparan él, Laureano y el ministro de Obras Públicas; es decir, una comitiva; y un buen trecho en aquel Litoral lo tienen que recorrer a pie. Si algo hubiese que reconocerle a Pérez Jiménez es su carácter de constructor, de conciencia edificante, como diría el hegelianismo, y esto se comprueba en el hecho de que al llegar, lo primero que hace el tercio es posesionarse del terreno, en cuestión, y posesionarse en el entendido de que saca una libreta, y comienza a hacer proyecciones, como el que se sabe dueño de una cosa, y le da por trazar sobre ella determinada obra, a modo de ubicar los elementos del conjunto, y, entre tanto, se mete hasta lo

profundo, que ya significa la falda de El Avila, con su escolta de tipos detrás, a medida que precisa la extensión del terreno completo. Hay un final agotador para esta gente; extenuada queda la comisión; pero, por fortuna, por allí cerca pasa un río, que desciende de la montaña, y sobre el que se abalanzan; de forma que mientras se refrescan, va un par de policías, que andan por allí, a buscarles comida; y al rato llegan con unos sandwiches; sandwiches y cervezas, unas cervezas que vienen calientes, pero allí vale todo; lo que le permite a Pérez Jiménez tomar un segundo aire, para continuar emocionado, y entonces comenzar a exponer cosas; hiperkinético se vuelve aquel ser, tan pronto salen del arroyo, y entonces el jefe frío, distante y reflexivo, que siempre acostumbra a ser, no cesa de hablar.

Se trata de un país, cuya única diversión es emborracharse los fines de semana, y meterse en juegos de azar, lo cual le preocupa al general Pérez Jiménez, quien ya ha sido ascendido a tal grado, digamos de paso; en tanto que allí no está presente sino una degradación física e intelectual del pueblo:

-Por eso he convenido con usted, doctor Laureano –le asienta a éste-, en que se construyan estadios en el interior; se fomenten los eventos deportivos. En cuanto a los caraqueños, se van a sorprender. Para ellos y sus familiares serán las nuevas playas del Litoral y el teleférico de El Avila.

Toda esta obra se hizo, y no sólo no fue continuada, sino que lentamente se fue deteriorando conforme se impuso la desidia adeca. He allí un concepto de la democracia mal empleado: asociarla a la dejadez. Democracia significa discreción del funcionario; vista gorda; pago de comisiones; olvido de responsabilidades, y por aquí nos dejamos venir a través de una escala de falsos valores, que conforman ese sistema chucuto que se dio por llamarse tal, mientras había un país por construir, y a ése no se le hacía caso. Consecuencia de todo ello es que hoy tenemos lo que ya preveía Laureano, para completar la idea: un gobierno de corte socialista; enemigo, sobre todo, de la iniciativa privada, y lo cual se puede comenzar a medir a partir de allí. Estábamos en que Pérez Jiménez esbozaba sus planes; hablaba de la masificación del turismo hacia el Litoral, y, a propósito de dicho tema, acariciaba la idea de habilitar un par de buques, a objeto de ponerlos en servicio de viajes hacia Europa, en la búsqueda de turistas, y así atraer gente hacia la isla de Margarita, sobre todo; y explicaba:

-El turismo es la fuente de ingresos lógica de Nueva Esparta. También de buena parte de los estados de la cordillera. Usted cree también en las frutas y el pescado; pero esas entradas son secundarias. Yo me refiero, naturalmente, al turismo interno. El otro demanda patrimonio artístico e histórico, siglos de civilización, y moneda barata; cuando no, juego y prostitución. Venezuela carece de todo eso. Conformémonos con que nuestros compatriotas no emigren a Las Antillas en Semana Santa. Es una manera, como usted dice, de mantener el equilibrio de la balanza de pagos.

Para este momento, como habíamos dicho, Pérez Jiménez ha sido ascendido a general; reporte que nos lo ofrece Laureano de una manera somera; pero los hechos que nos evidencian una fotografía que aparece inserta en el ejemplar de *Escrito de Memoria* nos hablan de un momento de una gran apoteosis para el susodicho, y quien aparece con un traje de gala, en un acto en el Palacio de Miraflores; sentado en la silla presidencial. Detrás de él se observan cuatro edecanes, vestidos de su misma gala, y a su mano izquierda, pero como a un metro de distancia, doña Adela de Pérez, su señora madre; antes, incluso, que su señora esposa, muy allá del trono, lo más apartada posible, a pesar de que doña Flor destaca por su llamativa presencia y, en especial, por llevar un sombrero estilo dama aristocrática inglesa; lo más patético allí, sin embargo, es ese rostro adusto de la madre del nuevo general, que mira hacia el público con una pose arrogante; pose que también podría darse en su hijo, que la copia a ella, por lo demás, en casi todos los rasgos de una cara de cachetes inflados y de acentuado mentón; aparte de que ambos llevan lentes, cosa que se le destaca, sobre todo, a Pérez Jiménez, que, de por sí, es calvo, y la montura de carey se le ve enorme en aquella cara diminuta; unos lentes que descansan sobre una nariz recta, que es característica en ambos, y así que éstos a él le cuadran, como le cuadran a ella. Algo nimio, sin embargo, tomando en cuenta que ha sido un autonombramiento, y de aquí que Laureano no se detenga a evocar mucho esta situación.

El arquitecto Luis Malaussena, como lo tenemos establecido, es un hombre de prestigio en ese momento, diplomado de la escuela de Bellas Artes de París; el segundo arquitecto del régimen; sólo que con menos universalidad que Villanueva. Amigo de Laureano el tercio; frecuente contertulio suyo, y es a lo que íbamos, pues un día se acerca por su oficina con el objeto, quizá de intercambiar algunas impresiones; impactado, como viene de un viaje que ha hecho por Los Llanos, y, en especial, por la mala crianza que observa en el país en la producción de ganado vacuno, cosa que tal vez en el fondo también considera conveniente plantearla al ministro de Relaciones Interiores, a modo de causar preocupación. Es interesante el punto de vista de Malaussena, quien vuelve a las preocupaciones de César Zumeta, acerca de la mesa pobre del venezolano; y así parte de que el pueblo tiene que tomar conciencia de su alimentación; sobre todo, porque ha visto unas reses flacas pastar en esos llanos; afiebrados los ejemplares; atormentados por la garrapata y la mosca bofa, y de allí que haya visto que el venezolano no sólo sufre de desidia frente a muchos deberes públicos, sino también frente a lo que come. En contraposición, Malaussena piensa en las vacas normandas, gordas, de piel lustrosa, echadas en prados llenos de flores, que observó en su adolescencia, cuando le correspondió hacer su respectiva pasantía de muchacho mantuano por Europa, y que se veían crecer con el ojo de su amo.

Esta imagen ya está manida por nosotros en este contexto; pues no se olvide que Laureano tuvo ocasión de encontrarse también con el ganado del Sur, como aquel famoso de Las Pampas argentinas, y al que terminaba comparando con el criollo nuestro. Aquí las condiciones tecnológicas habían permitido que este ganado sobreviviera, fundamentalmente, a las inclemencias del tiempo; a sequías prolongadas que lo mataban de sed o a lluvias torrenciales e incesantes que lo ahogaban en esas sabanas; lo cual era el punto, si hacemos memoria, donde Laureano ponía el acento en aquella ocasión, cuando veía la fortaleza de aquel animal, y entonces decía que dicha vitalidad no se debía sino al acondicionamiento de ese medio ambiente inhóspito, por intermedio de la ciencia y de la técnica. De manera que su desarrollo como animal de cría dependía de ampliar un tanto más la mirada del entorno donde se daba, en un orden de factores geográficos, hasta dominar la naturaleza toda entera, a modo de garantizarle a la especie una existencia rebosante y fuera de peligro; y por aquí andaba Laureano, por lo demás, para el momento en que el famoso arquitecto le hace semejante comentario, en cuanto a la acción de imitar aquella práctica. Laureano ya se había movido, en ese sentido, o el gobierno, en su conjunto, y así tenía ocasión de decirle al otro cosas que venía construyendo el régimen, como una carretera que se levantaba desde San Fernando de Apure; una carretera que se iba a empatar con Caracas; lo que era una toma de estas sabanas feraces, pero también inhóspitas, con recursos modernos; cosa que implicaba canalizaciones de ríos, redimensionamientos de otros, para volverlos navegables; todo un proyecto de desarrollo fluvial; y entonces le decía a Malaussena:

-El ganado quedará protegido de las inundaciones y de la sed. Entonces se estimulará la importación de buenas reses. Es una inmigración importante, y tan urgente, como la de los seres humanos. Para el país cuenta igual un pardo suizo que un trabajador europeo. Es urgente que vengan los dos. De otra parte, se abonarán los suelos con productos de la petroquímica y se sembrarán pastos artificiales. Ayer, precisamente, me hablaba el doctor Tamayo de la pangola, y de pruebas satisfactorias llevadas a cabo con la alfalfa.

-Magnífico; pero debe andar ligero. Hay que cambiar aquí el régimen dietético. El hambre ha sido tan grande que nos hemos habituado a comer porquerías. El famoso consomé de chipichipi es granzón, y una cosa dura e insípida llamada casabe tiene la consistencia del material acústico.

# IV

Se presenta el 2 de diciembre de 1953, y, como tal, se realiza un consejo de ministros extraordinario; el cual se prolonga por tres días. Sus integrantes revisan con el presidente las obras que ya se han realizado, y que se puedan inaugurar ese preciso día, buscando impactar a la población en el primer año de gobierno. Se trata de un gabinete ejecutivo inolvidable, y que le da a Laureano la impresión de que está al comienzo de una edad de oro de la República. Todo muy bien cuadrado, como diría un criollo; todo al pie de la letra: un conjunto de obras; carreteras, edificios, puentes, canales, concentraciones escolares, hospitales, plantas eléctricas, puertos, aeropuertos le ofrece ahora el gobierno a su pueblo. He allí el carácter inolvidable de ese consejo de ministros, y donde todo el mundo termina mirándose la cara sorprendido: por primera vez se ve al país tomar en serio la marcha del progreso. El activo fijo de la nación aumenta ese año en un alto porcentaje, según lo tiene reportado Laureano.

El susodicho invoca una metáfora tradicional, pero que viene al caso, con motivo del primer año de gobierno, cuando dice que el parto ha sido duro, pero que, finalmente, la criatura ha comenzado a desarrollarse, y así hay grandes maravillas que salen a la luz pública, en materia de obras de infraestructura; sobre todo, la autopista Caracas-La Guaira, además de la autopista del Este; y las que ya hablan del carácter cosmopolita que toma la ciudad capital. ¿Y quién no baja al Litoral en aquellos momentos? Entonces se da una efusión entre las masas de caraqueños, que los hace bajar a La Guaira, y aquello son caravanas de vehículos que viajan cargados de gente, vestida de la manera más carnavalesca: aquí estaba lo que preveía Pérez Jiménez; la proliferación del turismo masivo hacia el Litoral desde entonces hasta nuestros días, y decimos hasta nuestros días, valga la referencia, porque toda esa iniciativa que partió de él fue arrasada ahora en diciembre de 1999, con la irrupción de la montaña de El Avila, que sepultó en lodo, palos y rocas casi todo el Litoral; luego de un diluvio que cayó del cielo, y de lo que no queremos acordarnos, porque ha sido algo trágico. Lo otro es la autopista del Este, que nos habla ya de la definitiva expansión de la capital venezolana hacia aquella parte que Laureano conoció de niño siendo unos campos cultivados de cacao; hacia aquellos lugares que en otrora habían sido haciendas, por lo fértil de sus tierras, y la que supone ya volúmenes de carros, que se movilizan por las vías caraqueñas.

He allí el momento en que se le pueden sacar todas las cosas que se quiera a Pérez Jiménez; pues anda de buenas el tercio, y de aquí que salen a la calle centenares de presos políticos; hay un respiro en el país, un instante de concordia, y hasta Pérez Jiménez se permite un sarcasmo con uno de los Arcaya, al escribirle una carta hipócrita, cargada con bastantes improperios contra "el pobre Laureano", a quien lo acusa de ser el intrigante de la partida en

contra de su persona; carta que le envía a Nueva York, para invitarlo a regresar al país; un sarcasmo muy propio del venezolano.

¿Hemos hablado de un Nikita Harwich Vallenilla? Hacíamos notar al momento de aparecer cierto sujeto con el nombre de Nikita Harwich, como representante de una empresa estadounidense, la que se iba a asociar con aquella de Laureano, que un cruce consanguíneo estaba por venir, dado que conocíamos parte del trabajo histórico de aquel señor, que se apellidaba de aquella forma, es decir, conocíamos aquel nombre, y nos sonaba que aquí estaba su origen; cruce que ya se ha consumado para el momento en que transcurren estas cosas; lo que significa que ha desposado a Finita, y, en especial, para el momento en que nuestro Vallenilla Lanz se ve estimulado a comprar un barco; y será un factor muy importante para la adquisición de la embarcación, puesto que él se encontrará en los Estados Unidos en esos días, y así será el representante del susodicho en el negocio; decimos que se siente estimulado, porque, en verdad, quien lo lleva a tomar esta iniciativa será el propio suegro de Laureano, don Adolfo Bueno, quien le hace ver la pasión que él siente por el mar, y lo bueno que resulta el Caribe, como refugio, para hombres como el presidente y como él, que necesitan aislarse, de vez en cuando; y así le habla de lo fácil que se consigue un barco en Estados Unidos, cosa por la que no se detiene a pensar Laureano, teniendo presente que el viejo se ofrece a financiarle el mismo; de forma que, gracias al cuñado, a los dos meses de comenzar a mover su idea, atraca el velero "Roraima" en el puerto de La Guaira, conducido por el propio Harwich, además de un amigo de Laureano, especialista en este tipo de embarcación.

Así se inician las excursiones suyas, conjuntamente con familiares y amigos, hacia La Tortuga, La Orchila, Las Aves, La Blanquilla; esto es, hacia las islas venezolanas del mar Caribe, y entonces los críos, o sea, hija y sobrinos de Laureano, son objeto de preocupación de las madres, y que no los ven completos, cuando éstos se apostan en la barandilla a contemplar el mar; de donde resultan que los cuentan una y otra vez, mientras los chamos gozan con la experiencia de cotejarse con las aguas. Algo nefasto sí resultan los camarotes de aquel velero, que son demasiado calurosos, y de modo que a aquellos navegantes no les queda sino dormir sobre cubierta en unas colchonetas, y de donde viene que muchas veces son despertados por una ola fuerte, que se bate contra la embarcación en la medianoche, y así los baña de agua. A medida que pasan los días, además, Laureano se perfecciona en el difícil arte de subir y bajar las velas.

De aquí nace la idea del acondicionamiento de lo que será el yate presidencial, a la altura de la Casa Militar, y esto porque el jefe Pérez, cuando Laureano lo invita a participar de una de estas excursiones marítimas, se muestra desconfiado con el tipo de embarcación; prefiriendo, en todo caso, si es de salir al mar, el remolcador "Felipe Larrazábal", en tanto que terminan de hacer

los trabajos de acondicionamiento de la mencionada embarcación, y la cual exige capacidad para el transporte de tropas, entre otras cosas.

Un día pasa un diplomático nicaragüense por su oficina, con motivo de la preparación que requiere una visita, que ha pautado Anastasio Somoza, con Pérez Jiménez; un sujeto interesante en la medida en que lo remonta a sus días en la Sociedad de las Naciones Unidas en Ginebra, cuando Laureano fungía de secretario de la delegación venezolana; pues le parecía que allí se formaban esa escuela de tipos que tenían finas maneras, como él; Laureano observa a un Franguilis, un funcionario de la Academia Diplomática Internacional, reproducido allí a través de los mismos modales, los mismos gestos, y hasta refiriendo los mismos cuentos. Un individuo que admira mucho al general Somoza, según lo aprecia Laureano; principalmente, porque cuenta anécdotas de él, que dejan ver el carácter mesiánico de una persona; un líder populista con mucho más carisma que Pérez Jiménez, y esto se ve en el propio hecho de que, de acuerdo a lo que dice este señor, el general Somoza es un hombre que se mueve por Nicaragua sin guardaespaldas alguno, lo que indica el grado de su popularidad.

Se presentan los tiempos en que a Laureano le vuelven sus veleidades de periodista, en especial, incitado por un sujeto que le propone la compra de un órgano, que ha tenido mucha vida desde la muerte del general Gómez hasta la fecha, y el cual está en proceso de liquidación por parte de sus dueños. Pero no es que El Heraldo arrastra problemas de tipo administrativo, como sería el caso de El Morrocoy Azul, sino que Laureano lo observa como un medio que ya está en plena decadencia, y esto explica por qué se haya venido a menos; de modo que su circulación merma cada día más; se trata de ese tipo de periódico de corte antiguo, que ya queda rezagado frente a las masas de lectores, ávidas de novedades periodísticas, y que su ambición de ser un órgano nacional, choca con un periodismo impreso mejor acabado, que ya se desarrolla en la provincia venezolana. Es así como El Nacional viene a resultar mucho más carismático que los demás, y esto unido al hecho del tono izquierdoso de su línea editorial; cosa en la que tiene mucha gente puesta la expectativa, cuando se corre por una época de revolucionarios, y tópico que también hemos explotado hasta la saciedad. El Heraldo exhibe una línea más bien conservadora, que desluce frente a los tiempos contemporáneos: un periódico de corte antiguo, de corte costumbrista; un periódico decimonónico; pero el cual tiene un logotipo, como se dice en el periodismo, pegado ante la opinión pública venezolana, lo que significa un espacio por donde se puede vender una ideología política, como la que profesa el régimen. De pronto Laureano se convence; la insistencia del oferente termina incitándolo, y así se ve reuniéndose con un grupo de hombres de capital; casi todos ellos ganados para la causa perezjimenizta: es decir, capaces de sostener un órgano que arroja pérdidas, pero con una

cierta influencia aún entre cierta masa de lectores, y de modo que así se crea la voz del régimen, que circulará en pleno mediodía del siglo en este país.

La labor de Laureano, en esta oportunidad, va a ser la de editorialista; unos editoriales que van a ir apareciendo dos o tres veces a la semana, firmados por R. H., esto es, un seudónimo cualquiera, y los que irán destacados en la primera plana.

¿Cuál es el Laureano que va a fluir en esta pluma? Ahora va a fluir el Laureano de la modernidad: el hombre que cree en la ciencia y en la técnica, y quien trata de hacerle ver a los venezolanos lo inconveniente que resulta la práctica de la improvisación. Se trata de la pluma Vallenilla Lanz puesta a correr casi con la misma belleza expresiva de la de su padre, y lo trágico de todo ello resulta que las cosas, dichas por él en estos instantes, son las mismas que decía Cecilio Acosta hacía un siglo atrás, cuando manifestaba que había que cuidarse de la visión de mundo romántica; y era cuando entonces Laureano planteaba que había que adoptar, más bien, una visión sin pasiones y prejuicios, y por lo cual había que establecer analogías con aquellos pueblos que habían alcanzado el progreso y la felicidad, tratando de determinar cuáles habían sido las causas de nuestro atraso cultural, y cómo ellos habían dado con las respectivas suyas.

Aúpa la idea de los movimientos inmigratorios, como siempre lo ha hecho, en aras de importar la conciencia "robinsoniana"; la conciencia de la necesidad; además de esbozar sus proyectos sobre lo que debe ser una universidad o una educación superior, en su conjunto; pero, sobre todo, y lo que más nos interesa a nosotros que nos movemos entre la vida y la doctrina de este hombre, tiene la ocasión de despachar su idea exclusivista de la democracia, o su sectarismo, dicho en términos psicológicos. Entonces expresa:

-Sostengo que la miseria engendra anarquía y despotismo; que la democracia es exigente. Circula en ferrocarril o por carreteras asfaltadas; come y vive con decencia; cultiva su mente y no reside en ranchos. Cien años de historia comprueban que la tiranía y la demagogia son males endémicos en Venezuela. De nada vale denigrar del tirano si no se destruyen las causas que lo engendran.

Cosa esta última que ya hemos visto que la sostenía su padre; aparte de que también allí en El Heraldo toca ese tema que después será bastante abordado por los sociólogos latinoamericanos, de la llamada corriente cepalista, relativo a la dependencia económica o la dependencia cultural, en su conjunto; lo que expresa Laureano diciendo que a nuestros pueblos les es prioritario dejar de ser colonia intelectual de los países avanzados. Es cuando entonces se pregunta:

-¿Es independiente quien tiene que apelar al extranjero para vestir, calzar, movilizarse, curarse y hasta divertirse?

Lo curioso del caso es que se trata de la columna que mejor conserva el secreto de su autor, habida cuenta de las iniciales con las que se firma, y así a Laureano le llena de orgullo el descubrir que hay algunos que usurpan la paternidad, como el caso de un poeta, a quien él, por lo demás, conoce; senador por el estado Portuguesa, al que se le achaca la misma, y entonces éste se hace el loco ante tal circunstancia, a modo de seguir aquello de que "el que calla, otorga".

Se presenta la visita de Anastasio Somoza; cosa embarazosa, en el fondo, para Laureano, porque aquello resulta demasiada pompa, teniendo presente la cantidad de actos oficiales que esto conlleva; almuerzos interminables, cenas: en todos tiene que estar Laureano, y lo que supone un abandono de su rutina laboral, que se amontona; con la consecuencia de que lo que le espera son dobles jornadas; habida cuenta del carácter incesante que tiene el despacho en el ministerio número uno del gobierno, y así que la visita anunciada del famoso Anastasio Somoza se le transforma a Laureano en un solemne aburrimiento, con independencia de la simpatía que despliega el caudillo, y la gala de la que se hace acompañar, si es que a esto se le podría llamar gala, como sería una distinguida dama, su señora esposa, y un par de sobrinas solteras que, a los ojos suyos, dígase de paso, andan en aquella corte en la búsqueda de buenos partidos matrimoniales.

La muerte de Alberto Carnevalli se presenta a consecuencia de su avanzado estado cancerígeno, y malo para la imagen del gobierno que lo sorprenda en los calabozos de la Penitenciaría de San Juan de Los Morros. Por un momento, Laureano deja su inmodestia cuando sabe la noticia, y entonces piensa que en una Venezuela pacífica y normal, quizás, ambos hubiesen formado parte de un mismo gobierno, a propósito de lo que representa su figura, y la valentía que encarna su persona.

Un rasgo típico del perezjimenizmo es el que no manifiesta nacionalismo alguno, sobre todo, en lo que atañe a la política petrolera; pues Laureano y Pérez Jiménez son de la opinión de que hay que otorgar nuevas concesiones en este campo, a propósito de un diálogo que sostienen en cierta oportunidad, y esto es lo que algunos economistas hacen ver que fue el éxito de aquel gobierno; el de la expansión petrolera, y que fue lo que permitió financiar, digamos de un modo global, la modernización del país, y era esto lo que llevaba a considerar el bando contrario, a través de la prensa clandestina: una política de entrega de nuestra principal riqueza. Un diálogo que podría sorprender a más de uno, sobre todo, por el tipo de criterio que va a sostener Pérez Jiménez allí.

Entonces había estallado la guerra en Irán, justo, por motivos nacionalistas, y había llegado al poder un sujeto llamado Mossadegh; un sujeto de quien decía éste que había que levantarle una estatua en Maracaibo, en plenos campos

petroleros, habida cuenta que había corrido las compañías petroleras de su país con su política de expropiación de unas supuestas propiedades patrias.

Cosa con la que Laureano no sólo iba a estar de acuerdo, sino que además agregaba:

-Su conducta con nosotros recuerda a la de Roosevelt con la Unión Soviética antes, durante y después de la guerra. Primero hizo subir el precio del oro ruso con la devaluación del dólar, y después le entregó naciones enteras que han vuelto a la esclavitud en nombre de la democracia y la determinación de los pueblos.

Aunque Pérez Jiménez no está en ese momento para conversaciones sobre Roosevelt; y se lo hace ver a Laureano argumentándole que Venezuela nada le debe a ese señor, a pesar de autoproclamarse en su tiempo de buen vecino; como tampoco al sujeto de la Unión Soviética, en su conjunto; una forma de tratar Pérez Jiménez de que no se le disperse la conversación, amén del espíritu erudito de Laureano, que se va por la tangente, como reza el lugar común; y de modo que su jefe, muy humilde, le dice:

-Contemos con nuestros propios recursos.

Lo cierto del caso es que Pérez Jiménez quiere abordar una materia muy importante, como es el régimen de concesiones petroleras; en lo tocante, sobre todo, al otorgamiento de las mismas, pues hay una preocupación en éste, que le viene porque conoce el espíritu demasiado rebuscón del criollo, y así que pone atención en el tipo de contrato que se va a establecer; si por la vía de la adjudicación directa o por la vía de la licitación. Pérez Jiménez le tiene temor a la figura del intermediario, el que anda en la búsqueda de un contrato para fulano; por eso se inclina por la idea de licitar el asunto, y entonces le expresa a Laureano:

-Esto es tan grave y de tantos millones que yo mismo abriré los sobres con el ministro de Minas. No confío en nadie. Ya verá usted a muchos profesionales, llegado el momento, queriendo sobornar a funcionarios y viajar a Nueva York para traficar con las influencias inexistentes. Juro que del producto de las concesiones no se cogerá nadie, absolutamente nadie un solo centavo. Esos fondos serán sagrados, y se destinarán para las obras a iniciar en 1958. El petróleo es la sangre de Venezuela, y si la extraemos por un lado, tenemos que reinyectarla por el otro. Nuestras realizaciones, que son y serán muchas, representan, en el fondo, simples transformaciones, y castigado será severamente quien se atreva a dilapidar ese dinero. Para mí el petróleo es un don del cielo. La recompensa que recibe la patria por sus desvelos durante la gesta emancipadora, por su inaudita generosidad con sus vecinos. Es el instrumento que Dios envía para vencer la barbarie. ¿No cree usted en milagros, doctor Vallenilla? Bajo mi gobierno se va a verificar uno muy grande; créame.

Laureano le responde que sí, porque, por lo demás, él es cristiano, sólo que un cristiano que cree más bien en los milagros del progreso humano, en los milagros de la ciencia y de la técnica. Es así como nuestro Vallenilla Lanz se enfoca hacia la teoría del sabio, y la contribución que hace éste a la sociedad, parangonándolo, en tal sentido, con ese estilo de santo, tipo San Francisco de Asís. Le asienta a su interlocutor:

-He venido pregonando la especie de que Venezuela forme santos de esa especie, los proteja y respete; sustituya con ellos a los líderes de la verborrea; Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba y Rafael Caldera nada aportan al progreso de Venezuela. He pedido a usted que ayude al sabio Torrealba, quien lucha solo contra el Mal de Chagas; al doctor Félix Pizano en sus investigaciones; al doctor Marcel Granier, quien me ha hablado con entusiasmo de sus proyectos y trabajos para combatir el cáncer, y al doctor Juan Iturbe, el decano de todos. Esos hombres de gran mérito pasan desapercibidos cuando bárbaros y farsantes ocupan las primeras páginas de los diarios.

Entre los griegos, sectario era todo aquel que profesaba devoción hacia un solo dios, y esta debilidad psicológica del ser humano preocupó tanto que hasta fue ejemplarizada por Eurípides en su tragedia ***Hipólito***, a quien los psicoanalistas de hoy en día, permítasenos citar un artículo de periódico, consideran "el paradigma de la personalidad virginal y puritana, que es proclive al sectarismo". Observemos cuán acrecentado está ese espíritu en Laureano que, esos tres hombres que menciona, representaron liderazgos bastante consolidados ante las masas del país político, y cada uno, cuando le tocó ser poder de ahí en lo adelante, se toleró sus divergencias políticas. A continuación le dice a su jefe:

-Desearía ver a los altos funcionarios rodeados de científicos y de técnicos, y a los estudiantes bautizar las promociones con el nombre de personas de real mérito, y no prestarse a la burda maniobra de escoger a un fulano, porque es adeco o adversario nuestro. Venezuela no puede seguir siendo el enemigo tradicional de la *intelligentzia*. Una actitud semejante se justificaba en el guerrillero; no ahora. La cuestión es de vida o muerte. O la ciencia o el empirismo.

Sin embargo, en dos frases más adelante se le sale a Laureano el "yo" del sometido, dada su condición de latinoamericano, y así remata su idea elogiando el comunismo soviético, cuando dice:

-Querría enviar a Rusia a los estrategas del botiquín y a los marxistas de salón que aquí pululan. Allí no tendrían cabida. Los pondrían, si acaso, a barrer las calles. ¿Qué papel desempeñaría, por ejemplo, Ricardo Arturo Martínez al lado de los miembros del Gosplan? Se sorprenderían nuestros pobres leninistas al ver que en la Unión Soviética no hay sitio para los impreparados. Que aquello dejó de ser una República de obreros y campesinos para convertirse en un país orientado por los más capaces hacia la conquista de lo inverosímil.

-Estoy de acuerdo con usted –le responde de inmediato Pérez Jiménez- Precisamente, dentro de ese orden de ideas he estado gestionando el regreso a Venezuela del doctor Fernández Morán, quien ocupa en Suecia posición destacada. Aquí lo pondremos a la cabeza de un instituto científico de primera magnitud.

Uno de los fantasmas más perturbadores para aquella gente es el de Delgado Chalbaud encarnado en su viuda; de modo que un día Laureano recibe sorprendido la carta de un viejo amigo, quien se comunica con él para notificarle, un tanto alarmado, que ha descubierto a la susodicha en planes de concretar con la mafia parisina un atentado para asesinar a Pérez Jiménez y al propio Laureano. Este amigo tiene una cierta influencia en la Cuarta República, ojo, francesa, y así le ha llegado a sus oídos la historia de este atentado. Pero nuestro Vallenilla Lanz no le hace mayor caso a esa alarma, y entonces se guarda la correspondencia de aquel lejano amigo, y ni siquiera se toma la molestia de hablarle de lo que éste le ha dicho al presidente.

Sabe Laureano que la dama suele cometer todo tipo de imprudencias.

En Venezuela pasaba por francesa, teniendo presente que Delgado Chalbaud se había casado con ella en Francia; sin embargo, quienes conocían bien la pareja, estilo Laureano, sabían que era de origen lituano. Aquí habría que citar de nuevo a nuestro amigo Pérez Rescaniere, quien refiere que Delgado Chalbaud la había conocido a la salida de un cine en París, de donde venían de ver una película de Eiseinstein, cuando estaba de moda este cineasta ruso en el mundo entero. Lo cierto del caso es que la presencia de esta "musiua" al lado de Delgado Chalbaud contribuía más aún a darle ese tinte extranjerizante que comportaba su personalidad; aparte de que aquella honorable dama se había enredado en el medio venezolano, y así desconocía situaciones, por lo que había encendido el ventilador, como decimos en criollo para hacer ver que alguien ha "enmierdado" a medio mundo; una lengua echada para atrás y para adelante; chiflada, como andaba por el impacto de aquel asesinato, y entonces había tergiversado situaciones; a propósito de las acusaciones que lanzaba contra la gente, y lo que la hacía quedar mal, porque lo que decía de fulano no correspondía con la realidad de su vida, y así lo ponía a vivir en aquel París, donde había transcurrido la infancia de Delgado Chalbaud, para decir, por ejemplo, que el sujeto había sido compinche de éste allí, cuando el acusado ni siquiera conocía esa ciudad; aparte de que a la dama le habían venido una serie de ataques de histerismo, hasta perder la cabeza en una oportunidad en que se ofrecía una misa en honor a Delgado Chalbaud, en la Catedral de Caracas, y en el que la dama pretendió irrumpir, a fin de insultar a Pérez Jiménez y a Laureano, por lo que la escolta presidencial tuvo que sacarla a la fuerza.

Aquellos histerismos los toleraban los recién nombrados con un total estoicismo, tomando en cuenta que aquella era la viuda de un amigo entrañable,

entonces no hallaban como taparse los oídos ante aquella guerra que les tenía dicha dama. A este respecto, mi amigo Pérez Rescaniere refiere que del otro lado, la Seguridad Nacional le tenía una guerra de intriga a la susodicha llamándola por teléfono, y poniéndole grabaciones de los discursos de Delgado Chalbaud. Ella consideraba que Pérez Jiménez era el autor intelectual de aquel asesinato, y, por este motivo, Laureano lo vio llorar alguna vez, o empañársele los ojos en cierta ocasión en que ambos hablaban, y entonces habían traído el asunto a colación; y ésa era la prueba para Laureano de que allí no había estado metida la mano del jefe, que otros intereses estaban de por medio en este asunto, y, sobre todo, su alegato mayor era ése: que él siempre quiso que Delgado Chalbaud asumiera las riendas políticas de aquel gobierno; es decir, Pérez Jiménez estaba consciente de sus limitaciones, eso no le hacía tirria, tomando en cuenta, además, que él era el mandamás allí. Esto lo mostramos en su ocasión; cuando hacíamos ver que era la voz cantante de aquel gobierno, y así que en su momento le había mandado a callar la boca a Delgado Chalbaud. La guerra se prolonga por un par de años, y hasta que al fin el gobierno la invita a salir a ella del país. ¿Cómo lo hace? ¿Acaso lo logra la guerra de intrigas dirigida desde la Seguridad Nacional? Laureano lo ignora. Sólo se impone del asunto en forma oficial, en forma somera, y de aquí que le venga un complejo de culpa permanente, y el cual se le nota en las atenciones que tiene para con la familia de la viuda, en especial, para uno de sus morochos, a quien le ofrece cierto tipo de ayuda.

Mariano Picón Salas se presenta donde Laureano en un momento en que escribe su famosa obra sobre Cipriano Castro; acude en busca de financiamiento para un almanaque especial que piensa editar; cosa en la cual, por lo demás, Laureano no repara en complacerlo; aunque éste no quita los ojos del tipo en virtud de que alguna vez osó alzar la voz contra su padre -algo que no le perdona-, y entonces lo ve a este sujeto con una cierta actitud displicente: he allí cuando se le sale el mantuano a nuestro Vallenilla Lanz; máxime cuando se mofa de Picón Salas, porque el tercio ha criticado la forma burguesa de vivir algunos comunistas venezolanos, estilo Miguel Otero Silva e Inocente Palacios; cosa que ya la hacía Betancourt también; pero Laureano defendía a estos sujetos diciendo que ninguno de ellos había hecho votos de pobreza, y que más bien veía que Picón Salas soñaba "con un mastín", dado su carácter policial. Laureano lo recibe con una gran cordialidad, y la conversación se torna erudita en virtud de la personalidad teorética de Picón Salas, quien no deja de sorprender a Laureano con su vasta sabiduría. ¿Qué no le perdona éste al que, por lo demás, considera un notable ensayista? No le perdona el hecho de que Picón Salas haya difamado la debilidad de su padre, en tanto que hombre público; no le perdona el hecho de haberle sacado lo de su tendencia a la abyección, y esto es algo, por lo demás, que también lo traería al caso en esta

famosa obra, de la cual se ha hecho mención; esto es, la relativa a la figura de Cipriano Castro. Obra en la cual habría de acuñar el famoso epíteto de los "sociólogos del gomecismo", para referirse a don Laureano y a Pedro Manuel Arcaya; lo cual va a enervar a Laureano, lo más probable; tanto más porque el libro va a resultar una forma de contrapropaganda, a propósito del régimen que corre, teniendo en cuenta el carácter autoritario de Cipriano Castro y el de Pérez Jiménez. De un pueblo del estado Táchira llamado Capacho, el uno; de un pueblo del mismo estado llamado Michelena, el otro; de un poco más de un metro sesenta ambos; a Picón Salas le mueve la figura presente de uno aquélla remota de hace medio siglo atrás del otro, y la que ha instaurado una ideología política vernácula, como es la del andinismo; ideología que ahora se pretende restaurar, y así que en este caso se puede hablar de un neoandinismo.

## V

Por esos días, Laureano percibe por primera vez la debilidad de su piso político en este orden de cosas. El hecho se suscita con motivo de una paliza que le dan a uno de los asiduos visitantes de su oficina, unos sujetos desconocidos, pero pagados por alguien, y Laureano se entera de esta situación, a propósito de una de esas cuentas que le llegan en el ministerio; de modo que muy sorprendido éste llama al presidente, quien se muestra igual que él al participarle el asunto, teniendo presente que ambos consideran que el periodista Julio Ramos es persona de mérito en el sentido de que tiene una columna en El Universal, y su condición de columnista ante la opinión pública hace presumir que allí no está sino metida la mano de la Seguridad Nacional. Laureano convoca de inmediato a Pedro Estrada, quien jura que nada tiene que ver con el asunto; pero promete abocarse a abrir de inmediato una averiguación. Es así como sale a relucir el nombre de un alto funcionario del gobierno, quien le ha mandado a dar esa paliza, según el reporte con el que le viene el otro enseguida. Laureano percibe la debilidad del régimen en el hecho de que al solicitar de inmediato la destitución del tercio, se ha descubierto que ésta no se puede efectuar habida cuenta que acarrearía problemas mayores, y esto por la información que posee éste; información capaz de tumbar al propio gobierno.

Pero lo que más le corrobora esta situación es otro hecho que también estalla en sus narices, y decimos así en virtud de que, casualmente, a un señor que recién había estado en su casa, haciéndole una visita, le propinan una descomunal paliza, igual que la de Ramos: un sujeto que también es columnista, como éste, de El Universal. Al saber el asunto, Laureano se traslada hasta el puesto de socorro, donde tienen recluido al amigo, y quien minutos antes pisa su casa. ¿Quién estaba detrás de todo eso? ¿Acaso se trataba de una cierta intriga

que se quiere dirigir contra Laureano? ¿Casualidades del destino aquello de que saliendo de su casa lo interceptaran unos tipos y le propinaran la golpiza? El hecho es que Laureano se mueve donde el presidente, y le pone la renuncia; renuncia que, por lo demás, Pérez Jiménez va a rechazar. Le dice:

-Fue usted uno, Laureano, de los que me metieron el poder en la cabeza. Ahora no puede desertar. Realizamos una obra grande. Todavía tropiezo con enormes dificultades para consolidar mi autoridad. Prometo que hechos así no se repetirán.

Aquello le dolía a Laureano, en especial, porque él nunca había metido la mano en asuntos policiales; lo que significa, nunca había abusado del aparato estatal para amedrentar a alguien; aparte de que siempre hemos subrayado que él se había desprendido de la parte relativa a la seguridad del régimen, que era lo que le correspondía en el papel de trabajo como ministro de Relaciones Interiores; estaba ocupado en su parte administrativa, y así que esa provocación en sus narices lo llevaba a sufrir por la sociedad venezolana, por las pequeñeces en las que caía; puesto que, en el fondo, la cosa era contra él. Lo llevaba a admitir una realidad en la que impera mucho la mentira y la envidia, por lo que hablaba de dos tipos de venezolanos: los cristianos y los fariseos. De un lado, los mediocres, los aprovechadores, los intrigantes, los que adulan a base de costosos regalos y los traficantes que rehuyen responsabilidades, pero buscan contratos. Del otro, los que trabajan, los que luchan y se desvelan por Venezuela. Hay un Laureano que ha llegado a su despacho sombrío, luego de esta entrevista con Pérez Jiménez, y lo que le hace pensar al mensajero, viejo amigo suyo, que se trata de un sujeto que está caído. Se permite decirle con confianza:

-Lo noto preocupado, señor doctor. Tiene usted la expresión de los que se van. La misma cara de tantos el día de su partida. No sé por qué me recuerda a don César Zumeta la víspera de la caída: "Vaya al Banco de Venezuela –me dijo-, y solicite al doctor Vicente Lecuna. Le entregará una mochila llena de onzas de oro. Son mis economías".

En verdad, el viejo había olfateado el asunto, y Laureano por ser condescendiente con este hecho, entonces le revelaba que, en realidad, había estado a punto de caer. De aquí habían derivado a una conversación sobre los ministros que al fulano le había correspondido servir, cosas sin importancia: caracteres de personas; lo cierto es que tan pronto aquel sujeto abandonaba su oficina, caía en un mar de cavilaciones:

-Fue un error mío –se decía- manifestar que deseaba irme. No, no me iré. Mucho de lo muy positivo que se ha hecho y se hará es obra mía; el resultado de treinta años de estudio; el reflejo de mis largas conversaciones con el presidente. Seguiré con el fardo al hombro, aquí frente a este escritorio. No importa lo demás...

Ya hemos dicho que el éxito de este gobierno estriba en encontrarse con un tecnócrata de su talla, para volver a lo de su papel como un superministro de las finanzas, habida cuenta de su condición administrativa; un tecnócrata que tenía sus días de sibaritismo, como lo hemos visto, a propósito de lo que hemos descrito que suelen ser sus diversiones; un tecnócrata que se siente de la gran clase en ese momento, sólo que se mantiene como al margen de ese mundo, y con el cual se conecta, con mucha frecuencia, a través de un famoso Reinaldo Herrera, con quien almuerza hasta dos y tres veces a la semana. Una suerte de *monsieur Swann*, el famoso personaje de Proust, para atraer gente de alto rango social en el extranjero, sólo que sin la ilustración de este señor, y más bien con la frivolidad de aquellos seres que rodearon a éste en un ambiente de total decadencia; un sujeto que considera que es más importante un tal Porfirio Rubirosa, un diplomático dominicano con mucho éxito entre las faldas, que Einstein, y de mayor interés el bar del hotel *Ritz*, que el museo del *Louvre*; lo cual sorprende a más de uno, o sea, la amistad entre Laureano y el susodicho; aunque éste lo tiene como una forma de sentirse grande entre los grandes, sólo que por una vía indirecta, a través de un amigo de infancia que está empapado de las vicisitudes de los príncipes, y es aquí donde se le ve la parte frívola que comporta su persona; pues aquello no es sino verborrea de chisme de salón; un hombre que le habla de una miss Peggy Brancroft, por ejemplo, y así, divertido, le pregunta:

-¿Y quién es ésa Reinaldo?

-¿Pues no sabes? –le replica asombrado de su ignorancia- La *hostess* de moda en Nueva York, lanzada nada menos que por Elsa Maxwell. Alí Khan, los Whitney, Tina Onassis, los Guiness, Arturo López y los Windsor son íntimos suyos. Es una rubia encantadora, amiguísima mía. Me la presentaron los Grace, tú sabes los del banco y la línea de navegación.

El es el "premier" de un régimen; la cabeza visible de uno de los países petroleros del mundo: una suerte de jeque; por otra parte, un "mantuano de ombligo", como se decía en el siglo XIX, y lo cual lo emparenta con estos íconos del gran mundo, y quienes le llegan a través de Reinaldito; lo cual es una paja, como diría un criollo; sólo que una paja que lo divierte, que lo saca de esa tiranía que es su rutina, y su ilustración lo lleva a verse en la situación de un sujeto, amante de la música de Wagner, a quien, de pronto, lo ponen a oír un jazz. Se trata de un viejo amigo suyo, como decíamos, quien tiene mesa reservada en los cafés más exquisitos de Nueva York y de París; un dandy con la personalidad atractiva que dicen los astrólogos que tienen los venezolanos en el extranjero, porque el país está favorecido por determinado signo. Lo que es ahora el jet set, eso en su momento era Reinaldo Herrera; como lo sigue siendo ahora, y mucho más cuando su mujer ha triunfado en el mundo de la moda; entonces transformada en una diseñadora de ropa, de manera que,

para volver a la época de Laureano, era un individuo que se codeaba con príncipes, y no sin razón entre el círculo de los mantuanos caraqueños le decían el Noble. De modo que eran almuerzos salpicados con chismes de gente *chic*, los que se llevaban a cabo entre estos dos amigos, mientras Laureano se divorciaba de esa realidad dura, áspera, crítica, a veces, que le planteaba el país; que se acercaba por su oficina, dicho en términos metafóricos, a través de personas de la más variada especie: conocidos unos; subalternos otros.

Esa condición administrativa es la que le exige mucha movilización; habida cuenta de la cantidad de viajes que Laureano tiene que realizar a la provincia venezolana; porque a él le está signada la tarea de supervisar los programas en el interior, y así que tiene que presentarse en una y otra región. He allí una manera de relacionarse éste, por lo demás, con esa Venezuela de la provincia, tomando en cuenta la cantidad de contactos que ello supone, sobre todo, de tipo político; pues su agenda además de orden administrativo, también lleva fines partidistas, en lo que se refiere a proselitismo, y, en esas circunstancias, no deja de haber la persona que se acerca a él en busca de influencia, y entonces esto supone agasajos; almuerzos, sobre todo, porque a Laureano no le gustan mucho las parrandas nocturnas; almuerzos en los cuales se entrevista con ganaderos, industriales, gente que negocia desde contratos hasta posiciones en el gobierno; y así a Laureano lo deja sorprendido de pronto el hecho de que a alguien se le meta en la cabeza ser ministro o embajador, tanto más que se lo mande a decir a Pérez Jiménez.

Porque, por otra parte, en el orden administrativo, la obra que realiza cada gobernador le parece a éste impecable; siente que hay un país que se edifica, que se abre paso a la modernidad, y que transforma toda la República; y no se diga de la ciudad de Caracas que, en definitiva, deja de ser la aldea de la infancia de Laureano para convertirse en una urbe con moles de edificios, a la manera de las metrópolis contemporáneas, y los cuales contrastan con los de vieja data, a los que Laureano encuentra de "chatura lastimosa". A casi un siglo del primer paso de urbanismo, de hacer de la capital de la República una metrópolis, a casi un siglo de la obra emprendida por Guzmán Blanco, Laureano ahora veía que ésta era terminada bajo sus manos, y entonces en cierta oportunidad, cuando le ofrecía una cuenta al presidente, a propósito de esta transformación de Venezuela, le decía a éste:

-Sería justicia perpetrar el recuerdo del civilizador caudillo en algún paseo o vía de la capital.

Obsérvese, por otra parte, que estas figuras decimonónicas aún están en la mente de los hombres de la época, teniendo presente que del deceso, por ejemplo, de Guzmán Blanco aún no ha ocurrido un siglo, y así a un hombre de nuestro tiempo le suena raro oír a dos compatriotas suyos marcar como fecha límite de una situación, la propia obra de gobierno de este caudillo ancestral

venezolano. Por lo demás, allá en lo adelante se le dará el nombre suyo a una vía, conocida como Cota 905, de acuerdo a esta voluntad de Laureano.

Pero así como todo el mundo con una cierta notabilidad en el país quiere ser ministro, nadie quiere dejar de serlo cuando se es, y por aquí comienzan los desvelos de esta gente. He allí la comidilla, el chisme periodístico: la situación de fulano en desgracia, lo que produce dolores de cabeza en ese entorno de Laureano, y por aquí, en el fondo, éste goza un mundo también, en ese sentido, pues su oficina es un sitio de convergencia; allí vienen a dar sus colegas, y de acuerdo a las conversaciones el tipo mide si, en efecto, alguien está en desgracia o no: pues si a un colega le nota que toca el tema de su posible despido con un cierto desprendimiento, es porque el tercio ha sido palabreado, y acude a su oficina para hacerse oír por instancias mayores; pero si hay de aquel ministro, como el de Justicia, Luis Felipe Urbaneja, que toma la cosa a mamadera de gallo, esto es, cuando le manda a decir a Pérez Jiménez, como le habla éste, de que, por favor, lo deje unos días más en el cargo, es porque, en verdad, el tipo está atornillado:

-Un ministerio no perjudica ni a José Loreto Arismendi –Siempre le sale a Laureano con ocurrencias de este tipo este Urbaneja-. Mira, yo pasé diez años en el escritorio Zuloaga, adulando a Nicomedes, y él no lleva sino cinco adulándome a mí. Me debe todavía cinco.

Otro día le dice:

-¿Cómo hacemos, Laureano, para meternos a andinos? Estaríamos más seguros.

Siempre con bromitas de este tipo, que hacen simpático al tercio, y que lo afinan con Laureano, y así lo recuerda como alguien dotado de una poderosa capacidad para salir con muchas ocurrencias; ocurrencias como la de decirle a éste, en cierta ocasión en que han salido de un acto en el Congreso Nacional, con motivo de la presentación de un mensaje anual por parte del presidente de la República, y a propósito del hecho de que cierto individuo le ha dado vivas al gabinete, que a ése que ha gritado hay que premiarlo con una comida; mientras que a otro, que se atreve a formularle la pregunta a Urbaneja sobre qué piensa hacer cuando deje de ser ministro, éste le responde:

-Pues tratar de volver a serlo.

Otro secretario suyo también anda en la nota de humor, un poeta y periodista, de ésos que se cobijan a la sombra de alguien, de modo que despacha igual que él en Justicia, para donde éste se lo ha llevado, desde luego, y así dice frente a personas como Laureano, por ejemplo:

-Toda la vida deseando que nombren ministro a Luis Felipe; llega, y no se le ocurre otra cosa que ponerme a trabajar.

Pero en la otra cosa en la que también se identifica Laureano con el famoso Urbaneja es en el hecho de que encuentra que se trata de uno de los

pocos venezolanos que respeta las opiniones ajenas, cuando a éste le parece que en Venezuela constituye un delito, un crimen, pensar distinto a aquello que se sostiene; aparte de que Luis Felipe anida en el alma un artista, y, en ese sentido. se dedica a la música, a la interpretación de la flauta; lo que explica por qué de su estado permanente de buen humor, y aparte, también, de que Laureano encuentra que prosa con una gran luminosidad; demostrando, al mismo tiempo, un conocimiento profundo de la lengua que habla; por lo que termina parangonándolo con don César Zumeta, aquel ilustre amigo suyo, por lo demás, quien a su juicio desperdició su talento en trabajos fragmentarios, hojas sueltas, discursos, artículos de prensa, y así no hay una obra sólida de Urbaneja forjada con la virtud de ese talento.

## VI

Laureano sale comisionado para Haití, donde se va a inaugurar una estatua que le han erigido al Libertador, y se ha convenido que, a su regreso, pernocte unos días en la República Dominicana; de acuerdo a una solicitud expresa, que le ha planteado el generalísimo Rafael Leonidas Trujillo, el famoso Benefactor del país, a través de su embajador, y esto porque Pérez Jiménez y Laureano son de la idea de que Venezuela debe mantener relaciones cordiales con todas las naciones, con independencia del tipo de gobernante que esté en el poder.

Nuestro Vallenilla Lanz viaja acompañado con su esposa y una comitiva de señores, compuesta por el doctor Héctor Parra Márquez; el coronel Miguel Angel Leal y Rafael Domingo Revenga, los tres también con sus respectivas esposas, y quienes parten una mañana desde el aeropuerto de La Carlota. En el viaje, Laureano aprovecha para darle los últimos toques a un discurso que lleva en francés, con motivo de unas palabras que dirigirá en el momento inaugural del monumento.

Al llegar a Puerto Príncipe, la comitiva es ubicada en un hotel pequeño, pero confortable, y desde donde se divisa la capital. Así Laureano se ve vestido de blanco ese mismo día; ropa de dril con corbata negra, como lo exige la etiqueta para hablar con el presidente de la República, el general Paúl Magloire: un sujeto que, por lo demás, éste había conocido en tiempos de Medina Angarita; cuando fungía de encargado de la gobernación de Caracas, y entonces había llegado de visita el famoso presidente Lescaut, visita reportada en estas páginas en su oportunidad, y entonces Magloire se movía como Comandante de la Policía de este sujeto. Se trata de un hombre alto, fornido, de porte elegante, y con una dentadura blanca, que hace un vivo contraste con el color oscuro de su piel.

En Haití la cosa se presenta más o menos de acuerdo al gusto suyo; ya que por la noche la comitiva es conducida a un concierto por el propio canciller de la República que se apersona con su señora en el hotel, donde se hospedan, y, luego, son conducidos a un teatro de la ciudad, en el cual se ofrece el espectáculo.

Había algo más aún, y es que esa personalidad azarosa, que era Laureano, no dejaba de ser tocada por la suerte; la misma suerte que lo había llevado a recibir de regalo un paquete de gomitas de manos del general Gómez, siendo entonces un niño, y que ahora lo ponía a ganar dinero a manos llenas, en un casino, hacia donde se habían trasladado luego del concierto, en la ocasión en que le había jugado al número 32; como él decía, su número preferido, por no dejar, y así que la ruleta lo favorecía; cosa que entonces lo llevaba a entusiasmarse. Desprendido como era el tercio, es decir, a jugar aquella ganancia que había obtenido con el primer golpe, y lo que era este sujeto se volvía a meter un nuevo billete, y así hasta completar la suma de tres mil dólares que, entonces, salía portando de aquella sala de juegos un tanto nervioso; mientras el célebre canciller, acompañante suyo, se reía.

En cuanto a la pieza discursiva, aquello resulta impecable; para el acto se dan cita los poderes públicos, el cuerpo diplomático y numeroso público. La estatua se ha erigido en una plaza rodeada de edificios modernos, símbolo del progreso del país.

De allí pasan a un gran baile que ofrece el gobierno a la delegación venezolana, y en donde se oye una canción que está de moda, con ritmo merengoso, llamada ***Micaela***, de modo que aquello resulta muy animado, y en medio de todo se ve a una negra "blanca" o con estética de blanca, bien distinguida, que es la esposa del presidente; mientras Laureano tiene la oportunidad de conocer a uno y otro funcionario.

En el pueblo de Haití hay un gran amor por Venezuela, y esto lo comprueba éste al día siguiente andando por las calles de Puerto Príncipe, cuando la comitiva decide dar una vuelta por algunos lugares; en especial, por el mercado popular, y entonces el pueblo, al saber que son "venecos", se acerca para saludarlos. En una excursión, además, que se hace para Cabo Haitiano, la población que vio crecer al presidente, los espera una recepción que se habrá de efectuar en una escuela, y en la que los niños los reciben con banderas tricolores: "Viva Venezuela, viva Bolívar", se les oye decir al grupo de voces infantiles. La propia hermana del presidente es la encargada de ofrecer un almuerzo al grupo de venezolanos, y, en el mismo, a Laureano se le nombra, por parte de la comunidad, ciudadano de Cabo Haitiano, y en el que pronuncia un brillante discurso el presidente de la municipalidad; discurso ante el que nuestro Vallenilla Lanz se ve corto para responderlo; aunque, como él mismo lo reconoce, un genio bueno le dicta unas palabras, y así que todo sale bien.

Entre los integrantes de la comitiva oficial haitiana viaja el rector de la universidad de Puerto Príncipe, y quien se ocupa de llevar a esta gente a las ruinas de Sans Soucy, la antigua residencia del rey Christophe, que están por allí cerca, y guía que le hace pensar a Laureano en un tal G. Lenotre, un célebre personaje francés, que en cierta época se ocupaba de mostrar los apartamentos del rey y de la reina en Versailles, por el alarde de erudición que despliega el susodicho durante el recorrido.

El regocijo frente al venezolano es en todas partes por aquella isla; pues lo que es en San Juan de los Cayos, hacia donde se dirigen después, el pueblo se desborda, al saber que ha llegado la comitiva de nuestro país, y así que se oyen vítores a la patria de Simón Bolívar.

Precisamente, el sacerdote del pueblo se encarga de llevar a la comitiva venezolana al sitio desde donde partió el Libertador, tan pronto recibió la ayuda de Petión; de modo que Laureano, en agradecimiento de aquel gesto, y a nombre del gobierno venezolano decide decretar la construcción de una escuela en ese preciso sitio. Piensa éste que su país no ha pagado aún la deuda que con Petión contrajera Simón Bolívar, y que, en ese sentido, los haitianos jamás han recibido nada, eludiendo mencionar el caso; no obstante, a ser los más pobres de nuestros hermanos.

Esa misma noche corre por cuenta de la delegación venezolana un brindis en el hotel donde se alojan, que se le ofrece al alto gobierno, y en donde se verán invitados hasta cerca del amanecer; un brindis como gesto de despedida.

Al día siguiente, a temprana hora de la tarde, y luego de un almuerzo, que les ofrece el ministro de Relaciones Interiores, se despide la comitiva; un almuerzo, por lo demás, que se ha efectuado en un restaurante especializado en un plato, que rebosa de picante, y el cual no anima mucho a Laureano, tomando en cuenta la indiferencia con la que éste siempre ha mirado el picante y la pimienta; aunque sí al resto de la comitiva, que repite una y otra vez su ración, puesto que corre también por allí que el plato resulta un solemne afrodisíaco; de modo que cuando al titular le corresponde despedirlos en el aeropuerto, le dice con una cierta malicia:

-Tengan cuidado.

Una de las maderas más apreciadas, sobre todo, a lo largo del siglo XVIII fue la de Haití, y esto tómese como una referencia; una madera que recubre algunos palacios europeos, según los especialistas; pero cosa que llevó a la larga a la deforestación de su respectivo territorio, y esto explica por qué Laureano ve desde el avión, que los lleva rumbo a la República Dominicana, un trecho de región desértica en aquel paisaje; consecuencia del arrase que sufrió de sus hermosos bosques, y cosa que contrasta con su país vecino, que sí conservó sus recursos naturales; aparte de que se ven unos campos bien cultivados en los diferentes valles que conforman el paisaje, y entonces aquí sí

se podría hablar de una conciencia agrícola a los ojos de Laureano.

En el aeropuerto de República Dominica, cuando aterriza el aparato, está el gabinete en pleno: un aeropuerto militarizado, hecho curioso en los tiempos contemporáneos; dotado de unos hangares impecables, y de modo que al embajador de Venezuela le corresponde hacer las presentaciones debidas entre aquel grupo de hombres que los esperan apostados, como decíamos, en la recepción del aeropuerto: aparte de que Laureano, inmediatamente después, es interceptado por un oficial, que se le presenta como el coronel Román, y a quien el gobierno lo ha designado para que funja como asistente suyo, durante los días que pernocte en el país; al igual que un señor vestido de kaki: chofer del generalísimo Trujillo; y a quien se le asignado a tiempo completo a su persona. En ese sentido, Laureano se ve tomando el automóvil, que en este caso llamaremos presidencial, junto a su señora, y quienes son conducidos hasta el hotel.

Un automóvil que resulta un espectáculo, a medida que hacen el camino, por lo conocido que es en aquella localidad; un Chrysler relativamente nuevo, y al que mira el pueblo con una cierta veneración, y lo cual lo comprueba Laureano en la carretera, que conduce al casco de la ciudad, cuando observa que los carros que vienen en sentido contrario, reducen la velocidad, y los viajantes saludan hacia él, como diciéndole adiós al Benefactor, como se hace llamar el sujeto, y otro tanto sucede cuando llegan a la capital; los transeúntes se detienen para ver pasar aquel automóvil, y observar hacia el interior; que ya no es el generalísimo el que va en él, sino otro ciudadano: unos cuantos kilómetros aquel recorrido, y es cuando entonces arriban a un hotel, en el cual hay habitaciones reservadas para la comitiva; un moderno edificio lleno de jardines.

Al anochecer, y mientras cena, a la orilla de la piscina, Laureano recibe la notificación, por parte del coronel Román de que el generalísimo Trujillo lo espera para almorzar al día siguiente.

Entonces le da por salir a recorrer Ciudad Trujillo en automóvil, y lo primero que hace aquel chofer es llevarlo a la famosa avenida, por donde camina el caudillo popular; una avenida amplia e iluminada, y decimos popular porque, según el chofer, se trata de un hombre que se anda solo por esos trechos; sin necesidad de escolta alguna.

-Su médico –expresa, mientras le explica el asunto- lo obliga a caminar dos o tres millas diarias, y él ha escogido este sitio para cumplir con la prescripción. Luego va a ver a su madre, doña Julia. Yo formo parte de la familia, porque mi esposa es su sobrina.

Se trata de una ciudad de la costa, y la que a Laureano le trae recuerdos del Litoral venezolano, sobre todo, por el clima cálido del lugar; además del mismo tipo de vegetación, y lo que es la urbe, la famosa Ciudad de Trujillo o lo que es hoy Santo Domingo, le trae recuerdos de Maracay, y entonces allí se encuentra como si rodara por la capital aragueña, sólo que con una extensa

costa. Finalmente, Laureano se ve agotado; ha sido mucho el trajín en el que ha andado, y de modo que le pide al chofer que lo devuelva al hotel.

Al día siguiente, despierta poco antes de las seis sofocado de calor, y lo primero que se le ocurre pedir, además del desayuno, es el periódico, un periódico que tendrá alguna significación para él, habida cuenta que en la gráfica de primera plana aparece su figura, conjuntamente, con el resto de miembros de la delegación venezolana; única información que encuentra éste que no responde al despliegue noticioso que gira en torno a la figura de Trujillo, y a quien se exalta hasta en las páginas deportivas, ya que Laureano se consigue con un amplio reportaje que se le hace al hijo de éste; un tal Ramfis, un sujeto a quien se le ha declarado campeón de polo.

A media mañana pasa el embajador de Venezuela por el hotel donde se hospedan, a objeto de conducir a la comitiva para el lugar donde se va a desarrollar un pequeño acto oficial, como es el hecho de colocar una corona en el monumento que se le tiene al héroe del país en la ciudad; un instante en el cual no la pasa bien el grupo, sobre todo, aquellos tres sujetos que han abusado del plato haitiano, con fama de afrodisíaco; pues dos de ellos sufren dolores de estómago, y a otro se le ha inflado la lengua, al punto de que casi no puede articular las palabras, y eso sin contar el hecho de que han tenido mala noche, por lo que lucen, asimismo, extenuados.

He allí la suerte que tiene un hombre que no comete excesos como Laureano, y quien librado de esta circunstancia, se pone a escrutar el elemento humano que pulula por las calles de Ciudad Trujillo, a medida que ruedan en automóvil, una vez concluida la ofrenda floral; el mismo elemento que le resulta de las calles caraqueñas, sólo que en esta sociedad está más acentuado en el mestizaje el lado africano, y a esto habría que agregar el hecho de la existencia de unas casas bajas con el mismo tipo de alero de las venezolanas; de forma que, en un momento determinado, Laureano siente como si estuviera en cualquier ciudad de su país.

En ese sentido, la comitiva marcha hacia la sede de la Academia Nacional de la Historia, a objeto de rendirle una visita a su director; quien había sido muy amigo del padre de Laureano; un anciano ya muy venerable, y el que en la isla pasa por una eminencia de persona; tomando en cuenta que ha sido hasta presidente de la República; un sujeto que recuerda a aquel famoso Juan Pablo Rojas Paúl, que había llegado a la República Dominicana en la total decadencia, recién depuesto de la presidencia de la República; acompañado por su eterno secretario, aquél a quien en sus días Laureano iba a conocer como don Andrés Mata, y esto viene al caso en razón de que examinan el hecho de que la República Dominicana y Venezuela siempre han intercambiado desterrados políticos, desde la misma época de la proclamación de la Independencia.

En el viejo Troconis hay la convicción de que el remozamiento del país

no se debe sino a Trujillo: el hombre que los ha conducido al progreso; pues antes de él, a su juicio, la República Dominicana ha sido un territorio anarquizado, tomado por los norteamericanos e invadido por haitianos.

Se presenta el mediodía, la hora pautada: Laureano es recibido por el hombre fuerte de aquel pueblo; el famoso Rafael Leonidas Trujillo, hombre fuerte en el sentido de que allí quien ejerce la presidencia de la República es su hermano, un sujeto que también está presente para la ocasión de esta entrevista, además de un edecán de confianza suyo, y quienes son presentados de inmediato al visitante.

Se trata Trujillo de un hombre sesentón; de cabellos grises y de porte distinguido; un hombre vestido de la manera más impecable, y el que se halla sentado en un escritorio; de forma que al verlo entrar al salón, enseguida se levanta, y se dirige a él, para abrazarlo con una gran cordialidad, como si lo conociera de toda la vida, y es así como Laureano se viene a enterar de la condición de aquellos dos señores que lo acompañan, tan pronto hace las debidas presentaciones; allí brilla el bendito whisky con soda, que a Laureano le gusta tanto, para celebrar, y que se lo tiene reservado Trujillo, pues se ha informado que ésa es su bebida favorita; le tiene reservado un trago que le han traído de Escocia, y en el momento en que el mayordomo le está sirviendo el aperitivo, le asienta:

-Yo no tomo sino coñac español. Los de mi generación no aprecian el whisky. Dígame, ¿cómo está el general Pérez Jiménez? Sigo con interés lo que ustedes hacen allá. Es admirable y me han sorprendido la rapidez y la magnitud de los trabajos. Nosotros no podemos aspirar a tanto. No tenemos petróleo, pero partiendo de cero hemos construido un país.

Se trataba de un dictador con conciencia de que lo era; sin embargo, un dictador que se jactaba de sus realizaciones, y lo que lo llevaba a creer que eso era lo que lo sostenía; pues él era un hombre que, a pesar de la fama de su crueldad, no basaba su estabilidad en el terror; contrario a un dictador, lo traía a colación en este diálogo, como Anastasio Somoza, de quien decía que se jactaba de haber logrado la pacificación de Nicaragua; sólo que Trujillo la consideraba una pacificación muy relativa, y de aquí que, según su parecer, su homólogo no tuviese más camino que apelar al recurso del terror.

-A estas alturas –consideraba- ese país carece de lo más elemental. Trujillo es otra cosa y otro caso. No acepto que se me compare con nadie. Ni siquiera con el general Juan Vicente Gómez, a quien admiraba; pero él no fue suficientemente progresista.

La identidad de este sujeto con el tirano nuestro venía por el hecho de partir del principio de que él se había conseguido una hacienda bien grande llamada Venezuela; lo cual era lo mismo que decía Trujillo con respecto a la República Dominicana:

-Le dirán –le observaba a Laureano- que soy dueño de la totalidad; ¿pero qué importa, en caso de que fuera cierto? Mire, doctor, la propiedad en el fondo es una ficción. Lo que es mío hoy, será mañana de los dominicanos. No tengo sucesor ni pienso formarlo. En nuestro país el mando supremo no se hereda. De todos modos, no pienso dejar el poder: seguiré a caballo, ése es mi lema.

Esto significa que Trujillo también padecía los mismos temores de Laureano, con relación a lo que significaban sus respectivas pasantías por el poder, y lo lógico era que nuestro Vallenilla Lanz le respondiera:

-En efecto, generalísimo, para un hombre como usted resulta difícil escoger la hora de marcharse. Se me viene a la mente un proverbio chino: "Quien cabalga sobre un tigre no se puede bajar, porque se lo come".

Celebran la ocurrencia, y entonces convienen en ir a almorzar. En ese sentido, se dirigen hacia el comedor donde ya se encuentran aquellos dos señores, que antes estaban en el despacho, además de un joven militar que se ha agregado a la comparsa; cinco personas en total en aquella mesa. Una mesa bien servida, como la encuentra Laureano; mientras hay un par de señores más, que actúan como velones, pues su respectivo papel será permanecer de pie al lado de los comensales; uno de ellos, como lo tiene en cuenta Laureano, embajador de la República Dominicana en Venezuela; el otro, un señor a quien no le han presentado.

Entonces le viene a la memoria a nuestro Vallenilla Lanz el guisado de una vieja cocinera dominicana, que trabajaba en su casa, siendo él un niño, y esto porque él encuentra una sazón parecida entre éste, que ahora probaba, entremezclado entre los platos, y aquél de la famosa vieja; de manera que a Laureano se le pinta la época de su niñez, enseguida, por regla nemotécnica, como es costumbre decir ahora en psicología, y así cae en su padre, que había sido muy amigo de "don Pipí", como lo llama Trujillo y el resto de la opinión pública dominicana, el famoso anciano Troconis, con quien Laureano se acababa de entrevistar, y a quien le da por evocar entre tanto; y ya que hemos colocado el término "opinión pública", un anciano respetado hasta por el propio caudillo, quien cierra la boca cuando aquel sujeto le lanza alguna crítica por la prensa, y esto es reconocido por él mismo: única persona que le levanta la voz en la República Dominicana.

Pero eso no es lo que importa ahora, en la conversación entre este grupo de señores, sino otra figura, como sería la de Betancourt; lo que sí le interesa a su anfitrión, y con el cinismo propio de un latinoamericano, le pregunta:

-¿Y qué es de la vida de Betancourt?

Junto a José Figueres, de Costa Rica, Betancourt era moteado como una de las "prostitutas" de la América Latina, en el lenguaje de Trujillo; "prostitutas" en el entendido de que eran figuras alineadas a la política de expansión de los Estados Unidos; por lo que no era raro que se dijera en este diálogo

que el tercio andaba en componendas con el otro, con Figueres, que le cubría las espaldas, y de modo que se lanzaba a hacer revoluciones por el Caribe, dirigidas hacia Venezuela:

-Es mi enemigo mortal –agregaba Trujillo, al respecto-. Me odia más que a ustedes, que es mucho decir. Su primer acto al llegar al poder en 1945 fue atacarme.

Resultan bastante reveladoras estas palabras, ya que a los venezolanos nos parece desconcertante el hecho de que el atentado, que se le perpetra al líder adeco en el año 1960, es instigado por Trujillo, y no por la cantidad de enemigos internos que tenía el susodicho, y los que iban desde algunos sectores de la derecha, hasta la izquierda toda, en su conjunto; izquierda, por lo demás, que le había declarado la guerra de guerrilla, impulsada, al respecto, por el castro-comunismo. Una historia de acciones que Trujillo había desplegado, desde el primer momento en que se había presentado el viejo López Contreras, con ansias de derrotar a la junta de gobiemo que había desplazado a su partido, y entonces le había explicado sus planes; planes que el dictador dominicano veía descabellados; pero en su afán también por acabar con "el negrito maricón del palacio de Miraflores", le había prestado ayuda.

¿Qué tenía que ver Betancourt con la República Dominicana?, ¿acaso en éste se afirmaba el prurito de su doctrina democrática, y condenaba regímenes como los de su tipo? ¿A qué se debía ese odio profundo que declaraba Trujillo? En ese sentido, el caudillo dominicano consideraba que Betancourt era un hombre histérico, habida cuenta del poco espíritu de conciliación que privó entre ambos, cuando a aquél le tocó ser gobierno. Observemos que en esta corriente de dictadores latinoamericanos había su buena dosis de posición antiimperialista. Consideraba Trujillo que, de aplicar Estados Unidos y Rusia la fórmula de Betancourt en sus negociaciones, a esa altura ya se habría producido la guerra entre ambas potencias.

En el hecho de que el susodicho y Laureano eran segundones, esto es, tenían una figura de mampostería por delante; el uno a su hermano, el otro a Pérez Jiménez, se daba en ambos una identidad, y lo que significa que eran de la clase de los príncipes; sólo que el primero era mucho más extrovertido que el segundo, y así tenía amigos en el *Café Society*, como ahora se daba en llamar al salón de la aristocracia, se diría mejor, al salón del té de la aristocracia; amigos como el famoso Porfirio Rubirosa, un tercio que, ahora, venía de casarse con Bárbara Hutton, una actriz de cine muy afamada en la época, y cuya boda llegaba al caso en aquel almuerzo, en razón de que éste había acudido a la misma, como invitado especial. Chistecitos también sonaban por aquella mesa, chistecitos sobre la idiosincrasia de los gobernantes de la República Dominicana, en especial, de uno anterior a Trujillo, a quien un alto funcionario gubernamental le pide un día la titularidad del ministerio

de Finanzas, teniendo presente que ha quedado desocupada, y el famoso gobernante lo desconsuela con la respuesta de que él no puede darse el lujo de nombrar, como sí de quitar. Una ceremonia que transcurre en forma amena, como se observa, y en la que suena hasta el nombre de la propia esposa de Laureano, quien le ha manifestado al embajador de la República Dominicana en Venezuela, de quien dijimos que se mantenía apostado a un lado de la mesa, que ella quería probar el sancocho dominicano de siete carnes, y cosa que entonces aprovecha para soltarla allí; por lo que Trujillo, de inmediato, se dirige hacia la otra persona, quien también participa de la velada, digamos así, y le expresa:

-Ya lo sabe, gobernador, mañana, después de la recepción, sancocho dominicano para la delegación venezolana.

Es así como Laureano entonces se entera de quién es este fulano, y lo que muestra el grado de jerarquización que existe en aquella dictadura; cosa que hasta hace pensar en ese famoso personaje de García Márquez, caudillo el tercio, a quien sus edecanes le trazan un círculo con una tiza, a los fines de que nadie se le acerque más allá de la raya. Finaliza el almuerzo, o se traslada al escritorio de Trujillo, habida cuenta que Laureano y el susodicho deciden tomarse el café en el despacho, y lo que indica que ambos se apartan del resto del grupo, para volver a quedar solos; un momento en el cual Trujillo se larga a hablar sobre un par de libros que ha leído; se trata de un ser a quien le gusta ilustrarse a la manera de los autodidactas, y así pasa a decirle, como cosa que se le ocurre de pronto:

-Le voy a dar un consejo en mi condición de mayor. Tengan cuidado ustedes en Venezuela. Pérez Jiménez no es un dictador. Ejerce, quizás, una dictadura, lo que es distinto. Representa a un equipo. Manténganse unidos. Cualquier división será catastrófica. En su país el mando es muy codiciado. La nación es rica, y ustedes la están transformando. No faltará quien quiera gobernarla, aun a costa de una traición. Aquí, en cambio, cuando yo surgí nadie ambicionaba la presidencia. La tarea era difícil. Ruina y miseria por todas partes.

También son reveladoras estas palabras, cuando comprueban eso que decíamos: en el fondo, Laureano era como el hombre fuerte de aquel régimen, tomando en cuenta su condición de ilustrado, y tomando en cuenta la condición de Pérez Jiménez de ser un hombre de aparato, o, en todo caso, aquel régimen tenía dos hombres fuertes, y por esto Trujillo veía más que una cabeza allí, a un equipo, y entonces les deseaba la unión.

La entrevista termina con una disculpa del anfitrión, quien tiene que despedirse de Laureano, debido a que debe ir a ver una partida de polo, donde va a participar su hijo Ramfis.

Laureano siente que se ha llevado una lección tan pronto concluye el encuentro: entonces creía a Trujillo un ser arrogante y soberbio; todo lo contrario,

un hombre muy amigable; por lo que éste termina considerando que la distancia es como un lente deforme que tergiversa las figuras, consecuencia del entorno que rodea al príncipe, cuya adulancia todo lo vuelve turbio. Arguye: "Sus incondicionales se ridiculizan con el incensario, pero él no es ridículo".

Trujillo tiene toda la tipología del minotauro: le gustan las muchachitas quinceañeras; como le gustaban a aquél de la famosa leyenda de Ariadna, y para lo cual se vale de una energía que viene siendo la misma que pone para bailar merengues hasta altas horas de la noche, habida cuenta de su espíritu de muchacho. Desgracia y agracia seres humanos de acuerdo a sus caprichos, de forma que uno de sus ministros el día menos pensado amanece preso, como un presidiario puede amanecer con el nombramiento de embajador en determinada misión diplomática; un hombre al que se considera, en ese sentido, como imposible de penetrar con relación a lo que van a ser sus designios, y con lo cual se observa que se trata de un individuo que es el dueño absoluto de la voluntad de ese país.

Posee esa maña del príncipe que dice Maquiavelo que consiste en mostrar, por una parte, una mano buena y generosa, y, por la otra, las garras; muy cuidadoso de la nación; emprendedor el fulano; es del tipo de mandatario estilo Pérez Jiménez que se presenta en las obras, a objeto de hacerles riguroso seguimiento a los trabajos de construcción, y es así como Trujillo palmo a palmo arma un país; un hombre a quien el pueblo lo llama "el jefe"; lo que traduce la relación entrañable que se da entre el poder y la ciudadanía en esta nación; ya hemos dicho que se trata de un sujeto que se anda solo por varios lugares, lo cual lo considerábamos un signo de popularidad; en el fondo se trata de uno de los dictadores más populistas de ese momento en la América Latina, teniendo presente que porta consigo un baúl repleto de billetes, a objeto de repartir dinero entre los más necesitados; como una de las gavetas de su escritorio también redunda de billetes, para ser entregados a simpáticos pedigüeños; de modo que constituye una suerte de gran taita; el taita que reparte limosnas o que quita privilegios, igual da, pues para dejar en la ruina a alguien tampoco tiene contemplaciones. Perder su confianza, significa perder la vida.

En la noche se ofrece una cena a la comitiva venezolana en el *night club* del cabaret La Voz Dominicana, patrocinada por el ministerio de Relaciones Interiores, y a la que asisten altos funcionarios del gobierno, así como empresarios, y, en estas circunstancias, viene a quedar a mano izquierda de Laureano, en la mesa del banquete, una señora de origen venezolano; nieta de gente que ha nacido en el país en tiempos de Guzmán Blanco, y que tuvo que salir huyendo, víctima de la persecución política de los nuevos gobiernos de turno; una señora casada con un empresario dominicano, y quien le refiere un hecho curioso a Laureano; otra peripecia del famoso Benefactor, y la que tiene que ver con la clase diplomática; pues a éste le ha dado por ser selectivo en lo que

se refiere al personal que envía a las misiones diplomáticas, y así Trujillo ha comenzado a echar mano de algunos representantes de la aristocracia colonial, que son los que mejor apariencia tienen, y la peripecia suya estriba en que a cada uno de los que nombra embajador, primero los hace venir con su familia entera, y examina a cada uno de sus miembros, de forma que si allí encuentra defectos, en especial la esposa, entonces detiene el nombramiento.

Al día siguiente se organiza una excursión a San Cristóbal, ciudad natal del Benefactor, y la misma comprende un almuerzo en la casa de la hacienda de éste, una enorme mansión a la que Laureano, de paso, encuentra de mal gusto. Entonces aquella gente se topa con los excesos de Trujillo: armarios repletos de trajes, de uniformes y de sombreros; uno de los edecanes cuenta hasta más de cien bastones. Lo cierto es que el calor es sofocante, y Laureano tiene pocas oportunidades de disfrutar la excursión, por lo que terminan devolviéndose rápido al hotel, a objeto de descansar un rato, y esto, además, porque para las siete de la noche está pautada la famosa ceremonia de recepción que le piensa prodigar el gobierno a la comitiva venezolana.

La misma se realiza en un amplio salón del palacio de gobierno, y para la cual se dan cita desde el cuerpo diplomático, alto gobierno, parlamentarios; un festejo digno de un monarca, y en el que hace su aparición Rafael Leonidas en forma aparatosa, para ser presentado como el gran Benefactor: un sujeto que marcha junto a su señora, y que se planta en el estrado de aquel salón; lugar donde ya se encuentra apostado su hermano, el célebre presidente, habiendo hecho una aparición similar a la suya, y de modo que, en esas condiciones, se procede a saludar a ambas eminencias, lo que significa allegarse hasta el estrado, y darle la mano a los dos, y cosa para la cual se ha designado a Laureano, a objeto de que la inicie, teniendo presente que la recepción es para él, y así que hay una parte dedicada al protocolo en aquel ágape. Un movimiento circular, perfectamente maquinado, como si se tratara de piezas de una cadena que ejecutan determinada representación, y todo para rendirle pleitesía a una suerte de semidiós. Finalizado el acto, se pasa a oír un discurso que pronuncia el canciller, un señor que se apodera del centro del salón, para expresar tales palabras de bienvenida a la comitiva venezolana, a la que le dedica, se diría, apenas unos minutos para pasar a hablar, más que todo, del Benefactor, y en tal grado de abyección, que dichas palabras llevan a Laureano y uno de sus acompañantes a mirarse, sonreírse con la picardía criolla, y lo cual es captado por el propio Trujillo, que está con sus antenas bien puestas, y a quien no le queda más que sonreír también; estamos ante el hombre que tiene la fama de que sus ministros les llevan sus hijas triponcitas, a objeto de brindárselas, pues su debilidad consiste en romper virguitos, dicho de un modo procaz.

El estado de Laureano es el de asombro; tan pronto termina lo que más

considera una oración, que un discurso, y luego, de allí, se pasa a otro acto protocolar, y es la imposición de órdenes, que ha determinado el gobierno conceder a la comitiva venezolana; la orden Juan Pablo Duarte, y esto motiva a Laureano a responder con unas palabras breves el gesto.

Entonces se trasladan a otro gran salón, donde se sirve un excelente *buffet,* pero del que Laureano no participa, ya que Trujillo le ha dicho que se abstenga de comer allí; pues para él y su esposa está reservada una mesa especial en otra sala; un saloncito privado, digamos así, y en el que se encuentra el Benefactor con su entorno particular, esposa y favoritos de turno, digamos así, cuando éste es conducido por un oficial hasta el mismo. En ese sentido, Laureano tiene ocasión de conocer a la esposa del Benefactor, una señora de apariencia sencilla que se confiesa amante de la literatura, y, quien, por lo demás, le habla de sus libros, y así entre tema y tema, que se aborda en aquella mesa, Trujillo le dice a Laureano:

-Me gustaría conocer Caracas, pero la oportunidad no me ha llegado todavía. Desde niño, deseo visitar la tumba del Libertador y su casa natal, así como el ingenio de San Mateo. Bolívar es para mí el auténtico héroe. La América no se lo merece. Es demasiado grande. He leído su correspondencia y sus principales discursos. El de Angostura es una obra de arte; a propósito, envíeme libros venezolanos.

Al igual que en Haití, también en esta oportunidad la comitiva venezolana ofrecerá un brindis al alto gobierno al día siguiente en el hotel donde se hospedan, con motivo de la despedida; fiesta en la que va a aparecer el famoso Ramfis, el célebre jugador de polo.

Lo demás es la despedida definitiva en el aeropuerto, con la presencia del propio Trujillo; el tercio se presenta, muy de mañana, por lo demás, como está pautado, de acuerdo a la hora de salida del avión; vestido de kaki; rodeado por sus edecanes o hombres de su confianza, y lo que viene al caso, en razón de que uno de ellos se presenta con un paquete en sus manos, que es algo para Laureano, y que el propio Trujillo se encarga de entregarle a éste, mientras le dice:

-Son discos dominicanos; merengues. Así tendrá ocasión de recordarnos. Usted dijo que le agradaba nuestra música. También le he hecho colocar a bordo una caja de whisky del mío. Sé que ha sido de su agrado. Cuente usted con mi amistad, doctor Vallenilla.

En definitiva, Laureano comprueba que Trujillo es un hombre que se pasa de simpático, cuando observa desde la ventanilla del avión hacia el grupo que ha dejado debajo, y entonces ve que éste todavía les dice adiós, agitando un pañuelo blanco. Entonces a Laureano le vienen una serie de reflexiones, no sólo en torno a este personaje, sino también en torno a ambos pueblos, que deja detrás; pues aún está presente en él la impresión que le ha causado

Haití, sobre todo, por la aridez de su suelo, y la precariedad de sus condiciones agrícolas, cosa que le ha pintado un futuro sombrío, con respecto a esta sociedad, a la que considera, particularmente, pobre y superpoblada. La naturaleza sociológica de Laureano lo lleva a relacionar desierto con hambre, y a ver convulsiones sociales endémicas allí. Considera Laureano que esas masas famélicas de haitianos son una amenaza para la República Dominicana, y su naturaleza histórica lo lleva a ver el ejemplo de los bárbaros que irrumpieron en Las Galias, en solicitud de pan blanco y vino tinto.

En cuanto a la impresión que le había quedado de Trujillo, ésta era rotunda; rotunda en el sentido de que lo veía el ser único de la República Dominicana, extendido en todas partes; siendo el alma de todos, un ser que le vivía la vida a aquel país, y, al respecto, lo calibraba más que un tirano. Así no le conseguía parangón en la historia. Un ser hegeliano, como diría un filósofo, el famoso pensador de la totalidad, y justo, por el hecho de haberse apoderado de la voluntad de dos millones de almas, digamos así, y cosa que le parecía a éste que ningún otro dictador lo había logrado en la historia de la América Latina; puesto que unos, a su juicio, pecaban de incapaces, otros de indiferentes; cuando no era la gran capacidad de los gobernados que, generalmente, no admitían una tutela integral: "La dictadura de Gómez –meditaba Laureano- fue relativa. Mandaban muchos a través de él o validos de él. Con Trujillo no; no hay gran visir ni persona influyente. Dispone de todo; absolutamente de todo. Ningún dominicano escapa a sus dominios, aun los emigrados. Va a buscarlos donde estén para liquidarlos o someterlos a su férula. Me han contado que interviene hasta en la moda femenina. El amor, inclusive, lo despierta, y lo extingue él, a su antojo. A su muerte el pueblo tomará tiempo para eliminar la tremenda droga que lo mantiene aletargado. Trujillo es un barbitúrico, ignoro hasta qué punto puede ser beneficioso para un país engendrar una personalidad con tales características; así lo salve de la miseria y de la anarquía".

El DC3 arriba al valle de Caracas, y aterriza en el aeropuerto de La Carlota. Entonces Laureano respira feliz al ver a su hija, quien está en brazos de un familiar suyo; él y su mujer felices, pues es la primera vez que se separan de ella por unos días.

# VII

A lo largo de estas páginas hemos tropezado con el tópico de la soledad del poderoso. Esa soledad que es fatal, y que muchas veces se siente en carne propia; porque se trata de la ruptura con un allegado, hasta hijos muchas veces; sujetos que caen *in fraganti* en una de conspiradera, y, de esta forma, Laureano se ve en el duro trance de ser impuesto de la situación de un ahijado suyo, a quien se le descubre en plan de elaborar unas hojitas volantes clandestinas, en las cuales se insultan las figuras de Pérez Jiménez y del propio Laureano, y de modo que no ha habido más que echarle garra. Es por eso que decimos que muchas veces estas situaciones se sufren en carne propia; por lo que aparece la madre de la persona por su oficina; una señora con quien Laureano está unido por innumerables lazos, teniendo presente el grado de amistad que ha existido entre ambos, al punto, venga al caso, que a uno de sus hijos se lo puso de padrino, algo que es muy significativo en la vida social de nuestros pueblos; una de las situaciones con las que Laureano se encuentra tan pronto regresa del viaje, además de papeles amontonados sobre el escritorio. El caso se resuelve enviando el individuo a Chile, por fortuna para aquella madre que se lo ruega; sin embargo, Laureano queda herido, sobre todo, porque el hecho lo enfrenta con la fatalidad de la soledad del poderoso, persona que no tiene ante su vista sino un desierto social; todo es materia de interés a su alrededor.

El caso se repite con José Joaquín Jiménez, alguien a quien conocemos desde muy remoto lugar en estas páginas, por ser amigo de Laureano, otra puñalada al corazón suyo, y por quien lo máximo que puede hacer es que lo manden al extranjero, al momento de interceder por su persona ante Pérez Jiménez; al que, por lo demás, estas cosas lo enervan, y, asimismo, se ve más solitario que nunca; de forma que en uno de esos ruegos de Laureano, cuando entonces se acerca por su despacho en semejantes diligencias, éste le dice a su ministro:

-¿Verdad que la política es algo horrible, doctor Laureano? Desaparecen las ilusiones una a una, y se conoce a fondo el alma humana. Todos se acercan a los poderosos con un interés o un propósito vil. El general Gómez ha debido ser muy desgraciado. Veintisiete años de autoridad omnímoda significa un castigo. Me lo imagino viejo, aislado allá en Maracay. ¿Cómo juzgaría al mundo ese hombre, después de la siesta vespertina, echado en su chinchorro tejido con los colores de la bandera? Francamente, no lo envidio. A veces me entran ganas de abandonarlo todo; de irme lejos, y de vivir anónimo en una ciudad europea de provincia. Cualquier suma alcanzaría. Tengo gustos modestos.

A lo que Laureano responde:

-Comprendo su sentimiento, mi general. En un plano inferior al suyo me ha tocado conocer a los hombres. Mi familia ha subido y caído, alternativa-

mente, en el curso de nuestra historia republicana. He visto los cambios que se operan en amigos y adversarios en cada oportunidad. Además, he sido, involuntariamente, quizás, secretario de gobierno, director de secretaría de Miraflores; presidente de banco y ministro de Relaciones Interiores. Dios se ha empeñado en hacerme ocupar esos horribles confesionarios donde los hombres se desnudan moralmente y cuentan de rodillas sus pecados. No solicitan la absolución, sino una ventaja, una miserable prebenda. Me explico la frase del emperador Vespasiano: "He sido todo, y todo no es nada".

La prueba de que estas dictaduras son de izquierda, no alineadas a la Internacional Socialista, como diría Carlos Rangel, estriba en que Foster Dulles, en un diálogo que sostiene con Laureano, lo primero que le pregunta es que si su gobierno está alineado con el de Guatemala, un gobierno al que se le acusa de recibir armas y asistencia militar de los soviéticos; lo que va a negar éste de inmediato. El diálogo se produce como consecuencia de una visita que realiza el secretario de Estado de los Estados Unidos al país, con motivo de la realización en Caracas de la Décima Conferencia Interamericana, y quien ha mandado a citar a Laureano para la embajada estadounidense. Así le nace preguntarle semejante asunto. Nuestro Vallenilla Lanz le alega que su gobierno no tiene embajada en ese país; lo que significa que no reciben información exclusiva alguna sobre lo que sucede allí, y de modo que, más que negárselo, éste le hace ver que a ellos les hace sopa las cosas que acontecen por aquellos lares, y esto provoca la risa maliciosa del funcionario yankee.

Se trataba de un interrogatorio al que lo sometía, y aquí vuelve a salir al paso el carácter de su personalidad en aquel gobierno, pues obsérvese que a quien interrogaba éste era a él y no a Pérez Jiménez, y lo cual nos lleva a especular que, en verdad, quien había sustituido a Delgado Chalbaud era Laureano. ¿Estaba dispuesto el gobierno venezolano a colaborar con regímenes como el de Anastasio Somoza? Más que de izquierda, ya lo hemos dicho, estos gobiernos eran nacionalistas, y así se le había oído al representante de Guatemala en la Conferencia, un discurso cargado con esta ideología; un sujeto que había despotricado del país del norte, de su imperialismo, a través de la famosa *United Fruit Company*, y así hablaba de que expoliaban a un pueblo: un discurso tercermundista, para decirlo en el lenguaje de las Naciones Unidas.

Quería saber Dulles, si Venezuela, en una de camaradería con Somoza estaba dispuesta a darle un avión de guerra, en el caso que éste se lo solicitaba. Preguntas de este tino; Laureano se lo vacilaba:

-Probablemente. No se puede negar un regalo de tan poca monta a un jefe de Estado amigo.

Aquel hombre sale de allí hecho amiguísimo de Dulles, tanto es así que se lo lleva a navegar en su velero, y aquello es que surcan el mar Caribe. En medio de la travesía el gringo se apodera del timón, y con lo cual se dan

banquete dos periodistas de las revistas *Time* y *Life*, que se han coleado entre el grupo, y a quienes han descubierto de pronto en la popa. Uno de los edecanes estadounidense los distingue, y entonces la audacia se les recompensa con dejar fotografiar al famoso secretario de Estado en una escena simpática.

Se trata de una conferencia de naciones americanas que se realiza en medio de grandes embates; una expectativa negativa se cierne sobre ella; sobre todo, porque los adecos desde el extranjero le han echado mucha leña, y obsérvese que Dulles ha estado en un principio aprehensivo contra Laureano; pues su presencia allí no significaría un gesto de amistad hacia el gobierno venezolano, como sí un gesto de intimidación de parte del suyo, y al que, al parecer, se le ha ido de las manos la situación en la América Latina, habida cuenta de la presencia de algunos regímenes nacionalistas en el continente, y hacia quienes Pérez Jiménez muestra claras simpatías, al contrario de Betancourt, como lo hemos subrayado.

Las deliberaciones se llevan a cabo en el Aula Magna de la Ciudad Universitaria, que, recientemente, Villanueva le ha entregado al gobierno, como parte del conjunto que viene levantando para la nueva sede de la UCV; mientras, Laureano conoce una y otra personalidad; en especial, al canciller de Guatemala, con quien tiene ocasión de almorzar; un almuerzo en el que no dejará de venir al caso el nacionalismo de su país, traducido en una revolución populista, y la que ha encabezado un tal Arévalo, bajo el lema de que allí en Guatemala nada es de nadie, y todo es de la *United Fruit Company*, mientras hay un pueblo que se muere de hambre.

El gobierno se ha ocupado de vender muy bien su obra entre el grupo de visitantes, y esto se nota por el asombro que manifiesta el canciller ante lo que viene realizando con relación a la infraestructura vial y educativa del país, comenzando desde allí, desde el Aula Magna, donde se desarrollan las deliberaciones; luego, la Ciudad Universitaria, y, por último, toda la obra en su conjunto, cuyos proyectos se han dado que hacer en estas páginas, cuando ha sido cosa de su incumbencia, y entonces viene al caso el petróleo venezolano; el petróleo que el guatemalteco soñaría para su país; cosa con la que estaría de acuerdo Laureano siempre y cuando su interlocutor admitiese, como se lo hace ver, que lo que cuenta es el sentido de la administración; el modo como se administran los recursos:

-Un economista avisado –le argumenta- calificaría nuestro régimen de capitalismo de Estado. Nos parecemos mucho más de lo que creemos a la Unión Soviética. Solamente que aquí subsiste la iniciativa privada, aunque su alcance es muy limitado, y mínima su influencia, si se compara con la que ejerce el poder público a través del presupuesto de la nación.

Hay una semejanza entre estas dictaduras y las de la Europa del Este, en cuanto a proclamarse estados socialistas, como lo hace ver Laureano en este

diálogo; sólo que las de aquí eran libres, con respecto a un polo de dominación, como sí aquéllas con la URSS; lo mismo que tampoco conformaron un bloque geopolítico. Es por eso que hablamos más de dictaduras nacionalistas, que de gobiernos de tipo marxista, y entonces aquí se era tercermundista, y de esto no escapaba ni el propio Laureano, como ya lo hemos hecho ver una y otra vez; como hemos repetido una y otra vez que aquella dictadura perezjimenizta había tenido la suerte de encontrarse una mente tecnocrática como la suya, un sujeto abierto al mundo y a las grandes transformaciones modernas. Y así le nacía decirle al canciller en aquel diálogo acerca del desarrollo venezolano, que ahora los nuevos valores revolucionarios en su patria no eran Emiliano Zapata y su estirpe, sino Allis Chalmer o Caterpillar; es decir, tractores para el agro; puesto que el venezolano, permítasenos esta digresión, al pensar en el progreso de su país, lo primero que se le ocurre es impulsar la agricultura, lo que algunos traducen como sembrar el petróleo, y de aquí Laureano pasaba a manifestarle que en Venezuela centenares de miles de hectáreas de selva esperaban ser reacondicionadas para los trabajos del agro, y de modo que el tercio era partidario de llevar la tecnología al campo, sólo que a los ojos de un economista moderno estaba equivocado, aunque ya eso es harina de otro costal. Le decía a Guillermo Torriello, el famoso canciller:

-El *koljós* ruso existirá al menos en su aspecto positivo, porque el ministerio de Agricultura y Cría suministrará en cada zona maquinaria, abonos, semillas y ayuda técnica. Después el cultivador venderá la cosecha a quien le venga en gana, y al precio que determinen las condiciones del mercado.

-Bendita Venezuela –le responde Torriello-, pero tenga cuidado si lo escuchan los guatemaltecos de la oposición, que han venido a Caracas con motivo de la conferencia, pues lo pueden tildar de comunista.

Aunque ya Laureano había visto a esta gente, y les había hecho ver que así como el gobierno de Pérez Jiménez no opinaba nada sobre el régimen de Guatemala, el suyo esperaba que no se incumbieran ellos en asuntos internos de Venezuela; lo que significa que el gobierno venezolano le daba un espaldarazo al de Guatemala, y esto se los había dicho porque, quizás, había descubierto entre estos delegados alguna componenda con Betancourt.

Una mañana, mientras Laureano desayuna, suena el teléfono; una llamada trágica que anuncia la muerte de doña Elena Bueno. El cuadro es conmovedor; él se mueve hacia donde su mujer, que duerme todavía, y que le adivina el pensamiento cuando le dice que su madre se encuentra grave, cuando a ella se le pone que se trata de la muerte de doña Elena. Su casa no queda más allá de dos cuadras de La Muda. Laureano y su mujer son los primeros en llegar a la misma, y allí encuentran que la finada parece más bien dormida; bien dormida aquella gallarda mujer de cabellos blancos, y a la que se le ha colocado en una cama bien tendida; mientras el marido le asegura a todo el que

entra en la famosa quinta, un tanto desquiciado de cabeza, que su mujer tan sólo duerme.

La dama, en cuestión, pertenecía a la familia Plaza, gente descendiente de los libertadores, de lo que Laureano llamaba la aristocracia criolla; puesto que él partía, a propósito de esa vena histórica que había en la personalidad de su suegra, del principio de que la independencia había sido obra de estos hombres: Bolívar, Sucre, José Francisco Bermúdez, José Félix Ribas, Ambrosio de Plaza. "El respaldo popular –agregaba- viene después, con los llaneros de José Antonio Páez, quien recoge la herencia yacente de José Tomás Boves, jefe igualitario también; pero amigo del rey". He allí una síntesis de lo que es nuestro proceso de independencia, dicha en dos proposiciones, como diría un lógico; cosa muy del estilo de la plana de los Vallenilla Lanz, para reconocerle alguna brillantez a la pluma de nuestro biografiado; porque, por lo demás, en este país fue difícil poner de acuerdo a los mantuanos con los pardos, teniendo presente la cantidad de prejuicios que ambas castas habían heredado de una sociedad jerárquica, y la cual era, justo, la que querían superar; de modo que, como lo hace ver Laureano cuando habla de una herencia yacente dejada por un Boves, aquí se tuvo que pasar por una guerra civil, para decirlo con las palabras de la teoría Vallenilla Lanz, para que la conciencia de nuestro yo salvaje, para incluirnos a todos, admitiera la condición republicana de cada ciudadano, que es el momento en el cual Páez entiende por dónde es que vienen los mantuanos, y entonces deja de ser un bandolero.

Pero ni así tampoco; es decir, nunca existió pacto entre ambas clases, sino caudillos con proclamas igualitaristas; "tiranuelos imperceptibles de todas las razas y colores"; sujetillos que iban a invocar la palabra Reivindicación o Legalismo, como argumentaba Laureano en este monólogo interior, a propósito de la muerte de su suegra, y que se iban a imponer, a través del vandalaje; un vandalaje del cual iba a ser víctima la propia doña Elena, cuando en plena adolescencia a esta señora las huestes enardecidas de saqueadores, como consecuencia de la caída del partido de su padre, se amotinan contra su hogar, y dejan a su familia en la más completa miseria; al punto de que ella y sus dos hermanas se ven en la necesidad de abrir una escuela en su casa de familia en el centro de Caracas.

En estas condiciones conoce a don Adolfo Bueno, un joven hacendado; se casan, y aquí viene la historia de aquel médico exitoso, que había contado entre su clientela hasta con Juan Vicente Gómez, y quien llega a adquirir una concesión petrolera: un negocio fabuloso, que lo vuelve multimillonario; y que le permite marcharse a vivir a París por espacio de diez años; matrimonio entonces con el que Laureano se topa en aquella mocedad suya en la ciudad de las luces, y con el que termina estableciendo lazos.

El doctor Bueno, por lo demás, siempre la había rodeado de lujo y confort

a doña Elena; aunque Laureano tenía a aquella mujer más bien por un ser de los del grupo de los pobres de espíritu, como diría el Señor; queremos decir, que no era ostentosa; únicamente en París vivían en un palacete, y frecuentaban la sociedad del presidente de la República, para no ir tan lejos. Era una santa mujer; de modo que esto costaba mucho a los ojos de Laureano; digamos en otro sentido que a él lo llenaba de orgullo tener una suegra parecida a doña Elena; pero no tanto por su alcurnia, como sí por su nobleza de corazón, y lo cual iba con su ética de cristiano.

Aún hay algo más sentimental, y es que en el fondo Laureano había sublimado en doña Elena la imagen de su madre, y la que se le hacía cada vez más distante, a medida que pasaban los años, y esto porque sentía que aquella referencia única que él tenía de ella, como era un retrato al óleo, y donde aparecía una muchacha que sonreía, a medida que pasaban los años no tenía nada que ver con él, teniendo presente su evolución física y aquel físico estático de la figura del retrato que se quedaba en eso, en una muchacha; el síndrome de Dorian Gray, definiría un psicoanalista a una situación así; sintiéndose, en consecuencia Laureano, como desnaturalizado de aquella substancia, que era ella, ya que en su condición de ser mayor que aquella "criatura", a quien la había doblado en edad, le socavaba el concepto de madre que debía tener a esa altura, en lo que se refiere a la actualidad de su ser. De forma que doña Elena venía a ejercer las veces de aquella instancia, tomando en cuenta la cercanía que le permitía estar casado con una de sus hijas; Laureano tenía que sentirse muy acongojado. Entonces, para acrecentar su dolor la situaba en el momento en que él la había visto llorar de impotencia, frente al elemento adeco, para quien Laureano conservaba los calificativos de "trepador y rencoroso"; elemento que disponía de sus bienes, a propósito de la revolución del 45: "Les dolía –pensaba, mientras se consolaba- no ser como ella. Irreprochable, culta y bella, aún de vieja. Querían circular en Cadillac, y así lo hicieron con la mayor desfachatez".

Una vez enterrada su consorte, don Adolfo decide liquidar la herencia familiar entre sus hijos, cuyo capital se eleva, para el bolívar de la época, en tres millones, y que son repartidos entre la numerosa prole; excepto la Quinta Elena, que se la dona a una congregación religiosa a modo de que erija allí un colegio, en honor a la maestra que tuvo que ser ella en su juventud.

# LIBRO SÉPTIMO

# I

Pérez Jiménez saca la piedra, dicho de un modo vernáculo. Pero hay que calarse su espíritu apoteósico y su patrioterismo, y cosa que se ve reflejada en las fiestas de conmemoración de las fechas patrias, como el 5 de julio cuando se celebra la constitución de la República en un día como tal, y de modo que Pérez Jiménez comienza a dedicarle una semana, sobre todo, a la fecha mencionada, y la cual llevará por nombre, precisamente, la Semana de la Patria; una semana que comprende desde competencias deportivas, pasando por desfiles de escolares y empleados públicos, y hasta paradas militares; suertes de apoteosis romanas, dado el instinto cesarista de Pérez Jiménez, como ya antes dijimos, y que terminan enervando una figura como la de Laureano.

Son momentos en los que hay que permanecer de pie en tribunas durante muchas horas; a pleno sol, mientras el país entero pasa por los ojos del gran jerarca. He allí un capricho de la naturaleza salvaje del latinoamericano, que lo lleva a ejecutar una cierta teatralidad napoleónica. ¿Acaso son representaciones para el propio Laureano? Lo cierto es que éste considera que allí no hay sino una gran pérdida de tiempo. A la manera de los romanos de la época de Tiberio, cuyas fiestas de coronación duraron 172 días, aquí entonces se paraliza el país por espacio de una semana, y es cuando Laureano detecta detrás de aquel juego de caprichos de Pérez Jiménez una cierta patología, y la que la ridiculiza en sus labios un colega suyo del gabinete, el ocurrente Luis Felipe Urbaneja, quien llega a decirle a éste:

-No me entran ganas de renunciar sino cuando la Semana de la Patria.

Pérez Jiménez en el fondo es un muchacho jugando a ser poder. ¿Qué otro jefe de Estado, por ejemplo, se manda a toda velocidad para el Táchira en un carro, y deja atrás a comitiva y a todo el mundo, que se ve arrastrada casi a los mismos caballos de fuerza en pos de él, y aquello es un desastre? Entonces la Mercedes Benz promociona su industria automotriz, y qué mejor que darle a este amante de los carros un modelo de carrera, por cierto, ya que a la firma le ha llegado que al tercio le pesa el pie en el acelerador. Es así como le viene a ser enviado al presidente una unidad de este tipo, y mientras lo rueda, conjuntamente con Laureano, por la avenida de Los Próceres, en una de "echar un pique" con un compadre, se entusiasma tanto que, de inmediato, decide recorrer en aquella máquina mil kilómetros, que sería la distancia entre Caracas y su tierra de origen.

Decimos que aquello que causa con su trajín es un desastre, porque la demasiada velocidad con que se mueve arremolina a la comitiva; hace pensar que está en un *rally*, como se lo hace ver un periodista de la revista *Time*, que viene en el grupo, cuando tiene ocasión de hablar con Laureano, en un momento en que hacen un alto en el camino.

Allí viene todo el mundo cagado de guapo; como a todo el mundo han cagado en el trayecto, como ha sucedió con el caso de unos campesinos de un pueblito de carretera, apostados en una casa, y quienes al ver venir al ese bólido echo una fiera, se gritan los unos a los otros:

-Ahí viene, ahí viene el platillo volador- y desaparecen sin dejar polvo.

Uno de los automóviles de la comitiva se ha coleado, y ha venido a dar contra un árbol; una y otra vez hay que cambiar de neumáticos, porque a cada instante son tripas reventadas, y lo que exaspera más a los pasajeros; dado que Pérez Jiménez se les pierde cada vez más de vista. No sin razón le dice entonces el periodista en un alto que han hecho para comerse un sancocho:

-Vine a entrevistar a un presidente, y he participado en una inverosímil carrera de automóviles. Ni el *rally* de Monte Carlo es tan impresionante.

Han llegado a una hacienda donde se le ofrece un agasajo al presidente y al cuerpo de ministros; la hacienda del gobernador del estado Lara, y lo más cómico del caso es que al mero llegar; sobre todo, Pérez Jiménez y Laureano, quien viaja, como es de suponer, como su copiloto, se consiguen con la situación de que el dueño de la casa anda a caballo por los potreros, y recién apenas es cuando vienen a montar la olla del sancocho, por lo que se refiere al sarao. El presidente se permite estos excesos de volante, gracias al estado de unas carreteras impecables, fruto de la obra de gobiemo suyo; en especial, una que lleva por nombre Panamericana, y que es la que los conduce por estos territorios regionales, para volvernos un tanto fanáticos de esta acción. Primero, hacen una pequeña escala en Barquisimeto, donde pernoctan, mientras pasan la noche, y, luego, continúan hacia Los Andes, vía estado Trujillo, donde está la famosa hacienda, y se piensa realizar el sarao. Es aquí en esta soledad, mientras el famoso patrón ha salido a recorrer sus potreros, pensando que esta gente no viene sino unas dos horas más tarde, cuando de pronto, Pérez Jiménez se ve en la indefensión total; habida cuenta de que escolta y todo el mundo ha quedado atrás, y es cuando le viene a la cabeza la idea de que allí está la oportunidad para cualquier enemigo de ellos, que quiera valerse de las circunstancias. Con una cierta frescura, pero muy dueño de sí mismo alega que allí nadie vería al asesino; si acaso habría algún testigo sería el piloto de un helicóptero, encargado de seguirles el rastro, y que vuela sobre ellos:

-Pero mientras aterriza –le dice Pérez Jiménez pensando en éste-, queda el mandado hecho.

Después de almorzar retoman la carretera, y así que comienzan a subir Los Andes; una carretera empinada y llena de curvas, y en la que se afinca Pérez Jiménez; de forma que cuando comienzan a aparecer los precipicios, y Laureano descubre que lo de su compadre es jugar a ser piloto de carrera, le observa:

-No se necesita ser muy zahorí, presidente, para adivinar lo que ocurriría,

si muriéramos hoy. Al conocerse la noticia, se constituiría una junta de gobierno en Caracas integrada por militares y civiles de convicciones democráticas. Las turbas se dedicarían al saqueo de las residencias del tirano y sus acólitos. Nuestras familias correrían a refugiarse en las embajadas, ya que los amigos íntimos les cerrarían sus puertas.

Entonces vendría la patria de los oportunistas: la gente que se iba a vender, y que se iba a pasar para el otro bando, según el verbo de Laureano, en su labor disuasiva; desde militares hasta aquél que había firmado el acta constitutiva de 1952; habiendo ya firmado la de 1948, y de lo cual había abjurado o, como dice Laureano de una manera más costumbrista, los comensales de Carlos Pulido Barreto; mientras se formaba un gobierno de transición, a la cabeza de un médico eminente de la talla de Martín Vegas (una suerte de tonto útil, según las palabras de Laureano), a la espera de la convocatoria de unas elecciones; elecciones donde se impondría Betancourt. He allí la patria de los vivos, según el punto de vista de Laureano. El consuelo suyo era que eso, a su juicio, no iba a durar mucho; que esta gente también tenía sus días contados. Su conciencia de sociólogo, que ve el comportamiento de las sociedades en forma cíclica, lo llevaba a decir:

-Una vez arruinada la nación, los venezolanos reaccionarán. Los líderes huirán como conejos, y comenzará de nuevo la historia ya monótona y fastidiosa.

¿No es eso lo que sucede hoy en día, luego de haber pasado cuarenta años del regreso de Betancourt? En estos tiempos se ha conocido un señor de nombre Norberto Ceresole, teórico del caudillismo, al igual que el padre de Laureano, y a quien se le achaca el ser el guía espiritual del actual presidente de la República, teniente coronel Hugo Chávez, a propósito de las ideas sobre militarismo que exalta la obra de Ceresole, y las que éste ha venido a poner en práctica; de forma que la historia se repite en este caso, puesto que hacíamos ver atrás, en el libro sexto, que Pérez Jiménez sufría de un cierto sectarismo militarista. Pero estábamos en que van a toda velocidad, y que Laureano se ha permitido hacerle tal exhortación; por lo que el presidente recorta, y le dice:

-Caramba, doctor Laureano, con todo lo que me ha dicho me han entrado ganas de vivir, aunque no creo que Venezuela se entregue de nuevo en los brazos de los partidos. Considero definitiva la experiencia de 1945-1948.

-Yo no, presidente. Ha pasado mucho tiempo y los universitarios de hoy no conocieron aquella época de bochinche y de ineptitud. Encuentran natural, lógica, la bonanza actual.

Se dirigen al confín del mundo, donde está Michelena, aldea natal del general Pérez Jiménez, y a la que llegan, como siempre, primero que la comitiva; de modo que deciden esperarla a ésta en las afueras del pueblo; mientras un niño pesca que allí está el presidente de la República, y entonces comienza a gritar:

-Es Marquitos. Ahí está Marquitos.

El Mercedes Benz es de color plata y con fisonomía futurista; de modo que, en estas condiciones, Pérez Jiménez viene a ser todo lo contrario a aquellos héroes que llegaban en bestia en el siglo XIX; aquí es un batimóvil el que está en las afueras de Michelena, y así que la voz de aquel muchachito espabila al pueblo, que acude en masa a abrazar a su héroe moderno.

El resto es un recorrido por la región tachirense que supone un par de días, en tanto que chequean el desarrollo de algunas obras, puesto que andan en una labor de inspección, y, luego, ya para el regreso el famoso Marquitos ha tomado conciencia de la circunstancia, y ha decidido recortar la marcha forzada. En esas condiciones viene a ser tema de conversación del presidente y su ministro, sobre todo, la marcha de la obra de gobierno: el éxito que se ha tenido en la industria del azúcar; puesto que ha habido una política de desarrollo de centrales azucareros; el fracaso que se ha tenido en la industria del arroz; donde también ha habido un programa...; aun cuando ya para esa altura Laureano está convencido de que la industria venezolana en varios de sus renglones presenta una situación de suficiencia. Significa que el país ya comienza a autoabastecerse, y que esto marca una situación de desarrollo, en el cual se observa una elevación del nivel de vida del venezolano. Este tiene presente, según las cifras oficiales, que en la balanza de pagos ha aparecido un nuevo fenómeno, como es la presencia de la inversión extranjera en el área no petrolera; una inversión que procede de EEUU, Suiza, Francia, Alemania e Italia, atraída por la reactivación del país que, para decirlo con lenguaje de demagogo, marcha a todo tren.

Se produce un fenómeno contrario a lo que se conoce como desempleo; esto es, hay demasiada oferta de trabajo, a pesar de que al país llegan una y otra vez buques cargados con inmigrantes europeos. En ese sentido, el venezolano empieza a sentirse como si viviera en una suerte de sociedad inglesa, en la cual hasta el obrero se considera burgués; habida cuenta de las condiciones de vida de las que disfruta, y esto porque la demasiada oferta de trabajo ha repercutido en el fortalecimiento del salario. Así hay un crecimiento de la clase media; lo que significa que el país deja de ser pobre. Laureano carga cifras con los resultados de la obra de gobierno, bien recordadas, y se las habla al jefe. Le dice en esta oportunidad, mientras transitan de regreso:

-Datos suministrados por la Administración del Impuesto de Rentas indican que existen varios miles de personas con fortunas, que oscilan entre quinientos mil y un millón de bolívares. Las de doscientos mil son innumerables. El proletariado se aburguesa a paso agigantado.

Laureano conoce muy bien la sicología de su pueblo, y entonces se le asoma el fantasma de la insatisfacción de nuestro yo salvaje; siente que está ante un país que no le va a agradecer su noble gesto, y que le va a sacar los ojos,

como una especie de cuervo que cría.

-Nos eliminarán –expresa ante su jefe- suavemente o por fuerza. No importa. Queda cumplido el deber. Nuestro propio destino, así nos reserve un porvenir de desgracia y ostracismo, no cuenta dentro del panorama nacional.

Más que un balance de gobierno, lo que hacen ambos es un análisis del país. La suerte de la situación política, lo que viene en lo inmediato, y lo que viene en lo mediato; de modo que en lo mediato ve también a un Betancourt derrotado; caído por malos gobiernos, para consuelo de su ánimo, que lo lleva entonces a decirle a su jefe:

-No me sorprendería tropezar con Rómulo Betancourt y otros en París, si es que se resuelven ir a Europa proscritos, como yo, pero en distintas condiciones. Yo seré una víctima del progreso que contribuí a crear, y ellos de un nuevo y bochornoso fracaso. Nos reuniremos, quizás. Los venezolanos se reconcilian en el destierro. Empezaremos por hacernos mutuos reproches, y, luego, como siempre, evocaremos el pretérito alrededor de una mesa de café, en los Campos Elíseos.

De dos cosas está seguro Laureano, en lo que llevamos dicho; de que su destierro es algo inminente, y que tiene por tierra prometida la patria de los galos. Evoca ese poema de César Vallejo, también un desterrado, que dice "me moriré en París con aguacero; un día del cual ya tengo el recuerdo". La filosofía de Laureano es la del desencanto; desencanto, decíamos, de la insatisfacción de nuestro "yo" salvaje, que es demasiado devorador, como el caribe de nuestros ríos; como hay un fantasma permanente en él, que es el de Rómulo Betancourt; el hombre llamado a vencerlo, y entonces salva distancias, con relación a su castigo, y así lo ve en su exilio dorado, junto a él haciendo camaradería.

Hay algo que hay que subrayar, a propósito de las condiciones en las que se desarrolla este diálogo, y es que no pasemos por alto que ambos son compadres: padrino Laureano de uno de los hijos de aquél, y cosa que se presta, dígase de paso, también para la mamaderita de gallo entre el resto de los miembros del gabinete, y de modo que allí tiene cabida, a su vez, el asunto de la familia: doña Flor, a quien Laureano adora tanto, parienta suya, por lo demás; pero la adora por el hecho de su condición de hermana de la caridad, a propósito de lo que le compete como Primera Dama; una mujer dedicada a labores de asistencia social, a través de la Sociedad Bolivariana de Damas, institución donde se le presta asistencia a los más desvalidos; y en donde da lecciones de humildad al sentarse frente a una máquina de coser para sacar piezas de uniformes, que más adelante se repartirán entre escolares pobres. A ese respecto, Laureano tiene que hacerle un reproche a la susodicha, y es su excesivo carácter tímido; un ser totalmente contrario a una mujer, como la famosa esposa de Rafael Leonidas Trujillo, a quien venimos de conocer en el

libro anterior, y por eso venga al caso, que hasta publicaciones de carácter literario tiene en la calle, según nos lo cuenta el escritor Mario Vargas Llosa en su novela relativa al dictador, y esto lo ve como algo en lo que falla el régimen; su escasa capacidad para sacarle partido al gesto populista, al estilo de Evita Perón, nombre que también viene al caso; su escasa capacidad para rodearse de pueblo en aras de la política del gobierno de su marido.

Pérez Jiménez, a ese respecto, tampoco es un hombre de palacio. No se rodea de amigos intelectuales, no frecuenta el Country Club; una figura que se encierra en oficinas a sostener largas entrevistas con un entorno muy privado, y en donde se pasan cuentas de lo que se oye en las grabaciones telefónicas: suertes de chismes estos informes; un verdadero hombre de aparato, y lo que no está muy bien tampoco a los ojos de Laureano, en los términos de la popularidad del régimen. ¿Esto elogia o provoca a Pérez Jiménez, tomando en consideración la labor que él allí cumple, que es la de ser la cabeza visible del régimen? Este ni caso le hace. Está sumergido en el mundo de las obras públicas. Se trata de un sujeto que proyecta, que anda en planes, y así le viene a la cabeza la idea de crear un balneario al sur del Lago de Maracaibo; un balneario capaz de incentivar el turismo entre la población merideña y tachirense; pues no olvidemos que Pérez Jiménez habla de un turismo interno, e idea que se la sugiere el paso por Mérida y Trujillo, dos estados andinos que colindan con el gran lago.

Se atraviesa por el momento en el cual el régimen intenta meterle la mano al sindicalismo; el cual siempre ha sido factor de perturbación en el país; sobre todo, porque el movimiento sindical fue el que le dio carácter moderno a la Venezuela del siglo XX; esto es, Venezuela dejó de ser una sociedad de castas, para volverse una sociedad de clases, como las burguesas, y, en especial, con un movimiento sindical organizado, puesto que a partir de allí se configura una conciencia social, habida cuenta del surgimiento de la categoría del obrero, como lo haría ver la teoría Betancourt. En ese sentido, la aspiración de Pérez Jiménez es la de matar aquella serpiente por la propia cabeza; correr el adequismo de los sindicatos, a modo de ejercer un poder absoluto sobre éstos, y así que en aquel diálogo se trae a colación este tema; además, la política con la cual quieren ganarse al pueblo sindicalizado, y es mejorando sus condiciones de vida. En estos días de noviembre 2000, en los que se escriben estas líneas, se oye en la opinión pública la intención del presente gobierno de centralizar todo el movimiento sindical venezolano; lo que significa que hasta en este detalle se repite la historia. Hoy se plantea el realizar un referendo, en aras de que el país decida sobre un supuesto proceso de democratización en el sector. Entonces Pérez Jiménez le dice a Laureano:

-El camino es claro. Fortalecer el movimiento sindical; apoyar la adjudicación de contratos colectivos; desarrollar la vivienda popular y los centros

vacacionales y deportivos; ampliar progresivamente el seguro social. El obrero venezolano debe alcanzar el nivel de un pequeño burgués con casa confortable, buena alimentación, cultura y educación para su descendencia. Todo albañil desea que su hijo estudie, y vaya a la universidad. Estamos en el deber de brindarle la oportunidad. En este país, por suerte, todos nacemos iguales. Las diferencias han de derivarse exclusivamente del mérito; no del apellido y del color de la piel.

Una diferencia sí resalta en ambas situaciones, ya que hemos planteado una analogía con nuestro presente; volviendo al caso de nuestro diario escribir, y es que mientras el régimen de Pérez Jiménez perseguía el aburguesamiento del obrero, el presente régimen persigue un desclasamiento de toda la sociedad venezolana; una nivelación hacia abajo, como diría la teoría Vallenilla Lanz; algo trágico para nuestro país, porque no está presente una conciencia edificante, como la de este equipo de hombres, para utilizar una expresión de Rafael Leonidas Trujillo, que ya se conoce en estas páginas.

## II

A Laureano le corresponde atender a los visitantes que vienen en misiones oficiales; tomando en cuenta, como ya se ha establecido, que él está a cargo de las relaciones diplomáticas del régimen, y así que su casa, en ese sentido, viene a resultar de gran importancia como lugar estratégico para recibir a estos visitantes, quienes pesan por determinadas circunstancias; aquél por simpático, el otro por antipático: un secretario de Estado, que habla con una gran fluidez la lengua de Laureano; un abogado texano, que hace buena química con él; cosa que no sucede con un tal Milton Eisenhower, quien viene precedido por la fama de ser el hermano del presidente de EEUU, y de la cual, a los ojos de Laureano, parece abusar, habida cuenta que ése es el único mérito que le encuentra; toda vez que se trata de ese tipo de extranjero que todo lo consigue mal, y tiene recetas para ofrecer soluciones. El típico sujeto llamado a escribir, a juicio de Laureano, libros como: "Cómo triunfar en las ventas", "Cómo ganar amigos"; fórmulas así, y menos colabora con su simpatía un asistente que lo acompaña, y a quien carga el otro para que le haga eco en relación con todo lo que dice.

A Nelson Rockefeller, un famoso millonario norteamericano, Laureano lo recibe varias veces en su despacho. El sujeto tiene intereses en ese momento en nuestro país, y así que aterriza de vez en cuando en suelo patrio en procura de supervisarlos a éstos. Ha aprendido a hablar bien el español, y se enfrasca a dialogar con Laureano sobre aspectos económicos. El sabe que Rockefeller simpatiza más con las ideas de Betancourt; sobre todo, porque éste

se ha ganado su fama de demócrata; aun cuando Laureano preferiría decir que "con su ropaje izquierdista ha logrado capitalizar las inquietudes sociales de Wall Street". La dictadura de Pérez Jiménez se muestra como una de las más férreas del continente, según un reportaje de la revista *Time*, que se publica por esos días, y así se exhibe en la portada al "tirano". Esto lo decimos porque hemos leído en estos días, repetimos, de noviembre-2000 en la prensa caraqueña, en un artículo de opinión, que nuestro Vallenilla Lanz había tenido la osadía de reproducir el reportaje en su periódico El Heraldo, y en cuya introducción decía que tenía un hondo significado para la redacción, el hecho de que un semanario de la calidad y tiraje de *Time* colocara en su portada el retrato del presidente de la República; y lo que traemos a colación, no sólo con motivo del tratamiento que hacemos del personaje, cosa que vale aquí también como dato a su biografía, sino por el propio cinismo que allí se destila de su personalidad, y que en cierto sentido hemos hecho notar en uno y otro momento, y que es la misma postura que adopta hoy en día el canciller del actual gobierno, José Vicente Rangel; cosa que hace ver el articulista, y por lo cual escribe su texto, cuando dice que el gobierno está feliz por ser el centro de la opinión pública internacional, a propósito de una guerra de editoriales que se ha desatado en contra suya, sobre todo, por parte de la prensa de los Estados Unidos, en donde se le acusa al presidente de un cuasi dictador. Dice el alto funcionario que pocos países se dan el lujo de que el *Washington Post* y *The New York Times* editorialicen casi simultáneamente sobre ello; significa, a juicio del canciller, que estamos en el centro de la escena mundial, y entonces hace ver el articulista, digamos como coletilla, que hasta en eso se repite la historia, hasta en la semántica de los gobernantes.

Al único que se permite atender Pérez Jiménez por esos días es a un ministro peruano, que viene en misión oficial, y esto por la preferencia que siente el jefe de Estado por Perú; lo cual es explicable si se tiene en cuenta que él ha estudiado allí, nación entonces que viene a ser su segunda patria, ya que hemos evocado tanto, aquí, segundas patrias.

También hace buena química con Laureano un ministro de Colombia; miembro del gabinete de Rojas Pinilla, que pasa en esos días por Caracas; venga al caso decir que ésta se trata de otra de las grandes dictaduras de la América Latina; de modo que todo el continente pulula de regímenes totalitarios, y lo cual, como se ha dicho, constituye una cierta preocupación por parte de los Estados Unidos. Pero aquí ha habido menos tacto, en cuanto a los procedimientos; puesto que el régimen rojaspinillista ha procedido a cerrar periódicos, como El Tiempo de Bogotá; para ser reemplazado por una palurda Gaceta Oficial, y decimos que al régimen se le ha ido la mano en esto, porque hasta el propio Laureano condena el hecho. ¿Colombia se quedaba rezagada, con respecto a Venezuela, en aquellos momentos? No era una mente emprendedora

aquella la de Rojas Pinilla; como tampoco Perón, que llevó a la quiebra a Argentina; ya para esos años se sentía esta situación. De modo que la venezolana, a propósito de las dictaduras, era la única, en verdad, que se había planteado un proyecto de República encaminada al progreso, y era esto lo que le permitía decir a Laureano:

-La antigua Nueva Granada es la patria de la oratoria; de la dialéctica; de la agresividad escrita o verbal. Interesa más un debate en el congreso que la lucha contra el paludismo.

Su visión del hermano país, en ese sentido, seguía siendo la misma; como cuando estaba en el exilio, y entonces miraba la prensa colombiana: hablaba de dos oligarquías que se habían venido sucediendo en el poder, y las que habían penetrado toda la economía del país, haciendo de ésta el monopolio de dos poderes concentrados, que dominaban la agricultura, ganadería, comercio, banca, industria, seguros, iglesia y prensa.

"Combatirlas –pensaba- significaría sacrificar el régimen del sistema capitalista, y el general Rojas Pinilla no es un revolucionario sino un conservador disidente que, para desdicha suya, discurre mal.

Resulta vistoso este comentario, en virtud de la tesis, que nos ha salido al paso desde el libro sexto; en torno a la característica de dictadura que impera en ese momento; hemos dicho que se trata de un tipo de régimen que, a pesar de sus proclamas antiimperialistas; nacidas de un fervor de reafirmación nacional, no terminan alineándose a la internacional socialista.

Por cierto que para esa época ya comienza a sonar el nombre de Fidel Castro, atrincherado en la Sierra Maestra, a punto de llevar a cabo su revolución. Entonces Laureano recibe a su homólogo cubano, un señor de nombre Santiago Rey Perna: otro ilustre visitante de La Muda, y con quien no deja de abordar la política del hemisferio, en su conjunto. Rey Perna viene en representación del gobierno de Fulgencio Batista, y se trata de un hombre ilustrado, a quien nuestro Vallenilla Lanz le observa un gran dominio de la palabra. Su colega es de la opinión de que el régimen que representa es transitorio:

-Un paréntesis útil en un ambiente dividido, y anarquizado por las distintas facciones corrompidas y pasadas de moda. Habrá que pensar en una fórmula nueva que se inspire en José Martí, y aglutine a la juventud asqueada y rebelde. Ningún hombre público infunden ni confianza ni respeto, al cabo de cincuenta años de inmoralidad administrativa.

¿Quiénes son Fidel y su grupo de chicos barbudos? Son sujetos que recién han salido de la universidad, con ínfulas de sabelotodo; mientras el país está convencido de que detrás de ellos no viene sino el caos. Se trata de la llegada de los bárbaros, con pretensiones de redención social, que todos los pueblos de la América Latina estamos llamados a confrontar, como reza la mente de Laureano, en forma cíclica.

Otro de los ilustres visitantes, que se allega por esos días a Caracas, es el ministro de la gobernación de España, Blas Pérez González; un sujeto que viene, además, llamado de la atención del hecho de que su abuelo vivió y tuvo propiedades en Venezuela, aparte de reposar sus restos en suelo patrio; un viejo que Laureano, en su remota infancia, por casualidad, llegó a conocer cuando iba con su padre a la firma de "Celedonio Pérez y Compañía", y entonces don Laureano solicitaba a don Leopoldo Pérez Díaz, abuelo del susodicho. Es así como le confiesa a Laureano que las luces él se las debe a los bolívares; puesto que aquel ancestro había dejado un legado para la educación de sus descendientes: un recibimiento especial que le ha hecho éste en el aeropuerto de Maiquetía, y para el cual ha ubicado a unos primos de Pérez González, a modo de que estén presentes también en la ceremonia; lo que ya le granjea de hecho la simpatía del tercio, quien, al final, se ve recompensando a Laureano con un cuadro de Lucas Jordan.

De las impresiones que cruzan ambos homólogos, para llamarlos así, a Laureano le queda la imagen de que se trata de un hombre de vastos y variados conocimientos, de verbo fácil y elegante; cosa que corrobora, además, en los distintos actos que se organizan en honor suyo, y en donde debe improvisar algunas palabras. Lo importante es que nuestro Vallenilla Lanz queda convencido de que, quizás, ignorará siempre el generalísimo Francisco Franco que más hizo su ministro de la gobernación en ocho días, por las relaciones entre Venezuela y la madre patria, que los embajadores que han desfilado por Caracas en los últimos veinte años.

También a Laureano le cae la persona del general Magloire, el famoso presidente de Haití; un compromiso para él, habida cuenta de las atenciones recibidas por el susodicho durante su reciente viaje a ese país, y así que pasa una y otra figura por La Muda.

Por segunda vez ve nuestro Vallenilla Lanz humedecérsele los ojos a Pérez Jiménez; se trata del momento en el cual el país recibe el destructor Nueva Esparta; construido en Inglaterra, y el que llega por Margarita. Así Laureano ve llorar de nuevo a su jefe, un ser arrogante y frío, diríase, sátiro: en efecto, en esta oportunidad actúa:

-Al fin –le dice al otro cuando lo ve frente a las playas de Porlamar- comenzamos a tener algo digno en Venezuela, y son venezolanos quienes lo conducen. ¡Sí señor! Desde hace tiempo se entrenan en Gran Bretaña oficiales y suboficiales.

Entonces el país se mete en una carrera armamentística, porque serán tres barcos de este tipo los que se recibirán; aparte de que llega también el yate presidencial, el "2 de Diciembre", que viene de Francia; pero el que queda destinado, exclusivamente, para el uso de la emergencia de la Armada.

Laureano encuentra el "2 de Diciembre" un buque espacioso, decorado

con buen gusto, y en el que, de inmediato, salen hacia La Orchila. En el viaje se incorpora un capitán, director del Círculo Militar, Wolfgang Larrazábal, y el que vive perdido en el mundo de los boleros; como lo comprueba Laureano, cuando al despertarse, luego de una noche de viaje, lo encuentra con un papel en la mano, aprendiéndose la letra del tema de Carlos Eleta Almarán, cantado por Los Tres Diamantes, que dice:

*Es la historia de un amor, como no hay otro igual; que me hizo comprender todo el bien, todo el mal...*

Por un momento piensa que aquel hombre se está quebrando los sesos, con el estudio de la armadura del buque; cuando es que Laureano lo consigue en semejante trance. Este es un personaje importantísimo para la historia de Venezuela; sólo que muy efímero el tercio. He allí el que encabeza el famoso golpe de 1958, contra esta gente, y el que gobernará por unos meses el país. Pero, a pesar de esto, ya Laureano tenía un mal concepto de Larrazábal. Sucedía que, estando en una reunión en el Instituto Nacional de Deportes, donde este oficial fungía de director, y la que había ameritado la presencia suya, dado el carácter político-administrativo de la misma; sucedía, decíamos, que éste había dejado estupefacto a Laureano; porque, de pronto, había suspendido el diálogo alegando que eran las cinco y media de la tarde, y él tenía que ir a su casa para oír una famosa novela de nombre *El Derecho de Nacer*, que se transmitía todos los días por radio. He allí un hombre que arrastró masas; pero carecía de guáramo de líder, y hasta alguna vez cierto político calculador, como un Jorge Dáger, usufructuó esa popularidad suya. Era un tipo de carisma, este Larrazábal, sobre todo, porque tenía buen físico, y se veía flamante con aquellos uniformes blancos de la Armada, fuerza a la cual pertenecía; sumado a una cara de bonachón.

Laureano continúa siendo contertulio de don Vicente Lecuna, en especial, porque se informa en una oportunidad que el viejo está quebrantado de salud, y así que se digna visitarlo en la casa de su hija en el Country Club.

Con el humor del criollo recibe a Laureano hablándole de la muerte en términos familiares; llamándola a ésta "Pelona", conjuntamente con la guiña que el viejo hace con la mano derecha, cada vez que habla de la innombrable, a modo de que, por la vía de la superstición, ésta pase bien largo al carajo.

-He sufrido –le dice a Laureano- una ligera indisposición; pero nada serio. No ha llegado todavía la hora de la "Pelona", ¡lagarto!

Don Vicente se muestra satisfecho con el gobierno que realiza el perezjimenizmo; le parece impecable el conjunto de la realización de las obras; le parece impecable la autopista Caracas-La Guaira:

-Es algo grandioso –le dice-. Pude apreciarla. No olvides que soy ingeniero. Te felicito, niño. Esta es la época de Augusto. No descuiden, sin embargo, la educación, y observen buena conducta.

El susodicho está enterado de la favorable situación de la balanza de pagos; para esa época, un hombre medianamente informado como don Vicente, sabe que las reservas internacionales se han incrementado; aparte de que le reconoce que la política cambiaria es acertada, toda vez que le dice:

-¡El bolívar es Bolívar! No hay que tocarlo. ¡Es sagrado! Más bien fortalecerlo si fuera posible. Tú me hablaste una vez de llevarlo a 3,06. A la larga, las circunstancias impondrán esa medida, ¿verdad?, a menos que surjan unos locos, y hagan lo contrario; pero no es posible semejante cosa.

Sin embargo, eso fue lo que sucedió, y hoy nuestra moneda ya se ubica cerca de 700 bolívares por dólar; causa de que se desvirtuó esta política, y así la piratería y la improvisación descubrieron que con las devaluaciones se podían cubrir los déficits fiscales, merced a una serie de vicios en el manejo de la administración pública; consecuencia de lo cual tenemos hoy en día un gobierno, que no expulsó a los adecos, como lo preveía exactamente Laureano; aunque sí los pulverizó en la realidad venezolana.

Un niño huérfano, como él, para ocuparnos por un momento de su corazón se repartió entre varias madres, y una de ellas fue su tía Hercilia de Centeno Graü; cosa que no debe extrañar, habida cuenta que Laureano en su niñez vivió una buen temporada en su casa. A ese respecto, siente también un vacío maternal, parecido al que padeció con motivo de la muerte de su suegra, cuando recibe la notificación de su deceso, y lo que es el llanto no lo puede contener cuando la ve rígida en su lecho, y a ello habría que agregarle el detalle de que, de los Vallenilla Lanz, ella era la más parecida a su papá; sobre todo, en los rasgos de la frente despejada y de su boca fina. De niño, Laureano la veía como una rubia delgada; bonita y con una distinción de hembra. Era la madre del pintor, ya citado por nosotros, Pedro Centeno Vallenilla, y quien estaba ahí, al lado de su primo, para hacerle ver que, por esta vía, los Vallenilla Lanz se acababan, a no ser por una viejita, la famosa tía Leonor, la mayor de la estirpe, que aún deambulaba sorda y ciega; pero quien se extinguía, a juicio del pintor, como una lucecita.

Eugenio Mendoza fue el industrial, por excelencia, en Venezuela. A él lo hubiera perseguido el perezjimenizmo, de no estar su amigo de infancia al frente de los destinos políticos del país; porque, por lo demás, fue un empresario que se benefició mucho de la política del Estado proteccionista; lo cual le permitió incursionar en varios ramos de la economía, a manera de un pulpo, como es común decir en el medio venezolano. Aparte de que fue un hombre altruista, y supo darse una imagen, en ese sentido. He allí sus campañas contra la enfermedad de la poliomelitis; cosa que demuestra, por primera vez en el país, que la iniciativa privada sí puede ocuparse de un área que sólo estaba reservada al Estado, y campañas en las cuales Laureano no había tenido más camino que acompañarlo. Pero, ante todo, consideraba

que primero estaba la amistad, y así Laureano siempre había sido solidario con Eugenio; no había invitación que le cursara su amigo, a la cual él no dejara de asistir. Eugenio era un hombre que siempre tenía invitados importantes, de modo que cuando aparecía algún "musiú", y aquél le extendía una invitación para que estuviera presente también en el ágape, Laureano acudía porque siempre pensaba que su presencia en El Sebucán era muy importante; así se muriera de cansancio. Esto lo decimos porque de vez en cuando habían bolas, bolas que se metían en los oídos de las personas, y así les infundían miedo a éstas: "Que si a Eugenio Mendoza no lo van a dejar entrar; de regreso de un viaje que ha hecho por Nueva York". Eugenio atrincherado en la famosa metrópoli estadounidense, retenido allí por la incertidumbre; entre tanto un hermano suyo, un tal Lope, corre casa de Laureano a plantearle esta situación.

-Mientras yo sea ministro en este país –se lo dice a Lope-, te lo juro, no le sucederá nada a ninguno de ustedes.

En tiempos de la infancia, con el propio Lope, Eugenio y otros más, Laureano salía a robar caña en esos sembradíos que estaban alrededor de Los Chorros; una época en la cual el propio Eugenio se destacaba porque tenía un caballo que era toda una leyenda; cosas que se traían a colación en este diálogo; pero lo que muestra, en resumidas cuentas, que ellos eran la misma gente, y así Eugenio Mendoza pasaba por debajo de la mesa en aquel gobierno, continuaba haciendo sus negocios: la propia casa de Laureano estaba hecha con "Materiales Mendoza"; con todo y la fama de adeco del tercio.

El peruanismo de Pérez Jiménez lo lleva a acariciar la idea de viajar a Lima; investido de presidente de la República, como el Libertador llegó en el siglo XIX, inflado también de gloria, a esta capital; pero antes sucede un hecho especial, y es que Pérez Jiménez se ve en la necesidad de escoger un encargado para la presidencia, y es así como le comunica a Laureano que duda si dejarlo a él, o al general Oscar Mazzei, el ministro de la Defensa.

-Lo natural –le responde de inmediato Laureano- es que sea Mazzei, mi general. No olvide que el poder emana de las Fuerzas Armadas. A mí no me convendría, en modo alguno, desempeñar esa función. Me traería más enemigos de los que tengo. Van a decir que, entre otras cosas, soy el delfín, y de los delfines no me gusta ni Delfín Becerra.

-Tiene usted razón –le responde el otro, y, luego piensa en voz alta: "No es pendejo este doctor Laureano, como aparenta".

He aquí un elemento más que nos corrobora que Laureano sabía muy bien el papel que jugaba allí, y que Pérez Jiménez, resignado al fin, se lo captaba.

En el fondo, Laureano es un exaltado de poder, y esto lo demuestra en un diálogo que sostiene con Rafael Caldera; un hombre que también es con-

tertulio suyo; significa que cada cierto tiempo cae por su oficina, y esto en plan de reclamarle cosas; aprovechándose de la circunstancia de haber sido compañeros de colegio, cuando estudiaban en el San Ignacio, y así que éste le saca cosas como el populismo que se despliega el 2 de diciembre de cada año; a propósito del conjunto de obras que se inauguran, justo, ese día, y el cual coincide con la fecha en las que ellos llegan al poder. Le parece malicioso a Caldera ese proceder, y de modo que, Laureano, en cierta oportunidad en que viene esto a cuento, comienza, primero, hablándole de las circunstancias relativas al calendario de la administración pública: finalización de contratos; etc.; luego le habla de las fiestas decembrinas, y que si los obreros tienen plata, y que si patatí y que si patatá, y, por último, y es por lo que decimos que es un exaltado de poder, le espita:

-No olvides, en definitiva, Rafael, que el 2 de diciembre es el aniversario de un crimen perpetrado contra la democracia. Es natural que los autores ofrezcan en esa oportunidad una compensación al electorado ofendido y a los elegidos frustrados en sus más caras aspiraciones. Les obsequiamos dos mil quinientos o tres mil millones de bolívares en realizaciones. No está mal. ¿Verdad? Es la primera vez que sucede en nuestra historia. Somos en cierto modo, querido amigo, otros pecadores arrepentidos.

Quizás aquí cabría decir que una de las cosas que sostiene Pedro Estrada en sus famosas conversaciones con Agustín Blanco Muñoz, recogidas también en un libro de entrevistas, es que aquel régimen de ellos nunca habló de democracia.

Pero estábamos en que Caldera se dirigía muchas veces a su oficina; apelando al grado de amistad que existía entre ellos, y de estos diálogos habría que decir que también fue acertado Laureano, cuando entonces hablaba de que Luis Herrera Campins estaba llamado a ser alguien grande en Copei, y en lo cual no se equivocó, en razón de que éste alcanzó la presidencia de la República; años después, a pesar de que su consideración hacia él era que se trataba de un muchacho, un chamo que cometía disparates al calificar a un general valenciano que se había sublevado contra el régimen, de héroe; cosa que la decía en un libro, escrito por él, y el cual, justo, había llegado a las manos de Laureano.

En el fondo Pérez Jiménez abriga un sentimiento tercermundista mucho más marcado que el de nuestro Vallenilla Lanz; sobre todo, por la condición del yo ilustrado del segundo, y esto es lo que lleva al otro a no pegarlas de vez en cuando; errores que Laureano considera garrafales, y así se ve a un Pérez Jiménez batiéndole fuerte al general Eisenhower una proposición bien pedigüeña, para ir con lo del tercermundismo, en una conferencia cumbre de jefes de Estado, que se realiza en Panamá, y para donde viaja, especialmente. Proposición que consiste en solicitarle a los EEUU que destinen un porcentaje de su

presupuesto para la ayuda de las naciones más pobres de la América Latina; más que una proposición, se trata de una provocación, y la que es acogida por los EEUU con las narices tapadas; digerida, y, por último, rechazada, para teatro del mundo entero. He allí un presidente que se indispone con un gobierno, y esto Laureano no se lo aplaude al jefe. Pérez Jiménez es el típico sujeto que le cae mal a los EEUU: adora a Perón; tiene salidas tercermundistas, como ésta; no es enemigo de Rafael Leonidas Trujillo, como sí lo es Betancourt; a pesar de que el gigante del norte ha tratado de granjearse su amistad, otorgándole distinciones de alto honor.

Tampoco Laureano le aprueba a Pérez Jiménez el que contemple la posibilidad de brindar ayuda financiera a algunos países hermanos, a la manera del nuevo rico; diríamos, del nuevo rico de la región, y esto merced a la fama de ser uno de los primeros países productores de crudo, mientras ingentes problemas esperan por resolverse en casa, he allí en donde pone el punto Laureano; lo cual, al ver nosotros los programas de ayuda petrolera a los países centroamericanos y del Caribe, que ha otorgado el actual gobierno, en compensación con lo que está ocurriendo con los precios petroleros, no nos induce sino a volver a asombrarnos por el hecho de este bis histórico en el que nos encontramos, bis en el que la semántica, los procederes, las aspiraciones y hasta la ideología, se repiten en estos instantes.

Parte Laureano en misión oficial hacia Panamá; para asistir a la toma de posesión de don Ernesto de La Guardia, quien asume la presidencia de la República. Para éste es muy significativo el viaje, en razón de que Panamá le trae gratos recuerdos de su padre, y esto porque don Laureano dejó sembradas amistades en esas tierras. Aún estaban por allí algunos de ellos, y así que reencontrarse con esta gente era un placer para él. Por lo demás, aquí recibe una acogida fraternal, y, en especial, siente orgullo por la memoria de su padre, al observar que no se le agasaja por su condición de alto funcionario de un gobierno, sino por ser hijo del autor de *Cesarismo Democrático*.

Hay un señor mayor que se le acerca en el club donde se le ofrece el agasajo, y le dice:

-Usted ve esta terraza contribuyó su padre a construirla. Fue inaugurada con un gran baile; ofrecido por Venezuela. La mejor fiesta que recuerda Panamá.

Están allí, sobre todo, un grupo de personas que asistieron a los actos conmemorativos del centenario del Congreso de Panamá de 1826; evento durante el cual don Laureano había podido granjearse estas amistades, y grupo del cual formaba parte el señor mayor.

La personalidad de Laureano reviste una corte de sujetos, que lo acompañan a todas partes; nada menos que el hermano del presidente, Chicho de La Guardia; además de su homólogo, el ministro de Relaciones Interiores del

recién nombrado gobierno, un tal Max Heurtematte, y a quien Laureano había conocido en aquella mocedad suya en París; de modo que a este ser el mundo le queda pequeño. Nuestro Vallenilla Lanz recuerda aquel compañero estudiando en *L'Ecole des Roches*, y entonces se explica por qué en el medio panameño se le conoce como "el francesito".

Una visita de honor que hace, en esos días que pasa en el vecino país, la constituye la de doña Cecilia de Remón, viuda del coronel Remón; un ex presidente de la República, y a quien habían ajusticiado, recientemente, cuando se encontraba en un hipódromo, en una aciaga tarde de carreras de caballo. Era una visita de diplomático, cualquiera diría, de carácter político; puesto que Laureano en su condición de ministro de Relaciones Interiores demostraba, a nombre de su gobierno, una parcialidad ideológica contra un cierto terrorismo; pero, además, porque estaba pendiente un pésame de parte suya, y esto tomando en cuenta que él había hecho amistad con esta pareja, a propósito de una visita que dispensó el coronel Romén, siendo entonces jefe de Estado de su país, al nuestro. A Laureano le corresponde atender la pareja en los diferentes actos públicos y privados que se le dispensan en la ocasión, y esto, unido a la personalidad interesante suya, da lugar a una relación filial-política.

De esta visita surge un fantasma, que habrá de fijársele en la mente a Laureano, y que tendrá su manifestación a la hora debida, en la persona de un joven mayor de nombre Hugo Trejo, a quien se ha designado para que funja de edecán de los Remón, y así se topa con éste en una y otra oportunidad. Tendríamos que adelantar, de paso, que este Hugo Trejo va a ser el primer militar insurrecto que se indispone contra el gobierno de Pérez Jiménez, y así habrá una intentona golpista por parte de éste; lo que se ha considerado como la primera reacción, que va a encadenar una serie de situaciones bien peludas para Laureano, como dice el venezolano de esa época, y por eso hablamos de un fantasma en su caso; un fantasma que en aquel primer momento impacta a nuestro Vallenilla Lanz por su educación ponderada y su preparación cultural.

Antes de regresar de Panamá, Laureano tiene oportunidad de encontrarse con Anastasio Somoza, quien llega por esos días a dicho país, en condición de moribundo, y se recluye en un hospital; allí estará éste, para informarse de la salud del viejo; un breve encuentro, y del que sale sorprendido de la entereza de doña Dolorita. No se pase por alto que, con o sin ironía, Laureano le ha dicho a Dulles, que el gobierno venezolano está dispuesto a cederle un avión a Somoza: movimientos éstos que hace nuestro Vallenilla Lanz que no hay que perder de vista, por ejemplo, en esos instantes en el extranjero, para volver a nuestra tesis de que éstas son dictaduras con una cierta ideología parecida; sólo que, a diferencia de las repúblicas de Europa del Este, no conforman un bloque geopolítico; como tampoco están penetradas

por un bloque de poder al estilo de la URSS; sin embargo, son dolores de cabeza para EEUU, como lo evidencia Dulles, y desde la experiencia de Perón en la Argentina esta situación se le ha ido de las manos.

Se trata de una época en la cual se abusa mucho del color blanco, y así en el ejemplar de *Escrito de Memoria* se inserta una fotografía, en donde aparece Laureano con de La Guardia; ambos vestidos de blanco, y con lacitos negros en el cuello. He allí la etiqueta que se exigía en el Caribe, en forma generalizada; puesto que también así había tenido que asistir Laureano con ocasión de su encuentro con Magloire en Haití, y lo cual nos da ocasión, para decir que también, al lado de esta fotografía, aparece otra donde están, justo, este Magloire, Somoza, Héctor Bienvenido Trujillo y Pérez Jiménez, sentados en un banco, siendo la excepción de la vestimenta el dictador venezolano, quien se ve vestido de militar, al contrario del resto que se le ve de blanco: he allí la segunda epidermis de la que habla Marcel Proust que constituye el uniforme para cierto género de persona.

Nuestro Vallenilla Lanz es el tipo de hombre que pasa por en medio de los rayos, y no le sucede nada, y así es que todo el mundo se vuelve pálido en aquella aeronave, cuando vienen de regreso; a propósito de una tormenta en la que de pronto se ven metidos, y aquello es que las descargas se suceden de un lado y otro. ¿Acaso los rezos de las mujeres calman las fuerzas de las nubes? Un susto bien grande que pasa esta gente arriba.

Aún vive para la época el escritor José Rafael Pocaterra, y Laureano lo hace venir de su autoexilio, diríamos en su caso, en Montreal, Canadá, con motivo de la celebración de los 400 años de fundada la ciudad de Valencia; siendo él hijo ilustre de la misma, y así que el ministro de Relaciones Interiores se digna dirigirle una sugerencia al concejo municipal de la entidad, a los fines de que el escritor sea designado orador de orden en la sesión, que habrá de celebrar el cuerpo el día señalado para la conmemoración. Está anciano el hombre, desde el punto de vista físico se ve disminuido; sin embargo, en su espíritu hay felicidad por este acontecimiento.

Por primera vez el viejo se siente profeta en su tierra; aun cuando en el recibimiento que le hace Laureano en La Muda, le confiesa a éste:

-¿Has observado, Laureano, que los venezolanos hacen justicia siempre al final, cuando no queda remedio, y no existe el riesgo de que el homenajeado disfrute de la tardía gratitud? Vienen entonces el transporte de los restos, el acto académico y la placa con nombre en la escuelita de la barriada. Rufino, tu papá y yo fuimos, apenas, en vida unos plumarios vagabundos. Me incluyo entre los muertos, porque lo soy casi. De otra forma no se explica esta convocatoria de los valencianos.

-No, José Rafael. Te equivocas. Eres una vez más injusto. Tampoco es Valencia sola quien te rinde homenaje. Es Venezuela entera que saluda al autor

de *Cuentos Grotescos*; a su Dickens... De otra parte, no estás tan enfermo así. Vuelve a Montreal, cúrate y regresa a escribir la continuación de *Memorias de un Venezolano de la Decadencia.*

Pocaterra se viene en llanto:

-Me has hecho llorar. ¿Sabes? Sírveme un whisky con bastante hielo y soda.

Están en la biblioteca de Laureano; cosa en la que repara el viejo, de pronto, cuando se da cuenta de que todo aquello le resulta familiar. Conoce esos libros:

-Hipólito Taine, Bouglé, Bergson, Anatole France, Charles Mourras... ¡Hombre erudito y estudioso el pobre Laureano! Ya me explico por qué puso aparte al viejo González Guinand: para que no contagiara a los otros. Si este ilustre ciudadano viviera, sería el orador de orden de pasado mañana en Valencia. Mira, niño, tienes razón. Voy a Montreal, y aquí estaré dentro de dos meses. Me gusta un lugar llamado Playa Grande, frente al mar. Irás a visitarme allá, algún domingo, y hablaremos mal de todo el mundo. Cuéntame, ¿de qué te has valido para que los andinos te sostengan en ese puesto? Es prodigioso. Yo fui un ministro fugaz, quizás, porque no apreciaba suficientemente a López Contreras como escritor.

Se necesitaría ser muy conocedor de la historia del espíritu de este país, para saber qué significan las cosas que están detrás de lo dicho en estas palabras; sin embargo, cualquier entendedor puede comprender que el desconocido escritor venezolano González Guinand no estaba allí para sembrar luces. Habría que recordar que este González Guinand fue un historiador que se caracterizó por su meticulosidad, al punto de llenar una historia de Venezuela de numerosos tomos. Diríamos, más bien, que este diálogo refleja el carácter de secta que predomina en la comunidad de historiadores venezolanos, donde unos y otros se tienen tirria.

En ese sentido, para decirlo con palabras de Laureano, Valencia celebra rumbosa y dignamente su cuatricentenario; mientras el viejo viene con un discurso escrito en versos libres. Son los últimos destellos de la Venezuela ilustrada que, reconozcámosle a éste, se había cultivado con el espíritu bonapartista de Guzmán Blanco.

Decíamos, líneas atrás, que ya se sentía el primer gran fracaso de la política de Juan Domingo Perón en Argentina; ya el sujeto se halla prófugo, y así que reside en Panamá, aunque pide asilo a Venezuela, porque teme por su vida, y de modo que pone en un cierto aprieto al gobierno; quien, finalmente, invoca la cláusula del hecho de la desgracia de un jefe de Estado; de un príncipe, como diría Maquiavelo, y así que se le concede su solicitud. Además, en vista de que a Laureano le gusta justificar sus decisiones con apelaciones históricas, éste habla en ese instante de que Venezuela le debe grandes

favores a la Argentina, en razón de que Domingo Faustino Sarmiento había impedido que el general José Antonio Páez cayera en la indigencia, una vez desterrado del país, y lo cual significa un compromiso suyo, pues, a pesar de que el caudillo llanero tuvo numerosos detractores, más que en Bolívar la teoría Valenilla Lanz estaba inspirada en él; a propósito del cesarismo democrático, del cual nos planteaba el viejo Laureano, y ya que esta teoría le tomaba la palabra a todos los gacetilleros venezolanos del siglo XIX en el hecho de decir que los años de José Antonio Páez habían sido los años de la edad de oro de Venezuela.

En el fondo, se trata de un camarada, en el sentido universal de la palabra; un sujeto que había estado en Caracas, y a quien el gobierno había instalado en el hotel Tamanaco, durante su estadía en la misma, de modo que aquella amistad con los principales jerarcas perezjimeniztas venía de atrás. La impresión que ha causado Perón en Laureano es que se trata de un ser avasallante, dotado de una gran simpatía; cosa que le atrae el fervor de las masas populares.

Y, a pesar de que no las ha tenido todas a su favor, para la hora en que pisa, por segunda vez, el país, a Laureano le parece que todavía atrae a algunos sectores de la sociedad argentina; y lo que lo lleva a considerarlo un fenómeno político. Este Perón estaba llamado a volver a gobernar Argentina, muchos años después; lo que entonces muestra que Laureano no andaba muy pelado en aquella hora. Partía de que la oligarquía rioplatense, envidiosa al fin, lo había hecho fracasar, circunstancialmente, en su proyecto de gobierno.

¿Por qué los EEUU le tienen ojeriza a este hombre? He allí la pregunta que no alcanza a comprender el yo del mantuano de Laureano, que hemos dicho que es de izquierda, y así no se explica esta intolerancia de parte de aquél: ¿acaso Perón no se ha suavizado sus ropas?, ¿acaso no habla sino en la plaza pública, en lugar de los cuarteles?, ¿por qué habría de temérsele, cuando que ni siquiera menciona a Marx? A ese respecto, considera que EEUU, en torno a este asunto de las dictaduras, no anda muy bien, en cuanto a sus calificaciones sobre lo que es una y otra; pues saca a relucir que la victoria de éste ha sido legítima, y eso que en el proceso electoral, como le consta al propio Laureano, el embajador Braden en ese país ha ejercido todo tipo de presión, a los fines de que la misma no se consuma. Le resulta inconcebible que, a juicio de EEUU, Betancourt pase por un gran demócrata, cuando a este hombre se le acusa de tirano. Laureano va a la profundidad del asunto, y así trae a colación una famosa figura medioeval, un tal Gorenflot; un fraile, a quien un día de abstinencia le da por bautizar a un conejo para comérselo sin pecar.

En efecto, la presencia en Venezuela del gobernante argentino, para aquel momento, se torna controversial, y lo que concita un movimiento en la opinión pública, llamado a lograr su expulsión, y hasta la comparecencia de cierto embajador en el despacho de Laureano; un sujetillo a quien éste le

descubre la intención, en el sentido de que viene enviado por el Norte, y lo hace para advertirle al gobierno que ese asilo le deparará serias dificultades.

Laureano, como decimos en criollo, lo pone en su sitio; pues, además de recalcarle el hecho de que Venezuela es una nación libre y soberana, al respecto de tomar las decisiones que más le convienen a sus intereses; que, en última instancia, con lo único que cuenta es con el honor: "la coraza –según su concepto- que nos protege ante la historia", le recrimina al visitante:

-Me extraña que el señor embajador venga a hablarme de esas cosas, directamente. Ha olvidado, quizás, por la deferencia que me dispensa, que el órgano regular de los diplomáticos; para tratar con el Ejecutivo, es el ministerio de Relaciones Exteriores. El embajador, con su sutileza, está despertando celos en mi colega, quien, a lo mejor, supone que yo intrigo para buscar su cargo.

Al final, a Laureano le parece cómica la cara de sorprendido que le pone el diplomático, quien se despide todo confuso.

El general Péron se hospeda en una casa en Las Mercedes; lo que significa que anda libre por Caracas; situación que no disfrutará de mucho tiempo, habida cuenta que al paso de los meses se descubrirá un complot para asesinarlo. Se le detiene a un hombre, originario de un país de Europa Central, contratado en Tánger para que consuma el asesinato, y a quien ha precisado un funcionario de la embajada de Argentina; sujeto que ha bajado hasta Maiquetía, y quien le ha entregado un fajo de billetes. Allí todo el mundo está debelado. Los cuerpos de seguridad, que tienen registrado hasta el serial de los billetes, que le ha entregado cierta casa bancaria al diplomático sureño, han recibido una información, y así que controlan los pasos de un par de funcionarios de esa embajada; uno de ellos el que baja a Maiquetía; de forma que este sujeto los pone en el camino de la presa, y a quien, además de la evidencia de los billetes se le encuentra una pistola alemana; la cual, por cosas del destino, ha sido declarada perdida en los cuerpos de seguridad venezolanos; señal de que la embajada Argentina se ha puesto en poder de ella en forma clandestina. Se le encuentra, asimismo, un plano de la urbanización de Las Mercedes, y unas fotos de Perón, de frente y de perfil.

Pérez Jiménez ante esta situación se indigna, y le ordena a Laureano que le presente una protesta a la embajada Argentina. Aquí, al frente de los negocios, está un viejo general, y quien se las ve amarga frente a nuestro Vallenilla Lanz. Zini queda lelo cuando éste le muestra lo consignado al sicario: ¿No le resulta familiar todo esto? El general acaricia el arma con tacto de veterano.

-Le juro, ministro –le responde a su interlocutor con un cierto dramatismo, donde no se sabe si está poniendo la verdad o la mentira de por medio-, que no he tenido intervención en esto. Soy enemigo de Perón, es verdad, pero no soy un asesino. Eso es obra de los "gorilas". Son fogosos; usted sabe; jóvenes inexpertos; unos pibes.

-Manifieste a su gobierno –le dice luego nuestro Vallenilla Lanz-, que Venezuela mantendrá el incidente en secreto. No es nuestro papel arrojar lodo sobre los gobernantes de una nación amiga ni contribuir a la confusión que reina en su patria; pero necesito, previamente, la promesa de que hechos semejantes no se repetirán.

Un incidente parecido a este de Perón, también se confronta con Colombia, en el sentido de que este país protesta la presencia de Laureano Gómez, el presidente que depone el gobierno de Rojas Pinilla, y lo que amerita una visita del cónsul de ese país al despacho de Laureano. El tercio ha llegado actuando desde un comienzo, y así ha asombrado al personal de seguridad, que, de inmediato, le ha ido con el chisme al jefe: "Está muy excitado". Tiene en la mente la idea de que el fulano ex mandatario ha llegado con la intención de dirigir una operación comando desde Venezuela, volando en un avión de combate; lo que significa la guerra civil para su país. La exigencia era que el gobierno no le permitiera la entrada a Gómez; sin embargo, ya éste se encuentra hospedado en el hotel Tamanaco, es decir, no hay nada más que hacer; entonces Laureano, con esa displicencia que le caracteriza, le dice trayendo a colación lo de la intentona de éste:

-En efecto, coronel, trataremos de que el director de El Siglo prescinde de su proyecto. Nosotros no contribuiremos nunca a crear problemas en Bogotá; pero tampoco podemos emplear la violencia. No concibo a mi eminente tocayo detenido en la Seguridad Nacional. Esta madrugada, previendo la visita de usted, he dado instrucciones al doctor León: "Hará ver al caudillo conservador que sería perjudicial para nosotros su partida desde territorio venezolano. Que escoja, si lo desea, otro país; Panamá, por ejemplo".

-Yo sé, doctor, -le dice al final el diplomático- que usted nos ayudará.

Semejante muestra de debilidad sorprende a Laureano. Sobre todo, porque su tocayo es un hombre ya muy viejo para andar en andanzas de ese tipo. Es posible que, por pasiones de la hora, pase por alto el hecho de que a un país vecino, como Colombia, le resulte molesta la presencia del enemigo número uno del régimen, con independencia de sus capacidades físicas, muy cerca de sus fronteras; en dos naciones que han sido hermanas, como Colombia y Venezuela. Por fortuna, el viejo a los días abandona el país, y se marcha hacia España.

Pero ni tanto era Laureano liberal; temía a los negocios que le planteaba Eugenio Mendoza, al nivel de la posibilidad de que la iniciativa privada interviniera en varias áreas de la economía; áreas que, sin embargo, éste consideraba claves, y era aquí donde estaba su pastel mental. Este hablaba de servicios públicos: el transporte, la electricidad y los teléfonos. Todo eso era estratégico para una conciencia, como la de Laureano. Entonces se permitía argumentarle a Eugenio Mendoza:

-Nuestra amistad tiene sus límites. No justifica que entreguemos, incondicionalmente, el hierro de Guayana y las comunicaciones a un sindicato de millonarios criollos.

Hoy, 27 de noviembre-2000, cuando todos los periódicos traen la noticia de que nuestra legislación le ha dado apertura al manejo de las telecomunicaciones por parte de la iniciativa privada; queda Laureano en entredicho. También en materia económica él tenía sus coincidencias, en ese sentido, con Betancourt, y como Betancourt hablaba de colectivismo, apelaba a la expresión *sui-géneris,* para referirse a un régimen excepcional que trabajaba a favor de una colectividad, y no, repitamos con él, a favor de un cártel de ricos.

Aquí se desvanecía todo el Laureano de la ilustración, para acogerse a la soberbia del otro yo, y lo que se debía, en lo fundamental, a su personalidad sectaria; la cual, como lo establece la teoría psicoanalítica, se mantiene siempre en la inmadurez: el sectario es el eterno adolescente, y de aquí que nuestro Vallenilla Lanz se permita este tipo de desplante con uno de sus mejores amigos.

¿Y cómo no habría de sentirse solo después de estas situaciones? Su legislación interna le dictaba que algo no andaba muy bien con su entorno, a raíz de estos arrebatos suyos; y, entonces, era cuando se sentía solo, aislado; aunque su soberbia era mayor, y no se veía sino en medio de la voracidad de unos y otros. El era víctima de la sed de expansión capitalista de su amigo de infancia.

Además, Laureano creía en un capitalismo de las fronteras para afuera; pues no se olvide que este régimen vivía de las concesiones petroleras, las que se otorgaban cada cierto tiempo. La idiosincrasia del país se americanizaba, y todo por el prejuicio que existía en torno al criollo, de modo que éste no se nos volviera petrolero; así había más de una compañía de capital venezolano que se presentaba como "americana", esto es, gringa, y lo cual lo veía Laureano en las licitaciones que se hacían para las concesiones petroleras; cuando entonces llovían tipos por su oficina a buscar una palanca, un empujón en ese tremedal de concursantes; donde se jugaban tajadas grandes de bolívares: recomendación de fulano de tal, y que a nuestro Vallenilla Lanz le sacaban la piedra. Al punto de que un día había tenido que expulsar a un viejo gringo, representante, por cierto, de una compañía criolla, que lo había tratado de sobornar con 20 millones de dólares. Era ésta la política que marcaba aquel gobierno, que prefería el esquema del capitalismo hacia fuera, antes que hacia adentro.

El hecho es que Laureano no sale muy bien parado de uno de estos procesos de licitación, y así se le acusa de participar, por vía de un intermediario camuflado, en una concesión que se le ha otorgado a la firma Lease Holdes; un mamotreto de empresa, con un presidente a la cabeza de nacionalidad estadounidense, que han montado su eterno contertulio Reinaldo Herrera Uslar, junto a Alfredo Behrens y Henrique J. Brant; tres mantuanos caraqueños, de

la misma estirpe de Laureano, y es por aquí por donde comienza a levantar sospechas el asunto, y el cual se agrava cuando se descubre que uno de los asesores de Lease Holdes es Nikita Harwich, un extranjero que también podría camuflar el carácter de la composición de la compañía, a no ser porque es cuñado de Laureano, y así neutraliza más bien el efecto que pudiera causar el nombre del otro, que figura a la cabeza de la empresa, repetimos, de nacionalidad gringa: Nikita era nada más y nada menos que personaje del libro ***Venezuela: Política y Petróleo*** de Rómulo Betancourt, y esto por esa familiaridad que guardaba con el poderoso ministro de Relaciones Interiores.

## III

El país tiene dos tipos de festejo; el de la semana de la patria en julio, y el de las fiestas perezjimeniztas del 2 de Diciembre; entonces a la clase ilustrada se le otorgan distinciones, como la de la Orden del Libertador; una distinción que hasta ese momento estaba reservada sólo para ciertos favorecidos, que salían sorteados por las circunstancias, y de modo que el régimen se ve condecorando a gente como Mariano Picón Salas; lo cual demuestra que frente al ensayista venezolano, Laureano se cuida muy bien de no expresar eso que se conoce como los odios literarios. En nada se le compara, en ese sentido. Para la época, en una suerte de vasos comunicantes entre el comienzo y el mediodía del siglo, que corría, éste desarrolla su ensayo biográfico titulado ***Los Días de Cipriano Castro***, y en el que más de una vez coinciden los hechos que se desarrollan allí, con aquellos relativos a los días que se vivían bajo aquella dictadura: todo era cíclico; después de un período corto de democracia, se presentaba una autocracia.

El ministro de Relaciones Interiores ofrece todos los años un almuerzo a editores y periodistas de la prensa capitalina en los comedores del Círculo Militar; gente toda amiga de Laureano, entre ellos, el escritor Miguel Otero Silva, que goza ya de un gran prestigio como editor; habida cuenta de lo que ha significado su presencia en El Nacional, y, al lado de este periódico, se siente también un periodismo activo, como dice Laureano con ojo de gobernante, impulsado por el aumento de la circulación y del centimetraje de anuncios; y de modo que, éste, como todo hombre que sabe cuidarse las espaldas, simpatiza con esta gente. Admite en su condición de gendarme del régimen, que han ganado en solidez lo que han perdido en libertad.

He allí la risa del cínico. Laureano remata: "La censura no es, por lo demás, muy intransigente", y siendo del comité de censura de prensa, de pronto deja colar datos relativos a ciertos personajes del régimen; como a un gobernador. de quien le llegan una coplas, para mofarse de él, pertenecientes a un

material que va a ser publicado en el Morrocoy Azul; éste se hace el desentendido; deja pasar el asunto, para molestia del mandatario regional, que se ve obligado a prohibir la circulación de la edición del periódico en su entidad.

Por esos días, éste recibe la visita de un importante editor brasileño, Asís de Chauteaubriand; quien se instala en La Muda, y quien deja gratamente impresionado a Laureano, no sólo porque demuestra ser un profundo conocedor de la cultura e historia venezolanas, sino también porque le confiesa que tiene una absoluta fe en el país; lo que significa que le masajea el ego a Laureano, como reza la expresión criolla, y entonces es cuando le dice que estima que dentro de diez años Venezuela va a ser el país más avanzado de la América Latina.

A Laureano se le ocurre la idea de comprar una casa y unos terrenos en las faldas del Avila, hacia la parte de San Bernardino, en un lugar llamado Gamboa, ya conocido también de nosotros en el libro primero; cuando hablábamos de una laguna, y de un baño que se habían dado en ella su futuro padre, siendo todavía un niño; su abuelo, y el entonces presidente Antonio Guzmán Blanco; una casa que quedaba en estos terrenos, y la que, por lo demás, le traía también gratos recuerdos a él, porque durante su infancia había caminado mucho por allí; cuando su padre lo sacaba a pasear; de forma que, al cotejarse con este mundo, en momentos en que acude a inspeccionar la futura propiedad, siente como si regresara, cronológicamente, hacia su niñez, y así encuentra familiar aquel paisaje, que él traduce en su memoria en unos árboles corpulentos, unos peñazcos enormes, y el banco de cemento, donde, según la tradición, se paraba Guzmán Blanco a recibir el baño de la cascada.

Pero, además, aquello también emocionaba a la mujer de Laureano; puesto que por esos predios había transcurrido buena parte de la luna de miel de ambos; siendo por aquellos días muy asiduos de esos lugares, donde gustaban contemplar la arboleda, y caminar por los riachuelos; zona boscosa, que, quizás, les traía el recuerdo del bosque de Boloña de París a aquellos dos "franchutes". La vida da muchas vueltas: en dicha oportunidad ambos habían abrigado la idea de comprar aquel terreno; sólo que alguien se les había adelantado, y a la larga se habrían de olvidar de Gamboa.

En realidad, Laureano compra la casa con dinero de su mujer; quien, por lo demás, ha querido invertir unos recursos que ha recibido producto de la venta de unas acciones de una fábrica, que le han tocado como herencia; una quinta muy modesta, en la que no cabe la familia Vallenilla-Bueno, dado el rango social de los cónyuges; sólo que el señor aspira disfrutar del sosiego que le brinda esa parte de la montaña, apartada de Caracas; aunque para acoplar esa grandeza suya con aquel espacio, se decide contratar a una firma de arquitectos, a fin de reformar la vivienda.

Un segundo frente que abre Laureano; cosa que acostumbra mucho hacer el burgués caraqueño; esto es, variar de residencia cada cierto tiempo; pues

no olvidemos que así transcurrió también la infancia suya; cuando su padre iba de un lado a otro, o, quizás, para reforzarse uno de sus yo, hablando de un ser contradictorio, la idea de que sus proyecciones futuras están equivocadas, en lo que piensa que va a ser su destino; de pronto concibe que su vida va a transcurrir con toda normalidad en el país: "Será casi un milagro para un hombre de mi trayectoria haber sobrevivido, morir en la tierra nativa". Nuestro Vallenilla Lanz entonces prevé que, más o menos, va a sobrevivir hacia esta época presente, en una Venezuela que termina el siglo gobernada por científicos y técnicos, en lo cual erraba, pues lo que nos gobierna es una casta militar con pretensiones autoritarias; pero volvamos a sus visiones, en esas circunstancias, ve su casa llena de amigos: gente que lo va a visitar a la biblioteca de su padre que, entonces, la habrá transportado íntegra hacia esta nueva morada, y que será su lugar de trabajo, mientras redacta sus memorias; como, de pronto, se ve solo; de nuevo el sentimiento de orfandad, y éste se lo despierta el hecho de sentirse minotauro; el minotauro que ha cumplido a cabalidad su papel, pero que, sin embargo, es víctima de la incomprensión, y, por esa vía, le viene a la conciencia esa figura, tan citada por nosotros en estas páginas, como lo es Robinson Crusoe. Se considera Laureano, a ese respecto, como el Robinson en su isla que persigue la realización de un ideal; de modo que le resulta absurdo aquello por lo cual está luchando; puesto que su objetivo final es el acabar con el cesarismo y la anarquía, por la vía de una dictadura progresista; lo que significa que su labor es preparar a un pueblo para la democracia; un ideal absurdo, puesto que la etapa por venir en la República, en ese sentido, no le da cabida a su figura sectaria, y entonces es cuando le viene la paranoia, tantas veces mencionada por nosotros, a propósito del aspecto psíquico del personaje que nos corresponde biografiar:

"Hablo de morir en Gamboa... ¡Falso! Lo seguro es el destierro, la muerte en tierra extraña, la confiscación, la miseria, la calumnia. El adulón de ayer que me esquiva en la calle de París: -Tengo motivos de resentimiento con Laureano-, dirá después para descargar su conciencia, poblada de crímenes pequeñitos, como granos de caviar. Lo veo venir en sentido opuesto al mío; de sobretodo y sombrero de fieltro. Es el mismo que en mi tiempo mendigaba invitaciones a mi casa, y pretendía agasajarme con cualquier pretexto a la suya. El honesto independiente caraqueño. Su sinvergüenzura no tiene siquiera la excusa del hambre; del salario perdido. Es un infeliz, simplemente".

El hecho es que Laureano y su gente se han granjeado numerosos enemigos, sobre todo, porque si nos atenemos a las cifras de la propaganda clandestina, que habla de miles de perseguidos bajo la tiranía perezjimenizta, se puede decir que hay más de uno que no le tiene cariño; a pesar de que para esa época el gobierno se ha vuelto más tolerante, a juicio de Laureano; se han vaciado las cárceles y se ha permitido el regreso de numerosos proscritos.

En realidad, quien empaña esa dictadura es Pedro Estrada, el verdadero policía del régimen; suerte de Vladimiro Montesinos, el ex jefe de seguridad del gobierno de Alberto Fujimori del Perú; sólo que con menos poder político que éste; aunque poseedor de un archivo que sirve para todo tipo de chantaje; más que un poder, se trata de un contrapoder. Sin embargo, a pesar de que Estrada empaña al gobierno con su máquina de terror, que es la Seguridad Nacional, por el momento se transforma en el personaje favorito de la alta sociedad caraqueña, y en donde cuenta con un selecto grupo de amigos. Frecuentemente, Laureano lo ve que come con el "ala luminosa del Ejército": Rafael Alfonzo Ravard, Oscar Pérez Tenrreiro. Esto se aprecia, además, en los ágapes que ofrece Estrada con motivo del día de su cumpleaños en su casa, y donde se dan cita personalidades de la política, de la banca, del comercio, de la industria y de las profesiones liberales.

Una de esas personas que no mira con buenos ojos a Laureano es la madre de los Arcaya, doña María Teresa, y esto hasta lo justifica él, habida cuenta que sus hijos están desterrados; es una mujer que sufre; lo que no se explica es por qué ella redunda en el hecho de sacarle el Planchart, esto es, de llamarlo, cuando lo descarga entre el círculo de ambos, Vallenilla Planchart; lo que significa que da a entender que, el tercio, por afán de poder es capaz hasta de negar su propia madre; se necesita tener una coraza muy grande para ser segregacionista, como Laureano: uno de los Arcaya que intenta regresar al país, es detenido en Maiquetía, y enviado de vuelta a Madrid, donde está asilado. Es la primera vez que alguien se lo saca, aquello le mueve el piso. Entonces Laureano se siente desconcertado; pero como su coraza de cínico es mayor, se cura en salud diciendo que son reacciones propias de una madre en situación dura, y entonces se pone en el ejemplo de Luis Napoleón Bonaparte, quien, luego de un atentado, había alegado: "Son gajes de oficio".

Hay una observación que hace Betancourt en su libro ***Venezuela...***, y es el hecho de la ascendencia que tuvo el general Manuel Odría, presidente de Perú, sobre Pérez Jiménez; un hombre que había sido su profesor en la academia militar de ese país, cuando entonces éste andaba por esos mundos; así habían estrechas relaciones entre ambos pueblos, y todo lo cual se dice porque resulta interesante una conclusión a la que llega Laureano sobre un tipejo que se acerca por esos días a Venezuela, en visita oficial, un alto funcionario del gobierno de Odría, y su posible sucesor; cosa que pone en duda éste, y es a esta conclusión a la que llega; ya ha tenido oportunidad de medirlo en varias entrevistas de trabajo, donde ha demostrado que la política en el trato la tiene por el suelo, y, sobre todo, porque le hace perder la cabeza a Laureano, con el cuento de que no cree mucho en sus cifras. No perdamos de vista que éste carga cuatro cifras en su cabeza, relativa a variables macroeconómicas, como dicen los economistas hoy en día:

-Usted debe estar equivocado- le repite una y otra vez.

Y de donde le viene a Laureano responderle:

-No ve, no ve que usted no sabe.

Además, su interlocutor cambia de colores, cuando nuestro Vallenilla Lanz comienza a citarle cifras de la economía peruana, que no son muy buenas, en comparación con las venezolanas, y entonces no le queda más que decirle:

-Entiendo; nada se me escapa.

He allí por qué no le ve condiciones al hombre para asumir tan alto cargo en la nación vecina; por lo que su erudición histórica le da por recordar un tanto la historia de este pueblo, en un contraste con este individuo; por su conciencia pasan los nombres de varias personalidades, que se han desempeñado como jefes de Estado del Perú: nada que ver con este señor: "Augusto B. Leguía, Sánchez Cerro, Benavides, Manuel Prado Ugarteche, Bustamante y Rivero. El mismo Sánchez Cerro, a quien conocí en París en mis mocedades, era inculto y un tanto primitivo, pero todo un hombre".

Si nos atenemos a otra fotografía que aparece en *Escrito de Memoria*, podemos tener acceso a un escenario, a un cierto espacio, como diría Kant, en el que se mueven estos acontecimientos; fotografía en la que se ve a un Pérez Jiménez, que ha bajado a Maiquetía a recibir a su maestro, el general Odría, a propósito también de una visita oficial que éste le dispensa al país; un sujeto a quien se le ve de frente en la cámara, mientras se abraza con su anfitrión; ambos vestidos de militar, ambos de pequeña estatura, aunque más indiano el uno que el otro; flanqueados por Pedro Estrada y sus secuaces; un Pedro Estrada, dígase de paso, peinado a lo Carl Gable, y con unos lentes negros; trigueño el tercio, quien se ve que camina impertérrito; indiferente a aquel gesto de los dos mandatarios; tímido y cabizbajo.

A la famosa lucecita que se extinguía, como un fuego fatuo, a los ojos del primo Pedro Centeno Vallenilla, también le toca su turno. Muere la famosa tía Leonor de Laureano; aquella noble dama que se había quedado para vestir santos, como rezaba el dicho decimonónico, y para cuidar sobrinos. Así había sido la aya de Laureano; a ese niño le había metido de todo en esa cabeza; al punto de que éste se sentía sobrado frente a la servidumbre ya la edad de diez años. En casa de Laureano se percibía que había ilustración por el hecho de que, al momento que entierran a la viejita, a éste le llegan los versos de José Martí que le leía cuando lo educaba; además de aquel medallón con cabellos del Libertador, que conservaba ella, preciosamente, envuelto entre sus cosas personales.

Se trataba de ese tipo de persona de moral pudibunda; que se cuidaba mucho del prójimo, habida cuenta de su santidad, y así, cuando algún allegado se extralimitaba en una conversación, le endilgaba:

-La mujer es un cristal que cualquier soplo puede empañar.

Laureano, muy afligido, regresa del entierro a su casa, y se encierra en una habitación, mientras mide la distancia entre una y otra generación, a través de la indiferencia de los niños, a quienes encuentra distraídos, mirando la televisión, y lo que supone es que, en realidad, esa viejita no le ha dicho nada a ellos. Se trataba de un ser extraño, puesto que no era sino una anciana que posaba todo el día en un sillón; con un gesto enigmático, que consistía en acomodarse los cabellos; perdida en el mundo de su sordera y su ceguera.

Otro de los visitantes que se allega por esa época al país, es el presidente de Paraguay, Alfredo Stroessner; quien viene acompañado por un séquito de personas; entre ellas, el historiador Juan O'Leary, un sujeto, que había sido muy amigo de Laureano, padre; lo que demuestra que el gobierno de Pérez Jiménez mantiene relaciones muy cordiales con algunos países de la América Latina; a pesar de que nuestro Vallenilla Lanz encuentra a algunos gobiernos faltos de inteligencia, como el de Colombia.

El gobierno adquiere un buque grande, que venden de ocasión en los EEUU; el cual se destina a la Marina; sólo que el mismo se adquiere también por el hecho de que algunas de las instalaciones que se vienen construyendo en La Orchila, ya han comenzado a operar, y así que Pérez Jiménez, enamorado como ha quedado de la zona, viaja con frecuencia a dicha isla, y lo que lo lleva a ordenar la compra de una cierta nave que trae el doctor Luis Malaussena, como oferta al régimen, y así que se le da curso a la operación.

Ya la primera parte de la prolongación del Círculo de las Fuerzas Armadas está lista: unos *bungalows*, un muelle y un pequeño edificio central. Es el momento de las habladurías sobre este género de cosas: la vida que se da Pérez Jiménez con sus salidas a La Orchila; cuando Laureano no lo ve sino dedicado a la natación, al esquí acuático y a la exploración submarina; aunque admite que, de vez en cuando, para allí se traen su espectáculo de divas de cabarets; de los cabarets que funcionan en Caracas, para el solaz esparcimiento del jerarca, como dice la prensa clandestina de la época; y a pesar de que Laureano pretende minimizar esta situación, eso es lo que da qué pensar; al punto de que cierta revista gringa se permite incluir el asunto en uno de sus comentarios patéticos; una revista, a juicio de Laureano, especializada en el chantaje, que ha pescado el dato de un difamador, acerca de los supuestos bacanales de Pérez Jiménez.

¿Y cuál es la moral del susodicho, a ese respecto? El le dice a Laureano, cuando éste le aborda tal asunto:

-No se inquiete, doctor. Los enemigos criticarán siempre. Es su oficio. A nosotros nos debe bastar con nuestra conciencia. No se me puede obligar, a mi edad, a vivir como un monje. Mi deber moral es, sin embargo, superior al de muchos falsos púdicos. No enamoro a las mujeres de mis amigos ni a las señoritas casaderas; tampoco irrespeto a personas honorables. Usted ve que,

aún en las fiestas, me abstengo de bailar para no dar pábulo a comentarios. Eludo las tentaciones. Soy un hombre sano y deportista. No ingiero bebidas alcohólicas. Ni siquiera fumo.

-De acuerdo, presidente, de acuerdo; pero aquellos que alcanzan elevadísima posición, como usted, son generalmente víctimas de las malas leyendas, sobre todo, en vida.

-Pero la historia se encarga de destruir las infamias, doctor.

-No siempre, presidente. La leyenda es más fuerte a veces. A estas alturas, la mayoría de los humanos sigue creyendo que Nerón incendió Roma, cuando, históricamente, se ha comprobado que se hallaba a muchos kilómetros de la ciudad eterna al producirse el desastre. Recuerde que Suetonio ha desfigurado para siempre a Tiberio; dedicado, según el vulgo, a bochornosas orgías en Capri; una isla, por cierto, tan bonita como La Orchila. Todavía los niños capriotas o capreses, dicen, refiriéndose al calumniado emperador: *Tiberio, cattivo.* Es decir, "Tiberio, enojado". Le recomiendo el hermoso libro de Axel Munthe, ***San Michele***. Grato e instructivo; superiorísimo en todo sentido a ***Fiebre*** de Miguel Otero Silva.

-Eso de que la mujer del César, doctor Laureano, no debe ser objeto de sospechas, reza con las mujeres,

-No lo crea, general. La reputación de un jefe de Estado es mucho más importante que la de su esposa. El uno es un problema familiar. El otro de carácter nacional. Considero que los mejores deben ser intachables, en todo sentido. Una conducta ejemplar vale más que diez mil patronos bien armados.

-Pero usted me ha dicho, si mal no recuerdo, que el Ataturk organizaba fiestas de tres días seguidos con sus amigos y mujeres.

-Es verdad, mi general; pero Mustafá Kemal era el héroe de la guerra greco-turca, y los héroes pueden permitirse ciertas licencias, como nuestro Libertador, por ejemplo. Los demás no. Tienen que hacer obra grande; descomunal, aplastante, y, en ese sentido, usted y nosotros sus colaboradores somos unos principiantes. La labor cumplida por el régimen resalta porque es la primera vez que se hace algo positivo a favor de la pobre Venezuela, que carece de pastores desde que fue incorporada al grupo de las naciones libres. Aquí siempre ha ejercido la función dirigente uno de los del rebaño; llevado al poder por el azar o la astucia.

Este diálogo nos ofrece la ocasión para subrayar el carácter de orgía, con el que toma la alta magistratura ese yo complejo del venezolano, y en el cual hay mucho del señor encomendero que en época del remoto pasado vivía en una suerte de promiscuidad, a los fines de hacer proliferar la población de aquellas recién fundadas colonias; ya veíamos en el primer libro cómo era de disipada la conducta de Cipriano Castro, el primer mandatario de este siglo; conducta que se reproducirá en una y otra oportunidad, para deterioro, en

verdad, de la imagen del gobierno; como lo dice Laureano, un hombre sobrio a ese respecto, y el que prefiere recogerse temprano en aquel buque; porque ama la madrugada, en lugar de la medianoche "con el amor fácil", como expresa una tanto pudibundo, y, en especial, salir a esa hora, con un amigo de la comitiva presidencial, a pescar.

La figura de Pérez Jiménez ha corrido con muy buena suerte, en cuanto a los matones que contrata la gente que lo quiere quitar del camino; de pronto hay unos tipos que llegan a las narices del presidente, contratados para que lleven a cabo tal propósito, sin embargo, a última hora se rajan y caen como unos tontos. Son tipos que no se contienen, revelan quienes los han contratado: un Mario Pérez Pisanty; José Gerbasi y Ramón J. Velásquez. El primero es un industrial muy ligado a Betancourt, desde la época en que el líder adeco viajaba a EEUU a entrevistarse con un Diógenes Escalante; que se proponía ser candidato a la presidencia de la República; hecho dable a señalar, en virtud de que quien se había movido a financiarle el pasaje a Betancourt, para que emprendiera tal viaje, había sido este industrial, según se tenía entendido. Un sujeto que había regresado al país, luego de permanecer un largo trecho en el exilio, a raíz de la caída de los adecos en el año 48, y hasta se había entrevistado con Laureano; ya que, a través de éste, se había gestionado su regreso; mientras que los otros dos implicados son periodistas; el uno especialista en temas económicos; el otro en temas de la historia venezolana; como lo hemos dicho en el libro tercero. El especialista en temas económicos, además, con amplias relaciones personales en el entorno de Miraflores; sujeto que ha sido condecorado en varias oportunidades con distintas órdenes oficiales; que es lo que viene a cagar la jaula en su caso; un sujeto a quien el que esto escribe en alguna oportunidad le leyó una crónica periodística en la cual relataba sus suplicios en la cárcel de Ciudad Bolívar hacia donde lo habían destinado, seguramente, como consecuencia de este hecho. El especialista en temas históricos no necesita presentación en estas páginas, como ya lo hemos establecido; una persona de quien dudaba Laureano que apelara a tales artimañas; partiendo de que era un hombre con fama de buena prosa, y esto lo elevaba de categoría. Tampoco Laureano concebía al industrial metido en semejantes planes, suponía que le habían quitado un dinero para el complot; el desespero político de éste lo había llevado a desprenderse de cierta cantidad; sin embargo, los tres van a dar a la prisión, como ya lo hemos asomado. El hecho es que el industrial no soporta la prisión, y se muere para raya del gobierno: "una raya", como suele decir el venezolano común; que, de pronto, le da todo el escenario a la configuración de un mártir. Un sujeto que, a juicio de Laureano, no vale la pena; un empresario mediocre, como el medio venezolano, y de quien recordaba el hecho de valerse de una licencia de importación para traer al país unas láminas de zinc, que en las aduanas declaraba como

de primera, cuando eran lisas, y así les hacía permanente con una máquina especial que había comprado en los EEUU. De modo que el material parecía de gran categoría, cuando, en realidad, no era sino basura: piezas defectuosas que las industrias ferromineras desechaban, y era esto lo que Laureano veía como la difusión de unos valores falsos en homenaje a este tipo de héroes circunstanciales; puesto que el pueblo no dejaba de observar que habían sido seres de doble pensamiento. Los sujetos planeaban liquidar a Pérez Jiménez en un desfile en la avenida Urdaneta; sólo que al cotejarse con su mínima, pero augusta persona, se acobardaron, y entonces decidieron devolverse al vehículo. El hecho es que los incautos caen porque a la policía le parece muy sospechosa la presencia de varios hombres en un automóvil; por lo que lo detienen, y así descubren un arsenal de armas allí.

En la casa de Gamboa habrá de recibir Laureano a la hija del presidente colombiano Rojas Pinillas, María Eugenia, quien viene de visita a Caracas, en compañía de su esposo. La tipa cae muy bien en la alta sociedad caraqueña, algo que no se explica, tomando en cuenta que la amistad suya la rechazan las grandes familias bogotanas. Llega en el momento en el que sopla en el ambiente la especie de que el padre suyo tiene los días contados, y así, quizás, siente la necesidad de entrevistarse con Laureano, a los fines de granjear algún apoyo de Venezuela: caso de requerir un refugio. Laureano no había errado al considerar que existía una gran fragilidad en el alma de aquel gobierno de Rojas Pinilla; cuando entonces había acudido, todo paranoico, el famoso embajador a su despacho; aunque el viejo Laureano Gómez, para volver con él, no estaba para trenes de este tipo; es decir, para promover invasiones violentas, éste se había convertido en polo de referencia en el balneario catalán de Sitges, hacia donde lo había llevado el exilio; de forma que hacia allá se había dirigido Alberto Lleras Camargo, y juntos habían concebido un plan de agitación al nivel nacional de Colombia; donde se van a producir una serie de manifestaciones estudiantiles, acompañadas de otras acciones, las cuales van a dar al traste con el gobierno rojaspinillista, digamos de seguidas, para venir a ser suplantado por una junta militar.

Laureano decide traerse los restos de su padre, que desde hace unos veinte años reposan en el cementerio del *Pere Lachaise* en París. Hace las gestiones con Henrique Gil Fortoul –otro de los que en esa época adoptó también el segundo apellido de su padre-, quien está al frente de la embajada de Venezuela en Francia, y así es que carga con los huesos de su progenitor. Cierto día llegan a La Guaira, transportados por un buque; una mañana Laureano baja con el fiel chofer de don Laureano, don Pedro García; hombre que ayuda, junto con otros, a trasladar la urna hacia el coche fúnebre, y el que habrá de dirigir aquellos restos hasta el cementerio general del sur. Lo que quiere decir que la cosa ha sucedido con la mayor discreción; pues Lau-

reano no ha querido que ese hecho trascienda, a pesar de que la noticia de un momento a otro se difunde en la ciudad, y así hay más de uno que le ha propuesto a Laureano rendirle tributo a la vanidad; esto es, rendirle un acto académico, donde nuestro Vallenilla Lanz mismo funja de orador de orden; sin embargo, no ha querido el ministro de Relaciones Interiores, mientras acoge con piedad cierta crítica malsana que se vierte sobre el asunto. Al respecto, habla del alevoso ataque de los mediocres, "que perpetúa al hombre, y destaca la importancia de la obra": prosa vallenillalandezca.

La ciudad de Caracas se engalanó con la llegada de los restos del Libertador en el año 1842; Laureano aquello lo tomaba con la mayor tranquilidad, al punto de que esa tarde iba a trabajar, aprovechando que era un día de asueto, y el ministerio estaba solo. Pero, ésa habría de ser una tarde especial, además, porque Laureano se habría de topar con el famoso portero, que todavía andaba por allí, el que había visto pasar por aquel despacho una y otra personalidad, y sabía por donde venían cuando se sentían destituidos: ¿acaso para él los días estaban contados?

No sin razón el viejo portero le trae al caso, y es por eso que decimos que aquella tarde iba a ser memorable para él:

-No sé si el señor doctor se habrá dado cuenta de que dentro de pocos meses va a cumplir cinco años aquí.

-Sí me he dado cuenta, Moreno, y lo he sentido- le responde Laureano.

Prosigue el viejo:

-Si no lo quitan antes de diciembre, será el señor doctor el ministro que más ha durado entre todos los que he conocido.

-No solamente de los suyos; Moreno. Si mi memoria no me engaña, batiré el record de mis predecesores desde 1830. Los conozco bastante bien. Sé más o menos cuánto tiempo estuvo cada uno al frente del ministerio; lo que hicieron, lo que dejaron de hacer.

Moreno le sirve agua y se retira.

A Laureano lo impresiona la influencia mexicana de un joven médico de nombre Rafael José Nery; quien responde al teléfono con la expresión: "¡Bueno!", nada vernácula. Especialista en el corazón el señor. Este le habla al susodicho de una insuficiencia coronaria. He allí lo que ha ganado con el famoso record de permanencia al frente de Relaciones Interiores. Se le ha prescrito disminuir el cigarrillo, suprimir el juego de tenis, evitar todo tipo de comida con alto contenido de colesterol. Laureano está muerto en vida: ¿Para qué seguir viviendo? Este sufre de la enfermedad del poder, la enfermedad del envejecimiento prematuro. El estrés le ha venido comiendo el cabello. En la mayor parte de las fotografías de la época lo vemos con dos entradas profundas, un mechón de cabello sólo en la frente, que poco a poco se le va haciendo como una isla; de forma que Laureano envejece con un tren de trabajo de dieciocho horas.

Nosotros hemos sostenido que, de haberse dedicado a la investigación, nuestro patrimonio historiográfico hubiera ganado una importante documentación; no sin importancia, sin embargo, era la obra de gobierno que dejaba edificada. En cinco años todo el país se había puesto en movimiento: el gobierno se había preocupado por dotar a Venezuela de una infraestructura, a todos los niveles, y todo de la mejor calidad; porque allí no había miseria, significa que allí no había triquiñuelas, en el sentido de construir cosas con materiales de segunda, y los cuales se han registrado de primera, como devino una práctica en la ingeniería civil en este país; puesto que, en el caso de Laureano, éste flotaba en dinero. No se olvide que el caudal Vallenilla Bueno se ha fortificado con la herencia materna de Elena, y así que ambos flotan en dinero. Se pudiera hablar, para el caso de aquella fortuna, de un patrimonio de treinta millones de bolívares. Esto quiere decir que ese patrimonio le reporta a Laureano, por esta vía, seis veces más de lo que gana como ministro. Se siente el príncipe satisfecho; el hombre que ha tenido la visión necesaria para conformar un equipo, al nivel del Ejecutivo, el cual, como ya sabemos, lo ha puesto él; equipo que ha proyectado a cabalidad la intención de la obra de gobierno, tanto al nivel de la administración central, como regional; entonces Laureano considera que Venezuela vive una edad de oro.

El venezolano se asombra hoy en día del carácter de la obra civil, que se hizo en aquella época, y esto porque al contactar ciertas cosas, en trabajos de reconstrucción y de ampliación de la obra, se ha conseguido, por ejemplo, que un puente, para poder derribarlo, es necesario dinamitarlo con cargas grandes de explosivos; he allí la ingeniería de una época que se caracterizó por administrar los recursos sin miseria, y, a ese respecto, se podría considerar que la democracia ha significado un paso atrás.

Pero ni tanto; esto es, ni tanto tampoco Laureano se podía sentir satisfecho; puesto que lo más importante, que era la educación, no había sido atendido; el gobierno en esta materia era un fracaso; puesto que se daba un registro de trescientos mil niños que no iban a la escuela; cosa que no había dejado de serle planteada al presidente, por parte de Laureano; sin embargo, aquí se aprecia que éste prefería el populismo de la obra grande que impresionara al pueblo.

-Más adelante –le decía a Laureano- agarraremos a ese toro por los cachos.

Lo que no le interesa, Pérez Jiménez lo pospone: no quiere pensar en procesos educativos, porque a él lo que le gusta es el pueblo envilecido; se trata de un dejar correr, como por olvido, ese compromiso que él tiene con la ilustración, en tanto hombre que ama la modernidad; el compromiso de ayudar a su pueblo a emanciparse del "yo" salvaje; como está pendiente, por otra parte, el hecho de que se acerca el fin del período de gobierno, que se cuenta por lustros: pues no se olvide que el presente ha arrancado en el año 1953, y que

en el mes de enero del año que viene se cumplen cinco años del mismo, y esto es algó que aquél no quiere que ni siquiera se lo mencione Laureano:

-Usted está empeñado en alborotar el cotarro político. Deje llegar los acontecimientos.

La nueva historia del país nace de esta circunstancia, del dilema en el que se ve envuelto aquel gobierno, al llegar a su fin, y de modo que, después de tanto darle por parte de Laureano, Pérez Jiménez decide al fin encarar el asunto. Para el día en que lo cita a Miraflores, éste calza unas botas de montar a caballo, como insinuándole que pronto se dedicará al ejercicio del ecuestre; que vaya al grano; de modo que al invitarlo a sentar, le dice:

-¿Cómo enfoca usted el problema electoral? Soy todo oídos, doctor Laureano.

El sujeto consultado le plantea dos escenarios. O bien llamar a unas elecciones libres y universales, sin la participación de ellos, o bien convocar a un proceso con la participación de ellos. En el primer caso, vendrían a ser como una suerte de generación emergente; transitoria, que cumplió una etapa en el escenario nacional, y que abandona el poder por la vía pacífica, llegando a ciertos arreglos con el enemigo. En el segundo, ellos podrían salir sorteados, a modo de seguir en el ejercicio del poder, lo cual habría de estar signado por la suerte; y es esto lo que no convence mucho a Pérez Jiménez, quien ante una y otra proposición, dice que prefiere lo contrario; pues irse, según lo confiesa, luego de haber tenido un gran éxito desde el punto de vista administrativo, le resulta algo ilógico; algo que no va con su mentalidad caudillérica, y, luego, participar en una justa electoral le huele a derrota. Está visto que ni un Betancourt o ni un Villalba pierden en la misma.

-Nosotros debemos hacer algo distinto. En una ocasión me habló usted de un plebiscito; de la consulta al pueblo sin intermediarios. Aquí los partidos no representan nada. Usted no se cansa de repetirlo en El Heraldo. Pues, prescindamos de ellos. Dirijámonos al consumidor. Además, Venezuela ha crecido mucho. El molde es distinto. Los factores que intervendrán en la lid son diferentes; nuevos. El venezolano de hoy no es el mismo de hace cinco años. Además, creo que yo debo continuar en el poder por un período más. Falta completar las obras. Conservo, preciosamente, dos mil quinientos millones de bolívares para la gran acometida del próximo ejercicio fiscal.

Este hecho marca la nueva historia de Venezuela: este famoso plebiscito, y el cual se va a considerar un gran error, según se mide hoy en día la opinión que privó para aquel entonces, y ya el propio Laureano le responde:

-El plebiscito es un método, como cualquier otro; pero le advierto que tiene marcado sabor cesarista; a pesar de que Suiza lo practica. La culpa es de Napoleón y de su sobrino. En cuanto a su deseo de continuar en el mando, esto está supeditado a las conversaciones que usted, seguramente, celebrará

con los oficiales del Ejército. No pierda de vista que su fuerza emana de allí, y no de las urnas. Por lo demás, no lo envidio. La presidencia de la República es un fardo pesado, una esclavitud. Lo acompañaré hasta después de las elecciones. Necesito descanso, y quiero irme a Europa, donde estudia mi hija. No sé si le he informado que sufro del corazón, y no es el ministerio de Relaciones Interiores el cargo más indicado para un cardíaco.

A Pérez Jiménez lo tiene sin cuidado la enfermedad de Laureano; a él lo que le interesa es que éste se aboque a redactar un proyecto de ley, que convoque a un plebiscito. Pérez Jiménez mueve las piezas como un ajedrecista. Esta vez viene con la acción de la sorpresa, y en la cual estaría el éxito del partido de ellos:

-Los enemigos no se pasean por semejante solución- expresa, como diría algún cronista político de nuestra prensa, con viveza de tonto.

-La sorpresa mi general –le dice Laureano- es a veces contraproducente. Puede que los venezolanos estén cansados de recibir tantas. Nuestro mayor error ha sido, quizás, subestimar la opinión pública y la propaganda. Agrada a los pueblos la ilusión de participar en la acción oficial o de inspirarla. Nuestras iniciativas, aún las mejores, duelen a los que no las tuvieron. La obra del régimen es, con su perdón, demasiado nuestra. Lleva nombre y apellido, y esto constituye nuestro principal pecado. No nos perdonarán.

Otro día: Pérez Jiménez se ha llevado a Laureano para un ejercicio de remo en el lago artificial del Círculo Militar; en un momento en que éste trata de perder peso, tentado, quizá por la circunstancia de que se le dice "el gordito del Táchira", y entonces Laureano le sale con el espinoso tema de la deuda interna. Compromiso que tiene el Estado con los contratistas de las obras públicas, a quienes los entes regionales no les pueden pagar, porque del gobierno central no emana dinero suficiente; compromisos que tiene el Estado con cientos de familias, a quienes se les debe una exoneración, por concepto de pago de la vivienda que se le derribó, para dar paso a una avenida. En ese sentido, Laureano le hace ver al presidente la fama de maula que se ha ganado el gobierno, al negarse a cumplir con este compromiso, y es entonces cuando le recomienda realizar una operación de crédito público, a objeto de obtener recursos para honrar estos pagos, a propósito de la situación de las reservas internacionales; de ese fondo que dice Pérez Jiménez que conserva preciosamente.

Nosotros decimos que aquella tarde, en que se encuentra con el famoso personaje cabalístico del ministerio de Relaciones Interiores, era memorable: en razón de que él le pronosticaba lo que siempre le había leído al resto de ministros cuando se iban a ir, y a propósito de aquella pregunta que le había formulado sobre su permanencia en el cargo. Esto que le acaba de plantear Laureano en el bote de remo, ¿es una sugerencia o una provocación?

Al jefe nunca se le habla así:

-Todo, todo esto es invento o exageración suya. Ahora sé quién mandó al ministro de Hacienda con el mismo cuento a Miraflores. ¡No me explico qué fin persigue usted desacreditando al gobierno! ¡No debiera ser su papel! Ocúpese de los asuntos que son de su competencia. Yo no lo he autorizado para fungir de mentor de sus colegas. No se presente como salvador mío; yo me salvo solo, afortunadamente.

Laureano sabe callar. Observa con una gran indiferencia los gestos que hace el jefe, para hacerle ver que está montado en cólera; rema apresuradamente, a modo de ganar rápido la orilla, y aún más lo distiende el cuadro, que se ve a continuación de una abyección terrible en la persona de Wolfgang Larrazábal, quien le brinca a Pérez Jiménez con una toalla en la mano, para secarle el sudor; y lo que son las vicisitudes históricas lo llevan a Laureano a situarse cincuenta años atrás, cuando Cipriano Castro ejercía la primera magistratura, y había un funcionario suyo de la misma categoría del jefe del Círculo Militar, que lo esperaba en los baños de Soucy con una toalla en las manos, con lo que se había ganado el apoyo de los caraqueños de La Verónica; hecho que vuelve cabalístico este relato por todas partes, ya que hasta la conciencia de Laureano percibe esta repetición de situaciones, que produce el efecto cíclico de nuestra historia.

El problema es que Pérez Jiménez es un hombre teatral, y mientras Larrazábal le hace la corte a Laureano para que se tome un aperitivo en el bar de la casa, el otro actúa su rabieta; una suerte de espectáculo unipersonal, y así se larga solo a darse un baño de vapor, cuando lo indicado es que Laureano lo acompañe, como ocurre las más de las veces; a la vez que éste lo observa con la distancia propia del niño que sabe que de su parte está la razón. De modo que, de pronto, se consigue con que está de sobra en aquel círculo, por lo que desaparece en lo inmediato. En realidad, estas rabietas tienen como espectadores a Laureano, en primer plano; pero también a todo su entorno, en un segundo plano, y esto se comprueba, porque ya al llegar aquél en horas de la tarde a su casa, se consigue con que lo espera Pedro Estrada en la pérgola de ésta para que Laureano lo ponga al corriente de aquel episodio que ha trascendido por toda Caracas; el jefe de la Seguridad Nacional quiere atenerse a las circunstancias:

-Que Dios te agarre confesado- le responde, cuando Laureano le ofrece los detalles del hecho.

Una simple rabieta que, a la vuelta de una noche, se va a disipar; cuando entonces Pérez Jiménez lo llama por el teléfono interministerial a media mañana: la tempestad ha pasado, y entonces se dirige a Laureano.

-¿Qué hubo? ¿No se ha alzado nadie? Venga a Miraflores. Tenemos que hablar.

El jefe lo espera para que lo acompañe a unos trabajos de inspección en La Guaira; donde hay unas obras a las que hay que echarle un ojo. Aquel hombre es un neurótico, en cosa de horas varía su carácter: se acuesta con yo malhumorado, se levanta con un yo de risita. Es demasiado primario, en cuanto a las cosas; quizás, sin rencores; un ser un tanto infantil, que de pronto repara en el ridículo que ha hecho; de modo que ahora se cae en atenciones hacia Laureano, y le habla de las obras de infraestructura que tiene proyectadas para el Territorio Federal Vargas, y hasta un poco de gracia hace, cuando al inspeccionar determinada obra, éste se sube por una escalera de albañil, y la gracia consiste en que pone a sus pobres escoltas a pasar trabajo peldaños arriba, con un armamento encima.

¿Acaso a Pérez Jiménez le ha pegado eso de una posible separación de Laureano del gobierno? Luego de esta breve gira por el litoral central, entonces lo hace armar maletas, y, en ese sentido, se lo lleva para el oriente del país; por donde se abre paso también una carretera, de forma que esta parte de Venezuela se une con el occidente, en un proyecto que tiene Pérez Jiménez de integrar a toda Venezuela, a través de vías de comunicación. Así Laureano se ve en las tierras anzoatiguenses, en las tierras de sus ancestros; cuando Clarines y pueblos a la redonda aún sofocan de polvo, puesto que no se llega a ellos sino por caminos de tierra; momentos en los que el jefe de Estado trata de sacarle sonrisitas a Laureano diciéndole:

-El doctor Laureano está contento, porque nos ocupamos también de su tierra.

En el fondo, Pérez Jiménez se lo gana para que elabore la ley relativa al plebiscito. Laureano no se hace el rogado: en ella se larga a trabajar el doctor Rafael Pinzón. ¡Qué bueno poseer un espíritu fáustico, como el de Laureano! Esto es, qué fortuna ser ilustrado. Aquellos dos hombres se fajan: disposiciones electorales, dos tarjetas: una azul, que será consignada por los que están de acuerdo con la reelección de Pérez Jiménez; una roja, que será consignada por los que no están de acuerdo.

Se trata de una situación forzada, ya cuando se ha llegado al extremo; momentos en que el gobierno impone a los empleados de la administración pública el deber de consignar el voto a favor de la reelección; por lo que el empleado tiene que presentarse al día siguiente de la elección con la tarjeta roja en sus manos; prueba de que ha seguido las instrucciones.

El que esto escribe le oyó contar a su padre que, habida cuenta de su condición de empleado público, tenía que votar azul; sin embargo, a la hora de acudir a la mesa, se encontró en el cubículo en el que se metía la gente a escoger el voto, varias tarjetas regadas por el piso, y así que el tercio consignó una de éstas, dejando la roja para presentarla al día siguiente. También el pueblo quería quitarse a esta gente de encima.

Pérez Jiménez está cuesta arriba, y su trabajo es enorme a partir del momento en que le da por reunir oficiales a objeto de palabrearlos para ganárselos en su afán de satisfacer esa ambición suya; como ya lo hemos dicho, gobernar por cinco años más. A Laureano le llegan los chismes, en ese sentido, lo descabellado que anda "el gordito del Táchira"; tratando de despotricar de los partidos políticos, y viéndoselas duras frente a aquellos milicianos de alto rango, que, de pronto, le vienen con preguntas sobre la economía; gente que, dadas las circunstancias, no les puede salir con los mismos arranques que a Laureano, y así hace reír a un auditorio entero, cuando alguien le formula una pregunta sobre la deuda interna del Estado; por lo que éste le responde que ésa no es una deuda, sino un compromiso. Justo, lo que en lógica se conoce como una tautología.

La impresión que deja el general en una y otra oportunidad, donde se presenta, es que el tercio es títere de una camarilla, cuya composición en su mayor parte es militar; aunque habría que agregarle la figura de Pedro Estrada, y la figura de Laureano, a pesar de que éste más bien presiona para que haga lo contrario. De forma que nuestro Vallenilla Lanz goza un mundo viéndolo cometer semejantes desaguisados, y lo que da lugar a la configuración de una conciencia política de respuesta a esta situación, y la que es estimulada por la burguesía y el clero, a juicio de Laureano.

"¡Con la iglesia hemos topado, Sancho!", he aquí una frase quijotesca, y la que no ha dejado de llamar la atención en este presente del diario existir del que esto escribe, a propósito de algunas confrontaciones fuertes que el actual gobierno ha tenido con la iglesia; sobre todo en la persona de monseñor Baltasar Porras, y más probable es que en aquella época también se cita, tomando en cuenta lo que ha asomado Laureano, al respecto de que el clero, para ese momento, es uno de los enemigos del régimen. Ha sucedido que la iglesia se ha venido con una pastoral, publicada en el diario La Religión, que causa un revuelo en la opinión pública venezolana por el grado de hostilidad que muestra hacia el gobierno, y que para la historia contemporánea representa también otro de los grandes hitos que marcan la caída de aquella dictadura.

El asunto, según la versión Laureano, se origina por el hecho de que el obispo de Barcelona pretende hacer un negocio con unos terrenos que, supuestamente, pertenecen a la iglesia, y a lo que se oponen gobernador y demás autoridades del estado Anzoátegui. Laureano considera que éste es un pleito de caciques locales; pero en el que se involucra monseñor Arias Blanco, y así que éste se presenta cierto día a su despacho, para exigirle que interceda a favor del prelado: el problema de nunca acabar; la iglesia peleando por tres reales. A Laureano, sin embargo, le parece insólito que un ministro de Dios participe de negociados; negociados que van contra la colectividad.

-Estudie el expediente –le dice en la oportunidad en que se entrevista

con él, luego de desenmascararle esta situación-. Cambiaría de criterio.

Aquí demuestra Laureano esa pasión suya de apego a los votos de pobreza; a pesar de su gran soberbia: no permite que el curita se llene los bolsillos con un negocio turbio, a propósito de unos terrenos que, de hecho, se los ha apropiado. ¿Acaso Laureano tiene constancia de que es tal, turbio? Entonces le ha venido la fama de ateo, a través de una iglesia que no le da tregua desde los púlpitos, en un momento en el que hay todavía una importante afluencia de feligreses a los templos; aparte de que un cierto movimiento católico, por intermedio de unas hojas volantes, lo acusa en estos mismos términos, y no se diga los artículos del diario La Religión: ¿Pero es ateo Laureano? No pasemos por alto que Laureano pertenece a esa masa de creyentes que suele ir los domingos a la iglesia; aunque sus verdaderos amigos en este sector, según se lo dice, no están, precisamente, en la cúpula eclesiástica tradicional; como sí en el sector, se diría, emergente, como un tal José Humberto Quintero, quien, por cosas del destino, llegará a ser más tarde cardenal de Venezuela, y a quien conoce Laureano desde la época en que él asistía a la Universidad Gregoriana de Roma, y el entonces sacerdote también cursaba en ella. Laureano ha sido formado por los jesuitas. En estas páginas vemos en una y otra oportunidad conductas de éste que se explican por su ética de cristiano; aparte de que siente un gran orgullo porque su sobrino político, Adolfo Bueno Castro, haya seguido la vocación sacerdotal, y de que su vida está muy rodeada de personas que pertenecen a congregaciones religiosas; puesto que son monjas, quienes regentan el colegio promovido por la sucesión de don Adolfo Bueno; ¿hemos dicho que se trata Laureano del tipo de cristiano que va los domingos a la iglesia? En conclusión, éste va a los templos que sólo le convienen, donde la palabra en el púlpito habla de nubes y de lunas, en lugar de la tirante realidad.

El propio Pérez Jiménez precipita su caída, y esto se ve en tres hechos fundamentales: por una parte, no quiere reconocer la deuda que han contraído con las entidades regionales, y de la cual ya hemos hablado, cosa que le preocupa mucho al ministro de Hacienda; puesto que, por esta vía, siente que el gobierno pierde en popularidad, y le da ocasión a que lo descuarticen sus enemigos. Por otra parte, cada vez oye menos a Laureano, y cada día lo distancia más al punto de que se vuelve irascible e intransigente con él; y, por último, su capricho de imponerle a un pueblo un plebiscito, a la fuerza; cuyas bases legales las aprueba el Congreso de la República, atropelladamente, y así que quedan fijadas unas elecciones para el 15 de diciembre de ese mismo año.

Esto en medio de una serie de manifestaciones estudiantiles que se suscitan al nivel de todo el país, sobre todo, en las principales universidades, incluida la Católica Andrés Bello; manifestaciones frente a las que Pérez Jiménez no reacciona sino con los métodos tradicionales, como es la represión, y donde se lleva de por medio al rector y demás autoridades de la mencionada

casa de estudios, que resultan detenidos en una de esas escaramuzas; todo en detrimento de su imagen, que se ve empañada, en ese sentido, a pesar de que Laureano por momentos lo favorezca ordenando que la policía disuelva las manifestaciones sin armas de fuego.

La oposición, toda dispersa y arrodillada, ahora se ha agrupado en una famosa Junta Patriótica; compuesta por partidos legales e ilegales, y la que se hace presente día a día, a través de unas hojas volantes, en las que se pide la renuncia del dictador y de sus ministros. ¿El lugar donde más se difunden estas hojas, según lo tiene precisado la Seguridad Nacional? La iglesia y los liceos, y en el seno de la primera institución, la SN tiene reportados a dos sacerdotes como los más furibundos enemigos del régimen: hijos de madre a quienes no se les puede hacer nada, porque tocarlos sería pasarse de la raya desde el punto de vista político. ¡Con la iglesia hemos topado, Sancho! ¿Hemos citado esta célebre frase quijotesca? Es el momento en que Laureano se topa con cierta dama, que le dice:

-¡Cuidado! La carne de cura trae desgracia.

Laureano piensa algo peor: "Cuando el clero se moviliza es porque el gobierno es débil, y todo presagia su caída. La iglesia es eterna y sabia. No se asocia a causas perdidas".

El que le pega a la iglesia se arruina, le dirá Perón a su amigo Rafael Leonidas Trujillo, con toda la experiencia del caso, pues también él había incidido en este error, y ahí lo tendrá, movilizándose de Venezuela a su país, pues nadie lo quiere al nivel internacional, y cosa que se la dice en el momento en que el dictador dominicano lleva a prisión a un par de sotanas. Entonces se señala que aquel régimen toca su fin, y lo que nos hace ver que es una sintomatología, asimismo, esto que de pronto entra la dictadura en desavenencias con la iglesia, y ya que nos ha dado por establecer algunas caracterizaciones sobre este tipo de régimen latinoamericano.

Lo que no quiere decir, volviendo al caso venezolano, que el jefe de la democracia cristiana en Venezuela no vaya preso, el famoso Rafael Caldera; cuando da motivos para ello, a propósito de unas hojitas que se descubre que circulan entre la alta oficialidad, en las que el partido Copei incita a proceder con las armas para el desplazamiento del gobierno perezjimenizta. Es el propio Pérez Jiménez quien da la orden para que sea arrestado, y de modo que aquel exquisito doctor también va a conocer en ese momento los calabozos de la Seguridad Nacional.

En los días previos a la consulta se producen una cantidad de manifestaciones de adherencia a la candidatura única de Pérez Jiménez; gente que fima cartas comprometedoras; el más rancio mantuanismo. No hace falta decir qué el gobierno tiene ganadas las elecciones, a los ojos de Laureano. Es lo que lleva a pensar que el plebiscito se realiza primero en la prensa, que en las urnas.

Sobresaturación de compromisos; he aquí lo que Laureano palpa en la opinión pública. No se explica por qué tal número de adherentes a la causa; como no explicarse el por qué el mantuano resulta muy sumiso frente al tirano de turno. Un amigo muy culto de Laureano le dice a éste, cuando el otro le hace un comentario al respecto:

-¿Y de qué te sorprendes? Aquí podría aplicarse lo que decía Briand del romano Titulesco y de su equipo: "Pagarían para venderse".

## IV

Hoy 4 de diciembre de 2000, a dos días de haberse convocado a un proceso comicial, y a un referéndum; el primero para elegir miembros de juntas parroquiales; el segundo para decidir la suerte del movimiento sindical venezolano, no dejan de señalar algunos que el referéndum no ha sido sino un plebiscito; dado el carácter de apuesta con el que asumió Hugo Chávez, el presidente de los venezolanos, esta justa. De forma que toda respuesta del pueblo pasa por transformarse en un juicio a su proyecto político, y así los que hablan de plebiscito, en ese sentido, pretenden llegar por aquí a la demostración de que la alta abstención que se ha producido en el mismo, se ha convertido en un verdadero autogol, para quien ha convocado el proceso. El gobierno, de todas formas, ha considerado que, a pesar de este resultado, procederá a meter bajo cintura al movimiento sindical venezolano; como en aquella época también se descarta que el gobierno pierda en el proceso. La tarjeta azul traía un SI, mientras que la roja traía un NO. El padre del que esto escribe cuenta que el mamador de gallo decía: "SI, para que se quede; NO, para que no se vaya". Hay una cierta semejanza en ambos hechos, sobre todo, además porque el pueblo respondió con gran indiferencia al llamado a votación, tanto en una y otra oportunidad; de modo que en los dos casos la mesas estuvieron limpias de ciudadanos; observándose en esta oportunidad un récord histórico en materia de abstención.

He allí el momento en el que la conciencia del venezolano se pone de acuerdo consigo misma, y entonces deja que se le manifieste su sentido común. El país por un momento aparta su irracionalidad, y se pone en tren de pensar en frío. El tío del que esto escribe cuenta:

-A mí me tocó ser miembro de mesa en Barrio Unión de Barquisimeto. Salí sorteado por el Consejo Supremo Electoral. Yo sí estaba cagado ese día; porque sucedió un incidente con un señor, que llegó eufórico, y rompió el material electoral, bajo protesta; de manera que se le tuvo que levantar un acta, y fue detenido, y entonces a nosotros, los miembros de aquella mesa, nos retuvieron más de la cuenta.

Si nos permitiéramos intervenir más en nuestro presente, diríamos, que lo que hoy constituye la inseguridad, tomando en cuenta un hampa desbordada que suma más de cien muertes por hechos violentos los fines de semana; en aquella época lo constituye el terror, a través de la aparatosa SN, que también suma vidas, día a día, en sus cámaras de tortura o en sus centros de concentración como Guasina.

De modo que aquel gobierno, con toda seguridad, gana el plebiscito, como así es; hecho que pasa a los días, como si nada; puesto que todo el mundo quiere olvidarse de este asunto; la oposición, porque quiere desconocer todo aquello; el gobierno, porque queda con el complejo de culpa de haber cometido un fraude electoral, a pesar de que el cinismo de Laureano lo lleva a decir que el mismo ha sido producto del celo de algunos funcionarios; que el gobierno gana sin necesidad de tales triquiñuelas. ¿Se engaña nuestro Vallenilla Lanz a sí mismo, o engaña a otro? En realidad, su interlocutor, como siempre, es Pérez Jiménez; el lugar, la sala de baños de vapor del Círculo Militar; la conversación, los resultados del reciente plebiscito. Se caen a coba los tercios, dicho a lo criollo, y es el momento en el cual Laureano le asienta:

-La nación no quiere aventuras. Prefiere el mantenimiento del actual estado de cosas, con todos sus defectos.

Es la hora de comenzar a corregir los vicios: eliminar el tráfico de influencias, evitar todo tipo de escándalo; remover el tren ejecutivo. Propone nombres el ministro de Relaciones Interiores ante aquellos oídos, y hasta le menciona el sustituto suyo; pues no olvidemos que está pendiente su separación de dicha cartera. El presidente escucha con calma, mientras Laureano le dicta estos pareceres; luego de lo cual le dice que lo deje todo para enero. Entonces viene al caso Rafael Caldera, preso en la Seguridad Nacional, como habíamos dicho, y por cuya libertad aboga nuestro Vallenilla Lanz:

-Proceda, proceda, doctor –lo autoriza Pérez Jiménez-. Espero que no tenga queja del trato recibido.

En ese sentido, Laureano hace venir al líder de la democracia cristiana a su despacho. La ansiedad lo ha puesto gordo a éste en la cárcel; confiesa que no hacía sino comer, y el abandono en que se ha sentido, lo ha llevado a dejarse crecer los cabellos. Caldera es el tipo de hombre, estilo Oscar Wilde, que nunca ha estado preparado para soportar una cárcel. Un ser de flux y corbata desde su más remota infancia; un ser de gomina y bien rasurado: "Un muñeco", como le dice en ese entonces el medio femenino al tercio: un galán. En una instancia mayor, desde el punto de vista civilizatorio, Wilde se sentía igual frente a aquel mundo andrajoso y pútrido de las cárceles inglesas, a propósito de un proceso judicial que se le siguió; ambos no tienen cabida en aquellos círculos. De modo que el líder de la democracia cristiana, luego de esta "cana", luce muy abandonado. En su despacho, le dice a Laureano:

-Existen muchos odios. Más de lo que supones. Inclusive, tu vida correría peligro, en caso de un cambio violento.

-No lo dudo, Rafael. Después de haber ejercido cinco años consecutivos este cargo, debo esperar lo peor. A veces me consuelo pensando que el sucesor seas tú. Quizás me tratarías, como yo a ti.

-Ojalá –contesta- Nosotros somos católicos, y tenemos otra manera de pensar; pero no te imaginas lo que sería la furia adeca desatada en Venezuela.

Esas navidades del año 57 son las más tristes para Laureano: no está su hija María Luisa a su lado; puesto que se ha convenido mandarla a estudiar a Europa, y a la tripona, además, se le ha dejado al lado de su tía, quien se halla en Saint Morritz, en viaje de placer. La Muda parece el lugar más acogedor del mundo por aquel jardín exquisito, que se ha llenado de flores, y por la cantidad de regalos que se han recibido en la casa, símbolo de respeto y distinción; cuando no deja de faltar la alegría de los niños, traducida en la presencia de sus sobrinos, quienes son una fija por aquella casa suya; aun cuando allí no está presente un alma primordial, y es esa pequeña por quien elucubra Laureano. Es el hecho, además, de que en esos días el fantasma de la caída del gobierno se le acrecienta en su interior, y así le llega su eterno delirio, que es su posible linchamiento, por el que pueden pasar él y su mujer; cuando ya Caldera le ha asomado este asunto. Entonces concibe la idea de no llegar a ver más esa niña, de que ella quede huérfana..

Días después del encuentro con el líder copeyano, Pérez Jiménez se comunica con Laureano, y ordena que le sugiera a aquél que se vaya a Europa o a los Estados Unidos. Está muy bandolero este Caldera, y así que el jefe lo quiere ver fuera.

Son momentos difíciles para el susodicho. No tiene reales para irse; Laureano le ofrece dinero, y hasta de su propio peculio. Este le rechaza semejante ofrecimiento:

-No me tome a mal –le dice-. Tú harías lo mismo. Lo único que te ruego es que hagas comprender a Pérez Jiménez que fuera van a pedirme declaraciones: que no podré negarme; por lo que algún periódico me obligue a decir o ponga en boca mía cosas que me conlleven a que se me cierren las puertas del país. Mi viaje, en todo caso, será después de año nuevo que deseo feliz para ti y los tuyos.

Un éxito editorial, en ese momento, lo constituye la revista cubana Bohemia; no sólo en Cuba, sino también en la zona del Caribe, y, entre sus países, el de Venezuela. Estupendo periodismo que se hace en una cultura, de donde han salido hombres de la talla de Guillermo Cabrera Infante, José Lezama Lima; por otra parte, una cultura que ha producido sones musicales impactantes para la época: un genio así tiene que caerle muy bien a un espíritu como el del venezolano. A Laureano le parece que aquella publicación expele

un cierto tufillo adeco: una mano que de pronto se mete, y habla entre líneas, y entonces se le ha prohibido su circulación. El hecho es que el director de la revista, un tal Quevedo, simpatiza con la causa de Betancourt, y lo que se presume es que éste pone la revista a la orden de los intereses del líder adeco.

El gobierno también busca con la medida de la prohibición proteger a la industria nacional, y es esto lo que, a juicio de Laureano, no quiere entender el responsable de la circulación en Venezuela, el editor Miguel Angel Capriles, a quien éste intenta convencer de que es a la revista Elite a la que, en el fondo, quiere respaldar; cerrándole la entrada a la otra publicación que es la que tiene éxito; pero Capriles se empeña, en una y otra oportunidad, en que le levante el vedo a la revista, con tanta insistencia que Laureano llega a sentir fastidio delante de él:

-Aprende con El Universal –le dice en cierta oportunidad-, hábilmente piloteado por sus dueños. No tiene enemigos. No se deja arrastrar por las pasiones de terceros, y cumple a cabalidad con su deber informativo y culturizador.

## V

El 31 de diciembre son detenidos el general Hugo Fuentes y el coronel Jesús María Castro León, acusados de promover una conspiración; cosa que le confirma a Laureano que "algo huele mal en Dinamarca".

En realidad, desde hace días en casa la cosa anda mal; pues la noche del famoso baile que se celebra tradicionalmente en la sede de la Fuerza Aérea en Maracay ha sido sacado él de urgencia por el propio Pérez Jiménez; habida cuenta que los rumores que circulan son enormes, y entonces Laureano y su jefe han tenido que abandonar aquella rumba. El presidente tiene proyectado pasar esa noche en la capital aragüeña, hacia donde ha bajado en su bólido de plata; mientras sus respectivas mujeres vienen atrás, en la caravana presidencial, y para lo cual Pérez Jiménez se ha instalado en la quinta Mariscal Franchet d'Esperey, en la elegante urbanización de Las Delicias, y Laureano pernocta en el Hotel Maracay. Ha sido como siempre: el jefe se ha espitado en esa autopista Tejerías-Carabobo; cuyas buenas condiciones le permiten desarrollar ciento ochenta kilómetros por hora al tercio; de modo que han llegado a su destino con mucha antelación, y tomando en cuenta que Pérez Jiménez es hiperkinético, a éste le ha dado por rodar entonces unos kilómetros más allá, para aprovechar de darle un vistazo a un túnel, que se construye en la línea fronteriza entre Aragua y Carabobo, que la constituye una montaña fortificada, y teniendo presente que la vía por la que ruedan está en su fase de realización; así que ha sido como un acercamiento de chequeo, con respecto a los trabajos que allí se llevan a cabo, y ya que el resto de la comitiva se ha quedado muy

rezagada atrás; de modo que los días que han continuado al plebiscito han sido llenos de rumores, al punto de ser sacado de un baile el presidente; quien arrastra a su ministro de Relaciones Interiores y ambos, al contrario de lo que tenían dispuesto, amanecen en Caracas.

Pérez Jiménez pierde los estribos; Laureano ve que los pierde, con motivo de la alocución de año nuevo: que le transmite al país el 31 de diciembre al comienzo de la noche desde Miraflores, en cadena de radio y televisión, y el cual no cuenta con el aval de algunos oficiales; los que poco a poco abandonan el recinto presidencial; habida cuenta de la manipulación de que son objeto las Fuerzas Armadas en las palabras del jefe de Estado; un grupo de oficiales se ha dado cita allí, junto con los amigos del régimen; con motivo, además, de la recepción que ofrece ese día Miraflores. Sobre todo, Pérez Jiménez ha transmitido la idea, traicionado por su subconsciente, de que está próximo a ser detenido por un pelotón de hombres armados; su debilidad es franca; mejor dicho. Diera la impresión de que aquel actor no quisiera estar allí.

Pero, además, Laureano ha tenido esa percepción; porque, de entrada; cuando ha puesto los pies en el famoso palacio de misia Jacinta; Pérez Jiménez se lo ha llevado aparte, y le ha dicho que ha tenido que detener a Fuentes y a Castro León, para que cesen de ese modo los rumores; lo que le parece a Laureano que éste pretende taparse el sol con un dedo, y ante tal justificativo prefiere mantenerse callado: no tiene respuesta para el jefe; lo abandona, y se entretiene con los invitados, que poco a poco van plenando la mansión.

El nuevo año lo recibe Laureano con su mujer en un baile casa de Pérez Jiménez, que lo ameniza una orquesta, y en el que despuntan hasta las cinco de la mañana, cuando entonces se dirigen a La Muda.

Quizás uno de los castigos más grandes que tiene ese cargo de segundo de abordo en un régimen es ese teléfono interministerial, y el cual es una violación hasta de la propia privacidad de la persona, puesto que el mismo está instalado en la mesa de noche de su respectivo lecho, y así que, una hora después de acostarse Laureano, este aparato parece reventar: tan rendido ha caído. Es Pedro Estrada quien está en el habla: informa que la guarnición de Maracay se ha alzado, y que el gobernador de la entidad está preso. Es así como Laureano vuelve a estar en pie, y en el momento en que se viste, suena de nuevo el aparato. Le habla ahora uno de los edecanes del presidente:

-Un avión ha sobrevolado Caracas. El general desea que se dirija de inmediato a Miraflores.

Escena dura la de despedirse de su mujer ese día. En dos palabras, le hace ver que se deje de vainas de andarlo buscando, como una heroína del amor en medio de los combates; que se vaya para una embajada en el momento, en que él le avise; por el bien de la niña de ambos que no puede quedar huérfana de padre y madre. Como el arcano de la Rueda de la Fortuna, Laureno

siente que se le repite la misma situación del 24 de noviembre de 1948; sólo que, ahora, es a la inversa, y así se ve que viene en picada para la sima; allí debajo está el charco del detritus; cosa que, por lo demás, se la hace ver el sempiterno Jaime Martí Cordido, quien no puede escuchar un tiro, cuando ya está en las puertas de la casa de Laureano, dada su vecindad. De modo que allí va él, en el auto suyo, arrastrado por las circunstancias también como el otro, mientras contemplan una Caracas tranquila, que duerme todavía a esa hora de trasnochos y resacas.

Lo que no es lo mismo que en Maracay, donde la cosa está que hierve. Pérez Jiménez no pierde la paciencia. Está en su despacho rodeado de sus colaboradores; de forma que al ver a Laureano, sin reparar mayormente en su presencia, le dice:

-Lo supongo al tanto de lo que pasa. Informe por cifrado a los gobernadores, que señalen cualquier anormalidad.

Precisamente, de una de estas reuniones en el despacho de Pérez Jiménez, ha salido la orden de llamar al coronel Eliseo Medina, comandante del Batallón de Carabobo de Valencia, y quien al presentarse ante el presidente, poco después, queda comisionado para que se encargue de sofocar a los sediciosos de Maracay. Para el caso, Pérez Jiménez se ha reunido con el general Mazzei Carta y con Llovera Páez, un hombre, este Llovera Páez, que ha tenido un tanto de humor al presentarse, cuando entonces ha llegado a Miraflores, y ha confesado que una especie de roedor le baila en la cabeza; en alusión a la resaca por los tragos de la noche anterior:

-Y yo que tenía un ratón tan sabrosito –suelta en lo inmediato-, y se me ha quitado de repente.

Pérez Jiménez le ha ordenado a Laureano que llame al gobernador de Carabobo, y se informe a través de él sobre el estado de la situación. La persona requerida se llama Iván Darío Maldonado, y éste pone al corriente a nuestro Vallenilla Lanz de lo que sucede en la capital aragüeña: ha sido arrestado de la manera más burda el gobernador; pues son sus propios invitados a la recepción oficial, que ofrece el Ejecutivo regional, quienes lo detienen, para asombro de él y de su mujer; una señora ésta, venga al caso, con influencia alemana, como Maldonado también, y así que ambos han podido comunicarse en esta lengua cuando éste ha logrado tener contacto con la familia por teléfono; de forma que la dama lo ha podido enterar de los pormenores del asunto; le ha explicado que, de manera insólita el mundo se les ha volteado en medio de la noche de año nuevo, cuando de pronto aquellos huéspedes suyos sacan sus pistolas, puesto que casi todos son oficiales de las fuerzas armadas, y aquí se arma la de San Quintín, al ser sometido, a ese respecto, la figura del mandatario regional. Maracay amanece en la completa anarquía, por consecuencia, al no haber autoridad alguna; se escucha algo que indigna, en especial, a Pérez

Jiménez, y son vivas a Acción Democrática, mientras se riega por toda la ciudad que aquél ha renunciado. La sedición también repercute en algunos cuarteles, y es así como viene a dar a Caracas un avión que sobresalta a esa hora del amanecer la capital. Laureano pone al corriente a Maldonado de la decisión que se ha tomado respecto de dicha rebelión, y la comisión que ha caído en manos del general Medina; cosa que ha sido muy del agrado de él, puesto que desea participar con la fuerza de choque, al entrar en acción sobre la plaza dicho general, a quien secundaría en esta oportunidad, y de este modo presenciar un combate, a la manera de quien se divierte con un espectáculo.

Los dictadores están para decir frases lapidarias, es lo que se observa de la respuesta que le da Pérez Jiménez a Laureano, cuando éste, a su vez, le ofrece los pormenores que el otro le ha proporcionado; entonces es cuando juicioso dice:

-El doctor Maldonado es un hombre responsable.

De pronto Miraflores se ha llenado con la presencia del tren de ministros; una reunión que Pérez Jiménez ha disuelto, sin embargo, mandando a cada cual para su sitio de trabajo, a la espera de instrucciones. El gobierno quiere dar a entender que allí la marcha de la administración pública no se ha detenido. Laureano, entre tanto, ha permanecido; sobre todo, porque el jefe le ha encomendado que se encargue de las comunicaciones telefónicas. Pero mientras desaparecen aquellos funcionarios, se hace presente José Giacopini Zárraga, quien viene en el momento más arriesgado de su vida a brindarle el apoyo al gobierno; es por eso por lo que Laureano lo ve en el gesto como una suerte de Quijote; una noble persona, que igual gesto había tenido cuando estaba cayendo el gobierno de Rómulo, esto es, se había presentado a brindarle un apoyo a un gobierno cuando mucho tenía que perder; pues no olvidemos que el principado de Laureano en aquel palacio de Miraflores se inicia con este señor al frente suyo; siendo de los prisioneros que detienen allí, y así que queda bajo su custodia. A la conclusión que llega nuestro Vallenilla Lanz es que este Giacopini Zárraga tiene una enfermedad congénita, y que se manifiesta en el hecho de que, al parecer, ama el olor a pólvora, y que esto, supone él, le viene por la circunstancia de ser nieto del general Francisco Linares Alcántara: "el gran demócrata, el jefe amarillo de los valles de Aragua, un caudillo con nombre de proclama, como observaba Guzmán Blanco".

Hay un hombre con guáramo, como decimos en criollo, y ése es Giacopini Zárraga, quien prefiere permanecer rondando por el palacio de Miraflores, en compañía de Laureano y un repele de ministros, que se ha quedado allí, mientras Pérez Jiménez con el titular de la Defensa y el alto mando militar toman hacia los sótanos del cuartel; el famoso cuartel de donde había partido la revolución del año 48. Más vale que haya desaparecido a tiempo, pues en el momento en que se aleja, allí mismo, donde había estado parado el grupo,

han caído dos descargas de ametralladoras, lanzadas desde dos aviones que vuelan a ras de techos, y los cuales son de inmediato repelidos por las baterías antiaéreas, que custodian el palacio.

-Péguense a la pared, y no se muevan –aconseja Giacopini Zárraga, mientras Laureano se interna en una oficina a hablar por teléfono.

Quiere saber cómo andan las cosas por casa, y en el momento en que está al habla con su mujer se produce otra descarga, y lo que ha motivado la angustia de La Nena.

-¿Qué es ese ruido?- le pregunta.

-Nada de particular- Laureano se ve precisado a cortar bruscamente a su mujer, y cierra el aparato.

Vuelven a aparecer los aviones volando a ras de techos, y, en ese sentido, estallan los vidrios de las puertas de los diferentes despachos del palacio; mientras se suceden las descargas, y así hay una voz que le dice al portero presidencial, empeñado en seguirles la pista a los aparatos:

-No se asome Pérez

. Se salva Pérez de esta primera descarga; pero la segunda sí se lo lleva, aun cuando le han vuelto a decir:

-Cuidado, Pérez, cuidado.

Esos aviones vienen como dragones con esas metralletas, y así que lo bañan en sangre al pobre, cuando todavía, quizás, no han terminado de formularle aquello, y la sangre le cae también a los que están a su lado; apostados en la pared, junto con materia gris de su cerebro; teniendo presente que la descarga le ha hecho trizas la cabeza, desfigurado por completo aquel rostro. Así salpica de ambos elementos a Rafael Pinzón, sobre todo, y a Giacopini Zárraga, quienes, a continuación, lo tienden en el piso.

Han sido tan fulminantes esas descargas, que las mismas alcanzan en un pie a uno de los que ha seguido fielmente la lección de permanecer pegado a la pared; un sujeto que ha quedado desconcertado e inerme ante tamaña sorpresa que por poco acaba con su vida; de modo que, una vez puesto el otro en suelo, su mirada queda flotando en el aire, cargando en lo que su persona quisiera decir; de forma que ya al final resulta innecesario lo que les indica:

-Me han herido en un pie.

Se trata del teniente Luis Felipe Ramírez, y quien es atendido en ese momento por el médico del grupo, que es el propio ministro de Sanidad; uno de los pocos titulares a quienes no les ha quedado tiempo de abandonar la casa presidencial, y en estas condiciones, de plomo parejo, acuerdan guarecerse en el despacho; sobre todo, porque Rafael Pinzón viene con la urgencia de querer limpiarse los salpicones de sangre y materia gris que carga en su ropa. Una vez adentro esta gente, vuelven a incursionar los aviones; lo que son patios y corredores del palacio de Misia Jacinta se vuelven una lluvia de plomo;

aquellos patios y corredores por donde se mece la brisa fría que llega en los atardeceres de Catia.

-¿Es la primera vez que se ataca el palacio, no es así Laureano? –le pregunta Giacopini Zárraga a éste.

-Sí, José. En 1928 se sublevó el Batallón de Miraflores, pero los conjurados condujeron a los soldados al cuartel San Carlos. Nadie ha intentado conquistar esta casa por la fuerza. Es ahora, de unos años a esta parte que se ha convertido en símbolo del poder supremo.

En ese sentido, es unánime la decisión en este grupo de corajudos hombres de ir al refugio de Pérez Jiménez, allí en los famosos sótanos del cuartel de Miraflores; habida cuenta de que la cosa comienza a ponerse peliaguda, y así que habilitan a una patrulla negra de la Seguridad Nacional para que los transporte hasta el otro lado de la calle, que es donde está el cuartel. Un vehículo muy fácil de precisar por un Camberra de los que vuelan en el cielo; pero en el que llegan sanos y salvos a su objetivo, aun cuando hay un punto negro en el cielo que parece venir contra ellos, y que por fortuna es repelido por las baterías que han puesto a cubrirles las espaldas a estos señores. Entonces Laureano se va a conseguir con la cúpula militar alrededor de una mesa. Allí están Pérez Jiménez, Mazzei, Llovera Páez y Fernández: todos de uniforme; están atentos a la lectura de un documento que hace el coronel Pérez Morales. Se trata de un sótano amplio y espacioso, y en cuyo fondo se notan unas habitaciones, y las que, por lo demás, están equipadas para cuarentenas, originadas de un cerco de guerra. También allí se ven las caras, entre otros, de Fortunato Herrera, "el inefable platinado", como lo llama la propaganda clandestina, y quien se topa con Laureano para decirle que, aunque la cosa está muy fea, él muere allí, al lado de su amigo: "es mi deber", le dice. Un mundillo de personas, que anda inquieto, y que se transmiten la noticia de lo que sucede minuto a minuto; pues al coronel Medina se le sigue la pista, y así se habla de que ya se dispone a marchar contra Maracay, cuando se ha determinado que el coronel Roberto Casanova, gobernador de Guárico, a la cabeza del Batallón San Juan de los Morros, lo secunde a éste.

El presidente deberá dirigirse a la nación en cadena nacional; sin embargo, esto se acuerda realizar tan pronto haya cesado el fuego de los aviones, a los cuales se ha acordado aislar de la base aérea de Maracay, enviando una unidad al aeropuerto de Palo Negro; una unidad que les impedirá que regresen a cargar combustible; además, de nuevos misiles; amén de que Pérez Jiménez le da órdenes a Laureano para que monte el escenario que será apropiado para esta alocución.

En eso llega, como una bola, el nombre de Martín Parada, el jefe del movimiento maracayero, y de acuerdo a lo que se le oye referir a un oficial que regresa de Maracay, con los pormenores del asunto. Los elementos alzados

le han mandado a decir a Pérez Jiménez que se rindan sin condiciones, pues, de lo contrario, Miraflores será arrasado.

¿Armar la Seguridad Nacional para que salga en defensa del gobierno?

Pérez Jiménez conserva una gran frialdad frente a los hechos; le dice a Laureano cuando éste le transmite la idea, que ha venido a proponérsela una de las autoridades de la Seguridad Nacional.

-¿Está usted loco? ¿Quiere armar a esta gente ahora? Piense en la reacción de la oficialidad.

En ese momento se asoma el también inefable Carlos Pulido Barreto; cae con la infausta noticia de que otro cuartel se ha alzado; esta vez el Urdaneta de Caracas, al mando de un teniente coronel, que por el momento no se conoce su nombre, pero que luego se sabrá que es Hugo Trejo, y lo que hace decir a Llovera Páez, luego de un intercambio de impresiones entre Pérez Jiménez y Barreto, que ha sido presenciado por la oficialidad, y quien está muy cerca de Laureano:

-Esto se anarquiza. Si no se establece el orden aquí, nos van a amarrar a todos como unos pendejos.

Es decir, se produce un murmullo entre la oficialidad, una distensión en este caso, cuando, de pronto, se oye la voz sonora de aquel pequeño hombre, que es Pérez Jiménez:

-Vamos, señores. Orden y disciplina.

Quiere que lo ayuden a reflexionar; quiere que lo ayuden a descifrar ese enigma de por qué el joven oficial, que comanda la tropa de los nuevos alzados, se dirige al estado Miranda, y no al centro de Caracas, donde está el palacio de Miraflores, y así en voz alta comienza a barajar hipótesis: "También es probable que los alzados de Caracas traten de adueñarse de los depósitos de armas y pertrechos de Conejo Blanco".

Suena el teléfono: Guillermo Pacanins, gobernador del Distrito Federal. Le siguen los pasos a la columna perdida. Va por Antímano, y lleva vía de Los Teques. Cada jefe civil de los pueblos de la periferia caraqueña, como éste, se comunica con el gobernador, y así el susodicho le trae reportes nuevos al jefe; sin embargo, lo que ninguno acierta a descifrar es el nombre del oficial rebelde.

En realidad, aquél se informa por vía de Laureano, que ha sido el receptor de la llamada telefónica; de forma que su respuesta es que Laureano se ponga, de inmediato, en contacto con el gobernador de Miranda, con el general Zambrano, a los fines de advertirle del asunto, y que se atenga a las circunstancias.

Este es citado por los rebeldes hacia cierto sitio, tan pronto la columna perdida llega a Los Teques, y, al ver que no aparece, una comisión de tipos se dirige a su casa. Zambrano se ha comunicado con Laureano, puesto que éste no lo ha conseguido en casa a la hora de llamarlo; ha logrado huir al saber que vienen por él, y al saber que el Ejecutivo lo busca vivo o muerto. Entonces se

ha comunicado con un número que Laureano le ha dejado a su señora. Así éste le ha devuelto la llamada por esa vía, y entonces es hasta cómica la situación, a propósito de lo que le cuenta a Laureano, pues la comisión de tipos, que ha ido a buscarlo a su casa, ha pasado rastrillo por la cocina, muertos de hambre los pobres como andan, y de esta manera han encontrado unas hallacas en la nevera que han puesto a su señora a servírselas, en una indiferencia total por el resto de sus compañeros, que los esperan, como se ha dicho, cerca de allí. Cosas cómicas como el hecho, además, de que los tipos, una vez saciada el hambre, se han llevado el Cadillac negro de la gobernación, en cuyo parachoque han colocado un cartel que dice: "Comando Supremo del Ejército de Liberación". En efecto, son sujetos con ínfulas de revolucionarios, y entonces así se ha venido a saber el nombre del jefe de la columna: el famoso Hugo Trejo, que ya ha tenido su aparición en estas páginas; un ser que pierde el tiempo en pendejadas, a juicio del gobernador Zambrano, a propósito del diálogo que sostiene con Laureano:

-¿Usted ha visto? –le asienta- Llamaré más luego; si me salvo.

Entonces el hecho mueve a risa, cuando Laureano le transmite estos pormenores a Pérez Jiménez; sobre todo, la parte de las hallacas y del Cadillac:

-Yo le pienso –opina éste ante su jefe-, que el mariscal Rommel no hubiera procedido de la misma manera. ¿Dónde están las enseñanzas de Clausewitz y de Schlieffen sobre el arte de la guerra?

En verdad, Trejo tenía mucho de comediante. A nuestro Vallenilla Lanz le había causado una gran impresión, cuando entonces se había topado con él la esposa del presidente panameño Remón, las veces que les había correspondido entrevistarse. Lo había encontrado un hombre de verbo fácil; muy avanzado para el tipo de joven venezolano que sigue en ese momento la carrera de las armas; sin embargo, había sucedido un incidente bien desagradable con éste en la autopista Caracas-La Guaira. Un día que Laureano decide tomar un descanso en su casa de Macuto, debido a que Trejo viene en un carro convertible con un amigo, hecho una fiera, y en plan de provocación, comienza a adelantar, y a dejar que pase el coche suyo; Laureano hace indiferente su viaje, con la vista puesta en un libro, como siempre lo acostumbra; abriéndose paso a cornetazos, una y otra vez hace la maniobra, como el que se la da de busca pleitos en plena carretera; por lo que el tercio termina llamando la atención de aquel lector impertérrito, que apenas se toma la molestia de decirle al chofer que lo deje pasar, y en vista de que éste ya comienza a ponerse de aquel color también; máxime cuando allí todo el mundo anda armado, hasta el propio Laureano, quien porta una pistola 45. Y cuando decimos mundo es porque va un guarda espaldas también, habida cuenta que se trata del ministro de Relaciones Interiores; imaginémonos tamaña osadía del tercio, y esto porque quizás ha escuchado decir que a nuestro Vallenilla Lanz

se le dice Laureanito; cuando es que más adelante se le van los tiempos, y entonces pone la cómica al atravesársele al vehículo de su supuesto rival, sobre todo, en pleno túnel; el famoso Boquerón Uno, que comprende varios kilómetros. La intercepción la ha hecho, por suerte, en el canal izquierdo, que es poco transitado; de todas formas esta gente se pone en guardia, y así que al ver venir al sujeto con la intención de formar un peo, cada uno se atiene a la circunstancia; lo que significa que desenfundan sus armas, al tiempo que el chofer y el otro deciden salirle al paso: se asoma cada cual por su puerta; de forma que al ver éste sendas metralletas, que destellan allí, a cada lado del automóvil, se echa para atrás, y comienza a rogar:

-¡Ministro! ¡Ministro! Yo soy su amigo el comandante Hugo Trejo.

Quería llamar la atención del hombre poderoso del régimen. Este se acerca al susodicho, y lo reprende:

-¿Y cómo se expone usted a esto Trejo? ¿no comprende que puede provocar un accidente? Los autos que bajan no esperan encontrar obstáculos en el túnel. Aquí puede ocurrir una catástrofe. Ande, suba a su coche, y acelere.

Laureano se había tragado este incidente; porque él era un hombre lo suficientemente maduro como para ser tolerante; a pesar del alto grado de provocación que había en el acto; sin embargo, a los días recibe la llamada telefónica del ministro de la Defensa, quien lo contacta para interrogarlo sobre tal asunto. ¿Qué te pasó con el comandante Hugo Trejo? Nada sin importancia. Laureano es muy perdonavidas; le habla de un exceso de parte y parte; cree que sus guardias también se impacientaron. A Laureano, más bien, le cae grato el muchacho, y esto se evidencia porque a los días ambos se encuentran en un baile en el Círculo Militar, con sus respectivas parejas, y se saludan: nada, un simple envalentonamiento de un joven que se las ha querido dar de gracioso frente a un ministro.

El hecho es que se han colado algunas horas debajo de aquel subterráneo, y, en ese sentido, ha comenzado a dar hambre; de forma que se ha enviado a una comisión a comprar comida a un restaurante cercano, y la que regresa con un menú un tanto variado, puesto que allí hay sopa de gallina, sesos en salsa de tomate, carne guisada con arroz, y todo esto se detalla porque a Laureano se le han revuelto las tripas, cuando Llovera Páez sale con una mamaderita de gallo, de que aquellos son los sesos del portero Pérez. Apenas aprueba el sancocho de gallina, y desaparece hacia una de las habitaciones que antes dijimos estaban también ubicadas en dicho subterráneo.

Allí está abstraído su "hermano del alma" Rafael Pinzón, leyendo un libro, y al verlo entrar le dice:

-¿Ah, eres tú, Manrique?.

¿Manrique Vallenilla Lanz? ¿le ha cambiado su nombre? En términos también de mamadera de gallo ambos se llaman Manrique desde que Laureano

trabajaba como abogado litigante; una suerte de referencia que les había producido mucha felicidad en su momento, y entonces lo refrescan invocando un nombre clave allí, que, seguramente, andaba revuelto en los expedientes de la época que caracterizaban determinado caso. Pinzón medita, de forma que al colorearlo de esa forma le dice a su "hermano del alma":

-Nos van a tumbar por necios. Me estoy preparando para la cárcel, si salimos con vida.

En eso se acerca a Laureano el coronel Antonio de Roja Alzuarte, quien se ofrece para ir a hablar con los alzados en Los Teques; habida cuenta de su condición de jefe de Blindados, esto es, el destacamento al que pertenece Trejo; un sujeto que está familiarizado con el medio, y sabe quién es cada cual allí.

La idea es apoyada por Pérez Jiménez; se decide enviar a de Roja Alzuarte, y a quien se le hace acompañar por un teniente coronel. No pasan dos horas, cuando aquél está de regreso: buenas y malas noticias; malas, porque los tercios no quieren negociar; buenas, porque en el seno de la tropa todo el mundo está desconcertado; han sido movilizados mediante un engaño, haciéndoles creer que actúan para el gobierno. Pero, además de esto, se trata de una tropa de asalto, por lo que no cargan comida ni víveres de ningún tipo para subsistir, mucho menos para huir, teniendo presente que han vaciado la gasolina de los vehículos que los transportan, que son tanques, y lo que, para colmo, se han recalentado en sus motores; conducidos por gente inexperta, como la que ha arriado Trejo.

Está a punto de producirse la desbancada, y esto se percibe porque el general Rómulo Fernández ha llamado a la señora de Pérez Jiménez, y le ha aconsejado refugiarse en una embajada. Esto se ha sabido porque doña Flor, de inmediato, ha puesto a Laureano al habla telefónica, para decirlo en términos muy sofisticados, a fin de verificar con él el asunto, y entonces éste, de quien hemos dicho que no es escaparate de nadie, ha considerado que lo mejor es preguntarle de manera oficial al jefe, como si llevara a cabo funciones de canciller y no familiares:

-¿Eso es verdad, Fernández?-, pregunta Pérez Jiménez una vez que Laureano lo ha vendido.

-Sí, mi general, es cierto –contesta el otro-. Nosotros podemos exponer nuestras vidas, pero no la de nuestras familias.

-Esa vaina sí que no –salta indignado Llovera Páez-. Los demás tenemos familia. Si se trata de sembrar pánico, y de entregarse sin combatir dígalo de una vez Fernández. Yo no soy un niño de pecho.

Un intento de desbancada que pone al jefe del estado mayor conjunto a bajar la cabeza, rojo de vergüenza, mientras Pérez Jiménez le da órdenes a Laureano, para que le diga a su mujer que permanezca en casa.

En ese sentido, Laureano no peca de marido indiferente. Está en con-

tacto permanente con La Nena. Ella sí no es de la idea de refugiarse o de echarse a correr; puesto que las veces que habla con su marido le da ánimo, para que incite a Pérez Jiménez a dirigirse a la nación. Le confiesa que eso es lo que espera la opinión pública; porque el país está como espectral.

En efecto, el presidente lo hace. Se ha dirigido a la nación, cuando lo ha creído más conveniente. Allí está un Pérez Jiménez de naturaleza enérgica: que va a los hechos, a manera de reporte acerca de la situación; anuncia que tres poderosas columnas convergen sobre Maracay. Unas palabras breves; unas palabras que, por lo demás, están en lo cierto en cuanto a lo que vaticinan, esto es, que en cuestión de minutos se va a sofocar dicha rebelión; puesto que minutos después de pronunciadas, Pérez Jiménez va a recibir la llamada del famoso coronel Romero, que había sido retenido por los amotinados de Maracay, y quien, por lo demás, sorprende a aquel hombre:

-¿Pero es el coronel Romero, realmente? -le dice como en son de broma-. ¿El Gato? ¡Ah! Lo pusieron en libertad, y se fueron. Bueno, bueno lo espero. ¡Muy bien!

Cuelga el teléfono, y enseguida el entusiasmo es general. Todo el mundo respira en ese instante. El presidente completa la información señalando que, según le acaba de decir Romero, Martín Parada y compañía, al saber que la respuesta del gobierno es la de plomo cerrado con ellos, han huido en un avión hacia Colombia.

Alegría de tísico aquélla, puesto que aún queda pendiente el problema de la columna perdida, y para lo cual el oportuno Giacopini Zárraga asoma la idea de amedrentar a esta gente por la vía de unas hojas volantes, que se lancen sobre su campamento, y proposición que es acogida por Pérez Jiménez.

Redactan el contenido de la hoja volante:

"¡Ríndanse! ¡El sacrificio es inútil! Las Fuerzas Aéreas están del lado del gobierno. No queremos bombardearlos"

¿Acaso tienen efecto estos volantes? Se ve que Giacopini Zárraga había conocido esa estrategia de la guerra de intrigas con papelitos de este tipo, quizás, de los nazis, que fueron los primeros que la pusieron en práctica, cuando querían tomar las poblaciones. A la hora, llama el propio gobernador de Miranda, para informar lo del derrotismo que comienza a prevalecer en el grupo de los alzados, quienes se ven desertando; mientras Trejo se dirige en el Cadillac del Ejército Supremo de Liberación hacia Maracay, con el objeto, tal vez, de empatar ésta con aquella rebelión.

Allí las cosas vuelven a tomar su rango, y esto lo comprueba Laureano porque traen café, y lo colocan en la mesa a manera de que el que quiera se sirva; sin embargo, hay un coronel que se ha tomado la molestia de preguntarle a Laureano:

-¿Quiere, jefe?

Este sujeto tiene mucho que perder en este instante, y es que un hermano suyo trabaja en Relaciones Interiores, gracias a un favor que le debe a Laureano. A ese respecto, éste siente que se restablecen las jerarquías; mientras Llovera Páez, que es muy agudo, le dice al oído:

-¡Mañana vas a ver al héroe en bruto!

Hablar de mañana es hablar de un capítulo cerrado para esta situación, y es por esto que al doctor Soulés Baldó le parece todo eso una novela; como se lo confiesa a Laureano, cuando le dice:

-Quizá sería mejor decir una obra de teatro, estilo Courteline, Pirandello, ¿no te parece?

-En efecto –le responde éste- aquí sobran los personajes en busca de autor.

A continuación suena el teléfono, para ofrecer alguien el reporte de que, en definitiva, el teniente coronel Trejo ha sido detenido en Maracay, y el general Zambrano recibe, en ese sentido, su lujoso Cadillac, hecho que se le da importancia aquí, en virtud de que el sujeto trae a colación, por esta vía, la ausencia de sus hallacas en la nevera de su casa, y lo cual le parece gracioso a Laureano, sobre todo, por la forma como al hablar el general Zambrano con él en una conversación telefónica que sostienen, éste le dice al otro:

-Tan buenas esas hallacas, mire. Eran de gallina.

Al poco es llamado el presidente para que se asome en la terraza del edificio de la secretaría, a objeto de que vea pasar derrotada lo que fue la columna perdida: tanques empolvados, sucios, que denotan que allí dentro de ellos cunde la desmoralización. Pérez Jiménez ha subido con el grupo de oficiales, que lo acompañan a esa hora, hacia el sitio que le han indicado, y así ve pasar la caravana, que poco a poco se pierde en la avenida Sucre. Allí está Laureano a su lado; así éste es testigo de un nuevo intento de llanto, que le viene al primer magistrado, aunque no despega sus labios.

Es el momento en el cual deciden regresar al palacio y, al hacerlo, se consiguen con el espectáculo de la sangre sobre la alfombra; sangre de aquel testarudo, cosa que le agua la fiesta a Laureano para seguir allí, y así que le pide permiso a su jefe para marcharse a su casa.

Entonces aprovecha para echarle algo a las tripas, hambreado como anda, y duerme a pierna suelta. Se ha sentido muy estimulado porque su llegada ha producido alegría entre los suyos, y, de acuerdo a su personalidad delirante, le parece un sueño estar allí. Sin embargo, él no es un hombre de permanecer mucho tiempo en su lar: a la hora y pico despierta, y coge camino de su despacho. Allí deben haber miles de cosas amontonadas, que su asistente no puede resolver de primera mano, si no está, antes, su autorización. Miles de cosas, en efecto, lo esperan allí; cumplidos de año nuevo que le han llegado de todas partes del país, así como del extranjero, y, a pesar de ser primero de enero, Laureano siente que todo recupera la calma.

¿Hemos hablado de una personalidad delirante? A éste lo comienzan a perseguir los regalos navideños; La Muda, en ese sentido, se llena de paquetes, y se desborda aquella casa:

-Eso no es nada –le dice su criado Víctor-. Hay que ver el corotaje que tenemos allá abajo. ¡Como para poner una tienda!

Esa noche Laureano decide recogerse temprano, impulsado, sobre todo, por un terrible dolor en los pies; aunque la ansiedad lo lleva a despertar varias veces en la noche. Inquietud por lo que le espera, que ya su alma lo ventila y no es para menos, pues ya a las diez de la mañana del día siguiente le arman sendo peo. Pérez Jiménez estalla de la rabia; rabia que ha cogido, como consecuencia de la osadía de El Universal de publicar las fotos en primera plana de los sediciosos de la rebelión del día anterior:

-¿Usted ha visto esto? –le pregunta su jefe, cuando lo hace ir a su despacho.

-Sí, mi general, he visto que figuran las fotos de los oficiales sublevados.

-¿Y cómo le parece?

-Pues soy un poco del oficio, presidente. El deber de informar priva siempre.

-¡Pues no! –le replica como una fiera el otro-, y usted lo sabe muy bien. Lo que pasa es que usted es amigo de mis enemigos. Ha venido sosteniendo la comedia de que los de El Universal nos quieren. ¡Será a usted! ¡A mí no! Los voy a meter a la cárcel, para que sepan que no se puede incitar impunemente a la rebelión.

-Buen papel haría usted, presidente, deteniendo a los familiares de su ministro de Relaciones Exteriores, que está emparentado con ellos.

-¿Y qué? Ese viejo Núñez me detesta.

-No es cierto, general, el doctor Núñez no detesta a nadie. Además, su intervención en el periódico es relativa, ahora.

-Pues le participo que he dado instrucciones para retardar la salida de ese diario a partir de mañana. Mi decisión es irrevocable, y usted llamará al doctor Núñez, y le reclamará fuertemente. De otro modo, lo haré yo mismo, y será peor.

El silencio de Laureano lo dice todo; sin embargo, en el momento en que ya se dispone a marcharse, el presidente le dice:

-No he concluido, doctor. Cite también al arzobispo, y dígale que los efectos de su pastoral han culminado en el alzamiento del primero de enero.

¿Qué motivaba a Laureano a permanecer allí? ¿por qué su sentido común le dictaba que aguantara el chaparrón? Es una copa que cualquiera no se traga, y que lo lleva a ponerle la renuncia a su jefe, sobre todo, porque se trata de amedrentar a Luis Teófilo Núñez, un hermano del alma suyo, para seguir con esto de la filiación, otro de sus grandes contertulios; persona muy ligada a su familia: una pelea necia; Laureano no tiene necesidad de ello, y así que con-

fronta una de las experiencias más desagradables de su vida al proceder a entrevistar al famoso Núñez; por fortuna, en esta gente priva la diplomacia, y así, en cierto momento, en el Country Club Laureano tendrá oportunidad de aclararle esta situación a su amigo; pero en ese momento, y como van las cosas, a Laureano le resulta duro ser ministro de Relaciones Interiores; una verdadera vergüenza. Núñez se defiende. Laureano tiene que hablarle en términos duros. Para sus adentros se dice que el general ha perdido el control, y que se lo hará perder a todo el mundo.

La entrevista con monseñor Arias Blanco resulta menos explosiva que la anterior, y esto, quizás, porque el obispo se ve en posición ganadora, y adopta más bien una actitud irónica al traerle a colación a Laureano, a propósito del encuentro, el hecho de que su suegro no lo haya invitado a bendecir el colegio de la Fundación Bueno; cuando ha preferido al nuncio apostólico:

-Por Dios, monseñor –salta Laureano-. Yo no intervine en eso. ¡Cómo se imagina usted! Mi suegro hizo todo. Además, tome en cuenta que tiene más de ochenta años.

Ignorar al primer obispo de Venezuela para una ceremonia de esta naturaleza, es una provocación; algo muy vallenillalanzdesco, y esto por el carácter sectario de la estirpe, como ya hemos dicho, y de modo que el curita había guardado esta prenda para el momento más conveniente, y he aquí que se sirve de ella en estas circunstancias como dardo irónico en este reclamo; donde, se repite, el curita se siente vencedor, pues no se olvide que, según nos cuenta la crónica de la época, una de las cosas que hizo temblar a Caracas en aquel instante es la famosa pastoral suya. En ese sentido, éste conviene en subrayar el hecho del fanatismo que cunde entre algunos sacerdotes, que se muestran hostiles hacia el gobierno; pero, ¿cómo controlar un cuerpo que cuenta con un púlpito, y el cual está libre de censura, es decir, donde cada cual es libre en su iglesia? He allí una de las excusas del prelado; sin embargo, detrás de sus palabras se observa el hecho de que en estas condiciones de intolerancia total por parte de un régimen, la iglesia se transforma en un partido político; como antes dijimos que las fuerzas armadas se han convertido en el del perezjimenizmo. Le promete a Laureano tratar de disuadir a esta gente; además del director de La Religión, un hombre que ya lo ha hecho salir de sus casillas a éste, y quien lo ha enviado a la cárcel, al famoso sacerdote Jesús María Chapellín, y cuya memoria se ha exaltado hoy en día con la creación de una orden que se entrega anualmente a los periodistas y medios de comunicación social más meritorios; Arias Blanco se despacha de aquella oficina reprochándole a Laureano el hecho de que no sea amigo de él.

Ese mismo día, ya por la noche, el susodicho recibe una noticia que lo dejará en el sitio, y es el hecho de que se entera, por intermedio de un mayor amigo suyo, que se prepara un memorando contra él, lanzado desde el mi-

nisterio de la Defensa, y en donde aparecen metidas las manos de un tal Carlos Felice Cardot; un joven historiador, a quien ha envenenado la madre de los Arcaya, la famosa doña Herminia, cuya presencia, por consiguiente, es determinante en este complot. Un memorando en el cual se hace ver que Laureano es quien manda en aquel gobierno; llamándolo Maquiavelo, aparte de que se solicita su destitución, y el cual se le va a entregar a Pérez Jiménez.

Es lo que hemos dicho una y otra vez: nuestro Vallenilla Lanz causa ojeriza; en sus manos el pobre Pérez Jiménez no es más que un títere. ¿Se trata de una reacción militarista? Es lo que estima Laureano, al momento de reflexionar sobre el asunto, y lo que lo lleva a inferir la situación de víctima en la que se va a ver de ahora en adelante su jefe ante los uniformados; lo ve esclavo de sus caprichos, un ser al que no le observa mucha vida por este camino. Durará hasta que ya no sirva para los intereses y las componendas de dos o tres cabezas: eso es lo que le dicta su lógica, según le habla al mayor, amigo suyo, que se ha acercado a su casa para prevenirlo de este asunto. Entonces le dice:

-En efecto; no sé qué harían ustedes con sus rosas y sus espinas. Gaspar Salvatierra sería, seguramente, el ministro de Relaciones Interiores. Un hombre con talento como su jefe. Uno de esos individuos que comparten aquí la existencia de los poderosos; llevan los niños al colegio; traen queso de mano y hallacas para la casa; vacunan los perros, y chismean de todo el mundo. Lo conocí donde Pulido, de quien se decía compadre. Más tarde quiso hacer amistad conmigo, y me regaló un perro doberman, pero no consideré oportuno cultivar esas relaciones. Tengo otras, más provechosas. Además, sospecho que sus gustos literarios no coinciden con los míos. En cuanto al memorando, espero que lo presenten. En todo caso, yo he resuelto irme.

Era lo mejor que hacía, porque a continuación iba a recibir otra información, que también lo iba a dejar en el sitio, y era que a través de ese mayor, amigo suyo, se enteraba que Pérez Jiménez y Hugo Trejo habían protagonizado un abrazo formidable en el cuartel de Miraflores; abrazo en el cual había habido hasta lágrimas.

-Usted conoce a Pérez Jiménez –añadía su informante- y nos conoce a nosotros. Por eso es muy difícil que mande un civil. Parece que el general hizo críticas a Trejo sobre la conducción del movimiento: "Usted ha debido rodear a Miraflores –le dijo-, y estábamos perdidos. Ahora el preso sería yo".

Obsérvese que el primer golpe se iniciaba en el año 45 con un preso que era Pérez Jiménez. El nuevo marco político a devenir se iniciaba con otro, que era Trejo, y por culpa de la poca pericia de éste el destino erraba en el hecho de haber cerrado el ciclo perezjimenizta más bien con el mismo general preso, como se lo hacía ver al otro. Sin embargo, ese Trejo quedaba pendiente, digamos eso así por el instante.

El mayor se despedía de Laureano diciéndole que lo volvería a visitar

tarde o temprano, y de aquí que le recomendara al final que, entre tanto, se cuidara: que no le abriera la puerta a nadie.

## VI

Al día siguiente le espera a Laureano otro encontronazo con el jefe de Estado. Este se ha salido de sus cabales, y así en una reunión de emergencia con los ministros del área de la seguridad, llega a plantear la necesidad de prohibir la circulación de la revista Elite. ¿Lo hace para provocar a Laureano? El susodicho, hecho casi una fiera, protesta:

-No estoy de acuerdo. Este gobierno no ha tomado jamás una medida semejante. Puede enorgullecerse, más bien, de haber fortalecido a los periódicos y otras publicaciones. Nunca estuvieron tan prósperos, como ahora.

Pérez Jiménez lo admite, aunque con una cierta malacrianza, y así le da órdenes al teniente coronel Guillermo Pacanins para que proceda a censurar la publicación.

-Debe ser estrictamente censurada –le ordena a éste- hasta los anuncios, y no podrá salir sino después de que los censores hagan un trabajo a fondo.

¿Cuáles censores? ¿acaso hay gente preparada para esto? Pacanins baja la cabeza, mientras acata la orden; quizá como demostración de que va a actuar en contra de su voluntad. El propio Llovera Páez, al salir de la reunión, le dice a Laureano:

-Muy bueno lo que le dijiste. No deben cometerse disparates.

Un par de frases que dejan sorprendido a Laureano, tomando en cuenta que Llovera Páez es uno de los hombres que no lo quiere ver ni en pintura. Pero aquí se trata de otro asunto, y es el hecho de que está de por medio la chifladura de Pérez Jiménez; un tema que el ministro de Relaciones Interiores deja para tratar con uno de sus amigos de confianza, como es el propio Pacanins, dígase de paso, gobernador de Caracas, una vez que ambos abandonan Miraflores, y entonces Laureano se lo lleva en su carro. Es cuando viene al caso el hecho de que él no tiene personal para este tipo de censura; una copa, por lo demás, difícil de tomar; asimismo, esa cosa de retardar la salida de El Universal, como de censurar la revista Elite, y de aquí que Laureano concluya que lo mejor es contribuir todos para tratar de calmar los nervios del general

-De lo contrario –le dice a Pacanins-, vamos a confrontar horas difíciles.

No es para menos: en Europa toda ha trascendido la noticia de los sucesos de Venezuela; lo que significa que ha sido objeto de tratamiento de la prensa del mundo entero, y con independencia de si Pérez Jiménez lo sabe o no lo sabe, puesto que Laureano se ha llegado a poner al corriente de esto, a través de un amigo recién venido de Suiza, y quien le ha hablado del impacto

que ha tenido en la opinión pública europea, sobre todo, los sucesos del primero de enero: algo que ha causado expectativa.

¿Tiene o no tiene razón Laureano con el hecho de resistirse a aprobar una política represiva contra la prensa? En horas de la noche, mientras éste cena con su mujer, recibe una llamada telefónica de Pedro Estrada en la que lo impone de la novedad de una huelga de periódicos, que se prepara para el día siguiente. El instigador: Miguel Angel Capriles, esto es, el propio editor de la revista Elite; un sujeto a quien se le ha amedrentado en los sótanos de la Seguridad Nacional: el tipo se ha cagado de guapo, y así ha convenido en sacar a Ultimas Noticias a la calle, que es su publicación diaria.

-En cuanto a El Universal –añade Estrada-, Luis Núñez me ha prometido que saldrá, como de costumbre, si la policía no retarda la publicación. También me ha llamado el general Mazzei. Estima que una huelga de periódicos va a producir pésima impresión. Sería bueno que hablara con el presidente. Si quieres, te busco en tu casa, y vamos juntos a Miraflores.

Sólo así sale Laureano de La Muda. Miraflores está vacío para el momento en que ellos llegan: el jefe ha salido a cenar a su domicilio, aunque se le espera de un momento a otro, y lo cual invita a ambos a quedarse, en tanto que aparece. Apenas Laureano intercambia un par de frases con un viejo comandante de la confianza de Pérez Jiménez que deambula por allí, acerca de la seria situación, por la que atraviesa el país, cuando se oye el aparato de la caravana presidencial. Allí está el menudo hombre del Táchira con sus edecanes y su corte de amigos, donde aún anda el inefable "Platinado", el célebre arquitecto Malaussena.

Sucede que Pérez Jiménez está arrogante; lo más probable es que piensa que Laureano viene en plan de defender lo suyo; quizás arrastrado por Estrada, quien también lo tenemos de ángel caído, y así que no es muy gentil con ambos; al uno lo ignora, mientras que al otro pasa a decirle, sin saludo alguno:

-¿Qué lo trae por aquí a estas horas?

Nosotros decimos que piensa que dichos señores vienen por bregar lo suyo, porque sin esperar respuesta de Laureano, se dirige a su escritorio, y pela por una revista Elite; pela en el sentido de que evidencia, al mismo tiempo que la saca, ¿cómo es posible que se le haya escapado un material noticioso, donde se dice que el sabio del gobierno es Vallenilla Lanz?

-Usted sabe, señor presidente, que quien se ocupa de la censura es el gobernador.

-Yo no hablo del comandante Pacanins, ¡hablo de usted! Le reclamo a usted.

Es que era demasiado sospechoso; primero, que el gobernador Pacanins no había tenido ojos para censurar el material; segundo, que habiendo aparecido tal comentario, Laureano no había movido ni un dedo para desmentir

aquel asunto. Desde el punto de vista de la honradez, Laureano estaba rayado; de allí la poca gentileza con que lo trata; además, no termina de plantearle Laureano lo de la huelga de periódicos, cuando ese hombre estalla:

-Esto es lo que yo quería oír. Usted ha inventado la estratagema de la huelga para salvar a sus amigotes; yo lo conozco a usted. La maniobra es típica suya. Pero ya no me sorprenderá más. Con razón dicen los oficiales que me he seguido por usted. ¡Que le sirvo de micrófono! Usted es el inteligente y yo el bruto. No, no lo acepto. Aquí mando yo. Mira, Estrada, este hombre nos ha engañado durante años. A mí, a usted, a todos. Sus verdaderos amigos son los godos de Caracas. A ellos los defiende y los mima. Los demás no cuentan. Nunca he debido fiarme de él. Se cree un genio, un sabio. El intelectual de un régimen.

Eso es lo que hemos intentado demostrar en los últimos capítulos de este relato; el hecho de que el intelectual del régimen era Laureano, como muy bien lo ha especificado Pérez Jiménez, y, como muy bien lo han demostrado los tratados relativos a la filosofía política (Foucault): el saber es poder; quien posee el saber, posee el poder. ¿Por qué tanta fobia hacia Laureano? En el fondo Pérez Jiménez sabe que todo eso es verdad, y entonces su reacción es la de un niño; carácter infantil que también hemos determinado en una y otra oportunidad; de forma que se ve despachando a aquellos dos señores como dos perros:

-Desocupen el despacho los dos.

Un diálogo, por cierto, este de ***Escrito de Memoria,*** donde se cuenta esta situación, que es citado íntegro en el libro de entrevistas de Pedro Estrada con el periodista-historiador Agustín Blanco Muñoz; es decir, un diálogo feliz, hecho que nos llama la atención, no sólo porque ***Escrito de Memoria*** forma parte protagónica de la trama de este relato sino, además, porque es interesante lo que dice, al respecto, el ex jefe de la Seguridad Nacional, y quien niega tal proceder de Pérez Jiménez hacia con él, alegando que fue a Laureano sólo al que lo despachó, mientras que a Estrada no sólo lo ratifica a su lado sino que, además, le ordena que se quede con el cargo de Laureano, "ya que él no sabe ocuparse de esa cosa".

Ante este testimonio, sin embargo, habría que preguntarle a Estrada, en defensa de Laureano, ¿por qué él se transforma en la ficha número dos, cuya cabeza la pide la oficialidad del régimen, además de la de Laureano? Ya hemos dicho, muy a lo venezolano, que Estrada era la raya de aquel régimen; el hombre que había amilanado todo tipo de disidencia a base de un aparato de terror.

En el camino de regreso a casa, precisamente, nuestro Vallenilla Lanz pone al corriente a Estrada de este hecho; esto es, de la existencia de un memorando, en el que se pide la cabeza, para repetir la expresión, de ambos, y el que Laureano supone que ya, a esa hora, le ha sido presentado al presidente:

y es entonces cuando Estrada comienza a hilar cabos; se va dando cuenta de que parte del piso se le ha desplomado; empezando porque le ha parecido muy sospechoso el hecho de que el presidente ha dejado la puerta abierta del despacho, mientras les echaba semejante descarga, a manera de que el mundillo que estaba del lado de afuera, se la vacilara a la misma; ahora repara en que eso no ha sido sino una humillación, porque al salir de allí han tenido que cotejarse con ese entorno, que ha desviado la mirada para disimular que se han vacilado el asunto.

Entonces ha llegado el momento en que Laureano se siente víctima de ese enorme aparataje que él mismo ha llegado a forjar. Presume que la policía militar se va a presentar en horas de la madrugada en su casa, y lo sacarán de la cama, en pijama y descalzo, como se hace en los operativos de este tipo, para amedrentar bien a la persona: un nuevo preso del régimen, a la manera de Rafael Leonidas Trujillo. ¿Acaso Pérez Jiménez será tan deshonrado que es capaz de hacer detener a un amigo?

-Pérez Jiménez –le confiesa a Estrada en esta oportunidad- ha debido emplear un procedimiento más elegante. He servido con absoluta lealtad. He trabajado diez años para él; porque creía, a través de su persona, realizar un ideal de progreso y prosperidad para mi patria. Además, lo he querido mucho y también a su familia. Me sentía capaz de cualquier cosa por él.

La preocupación no lo deja dormir esa noche a Laureano, se siente el león enjaulado, el sujeto que se ha transformado en el juguete de un niño que juega a ser poder, y en un momento en que todas las condiciones le permiten al otro abusar de su fuerza política. Así Pérez Jiménez es valiente: rodeado de una tropa, en la cual no impera sino el criterio de la verticalidad; él, un bolsa, sin arma alguna, paralizado por la sorpresa y el afecto, como se lo confiesa a su mujer en la cama, mientras agoniza, esto es, mientras da vueltas de un lado a otro; pues, a pesar de que ha querido ser parco, La Nena ha adivinado que su marido está envenenado.

Laureano aprovecha el día de Reyes, con el que amanece esa noche, para permanecer en casa; un tanto atrincherado, mientras Suolés Baldó lo pone al corriente, a través de una llamada telefónica, de la situación en que ha quedado Pérez Jiménez, luego de la descarga que le ha propinado; que ha tenido una baja de tensión, que ha puesto a correr al médico de su cabecera; se lo dice para que lo tome en cuenta a la hora de cualquier resentimiento. Sin embargo, Laureano no se siente motivado ni un instante para salir de La Muda, cuando pasa el día con familiares que acuden a verlo; una estirpe larga y muy unida ésta la de los Vallenilla. El hecho es que se riega ese día en Caracas lo de la grosería del otro hacia su persona; razón tenía Pedro Estrada al quejarse de recibir semejante descarga en forma pública, lo cual de allí se iba a regar como la pólvora; el famoso mayor, amigo suyo, quien lo visita por la noche,

lo pone al corriente de esta situación. ¿Bosteza Laureano? En el fondo él liga que su caída se acelere.

Esto se comprueba porque temprano, al día siguiente, pasa por su despacho a recoger un par de fotografías familiares; pertenencias de otro tipo, y a revisar un tanto la demasiada correspondencia que le ha llegado. Todos los gobernadores le remiten un telegrama en el que cada uno le reporta la tranquilidad que se ha registrado en su respectiva región; un parte que ahora se hace casi día a día, a raíz de los sucesos del primero; una presencia fría la de su persona por aquella oficina; nada de llamadas para Pérez Jiménez, cuando aquellos dos hombres parecían casi hermanos, una y otra vez, digamos de una manera afrancesada, telefoneándose, y apenas despunta la tarde, Laureano le dice a todo aquello: "chao contigo".

El susodicho desanda como un mismo fantasma. Ya lo que le queda a partir de allí en el país es ñapa; ya está de sobra aquí, y es entonces cuando el criollo apela a la expresión muerto: "fulano está muerto"; esto significa que ha llegado a lo que presumía, por lo que tanto deliraba, según lo que ya hemos visto hasta el cansancio, está perdido; sabe que las huestes de saqueadores las tiene en los talones, en términos metafóricos, y entonces se abraza de algo que considera lo más valioso de su vida, como es la biblioteca. A ella se dirige esa melancólica tarde de comienzos de año, le da por recorrerla. Sabe que dentro de poco la barbarie no la usará sino para envolver joyas con las hojas de cada uno de sus libros; joyas que la delincuencia le roba a señoras encopetadas, para vendérselas a otras señoras encopetadas, que gustan de la golilla; lo que significa que nada de ilustración se hará con ella. Libros de tres generaciones de Vallenilla hay allí, biblioteca que se ha nutrido hasta de material de su tío Baltazar; una verdadera reliquia familiar, como dice Laureano, y es por esto que la misma se ha compenetrado tanto con esta estirpe, que ha adoptado un alma vallenillanlanzdesca. Significa que se ha transformado en un ser con una presencia en el seno de aquella familia, y es por esto que decimos que Laureano en estas condiciones se permite abrazarse con ella, en una suerte de nostalgia por algo que le va a ser muy remoto, ya en los próximos días. Un ser con una presencia en el corazón de Laureano, diríamos mejor, y el que le mueve afectos, como si se tratara de un animal que se adopta, y su condición especial le viene porque constituye un objeto que le habla en muchas lenguas, como le había hablado a sus antepasados, dotándolos, nutriéndolos: se trata de un ser noble que marca el linaje de un apellido, y el cual se aprecia en el espíritu exquisito de su tío Baltazar, que ha tenido la delicadeza de dejar marcado, en un libro de Lamartine, su poema preferido con una flor. Un libro que Laureano toma al azar, y de manera que allí está una flor seca que se ha consubstanciado con aquel ejemplar -digamos de un modo literatoso- así como esta estructura de caoba, que contiene la sombra de

tanta pluma, partiendo de que un libro es la sombra de zutano, su lado negativo que se reproduce con la lectura: una colección de sombras, por tanto, se ha consubstanciado con la familia Vallenilla. Mientras piensa en la miseria del venezolano, se dice:

-Así es la historia nuestra, y nada podemos contra lo inevitable.

La indiferencia de Laureano surte efecto. El jefe se ablanda. Se ve que le ha hablado a doña Flor, porque la cosa comienza por casa. Laureano no ha aparecido en los dos días siguientes, como ya hemos visto, luego del famoso encontronazo; alguien como Pérez Jiménez se ha percatado de este hecho. A media mañana Laureano recibe la llamada de la madre de la primera dama, que se interpone por ella, y que lo invita a acercarse a su casa. Es decir, la cosa comienza por la vía de la familia; que sería el lado débil de nuestro Vallenilla Lanz. No se olvide que esta gente de diálogos altos, sobre un problema de deuda pública, pasa, de pronto, a cosas menudas de cotidianidad familiar, como ya hemos visto.

La primera impresión que le llega a Laureano, cuando ya está en los predios de la famosa casa de los esposos Pérez-Chalbaud en El Paraíso, es que ha sido redoblada la presencia de la Guardia Nacional en los alrededores de ésta; luego lo que sale de labios de la señora Castro Tejera, la de la llamada telefónica, que es lo mismo que le va a decir su hija, doña Flor, y es que le confiesa, tanto la una como la otra, que mucho ha sufrido la familia con el incidente en Miraflores; el asunto por el cual lo llaman es que quieren que él perdone al otro:

-Cosa de nervios de Marcos. Piensa en su situación,- son las palabras de excusa de aquella mujer de su jefe.

De todo esto se desprende que a Pérez Jiménez le cuesta esfuerzo salir de Laureano. Duda, aun cuando él está apoyado a esta altura sobre el filo de las bayonetas. Aquella visita reconforta a Laureano. Allí está la huella de lo que sufre ese hombre, a propósito de la ruptura, que la tienen ambos en las narices, y esto porque ya a Pérez Jiménez se le ha vencido su ciclo histórico; no se trata de aquel dictador, estilo Trujillo, que para ese entonces casi llega a los treinta años en el poder.

Al regresar a su despacho, Laureano se consigue con que el jefe lo ha llamado un par de veces, quiere verlo. En ese sentido, se dirige a Miraflores. Pérez Jiménez está mango bajito, como dice el criollo; lo ha hecho llamar para una necedad; para que se dirija a la nación, a los fines de reportar sobre la presencia de un avión que atravesará en horas de la tarde la ciudad de Caracas, para unos ejercicios militares; aun cuando, para el momento en que ha puesto el pie en el palacio, ya alguien le ha tomado la delantera en el cumplimiento de esta función, habida cuenta de su tardanza por aparecer, en la persona de Raúl Soulés Baldó, y de modo que se ha difundido el mensaje. Lo que no significa que Laureano esté de sobra allí, pues con la misma Pérez Jiménez lo

arrastra hasta el Círculo Militar; ya que no se olvide que el tercio le da al remo, en plan de ejercicio físico, y mientras tanto Laureano se hace el duro. Esto es, anda allí con las narices tapadas. Si algo conoce éste, como buen leonino, son las tentaciones que se ofrecen para quien manipula el poder, y así que no se doblega; anda al lado de Pérez Jiménez, pero con un absoluto mutismo.

Aparte de que en el círculo está un sujeto que a Laureano le apesta, por lo abyecto, quien se ha ganado el cariño del jefe, con las limpiadas de sudor, al punto de que también éste le ofrece una plaza en el bote a él; al lado de su ministro de Relaciones Interiores; un hombre estúpido a los ojos de nuestro Vallenilla Lanz; puesto que en una conversación bien seria, que ambos sostienen sobre los recientes acontecimientos políticos, sale con un bolerito; señal de que quiere que lo oigan los oídos del jefe, a través de Laureano.

Aunque, a decir verdad, Pérez Jiménez no está sino para congraciarse con su ministro de Relaciones Interiores, y así lo induce a acompañarlo a inspeccionar el mural que realiza el primo suyo Pedro Centeno Vallenilla, en el Gran Salón del círculo; de forma que esta reconciliación de un cabo al otro lleva mucho de familiar. En efecto, allí en su elemento está el primo, encaramado en una escalera, con paleta y pinceles, desarrollando uno de sus temas, de estilo académico criollo, y en donde se plantea el tópico del mestizaje, de la naturaleza muerta, del paisaje aborigen; todo bien combinado dentro de una línea figurativa. Pero ni esto es capaz de conmover a Laureano. Salen de allí. Este lo acompaña hasta su casa; el hombre trata de convencerlo, para que se quede a almorzar con él: ¡qué va! Al corazón de ese leonino no lo convence nadie:

-No, presidente –le rechaza el ofrecimiento-, mi mujer me espera hoy.

Para ese momento hace antesala en La Muda un sacerdote, amigo suyo, y quien lo viene a poner al corriente a éste, acerca de la situación de tres colegas suyos, también amigos de Laureano; gente que conoció en la época, sobre todo, cuando cursaba estudios con los jesuitas en su niñez; que han sido citados por Pérez Jiménez a su despacho, y amedrentados por él; montado en cólera el jefe de Estado por unos reportes que le han llegado de una cierta conspiración en la que están envueltos; se repite, amigos de Laureano, y razón por la cual el otro está allí, para que se dé cuenta en forma patética de la política de intimidación que lleva a cabo el régimen contra los miembros de la iglesia: una cosa que le parece absurda, una cosa propia de un paranoico.

Laureano no sabe nada o ya no quiere saber nada que tenga que ver con la esfera pública. No ha renunciado por disciplina cívica, pues su salida revelaría que hay una profunda crisis de gobierno; con ello una profunda inestabilidad, y como aún se restañan algunas heridas, causadas por la insurrección del primero de enero, le ha dado largas al asunto. En realidad, su frialdad hacia Pérez Jiménez se debe a que quiere que éste tome su responsabilidad en el caso: es decir, sea el propio presidente de la República el que propicie la crisis

de gobierno; sólo que Pérez Jiménez no puede porque Laureano es muy zángano, y no se le pone mango bajito, como él desea. He allí la fiera solapada que es Laureano.

El está convocado para un gabinete ejecutivo a las tres de la tarde del día nueve de enero en Miraflores. ¿Rodará la cabeza de Laureano en esta oportunidad? Prueba de que está caído es que pasa por su casa un amigo suyo, quien le deja la llave de su casa, habida cuenta que se marcha por unos meses al extranjero; una casa que colinda con la sede de la embajada de Brasil, lo que significa que no tiene sino que saltar la cerca; pero esta desgracia suya se mide en los gestos, en los saludos, en la frialdad con la que lo reciben en Miraflores, donde ya no es el número uno. El número uno allí es el general Oscar Mazzei, quien, justo, se encuentra con Pérez Jiménez en el momento en que éste acude allí, para estar presente en la fulana reunión, y la cual, de paso, ha tenido que ser suspendida, en vista de que se ha registrado otro estallido militar; ahora en La Guaira, donde un grupo de oficiales de la Armada, amenaza con dejarse venir hacia Caracas, en plan de tomar el palacio, si es que acaso el gobierno no renuncia; oficiales que van a recibir, como respuesta, un batallón de tropas que lleva por misión el reducirlos hasta hacerlos presos, y, en ese sentido, Laureano queda encargado de decirles a sus colegas lo de la suspensión del gabinete. En eso le expresa Llovera Páez, como corolario de toda esta situación de conspiradera:

-En este brollo está metido todo el mundo. No faltamos sino Pérez y yo.

En pocas palabras, se trata de una conjura militar, y contra la gente de civil, digamos en términos genéricos, del estilo de Laureano. Las tropas han bajado al litoral; demasiada artillería para un grupo de amotinados. Enseguida son reducidos y traídos bajo arresto a las manos de Llovera Páez; una niñada más de un grupo de exaltados, y como tal se les trata; como muchachos tremendos, que de pronto se han lanzado una aventura, pues al recibirlos del pelotón que los trae, Llovera Páez les expresa:

-Ustedes no están presos, pero deben permanecer aquí.

Entonces se les sirve café a estos presos "de recomendación"; mientras el capitán Ginnari, edecán del presidente, mete la cuchara para decirle a Laureano:

-Esto se hincha, doctor Vallenilla.

Es cuando entonces viene el misil decisivo contra el fulano civilismo, para continuar utilizando los términos genéricos; un parte firmado por el alto mando militar, y en el que se les participa a las guamiciones del interior de la República, que se le ha dado un ultimátum a Pérez Jiménez, a modo de que proceda a realizar un cambio de ministros o, de lo contrario, también él deberá renunciar a su alto cargo; el parte ha sido grabado por el coronel Pérez Morales, y difundido por el circuito radial interno de las fuerzas armadas, e

interceptado por la dirección de telecomunicaciones de la Casa Militar.

Laureano impone al presidente del asunto, ¿acaso éste le está dando rienda suelta a la actuación? ¿histriónico Pérez Jiménez?

-¡No puede ser! –le dice éste, cuando le da el parte del famoso mensaje.

-Sí, presidente, me consta.

-En este caso, déjeme solo con Mazzei. Lo llamaré luego.

Es el momento en el cual Laureano pesca que Pérez Jiménez hace una llamada telefónica, y entonces deduce que a quien llama es a Rómulo Fernández, jefe del alto mando militar, y declarado enemigo suyo, como ya lo hemos visto. Laureano aguarda una hora en la oficina de Martí Cordido, mientras deliberan el jefe de Estado y su ministro de la Defensa, luego de lo cual el capitán Ginnari se le acerca, y lo invita a pasar al despacho presidencial.

Pérez Jiménez le acepta las condiciones al alto mando, y, en ese sentido, le dice:

-Reúna a los ministros en Relaciones Interiores, y pídales la renuncia. Usted renunciará, igualmente. La carta puede ser colectiva. Redacte usted el texto. Una vez obtenidas las firmas, envíeme el documento aquí. Lo que quiero es ganar tiempo. El alto mando asegura que nada tiene contra mi persona.

-Esta decisión es grave, presidente –le dice Laureano-, tan grave que creo conveniente prevenir a su esposa. También sería justo avisar a Pedro Estrada. Ha sido un buen servidor suyo, y corre el riesgo de ser asesinado.

Pérez Jiménez conviene en que Laureano lleve a cabo lo primero; sin embargo, su desesperanza es mayor, y así le dice a Laureano que él asume la responsabilidad por ambas partes; antes que nada, le interesa la carta de renuncia. Es mejor que se vaya a su despacho; le tiende la mano, y la que Laureano va a estrechar sin ganas. ¿Acaso él quiere que Pérez Jiménez adopte otra posición? Allí está en la calle, y entonces su gesto de reciprocidad es frío.

A pesar de que aquello era la libertad de Laureano, éste se aferraba al poder. Libertad en el sentido de que, al fin, las constantes amenazas que sufría su persona, amenazas de gente que lo quería quitar de en medio, se desvanecían por completo; significa que cesaba aquella ansiedad que se expresaba en ese apetito voraz por el cigarrillo, el cual ya había sido contraindicado. De forma que Laureano, al salir de la oficina de su jefe, recibe la advertencia del famoso mayor amigo suyo, de que cumpla las órdenes de Pérez Jiménez, y, de inmediato, se dirija a una embajada a pedir asilo; pues al tipo le consta que en La Planicie se ha tramado su asesinato; una forma de hacerlo desaparecer sin dejar huellas, pues ésta se trata de una dictadura que se lava la cara de un día para otro ante las circunstancias, y cosa de la cual, como hemos visto, no ha estado muy distante el propio Laureano.

El primer preso que había quedado bajo su custodia en aquel distante año de 1948, había sido Giacopini Zárraga; quien ahora era la única compañía

que le quedaba a éste. Ambos bajan en su automóvil hasta el Capitolio; donde se encuentra el despacho de Laureano. Un trayecto de pocas cuadras; de forma que, enseguida, se ve éste redactando su carta de renuncia, al tiempo que comienzan a llegar sus otros colegas. Hasta aquí los trae el río, como rezaría el lugar común. No falta el abrazo de despedida, en consecuencia, en aquella comparsa; mientras Laureano llama a su mujer, y le aconseja que, si es posible, se dirija en lo inmediato a una embajada: es cosa de correr.

## VII

Hasta aquí llegaba la gloria de Laureano. Ahora iba a ser un personaje de orilla, malquerido por su pueblo, malquerido por casi el mundo entero, y esto lo comprueba con la reacción que tiene el embajador de Italia en Venezuela; reacción en la que no disimula su disgusto por la presencia de aquella personalidad en dicha sede diplomática, hacia donde se dirige para solicitar asilo. No quiere nada con Laureano, al punto de que se ofrece para conseguirle entrada en otro país, y ese hombre, para quitarse esta gente de encima, decide entonces comunicarse con la embajada de Brasil, como quien le busca acomodo a alguien en algún lugar, y, una vez aceptada la proposición del diplomático, en el sentido de que admite a Laureano el embajador respectivo, en aquella sede, entonces se toma la molestia de trasladarlo a él y a su mujer, que a esa altura ya se ha unido con su persona, en su propio automóvil.

En cambio, en el país carioca sí lo quieren; los embajadores son personas cultas, y quienes reciben muy sonrientes a la pareja:

-¿Quieren tomar algo? -les pregunta la señora-. Considérense en su casa, con menos comodidad, por supuesto.

En realidad, Laureano no quiere sino recogerse a hablar; intercambiar con aquella mujer suya, y lo hace durante varias horas en una habitación que les concede el diplomático en la parte alta de la quinta, donde funciona la sede; lo que significa que este hecho marca el comienzo de la libertad para Laureano. Sin embargo, éste sigue paranoico aún; puesto que lo mantienen en vigilia las luces de los automóviles que iluminan la habitación, tan pronto la noche se vuelve profunda, y la calles se quedan vacían, mientras envidia la placidez de alguien que se siente que duerme en una habitación vecina, con motivo de los ronquidos que le llegan al cuarto. Entonces Laureano repara en el hecho de que su caída definitiva se producía un nueve de enero; una fecha significativa, porque un nueve de enero de hacía cinco años atrás se había instalado la Asamblea Constituyente, y la que había legitimado su presencia al frente de Relaciones Interiores. A ese respecto, Laureano considera que el destino le devuelve la jugada.

A Edgar León se le encomienda traer el equipaje de la familia Vallenilla Bueno; mientras uno de los asistentes de Laureano se encarga de recogerle algunas de sus pertenencias que le han quedado en el ministerio. Entonces se ha acordado que la pareja vaya a París, donde se debe producir el encuentro con la hija de ambos, que anda con los Hernández Vallenilla por Saint Moritz, y a quien mandan a llamar. Por la vía del asistente suyo, Laureano se entera de que Llovera Páez ha recuperado la cartera de Relaciones Interiores; pero que, sobre todo, el golpe se ha consumado en la persona del general Rómulo Fernández, quien ha desplazado a Mazzei de la cartera de Defensa; una jugada parecida a la que había hecho Pérez Jiménez en el año 48, quien del alto mando militar había pasado a la misma cartera; mientras Delgado Chalbaud subía a la presidencia. Aquí Pérez Jiménez conserva su cargo, sólo que preso de Fernández. A esto, además, se añade el hecho de que llega al gabinete el aspirante a ministro, el famoso redactor del memorando, que dejaba sin efecto a Laureano y a Pedro Estrada: Carlos Felice Cardot, quien va para la cancillería. Hay un puesto, asimismo, para Giacopini Zárraga en aquel alto gobierno; pues él asume la cartera de Hacienda, y, luego, Laureano se entera de otros nombres. Un gabinete nombrado más por clientelismo político, que por meritocracia; pues no se olvide que Pérez Jiménez, como muy bien él lo había revelado, se apoya en el partido de las fuerzas armadas, y así tiene que congeniarse con la visión de mundo mediocre del criollo: "Son hombres de formación rudimentaria –consideraba, a propósito de esta conversación-, casi iletrados y sin experiencia. Pérez Jiménez y el alto mando han firmado su sentencia de muerte. Giacopini, Parra Márquez y Soulés Baldó nada podrán llevar a cabo donde predominan la estulticia y la incapacidad".

Laureano está hastiado de su yo público, que se le filtra hasta en el pasaporte; puesto que, en lugar de darle uno corriente, a la hora de concederle el gobierno el permiso de salida del país, le otorga uno especial; uno que no es de diplomático, sino que está intermedio entre éste y el corriente, y, en consecuencia, suele llamar la atención en esas aduanas de Estados Unidos, sobre todo, donde los agentes se vuelven maliciosos cuando les llega un papel de esa naturaleza. Un pasaporte que no es corriente ni es diplomático; momento cuando los tercios ponen a esperar a la persona, mientras consultan con su superior, y éste con otro superior, y así sucesivamente, y entonces aquello es una enorme espera; Laureano quería desembarazarse de toda excepcionalidad; pues, en lugar de una distinción, se le estaba dando un potencial problema; lo cierto es que, gracias a las gestiones de los brasileños, éste obtiene este permiso de salida.

Ha huido Pedro Estrada en horas de la mañana de ese día diez de enero con su familia, a toda carrera; lo que significa que sale sin equipaje, vía República Dominicana; hecho que corrobora que a él Pérez Jiménez no le

había dado el cargo de Laureano, cuando había hecho salir al otro de su oficina. Se trata del típico hombre mitómano este sujeto.

En horas de la noche se produce la partida de Laureano. Aún éste es un hombre importante para aquel medio; puesto que se le asigna una escolta, que lo va a acompañar hasta el aeropuerto de Maiquetía. Allí están el jefe de la Casa Militar, junto a un oficial que comanda la Guardia Nacional, quienes se hacen presentes en la sede de la embajada al momento de la partida. Un gesto de Pérez Jiménez hacia nuestro Vallenilla Lanz, en prueba de amistad; porque, por lo demás, aquellos hombres representan gustosos dicho papel, pues Laureano se sabe ganar el cariño del criollo; no se olvide que ellos hasta ese momento han sido sus subalternos, en lo que atañe a funciones públicas.

Entonces Laureano ha estado en compañía de la familia Vallenilla, que se ha movilizado hasta allá, además de don Adolfo Bueno, que le ha ido a decir adiós a su hija; importante esta figura en este instante para nosotros, porque todavía a última hora, Laureano se dirige a él para rogarle que trate de preservarle lo más sagrado de su vida, como es su famosa biblioteca; es decir, nos permite apreciar otra de las grandes fijaciones, que hemos hecho ver, que caracterizan un tanto la patología de este obseso de poder, que es Laureano; allí sale a relucir hasta el nombre de Francisca de la Cova Alcalá, en tanto que progenitora de una estirpe; mantuanismos de Laureano, pues téngase en cuenta que esta de la Cova estaba emparentada con el Mariscal Sucre; entonces le dice a su suegro que en esos libros y en esa tinta, que hay allí, corre la sangre vallenillalandezca, y justo en lo que devino la estirpe de aquella honorable matrona, lo que indica que es gente de lustre; gente que está condenada a desaparecer, a pesar de que diga lo contrario, porque es la hora de la extinción del hombre del humanismo clásico. Decía Juan Vicente González en su época que era malo que desapareciera el latín; porque eso significaba la decadencia de las costumbres. En Laureano se pinta eso que se conoce como la encrucijada de la civilización, cuando piensa en esos momentos, en que se despide de esta gente, y le sale lo de su biblioteca. Entonces le expresa a su suegro:

-En Caracas, buena parte de los que denominan la sociedad no nos quieren; no nos pueden querer. Nos separan diferencias fundamentales. Amamos la cultura, los libros. Ellos creen que el Cadillac y la quinta lujosa bastan para ser los mejores. Yo traduzco a Tácito sin esfuerzo. Eugenio Mendoza los catálogos de Sanitarios Standard y de Sherwin Williams, si acaso. Tarde o temprano Venezuela se dará cuenta de que somos diferentes.

Son los últimos momentos suyos en Caracas, y de modo que a la hora que transita por calles y avenidas, no se quiere perder ni un instante de esa ciudad, que, por lo demás, se mueve con ritmo cotidiano; significa, un mundo que para nada se interesa por él: allí en la avenida Urdaneta ve a su amigo Billy Phelps a pie, quien marcha, lo supone, hacia el edificio del Almacén Americano.

Ni se imagina que allí en ese coche, con una bandera brasileña en la parte superior del radiador, va el famoso Laureanito, como se le conoce entre bastidores. Adelante, además del chofer, va el jefe de la Casa Militar, y en el asiento de atrás, a él y a su señora los acompaña el embajador de Brasil: tan sólo un transeúnte, para ser la excepción, se ha fijado en el carro; pero quizá más llamado de la atención de la banderita, que también singulariza al vehículo, y la que en ese radiador se contorsiona, como si bailara zamba, y entonces les dice adiós. Allá una prostituta en la que se fija Laureano: ¿qué sería de la vida de aquella mujer que había sido el primer amor de su vida? Un niño más adelante pregona el premio extraordinario de una lotería, que lleva por nombre "el gordito del Táchira", como el fulano presidente; un borrachito que tiene por costumbre decirle groserías a los carros blindados, como en el que anda Laureano, pero más porque al pobre por poco lo atropellan. A la izquierda, el palacio de Miraflores, y entonces poco a poco va desapareciendo la estructura de la ciudad, para tomar la autopista Caracas-La Guaira; aquella carretera por la que Laureano tantas veces había pasado, y que ahora, con ojos de extranjero, la ve exótica: "La idea –se dice- de unos locos que pretendieron tomar el país".

Air France es la línea escogida. En el aeropuerto aún sigue teniendo consideración de príncipe, al hacérsele pasar al salón de recepción de personalidades importantes, y el que tuvo tanto que ver con él, pues allí se apostaba a recibir ilustres visitantes. Laureano es querido porque alguien lo llora; un modesto empleado del aeropuerto se solidariza con su persona, y así que lo despide bañado en lágrimas; ni sabe quién es ese fulano, lo cierto es que Dios se lo pone en medio para que él se bañe en lágrimas también.

La última mirada que le lanza Laureano a la patria que le vio nacer tiene que ver con su quinta en El Palmar, y a la que busca con el despegue del avión, perdida entre los almendrones; donde tantas veces quería estar él, cuando aquellas ceremonias oficiales le parecían aburridas y fatigantes. Se pudiera decir que es el momento en que él y su mujer son felices; pues, por instinto, se buscan las manos, y se las encuentran.

Viajan en primera clase, donde se aprecian pocos pasajeros, y a Laureano lo ha impresionado un oficial de la Legión de Honor que se ha montado en *Fort de France*, y que se ve muy vistoso, simpático; se diría en su caso que es de color oscuro, con una ropa muy elegante, y la que lleva hasta chaleco y leontina, y de modo que se ve como del mejor linaje de su raza. Laureano trata de emborracharse para dormir a pierna suelta; descarga media botella de champaña; sin embargo, el mundo venezolano le da vueltas, lo tiene revuelto. Está enfermo del régimen que agoniza, y de la debilidad de un Pérez Jiménez que ha capitulado ante la mediocridad del adequismo; mediocridad del adequismo hacia abajo, como diría la teoría Vallenilla-Lanz.

Los que fueron testigos de aquellos días, consideran que al entregar Pérez

Jiménez la cabeza de aquellos dos hombres duros, su presencia allí tenía sus días contados. ¿Qué pasó? Lo que presumía Laureano, que a su salida le iba a continuar un período violento, y que a la larga iba a dar al traste con el régimen. Nadie estaba dispuesto a exponer el pellejo por éste. Decía Laureano que el venezolano nuevo le tenía mucho miedo a la muerte; ahora sí tenía que perder: petróleo prosperidad, quintas, automóviles y los mastines de Mariano Picón Salas; en dos palabras, el nuevorriquismo saudita, como es costumbre decir ahora.

Es verdad, que hemos reconocido que al solicitar una condecoración para el autor de ***Los Días de Cipriano Castro***, Laureano dejaba ver que no era un prejuiciado por los odios literarios; pudiéramos arrepentirnos en esta oportunidad, pues eso sería lo que se destila de este penúltimo párrafo de sus memorias; habida cuenta que habría que dársele un mejor trato, a quien él mismo consideraba que era el mejor ensayista de Venezuela, lo cierto es que allí al final caminaba el tercio, formando parte del elenco de los nuevos diablos, que estaban llamados a regir los destinos de la patria, tal un Betancourt, tal un Villalba, tal un Caldera.

Hay algo que Laureano también presumía, y era el hecho de que a la vuelta de los años, el país se le iba a voltear a los adecos. En eso no se pela, si es que nos valemos del testimonio de nuestro presente contemporáneo, donde estamos viendo la llegada de un grupo de militares al poder; que ya se conocieron en un intento de golpe en el año 1992, y que llegan como sueña Laureano en aquella época, para vengar el nombre de las grandes figuras de ese gobierno, valiéndose, precisamente, del valioso derecho al voto. Entonces, dice Laureano que la gente se va a hastiar de los partidos políticos; algo en lo que no falla; como tampoco de que se iba a poner en duda la probidad y el talento de los líderes políticos. Esta gente ha llegado al poder, gracias al pesimismo y al escepticismo que priva como conciencia en el venezolano, donde todo es sometido a malicia, y lo que ha dado lugar a que ese grupo de sarjentones, como los ha llamado un político ex adeco, recién entrevistado para El Nacional, se imponga en unas elecciones libres y universales. Sólo que, para meter nuestros criterios, no llega con aquel espíritu tecnocrático de Laureano, sino con la visión de mundo de la teoría Vallenilla Lanz, con la del igualitarismo hacia abajo; como el cangrejo que marcha hacia atrás, cosa que, según los astrólogos de los periódicos nacionales, le viene por su condición de signo cáncer al país; un paso adelante y dos hacia atrás; pero estábamos en que Laureano es un mar de pensamientos en ese momento en el avión que lo lleva a su segunda patria. Allí en el aeropuerto de Orly de París hay gente amiga suya que los espera, mientras los Hernández Vallenilla han tenido que cortar sus vacaciones por Suiza, para presentarse con la hija de ambos, y de modo que al trasladarse para el hotel, allí los espera este grupo.

¿Acaso Pérez Jiménez descubre que Rómulo Fernández le hace el bis, en cuanto a la forma de llegar al poder? He allí que él entiende la jugada, y lo manda a detener, para más adelante sacarlo del país. Laureano al saber la noticia sonríe: "Jefe por nueve días"; un slogan de una compañía norteamericana, a propósito de cierta campaña que lleva a cabo en una época del año, y que el criollo ha hecho muy suyo. Esto indica el grado de descomposición de aquel régimen. A los días "el gordito del Táchira" tendría que rendirse; un avión lo llevaría donde su compadre, el famoso Rafael Leonidas Trujillo, en la República Dominicana; una junta de gobierno, presidida por aquel sujeto que le secaba el sudor a la orilla del lago artificial del Círculo Militar, esto es, Wolfgang Larrazábal, lo iba a suplantar. Mientras, Laureano hacía vida social, se reencontraba con antiguas amistades; una campaña de solidaridades, por todas partes llamadas telefónicas; una vida social tan exitosa, que Laureano pasaba de París a Saint Moritz, y donde no quería saber nada del mundo; aspiraba tener sueños profundos y tranquilos; descansar de muchas horas de trabajo, de desvelos, a la espera de que una nueva vida se manifestara.

¿Cuál? Así tenemos el Laureano itinerante, aunque domiciliado fundamentalmente en el principado de Mónaco. En la Costa Azul comprará un palacete, a la manera de un millonario exuberante, y en donde dilapidará una fortuna, promoviendo grandes fiestas, cuyos invitados, según el testimonio de Pérez Jiménez, terminarán preguntándose por la identidad del anfitrión de las mismas: "un señor que está gastando una fortuna". Aquel *jet set*, del cual tanto se había informado por Reinaldito Herrera desfilaba por aquel palacete; cosa en la que Pérez Jiménez proyecta un loco, y lo que le da pie para descalificar muchos testimonios de los que dice en **Escrito de Memoria**; y con los que éste se muestra en total desacuerdo. Acusa a Laureano de haber dispuesto de una partida; poco antes de su salida del país, y lo que explica aquel dispendio por parte suya; pasarán los años, y Laureano se recogerá, finalmente, en un apartamento en el propio Mónaco, y esto lo deducimos del hecho de que en la investigación que hemos realizado acerca de su persona en alguna hemeroteca, nos hemos topado con una entrevista, publicada en la revista Elite, y la que le realiza un periodista el primero de enero de 1969 en Mónaco. Entonces ya está cargado de años Laureano, según se aprecia en las fotografías que aparecen explayadas a lo largo del reportaje; impecablemente vestido.

Este errar suyo tendrá sus toques, toques de tierra, diríamos, en su país; no dejará de aparecer en forma sorpresiva cierta tarde estelar, en la cual se le rinde un homenaje a su padre en la Academia Nacional de la Historia, con motivo del centenario de su nacimiento, exactamente, el 15 de octubre de 1970, y en donde deja envilecido a todo el mundo. Ya en el mismo mes de marzo de 1970 ha alertado a la opinión pública venezolana su decisión de retornar a suelo patrio, a propósito de una entrevista que le hace el periodista Germán

Carías de El Nacional, y en donde éste reclama dicho derecho, habida cuenta que considera que su caso en los tribunales de justicia, donde se le ha acusado de peculado, está a punto de prescribir. Nuestro Vallenilla Lanz aprovecha que gobierna Rafael Caldera, para introducirse al país, y esto a través de una componenda con una persona que está atenta en Maiquetía; y que lo saca por un brazo, en las propias narices de los guardias; esto, quizás, porque se trata de una persona con influencia en el medio. Estamos ante un Laureano indocumentado en su propio país, digamos así; de forma que, al reseñar la prensa la presencia de tan significativa figura en un acto de aquella naturaleza, lo que viene de allí es una persecución contra nuestro Vallenilla Lanz; aun cuando ya éste, cuatro días después de su aparición, decide entregarse a la justicia, exactamente, el 19 de octubre de 1970. Al día siguiente la prensa reporta que el ex ministro ha ingresado en la cárcel, y que lo ha hecho con dos maletas y una máquina de escribir, y de modo que se inicia todo un proceso contra Laureano, que va a tener su final un seis de junio del año 1971, cuando entonces quede en libertad, por prescripción de la pena.

No será muy larga esta felicidad, y por esto hemos dicho, que eso no es más que un toque en el país, pues ya para el veintisiete de febrero del año siguiente se le dicta un auto de detención, acusado del asesinato del capitán Wilfrido Omaña; una acción penal que había sido introducida por los familiares de éste el 2 de agosto de 1968. Para entonces nuestro Vallenilla Lanz ya no estará en el país, pues, quien sabe si el propio Caldera lo llama al palacio, e igual a como había sucedido años atrás en su caso recíproco, ahora era éste el que le decía que lo mejor que podía hacer, era recoger su equipaje y desaparecer, pues los adecos en su afán de venganza, habían desempolvado aquel expediente; ya sabemos que los adecos movían jueces y justicia en este país. Con todo y ya saberse que al pobre lo andaba matando un cáncer, de forma que éste vuela llevado por las circunstancias, para morir al año siguiente, el último día del mes de agosto, en Saint Moritz, como decía la prensa de ese momento, de una afección hepática. No muere, en efecto, en París, como en el poema de Vallejo; sin embargo, téngase a París como la ciudad simbólica de los desterrados.

Caracas, 15 de diciembre de 2000

**Diseño de Portada**
Sergio Ruiz
**Diseño y Diagramación**
Pedro Holder / María Eugenia Sánchez Jovandaric
**Preprensa**
Color&Punto, c.a
**Impresión**
Gráficas Guarino, c.a

**El otro Vallenilla Lanz**
Primera Edición: octubre de 2001
© Enrique Meléndez
© EDITORIAL VENEZELIA
Caracas Venezuela

**ISBN** 980-07-7871-3
**Depósito Legal** lf25220018002431

Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres de Gráficas Guarino,
Santa Rosalía, Caracas, Venezuela,
durante el mes de octubre de 2001.

# EL OTRO VALLENILLA LANZ

"El Otro Vallenilla Lanz" es la historia biográfica del poderoso ministro de Relaciones Interiores de Pérez Jiménez, el famoso "Laureanito", como se le conoció; hijo de una prominente figura de las letras venezolanas, Don Laureano Vallenilla Lanz, y de allí el título de la obra, ya que este otro supone una repetición; un yo vuelto a colocar en plan de llevar a cabo una vida ejemplar, tal cual se ha pensado que ha sido la de su progenitor. La obra se enmarca en la historia contemporánea de Venezuela. Lo que sería observar el devenir venezolano, a propósito de un personaje, que tuvo una gran importancia en un momento determinado pero de quien ya casi nadie se acuerda.